R. P. ALBERTO MARÍA WEISS

de la Orden de Predicadores

EL ARTE DE VIVIR

MANUAL PARA EL EDUCADOR Y PARA LA EDUCACIÓN DE UNO MISMO

«Tanto aprovecharás cuanto más fuerza te hicieres».

Imitación de Cristo, Lib. I, XV, 11.

«Con diligencia debes mirar que en cualquier lugar y en toda ocupación exterior, estés muy dentro de ti, libre y señor de ti mismo».

Imitación de Cristo, Lib. III, XXXVIII, 1.

TRADUCCIÓN DE LA SEXTA EDICIÓN ALEMANA

publicada en 1906 por B. Herder, de Friburgo,

— POR —

PELAYO VIZUETE

CON LICENCIA DEL ORDINARIO

BARCELONA

HEREDEROS DE JUAN GILI

Editores — CORTES, 581

1908

EL ARTE DE VIVIR

El que ambicione la celebridad, que cante las guerras y las batallas, ó los artificios de que se vale la astucia para fabricar en una noche un reino de arcilla. El que busque el favor de sus prójimos, jóvenes y viejos, que cante los ardimientos del amor y la fuerza omnipotente de la belleza, y declare sagradas la carne y la sangre. Yo sólo canto lo que sienten todos, lo que todos experimentan en sí mismos, y de lo cual los convence el corazón, aunque enmudezcan. Canto la antigua canción del espíritu soberbio y de la carne flaca; la canción que nos dice con qué facilidad descarrila la falsa confianza, y lo difícil que le es al hombre alcanzar su fin. Esto subleva los corazones que hace tiempo perdieron la costumbre de oir mis cantos; pero esta rebeldía no es duradera; cuando vuelven á escucharlos, pronto se reconcilian con ellos, porque todos piensan: «Ese es mi hombre; el hombre que canta lo que yo siento; y ese hombre, que inventó esta canción, ¡qué bien conoce la vida!»

Por eso entono mi canción sin temor alguno, sin pararme á considerar el odio ó el amor que inspire. El verdadero perturbador es el que produce un sacudimiento en la enfermedad y da la paz.

PRÓLOGO

Al trabajo incesante del siglo XIX debe atribuirse la gran extensión de conocimientos históricos y geográficos de la época actual, hasta el punto de poder decir que sólo el siglo XV ha logrado superarnos. Nunca pudo presenciar la humanidad un dominio tan absoluto de las fuerzas naturales como el de los tiempos modernos. En cambio, en lo referente á las Bellas Artes, no es nuestro progreso tan patente como el alcanzado por las civilizaciones pasadas, y en cuanto á las llamadas ciencias del espíritu, puede incluso decirse que hemos experimentado un retroceso.

Ahora bien, en donde más se observa y más sensible resulta para nosotros este retroceso, es, sin duda alguna, en el arte de la vida. El modo de vivir se ha afinado, por no decir, refinado, mientras que el arte de la vida ha desaparecido. Lo que Séneca decía de los judíos, á saber, que éstos se sometieron á los romanos desde que se hallaron sujetos á los mismos, puede decirse también de nuestras relaciones con las fuerzas naturales sometidas; éstas nos tienen de tal modo dominados, que nuestra vida se ha convertido en un mecanismo sin alma, en un girar nervioso, sin concordancia de voluntad ni de espíritu con la gran máquina.

Por lo cual, ni el más elocuente orador de los tiempos presentes se atreverá á asegurar que las circunstancias por que atravesamos hayan aumentado el contentamiento y la ventura de la vida.

El hombre moderno tiene todo lo que puede apetecer; sólo le falta una cosa: la posesión de sí mismo. Los sabios y pedagogos peritos en la materia, hasta llegan á decir que no es posible que exista carácter libre, independiente y hecho por sí mismo, puesto que el hombre sólo es el resultado mecánico de un estado social de cultura.

Por fortuna, no es posible que á la larga pueda el hombre darse por satisfecho con los productos, ó mejor dicho, con las víctimas de la ilustración moderna, con esos seres fantásticos faltos de ideas propias, de enjundia y de médula, incapaces de mantenerse en pie por su propio esfuerzo, y mucho menos de llevar á otros. Las ideas de la época respecto á la misión del hombre y sus tristes resultados, despiertan más bien el convencimiento de que necesitamos algo mejor.

No cabe duda alguna en que, todo aquel que se halle en contacto con el mundo actual, ha de darse perfecta cuenta de la superioridad espiritual que se requiere para lograr fijar la atención de éste, así como del grado de fuerza moral que se exige para influir en el mismo por modo beneficioso y saludable. Triste testimonio de la escasez que de ambas cosas observamos en nosotros mismos, es las quejas y lamentaciones afeminadas que exhalamos sobre nuestra inferioridad, y que vienen á ser un modo de declararnos insolventes ante el mundo entero.

Huelga decir que todo aquel que tenga un corazón sensible para las miserias del mundo, comprenderá que somos demasiado indiferentes respecto al rumbo que toman las cosas, y que debiéramos imponernos más sacrificios y mayores esfuerzos; es decir, que nuestra pasividad debiera convertirse en actividad. Por desgracia, todo se reduce á este sentimiento indeterminado, pues, de otro modo, no observaríamos tanta irritación inútil, por un lado, y tanto vano suspirar, por otro.

Es indiscutible que todos comprenden que el gran número de los llamados problemas actuales que nos impone el mundo no pueden ya ser pasados por alto, y que si no se consigue hallar pronto un lazo de unión para todas esas enrevesadas cuestiones, los hombres acabarán por ser, tanto en la vida activa como en la ciencia, simples destajistas, con lo cual vendrá forzosamente el desmoronamiento de la sociedad entera.

No cabe duda alguna en que, aquellos que no son por

completo extraños al mundo, experimentan la escasa satisfacción que produce la civilización actual, la cual, no contenta con consumir al hombre, le extenúa y le agota. El amargo pesimismo de nuestra literatura es una prueba de esta convicción, y su artificioso optimismo se parece á la risa maliciosa del fauno.

Es indudable que todos aquellos en cuyos corazones ha penetrado la verdad eterna, comprenden lo difícil que resulta conseguir de esta época que les conceda un momento de atención. Hállase esta época tan identificada con las apariencias superficiales y con las frivolidades estéticas, que basta la sola idea de la gravedad de lo sobrenatural para impresionarla como una ducha de agua helada.

Dadas las anteriores consideraciones, paréceme oportuno hacer ver al hombre moderno que sólo puede ser superior al mundo cuando aprenda á sentirse nuevamente hombre, pero no hombre sujeto á las mercedes del mundo, sino hombre que posee en sí mismo, y sobre todo en la conciencia, su sostén y su apoyo.

También viene al caso decirle al hombre moderno que tiene muchas más fuerzas de lo que supone, que debe abandonar la crítica y los estudios vanos, y aprender que está aquí para hacer algo práctico, pues no podrá darse cuenta de la fuerza que posee mientras no haya llegado á conocerla por medio del ejercicio.

No será, pues, inoportuno decirle que hay un medio muy sencillo para cumplir su misión actual, medio sintetizado en las siguientes palabras: «¡Llega á ser algo completo, llega á ser dueño de ti mismo!»

Es también oportuno decirles á esos hombres que sólo hay un camino para la felicidad, el cual no es la senda pasiva del placer, sino la activa, que entraña el cumplimiento del deber, la seriedad, la abnegación, la severidad consigo mismo y la mortificación heroica.

No es menos conveniente hacerles notar que el mundo ha de permanecer naturalmente extraño á lo sobrenatural, mientras no aprenda á llevar la vida con aquella rigidez

de principios que han predicado los maestros de la verdadera sabiduría de la vida en todos los tiempos y en todos los lugares.

Por esto puede decirse que el máximum de la oportunidad está, sobre todo, en que aquel á quien duela la miseria que nos aqueja, se deje de amonestaciones, no espere á que otros le precedan, y emprenda por sí mismo la mejora deseada con rectitud y buena fe.

Tal es la razón que me ha movido á titular esta obra **El arte de vivir.**

No se puede afirmar que falte ciencia; lo que falta es actividad. El arte no consiste en el consejo ni en la palabra; el artista se revela en el vivir y en el obrar. La mejora de uno mismo no se lleva á cabo con palabras sabias y elocuentes, ni mucho menos se puede transformar con ellas al prójimo; pero con obras serias, aunque sean sencillas, se forma el hombre de convicciones y de carácter, abnegado, desinteresado; casi no es posible calcular el poder y el alcance de un solo hombre fuerte.

Ya hace tiempo que el mundo nos promete un nuevo hombre maravilloso, que ha de transformar el globo terráqueo, pero hasta ahora, desgraciadamente, todo se reduce á grandes promesas. El mundo, como de costumbre, sólo pretende distraerse con el artificio de sus propias ocurrencias. Para lograr formar un solo hombre de temple de acero, le falta mucho, especialmente la voluntad.

También el Cristianismo habla desde hace casi 2.000 años de un hombre nuevo, y, en efecto, ha conseguido formarlo á menudo, tanto en obras como en verdad, tan bello y tan completo, que no resulta difícil estudiarlo en sus modelos, en esos espíritus heroicos, que en tiempos de fermentación y borrasca parecidos á los actuales, se revelaron, para sí mismos, como artistas de la vida y, para toda una sociedad, como columnas, pilotos ó faros luminosos.

Pero, pasando por encima de estos espíritus perfectos, fijemos la vista en Aquel que ellos mismos tomaron por modelo de su vida, por ideal, por ejemplo supremo de to-

da virtud, de toda perfección y santidad. Él, tan suave, apacible y modesto en lo exterior, como grande en el sacrificio, en la abnegación y en el dominio del mundo; Él, tan afable con los más humildes, como alto en la suprema comunicación con Dios; Él, tan constantemente activo en la salvación de la humanidad, como constantemente sumido en lo profundo de su interioridad; Él nos enseña lo que es la vida y cómo podemos llegar á tener vida; cuanto más imitemos la suya, tanta más vida tendremos nosotros mismos; cuanto mayor sea nuestro parecido con Él, tanto mayor será nuestra seguridad en que algún día participaremos de la vida eterna.

CAPÍTULO PRIMERO

El arte de elegir un fin para la vida

I. Al autor de nuestra existencia

Al despertar vi que alentaba en mí la vida, una vida que seguirá animándome mientras Dios quiera; pues, siendo cosa que no proviene de mí mismo, no está en mi poder el conservarla un solo día. Es verdad que, de todo cuanto poseo, nada me es tan propio como la existencia; pero ésta es un don de algo extraño á mi voluntad, y por toda la eternidad no podré ejercer dominio sobre ella. ¿De dónde, pues, proviene mi vida? De quien es eterno y eternamente la da. ¡Ay de aquel que no ame eternamente á quien le ha dado la vida!

II. Estado y misión de la época actual.—1. Uno de los signos más extraños de nuestro tiempo es la creación de religiones con que sustituir las existentes, y esos llamados «nuevos modos de ver y de sentir el mundo». Julio Hart nos anuncia su nueva divinidad, «el dios ario de los ojos azules»; Carlos Downing descubre que el ansiado «segundo Mesías» ha hecho ya su aparición en Shakespeare; Eugenio Guglia escribe sobre «la imitación de nuestro señor y maestro Goethe»; Le Gallienne predica la religión exenta de dogmas, llamándola «religión de los literatos»; Loewenthal, crea la «religión de los pensadores»; Carducci aboga por el culto á Lucifer; la condesa Macgregor por el de Isis, y la señora Eddy se declara partidaria de la religión milagrosa de los saludadores y de la *Ciencia cristiana*. Los cultos neobudistas, neosóficos, agnósticos, éticos y espiritistas resultan ya innumerables, y

puede decirse, con sobrada razón, que el fundar religiones se ha convertido en una plaga parecida á la de las tarjetas postales y á la del deporte alpino.

2. Tan inútil es discutir esta enfermedad de la época como gastar saliva en asunto de modas é indumentaria; y asimismo consideramos superfluo refutar á los que sólo quieren ver en nuestras argumentaciones un deseo manifiesto de investigar sinceramente la verdadera religión. En cambio merecen un examen atento los que, sin pretender acabar de golpe y porrazo con la vieja creencia y la antigua vida cristiana, y hartos de llevar la ignominia de la fe, ó, como dicen ellos, cansados de arrastrar esta antigualla, desean someterla á modificaciones acomodaticias, dándole cierto aspecto más conforme con su propio gusto y con las orientaciones de la época. Esta inclinación se ha extendido de tal modo, que ha contaminado aun á aquellos que se resentirían al preguntarles si creen en la revelación divina.

3. Estas manifestaciones concuerdan admirablemente con el espíritu de los hombres actuales, cuya nota característica es la hostilidad contra todo lo antiguo y todo lo existente, y el afán de reformarlo ó, más bien, de modernizarlo todo; pues todo ha de ser nuevo, moderno, lo mismo la idea de Dios que su veneración y su culto; y este mismo deseo de la novedad en religión se advierte en lo que toca á la enseñanza, á la moral, á la educación, al arte, á la literatura, al orden social político y, sobre todo, al hombre. El actual pesimismo morboso nos declara en todo anticuados, y juzga insoportable la vida, si las cosas han de seguir en la misma forma.

4. Á estos espíritus exaltados es natural que la vida les resulte insoportable; porque cuando los hombres tienen la obsesión de que no hay medio de arreglar las cosas sino invirtiéndolo y trastornándolo todo, no cabe duda en que les va pésimamente. Pero la misma gravedad de su situación debiera inducirlos á reflexionar, con toda la madurez que requiere el caso, si han elegido la senda indica-

da para mejorarla. Ya dijo Séneca á sus conciudadanos, los cuales padecían de la misma enfermedad, que no hallarían mayor ventura adquiriendo dominio sobre nuevos mares y nuevos países, ni variando diariamente las cosas, si, ante todo, no se transformaban á sí mismos. En términos análogos se expresa la *Imitación de Cristo*, en la cual se lee: «El variar las cosas no es mejorarlas; no hay lugar ni éxito que te proporcione la anhelada paz mientras no descanse tu corazón sobre el verdadero fundamento; es decir, mientras no halles tu apoyo exclusivamente en Dios». (III, 27, 3). Estas sabias palabras nos indican la única senda que conduce á la verdadera paz, á la tranquilidad y á la ventura. Es inútil pretender cumplir nuestro destino forjándonos un objeto ó una finalidad cualquiera que se halle al alcance de nuestra pequeñez, sino elevando nuestras aspiraciones hasta un fin único y supremo. Tampoco podremos lograr nuestro fin transformando lo que nos rodea y sin que cambiemos nosotros mismos, sino haciendo que la reforma penetre hasta lo más hondo de nuestro ser y de nuestra vida, no según nuestro capricho, sino como norma fiel y segura de la verdad eterna é inmutable.

5. Únicamente sirviendo al Dios antiguo con fidelidad nueva; sólo practicando la vieja religión con nuevo celo, y honrando las creencias tradicionales con nuevo entusiasmo; sólo, en fin, cumpliendo las eternas leyes divinas con conciencia renovada, hasta llegar á la más exquisita perfección, lograremos vencer el estado de miseria espiritual de nuestro siglo y hacer esta vida soportable.

6. Dios le basta al hombre, y su palabra y su ley le satisfacen; de modo que sólo debe tratarse de que el hombre aprenda á bastarse á sí mismo. Pero esto no podrá lograrlo mientras no se esfuerce en satisfacer á Aquel que es el único que puede constituir su satisfacción.

7. Sirve á Dios con toda tu alma, y ten la seguridad de que, tanto el mundo como la vida, te satisfarán hoy como ayer. Si los tiempos que corremos presentan mayores dificultades, cumple tu misión con mayor sinceridad, con

piedad más acendrada, con mayor abnegación que antes, con completa vida interior, y así lograrás sobrellevar el peso de la vida aun en las épocas difíciles; será mayor tu ventura y más perfecto el cumplimiento de tu misión en este mundo.

III. Necesidad apremiante de la época.—1. El «alemán de Rembrandt» alza el grito, con sobrada razón, en busca de caracteres enteros y de pueblos viriles. Hubo un tiempo en que los hombres dejaban de ser verdaderamente varoniles en ciertos rasgos; esto es, en el arte de saber sufrir con fortaleza y en el de vencer con paciente resignación, así la injusticia, como el dolor físico. Las mujeres, mientras fueron verdaderamente religiosas, superaron á los hombres en esa parte, y en cambio de esa superioridad femenina, disfrutaron aquéllas de horizontes más amplios y de mayor elevación de miras. Hoy en día, basta contemplar á nuestros figurines perfumados, atildados y estragados, para comprender que no tienen nada que reprochar á la mujer más degenerada.

2. Actualmente, las cosas han llegado á un punto que, no sólo nuestra cultura, sino la vida entera amenaza afeminarse, ó, como dicen ahora, «ser feminista» y hasta histérica. Nuestra educación moderna sólo consigue producir espíritus que atormentan y espantan al más esforzado, gentes nerviosas, volubles, esclavas del capricho, que viven en excitación perpetua y son inaccesibles á todo razonamiento y á toda reflexión; verdaderos espantajos á quienes aterran hasta las palabras *seriedad*, *abnegación* y *desinterés*.

Toda nuestra vida social se reduce á inquirir el modo de hacer la existencia cada vez más afeminada y voluptuosa. El sibaritismo refinado de Ricardo Wagner se ha convertido en escuela, y esto ha hecho decir á Fritz Mauthner: «Hasta en el estómago ha logrado el hombre introducir el vicio; las artes mismas están de tal modo calculadas para excitar los sentidos, que es difícil trazar la línea divisoria entre el vicio y el arte». En efecto, peor

es meneallo, porque las artes son hoy el escaparate en que se exhibe el eterno feminismo en su forma más perversa. Pero, ¿y la ciencia? Ésta es actualmente feminista pura, aún más que aquéllas, si cabe; pues en ella parece haber encarnado la inclinación peculiarmente femenina hacia todo lo pequeño y mezquino, ó, para expresarnos técnicamente, el afán por la investigación del detalle. Es tan poco lo que ha logrado conservar esa minuciosidad microscópica, lo mismo en punto á elevación y amplitud de miras que en cuanto á respeto por lo grande y noble, que repugna oirle hablar de filosofía, y aún más, si cabe, de teología. Así se comprende que la mujer haya logrado conquistarse un lugar predominante en la literatura y en la vida pública. Con los semihombres actuales no es extraño que puedan alternar las *semihembras*, cuanto más las llamadas *superhembras*.

3. Es muy fácil exigir que haya hombres, pero muy difícil producirlos. Para conseguir esos varones, hoy tan necesarios, hay que empezar por transformar radicalmente el modo de vivir y de pensar de esta generación híbrida. Para lograr hombres, esto es, caracteres elevados, grandes de alma, esforzados de corazón, y de seriedad intachable, es preciso, ante todo, que el espíritu abandone la tierra para fijarse en Dios y en lo eterno, y que el corazón y la voluntad se determinen de un modo inquebrantable á tener por única aspiración esta finalidad suprema, cueste lo que cueste.

IV. La duda y la fe.—1. Un escritor innovador, cuyo nombre, que yace olvidado, dejaremos nosotros en el olvido, refiere maravillas sobre la beneficiosa influencia que ejerce la duda en los espíritus vigorosos; pero, á pesar de esto, no puede menos de advertir que la duda se parece al basilisco, puesto que á unos induce al suicidio moral, y á otros chupa la sangre más noble y generosa, á manera de vampiro, matándoles la energía y el vigor, y condenándolos á una existencia lacia y enfermiza.

Tristes palabras son estas, pero rebosantes de amarga verdad.

¿Y aun habrá quien se atreva á sostener que el hombre, á quien la duda respecto de su finalidad y suerte eterna oscurece el espíritu y desgarra el corazón, pueda ser un hombre completo y llevar una vida sana y tranquila?

2. Para evitar el reproche, suele decirse que las preocupaciones del más allá turban al hombre en el cumplimiento de su misión terrena, porque le privan del sosiego y la placidez que necesita. Ahora, vale la pena de que nos enteremos del camino que sigue el hombre cuando no piensa en la vida futura ó la considera como dudosa. ¿Marcha bien? ¿Cómo marcha en lo por venir?

Dejemos que responda á tan graves preguntas el profeta del placer terreno, el abogado de la sensualidad y de la equívoca alegría de la vida, Pablo Heyne:

«No hay un más allá ni nada venidero; harto tenemos con lo presente y tangible. No mendiguemos cobarde consuelo engañándonos á nosotros mismos. Sólo hay una verdad: que pasamos, y esto es consuelo bastante».

Es indudable que el consuelo que nos da para el presente es de los más modestos, y por lo tanto incapaz de disipar esos dos grandes nubarrones que oscurecen el horizonte de todo mortal: el negro porvenir y el oscurísimo pasado. ¿De qué medios valernos para destruirlos?

Oigamos lo que dice Feuchtersleben respecto del pasado:

«Si vuelvo la vista hacia lo pasado, sólo encuentro negros ataúdes por doquier».

Tampoco esto es muy consolador que digamos, pero menos edificante es aún la forma en que trata de consolarse respecto del tenebroso porvenir cuando dice:

«Sea lo que quiera lo que nos espere y amenace, puesto que lo comprendemos, perezcamos impávidos, sin temor ni arrepentimiento, y llevando la sonrisa en los labios».

En verdad que la manera que tienen los agnósticos de comprender las cosas no puede inspirarnos ni admiración ni envidia, y nos parecen aún demasiados suaves las denominaciones de frívolos é irreflexivos con que suelen calificarlos.

3. Para eso vale más, y se marcha mejor, al menos de un modo más honroso y consolador, por esta mísera vida, poniendo nuestra fe y nuestra confianza en el Juez justiciero y en el Padre bondadoso que está en los cielos, confiados en que éste ha de darnos las fuerzas necesarias para abandonar el mal y satisfacer las deficiencias pasadas, y para aprovechar lo presente de modo que sea un semillero de lo por venir, ó sea, de una eternidad venturosa.

V. Las ideas claras, el camino seguro.— 1. Lo que suele hacernos la vida tan dura y desagradable es la dificultad de entendérnoslas con los hombres y la experiencia diaria de lo poco que puede fiarse en ellos.

El mal primero radica en la confusión caótica del espíritu, que es la principal característica de la ilustración moderna; el segundo, en la falta de firmeza de que adolece el carácter actual.

Ambos males tienen el mismo origen, y tienden á propagarse y difundirse mutuamente. La falta de claridad en el pensar hace necesariamente al hombre, si no flojo de carácter, al menos voluble; y un humor caprichoso rodea al espíritu de esa nebulosidad crepuscular y bochornosa en que florecen con igual exuberancia, así las vegetaciones criptógamas del corazón como los fantásticos helechos fósiles del terreno carbonífero.

2. Así se explican fácilmente esas frases de relumbrón empleadas preferentemente al tratar las cuestiones que mayor influjo ejercen en nuestra conducta y que afectan muy especialmente á la organización y al objeto de la existencia humana.

Por religión úsanse ahora los términos: concepción de Dios y del mundo, comprensión del mismo, ó tendencia del espíritu. Para hablar de la ley ó voluntad divinas, se emplea la fraseología siguiente: la marcha del mundo, el orden mundial ó moral. La fe es sustituída por alucinaciones, opinión, modo de ver y juzgar el mundo, valoración ideal, espiritualidad elevada y otras jerigonzas. Afírmase que las palabras virtud, piedad y ansia de perfección re-

sultan pedantes y vulgarotas; que los únicos términos elegantes distinguidos y cultos son: sentimentalismo moral, conducta y actividad elevadas, proceder social aristocrático, profundidad y avaloración sentimental éticas, solemne disposición de ánimo, y un sentir aristocrático y distinguido. Ya no se trata de inculcar en la juventud, por medio de una educación apropiada, la abnegación y el carácter cristiano. Todo lo contrario; se le enseña la *afirmación de la propia individualidad*, el *autocratismo*, la *exhibición de la vigorosa personalidad propia* y la *participación del individuo en el proceso mundial*. La conciencia se halla á su modo convertida en una especie de sentimiento de la propia divinidad ó conocimiento moral; el dogma, en una norma de vida espiritualizada, en motivo ó tema director idealizado, ó en creencias individualistas; nuestra misión terrena y nuestra finalidad eterna se traducen con las denominaciones de *contribución individual á la solución del problema universal*. La Iglesia se ha evaporado, hasta el punto de constituir una *Comunidad universal religiosa y política*, ó bien una «Comunión idealizada de corazones», cuando no se llega á titularla *Partido* y *partidarios de la Iglesia*. Dadas las circunstancias descritas, ya comprenderá el lector, como la cosa más natural y sencilla, que Dios ha sido eliminado por completo del diccionario del mundo culto y distinguido, puesto que éste ya sólo habla de *Espíritu mundial*, *Ser universal*, *Guía supremo*, *Cielo*, *Naturaleza*, *Creación*, *Trascendencia*, lo *Absoluto*, los *Astros* y el *Algo Superior*.

3. ¡Ah, si los padres y los pedagogos prohibieran á la juventud el empleo de semejante jerigonza ilustrada, con la misma energía y decisión con que les prohiben el uso de palabras obscenas ó brutales!

4. Como muestra del grave perjuicio que ocasiona esa nebulosidad desleal del lenguaje, bástenos citar la expresión *idealismo*. Aun las inteligencias más elevadas emplean con preferencia dicha expresión cuando se refieren á la fe

en Dios y en su Providencia; y como el mundo se escandaliza fácilmente al oir semejante palabra, proceden según las máximas del llamado *americanismo*, el cual declara que «conviene poner á un lado las teorías cuya aceptación total no es admisible en los tiempos que corren, ó, al menos, presentarlas en forma menos chocante y llamativa»; y dicen idealismo para expresar la opinión que abrigan de que, si nuestra generación se convierte al idealismo, habrá aceptado en el fondo, al menos en un sentido general, la creencia en un Dios sobrenatural.

5. Es decir, ¡que basta la admisión en un sentido general de un Dios sobrenatural y personalísimo! ¿Y con esto hemos de contentarnos hoy por hoy? ¿No viene á ser un nuevo modo de fomentar la enfermedad de la época, las nieblas del espíritu?

Es indudable que algunos individuos pretenden indicar de un modo vergonzante su creencia en un Dios personal, cuando afirman sus «concepciones idealistas respecto al mundo». Pero confesemos que ambas expresiones están faltas de enjundia y de vigor.

Frente á estos pusilánimes debemos colocar á muchos panteístas que se vanaglorian, llenos de orgullo, de su idealismo.

Vienen luego otros que pregonan el materialismo ideal y nos presentan á Epicuro como prueba y testimonio de que también esta teoría es susceptible de ser idealizada. Hasta esos burgueses, apóstoles que pudiéramos llamar de lo útil y práctico, hablan del idealismo; pero entienden por dicho término lo que Gizycki, á saber, «la preocupación del bienestar duradero de la humanidad».

6. Es decir, que el tan asendereado idealismo viene á ser un vocablo detrás del cual puede buscarse todo y no hallar nada, como ocurría con el velo de Maya. No hay quien lo ponga tan de manifiesto como la digna señora Malwida de Meysenburg, la amiga de Wagner, Liszt y Nietzsche, que ya nos había obsequiado hace tiempo con sus tres tomos de «Memorias de una idealista». Al cum-

plir los 80 años, tuvo á bien despedirse de nosotros con su *Noche de la vida de una idealista.* La buena señora se vanagloriaba mucho del nombre idealista; pero ¿podrá saberse, por ventura, en qué consistía el idealismo de esta escritora? Véase la explicación en sus propias frases: *desenvolvimiento libre de la vida espiritual más noble, regreso de los átomos al mundo de la materia para su nueva formación, y vuelta de la vida interior al seno de la inconsciencia.* Nuestra idealista no necesita en modo alguno consuelos religiosos; á ella le bastan para consolarse: «un libro, un piano en la hora solemne del crepúsculo», la naturaleza que la aproxima al «espíritu universal», y el «culto del genio».

7. Harta razón tiene Eucken cuando observa que la palabra idealismo ha entrado de tal modo en los lugares comunes, que repugna ya al oído. Este supuesto idealismo se halla convertido hoy en semillero de perdición, que tiende á extenderse por toda nuestra cultura, y que da origen á ese odio instintivo á toda lógica, ó, según suele decirse, á toda escolástica, imposibilitando decididamente la corrección ó la enseñanza del que yerra. Á él debemos expresiones tan enérgicas como la siguiente:

«De cada rincón surge un monstruo».

Su objeto no es otro que cortar de raíz cualquier discusión seria y tranquila que trate de la situación religiosa ó de la gravedad de los tiempos actuales; él da lugar á ese torbellino de frases que oscurece el horizonte del pensamiento, tales como

«Semejante á la nieve que gira en raudo torbellino produciendo el vértigo de los sentidos» (Ilíada).

Del mismo mal procede esa distinción estragada que rechaza cualquier indicación que se haga en favor de la firmeza y del rompimiento decisivo con la insuficiencia en todas sus manifestaciones, indicación que condena, calificándola de torpe invasión del sagrario misterioso del corazón. También tiene su origen en el falso idealismo esa sensiblería ridícula que considera los lloriqueos

histéricos producidos por los aires pastoriles de la gaita ó los cuidados y la solicitud por los gatos viejos, como manifestaciones de una *religión profundizada*, ya que, en cambio, socava con su fanatismo musical y artístico hasta los cimientos de la moralidad. Él es responsable de esa flojedad de carácter y de esa debilidad de ánimo que parecen adormecer los impulsos más vigorosos en pro del desinterés y del propio endurecimiento, del acatamiento de una verdad concreta y de una ley coactiva, así como parecen también sofocar el más ligero rebullir de la conciencia con las palabras:

«Duerme, hijo mío, que mañana será otro día; no quieras pensarlo todo de una vez» (L. Tieck).

8. Para hacer frente á toda esta miseria, preciso es ante todo que formemos nuestro propio espíritu con la claridad y la fijeza, es decir, que hagamos penetrar en él conceptos claros y terminantes por medio de expresiones fijas y decisivas que no se presten á ambigüedades.

Esto es de importancia suma, tratándose de las máximas fundamentales de religión y de moral, que tan gran influjo ejercen en todo nuestro modo de pensar y de obrar. Cuando éstas son ya en sí difusas ó nebulosas, el carácter se convierte en verdadera papilla, y el espíritu en pantano repleto de fuegos fatuos.

Por lo tanto, guerra á muerte á esa fraseología insípida del altruísmo, á la llamada *aparición de la vida con matices artísticos*, á la *autorrealización ética*, á la *afirmación sublimada de la vida*, á la *cohesión reconcentrada de la substancia vital, ó inmersión del espíritu en el flujo y reflujo infinito del proceso mundial.* Rechacemos enérgicamente semejante insoportable jerigonza, que logrará producir indudablemente charlatanes y moluscos, hipócritas y camaleones, pero en modo alguno hombres pensadores, y menos aún caracteres viriles.

9. Tanto la educación ajena como la autoedúcación, debieran basarse únicamente en Dios y en la religión, en la inmortalidad, en lo venidero, en el juicio final y en la re-

compensa y vida eternas; palabras todas ellas que no dan lugar á equívocos, ni á malas interpretaciones, y que nos indican un objeto y una finalidad clarísimos, al mismo tiempo que una dirección fija é invariable.

Trátase, en segundo lugar, de indicar de un modo concreto y terminante el camino que ha de conducirnos á ese objeto; y, para conseguirlo, ya tenemos el vocabulario siguiente: conciencia, ley, deber, autoridad, virtud, abnegación, penitencia, mortificación y sacrificio.

Por último, necesitamos remedios enérgicos que nos mantengan en la jornada emprendida. Helos aquí en las palabras siguientes: fe, autoridad, obediencia, fervor, oración y vida eclesiástica.

De este modo habremos logrado aunar en tal forma el verdadero idealismo con el verdadero realismo, que quien aspire con todas las fuerzas de sú corazón á alcanzar el objeto anhelado, podrá recorrer tranquilo y seguro el camino de la vida.

VI. La piedra de toque del verdadero idealismo.— 1. Si paramos nuestra atención en el vacío intelectual que nos rodea y en la oquedad de nuestra cultura, de esperar es que sea como signo precursor de mejores tiempos la aparición de tantos escritos en que se observa el deseo de algo más grande que satisfaga nuestros sentimientos y que proporcione á nuestra vida, insípida é insoportable, un objeto más elevado y digno del hombre.

2. Y decimos que es de esperar, porque este rasgo consolador viene aún envuelto en algo oscuro, insano y peligroso, de que quisiéramos verle enteramente libre. La oscuridad se manifiesta por modo patente en esa difusa vulgaridad de que adolece nuestra manera de pensar y hablar, la cual, aun en este terreno, produce sus trastornos, y viene á ser como un desahogo de esa dirección panteísta del espíritu, que persigue, consciente ó inconscientemente, la mayoría de nuestros contemporáneos. La enfermedad se revela en la violencia empleada por los espíritus descontentos para substraerse á la presión que sobre

ellos ejerce la existencia terrena y el cumplimiento prosaico del deber, á fin de elevarse á un nivel superior que suponen alejado de toda miseria y de todos los obstáculos que presenta la realidad. Ahora bien, en ese mismo modo de pensar está el peligro; puesto que hace surgir el ansia de mejora únicamente del descontento que produce todo lo existente. El mal radica en que, no hallándose en disposición de colocar en su lugar algo que valga más, sólo consigue aumentar el resentimiento y la acritud de los ánimos hacia lo que no tiene remedio y es, por tanto, inevitable.

Ejemplo patente de lo que acabamos de decir es la colección de cantares escogidos por K. E. Knodt de entre las obras de todos los autores imaginables, tanto neopaganos, como cristianos viejos, y titulada *Somos la nostalgia*. El autor trata de demostrarnos en esta obra que las inteligencias privilegiadas, pertenezcan á los *negadores del mundo* de la escuela de Schopenhauer, á los pesimistas, ó bien á los *afirmadores del mundo* embriagados del espíritu de Zoroastro, sin contar un corto número de fieles de Cristo, se unen en «la nueva contemplación de los astros, y extienden juntos los brazos hacia la belleza, la verdad y la bondad inaccesibles, presa de la nostalgia por Dios y por una eternidad enteramente redimida». El libro en sí ha de ser «documento que pruebe el poder de ese espíritu, que, sobreponiéndose al día, al sueño y á la muerte, se aproxima, disuelto en veneración y nostalgia, al Uno y Eterno».

3. Aunque no escasean idénticas y fastuosas expresiones en torno nuestro, sólo pueden despertar honda conmiseración en los que las escuchan, puesto que pueden considerarse como ayes de dolor que precisamente suelen escaparse de lo más selecto de nuestros contemporáneos, los cuales, sumergidos en la desolación, presienten que debe de haber allá arriba algo capaz de libertarlos del peso insoportable que los aplasta, pues, de otro modo, no se expresarían en esa forma. Pero ¿lograrán, por ventura, ver satisfechos sus anhelos y aspiraciones? Á juzgar por el

camino que llevan, puedo asegurar que, no sólo lo veo difícil, sino que les espera un nuevo desengaño, el último, é indudablemente, el más amargo de todos.

4. No es posible ahogar la nostalgia por lo eterno, ni hay poder humano, ni aturdimiento, ni cultura, ni abstracción completa en el trabajo, ni placer, ni goces terrenos, capaces de arrancar de nuestra alma el convencimiento íntimo de que sólo lo más elevado puede satisfacernos. La necesidad que experimentamos de una redención y el convencimiento de que no está en nuestra mano el procurárnosla, están grabados de un modo indeleble en lo más hondo de nuestro ser.

Pues bien, todos esos sentimientos carecen de base y no pueden dar resultado alguno satisfactorio, si nos concretamos únicamente á hacer frases sobre la verdad, la belleza de lo ideal, lo *dignamente eterno* y el *alma mundial directora.* Hay que elegir ó un Dios, personal, eterno y sobrenatural, con una vida eterna y personal en su compañía, ó el engaño, la ficción y la perdición consiguiente al desengaño elegido.

5. Es preciso fortalecer nuestros esfuerzos en pro del objeto supremo, pues este malestar que nos aniquila sólo tiene su causa en la poca seriedad con que hacemos y deseamos las cosas. ¡Elevémonos, formalicémonos y decidámonos! Estas tres exhortaciones debieran repetirse al mundo incesantemente, porque no sólo lo más elevado y sublime puede satisfacer verdaderamente al hombre, sino también lo que es decisivo y claro. No nos basta lo divino para satisfacernos, sino el Dios cristiano, el Dios Trino y Uno. Tampoco en lo eterno está el objeto de nuestra lucha, sino en la convivencia personal y eterna con Dios, fuente de vida temporal, moral y eterna.

6. Ahora bien, desde el momento en que logramos conocer de un modo claro y terminante el objeto de nuestros anhelos, conseguimos también darnos perfecta cuenta del lugar que ocupamos y de las obligaciones que tenemos. Es decir, que á la claridad con que percibimos nuestra finali-

dad va unida la escena en que ha de tener lugar la lucha que motiva este fin.

Dicho conocimiento da á nuestra vida presente la confianza y la claridad respecto al sosiego y alegría que necesitamos, descubriéndonos el objeto efectivo de todos los trabajos, sufrimientos y sacrificios de la vida, los cuales, iluminados á su vez por la luz de esa finalidad eterna, no sólo adquieren el carácter elevado de un valor eterno para lo venidero, sino que resultan, aun para lo presente, una energía más que aumenta la paciencia y la constancia en las dificultades que nos salen al paso.

7. De engaño y ficción califico todas esas aspiraciones á un llamado ideal elevado, cuando no conducen á aprovechar el corto tiempo y los escasos medios de que disponemos en el mejor y más escrupuloso cumplimiento de nuestra misión, ó no contribuyen á que trabajemos con mayor energía y soportemos con más valor las adversidades de la vida, á que nos resignemos en lo inevitable y reformemos y corrijamos lo susceptible de mejoramiento. Aun aquellos que aseguran formalmente y con toda la sinceridad de su corazón que sólo anhelan servir á Dios, hasta con sacrificio de la propia vida, deben poner á prueba por este medio la veracidad de sus palabras.

Aun los más altos vuelos pueden considerarse únicamente sanos cuando originan la fuerza necesaria para desempeñar el puesto modesto que Dios nos ha confiado como preparación para la eternidad, con reflexión y valor inquebrantables, puestos los ojos en Dios y los pensamientos en la eternidad.

8. Resulta, pues, que la piedra de toque para el verdadero idealismo es la abnegación perfecta y el más escrupuloso cumplimiento del deber. Y al revés, sólo puede darnos la seguridad en la misión que nos ha sido encomendada, y la voluntad para el sacrificio, esa constante dirección del espíritu hacia Dios, como nuestro único y último objeto y finalidad.

En otros términos, y para expresarnos con mayor senci-

llez: la unión estrecha entre el cumplimiento del deber y la piedad, el espíritu de sacrificio y el amor á Dios, constituye al hombre sólido y, al mismo tiempo, ideal, ese hombre que á la vez glorifica y aprovecha la vida, ese hombre que es apto para todo y que está por encima de la miseria que le rodea; en una palabra, el hombre tal como lo deseamos.

VII. Hombres ideales. — 1. No debe reprocharse al mundo que manifieste cierto respeto por aquellos que, en la conversación, le recuerdan espíritus ú hombres ideales. Un payaso como Alejandro de Phera, que se ve precisado á abandonar el teatro, lleno de emoción y llorando á lágrima viva, pero á quien, en cambio, sirven de blanco en su parque infelices seres humanos como si fueran venados; protectores de las ciencias y las artes, como Nerón y el no menos sanguinario Barnabo Visconti, el amigo del Petrarca; empalagosos fantaseadores de humanidad, como Bernardino de Saint-Pierre, que amenaza con ahogar toda contradicción por medio de la horca; misántropos apóstoles de la libertad, como Rousseau; ingeniosos caníbales como Schopenhauer; estas y otras eminencias de la misma magnitud en las artes, en la literatura y en las ciencias, son capaces de quitarle á uno hasta el valor de pisar el terreno en que pueden explayarse á su gusto y libremente semejantes idealistas.

2. Esto nos demuestra, en primer lugar, que la mayoría de los idealistas no merecen semejante nombre, puesto que persiguen ideales que escasamente pueden calificarse de tales, ó, en todo caso, lo son únicamente en un sentido inferior y limitado.

Como tal ideal, sólo puede ser considerado el objeto que, además de estar muy por encima del hombre, posee la fuerza necesaria para arrancarle de la vida sensual y para elevarle sobre su modo de pensar terreno. Ya sabemos que no hay cultura, arte ni ciencia capaces de conseguir esta finalidad, por la sencilla razón de que, tanto las obras como los hechos humanos, no pueden ser superiores al hombre, sino que se hallan supeditados á él.

Sólo existe un ideal capaz de elevar al hombre sobre su

esfera, porque es el único que supera á la criatura y domina la naturaleza: la fe en un mundo futuro, en Dios vivo y en la vida eterna.

3. En segundo término, debe el hombre mismo luchar por elevarse hasta el ideal, puesto que éste no es una máquina, ni el hombre una piedra. El caso es que el hombre, de tal modo se halla encariñado con la vida y el pensar terrenos, que dicha elevación no puede efectuarse sin violencia. Preciso le es, pues, quebrantar su espíritu y su corazón, ó. como suele decirse, sacrificar su inteligencia y su voluntad; en una palabra, someterse á una completa transformación interior y á esfuerzos exteriores.

Ya lo dice Harnak con palabras llenas de verdad y belleza: el hombre tiene tantos ideales como sacrificios hace.

4. Pues bien, no basta que el hombre se concrete á tener ideales, porque esto no idealiza su propia personalidad. Apreciación es esta que justifican plenamente los citados idealistas y millares de sus imitadores. Los charlatanes también poseen sus ideales, como igualmente los turbulentos, los mozuelos barbilampiños, ansiosos de acometer grandes hazañas, las almas de héroes en pugna con el mundo, los vagos, los seres mimados y privilegiados por la fortuna, que desconocen la gravedad de la vida, los partidarios de la libertad y enemigos acérrimos de la disciplina, los caprichosos y fantásticos, que creen sentir que les nacen alas en las espaldas. Desgraciadamente, todos estos idealistas son tanto menos ideales cuanto mayor es el número y más extravagantes son los ideales que sustentan.

5. Repito que no basta que el hombre tenga ideales; es preciso que se idealice á sí mismo. Ahora bien, no podemos considerar hombres ideales á los que se figuran poseer alas, sino únicamente á los que se hallan convencidos que pisamos en tierra firme y que nuestra firmeza debe guardar relación con el peso de las cargas que nos agobian. También califico de ideales á esos hombres que, en medio de las penas y fatigas, saben elevarse, en alas de la oración y en completa entrega de sí mismos al Señor,

por encima de la estrechez y de las pequeñeces terrenas. Igual denominación merecen los que, abrumados por las tribulaciones, saben conservar su libertad interior y una actitud digna y abordable. Incluyo también entre las almas ideales, las que, á la par que se mantienen elásticas y productivas, siguen entusiastas y fieles en el cumplimiento del deber, dispuestas siempre á lo más elevado, como constantes en lo más difícil, en lo más molesto y en lo más humillante. En cambio, no concedo la calificación de ideales á los que sólo saben hablar de sí mismos, poniendo constantemente de relieve la propia y libre personalidad, al revés de los que, al servicio de una buena causa, y aunque ésta les reporte escaso provecho, se olvidan de sí mismos, exponiéndose á que también los demás los olviden.

6. No pretendemos entrar aquí en averiguaciones de si pueden encontrarse muchos de los citados hombres ideales fuera de los círculos verdaderamente religiosos. ¡Ojalá que todos los que se tienen por religiosos practicaran la religión, de modo que pudiera llamárseles con justicia hombres verdaderamente ideales!

VIII. Algunas preguntas á la conciencia de los defensores de la «moral independiente.»—1. Hay espíritus soberbios que se complacen en la obstinada idea de que no necesitan ni Dios, ni fe, que están satisfechos de sí mismos y que se bastan para allanar el camino de su vida.

Ahora sólo resta preguntar si satisfacen también á sus semejantes su conducta y género de vida, pues es sabido que aquellos que más fácilmente se contentan á sí mismos son, por lo general, los que en menor grado logran contentar aun á los más indulgentes de los que viven á su alrededor.

2. En caso afirmativo, nadie les envidiará ese modo de hacerse justicia á sí mismos, á no ser el camaleón ó la veleta, pues, aun con las máximas que han inventado, son tan susceptibles al menor cambio de temperatura ó al más ínfimo riesgo que pueda correr su popularidad, que el barómetro más perfeccionado. Pero, si sienten respeto por un carácter inquebrantable y por una conciencia firme

cual la roca, ¿cómo pueden hallar contento en sí mismos?

3. Esta pregunta — nos contestan — procede del supuesto de que haya una sola verdad y una norma invariable para la vida;—pero dicen los defensores de la moral independiente—precisamente lo que ponemos en duda es la sumisión, esa sumisión perenne á una verdad y á una sola ley. El hombre, afirman, no está sometido á ningún poder fuera del suyo propio, á ninguna misión que sea superior á sí mismo, ni á ningún fin distinto de su persona.

Ya sólo cabe averiguar lo que estos moralistas pretenden hacer del hombre y de la vida. Si conocieran medianamente el mundo, este mundo sublunar, por fuerza habrían de comprender que los seres que no se aguantan á sí mismos, y además hacen insoportable la vida á sus semejantes, son precisamente los que se figuran carecer de un móvil formal, y de una misión justificada que cumplir. ¡Y aún se empeñan sistemáticamente en convencer al hombre de su inutilidad! Pregunto yo ahora: ¿no viene á ser esto lo mismo que fomentar artificialmente el humor caprichoso, la vagancia, el histerismo, en una palabra, toda falta de carácter?

4. Kant y sus partidarios me contestan que eso podrá decirse de la filosofía materialista, pero él y los suyos no rechazan en absoluto todas las teologías. Afirman que, según sus teorías, no carece el hombre de finalidad, sólo que ésta no la conceptúan fuera del hombre y superior á él, es decir, no le conceden ningún fin trascendental, sino que consideran que el hombre lleva dentro de sí mismo su objeto, su propia finalidad.

¿Su propia finalidad? Ahora sí que se acumulan las preguntas. Es decir, ¿que hemos llegado á hacer un Dios del hombre mismo? Pues únicamente puede llevar en sí la propia finalidad y su objeto supremo aquel ser que no tiene quien le supere en nada, ni ve á su lado nada que se le parezca y que sea independiente de él; esto es Dios. ¿El hombre es Dios? Luego es soberano de todo, y guía de toda moral. ¿Es la moral un medio para lograr su objeto?

En otros términos: las leyes que han de regir la conducta del hombre, ¿las hace éste á su capricho, para conseguir del mejor modo posible la satisfacción de sus apetitos?

5. Observan á esto Kant y Nietzsche que la respuesta es facilísima, y añaden: El hombre es autónomo, es decir, su propio dueño, señor y legislador; por lo tanto, su moral ha de ser también una moral autónoma. Eduardo de Hartmann explica el concepto más detalladamente en las siguientes palabras: El hombre es única y suprema autoridad, que se da leyes á sí mismo, que interpreta estas leyes y las ejecuta ó no según le parece; es la última instancia ante la cual ya no hay apelación.

La afirmación es terminante, pero nos da derecho á preguntar nuevamente si, en lo referente á las cuestiones de moral, no resultará así un gobierno sultánico, una administración á lo bajá. Ocurre, además, la pregunta: ¿Cómo hacer posible con semejantes máximas una educación y una enseñanza moral? ¿Quién de nosotros ignora el grado de degeneración á que puede llegar la naturaleza humana cuando se ve libre del freno saludable del deber? Añadiremos aún: ¿No es esto convertir la brutalidad en un ideal moral? ¿No es consagrar y casi beatificar la indisciplina más indomable y la soberbia más exagerada?

6. Aunque Herbart y Zeller tratan de dar una forma más suave á esta teoría de la autonomía, diciéndonos que el hombre sólo tiene obligaciones para consigo mismo, y no debe responder de sus actos sino ante su propia conciencia, de nuevo surgen las cuestiones siguientes: 1.ª ¿No convertís de ese modo la moral en juguete del capricho y del egoísmo? 2.ª ¿No hacéis al hombre, con vuestras máximas, dueño y absoluto señor de su vida, libre de responsabilidades ante un tercero, con derecho á que nadie le mande ni le retenga dentro de sus justos límites? 3.ª ¿Cómo es posible sostener con semejante sistema, hijo del más brutal individualismo, la vida y el orden sociales? 4.ª ¿Qué le resta después de esto á la humanidad, sino fomen-

tar la lucha de todos contra todos, ó su completa disolución en átomos, hasta que, segregados unos de otros, vaya cada cual, semejante al oso de las cavernas, á ocultarse en la soledad, ó á vivir como el león errante por el desierto?

7. La contestación que me dan á ellas es la siguiente: ¡Para evitarlo está el orden moral!

Estas palabras en boca de los campeones de la moral independiente sólo pueden ser consideradas como una ironía, y dan origen á una nueva pregunta:¿No es un juego de palabras, el hablar de orden moral allí donde cada individuo es declarado su propio dios, señor y legislador, sin más obligaciones y responsabilidades que las que él quiera imponerse á sí mismo? Y aquí se nos ocurre formular una pregunta esencial: ¿Quién piensa en hablar de poesía no habiendo poetas? ¿Cómo se puede imaginar una colección de objetos sin coleccionista? ¡Y, sin embargo, la gente habla de orden moral sin creer en un ordenador! ¿Ó creen, por ventura, que el orden moral es de generación espontánea como las aglomeraciones en el fondo de un valle—las cuales, por cierto, no han surgido espontáneamente,—ó que ha sido establecido por las hábiles maquinaciones de autócratas, cada uno de los cuales se consideraba su propio Dios, su propio legislador y su propio juez? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo es posible suponer que esos centauros, celosos guardianes de sus dominios independientes, hayan llegado á entenderse para el establecimiento de un orden general?

8. Aún me resta formular la última y más decisiva de mis preguntas: ¿Quién—nos referimos á los hombres prácticos que piensan con la realidad, sin ocuparnos para nada de los habitantes de la luna ni de los que andan por las nubes—¿quién, repito, puede figurarse esta moralidad humana, esta ilustración humana, este orden y convivencia humanos, sin un código moral igualitario que obligue y someta á todos? ¿Quién osará suponer una ley, un deber, un orden moral, lo mismo en el conjunto de la humanidad que en cada uno de sus individuos, sin tener en cuenta un

legislador y ordenador supremo, al cual estén todos sujetos, que domine á todos, y ante el que debamos responder de todos nuestros actos? ¿Cómo hallar la verdadera cultura del corazón y la virtud perfecta, donde no existe una fe viva é inquebrantable en un Dios personal, en un Juez supremo, y donde falta la obediencia á sus leyes divinas?

IX. El testimonio de la conciencia.—1. Seguramente que la teoría menos acertada de la ética moderna es la tratada en el capítulo de la conciencia. Vese en él cumplida la sentencia de que cada cual es castigado con aquello con que pecó.

Empezando por Kant y Fitchte, se ha propuesto la filosofía, por medio de las teorías sobre la autonomía, desligar al hombre de Dios y hacerle dueño absoluto de sí mismo. Pero, en realidad, lo que hace es privarle de los medios por los cuales debería y llegaría á ser realmente libre en la acción, é incapacitarle para obrar según su íntimo modo de ser, según sus propias convicciones y su libre albedrío. Esto queda perfectamente demostrado en la cuestión referente á la conciencia.

2. La conciencia no es sino nuestra propia razón en cuanto ésta nos presente, en nombre del legislador eterno, las leyes fundamentales é inquebrantables de la justicia, y nos obliga á cumplirlas en nombre del mismo.

3. Gracias á este don del Creador, tenemos dentro de nosotros mismos á nuestro legislador inmediato. Porque Dios no quiere forzarnos á admitir su ley como seres inanimados, sino que nos concede el honor de que comprendamos su voluntad y la observemos y estudiemos por nuestra propia cuenta. Esto hace exclamar al justo: «Dios mío, haré tu voluntad, porque tu ley está en el interior de mi corazón» (Salmo XXXIX, 9). Este es, ciertamente, el medio más sencillo de conseguir la justicia para nuestras propias obras, y de hacer de la virtud nuestra posesión más íntima y personal.

4. La filosofía moderna ha perdido, casi por completo,

este punto de vista, y entiende por conciencia ese malestar interior que nos invade después de una mala acción y que denominamos remordimiento. Estos remordimientos, dice, no tienen su origen en nuestra propia razón, es decir, no proceden de la naturaleza, porque lo mismo que no hay código moral independiente y superior al hombre que obligue á éste, así tampoco existe una verdad objetiva é invariable. Asegura que el sentimiento interno de satisfacción que produce la ejecución de una llamada obra buena, como el malestar de una supuesta mala acción, es simplemente el efecto de nuestra propia fantasía ó de una educación falsa, y que de tales efectos deben librarnos los refinados instintos morales propios de nuestra cultura actual.

5. No insistiremos en las consecuencias que debe encerrar semejante teoría, consecuencias que, no sólo entrañan la más descarada libertad en el pecar, sino el riesgo de destruir la seguridad pública y privada.

6. Sólo nos resta preguntar: ¿Concuerda con dicha teoría el testimonio de nuestra conciencia? ¿Puede el hombre descuidar el conocimiento de su deber para con esa ley, superior á él, y que, por lo tanto, es divina? Hace millares de siglos que se verifica la prueba; así es que en este punto podemos contar con el testimonio de la historia, que á su vez nos enseña que, no obstante lo mucho que ha trabajado el hombre para adormecer su conciencia ó para llevarla por otros derroteros, nunca ha conseguido suprimir, duraderamente ó por completo, ya la conciencia acusadora después de la acción, ya sus enseñanzas ó mandatos antes de la misma.

«El *Debe* del hombre es su propia conciencia; de ese *Debe* no puede ser tachada ni arrancada una sola hoja» (Rückert).

El hombre desearía convencerse de que todo es una ficción, pero sólo consigue engañarse á sí mismo, obrar contra sus convicciones y aumentar así su propia discordia interior, ya que forzosamente tendrá que decir de los sen-

timientos verdaderos que encierra su pecho lo que dijo el poeta:

«¡Cómo me desgarran el pecho, cómo me despedazan el pensamiento; ya levantan olas hasta el mismo cielo; ya enloquecen mi fantasía!» (Calderón).

7. La distinción entre el bien y el mal, la ley divina y obligatoria, el sentimiento de satisfacción que produce el cumplimiento del deber y el descontento que sigue á su quebrantamiento, cosas son todas ellas que no ha inventado el hombre y cuya supresión tampoco está en su mano: son leyes eternas que vuelven á Dios, leyes de las cuales ha de responder el hombre ante Dios.

Dios colocó su ley, por medio de la conciencia, en el propio corazón del hombre, haciéndole así la merced de no tener que someterse á su código divino y eterno como á un poder extraño y fuera de su alcance, sino como á su propia convicción, y facilitándole el perfeccionamiento de su moralidad interna con el cumplimiento de cada mandato divino. Si el hombre sabe apreciar debidamente este favor, llegará con seguridad á ser dueño de sí mismo; pero si lo rechaza, no solamente perderá su vida interior propia, sino hasta el dominio de sí mismo. El hombre no puede hacerse mayor servicio ni lograr mayor independencia y libertad de acción, que sirviendo á Dios según sus mandatos y su ordenación divina.

X. El telescopio inservible. — Si tu telescopio presenta la menor resquebrajadura, una mancha imperceptible, no te saldrán nunca los cálculos astronómicos. ¿Y tú te empeñas aún en hallar la verdad, el camino que conduce al fin, cuando tienes partida la pupila por el hacha del amor propio?

XI. Dónde se halla la verdad.—¡Qué Babilonia, Dios mío! La cabeza expone el que pretende intervenir en estas polémicas. Hay uno que sueña con un mejoramiento perpetuo; otro afirma que el mundo está consagrado á la muerte; aquél sólo espera la salvación de lo antiguo, éste solamente de lo moderno; hay quien exige la libertad

absoluta, sin trabas ni limitaciones, y quien es aún partidario fiel de las mordazas.

Pero todos gritan á coro: «¡Yo la he hallado, yo sólo poseo la verdad!» ¡Tantas voces, tantas heridas! Porque todos se presentan con los puños en alto, y, si la cosa apura, hasta armados de espadas, en defensa de lo que creen la verdad; y todos responden con la cuerda y con el látigo al adversario que rechaza sus afirmaciones.

Cada cual, por su parte, exclama: «¡Mía es, yo sólo la he encontrado!» Y á fuerza de estirones, la amplía y la deforma. Así es como la túnica indivisible del Señor queda, en tantas manos, rasgada y maltrecha. Sin embargo, cada cual pretende, en su jactancia, que se le considere como único inventor de la verdad, sin importársele un bledo de cómo sientan á la humanidad todas sus respectivas disensiones.

No obstante, ¡cuán fácil y qué pronto se lograría hallar la verdad, y devolver á los hombres la paz y el reposo! Bastaría que éstos se contentasen con averiguar lo que puede curar en el corazón las llagas de la soberbia y del pecado, sujetar el capricho á la justicia y al deber, é infundir fervor y piedad. En una palabra; la verdad se halla caminando rectamente hacia el mismo Dios.

XII. Religión y moralidad.—¿Es posible vivir honradamente sin religión? Claro está que se puede vivir sin ella, lo mismo que se puede hablar sin sentido. Sólo que no debe envanecernos dicho privilegio, porque así hablan también el estornino y la cotorra, cuya charla insustancial tiene mucho parecido con la vida honrada de esa gente que, si bien se avergüenza de hurtar un panecillo del escaparate de una panadería, en cambio, despoja al contrario con la mayor tranquilidad, y le precipita en la ruina, por medio de una hábil maniobra bursátil.

Por lo tanto, que nadie se jacte de semejante virtud, pues es triste preeminencia del hombre el poder hablar sin reflexionar y obrar sin conciencia de lo que desea, ó, como dice un refrán popular, caminar por el mundo cual

hombre sin cabeza, sin manos ó sin pies. Hay mortales que son verdaderos prodigios de sabiduría y de ciencia, pero á la vez son también hombres insoportables y sin entrañas, llenos de pasiones y de vicios.

«Incapaces para todo, sólo aptos para charlar, empeñados en todas las artes, menos en la del silencio». (Eurípides).

Nadie podrá calificar esto de distinción honorífica; antes bien condenará semejantes desviaciones y deformidades.

De ahí que pueda haber cierta religiosidad sin moralidad y cierta moralidad sin religiosidad; porque

«No es tan lerdo el vicio que quiera privarse en público del ropaje de la virtud». (Shakespeare).

Pero de ahí resulta precisamente una religiosidad á medias y una moralidad á medias, que, por lo tanto y como consecuencia, sólo pueden producir semihombres.

No es posible concebir la perfección moral sin religiosidad seria, como tampoco puede hablarse de religiosidad perfecta donde no existe virtud formal, ni puede ser hombre completo el que carece de religiosidad profunda unida al ansia de perfeccionamiento interior.

Por lo tanto, el semihombre podrá vanagloriarse de su honradez exenta de religión, y aun le concedemos cierto derecho á la jactancia, ya que esa honradez sostenida á costa de tantos esfuerzos, y que

«Con el devocionario en el bolsillo, suspira y hace visajes por agradar á la abuelita» (Shakespeare),

es ya en sí gran hazaña para él, y le cuesta tantos sudores, como al estornino el pronunciar penosamente su escaso repertorio. Ahora bien, el que pretenda ser un hombre completo, no debe excluir nada de lo perteneciente á su misión, nada de lo que pueda hacerle más puro, más fuerte y más perfecto, nada de lo que sea humano ni divino, natural ó sobrenatural. De ahí que la perfecta moralidad resulte inseparable de la religión.

XIII. Discusión de la cuestión más importante.— Á la celebración de las bodas de oro del honrado colono

Pablo Erdmann, que tan donosamente nos describe Claudius, llega sin avisar y con retraso el obeso Sr. de Saalbader con su estirada señora mamá. Apenas ha tomado asiento el presuntuoso botarate cuando se apodera de la conversación, en la cual

«Falta el sentido común, pero abunda la soberbia» (Pope); y haciendo caso omiso de los labradores invitados, dirige la palabra exclusivamente á sus iguales, y en idioma francés, para demostrar que, en sus largos viajes por el extranjero, ha olvidado lo poco que sabía de la lengua materna, sin haber llegado á aprender la extraña. Los labradores lo comprenden así, y no dejan de hacérselo notar al señorito. En este momento crítico, cesa la conversación general, para dar lugar al venerable patriarca á que bendiga la mesa antes de dar comienzo al festín. El vanidoso charlatán aprovecha esta pequeña pausa para restaurar su decaída posición, y pregunta en lengua alemana, con objeto de dejar deslumbrados á aquellos sencillos comensales, y creyendo poner una pica en Flandes:

—¿Quién sería el primero que tuvo la ocurrencia de rezar antes de comer?

Pero á buena parte ha ido á topar el elegante aristócrata con sus insinuaciones.

—El que primero se sentó á una mesa — contesta el honrado Pedro Unke, á quien los aldeanos han elegido por su portavoz en aquella solemnidad.

Esta vez le toca al señor de Saalbader el quedarse con la boca abierta; y como el aldeano no acostumbra á perdonar palabra ni á quedarse corto cuando cree tener razón, expresa además sus ardientes votos por que el señorito pase mucha hambre, y no tenga qué comer, que entonces ya le entrarán ganas de rezar.

Este argumento desconcierta de tal modo al mono imitador de la filosofía francesa, que sólo acierta á murmurar:

—Pues en Francia nadie reza.

—Puede ser—contesta el aldeano, convencido de su triunfo,—pero yo tengo mi propia filosofía, que es la del

sentido común, la cual me enseña que el hombre no es ningún buey ni ninguna mula, para pensar sólo en el pienso y en tragar y rumiar.

El señor de Saalbader se queda en la airosa situación descrita por Calderón:

«Desgraciadamente, en aquel momento le falló el ingenio, como cuando falta la harina en la criba del molino y se paran las muelas de repente».

Discurre entonces atacar á la religión por otro lado, y reanuda la conversación observando:

—Señor Asmus, no negará V. que la secularización de los conventos es una medida altamente prudente.

El interpelado contesta muy fresco:

—Verá V.; opino que ya que todos buscan la felicidad á su modo, ¿por qué ha de prohibírsele á los frailes?

El gran filósofo hállase de nuevo en un callejón sin salida, y se revuelve angustiado hasta exclamar:

—Sí, tiene V. razón; pero ¿qué ocurriría si todos fueran á meterse en los conventos?

—En tal caso, sobrarían éstos, puesto que el mundo entero se convertiría en un solo monasterio—contesta Asmus tranquilamente.

El Sr. de Saalbader comprende entonces que su filosofía especulativa no puede competir con el sentido práctico de aquellos hombres de la naturaleza, y da rápidamente media vuelta para meterse en el terreno de la filosofía práctica, diciendo:

—¡Lástima grande de tantas jóvenes hermosas que no comprenden que la felicidad está al alcance de su mano, con tal que cedan á los derechos de la naturaleza y sepan disfrutar de ellos!

Y al propio tiempo, hace una indicación obscena y brutal, con la cual quiere dar á entender lo bien paradas que saldrían la juventud y la belleza, si él dispusiera de poder como dispone de voluntad.

La discusión toma entonces mal cariz. Asmus se apresura á reprochar al señorito la bajeza de sus ideas, que ca-

lifica de indignas, tanto de un hombre de honor como de un aristócrata. Éste se hace un lío y se enreda en tal sarta de lugares comunes y de majaderías respecto á su nobleza y su honor, que la estirada mamá vese precisada á acudir en su auxilio para sacarle del atolladero. Temblando de indignación, prohibe la soberbia aristócrata que su hijo siga discutiendo con semejantes ordinarios fariseos, con semejantes borrachos, loritos y gentezuela, añadiendo otras denominaciones á cual más denigrante.

Tratándose de cuestiones que tocan á la conciencia, es sabido que hasta la gente más entonada, que se las echa de fina y de culta, justifica el adagio siguiente:

«Estiman más las quijadas de burro, que las espadas heroicas de Sigfrido y Rolando, y creen mejores comprobantes el vergajo y las palabrotas del carretero, que la lógica y la Biblia».

Este fué el digno remate que tuvo la conversación sobre religión, la cual acabó por donde debiera haber empezado. La forma en que, por lo general, son sostenidas las discusiones religiosas hacen lamentar el tiempo precioso que en ellas se pierde; pues la gente se mete á hablar siempre de cosas que no entiende, y gusta de burlarse con preferencia de aquello en que no cree y cuya existencia rechaza rotundamente. Merced á la ruda franqueza de los labradores y á la rectitud del honrado Asmus, pronto vióse obligada la distinguida familia de los Saalbader á hacer públicamente su profesión de fe. Verdad es que la confesión no tenía nada de complicada ni de difícil, puesto que, tanto para la madre como para el hijo, sólo constaba de un solo artículo, y éste se reducía á descubrir, el calavera su vileza y corrupción insondables, y la aristócrata matrona, su soberbia y su orgullo desmesurados.

Desgraciadamente, no siempre terminan las conversaciones sobre religión de un modo tan claro y tan terminante; y eso que, por lo regular, así debieran acabar, mejor, principiar todas. Pues todos los que discuten la religión, vienen á profesar en menor ó mayor grado uno de

los dos artículos de fe de la noble familia de los Saalbader: ó bien se complacen en revolcarse en el cieno como el señorito, diciendo: «el hombre es una bestia», ó bien se ensalzan como la señora mamá, creyéndose de especie muy superior á la crédula gentuza, y pensando: «el hombre es su propio Dios».

XIV. El buscar á Dios es el medio de aprender el arte de vivir.—1. «Buscador de Dios»—La expresión no es incorrecta cuando realmente se le busca con la seriedad y la formalidad debidas. Pero hay hombres que retroceden en el momento preciso en que van á hallar á Dios, semejantes al cazador dominguero que de pronto descubre las huellas del oso. Hay quien busca á Dios como quien busca una incógnita matemática para ejercitar su agudeza, ó escoge un ramo de flores, por puro pasatiempo, y encuentra de pronto, allá en el fondo de su conciencia, un Dios vivo, severo investigador de los repliegues de su alma; el Santo, el que mora en el fuego, enemigo jurado de todo lo vil y despreciable. Entonces el buscador huye aterrorizado.

2. Por esto dice el profeta: «Cuando busquéis, buscad bien» (Isaías XXI, 12).

Las disputas sobre Dios, el alma, la inmortalidad y lo eterno, el deber y la moral, hanse convertido ya en verdadera plaga social. Continuamente se renuevan las mismas polémicas, sin que éstas lleguen nunca á buen fin. La conciencia no permite callar, y el temor no consiente que se den por terminadas.

Dios no ha inventado el temor; al contrario, éste nos obliga á retroceder en el crítico instante en que vamos á hallar á Dios, y cierra la conciencia á toda verdad, á semejanza

«...de los guardianes á quienes adormece el sonido del oro, hasta el punto de hacerlos cabecear, ciegos y sordos, aunque salten los cerrojos». (Calderón).

He ahí la causa de que no haya seriedad ni sinceridad en todas esas discusiones sobre religión. Siempre hay al-

gún punto débil ú oscuro en una ú otra parte, aunque no en el asunto que se discute, sino en el propio corazón, y nadie se aviene á renunciar á esta supuesta duda. No quieren convencerse, dice el salmista, porque demasiado comprenden que deberían atacar las propias obras y la propia vida. (Salmo XXXV, 4).

3. Para hallar á Dios, hay un camino muy sencillo. El que busca la verdad, halla á Dios, porque Dios es la verdad. La verdad no es barro blando, que cada cual pueda modelar á su antojo, sino perla preciosa que no es posible transformar sin destruir. Es tesoro del Evangelio, que alcanzamos únicamente entregando en cambio todo lo que poseemos, incluso nosotros mismos, nuestras inclinaciones, nuestras consideraciones sociales, nuestro propio corazón. Quien busca la verdad en esta forma, no tarda en hallar á Dios.

«Nuestra miseria está en que, por orgullo, nos figuramos comprender mejor las cosas y ser más sabios que la misma sabiduría divina». (Eurípides).

4. La verdadera escuela del arte de la vida está en buscar la verdad, cueste lo que cueste, y en aceptarla con todas sus condiciones. Pero ha de ser aquella verdad que no permite que con ella se comercie ni se juegue; la verdad que exige disciplina militar, lo mismo para el espíritu que para el corazón, para el pensamiento que para las obras, en una palabra, la que impone una sumisión incondicional á Dios. En dicha escuela se aprende la rectitud en el pensar, la seriedad en las determinaciones, la pureza de carácter, la sinceridad de corazón, en una palabra, en ella se forma el hombre completo y verdadero. Según que éste llegue ó no á compenetrarse de estas verdades, así se realizarán las palabras del poeta:

«Hay quien aspira al cielo, y siembra para recoger cosecha eterna; lucha y pelea, ya en pie, ya caído, pero avanzando siempre, llevado en alas de la esperanza.

»Hay otro que pasa parte de su vida batallando, siendo juguete del azar y de las pasiones, y desperdiciando una

existencia triste, sin dejar rastro alguno, hasta que cae como cosa gastada y sin valor en las garras de la podredumbre y de la nada». (Shelley).

XV. La piedra de toque del cielo.—Al principio edificaron la torre de Dios con celo semejante al torbellino, y ahora arrasan la propia construcción como si fuera una empalizada del campo enemigo.

Esto prueba que discurre muy acertadamente el que siempre desconfía de sus fuerzas y exhorta á todos los que aún construyen á que no se fien nunca por completo de sí mismos.

Pues hay muchos que dicen: «¡Señor, sólo tú!»; pero si ocurre que Dios dice alguna vez: «No es así; tal como yo lo dispongo, está bien hecho», todo su celo se torna en rabia.

XVI. El más grande de los hombres.—He contemplado hombres muy grandes que caminaban por la ancha vía de los tiempos, y que llegaron á ser ídolos de los pueblos que les sucedieron: eran héroes de la guerra, fundadores de nuevos Estados, poetas, artistas y osados pecadores. ¿Cuál de ellos es el más grande?

Los que en elevados pedestales alzan sus frentes luminosas como si fueran astros, ¿no ocupan los puestos más elevados?

No, entre todos los que nacieron de madre, sólo hay uno escogido: el Bautista, dice el Verbo.

Juan no ganó batallas, ni conquistó tierra alguna; bajo su dulce mano, no corrió una sola gota de sangre.

Aquellos grandes hombres erguían con altivez su frente; la cabeza del Bautista, en cambio, cayó víctima del odio de una mujerzuela.

Y, sin embargo, en comparación con él, son cosa baladí.

En efecto, así es de razón y de justicia. Aquéllos desperdiciaron arbitrariamente las mayores fuerzas humanas; él se evaporó, como el aroma de una flor, en aras de la voluntad de Dios, sin consuelo ni recompensa.

Los que sirven á los hombres, son máquinas del propio

yo, y siervos de todo el mundo; en cambio, los que se consagran á la voluntad de Dios, están por encima de las masas humanas, y son tratados como hijos en la morada del Rey.

XVII. Á tu estrella sigue fiel.—La gente sencilla cree que el destino del hombre está escrito en los astros. ¿Por ventura sabes leer en ellos y conoces el camino que les ha sido trazado?

El hombre ha de seguir su estrella, arrastrado por secreto poder, como el río arrastra al barco y el imán al hierro.

Creso siguió su estrella, y amontonó millones; su estrella siguió Alejandro, y fué suyo el mundo entero; Colón siguió la suya, y nos dotó de nuevos mundos; y, guiado por la suya, dió Buonarotti vida á la piedra.

En efecto, todos siguen su estrella, todos los que caminan bien. Su estrella siguió Pedro, cuando abandonó á su esposa y sus redes; y la suya siguió Pablo, cuando, levantándose de su caída, luchó con las bestias y salió del calabozo en busca de la muerte. Su estrella siguen todos aquellos que luchan por la castidad, y todos los que, en su pobreza, son manantial de bienes para el mundo.

Pero no creáis que me refiero á las estrellas silenciosas que brillan en la bóveda celeste, sino á las del otro mundo, á las que lucen en la propia morada celestial de Dios.

Pues no hay astro en los cielos, ya sea sol, ya sea cometa, sobre el cual no haya derramado Dios su luz original con mano generosa; no hay flor que nos encante, ni incienso que llene de deleite el espíritu y el corazón, á los cuales no haya colmado Dios de encantos y de aromas por medio de una estrella. No existe astro espiritual, oculto aquí bajo al mundo, pero que brillará algún día entre la multitud de los santos, ni almas que, semejantes á las violetas, sólo viven para Dios, que no sean débiles reflejos de aquellos astros divinos.

Pues no hay uno solo, entre los millares de buenos que, á pesar de los insultos y desprecios, bendicen y rezan,

fieles al deber, por los enemigos que los hostigan, que no tenga la vista clavada en aquellos astros eternos, para imitar, á fuerza de constancia y de paciencia, su brillo singular.

Todo rayo de hermosura y claridad, todo rayo de fuerza y de bondad, baja de lo alto, á la manera como caen sobre la luna los rayos del sol; pues allá tienen su origen todos los rayos, allá tiene su principio toda hermosura, y allá encuentra su foco el resplandor de toda la luz que brota del seno del Padre celestial.

Del Padre de toda claridad pasa una luz al Hijo, quien la distribuye entre las siete estrellas, [1] las cuales, por su brillo, se asemejan á los diamantes de su corona, irradiando, desde el otro mundo, reflejos de la belleza suprema y absoluta.

Siete estrellas resplandecientes como siete soles lleva en sus manos Aquel que es espejo puro y divino de toda virtud y de toda grandeza. Iluminó millares de astros cuando se hallaba entre nosotros, colmando de virtud todo lo que era fuerte, bello y dulce.

Miles de estrellas, grandes y pequeñas, rodean radiantes este Sol. Cada cual sigue la suya, como gira la luna alrededor de la tierra; su estrella, que Dios mismo, el Señor y la alegría de los cielos, sostiene entre sus manos; su estrella, que tiene en la tierra su ejemplar humano.

Mortal, sigue, pues, fielmente tu estrella á través de todos los caminos de tu vida; esa estrella que, en el supremo consejo de Dios, desde toda eternidad, te fué destinada por guía; esa estrella que Dios te muestra á través de la confusión del mundo; síguela, y, victorioso, mantendrás tu puesto en el campo de batalla.

XVIII. Si Cristo volviera.—¿Os figuráis que, si Cristo volviera, hallaría fe entre esos sabios que se han conquistado una triple ceguera; entre esos buhos que huyen

(1) Apoc., I, 16.

de la luz de la verdad como del fuego, y se esconden, por no verla, en las ruinas de la nada?

¿Os figuráis que, si Cristo volviera, no reprendería de nuevo á esos hombres astutos que han sabido arreglárselas bien para darse importancia á esos santurrones, que barajan las palabras de Dios á su gusto, y que se hinchan, llenos de unción, como nuevos fariseos?

Si Cristo volviera, decidme, ¿á quién no infundiría pavor su venida? De nuevo alzaría el látigo para castigar los labios de esos asesinos de la verdad, las manos de esos osados escritores que, por dinero, avivan el incendio del placer y de la infamia.

Si Cristo volviera, ¿creéis que obraría de otro modo que cuando, Dios, hecho hombre, caminaba por el mundo? ¿Y creéis que os daría otras enseñanzas que las que daba cuando decía: Yo soy el camino, la verdad y la vida?

Si Cristo volviera, debéis presentir que preguntaría con toda seguridad: «¿Qué habéis hecho de mí, criadero de veletas? ¡Como si yo debiera acariciar el espantajo de vuestro siglo y halagar vuestros caprichos! ¡Como si doblegara mi ley y mi palabra ante vuestras amenazas y vuestros halagos!»

Si Cristo volviera, tened la seguridad de que nuevamente diría: «Yo os enseñé á seguir mis huellas, á llevar mi cruz. El que os incite á abandonar las armas y os muestre caminos floridos, pretende haceros atravesar tierras enemigas y áridos desiertos, privados de apoyo y de defensa».

Si Cristo volviera hoy, nada tendría que renovar; sólo nos señalaría la meta y el arte de navegar en derechura á nuestro fin, que es Dios. Su palabra es manantial de vida eterna, no cisterna cenagosa de donde brotan aguas azufradas que despiertan la sed y dan la muerte.

Cuando Cristo vuelva, vendrá únicamente á presidir el juicio final; vendrá como luz para los que creyeron de corazón, como fuego para los fríos é indiferentes.

Cuando Cristo vuelva como juez, habrá sonado la hora

de la separación. Mientras el Señor espere la sazón del fruto, hay tiempo para decidirse.

¡Oh, ven, Señor, recógenos y prepara tu era!

Ven como fuego que consuma la paja de tu reino. Pero, ¿qué digo? No, retrasa tu venida, alarga el tiempo, detenlo, hasta que el mundo se someta á tu palabra y se muestre fiel y sumiso á Ti, en la fe como en las obras.

CAPÍTULO II

El arte de vivir una vida nueva

I. Seguridad verdadera y falsa.—Si pretendes sostenerte en pie haciendo alardes de seguridad, fácil es que pagues tu presunción dando terrible caída. La seguridad produce excesiva confianza en uno mismo; y el que confía demasiado en sus propias fuerzas, cae tan pronto y con tal estrépito, que se destroza por completo.

Trabajad por vuestra salvación, temblando de miedo al recuerdo del tribunal severo que os espera. Pablo no se daba cuenta de nada; sólo el temor le acompañaba, pues donde hay temor, hay seguridad; pero la confianza mata al hombre.

II. «Felix culpa».—Un hombre que no halla nada que corregir en su persona, no puede perfeccionarse nunca; por lo cual ya puede llamar, sin pecar de temerario, á *Don Virtudes*, hoja de acero roída por el orín.

En cambio, el que falta y yerra, pero siente ansias de enmienda, acabará por ser un hombre completo, y aun, con ayuda de Dios, un santo.

III. Necesidad de la purificación moral.—1. Todo hombre—dice Wendell Holmes, á su modo americano—encierra, en los secretos repliegues de su corazón, una serie de cosas que sustrae cuidadosamente á los ojos del mundo. Heine en forma ruda, pero franca, confiésalo así, cuando dice:

«Lo peor, lo más estúpido que hay en mí, lo llevo oculto dentro del pecho».

Pero ¿de qué servirá tanto ocultar, si, después de muertos, todo ha de salir á luz, y en presencia del mundo en-

tero? ¿No es más prudente resolver las cosas en tiempo oportuno?

2. Todo hombre lleva dentro de sí mismo cosas que, no sólo le comprometen después de muerto, sino que, ya en vida, le van envenenando y pervirtiendo paulatinamente, si no decide suprimirlas por modo terminante cuando aún es tiempo. Todavía más; el hombre que no confirme esta verdad, da señales palpables de hallarse ya inficionado y corrompido irremisiblemente.

3. Más vale un penitente humilde que cae luchando centenares de veces, que no esos soberbios que se justifican á sí mismos, creyéndose invulnerables al mal, porque el aguijón del pecado no es ya lo suficientemente punzante para atravesar su piel acorchada y dura.

4. Amarga verdad es que todo trabajo en el hombre ha de comenzar por su propia purificación. Sin embargo, vale más que se apoye en esta máxima, que no que emplace un costoso edificio en un pantano, donde por fuerza ha de hundirse ó apestarse.

5. La labor más ingrata y difícil del hombre es la reconcentración en sí mismo. Esto prueba de un modo evidente que las cosas andan mal en el interior de la casa.

6. Descubrirse uno á sí mismo, ó, por lo menos, aproximarse lo suficiente para poder oir la voz interior, supone una labor parecida á la que nos esperaría si nos viésemos obligados á abrirnos paso hasta una casa enterrada por la nieve, ó hasta un minero sepultado en el fondo de una galería.

7. Más fácil es limpiar un candelabro de metal cubierto de cardenillo, que purificar un corazón del orín que le corroe.

8. «He faltado», es una frase corta—dice San Ambrosio;—pero le cuesta tanto al corazón el pronunciarla, que nunca lo hace sin obligarle á producir llamas que consumen el mal como el fuego divino del sacrificio.

9. La exigencia más elemental de la justicia consiste

en que haga uno aquello mismo que se exige de los demás. Lo que con más frecuencia prometemos cumplir, es enmendarnos y corregirnos.

10. La doctrina cristiana empieza con la palabra penitencia (Matth., III, 2, IV, 17), porque quiere inculcar en la humanidad la práctica de la justicia. Ahora bien, la condición que ha de preceder forzosamente á la justicia, es la supresión de la injusticia y la reparación de sus efectos.

11. Á los penitentes y fervorosos, suele llamárseles, ya hipócritas, ya locos, porque se amargan la vida y recaen siempre en sus antiguas faltas. Pero si lo malo sabe infiltrarse en la naturaleza de tal modo, que hasta los padres del desierto pecaron, ¿qué no ocurrirá á las almas de aquellos que no emplean ni la lima de la severidad, ni el fuego de la oración, por no amargarse la vida?

12. Hay quien abandona su estado y su patria, y varía todas sus costumbres, para evitarse los disgustos que le proporcionan su posición y los caprichos de los hombres; pero no crea que por eso ha de hallar más soportable la vida, mientras no abandone sus malos hábitos y sus propios caprichos, mientras no se transforme á sí mismo.

IV. Vuelta rápida.—Si tu carro se ha desviado de su ruta, por poco que sea, enderézalo pronto y bien, porque, de lo contrario, cada hora de tu jornada hará mayor el rodeo, hasta que al fin pierdas el camino.

Si el placer de los sentidos te tiene amarrado con sus cadenas, y si yaces postrado en brazos del desaliento, rompe las ligaduras que te esclavizan, aunque para conseguirlo hayas de verter tu propia sangre; pues al fin y á la postre, tendrás que imponerte esa violencia, si no quieres proporcionarte á ti mismo la muerte, para lo cual necesitarás un valor centuplicado.

V. No mires con demasiada ligereza las faltas pequeñas.—No mires las faltas pequeñas con demasiada ligereza, pues ya sabes que no hay cabello, por delgado y lacio que sea, que no proyecte sombra y no lo delate la

vista. Y si tu cabeza está pelada como la cáscara de un huevo, y no hay en ella sino tres pelos escasos, si á éstos se agarra tu enemigo, bastará para hacerte pasar á su poder y retenerte como una garantía.

VI. No hay progreso sin retroceso.—Entre la gran multitud de obras dedicadas á establecer una moral puramente mundana, hay algunas que merecen ser citadas con respeto; pero, á pesar de esto, confieso que no conozco ninguna que trate de la abnegación, del sacrificio del amor propio, ni de la penitencia. Algunas veces leo en alguna de ellas, como por casualidad, las palabras siguientes:

«Temo al enemigo invisible que dentro del pecho se revela contra mí». (Schiller).

Y ¿por qué no nos dan armas contra ese enemigo? Porque hasta las personas más serias toman al hombre tal cual es, es decir, le suponen bueno en esencia. Pues aunque se atrevan á decirle que no es tal como debiera ser, les falta valor, y acaso también discernimiento, para hacerle comprender que no hay progreso sin retroceso, ó, en otros términos, que debe ante todo empezar por soltar el lastre que le agobia, hasta llegar á desprenderse de sí mismo, si pretende adquirir la facultad de lograr su verdadero desenvolvimiento.

¡Tan probado está que el hombre, aun el más serio y formal, vacila en bajar á las profundidades de su propio ser, retenido por el temor de descubrir, en ellas, cosas que le producirían espanto!

Pero entonces, ¿á qué vienen esas tentativas de enmienda? Habrá que concederles la misma importancia que á las prescripciones de aquel médico que enviaba á su paciente de Nordeney al Cairo, sin atreverse á decir á tan elegante mundana que sus pulmones ya no eran capaces de resistir la vida que llevaba, y que, por consiguiente, debía renunciar en absoluto á sus bailes, á su velocípedo y á sus expediciones alpinas.

Viene á ser algo semejante á lo que ocurre al gastado sibarita; sométese éste á todos los sistemas curativos del

mundo, pero no consiente que nadie le diga que todos los potingues que toma es dinero que echa á la calle, mientras no se despida para siempre del vino y de los licores.

VII. No hay reforma posible sin reforma de uno mismo.—1. Á excepción de algunos utopistas, tanto sabios como ignorantes opinan de consuno que el hombre, la humanidad en general, podría marchar mejor de lo que marcha; pero nadie explica de un modo satisfactorio el motivo de este estado de cosas. El avanzado liberal Malthus afirma que el malestar que sufre la humanidad consiste en que no tienen todos su trozo de carne asada y su vaso de vino en la mesa á la hora de comer. Los demócratas socialistas, que, por lo general, no sienten por él muchas simpatías, le dan la razón en este punto, pero añaden por su cuenta otras dos causas, á saber, que el mal está en la falsa organización social y en la carencia de una completa ilustración universitaria para todos. Declaran, además, que si en estos tres puntos se implantara una reforma, pronto veríamos surgir una nueva generación de dioses y semidioses.

Soy de parecer que, tocante á las pasiones propias de dioses y semidioses paganos, se cumpliría al pie de la letra semejante apreciación, pues ya dijo el profeta (Ezec., XVI, 49): «La soberbia, la hartura, la abundancia y el ocio pronto fundan una Sodoma». Lo que rechazo en absoluto es que de ese modo pueda reformarse el mundo; que lo crea el moro Muza.

En cambio, sostengo con igual tesón que mientras el hombre no se desprenda de su *yo* duro y soberbio, así le proporcionen diariamente un nuevo paraíso, diariamente volverá á destruirlo.

El que no tenga valor suficiente para decir al hombre, y en particular para repetírselo á sí mismo, que la reforma debe comenzar por su propia personalidad, arrancando de raíz la simiente del mal, venciendo la soberbia y el amor propio, renunciando á su yo, hiriéndose sin compa-

sión, haciendo el sacrificio de todo su ser, podrá abrigar excelentes intenciones, pero no reformará la humanidad.

VIII. Obstáculos que se oponen á la penitencia y al cambio de modo de pensar.—1. No carecemos de discernimiento para saber que nos falta razón y que obramos mal; sólo andamos escasos de valor para cambiar nuestro modo de ser y reformar nuestra conducta. Todos se asustan al pensar:

«¿Hacia dónde me veo arrastrado de pronto? Dejo atrás lo que no tiene sendero ni salida, y á mis espaldas veo surgir, formada por mis propias obras, una muralla que me cierra el paso, por si quisiera retroceder». (Schiller).

2. El obstáculo que se opone á nuestra inteligencia, para impedir que comprendamos nuestra falta de razón, está en esta voz interior que murmura quedamente: No basta; es preciso que confieses tu injusticia y que enmiendes y repares la falta.

3. El obstáculo que se opone al corazón para evitar la reforma de nuestro modo de vivir y de pensar, está en ese malhechor empedernido, origen de todos los yerros: en nuestro funesto amor propio. Éste empieza por inducirnos al mal, y luego, cuando pretendemos retroceder, nos sujeta con férreos brazos. He aquí el motivo de que sean tan poco frecuentes la penitencia y la enmienda, pues es preciso un dominio verdaderamente heroico de uno mismo para lograr romper la siniestra cadena que nos retiene. Es aquello de:

«Caí en las propias redes, y de tal modo me he enredado en ellas, que sólo la violencia podrá romper las espesas mallas que me aprisionan». (Schiller).

IX. El gran malhechor.—En el trato con personas débiles y de cortos alcances, es muy difícil evitar las malas inteligencias, las diferencias de opinión y las discordias. Hay que reconocer, sin embargo, que todo esto puede, á veces, ser conveniente, porque sirve para poner al descubierto nuestros defectos ocultos, para aclarar dudas, para despertar nuestro entusiasmo en favor de una buena

causa que nos era indiferente, y para obligarnos respetar al que hasta entonces considerábamos como nuestro adversario. Claro está que estos buenos resultados se obtienen únicamente cuando nos hallamos dispuestos á todos los sacrificios y buscamos formalmente la verdad y la justicia.

En cambio, cuando las malas inteligencias sólo sirven para reproducir nuevos yerros; cuando se hace imposible hallar luz que ilumine el verdadero objeto de la discusión; cuando la polémica degenera en rozamientos personales y aumenta la discordia de los ánimos; cuando origina la división entre aquellos que llevan el mismo yugo y los incapacita para la acción común, no es posible dudar que el consejero secreto, cuando no el portavoz de las mismas, es siempre ese promovedor sempiterno de la discordia, ese enemigo nato de la paz, ese asesino de la confianza mutua y de la sinceridad, ese maestro del disimulo, diestro en el arte de confundir y oscurecer aun la cuestión más clara y la intención más recta. Conste que no me refiero á Satanás, á quien suele achacársele todo esto, pero cuya actividad hace casi superflua el enemigo de que hablo, sino al amor propio.

X. Mundo grande y mundo chico.—No es difícil renunciar á ese mundo grande, que miente, pisotea y muerde envidioso á todo lo que es puro y digno. Pero cuando trates de sustraerte al mundo chico, entonces darán comienzo tus trabajos, porque éste te pondrá mil trampas para engolosinarte con el cebo de los honores.

¡Cuántos no abandonaron contentos sus cargos y dignidades para lograr el descanso, encontrándose ahora con que la cólera, la vanidad y las niñerías les estrechan las mallas de la red que los envuelve!

¡Cuántos entraron en los conventos cantando á Dios himnos de alabanza, y acabaron por ahorcarse con el alambre, fino como una hebra de tela de araña, que les echó al cuello su capricho!

No hay duda alguna que basta un solo golpe para echar

por tierra el gigantesco ídolo del gran mundo: Pero ¿quién ha derrocado alguna vez y por completo el ídolo enano que encierra el propio corazón?

XI. Payasadas graves.—En un teatro Guignol, hay que pasar porque el payaso represente una comedia consigo mismo, y aun logre distraernos un rato. Al principio, le vemos echárselas de admirador entusiasta de un objeto invisible, ante el cual hace reverencias á diestro y siniestro, y al que felicita y alaba, en términos ridículos y frases exageradas, por su belleza, su sabiduría y su talento; luego da saltos como un felino, finge ser él el admirado y festejado, y contesta con innumerables saludos á su invisible apologista, demostrando con ridículas expresiones de gratitud cuán halagado se siente su amor propio ante aquellas burlonas manifestaciones de admiración, que toma por la misma verdad.

Idéntico proceder observa el hombre consigo mismo, y hay que confesar que resulta insoportable en alto grado verle ejecutar tamaña farsa con tanta gravedad y convencimiento.

Por desgracia, todos nos prestamos gustosos á ella, porque ¿quién no pronuncia una frase, quién no ejecuta una acción, sin que su amor propio palmotee y dance lleno de admiración, como un polichinela descoyuntado? Además, ese payaso dichoso sabe introducirse con la rapidez de un mono en el mismo corazón, donde escucha con avidez y entera convicción las alabanzas que se prodigó á sí mismo, se inclina hasta el suelo y patalea de gozo y satisfacción hasta marearse y perder el tino.

¡Qué comedia más estúpida nos obliga á representar el amor propio! Al fin, el payaso del Guignol nos cansa y aburre en cuanto llegamos á ser hombres, mientras que á estas payasadas nos entregamos y seguimos entregándonos indefinidamente.

XII. La lucha contra la locura.—Si el hombre se observara con cuidado y tratara de afinar, por medio de un ejercicio continuo, su oído interior—el cual, por des-

gracia, en la mayoría de los humanos está tan duro que toca en la sordera,—llegaría á creer que no goza de equilibrio perfecto, al sentir, en cada palabra que pronuncia y en cada acción que ejecuta, una voz interior, entre extraña y familiar, que le dice: «¡Qué bien has hablado! ¡Qué bien has hecho esto! ¡Qué sorprendido has dejado á ese con tu ciencia! ¡Con cuánta admiración hablarán de ti los que te escuchan!»

Que á nadie cause terror tan íntimo consejero, pues su presencia no indica un estado morboso del espíritu, sino falta de salud en el alma. Prueba ello, y por cierto con mucha elocuencia, el desgarramiento anormal que padece el corazón, y la contradicción y el dualismo que reinan en nuestro interior, contradicción y dualismo que también experimentaron y lamentaron los Apóstoles. (Rom. VII, 15).

De ahí resulta que quien con perfecto conocimiento de causa convierte la voz de la corrompida naturaleza en su propia voz, esto es, que el presuntuoso idólatra de sí mismo, acaba por colocarse al mismo nivel moral é intelectual del hombre que habla solo, con lo cual da ocasión á sospechar que está loco de remate, que es juguete de su propia fantasía.

Dedúcese de esto que la lucha contra el orgullo es á la vez la lucha contra la locura, y que el que combate contra las ilusiones de la vanidad, no sólo no es romántico ó loco, sino que se halla en vías de la curación de su espíritu.

XIII. Armonía y discordancia.—Cuando tu madre te enseñaba á rezar, se te abrió el cielo de par en par, tratabas á Dios como á tu igual y comprendías á la perfección el curso de las cosas.

Mortal, reinaba entonces la armonía en tu interior; armónico contemplabas el mundo, y parecíate el corazón recinto de todas las melodías, albergue de ángeles, santuario de Dios.

Desde que, desleal á tu madre, te burlas de sus ense-

ñanzas, de ti mismo tienes miedo, y tanto Dios como el mundo se han convertido en enigmas para ti.

¡Ay, mortal, cómo enmudeció entonces para ti la música! El arpa del corazón saltó en pedazos, sus cuerdas penden lacias y deshechas, y suenan con agudo chirrido!

Pero ¿no ha de tener fin esta miseria? Tú mismo sientes horror hacia aquel que no logró saber lo que es armonía, ya por medio del corazón, ya por el oído; y, sin embargo, ¿la aborreces y te parece odiosa?

Mortal, afina esa arpa, ha tiempo abandonada en tono de lamento; pues cuando hayas practicado formalmente el canto de la penitencia, Dios se encargará de proporcionarte himnos de júbilo y alegría.

XIV. Las cadenas más peligrosas.—Que estés amarrado con cadenas y grillos al muro de un calabozo, ó te sujeten rosadas cintas de seda al lecho del vicio, siempre, infeliz, resultas encadenado. No obstante, te veo con menos temor entre los duros hierros de la cárcel, que sobre muelles colchones de pluma. Porque ha de serte más fácil romper las cadenas de hierro, que deshacer los sedosos nudos, si consideras tales guirnaldas de flores como cuerdas que te aprisionan.

XV. Ahorra las lágrimas.—Hijo mío, no llores con demasiada frecuencia, que las lágrimas son un líquido precioso, ya que no hay vino meridional que encierre tanto fuego ni tanta virtud. Entre todos los jugos, sólo hay uno que supera á la lágrima en ardor y fuerza, y éste es la sangre.

La sangre logra el perdón de los pecados, satisface todos los castigos, y convierte la muerte en vida, porque la vida reside en la sangre.

Pero del mismo corazón que hace brotar el manantial de sangre, de las mismas sales que mantienen los glóbulos rojos de tan precioso líquido, surgen las lágrimas, hermanas menores de la sangre. No de otro modo se añade agua al lagar para templar el ardor del vino.

Por eso, cuando el alma arrepentida se baña en el agua

salobre de las lágrimas, adquiere ésta nuevo vigor, se ve curada del pecado y dispuesta á emprender nuevamente el camino del bien.

Y es que las sales de las lágrimas purifican la vestidura del alma, hasta dejarla blanca como el armiño, y avivan el curso perezoso de la sangre.

Por tanto, hijo mío, ahorra las lágrimas, recógelas cuidadosamente para convertirlas en baño de curación; pero en cuanto te sientas mancillado por la culpa, abre pronto las espitas para purificarte en sus aguas.

XVI. Arrepentimiento verdadero ó falso.—Esa amargura colérica que te impide perdonar que otros hayan visto tu debilidad; esa amargura colérica que incita al corazón resentido á maldecir la existencia, será todo lo que quieras, menos arrepentimiento y humildad.

El arrepentimiento no se traduce en cólera porque hayas sido hombre, ni tampoco es furioso rebuscar de la conciencia, ni soberbia destrucción de uno mismo.

El arrepentimiento está únicamente en la enmienda formal y paciente, y en la reconstrucción de un nuevo reino de la virtud sobre las ruinas de la locura.

XVII. Dignos frutos de penitencia.—1. Hacer penitencia es renunciar al mal, pero no confesar que es el mal el que nos ha abandonado á nosotros.

2. No consiste la enmienda en no seguir obrando mal porque el mal haya perdido sus atractivos, sino en resistir á sus asechanzas tentadoras y en sustituirle por algo mejor.

3. Una sola ligereza puede producir tal confusión en el alma, y tales destrozos una ligera falta, que hagan necesarios largos años de lucha para rehacer los daños ocasionados, como puede verse en la vida de San Jerónimo.

¡Cuánta penitencia habrá de necesitar el que amontona los pecados á granel, ingeniándose en destrozar su alma con verdadero encono! ¡Cuánta penitencia será necesaria para restablecer el orden en aquel caos espantoso, para eli-

minar el veneno y purificar el aire corrompido por el ázoe del vicio; en una palabra, para devolver al alma enferma la salud y las fuerzas perdidas!

4. ¿Qué por qué inspira á los hombres tanto secreto terror la palabra reparación?

Por la sencilla razón de que nunca se cansan de pecar. Pues ¿quién podrá averiguar si ha logrado hacer la penitencia suficiente por un solo pecado, ó, como dice el Bautista, si ha producido dignos frutos de penitencia? (Matth, III, 8). Una cosa es hacer penitencia, otra frutos y otra producir frutos dignos de penitencia. ¿Qué será, pues, de nosotros cuando hayamos de satisfacer por tantísimos pecados? Son muy graves las palabras que leemos referentes á la gran pecadora:

«Cuanto se ha engreído y regalado, dadle otro tanto de tormento y de llanto». (Apocalipsis, XVIII, 7).

XVIII. Regreso.—Partí sonriendo y regresé con llanto. Mis sueños se desvanecieron como el humo, y la miel se tornó hiel. Hice rápidamente á la ida muchas millas, pe- á la vuelta las recorrí con paso tardo y vacilante. ¡Se baja tan fácilmente! ¡Se sube con tanta dificultad! En efecto, es mucho más amargo un paso hacia atrás que diez hacia adelante. Sin embargo, bendeciré mi suerte si me permite dar ese paso hacia atrás. Pero ¿qué sería entonces de la historia? Ésta edifica, arrasa é incendia de tal modo, que, aun entre los escombros, apenas aparecen los cimientos.

XIX. Fin suficiente para vivir.—Encerrado primero en las entrañas de una virgen y viviendo luego treinta años en el destierro, me pareces, Señor, un enterrado en vida. En lugar de enseñar, guardas silencio; sufres, en vez de empuñar la espada. ¿Es así como se alivian las miserias de la humanidad?

¡Oh, hijos ciegos de los hombres! Decid, ¿qué es más suave: callar, sufrir ó pelear? Decid, ¿cuál es mayor victoria: matar con la espada al enemigo, ó sufrir con paciencia los sonrojos y la vergüenza?

Os hice presenciar gran número de milagros, y os con-

duje por el camino de la verdad. Pero ¿habéis siquiera hecho caso de mis palabras ni de mis obras?

¿No os redimí, sufriendo en silencio los tormentos, de todas vuestras culpas? ¿Y no honré así mejor al Padre?

El objeto y fin de mi vida fué satisfacer al Padre por vuestras culpas, y hacer penitencia por vosotros, sometiéndome á terribles martirios. Ese fin bastó para darme fuerzas y alientos, para soportar la vida, para llevar la cruz, para morir en afrentosa muerte.

Alma querida, repara la falta que tu osadía mantiene amenazadora sobre tu cabeza. Si satisfaces con tu penitencia á Dios, y enmiendas tus pecados, bien puedes decir que no ha faltado un objeto á tu vida.

XX. **El arte de la penitencia.**—1. Cuando hablamos de purificación moral, de penitencia, y aun de ascetismo, que no se figure el mundo que tratamos de obligarle á que imite las severas penitencias que practicaron los santos y las que oímos referir de los fanáticos penitentes de la India. Se puede llevar una vida de penitencia sin realizar ninguno de estos actos extraordinarios.

2. La penitencia mejor y más sencilla es la del refrán: «Hacer de la necesidad virtud»; ó sea, soportar el destino común á toda la humanidad y aceptar los males inevitables de la vida, en espíritu de penitencia.

Usar de paciencia con las personas que, intencionadamente ó no, nos perjudican y molestan; tener paciencia aun con el mismo Dios, que se complace á veces en ponernos á prueba y en hacernos esperar por medio de sus instrumentos, ya sean los hombres, ya los acontecimientos; paciencia, sobre todo para con nosotros mismos, ya que es muy poco lo que podemos hacer, ora en nuestro propio provecho, ora en el del prójimo. He ahí el medio más eficaz para lograr nuestra purificación.

La Providencia Divina ha tenido buen cuidado de que no le falten penitencias y sacrificios á la vida, pues no hay en ella placer, satisfacción ni éxito que no vaya acompañado de algún sinsabor; ni existe amigo ó compañero de

fatigas que no nos dé motivo para practicar la violencia con nosotros mismos. Esto sin contar las adversidades, padecimientos, trabajos y penalidades propios de la vida. Con sobrellevarlos de mala gana, desprovistos de espíritu de sacrificio, de carencia de sentimientos de penitencia, de ansias de purificación y perfeccionamiento espiritual, no logramos sustraernos á la necesidad que nos obliga á soportarlos, y sólo conseguimos aumentar la carga. En cambio, si los aceptamos, no como esclavos que refunfuñan, sino como cooperadores libres de Dios en nuestra salvación, veremos disminuir gran parte de su peso y amargura, y convertirse en medicina salutífera para nuestra curación.

3. El hombre tiene que satisfacer por aquello en que ha pecado. Esto no es fatalidad que merezca nuestras censuras ni nuestras quejas, sino una disposición misericordiosa de Dios, que ha ordenado que en los efectos de cada una de nuestras culpas hallemos los medios para repararlas y para arrancar el germen que les dió vida.

4. Las palabras penitencia, mortificación y ascetismo no significan en modo alguno rigidez corporal, pues, tomadas en este sentido, perderían fácilmente dichas virtudes su verdadera importancia, y acabarían por carecer de finalidad. Al soldado se le inculca el espíritu de abnegación y sacrificio, porque ambas cosas son indispensables á la buena disciplina y á la educación por sí mismo. Sin duda alguna que el castigo del propio cuerpo es muy recomendable; pero el que no lo funde en el espíritu, en el dominio de sí mismo y en la corrección interior, debe renunciar á educar hombres, y especialmente á formar cristianos.

5. Las mortificaciones puramente externas significan poco; las impone la necesidad, y su práctica puede embrutecer el espíritu y alejarle más y más de toda purificación y de toda disciplina. Únicamente los padecimientos y sacrificios de la vida, llevados con espíritu de penitencia, logran mejorarnos, suavizarnos y fortalecernos.

6. Los trabajos duros y las privaciones forzadas, sin abnegación interior, hacen soberbio y altanero el espíritu, y seco, amargo y duro el corazón para con los débiles. El jansenismo es un ejemplo elocuente de esta verdad. Cuando el cuidado de lo interno no está en consonancia con la acción externa, aun la vida repleta de trabajos, penitencias y austeridades puede llegar á ser el sepulcro de las más nobles cualidades del corazón.

7. Hay quien se indigna contemplando la virtud seca y dura de los estoicos y sus similares los fariseos, quienes, en su extremada observancia de la ley, llegaban á declararse enemigos de toda legalidad y partidarios de la hermandad del libre espíritu. Olvidan éstos que todavía no hemos llegado al estado de espíritus puros, sino que estamos aún sujetos á la carne, á esta carne tan necesitada de disciplina y vigilancia como el espíritu. Ya lo dijo el Redentor con palabras harto claras y terminantes: «Esto es menester hacer, y no dejar lo otro». (Matth. XXIII, 23).

8. Que nadie crea que sólo puede purificar y fortalecer el alma por medios internos; pues así como no es posible formar el espíritu sin disponer de elementos exteriores, tales como los maestros, la lengua, la enseñanza y los libros, así tampoco es dable domar el orgullo, la obstinación y los caprichos del corazón sin el empleo de los medios sensibles de la disciplina, ni elevarse el alma á Dios sin la oración, la veneración y el culto visibles.

9. Todos los ejercicios corporales de penitencia, severidad y abnegación no tienen valor alguno sino en cuanto sirven de medios conducentes al fin. Este fin consiste en la purificación, en el acrisolamiento, en la perfección interior, no en forma violenta y forzada, sino perseverante y apacible.

10. Los mejores medios de purificación son siempre aquellos que atacan la propia esencia y la raíz del mal, esto es, el amor propio. Así, pues, todo aquello que debilite ó mate, en nuestro interior, el orgullo, la cólera y la

suspicacia, ocupa lugar predominante en las prácticas de purificación, penitencia y disciplina.

XXI. ¿Cómo ha podido ocurrir esto?—¡Me siento tan feliz y contento, tan ágil y animoso! ¿Á qué se debe esto?

Yo, que sentía horror de mí mismo; yo, que, lleno de angustia y zozobra, huía de mi propio corazón; yo, que sólo sabía gemir y lamentarme de mi suerte, hállome hoy reconciliado con la vida, y no parece sino que he vuelto á encontrarme tras larga y prolongada ausencia.

Paréceme que es más clara la luz que el sol me envía. ¿Es que mis ojos han recobrado la vista? Tranquilo y sereno contemplo el cielo. ¿Qué transformación se ha operado en mí?

Ahora comprendo la causa de este cambio: tras largos años de soportar mi corazón la pesada carga de mis culpas, me he reconciliado con mi Dios, soy nuevamente hijo del Padre Celestial, y ya no siento el peso que me abrumaba.

XXII. De purificación en purificación.—1. Hay personas que, cuando oyen hablar de la necesidad de la purificación interior, preguntan muy ofendidas: «¿Soy yo acaso un criminal, para que se me hable de semejante cosa?»

Tal manifestación es harto lamentable, porque demuestra palpablemente que en el corazón del que la formula hay poca disposición y escasos deseos de reforma y perfección.

2. ¡Como si sólo existiera una purificación de lo pésimo á lo bueno! ¡Como si no fuera tan necesario y mucho más difícil, y, sobre todo, más pesado y molesto, el paso de lo bueno á lo mejor y de lo imperfecto á lo perfecto!

Al escritor serio y concienzudo, cuya obra se haya visto coronada de éxito, difícilmente satisfará la forma en que el libro haya hecho su primera entrada en el mundo; al contrario, verá precisamente en la aprobación de los demás un acicate para dar á su obra la mayor perfección posible. Lejos de contentarse con las muestras del halago público, sentirá más bien profundo disgusto y vergüenza al abrir un ejemplar de la primera edición, y hasta le mo-

lestará oir alabar algún párrafo que, en su opinión, ha merecido enmienda y corrección completas.

Tal sentimiento es una de las formas de la purificación, y de las más hondas y decisivas; tanto, que me atrevo á compararla con las que sufren las almas en el purgatorio. Lo mismo deben pensar y sentir ellas, cuando, al recordar sus virtudes y las buenas obras que realizaron en el mundo, echen, á semejanza del autor citado, una mirada retrospectiva á su vida pasada. Entonces se verán precisadas á decir:

«De todo lo hecho, sólo he sacado el remordimiento». (Berberich).

¡Cuál no será el estado de su ánimo, cuando, en semejantes condiciones, tengan que presentarse ante la mirada penetrante del Santo de los Santos! ¿No excederá esta humillación interior á todos los tormentos del purgatorio?

3. ¡Cómo progresaría el hombre, si practicara su purificación moral en la forma en que el autor atiende á su perfeccionamiento literario! ¡Cuánto mejor sería que siguiéramos aquí, con toda libertad é independencia, el procedimiento á que habremos de someternos por fuerza en el crisol del purgatorio! Es decir, ¡cuánto mejor sería que nos purificásemos, hasta en aquello que de sano y bueno poseemos, para alcanzar así la perfección absoluta, la santidad!

XXIII. La línea divisoria entre los hombres. — ¡Cuánto ofende y molesta hablar de reforma y perfeccionamiento, lo mismo al jovenzuelo imberbe, que, semejante al árbol que, agostado en flor, languidece y muere, malgasta el tiempo y las fuerzas, que al sabihondo que pasa la existencia contando sílabas y acentos, hasta disecársele el corazón y el espíritu!

Domínalos la soberbia con el mismo imperio que se niega á oir hablar de la muerte el enfermo que lentamente pierde sus fuerzas.

En cambio, las almas entregadas á Dios, esas almas que nunca conocieron el pecado, las puras y limpias de cora-

zón, aceptan como beneficio inapreciable la censura más severa, y se pulimentan á sí mismas como verdaderos diamantes, hostigadas siempre por el miedo de que el amor propio las engañe y les haga creerse mejores de lo que realmente son. Desprecian el conocimiento de sí mismas, pero comprenden la gracia de la penitencia, que transforma los corazones de los que gozan de idéntico destino y son de su propia esencia, hasta que por fin se separan como la noche y el día, tomando diferentes derroteros, como se separan para siempre la luz y las tinieblas.

El Señor lo ha dicho: «Que lo bueno y lo santo se purifiquen de día en día; que lo inmundo y lo dañino se hundan cada vez más en el cieno». [1] Que nadie, pues, se queje y hable de violencias é injusticias, pues ni le faltó el libre albedrío ni la protección de Dios.

XXIV. Nunca sola.— 1. Si matas en el huerto con el palo una culebra, pronto verás acudir el macho; si encierras en tu alma una víbora, extermínala sin pérdida de tiempo; de lo contrario, no tardarás en hallar dentro toda una nidada.

2. Si sacas á la ventana una avecilla enjaulada, pronto verás llegar su compañero, deseoso de participar de su prisión. Por lo tanto, atiende mi consejo: encierra en el fondo del alma la avecilla celestial, y pronto la verás multiplicarse; la virtud nunca está sola.

XXV. Señales de progreso.— ¿Desearías convencerte de si realmente has logrado despojarte del hombre viejo, ó al menos, de si has llegado á someterlo, si te hallas en camino recto y lo recorres con la seriedad debida, es decir, de si avanzas en lugar de retroceder?

Cuestiones son éstas difíciles de resolver, pues ya lo dice el Espíritu de Dios: «El hombre no sabe si es merecedor de amor ó de odio». (Eccli., IX, 1).

Sin embargo, voy á darte una norma, siempre segura é invariable: No midas tu progreso por el grado de consue-

---

(1) Apocalipsis, XXII, 11.

lo que halles en las prácticas de devoción, ni por las satisfacciones que puedas encontrar en el ejercicio de las obras de misericordia y en las de tu profesión. Ni llegues á figurarte nunca que has experimentado un retroceso, cuando sientas frialdad y sequedad interior, y aun repugnancia hacia el ejercicio de las obras de obligación y de caridad, las cuales se hacen molestas y pesadas, una vez que han perdido el encanto de la novedad.

Hay tres cosas que pueden darte la seguridad de que, si no has avanzado en el camino del bien, por lo menos no has dado un paso atrás: 1.ª El convencimiento de que has conseguido, no con violencia ni excitación, sino con toda suavidad y dulzura, quebrantar tu voluntad, tu espíritu y tu corazón. 2.ª Tu mayor resignación á la voluntad de Dios, y tu mayor sumisión á llevar la cruz que te haya impuesto. 3.ª El conocimiento justo de las desgracias y de los triunfos, de la alabanza, humillación y amarguras de la vida, todo lo cual deberás considerar como una excitación á emplear mayor celo y constancia en el servicio de Dios y en la propia santificación.

Difícil es, con relación á estos tres puntos, que el amor propio llegue á engañarnos; y esto es precisamente la única garantía y seguridad que podemos tener respecto á nuestro progreso.

CAPÍTULO III

El arte de vivir dignamente

I. Diferentes empresas de la vida.—1. Si preguntamos á poetas como Ovidio, á los campeones antiguos ó modernos de la cultura, y á los mundanos más avanzados, qué es la vida, nos darán poco más ó menos la respuesta siguiente: Vivir es:

No hacer en absoluto investigación profunda de ninguna especie, sino vivir á la carrera, sin andarse en más averiguaciones. Lo que hayas gozado del mundo, eso habrás vivido.

2. Si hacemos la misma pregunta á los espíritus más elevados de la antigüedad, á Pródico, á Platón, á Sócrates, así como á los grandes y profundos maestros de la civilización cristiana, nos responderán unánimemente:

El sudor que hayas derramado, el vuelo que hayas elevado al cielo, envuelto en raudales de luz, eso habrás vivido.

3. De la tercera opinión sobre la vida, hoy la más corriente, no hablaremos. Baste decir que se reduce á la doctrina cobarde y deshonrosa del budismo y del pesimismo, la cual dice así:

Cuanto existe y obra es pura tontería, y estúpido el que á ello se atiene. Sólo el que se diluye en la nada, no ha vivido inútilmente.

4. Esto es, que unos consideran la vida como una fonda, donde se banquetea, se juega y se goza, por no decir como un pesebre, donde se come y se rumia, sin que las hondas cuestiones que conmueven los grandes espíritus perturben su digestión, sin preocuparse poco ni mucho de lo que ha de seguir á la fiesta.

Otros, en cambio, ven en la vida un presidio en el que se obligan á bregar gimiendo y maldiciendo continuamente, y dispuestos á escapar de él en la primera ocasión que se presente, ya por medio de la fuga, ya por medio de la horca.

Por último, hay otros que la consideran, cada cual según la misión confiada por Dios, como un campo que han de labrar y cultivar con el sudor de su rostro, ó bien, como un campo de batalla en que deben pelear defendiendo la bandera de su glorioso general, sin preocuparse de la sangre que derraman sus heridas abiertas, ni de si les ha de costar la vida el empeño.

Inútil investigar cuál de estas tres maneras de considerar la vida es más honrosa, justa y satisfactoria.

II. ¿Quién vive en realidad?—Los jóvenes, que sólo viven de ilusiones y proyectos, no gozan todavía de la vida, y se burlan del misántropo que les amarga la existencia con la molesta y continua exhortación,—que califican de pesimismo—á que sean más formales y tomen la vida con más seriedad.

Los viejos, que viven sólo de vanos recuerdos y estériles censuras, tampoco viven, y, á juzgar por sus manifestaciones actuales, es difícil afirmar que hayan vivido alguna vez.

De los pocos espíritus que comprenden que la vida consta de tres partes: la de rehacer un pasado equivocado, la de aprovechar lo presente y la de prepararse un porvenir feliz, mejor dicho, toda una venturosa eternidad, la mayoría de ellos retroceden espantados cuando se trata de ponerla en práctica, ya por el terror que les produce el esfuerzo necesario para conseguirlo, ya por las consabidas burlas de que siempre es objeto lo que se llama pedantería ó misticismo inoportuno. Al menos, esto ocurre á la supuesta clase ilustrada.

¿Dónde hallar, pues, al que ha de salvar el honor de la humanidad, viviendo como es debido para poder presentar su gavilla cuando venga el divino Cosechero á segar su campo?

El Señor mismo nos da la respuesta, cuando dice: «Yo te alabo, Padre, Señor de cielos y tierra, porque has ocultado estas cosas á los sabios y entendidos, y las has revelado á los pequeños». (Matth., XI, 25).

III. La vida es una semilla.—La vida es una semilla, y por el fruto que da, podrás apreciar el modo cómo ese germen de Dios es cultivado y cuidado por el hombre.

La vida es una simiente muy pequeña, pero de valor muy grande, ya que, ó bien produce una espina cuajada de veneno, ó bien todo un bosque de palmeras.

IV. Valor de la vida.—La vida es una hoja en blanco, áspera y gris por una cara, clara y tersa por otra; de aquí que sólo valga y se aprecie por lo que cada cual escribe en ella.

V. La vida es una cáscara erizada de púas.—La vida es una cáscara erizada de púas, y la piel que hay debajo de la misma es tan dura, que, con manos suaves, blandas y tiernas como la cera, no lograrás nunca sacar la sabrosa médula que encierra.

VI. La ciencia y la vida.—Al entrar hoy en una escuela y oir á los niños hablar, como loritos, de Sirio, de los planetas, de las toneladas de un buque de guerra y hasta del parque de cerdos de la Circe, no pude ocultar mi dolor.

¿Qué será de estos niños que, sin conocer el cielo, hartos de la tierra, hablan hastiados ya de todo lo grande? ¿Qué vamos á esperar de un chiquillo que siempre tiene la lengua dispuesta para la crítica y el oído cerrado á la obediencia?

Con el corazón repleto de esa ciencia, que escasamente vale la mitad del panecillo que se lleva á la boca; con la cabeza tan vacía como las manos, ¿cómo pretender que el niño ame el trabajo? ¡Para trabajar es ya demasiado ilustrado!

Á la pobre criatura no le han enseñado otra cosa; de aquí que su cabeza esté tan hueca, que suene como un tonel vacío requemado con azufre.

Por esto me dirijo á vosotros, ¡oh maestros!, para deciros que lo primero que exige la vida es conciencia, corazón valeroso y... sentido común.

VII. La sabiduría ante el juez.—¡Pobre ciencia! ¿Quién, por causa tuya, podrá elevar con orgullo la cabeza? ¡Cuán pronto llegará el día en que tan sólo nos pregunten: «¿Has puesto por obra lo que descubrieron los sabios? Pues dime, ¿por qué charlabas tanto de lo que no entendías?»

VIII. Verdadero camino que conduce á la glorificación de uno mismo.—La exhortación á la autonomía, á la glorificación de uno mismo, con la cual Kant y Fichte han vuelto loca á media humanidad, se armoniza perfectamente con el rasgo más noble de nuestro corazón, ya que, de no ser así, no habría repercutido por modo tan vigoroso dentro de nosotros mismos. Más todavía: es tal el grado de verdad que encierra, que ha de convertirse en nuestro acusador y en nuestra sentencia, si no nos esforzamos en alcanzar el fin más elevado.

Esta nuestra tendencia á la glorificación de nosotros mismos prueba superabundantemente la abyección que entraña nuestro temor á los hombres y nuestra forma de mendigar sus favores y sus aplausos, demostrándonos al propio tiempo la indignidad de nuestro espíritu, cuando nos convierte, interiormente, en esclavos de la opinión pública, y, exteriormente, por medio de la creación continua de nuevas necesidades, en seres ineptos, serviles y rastreros.

Cuando el Juez Eterno, al excrutar nuestra hipócrita conciencia, ponga de manifiesto nuestra inclinación á la independencia, ¿no había motivo suficiente para confesar que nos habríamos acercado mucho mejor á la verdadera ilustración, esto es, á la del corazón y del carácter, y que habríamos conseguido antes la autonomía y la autocracia, si hubiéramos seguido la máxima de la «Imitación de Cristo», según la cual la verdadera libertad está en tener más bien menos que más, ó, como decía el bienaventurado Susón, en desprendernos de todo lo que no es ab-

solutamente imprescindible, en vez de forjarnos nuevas cadenas con cada nueva necesidad que nos creamos?

¡Hablamos de libertad, la ensalzamos hasta las nubes, y somos los primeros en fabricar nuestras cadenas!

¿Quién podrá negar que de día en día disfrutamos más, comemos y bebemos mejor, gastamos y descansamos más y vivimos con más comodidades que las que necesitamos? Pues ¿cómo hemos de alcanzar la independencia, si carecemos del valor y la energía necesarios para deshacernos de todas estas miserias?

¿Y hablamos todavía de romper el yugo del espíritu, el de las pasiones, el del amor propio, el del temor humano, el de las ansias de títulos y honores?

¡Ay, qué hermosa misión la de lograr la verdadera autonomía, la libertad de los hijos de Dios! Pero ¿quién tiene tamaña ambición? ¿quién se atreve á poner por obra tan grandiosa empresa?

¡Cuán raro hallar un hombre que no se tenga por muy elevado! ¡Cuán raro hallar un hombre que se aprecie y se honre debidamente!

IX. Lo beneficiosa que resulta una tarea difícil.— Hay quien de tal modo se ha estropeado la vida, que no encuentra salida conveniente por ninguna parte, mientras que otros no creen en lo que ha de seguir á esta vida: tanto los unos como los otros arrojan de sí la vida con espantosa ligereza.

En cambio, hay muchos que conservan la vida únicamente por el convencimiento de que deben realizar una misión, v. g., el cuidado de sus hijos ó el cumplimiento de los deberes que se han impuesto.

Más todavía: la experiencia nos enseña que muchas personas que, al parecer, apenas tienen condiciones de vida, dan pruebas de sorprendente serenidad, firmeza y energía, cuando se ven en la precisión de terminar una empresa difícil que les ha sido encomendada; pero en el momento en que la han llevado á cabo, se desploman como un pájaro en la máquina neumática.

¡Y aun se atreve á discutir la vana sabiduría mundana que la fe en una misión terrena en beneficio de un más allá, de toda una eternidad, no ejerce influjo alguno en la vida y en la existencia del hombre!

X. El mayor crimen.—Toda la vida me trataron como á un fantasma de carne y hueso. Cuantos me veían, se persignaban llenos de miedo, como suele hacerse de noche por temor á los malos espíritus.

Pero un día vi uno, que, lejos de echar á correr, al verme, se acercó á mí. Era un hombre piadoso y de buenas costumbres, por lo cual fué doble la alegría que me produjo su venida.

Nos alargamos las manos tan conmovidos, que no pudimos pronunciar una sola palabra; pero allá en el fondo de nuestros corazones nos comprendimos, no obstante la mudez de nuestros labios.

Por último, no pudo menos de decirme:

—¡Cuánto siento verte en semejante soledad! ¿Por qué no te lamentas de sentirte tan solo en el mundo?

—Porque á mí—te lo digo sin ambages—no hay cosa que más me encienda la sangre que ver que á todos causo miedo, yo, que á todos quiero bien.

Entonces contestó mi amigo con esa sonrisa sólo comparable á una dulce puesta de sol, que brilla en nuestros labios, cuando, á fuerza de golpes, burlas y amarguras, hemos logrado domar el duro yo:

—Tu pesar tiene fácil remedio. Si apeteces el favor del mundo, aprende á alabar sus ideas y sus obras, y deja tranquila su conciencia. Así, pues, ¿por qué te alteras y disgustas, si eres tú mismo quien le aleja de ti? ¿Sabes en lo que faltas? En ser demasiado serio para la vida.

XI. Solitario.—Retraído y esquivado, solitario y perseguido: tal es la suerte mía desde mi más temprana juventud.

Aprecio á todos, y me parecía grave falta tener á otros en menos de lo que me tengo á mí.

Pero en cuanto abren la boca y se divierten, sería cosa de

engañarme á mí mismo si dejara de ver el abismo que nos separa. Así ando por entre la muchedumbre, extraño y desterrado; no pueden odiarme y me temen como al fuego.

Sólo me resta dar gracias á Dios porque me hizo de este modo, y porque sin vacilar elegí por vocación este género de vida.

XII. No cedo mi honor á nadie.—¡Cuántas veces habrás dicho con orgullo: «No cedo mi honra á nadie!» ¡Ay, qué amarga es la penitencia del que tanto quiso elevarse! No hay chicuelo en traje corto que no se atreva á atacarte. Lo que antes ensalzaban hasta la gloria, hoy es arrojado á los perros. El que se atreve á pronunciar una palabra en tu defensa ó te demuestre compasión, es considerado como un traidor, que ni conoce la justicia ni la vergüenza.

No me arrepiento de mis palabras. Cuando me llamaron el deber y la lealtad, ya sabía que mi honra sería mancillada por los hombres; por eso la tomé en mis manos y la deposité en el altar de mi Dios, como un sacrificio.

Decidme, ¿qué daño podrán hacerle ya los hombres desde que duerme en el regazo de Dios?

«No cedo mi honor á nadie». Tal será en adelante mi divisa.

XIII. Camino para llegar á ser y á hacer alguna cosa.—En los dorados días de la inexperiencia juvenil, se llega á creer que sólo se necesita un poquito de soltura de lengua y habilidad, ó bien, una dosis minúscula del llamado idealismo, para hacer entrar al mundo por nuevos senderos, y asegurarse un nombre glorioso en los tiempos venideros.

Pero cuanto más se conoce la historia, el mundo y el corazón humano, tanto más se arraiga en uno la convicción de que el modo de llegar á ser y hacer algo, es lo más sencillo que existe, y, por lo mismo, desgraciadamente, lo más difícil.

¿Deseas ser indiferente, elevarte sobre el mundo y obligarle á que te respete y considere? Pues ahí tienes el úni-

co modo de conseguirlo; medio sencillísimo, si se quiere, puesto que sólo se reduce á esto: al sacrificio.

¿Deseas influir en los hombres, con el fin de elevarlos y mejorarlos? Ten seguridad absoluta de que lo conseguirás, siempre que te halles dispuesto al sacrificio.

¿Quisieras aliviar y suavizar los males sociales de la vida pública?

En este punto no puedo decirte por adelantado si vencerás ó no; sólo he de advertirte que no llegarás á hacer la menor obra buena, si no sabes sacrificarte.

No ignoras que el que ama el bien debe resignarse á encontrar, lo mismo por parte de los buenos como por la de los malos, oposición y desvío. Aun sometiéndote á estas amarguras, creerás poder encontrar fuerzas y consuelo en la idea de que acaso tu obra y tus esfuerzos hallen la aprobación merecida después de tu muerte...

Pues también has de renunciar á este pensamiento consolador, si has aprendido á sacrificarte á ti mismo.

XIV. Pasos grandes y pasos pequeños.—En una de aquellas viejas casas en que se saboreaban libros buenos, leía una madre á sus hijos, caladas las antiparras, el párrafo siguiente:

«Evita los grandes pasos, que con los pequeños también se llega á tiempo. Los bueyes no faltan al mercado, y en cambio, con soberbios corceles suele darse un costalazo».

Al oirlo la niña María, murmuró levantando las manos al cielo y anegados los ojos en lágrimas:

—¡Gracias, Dios mío, por esta nueva que me devuelve la esperanza!

María era una muchacha débil y algo torpe, pero siempre dispuesta al bien; y aunque no carecía de aplicación, le era muy penoso el estudio. De aquí que para todo necesitase más tiempo que los demás.

Gertrudis, su hermana, alta y arrogante, inteligente y hermosa como un sol, la interrumpió con desprecio, diciendo:

—¡El evangelio de los tontos! Yo, si quisiera perfec-

cionarme, lo haría á grandes zancadas y con más habilidad y rapidez que tú, que nunca sales de tu paso de caracol.

—Está bien, Gertrudis—observó la madre;—danos la prueba en obras y no sólo en palabras. Tu violencia bien merece que des conmigo principio á la tarea. ¡Un paso desmesurado, y todo concluído!

La soberbia muchacha contestó:

—Si á ello os avenís, me conformo. Ya veréis quién adelanta más: esta es la última vez que me habréis visto violenta; fijaos bien, porque no volverá á ocurrir.

La madre calló y acabó su lectura; dieron comienzo á las largas oraciones cuotidianas, hasta que, harta ya Gertrudis de tanto rezar, balbuceaba sus plegarias en tono cansado y aburrido:

—¿Son esos tus grandes pasos, Gertrudis? ¿Así piensas llegar al fin?—limitóse á preguntar la madre, sin el menor dejo de amargura ni de reproche.

Sin embargo, era ya demasiado.

La familia se separó para acostarse, y cuando amaneció el nuevo día, no pareció Gertrudis por ninguna parte. Por fin hallaron un papel escrito de su mano que decía:

—«No puedo soportar otro ultraje como el de ayer; sabré ocultarme, si es preciso, hasta en el sueño eterno».

Así pasaron los años, sin más noticias de la muchacha; y cuando al fin se supo de ella, mejor hubiera sido creerla muerta que no viva.

Á Gertrudis le parecía demasiado mezquino caminar cuesta arriba con paso corto y tardo; prefería correr, pero dió un paso de gigante, y se sumergió en el fango.

La pequeña María avanzaba entre tanto con paso lento y penoso. Caía, pero volvía á levantarse, fiel siempre á su propósito; y así, cayendo y levantándose, llegó á ser al cabo de poco tiempo el consuelo de su madre, la alegría de los buenos y la complacencia de Dios.

XV. Ó comedia ó espectáculo.—1. Nadie podrá leer

sin disgusto y sentimiento la manera como murió Augusto. La referiré en cortas palabras. Cuando el emperador comprendió que se acercaba la muerte, pidió un espejo, se arregló el cabello y preguntó á los circunstantes: «¿Verdad que he representado bien la comedia de la vida? Pues aplaudid, y que caiga el telón».

Así al menos nos lo refiere Suetonio.

Cuando un hombre como Augusto, considera su vida despreciable y vana, no es de extrañar que el resto de los mortales manifieste el concepto mezquino que le inspira su misión en la tierra.

2. El Cristianismo ve en la existencia algo más grave y trascendental que todo esto. Ya la califica de carrera, y nos anima á correr para alcanzar la meta, por aquello de que «todos en verdad corren, mas uno sólo lleva la joya». (I Cor., IX, 24). Ya la compara á una lucha, pero en la cual debe abstenerse el luchador de todo lo que pueda debilitarle. Por eso «castigo mi cuerpo y lo pongo en servidumbre; así lidio, no como quien da golpes al aire.» (Ibid., 25 y sig). Ya nos envía al circo á pelear con las fieras, por lo cual exclama el apóstol: «Muero á diario peleando con las fieras por lograr la resurrección.» (Ibid., XV, 31, y sig). Sublime, en verdad, es el concepto de la vida que expresa el Apóstol en las siguientes palabras: «Nos hemos convertido en espectáculo del mundo, de los ángeles y de los hombres». (Ibid., IV., 9).

3. Se dice generalmente en la literatura que, de cien comedias, sólo una merece los honores de la representación. Esperemos que en el escenario de la vida sea la proporción más favorable. Á pesar de ello, no puedo menos de expresar el deseo de que los hombres se fijen en las palabras del Apóstol y representen menos comedia, con lo cual mejoraría bastante la vida del mundo.

XVI. Una misión que no consiente excepciones. —El holgazán y el vago miran despreciativamente á todos los que trabajan, y aun hacen verdadera ostentación de menosprecio con aquellos que trabajan por necesidad y

para vivir; es decir, con todos los que no poseen sus manos aristocráticas.

El oficial de caballería contempla al labrador que guía su arado con menos simpatía que á sus bestias.

En este caso, sí que puede hablarse con razón del orgullo estúpido. Porque ¿quién es el que no vive del producto del trabajo?

Hasta en el paraíso hubiera tenido que trabajar el hombre; pero, desde que pecó, fué el trabajo su castigo, su penitencia y su purificación, y hubo de comer el pan ganado exclusivamente con el sudor de su rostro.

Sustraerse á esta ley eterna, es cometer una injusticia con los demás hombres. Cada pedazo de pan que alimenta á uno ha tenido que ser producido á fuerza de trabajo. Por lo tanto, si el que lo consume no se lo ha ganado con su propio esfuerzo, ha tenido que producirlo otro para él, y con doble esfuerzo.

Es triste cosa que aquellos que más necesitan para vivir, ó, mejor dicho, los que más consumen, hayan de ser los que vivan más tranquilos y sosegados, disfrutando con preferencia del sudor extraño y del trabajo ajeno.

«Moscas doradas, que pululan sin fin ni objeto, y engordan zumbando entre la podredumbre que fermenta. Zánganos, para quienes sieganel trigo, que no han de comer, los calenturientos esclavos, asfixiados por los ardientes rayos del sol». (Shelley).

¿Cómo no llegará á comprender esa gente que es más honroso avanzar por sí mismo, que dejarse arrastrar por los demás? En la mayor recompensa que obtienen de su trabajo, debieran ver una instigación á la actividad, si no en beneficio propio, en provecho de los demás, sobre todo de aquellos que están peor retribuídos y encuentran menor satisfacción y utilidad en su trabajo. En la tarea que se han impuesto, y que suele ser intelectual y social, no les es difícil conseguirlo; y este trabajo corresponde principalmente á todos los que por su talento ó por su fortuna se hallan á la cabeza de la sociedad humana.

Que cada cual trabaje en la forma que reclamen su posición y sus fuerzas, para que nunca dé pie para decir que es un chupador, un parásito del árbol de la vida, y que no sabe por qué, para qué, ni de qué vive.

«Porque, de lo contrario, pensadlo bien, ¿qué quedará de él en el mundo? Eterno monumento de merecida vergüenza, triste cuadro de lo que pasa, puesto que aun los honores de que gozó en la tierra se los llevó el viento al reino del olvido». (Shelley).

XVII. Filosofía de la vida.—1. Los hombres cavilan y discuten demasiado sobre el modo de hacer la vida más perfecta; pero cuanto más la corrigen é investigan, tanto más extraña les resulta, acabando por hacérsela extraña á todos los que creen en sus palabras.

Ya pretenden, según dicen, idealizar la vida; es decir, alejar á los hombres de sus realidades y miserias, presentándoles finalidades imposibles de alcanzar y haciéndoles creer en una perfección que sólo han conseguido los santos á fuerza de largos combates y heroicos sacrificios.

Ó bien, despojan al hombre de todo lo elevado y sublime, haciéndole descender hasta el polvo, para que aprenda de los animales á disfrutar de la vida.

Reducen toda su sabiduría á las dos máximas siguientes: la menor cantidad de violencia de sí mismos, y la mayor cantidad de bienestar posible.

Es difícil asegurar cuál de estos dos errores es el que más cruelmente engaña al hombre y el que más le incapacita para soportar la vida. Sólo me atrevo á asegurar que ni los idealistas ni los realistas entienden una palabra de lo que es el hombre, lo que debe ser y el modo de llegar á su finalidad.

2. Los hombres juzgan la vida de modo muy diferente. Para unos es una fonda, para otros un jardín de amores; considéranla éstos como un barracón de feria, aquéllos como un hospital; y aun no falta quien la aprecia como un establecimiento penitenciario ó una clínica.

Algunos ven en la vida una peregrinación hacia la muerte, y otros una peregrinación hacia una vida mejor. Á éste le parece noche oscura y tenebrosa, á aquél, aurora de consuelo. ¿Puede ser indiferente que una cosa tan seria se halle sometida á juicios tan contradictorios?

Aquí vemos con facilidad la razón en que se fundan los hombres para decir que debemos gozar de la vida y dejarnos de filosofías que no conducen á nada. Es de gran trascendencia que, ora siguiendo la teoría materialista, consideremos la vida como un corto período de goces refinados y sensuales, ora acatando la opinión de los moralistas, la apreciemos como un tiempo de purificación y elevación del alma; ya la comparemos, como los infieles, á una luz que, con su último destello, acaba todo para siempre; ya, como los creyentes, á una noche, tenebrosa y siniestra á veces, clara y cuajada de estrellas otras, pero seguida siempre de un día eterno y resplandeciente.

Precisamente depende de la verdadera y justa apreciación de la vida el que podamos soportarla ó no, pues la triste experiencia enseña á menudo que aquellos mismos que quisieran arreglarse la vida con mayor comodidad, para hacérsela lo más grata posible, son los primeros en desertar de ella cuando las cosas no concuerdan con las falsas ideas que se habían forjado prematuramente. En cambio, los que ven en la vida únicamente una preparación para la próxima, luminosa y eterna, acaban por amoldarse perfectamente á sus dificultades.

3. Cuando dos personas dicen una misma cosa, una de ellas suele pensar de distinto modo que la otra; pero cuando un centenar habla de la vida es de presumir que escasamente habrá dos individuos que la entiendan de la misma manera.

Hay vida animal, espiritual, intelectual; hay una vida terrena y otra celestial; una vida según la carne y otra que, aun dentro de la carne, está fuera de ella; en una palabra, hay tantas vidas como personas.

El verdadero valor de toda vida está en la finalidad que persigue.

Los medios que emplea cada cual en la persecución del fin que ha elegido, son los que dan lugar á otras tantas diferencias.

Que uno elija este ó el otro camino—siempre que ambos sean permitidos,—no produce diferencia alguna, mientras se tenga la vista fija en un fin último y elevado, sin preocuparse de los fines accesorios, en Aquel que lo mismo es origen y conservador de la vida mortal que manantial y objeto de la vida inmortal.

Tomada la vida en este sentido, nuestra salvación depende de la sumisión á las palabras siguientes:

«La chispa divina no se extingue jamás». (Geibel).

4. Una vida tan llena de miserias y engaños como la nuestra indica claramente á los hombres una existencia mejor y eterna. Si nosotros no estuviésemos destinados á una vida definitiva, estaría muy en su lugar el pesimismo, y nos costaría trabajo vituperar á quien pretendiera dar fin á la suya. Los males que acompañan la vida son innumerables y continuos. Lo que tiene de bueno no basta para satisfacernos; por lo tanto, no acaba nunca de contentarnos. Esta amenaza de la muerte que la acompaña constantemente nos hace más desgraciados que si no viviéramos. Si no nos sostuviera en tal situación la esperanza de una continuación más perfecta de nuestra existencia, ¿quién se atrevería á reprocharnos la amargura y la desesperación?

5. Todos se quejan de que la vida es insoportable, y, sin embargo, todos se agarran á ella, y sólo la muerte consigue separarlos violentamente. Y cuando alguno se quita la vida porque se le ha hecho insoportable, nos apresuramos á decir que debió de cometer el acto en un momento de desvarío, pues le considerábamos incapaz de consumar semejante crimen, gozando del pleno uso de sus facultades. Es decir, que la vida debe de ser algo muy grande, un bien tan inmenso, que equivale al mayor mal.

6. Nadie tiene la vida por sí mismo, nadie puede conservarla por su propio poder, ni la posee para sí. Lo que forma parte integrante de nuestra vida, sólo es un desagüe de la verdadera vida, un préstamo, pero no una propiedad. En eso consiste que nuestra vida sea tan quebradiza, tan insegura y tan poco satisfactoria. Sólo hay Uno que tiene vida propia, por sí y ante sí, porque Él es la Vida: éste es Dios. Toda vida procede de Él, está en Él y es para Él. Lo que no sea Él ni esté en Él ni sea para Él, no puede llamarse vida, sino una sombra, una caricatura, una imagen engañosa de la vida. Nadie puede gozar de la vida sin vivir en Dios; ni nadie está seguro de su vida, si no vive para Él. En la medida en que avanzamos hacia Dios, nos acercamos á la vida, y cuanto más unidos estemos con Dios, más gozaremos de la alegría y seguridad de la vida.

XVIII. Palabras de vida.—Hay algunos, dice Séneca, que comienzan á vivir cuando debieran acabar: pero lo más extraño es que hay algunos á quienes se les acaba la vida sin haber comenzado á vivir. (Ep. 23).

2. Hay que vivir por uno mismo; el que de tal modo depende de los demás que no se atreve á expresar una idea propia, ni á respirar con independencia, no merece figurar entre los vivos.

3. Hay que saber vivir solo. Una criatura que no puede soportar el verse separado del regazo materno, carece de vitalidad. Un hombre que no tiene más convicciones que las que le proporciona la lectura de un periódico ó la opinión de las masas, es un hombre incapaz de distraerse y ocuparse en su soledad, ó por lo menos, es un hombre que no se halla tan á gusto solo como rodeado de gente, una sombra homérica que no debe calificarse de ser vivo.

4. Con el refinamiento, sólo se consigue hacer á los hombres más quisquillosos y menos capaces de resistir las miserias de la vida.

5. Valdría más que los niños fuesen menos sabios, pero más fuertes, resistentes y capaces de violentarse. Con la educación actual, que se reduce á mimarlos, á envane-

cerlos y á hacerlos egoístas y caprichosos, sólo se consigue convertirlos en tormentos histéricos, mientras encuentran juguetes que se lo consientan, y en candidatos al suicidio desde el momento en que comprenden que el mundo ha dejado de ser para ellos el teatro de sus juegos y no se presta ya á sus maldades ni á sus placeres.

6. La mayoría de los hombres se librarían del pesar de una existencia miserable y de una muerte deshonrosa, si en el abecedario ocupara la *D* el primer lugar, y aprendieran antes que nada á leer: *Deber*.

7. La experiencia demuestra lo poco que ayuda á vivir una ilustración refinada, cosa que se halla confirmada, en todos los tiempos de supercultura exclusivista, por las palabras del Apóstol:

«Teniendo el entendimiento oscurecido de tinieblas, enajenados de la vida de Dios por la ignorancia que hay en ellos, por la ceguedad de su corazón, se entregan embotados (el texto latino dice: *desesperados*) á los placeres de los sentidos y á la avaricia». (Ef., IV, 18, 19).

8. Si el mayor saber no conduce al mejor obrar, sólo conseguirá empeorar á los hombres y complicar más la vida.

9. Es preciso mejor voluntad y mayor fuerza para vivir, que para pelear en una batalla.

10. Una sola gota de verdadero espíritu de sacrificio reanima más las almas, que todo el espiritualismo y todo el ingenio de la literatura y de las artes.

11. Con un terrón de azúcar de la virtud cristiana se hace más agradable y llevadera la vida, que con toda una fuente rebosante de sal ática.

12. Se encuentra más difícilmente la vida buscándose uno á sí mismo, que entregándose á los demás; el camino más seguro de la vida es darse á los demás, pero conservándose para Dios.

13. Con tanto discutir lo pasado y tanto pensar en un por venir mejor, olvidamos completamente lo presente, que es donde vivimos.

14. Las penas y amarguras son la verdadera escuela de la vida. ¡Qué modo tan diferente de juzgar y apreciar la vida es el de quien pueda decir con el profeta:

«¡Has puesto término al pleito en que peligraba mi alma, Salvador de mi vida!» (Sab., III, 58).

15. La vida es una escuela muy dura é inflexible que toma poco en cuenta el bien ó el mal que pueda ocasionar al hombre. ¿Cómo ha de sorprendernos, pues, que caigan tantos abrumados bajo su peso, si nos fijamos en la manera como han sido mimados y contemplados desde pequeños, y como se hacen de día en día más incapaces de cumplir las tres misiones más graves de la vida, á saber: violencia, mortificación y abnegación?

16. El signo más claro de la vida es el calor. ¿Cómo hemos de considerar vivos á esos hombres que se muestran fríos para todo lo grande y todo lo noble, especialmente cuando se trata de lo más elevado de todo, de Dios y de su servicio?

17. Otro signo de vida es el movimiento. Si hay que hostigar al hombre para que cumpla con sus deberes como se hostiga al asno para que tire adelante; si hay quien no mueve una mano y un pie cuando se trata de su salvación, ¿podremos contarle entre los vivos?

18. Otra manifestación de la vida es la sensibilidad. Si, pues, hay un hombre que permanece insensible aun ante el pensamiento del juicio final y los castigos del Eterno, ¿puede considerársele como un ser vivo?

19. La mejor filosofía de la vida se encierra en las siguientes palabras: Debo hacer las obras de Aquel que me ha enviado mientras «dure el día, pues vendrá la noche en que nadie podrá hacer nada». (Job., 9, 4).

20. El tiempo pasa, lo que le sigue es lo perenne; lo pasajero es corto, la vida eterna es larga; la vida mortal es preparación para la vida eterna, y la eterna el fruto de la vida pasajera.

CAPÍTULO IV

El arte de vivir con salud

I. Pensamientos de un filántropo sobre los médicos y la medicina.—1. El médico es el que realmente ejecuta los actos más heroicos, pues se juega de continuo la honra, y á menudo la vida, en su lucha contra estos tres enemigos que vienen á ser igualmente invencibles: la muerte, la falta de sentido común y la intemperancia.

2. Todo el mundo habla de la multitud de enfermos que mueren á manos del médico, pero nadie piensa en los muchos sanos que entierran el cocinero y el escanciador.

3. No es de extrañar que aumenten y se enriquezcan los curanderos. Un médico sensato trata de curar oponiéndose enérgicamente á todo desorden; en cambio, el charlatán tolera que el paciente siga su procedimiento suicida, y se contenta con añadir á los excesos habituales un terroncito de azúcar y unas cuantas copitas de algún brebaje fuerte. ¡Este sí que es un hombre digno, un hombre que guarda consideraciones al enfermo, un hombre con el cual puede tratarse!

4. Si los hombres llegaran á dominarse hasta el punto de sujetarse á un orden fijo, invariable, poco tendrían que hacer los médicos; y si llevaran una vida natural y sensata como la que hacen los animales libres, los que no están sujetos al hombre, la mayoría de los médicos no tendrían más recurso que dedicarse á otra profesión.

5. Sobre nuestra cultura actual ha caído un borrón que la deshonra: tal es la multitud de casos de tifus causados por el hambre y la extenuación á consecuencia de la miseria; pero la dignifica mucho el que por cada una de estas defunciones haya por lo menos dos que de-

bieran inscribirse en el registro con el rótulo siguiente: «Asfixia, como fruto natural de llenarse demasiado el estómago».

6. Lo que no cuesta, no vale; por eso suele reirse la gente cuando se le dice que puede curarse de valde y sin intervención facultativa, por medio del aire y del agua, del movimiento, de la abstinencia y del endurecimiento de sí mismo; prefiere gastarse unos miles pasando una temporada en Karlsbad, «como aquel que compró una cantera para construirse un sarcófago», y sigue engordando á los gusanos de la muerte con vino, cerveza, coñac, algodón en rama y ricos habanos.

7. Ved lo que dice Gutberlet: «La fuerza muscular se acrecienta más con el ejercicio que con la alimentación; intercalando períodos de ayuno, se consigue aumentar más las fuerzas que con la continua cebadura; hasta el frío fortifica el organismo».

8. Y aun debe recomendarse el ayuno temporal á las personas que viven con método. Porque el ayuno substituye el agua y los baños, y cura y purifica el cuerpo al propio tiempo que reconstituye el alma. Ahora bien, si tan beneficioso es el ayuno á las personas ordenadas, ¿cuán necesario no les será á los que han destruído su cuerpo y desequilibrado el espíritu á fuerza de excesos, de desórdenes y de molicie?

9. Los enfermos del sistema nervioso han llegado á ser el horror de los horrores; dan punto y raya á todos los demás, piden alivio á todo bicho viviente y acusan al mundo entero de su mal diciendo que no se tiene lástima de sus padecimientos, ni se comprende su triste estado. En la actualidad se han fundado numerosas clínicas en provecho de estos desgraciados obteniendo la curación de muchos de ellos por medio del trabajo y restableciendo á infinidad de pacientes con la labor manual de jardinería ó carpintería. Si los médicos insistiesen con más ahinco en imponer á la juventud la castidad, el endurecimiento y la abstinencia con la mayor frecuencia posible, se evitarían

muchísimos casos de neurastenia; y si al mismo tiempo exigiesen á los mayores una vida más racional, más ocupada y sobria, acabaría por desaparecer esa enfermedad que tantas víctimas causa y que ha venido á aumentar los males de la humanidad.

II. Causas de la neurastenia de la época.—Todos se lamentan del aumento que tienen en la actualidad la neurastenia y la debilidad, sobre todo en la nueva generación, entre los que estudian y han estudiado, y la achacan, por lo general, al exceso de trabajo mental en las carreras.

Esta acusación no deja de tener fundamento, ya que se exige á los niños, precisamente en la época de su desarrollo, tanta ciencia inútil, ó mejor, tanta repetición mecánica, que no es de extrañar que contraigan para toda la vida cierto germen de desarreglo interior.

Pero hay que reconocer que también en otros tiempos tuvieron los nervios que soportar cargas pesadas. El trabajo y la lucha no acaban tan fácilmente con el hombre. En cambio, si éste se ve obligado á someterse á las llamadas exigencias de la vida social, con todas sus diversiones, fiestas nocturnas, excitaciones y desarreglos, no tarda en agotar su naturaleza con cargas abrumadoras.

Sin duda que los nervios resisten esfuerzos enormes cuando se han endurecido con el trabajo ordenado y con la sobriedad más perfecta. Pero si entran en juego la molicie y los placeres sensuales, bastan y sobran éstos para destruir el sistema nervioso mejor equilibrado. Nuestros estudiantes, especialmente los que se dedican á los estudios superiores, esos estudiantes que entienden por libertad de la ciencia la libertad de sacudir el yugo del estudio, no se ponen neuróticos al servicio de Minerva, pero sí en la esclavitud de Baco, Venus y Morfeo, en esa esclavitud donde «se une el placer á la broma, como se mezcla al trigo la lujuriosa amapola despidiendo llamas». (Geibel).

¿Qué otra cosa pueden ser sino neurasténicos esos infelices por cuyas venas corren ya exclusivamente los jugos tóxicos del alcohol y de la nicotina y cuyos nervios, á

consecuencia de las juergas nocturnas y los excesos sensuales, se encogen como los de un caracol pisoteado?

Quien de mancebo se hunda en los placeres de la carne, «arrastrará en la edad madura un cuerpo putrefacto y un espíritu lacio y seco». (Puschkin).

Este peligro aumenta de día en día, porque una generación transmite á la otra esta vida anormal y contraria á la naturaleza. Existe una ley de herencia, ya lo sabíamos por la Biblia y la experiencia, antes de que nos lo enseñaran Darwin y Lombroso. Los pecados de los padres los pagan los hijos y los hijos de los hijos...

Y todavía se atreven á preguntar: ¿De dónde procede la neurastenia?

La neurastenia es engendrada por la molicie, los excesos y la bebida; aumenta y se propaga por los citados medios, y se transmite luego, en mayor escala, á los descendientes.

III. La prudencia de la carne es la muerte.—Mientras viví como los demás, siempre estuve débil y enfermizo. Pero un día me impuse la obligación de beber lo que bebía el Bautista, y ahora todos me dicen: «Pareces otro, estás rejuvenecido».—«Es natural; no me miréis con tanta extrañeza—les contesto:—es que he reñido con el vino».

«¡Pobrecillo!—murmuran.—Está en camino de volverse loco. El infeliz se ha bebido una bodega, y tanto se le ha enturbiado el espíritu, que se ha convertido en un imbécil. Ya hacía tiempo que lo notábamos, pero todos los inteligentes le animaban á que se fortaleciera con el vino para no desmayar por completo».

El mundo, que se tiene por sabio, no conoce otra fuerza que la que ofrece una mesa bien servida, aunque en ella se debiliten el espíritu y el corazón. No sospecha siquiera que la debilidad del espíritu es la que hace perecer el cuerpo, ni se acuerda de las palabras de Pablo: «La prudencia de la carne es la muerte».

IV. Nuestro modo de vivir.—Nuestro modo de vivir

se ha vuelto tan muelle y artificioso, que la vista repentina de un centauro ó de un gnomo que se nos entrara de rondón por la puerta, no nos causaría más asombro que ver uno de nuestros contemporáneos, vestido de frac y con zapatos de charol, madrugar con el alba, beber el vino de los peces, comer, como los ciervos, el alimento tal como Dios manda que salga de la tierra; es decir, verle hacer vida conforme á la naturaleza. Por mucho que nos asegurara que se encontraba sano y bueno como el pez en el agua, alegre como las aves del cielo, y ágil y suelto como el ciervo en el bosque, le llamaríamos bárbaro y salvaje, como ha llamado Herder á los indios, porque han sabido hacerse insensibles al calor, al frío y á las picaduras de los insectos.

V. Los hombres que «saben vivir».—1. Los hombres que hablan con verdadero entusiasmo de un bocado delicado, y con veneración suma de un trago exquisito, que llevan cubierto el cuerpo de telas finas y blandas, y con los cuales tiene el sol que librar verdaderas batallas para sacarlos del lecho; en una palabra, los llamados hombres que «saben aprovechar la vida», son buenas gentes por lo regular, gentes de las que se dice que viven y dejan vivir. Sólo hay dos cosas que nunca confían á su mejor amigo y compañero de mesa: la decisión en un asunto grave de con ciencia, y la ejecución de un negocio de suma importancia.

Es difícil creer que una ciudad que se dispone á sostener un sitio, que un Tiro ó un Sagunto, confiara la seguridad de sus murallas á un Epicio ó á un Epicuro, ó, como diría Juvenal, á un

«Coronel de la Escuela de guerra para la estrategia en el trinchar de una oca».

En cambio, leemos en el Antiguo Testamento que el general debía decir al pueblo, antes de una batalla, que todos los que hubieran plantado una viña y no hubieran aún probado sus racimos, y todos los que hubieran anunciado sus bodas, regresasen á sus casas, para que no inspirasen miedo á los demás guerreros.

2. ¿Podremos, pues, esperar que estos seres tiernos y delicados tengan seriedad, ó sean elegidos jefes en los combates con que se ha de conquistar el reino de los cielos, del que sólo pueden apoderarse los violentos? (Matth., XI, 12).

«Día llegará—dice Harnack—en que no se aguantará sacerdotes que se den buena vida, porque en esta materia nos hacemos cada día más exigentes: eso será un gran bien». Yo creo que ha llegado esa época, porque hay muchos que piensan como Hilty, esto es, que basta ver la voracidad con que come y bebe un sacerdote, para medir con toda exactitud su fe y sus creencias.

3. El juicio es algo duro, pues se puede creer en lo insubstancial y estar sujeto con los lazos de la sensualidad.

Lo que falta averiguar es si la fe y la virtud de esos hombres que saben vivir, de esos amenos parroquianos de cafés y fondas, sean ó no sacerdotes, son tan fuertes y vigorosas como debieran ser. ¿Se darán perfecta cuenta de las palabras del Señor: «Si no hacéis penitencia, pereceréis?» (Luc., XIII, 3). ¿No se escandalizarán al oir las palabras divinas: «El que quiera seguirme, que renuncie á sí mismo y tome su cruz?» (Luc., IX, 23). ¿Serán capaces de apreciar el sentido de las palabras del Espíritu de Dios cuando dice: «No se encuentra la sabiduría terrena en los que se hacen la vida cómoda?» (Job., XXVIII, 13).

4. No obstante las apariencias, esperemos personalmente de todos lo más bueno, pero sin perder de vista esta antigua máxima de la sabiduría cristiana: Sin sacrificio de uno mismo, no es posible llegar al principio, mucho menos al fin, de la verdadera bondad.

VI. Higiene popular.—1. «La naturaleza se contenta con poco»—dice un viejo proverbio.—Sin embargo, pocos son los que creen en él, y menos los que tienen el valor suficiente para poner á prueba la manera sencilla de curar la triste humanidad y de fortificar sus flaquezas.

2. En momentos de saciedad y de reflexión, todos se lamentan de que nuestra supercultura nos haya alejado

tan por completo de la verdadera y santa naturaleza. Pues bien, fácil es el remedio: «¡Volvamos á la naturaleza!» «¡Pero no, eso de ningún modo; todo menos eso, pues si llegara la cosa á tal punto,—dicen—te rechazaría el mundo y exclamaría horrorizado: «Con un hombre tan exigente no es posible tener tratos».

En efecto, mucho debemos habernos alejado del camino recto cuando la vuelta á la naturaleza es calificada de exageración y hasta llega á excluir de la sociedad culta.

3. Lichtenberg declara «que la disminución de las necesidades es lo primero á que se debiera acostumbrar á la juventud. Á menor necesidad, mayor felicidad».

Si esta máxima es justa, bien podemos decir que nuestra educación es la menos apropiada para hacer á los hombres fuertes y venturosos.

4. Todos se quejan de que los jóvenes no quieren sufrir nada, y de que los viejos se ven precisados á ocupar su lugar cuando se trata de violentarse de algún modo. Es natural. En los mayores se ve el fruto del esfuerzo y la abnegación continuos. Si se hubiera educado á los hombres en tiempos anteriores como se los educa ahora, habrían acabado por ser más delicados é incapaces, y por perecer como la generación actual, criada en estufa, que se desploma ante la primera dificultad de la vida, como la planta con las primeras heladas. Afortunadamente, fueron tratados con menos consideraciones, y la vida dura y áspera se encargó de endurecerlos más y más. Cierto que no era de su gusto el procedimiento, pero dotólos de una actividad y de un vigor que los ha colocado en condiciones de desempeñar, no sólo su propio cometido, sino también el que no se atreven á encargar á la juventud débil y agotada de nuestros días.

5. Cuanto más independencia y autonomía predica la cultura moderna, tanto más se esfuerza, por medio de nuevos excitantes, en convertir al hombre en un ser débil, inútil y servil. Así nos movemos siempre en un círculo

vicioso, protestando con la acción de que se lleve á punta de lanza el tan cacareado progreso.

6. La mayor parte de nuestras necesidades sólo son cadenas que nosotros mismos nos fabricamos, las cuales nos aprisionan únicamente porque, en nuestra ciega superstición, las creemos de oro incorruptible ó hierro forjado.

7. Nuestros deseos son comparables á la sed del alcohólico. Cada gota del licor aumenta el placer, y cada vez que se cede al placer se fortalece la mala costumbre, la cual acaba por convertirse en otra naturaleza, y ¡qué naturaleza!

8. San Carlos Borromeo nos da el ejemplo de sobriedad á que podemos llegar con habilidad y constancia y sin menoscabar en lo más mínimo nuestra salud y nuestras obligaciones. Criado en medio del lujo y de las riquezas, y sin poseer un organismo privilegiado, supo abstenerse cada día de una cosa, hasta conseguir, merced á una voluntad de hierro y á una constancia maravillosa, libertarse de todas las exigencias de la mísera naturaleza.

9. No sabe uno qué hacer con esa gente que, al menor cambio meteorológico, interrumpen sus ocupaciones, ó sucumben en lo mejor de un trabajo molesto ó penoso; en una palabra, con esos caracteres volubles, que se rinden y necesitan un sustituto en el momento preciso en que más falta hace su energía, su abnegación y su constancia. Pero ¿cómo es posible exigir otra cosa tratándose de gentes que no han oído ni han querido oir hablar en su vida del endurecimiento corporal, de la fortaleza de la voluntad y de la disciplina del corazón; de esas personas, que creerían morir si se les exigiera que dominaran con la propia virtud la debilidad externa y la opresión interior; de esas personas que considerarían una crueldad el que se les dijese que una voluntad fuerte, una sumisión completa al orden establecido, el trabajo y la abnegación pueden vencer la flojedad de los nervios, el malestar corpóreo y hasta el malhumor? ¿Cómo hallar un hombre probado, si no le han enseñado á pasar por esas pruebas? ¿Y cómo ha de hacer

la prueba, sin haber luchado victoriosamente contra la vanidad, el puntillo y otros males reales?

10. Una de las disculpas más insípidas que alegamos para excusar esa flojedad que nos ha arrebatado por completo el temple vigoroso de antaño es la frase de que «la gente de otros tiempos era muy diferente de nosotros, y, por lo tanto, tenía mucha mayor resistencia y vigor».

Pero esto no es exacto. Los antiguos tenían la misma naturaleza que nosotros, se hallaban sometidos á las mismas tentaciones, padécían idénticas debilidades y eran vencidos en la lucha, ó fuera de ella, con la misma frecuencia que nosotros. Así, pues, si vivieron con más austeridad y se levantaron de sus caídas más fuertes y animosos que nosotros, no fué porque sintieran menos las dificultades, sino porque se violentaron más; esto es, no eran menos sensibles, sino mucho más enérgicos.

11. En tiempos de epidemia general, todos podemos convencernos del poder de la voluntad. El párroco que desempeña por sí solo su parroquia, el empleado que sólo cobra el día que trabaja, el dependiente que sólo dispone de cortas vacaciones y tiene que salir aquel mismo día, si ha de disfrutar de ellas, todos evitan el contagio; en cambio, el desocupado, el que puede disponer de un sustituto en el empleo, el catedrático que puede suspender su clase sin que nadie le haga cargo alguno, todos esos autócratas é independientes permanecen en casa ó guardan cama hasta incubar la enfermedad y conseguir que ésta los atrape para no soltarlos más.

12. La voluntad no es omnipotente, pero se pueden vencer centenares de catarros y otros males, y aun digerir una ballena, si se empeña uno en ello. En cambio, la cobardía y la maldad pueden convertir en enfermedades peligrosas é interminables muchas pequeñeces y niñerías. Lo mismo la salud que la enfermedad, el éxito ó el fracaso de un sistema curativo, y el efecto de una medicina, más dependen del estado de alma que de causas externas. La energía del alma fortalece la salud del cuerpo.

Un alma vigorosa sostiene el cuerpo en actitud viril; un alma débil, convierte al hombre más fuerte en una babosa. La molicie hace el espíritu cada vez más cobarde, y el endurecimiento corporal cada vez más vigoroso y sano.

VII. El librito del voluntario.—El hermoso *Diario de un voluntario* de Vallery Radot, no sólo merece el premio que le ha concedido la Academia Francesa, sino también un número ilimitado de lectores.

Debieran leerlo todos esos hombres almibarados envueltos siempre en algodón en rama y chanclos, por lo cual no se ven nunca libres de catarros y calambres. Debieran leerlo esas víctimas de la imaginación, que no pueden dormir cuando la almohada es media pulgada más estrecha de lo debido. Debieran leerlo esos sibaritas que ponen en movimiento á toda la Facultad de Medicina y desesperan á sus familias, porque hace días que una arruga de la media les produjo una ligera erosión en un pie. Debieran leerlo esos quejumbrosos que no abandonan la cama por miedo á no tener que guardarla á la fuerza. Debieran leerlo esos esclavos de sus esclavos, que no saben abotonarse un chaleco ni ponerse una bota sin ayuda ajena, semejantes á aquel caballero de la Cruz Roja del cuento de la *Reina de las Hadas*, que apagó su sed en el lago de la pereza. Debieran leerlo todos los enemigos del orden y de la puntualidad, todos los maniáticos y caprichosos, todas las víctimas de la melancolía y de los humores, todos los pesimistas y misántropos; mejor dicho, debiera leerlo el mundo entero, hombres, mujeres y niños.

El librito es una obra tendenciosa, pero, por lo mismo, de gran utilidad, pues señala, dentro de la vida real, los numerosos dolores que se fundan en el pundonor, los padecimientos que se basan en la exageración, y los temores que tienen su origen en la exaltación de la fantasía y en una repetición estúpida. Pero no se contenta con avergonzarnos, sino que nos ofrece los medios de curación, presentándonos, para convencernos hechos reales que demuestran que la voluntad sabe vencer fácilmente las ma-

yores dificultades, y da fuerzas para obrar y sufrir cuando la necesidad lo impone, así como lo muy beneficiosa y útil que resulta la vida en comunidad, puesto que, hostigados por el ejemplo de los demás, y con el estímulo del amor propio y el puntillo de honra, llevamos á cabo empresas que no hubiéramos acometido estando solos en el mundo.

Cuando contemplaba yo en otros tiempos todos esos histéricos, esos misántropos, esos hombres muelles, esos «espartanos hechos gacha, héroes dulces como la bergamota», no podía dejar de recordar al bendito Enrique Susón, quien, al oir lamentarse amargamente á una mujer por haber perdido una aguja, decía para su capote: «¡Infeliz, si tuvieras que llevar una sola, la más pequeña de mis cruces, pocas ganas tendrías de armar tanto ruido por una mísera aguja!»

Desde que he leído el precioso *Diario de un voluntario*, me he modernizado mucho, y digo, en caso parecido al presenciado por Susón: «Bien sé yo el medio de acabar con tus lamentaciones. ¡Si te obligaran á servir un año de voluntario!»...

VIII. La sal de la vida.—Aquel á quien todo le sale á pedir de boca, es digno de lástima. Aquel á quien se le enderezan todos los caminos y se le abren todas las puertas, acaba por convertirse en su propio esclavo y en tirano de los demás, en valetudinario intolerable en cuanto le molesta la brisa más suave.

Al contrario, debe llamarse suerte el que ocurra lo que no se deseaba, como cuando el señorito rico tiene que cargar con la mochila y las alforjas. Eso da independencia y posesión de sí mismo, y presta á la vida sabor y gracia, como la sal y las especias.

IX. La nación grande.—Júzguese la vanidad y pretensiones de los franceses con toda la severidad que se quiera; exagérense sus faltas y su decadencia, como ellos exageran sus prerrogativas, pero convengamos en que tienen algo que los pone á la cabeza de los demás pueblos: eso no podrá negarlo nadie.

¿En qué consiste esa preeminencia?

¿En su mayor capacidad intelectual? Apenas, pues, si comprenden pronto, otros son más profundos; si saben presentar lo que descubren con más brillantez y claridad, otros renuncian á este brillo por la solidez y la profundidad. Es decir, que en este punto hay compensación.

¿En su espíritu artístico? En parte, sí. Parécense en esto los franceses á los griegos de la antigüedad: saben rodear las cosas más insignificantes de una aureola de seducción y encanto, con la cual obtienen mayor éxito que el alemán con toda su pesada solidez y falta de forma, y que el inglés con sus rarezas estrambóticas.

¿En su cortesía? También en parte. La firmeza y la delicadeza en los modales es, al fin y al cabo, el arte del trato social; ó en otros términos, la expresión artística del lenguaje y de las actitudes. No es de extrañar, por lo tanto, que el francés, con ese arte tan esencialmente humano, logre más que el alemán moderno con sus interjecciones fogosas y sus gallardías de teniente de la reserva, y que el inglés con su helada descortesía. Decía mi anciano profesor de baile que es más fácil abrirse paso á través de la multitud con un cumplido, que llevando los codos de punta.

Sin embargo, no basta esto para explicar del todo esa superioridad de los franceses. Para mí, la razón más decisiva y profunda consiste en que ha sido el pueblo más sobrio y económico. La sobriedad y la economía en la prosperidad son signos de continencia voluntaria y dominio de sí mismo, y estas dos cualidades dan siempre superioridad y preeminencia. Mientras los franceses se mantengan así, mientras conserven, como dice Auzias Turenne en su magnífica obra sobre Klondyke, el orgullo de no ser un pueblo ansioso de oro, nadie les arrebatará el puesto culminante que ocupan entre las demás naciones.

Por desgracia, en los tiempos actuales, también han progresado en Francia el alcoholismo y las farsas religiosas. Si estos dos males, además de apoderarse por comple-

to de tan hermoso país, hacen causa común con el sistema de los dos hijos y de la irreligiosidad, pronto veremos caer de su elevado pedestal al desgraciado pueblo francés.

X. Una ojeada al gallinero.—Todos debemos tener en cuenta lo que aconsejan las Sagradas Escrituras al invitado á comer en la Corte. «Cuando te sentares á comer con un príncipe, repara con atención lo que te ponen delante, y si es que dominas tu apetito, aplica el cuchillo como para tapar tu garganta». (Prov., XXIII, 1-2).

Esto tiene su aplicación cada vez que gustamos de alguna cosa y siempre que hacemos algún empleo de los bienes terrenos.

Sin embargo, dice también la sagrada Escritura: «Los ojos fijan en ti, oh Señor, las criaturas todas; y tú les das á su tiempo el alimento necesario». (Ps. CXLIV, 15).

¿Cómo relacionar el Texto Sagrado con el triste hecho de que haya tantos corazones y tantos ojos fijos en el Dador de todo bien en espera de sus beneficios, y que se alejen de Él con las manos vacías?

Si echamos una ojeada á un gallinero, obtendremos amplia y categórica respuesta al enigma. La aldeana acaba de echar el grano á las aves, de modo que todas puedan hartarse, pues para ella son todas iguales; pero resulta que algunas gallinas se arrojan con tal violencia y ansiedad sobre la comida, que las más débiles apenas consiguen pescar algunas semillas, y aun á costa de terribles picotazos y crueles heridas.

Pues bien, este gallinero es imagen fiel del mundo. El que alimenta á los cuervos del arroyo, ha derramado tantos dones, y con tal liberalidad, que para todos los hombres hay lo necesario y aún lo superfluo. No ha repartido estos dones de modo tal que uno reciba su parte exacta é igual al otro, sino que lo ha entregado todo á la comunidad, para que ésta dé á cada cual según sus necesidades; ó mejor, ha elegido unos cuantos por administradores suyos, para que cuiden, en su nombre, de hacer justicia á todos y de que á ninguno falte su parte correspondiente.

¡Oh mortal, á quien Dios ha dado lo suficiente, y aun más de lo preciso! ¿Cómo te atreves á sentarte al banquete de la vida sin tener en cuenta los beneficios del Altísimo?

¿Cómo osas abalanzarte y arrebatar con la voracidad de un perro rabioso lo que no es posible que puedas consumir?

¿Cómo es posible que tengas valor para hacer inservible é inútil, poniéndolo fuera del alcance de los demás, lo que bastaría al sostenimiento de centenares de hombres? ¿No debiera herirte este pensamiento como un cuchillo que te segara el cuello, cada vez que pruebas un bocado ó te proporcionas un placer, que, á veces, no sólo es inútil, sino, para castigo tuyo, perjudicial y quizás pecaminoso?

XI. La visión del festín.—Cada vez que me siento en ese potro del festín, en que, á manera de verdugos, le llenan á uno hasta reventar; cada vez que me veo obligado á sufrir el martirio de una comida interminable, tengo por compañeras de mesa la tristeza y la amargura.

Veo con los ojos del alma acercarse al banquete, aun antes de sonar la hora, millares de seres humanos en apretadas é interminables filas, como los devotos de una peregrinación, con el hambre pintado en los rostros macilentos, las manos enflaquecidas como esqueletos, y sosteniendo en ellas fuentes y cántaros vacíos, en espera de invitación. Allí figura la viuda con sus siete hijos, silenciosos y desfallecidos; sólo ansían apagar el hambre, pues no saben lo que es hartura. Allí la joven, anciana prematura, que hace semanas enteras que no ha experimentado el calor que ofrecen el alimento y el lecho; tiene á su madre enferma y muerta de miseria. Allí la niña, frágil como tela de araña, imagen de la hermosura hambrienta, que bien podría vivir á lo príncipe si quisiera ceder á los halagos del vicio.

¡Qué multitud de desgraciados! No hay padecimiento del cual no ofrezcan viva muestra. Apenas pueden tenerse en pie, y, sin embargo, no exhalan ni una queja ni un reproche!

¡Almas nobles, probadas por Dios, superiores á mí; recomendadme á su misericordia, ya que estáis transfiguradas por el padecimiento y la paciencia!

Ya han dado las doce y aún esperan, esperan confiadas. ¿Y queréis que saboree esos manjares exquisitos, que sólo sirven de honra y de provecho al cocinero?

De pronto oigo que me dicen:

—¿No te satisface la comida? ¡Te has quedado viendo visiones! Dinos al momento lo que te ocurre.

—Lo he visto; no lo repetiré para no aguaros la fiesta. Pero, si os empeñáis, os diré lo que me conmueve el alma. En la antigüedad, acostumbraban á pasar alrededor de la mesa, y cuando mayor era la alegría de los convidados, una efigie de la muerte, mientras que cantaban en tono insolente un himno báquico que decía: «¡Bebed, bebed, quizás por última vez!»

Yo, en cambio, haría circular en lugar de la copa, en todos los festines y banquetes, la imagen de la pobreza con la inscripción siguiente:

«El Señor os concedió abundantes dones; aceptad sus favores agradecidos, y gozad de ellos con medida; porque ¡cuán profundamente agradecidos se mostrarían los miserables, si les concediera sólo una parte de lo que á vosotros os sobra!»

XII. Pensamientos de un filántropo sobre la situación social.—En otros tiempos, hacíaseles olvidar á los pequeñuelos, durante algunos instantes, la escasez y miseria de la vida real contándoles cuentos de las pasadas y prósperas eras del bizcocho y de los dulces á granel. En los tiempos modernos, suelen consolarse los niños grandes que se hallan en idénticas condiciones forjándose castillos en el país de Jauja. Lo malo del caso es que no pueda vivirse de bizcochos y de dulces imaginarios.

En ún punto concuerdan los escritores y oradores populares, ó sea, los héroes de la pluma y de la tribuna, con las masas descontentas: en que la tierra podría convertirse en paraíso si poseyéramos la habilidad de hacer que

los pichones asados, con sus correspondientes aditamentos, volaran por los aires.

Esta es la mejor prueba de que el paraíso se perdió á causa de la avidez de los placeres materiales, y de la tristísima probabilidad de que siga perdido para siempre.

3. Nadie tiene derecho de atribuir exclusivamente la miseria social al bocado que dió Eva á la manzana. La humanidad se arroga á diario la facultad de quejarse de nuestros primeros padres, mientras aumenta, con sus excesos, su molicie y sus vicios, los males que aquéllos nos legaron.

4. Si todos los males tienen remedio extirpando sus causas, es seguro que los ayunos y las restricciones voluntarias contribuirían mejor al saneamiento de la vida pública, que los reproches, las censuras y las vanas esperanzas de que hueras fantasías lleguen á producir los huevos de oro.

5. Esos políticos socialistas que afirman poseer la receta para la curación de la sociedad actual, pero en la cual no entran para nada las palabras sacrificio y abnegación, ó son hechiceros ó embaucadores del mundo. Más diré: si creen poder hacer digerir al mundo la palabra sacrificio sin ponerla en obra por sí mismos, se engañan por completo y engañan á los demás.

7. Todos los que se hallan oprimidos, ya sean obreros ó empleados de las clases populares, ya pertenezcan á la aristocracia de la sangre ó de la inteligencia, entienden por solución de la tan manoseada cuestión social, la solución del más difícil de los problemas, esto es, el modo de ganar más con menos trabajo y de vivir con mayores comodidades y menos gastos. Por este motivo se cree la gente herida en sus sentimientos más íntimos y atacada en sus derechos más sagrados, cuando se le recuerda el antiguo proverbio: «Para hacer dinero, hay que empezar por trabajar; vale más ahorrar que hacer dinero; el ahorro comienza en la cocina y la bodega». Yo comparo esa gente

con los hidrópicos, que no quieren que el médico los cure, sino que los alivie para continuar bebiendo.

7. La cuestión social no sería difícil de arreglar si pudiera solucionarse con medios sociales; pero como, además, exige la propia ayuda, y ésta no es posible sin violencia, abnegación y sacrificio, hay pocas probabilidades de éxito, y mucho menos de solución definitiva.

XIII. Palabra caída en desuso, pero de gran utilidad.—1. Dada la escasa protección que dispensan las leyes y disposiciones sociales á la moral pública, se han unido en todas partes filántropos y amigos del orden social, para salvarla por medio de una acción privada y común.

Todas las sociedades y todas disposiciones encaminadas á suprimir los excesos del vicio, á proteger la juventud en peligro, á evitar los escándalos y la perversión, á destruir los libros é imágenes inmorales y á encauzar el vicio más pernicioso, el de la bebida, merecen ser apoyadas y fomentadas, no sólo por los excelentes fines que persiguen, sino por los grandes obstáculos que les oponen, por un lado, el dinero y el vicio, y, por otro, la indiferencia y á veces la burla de los mismos buenos.

2. Cuanto mayor es la admiración que inspiran los generosos esfuerzos de tan benéficas entidades, tanto más es de lamentar que eviten con tan exquisito cuidado una palabra que debiera serles tan esencial. Á esa postergación hay que achacar en parte la desconfianza con que el público recibe sus proyectos, privándolas así de una ayuda valiosísima, de cuyas energías no tienen la menor idea.

Esa palabra tan temida y odiada se llama *ascetismo.*

3. Los móviles ascéticos no menoscaban en modo alguno el más insignificante de los medios empleados para fortalecer al individuo y sanear la sociedad. En cambio, contribuyen á la finalidad suprema, la cual jamás se logrará por completo empleando esfuerzos exclusivamente humanitarios

Es decir, no sólo reconocemos el valor de los propósitos generosos y humanitarios que son base de este movi-

miento social en favor de la moral y de la sobriedad, sino que los hacemos nuestros, pero añadiendo á la actividad que nos corresponda, por medio de la palabra ascetismo, una idea especial y muy apropiada para fomentar vigorosamente la buena causa.

4. Los móviles que han dado el impulso al movimiento de sobriedad—para hablar únicamente de ésta—son de tal importancia, no obstante su naturaleza puramente terrena y mundana, que basta uno solo para entusiasmar á cualquier filántropo. Siempre que contemplemos la destrucción de la salud, la descomposición de la familia, el lento envenenamiento de la progenie, la miseria económica, la criminalidad progresiva ó la pobreza moral y corporal, manifestaciones habituales del alcoholismo, debemos decirnos que en todo caso estamos obligados á contribuir en la medida de nuestras fuerzas á la salvación del individuo y de la comunidad por medio de la palabra, de la obra ó del ejemplo.

5. Nadie se atreverá, por lo tanto, á poner en tela de juicio la oportunidad del grito de guerra empleado por los luchadores contra la inmoralidad en todas sus formas, grito de guerra que se reduce á la palabra: «¡Saneamiento!» Saneamiento del individuo y saneamiento de la sociedad.

También el «¡Saneamiento!» es nuestro santo y seña.

Por eso no nos cansamos de abogar constantemente por una vida más sencilla y conforme á la naturaleza y al endurecimiento corporal; pero no sólo empleando remedios pasajeros contra la molicie habitual, es decir, no practicando curaciones heroicas ó ejercicios violentos y momentáneos, sino aconsejando la adquisición del hábito de abstenerse de lo superfluo y á veces aun de lo que uno cree necesario.

6. Una de las causas fundamentales de que nuestra generación sea tan neurasténica, tan clorótica y tan falta de resistencia y de vigor, consiste precisamente en que nos hemos habituado á demasiadas necesidades para poder mantenernos sanos. Con esas bebidas alcohólicas y narcó-

ticas, con ese mosáico de platos y manjares, con esos placeres enervantes y con esa excitación continua al movimiento y á la intranquilidad, acaba por destruirse el sistema nervioso y por envenenarse la sangre. Á esto hay que añadir la molicie y la blandura con que se va criando artificialmente la juventud del día.

No hay que pensar en hablar á viejos y jóvenes, padres y maestros, de curtir el cuerpo y ennoblecer el alma, pues esto bastaría para que le calificasen á uno de antropófago. En cambio, aplauden todo lo suave, lo dulce, lo exquisito para la piel y el estómago, aunque resulte luego... lo que resulta. Pues bien, todas esas concesiones conducen tan sólo á enardecer sistemáticamente la sensualidad. Lo dulce es de difícil digestión; creemos que la bebida es necesaria para digerir, y como la bebida, por sí sola, nos cansa pronto, si no va acompañada de algún excitante, se fuma y se come manjares fuertes que aumenten el deseo de beber, y se continúa bebiendo. Ahora bien, la bebida acaba por producir pesadez, sueño y embotamiento del espíritu; y para vencer estas contrariedades, se torna á nuevas bebidas y á excitantes aún más fuertes. Resulta de aquí que, con ese continuo dormir, beber y excitarse, llegan á ser invencibles las inclinaciones de la pervertida naturaleza—pues, ya lo dice claramente el experimentado Aristófanes cuando dice que el vino es la leche de Afrodita;—el estómago, la piel y la garganta se envician y el olfato, el gusto y el sentimiento se aúnan en una verdadera sinfonía de sensualidad, como dice Fritz Mauthner. Toda nuestra vida se reduce así á lo que dice Filemón del vino

«Medio atractivo que anima á pecar; pretexto agradable para dar algún valor al pecado».

Sin embargo, cuando se acata, como dueña y señora, á la sensualidad; cuando se la mima y contempla sistemáticamente, tórnase cada vez más exigente, y pide de día en día mayores sacrificios, hasta que agota las fuerzas del individuo. Entonces elige sus víctimas entre la comunidad. ¡La eterna historia del minotauro y del dragón! El mal da

comienzo con los pequeños sacrificios que se hacen á la sensualidad, y termina con verdaderas hecatombes sacrificadas á los excesos, con el envenenamiento y la pestilencia de toda la sociedad.

7. Por eso, repitamos á coro: ¡Saneamiento! Sí, saneamiento del individio y de la sociedad. Pero ¿en qué consiste este saneamiento? ¿Trátase únicamente de curar una enfermedad corporal?

Entonces, ¿de dónde procede toda esa multitud de enfermedades morales, propias de la época, llamadas hipocondría, histerismo y pesimismo? ¿Dónde hallar el origen de esas enfermedades morales de la sociedad, tales como los pecados secretos, el ansia de goces, la corrupción, la peste de la literatura inmoral y las facilidades públicas para la práctica de todos los vicios?

Á todo esto se impone una sola respuesta. La causa del mal radica en lo más hondo é íntimo del alma de cada individuo, de donde se extiende y se difunde por los tuétanos de la sociedad y de la vida pública. Ya lo dijo Tiberio, según nos refiere Tácito (Ann., 3, 54), en las siguientes palabras: «En lo interior, en el alma, debe hacerse la cura».

8. No hay que dudar de la importancia que tiene la rápida supresión de las causas externas que dan origen al mal; porque ya lo dice el refrán: «La ocasión hace al ladrón». Dificultando la aparición de la inmoralidad en público, poniendo trabas al comercio de obras é imágenes escandalosas, encerrando al borracho de profesión en una clínica adecuada, y limitando la ocasión y el tiempo para dedicarse á la bebida y otros excesos por medio de leyes apropiadas, se logrará poner coto á muchos excesos. Esto ya sería algo, aunque no la curación completa, pues el mal reaparecería en la primera ocasión propicia.

Esto ha hecho comprender, á los peritos en ese sistema curativo, que ante todo hay que buscar el origen del mal; en otros términos, mejorar, como primera providencia, la parte interior del paciente, si no quieren verse expuestos al peligro de la exageración y la violencia, que tan á me-

nudo suelen perjudicar las causas más nobles y los esfuerzos más generosos.

9. Pero no sólo para curar el mal debemos poner el alma del paciente en conmoción y actividad, sino para lograr convencerle de que debe someterse á los remedios indispensables para su completo restablecimiento.

El bebedor—para citar únicamente al enfermo de más cuidado—sabe muy bien que sólo hay dos medios que puedan sacarle del estado en que se halla: uno, el dificilísimo de la sobriedad, el de la continencia ó limitación prudente y formal; y otro, más sencillo, el de la abstención completa de toda bebida alcohólica. Esto suele predicarlo él á los demás con la severidad debida, pero no lo admite para sí mismo, ya que, en su sentir, necesita algo más que el resto de los mortales. El borracho no quiere convencerse de que esta sed inextinguible que le devora sólo proviene del alcohol, ni de que únicamente su incontinencia espiritosa es la que convierte sus ansias por la bebida excitante en verdadera necesidad corporal. Esto le impide investigar, de un modo fundamental, si realmente pierde calor, sangre y fuerza cuando se abstiene del vino, y le obliga á rechazar con ademán descompuesto la afirmación de los que le aseguran que su entusiasmo por el vino estriba únicamente en el cosquilleo secreto producido por la manifestación más delicada y aguda de la sensualidad. Donde falta la volundad, todo está perdido.

¿Quién será capaz de extirpar ciertos vicios latentes sin haber logrado transformar el interior del hombre? Es absolutamente cierto que no llegarán á curarse nunca, si no se evita antes el desmoronamiento total del sistema nervioso, que es en parte el resultado, y, en parte, el manantial eternamente nuevo de aquellos vicios. Pero ¿cómo llevar á buen término tamaña empresa, si no se cambia toda la manera de vivir, que ha llegado á ser un conjunto de habilidades para favorecer la molicie? ¿Y de qué medios valernos para atacar esa molicie, para obligar á los esclavos del sibaritismo á la sobriedad, á evitar los manjares

picantes, las bebidas excitantes, el reposo excesivo, para aficionarlos al endurecimiento de su cuerpo y á la abnegación y al sacrificio, si no logramos apoderarnos de su voluntad, dominar sus pasiones y vencer su pereza?

10. Se trata, pues, ante todo, de penetrar y remover hasta el fondo del alma humana. Sin la cooperación de la voluntad, de la conciencia y del alma entera, no es posible esperar la enmienda radical, aunque las medidas externas les eviten muchos males.

En cambio, si logramos ganar la voluntad, se habrá dado un paso inmenso. Ya hemos indicado el poder que tiene la voluntad para salvarse de las garras de la muerte, no estando el cuerpo postrado por grave enfermedad. Ahora bien, tratándose de enfermedades que ofrecen por lo regular caracteres morales, podemos afirmar sin temor á equivocarnos que el querer curarse es verse curado.

11. Pues bien, ¿qué quieren decir todas esas disertaciones sino únicamente lo que reza todo libro sensato que trate de vida espiritual, en el capítulo del ascetismo?

Por consiguiente, los defensores de la moral pública no pueden decir que el ascetismo es contrario á sus esfuerzos, ó que mezcla á éstos una idea extraña, ya que para lograr fines morales con seres morales, es preciso ante todo el empleo de medios moralizadores.

12. La repugnancia que inspira la palabra ascetismo consiste principalmente en que, al pronunciarla, surgen el espíritu la imposición de tormentos y martirios corporales. Mas no es esto lo que quiere decirse. Es una verdad indiscutible que, para unos más que para otros, suelen ser útiles y hasta indispensables las austeridades exteriores, llámense mortificación ó endurecimiento. Sólo que no basta eso, pues debemos considerar las prácticas corporales únicamente como medio de purificación y fortalecimiento del alma, que es la verdadera misión del ascetismo.

Es decir, que el ascetismo emplea las mortificaciones externas, en primer lugar, como medicina que cura el alma,

y, después, como ejercicio constante que le procura fuerza é independencia necesarias. Esto es, primero le devuelve la salud, y luego la hace fuerte y animosa.

Así, pues, por grande que sea el espanto que causa á los extraños la palabra ascetismo, la cosa en sí es humana, razonable, necesaria y oportuna como pocas.

XIV. El arte de vivir sano.—1. Dice el refrán que todos tenemos nuestra época de locura. Si no hemos sido locos en la juventud, tendremos que serlo en la vejez; y si no hemos hecho locuras todavía, nos dará por ser maniáticos de la salud.

¿Qué es sino un ligero extravío del espíritu esa previsión sibarítica para la conservación de la preciosa salud; ese temor pagano que inspira la menor irregularidad en el dormir y en el digerir; ese estudio profundo de lo que conviene y agrada al cuerpo; esa gastronomía refinada y elevada á la categoría de ciencia, que convierte la confección de un manjar en asunto de cavilación y estudio, en empresa comparable al sitio de una fortaleza, y otras aberraciones por el estilo de la llamada *dietética?*

2. Viene en segundo término la tan cacareada *higiene.* Aquí topamos con la pleamar de la locura, que desciende rápidamente de disparate en disparate. Con el pretexto de estudiar la salud, se mina el cuerpo, se le envuelve en algodones, se come, se bebe y se fuma de un modo tan irregular y excesivo, y en oposición tan abierta con la naturaleza, que el organismo se ve imposibilitado de diluir y soportar tanto veneno, y llega á su completa destrucción.

«Lo que por la naturaleza es una debilidad, se convierte por el arte en envenenamiento». (Propercio).

3. Pero aún falta lo mejor, lo que acaba de coronar la obra; la verdadera *terapéutica.* Es natural que, tratándose de trastornos espirituales y morales de este género, no se oiga sino quejas y lamentaciones sobre asma, dolores cardíacos, ahogos y desfallecimientos, y otros males cuyo origen no se quiere poner en claro; pero sin darse cuenta de

que los remedios que se emplean para su curación, como son las aguas minerales, píldoras, sales, licores, son infinitamente más peligrosos que las mismas enfermedades. No hay cuidado de que un jinete se los haga tomar á su caballo, ni un artillero inutilice la boca del cañón con semejantes brebajes; ni aun los médicos de Molière se atreverían á recetárselo, sin más ni más, á sus pacientes.

4. Al propio tiempo, y en contraposición á esos cuidados excesivos, observamos los mayores descuidos é impremeditaciones, que exponen al cuerpo muelle, flojo é incapaz de resistencia, ya por placer, ya por jactancia, á todas las inclemencias del cielo, al frío, á la humedad á las corrientes, al calor, como si fuera de hierro.

¡Y todavía hay quien se lamenta de que disminuye el vigor físico del hombre, y se burlan de la medicina, la cual, á pesar de que inventa constantemente nuevas disposiciones higiénicas, no sabe impedir el aumento de las enfermedades del pueblo!

5. Llega á ser peligroso el querer apartar de sus errores á las personas que los padecen, pues creerían que se trata de acabar con ellas si se les dijera que sus males son más bien morales que físicos, y que pueden curarse únicamente por el procedimiento moral.

«El avaro Herón soñó una vez que había dado un banquete, y fué tal el susto que se llevó, que se ahorcó aquella misma noche. Dile á Argan que se anime á vivir una vida activa y animosa; será capaz de morirse como si le pegaran un tiro».

En el caso más afortunado, resulta inútil todo consejo, pues lo toman como expresión de insensibilidad y falta de sentido común.

Pues cuando el enfermo se halla encariñado con su enfermedad, «hasta la palabra curación le excita los nervios». (Corneille).

6. Esperemos que la vista de estas manías sirva de escarmiento á los que no han llegado á semejante extremo y les haga comprender que se conserva mejor la salud por

medio del orden y la regularidad, el endurecimiento racional, la frugalidad y la sencillez en el modo de vivir, que con todos esos remedios artificiales que atacan á la vez el bolsillo, el cuerpo y el espíritu.

XV. Salud y sabiduría.—La salud y la sabiduría, pisoteadas y apreciadas únicamente cuando se han perdido, participan de la suerte de los verdaderos profetas, cuyo mérito se reconoce cuando ya se hallan en vergonzoso destierro.

¿Quién no ha malgastado la salud y la sabiduría, como si tomara parte en carreras con opción al premio? Y todavía preguntáis: ¿De dónde salen tantos locos y tantos lisiados? Pero ¡si todos educáis de ese modo con imperturbable constancia!

Los bocados exquisitos, las almohadas de pluma, las copas vibrantes, los bebedores alegres, los licores excitantes de la uva ó del lúpulo, el decaimiento cobarde ante el trabajo y las penalidades; todo esto contribuye á desarraigar las fuerzas, porque la molicie es veneno para la salud, y la sabiduría no brota en los terrenos lujuriosos, sino que huye espantada de los lugares frecuentados por los deshonestos. Busca el sueño perdido en la cama de un trapense y aliméntate con el pan de los leñadores. Come la salsa espartana después de una faena penosa, pasa privaciones y sométete á la mortificación en vez de llenarte el cuerpo de costosas medicinas. Así llegarás, á tener sanos y frescos el cuerpo y el alma; así se te disecarán los humores perezosos, origen de las enfermedades; así arrancarás las puntiagudas estacas de la concupiscencia y vigorizarás tu carácter, dándole valor y resistencia.

Claros se tornarán los ojos de tu espíritu, y te harán evitar, lleno de horror, los pantanos mundanales. Hallarás el camino de la fuente de la sabiduría que Dios reserva á sus hijos.

XVI. Curación de la molicie.—Todos esos suspiros y ayes que se exhalan por causa de los males del cuerpo, proceden únicamente de que el alma es débil y sólo está despierta para las cosas de la tierra.

Sólo un espíritu pobre con relación á Dios alarma á todos por la menor insignificancia. Si tuvieras el corazón vivificado por el calor del amor, no sentirías tanto el frío, ni te perjudicaría tanto.

Da vigor á tu alma, inocúlale el suero del caballero; sé severo y parco con tu cuerpo y soportarás fácilmente las penalidades y amarguras de la vida.

XVII. Remedios contra la muerte.—Si con expresión interrogativa miramos al gastrónomo atrincherado tras una batería de fuentes y botellas, nos contesta entre disgustado y satisfecho:

—Ya conoce V. el refrán: «La bebida y la comida mantienen unidos el cuerpo y el alma».

Demasiado conocemos el proverbio, pues se oye con harta frecuencia; sólo que, cuando menos creemos en él, surge ante nosotros esa especie de acumulador de gérmenes mortíferos, rechoncho y repleto, de respiración anhelante y oprimida.

Verdad es que también debemos concederle que

«Lo único que le retiene aún en este valle de lágrimas es el placer que halla en los asados y en el vino».

Sin embargo, no podemos asegurarle que eso dure mucho, porque precisamente á los devotos de semejante género de vida suele bastarles una pequeñez para que el alma, unida al cuerpo exclusivamente por los jugos de los alimentos, ansíe abandonar tan húmedo calabozo.

Y es sabido que no ocurre lo propio con gentes que se han pasado la vida en el trabajo duro y continuo, entre privaciones y miserias. Podría creerse, al fijarnos en la frecuente longevidad de los pobres, que sus almas se han introducido en el cuerpo con la misma fuerza con que se introducen las raíces de un árbol, batido constantemente por los huracanes, en las hendiduras de las rocas que le sirven de asiento.

Los que más resistencia ofrecen á la muerte son sobre todo los intelectuales que han logrado, por medio de la actividad constante del espíritu, dar á éste el completo do-

minio sobre la materia; casi podría creerse que han logrado la inmortalidad. Véanse, en la vida de los santos, los múltiples ejemplos de longevidad que ofrecen, sobre todo los héroes más grandes de la mortificación. Nuestro siglo puede vanagloriarse de haber producido un modelo de incorruptibilidad en el papa León XIII.

Vigor y resistencia admirables, que sólo tienen explicación en la fuerza de alma que los sostiene. Dispuestos siempre al trabajo, pero á ese trabajo que no cansa el espíritu, sino que lo fortifica, oponiendo una fuerza de voluntad inquebrantable al cansancio y á las enfermedades como al decaimiento y á los obstáculos, han logrado esos hombres un vigor psíquico que parece elevarlos sobre el nivel de los demás mortales, de tal modo que la muerte tiene que apelar á aliados extraordinarios para conseguir domeñarlos, como ocurrió con Gregorio IX y San Policarpo.

El hombre está sujeto á la muerte. Contra esta ley no hay apelación posible; pero si le educaran desde niño en el orden, en la sobriedad y en el endurecimiento corporal, y su alma en la pureza de costumbres y la fuerza de voluntad, tendría la muerte menos poder sobre él.

XVIII. El arte de dormir y madrugar.—1. El antiguo refrán: «Al que madruga Dios le ayuda» contiene numerosos gérmenes de bienestar espiritual y temporal. Por eso hay que devolverle los honores perdidos, pues sabido es que en los tiempos actuales encuentra escasa aceptación.

Todos los que aspiran á mantenerse vigorosos, especialmente los que se dedican á un trabajo continuo, y en particular á trabajos espirituales é intelectuales, deben tenerlo muy en cuenta, y no olvidar un momento, que el que «quiere comer truchas, no debe temer el agua fría, y que no se cazan ciervos entre sábanas de holanda».

2. Sólo el que crea en lo improbable, podrá calificar de piadoso al hombre que no ha cumplido con la parte esencial de sus deberes de cristiano, antes de que á los demás

hombres se les ocurra llamar á su puerta. Más todavía: aunque algunos juzguen demasiado severo mi juicio, diré que es muy justo que se niegue al dormilón el espíritu religioso y los deseos de purificación moral, pues sin sacrificios no hay religiosidad, y sin violencia de sí mismo, no es posible avanzar en el camino de la virtud. Empezar el día negándole á Dios el primer sacrificio, y sacrificando en cambio á la propia cobardía y molicie, no es manera de llegar á la piedad ni á la perfección.

¿Cómo, pues, figurarnos que pueda ser hombre de carácter y digno de la confianza ajena ese «quiero y no puedo», que carece de energías hasta para pelear con la almohada; ese parlamentario que trata de resolver la grave cuestión entre el deber y la pereza acurrucado en la cama, hasta que la parte dominante le obliga á firmar un compromiso deshonroso? Con semejante transacción, ha de ser, por fuerza y por todo el resto del día, un hombre abatido y desorganizado. El enemigo ha logrado descubrir su parte flaca; esto es suficiente para que no le tenga el respeto debido y para que el vencido no se atreva ni siquiera á mirar cara á cara el deber, al que hizo traición aun antes de levantarse.

Además, no hay necesidad de investigar qué especie de obrero y qué clase de trabajo son las de quien no sabe siquiera administrar debidamente la parte primera y más sosegada de su jornada. El día en que el sol nos encuentra en la cama, es día perdido, día estropeado; un día á medias, cuando no tirado á la calle.

«El trabajo nos convierte en reyes, la pereza en esclavos, pues el madrugar se asemeja á la resurrección y el sueño á la muerte».

3. Los dormilones suelen excusar su pereza diciendo que madrugan poco porque velan hasta muy entrada la noche, y porque la experiencia les ha enseñado que les cunde más el trabajo nocturno que el diurno. No negaré que el velar y el trabajo nocturno tienen sus ventajas, por cierto espacio limitado de tiempo, sobre todo para los jó-

venes y mientras éstos no se desquiten de la pérdida con un sueño prolongado durante el día y no se incapaciten, lo mismo para dormir que para trabajar, con tertulias excitantes, atmósferas perniciosas cargadas de humo y emanaciones alcohólicas, ó bien con excesos en la bebida.

Así, fortaleciendo el cuerpo y el alma por medio de una austeridad continua y razonable, sobre todo á medida que vamos entrando en años, llegará día en que experimentemos que producimos igual cantidad de trabajo con menos gasto de tiempo en las primeras horas de la mañana, conservando además mayor frescura corporal y espiritual para el resto del día. Por esto me apresuro á aconsejar á los que se ocupan en trabajos intelectuales y desean conservar la frescura del espíritu, que dediquen las horas de la noche exclusivamente al trabajo ligero y á los ejercicios de la vida espiritual, pero que den comienzo á la jornada antes de que amanezca el día.

4. Á esto me argüirá el señor de Galbana con una grave objeción: «¡Eso sí que sería perder el tiempo! Por la noche tardo mucho en dormirme; natural es, pues, que no me despierte por la mañana, ya que estoy demasiado cansado para madrugar. Por consiguiente, doble pérdida de tiempo».

El prudente caballero no se ha enterado todavía de que el dormir como el despertar es un arte como otro cualquiera; y por lo tanto necesita estudio como todas las artes. Afortunadamente es más fácil de aprender que las demás.

Ante todo es preciso haber trabajado de firme desde muy temprano, pues es cosa probada que se duerme uno en seguida cuando está verdaderamente cansado y tiene el espíritu hecho al orden y á la regularidad. Pues bien, aunque no se consiga dormir la primera ó segunda vez, no por eso hay que echarlo todo á rodar. Basta que se sujete uno á levantarse al día siguiente á la misma hora con exactitud cronométrica, para que la naturaleza se rinda á

la noche siguiente y se desquite de lo perdido. Porque ha de saberse que lo más esencial de dicho arte consiste en la regularidad y la puntualidad. Para adquirirlo, basta con acostarse á la hora reglamentaria, (siempre que el deber, la caridad ó también el deseo de mortificación no obliguen á hacer una excepción), y á levantarse al minuto é invariablemente á toque de corneta sin temor al cansancio y sin hacer ninguna concesión á la cobardía ó á la comodidad. Si practicamos este arte con constancia, conseguiremos tal maestría que podremos despertar á la hora precisa que deseemos.

Prueba evidente de que se necesita, además de las otras dos cualidades, una tercera que se llama fuerza de voluntad. Sabido es que Kant atribuye la ciencia de dormirse exclusivamente á la voluntad de dormir. Esto sí que puede llamarse parcialidad y exclusivismo kantianos. Sin embargo, es una verdad indiscutible que hasta para poder dormir se necesita fuerza de voluntad. He aquí, pues, resuelta la dificultad.

5. Pues no, señor—contesta el señor de Galbana.—No le discuto á V. la conveniencia de madrugar en verano; pero ¿y en invierno? No sea V. cruel; yo no puedo abandonar la cama mientras no tenga la habitación á una temperatura conveniente.

Es verdad, me había olvidado de un detalle importante. ¡Poca cosa! Lo más primordial del arte de dormir es el violentarse á sí mismo. Hay un medio sencillísimo de vencer el frío matutino sin encender chimeneas ni estufas, á ejemplo de San Pedro de Alcántara. Este Santo, cuando se le hacía insoportable el frío en su celda, abría ventanas y puertas, y al volver á cerrarlas, echándose encima el capote, creía sentir menos los rigores invernales. Haciéndolo en forma más suave y moderna, debemos calificar el remedio de excelente y ventajoso. El hombre culto, al levantarse, tiene que hacer uso del elemento que Píndaro llama el *elemento por excelencia.* Como éste es al mismo tiempo el más económico, no hay razón que im-

pida dar á las abluciones matutinas una extensión más grande y detenida de lo que acostumbra á hacer la mayoría. Hechas con rapidez, sin exageración y con las precauciones debidas, si se seca el cuerpo bien y se le viste de un modo apropiado á la estación se observarán los mismos efectos que los surtidos por el procedimiento de San Pedro: sentiremos un bienestar general como si nos halláramos en una habitación caldeada y al mismo tiempo nos hallaremos tan frescos, tan despejados, animosos y fuertes como seres reanimados á la vida, con la particularidad de haber endurecido el organismo de tal modo que ya podemos reirnos de todas las medidas preventivas que tomábamos antes contra los catarros y resfriados, del mismo modo que nos burlamos del que se empeña en apagar la sed con agua de mar.

Es una verdad muy grande que el arte de madrugar, como todas las artes de que trata este librito, está al alcance hasta de los más débiles.

«¡Ay, si los hombres quisieran, tendrían artes suficientes! Y luego suspiran, gimen, bostezan... ¡y acaban por agarrarse á la botella!»

XIX. El taumaturgo.—¡Come y bebe á su sabor; duerme hasta el mediodía, sin ocurrírsele nunca rezar con seriedad, ó violentar el corazón, y luego pretende mantenerse como los padres del desierto, casto y puro de alma y de cuerpo! ¡Creedme, ese hombre hace milagros y merece que nos descubramos con respeto ante él!

XX. Aceite al fuego.—Hundido en un mar de fuego, te lamentas de la lujuria, del placer, de la voluptuosidad. Pero ¿no eres tú mismo quien alimenta el furor de las llamas, ya con vino, ya con cerveza?

¿No es querer contrarrestrar la calentura con píldoras de cicuta, apagar la sed con agua salada y el fuego con aceite?

XXI. Hércules entre el vicio y la virtud.—Conocidísima es la hermosa alegoría con que Pródico de Ceos logró la gratitud de la posteridad. Dice Pródico: «Cuando

Hércules llegó á la edad en que los jóvenes deciden de su vida, retiróse á la soledad, á reflexionar sobre el camino que debía seguir. De pronto se vió delante de dos mujeres, la una alta, seria y austera; la otra, tentadora y voluptuosa. Ambas le invitaron á que las siguiera. La descarada sirena prometióle todos los placeres y riquezas del mundo. Al preguntarle Hércules por su nombre, contestó la seductora: «Mis amigos me llaman Felicidad; mis calumniadores me denominan Espíritu maligno». Acercósele entonces la mujer austera y dijo al joven: «Yo, en cambio, sólo te prometo un porvenir glorioso. No quiero engañarte; por eso te advierto que la providencia divina ha ordenado que los hombres no alcancen nada grande ni sublime sino á fuerza de sacrificios y trabajos. Si quieres llegar al destino que te prometo, servirás á Dios y serás útil á tus semejantes; pero prepárate á la lucha y á la violencia de ti mismo». Interrumpióla el Vicio, y empleó todos los medios para seducir al joven, pintándole la vida de la Virtud, su austera rival, como sombría é inhumana, y la suya como alegre, placentera y deleitosa. El joven vaciló; iba ya á sucumbir á los halagos de la encantadora visión, cuando la Virtud salió en su ayuda y decidió la lucha. Hércules se determinó á seguir por el camino duro y espinoso del Bien.

En este mismo trance nos vemos colocados todos, al comenzar la vida. Cada cual ha de decidir por sí mismo, pues toda su vida futura, y hasta su eternidad, dependen del camino que elige en la hora crítica de la primera tentación.

En la mayoría de los casos, la decisión se reviste de las mismas formas que vió Hércules. Si se consigue una victoria decisiva sobre la sensualidad, ya se ha vencido el mayor peligro y se ha hallado la dirección segura. Basta rechazar enérgicamente las malas compañías; basta decidirse lealmente por la castidad y la continencia, por la mortificación, la piedad y el ascetismo, para alimentar esperanzas muy fundadas de que el camino emprendido tan

gloriosamente continúa hasta el término feliz y venturoso.

«Yérguete prontamente, pues tienes la sangre joven. Á tus años hay fuerzas y aliento para prosperar». (Goethe).

XXII. Condición primordial para la verdadera idealidad.—El placer más material es el de la mesa: no hay hombre que descienda á más bajo nivel que el que pone su gloria y su cielo en la botella y en la fuente. Por eso dice el viejo Catón que no le admira el que no logre despertar en el pueblo romano su antiguo amor á la gloria y su valor, ya que es muy difícil convencer al estómago, que carece de oído.

Esto mismo experimentarán los que, como esclavos de la sensualidad, se ven obligados á tratar los elevados conceptos del espíritu, los asuntos más graves de la vida, del alma y de lo eterno, así como todo lo referente á religión, ascetismo ó sacrificio. Difícil es hallar seres más prosaicos que los voluptuosos y los héroes de la copa y del tenedor. Las palabras «grandeza de ánimo» y «abnegación» son para ellos cosa desconocida; aconsejarles una vida interior y piadosa es provocar su malhumor ó su burla. Parece que son sordos de nacimiento, ó que tienen el corazón y el espíritu encerrados en el estómago ó en la piel.

El bienaventurado Luís Lallemand debió de haber hecho amargas experiencias con esa gente, en la cual, á causa de su posición, habría que suponer cierto interés y cierta comprensión de las cuestiones elevadas del espíritu; pero que, en cambio, emplea las mejores fuerzas de su inteligencia en discurrir el modo de aumentar las voluptuosidades de la vida, ya que pasa gran parte de ésta regañando ó refunfuñando, ora porque la comida no es suficientemente sabrosa, ora porque la habitación no está convenientemente caldeada, ó bastante mullido el lecho. De esta clase de gente, exenta de idealidad y de espiritualismo, dice Lallemand: «Hay entre ellos algunos individuos que no saben negar á los sentidos lo más mínimo. Si tienen frío, se ca-

lientan, si sienten apetito, comen; si apetecen alguna diversión, algún placer, corren tras ellos, sin reflexión ni vacilación, sólo atentos á su comodidad y desconociendo por completo el sentido de las palabras abnegación y sacrificio. Cumplen sus deberes por rutina, sin espíritu interior, sin seriedad ni agrado. No se ocupan nunca en investigar su estado interior. En este profundo olvido de sí mismos, pasan diariamente, lo mismo por su alma que por su corazón, una multitud de cosas que los distrae, los aleja inconscientemente de sí y los convierte en víctimas de la superficialidad.

Así se expresa este gran maestro del espíritu. ¡Triste cosa es que esta humanidad, destinada á lo más elevado y sublime, se halle tan alejada de la vida espiritual, y se muestre tan enemiga de todos los consejos que tienden á su perfeccionamiento! ¡Cuán amargo es pensar que existe una comunidad de la que puede decirse:

«¡Existencia sin gloria, regalona y blanda! El banquete es su única preocupación. Púdrense los libros, cébanse las bestias, oxídanse las espadas y se adormece el espíritu».

La mortificación, ó, si se quiere, el endurecimiento de nuestra naturaleza sensual, no es, ni con mucho, la virtud ni la perfección moral; pero es difícil comprender que, sin ellas, pueda llegarse á la verdadera idealidad; es decir, al deseo de una vida espiritual, á una sólida pureza del corazón, y á la piedad.

CAPÍTULO V

El arte de llevar una vida culta

I. Finalidad y consecuencias de la cultura moderna.—1. A pesar de la frecuencia con que se repite la frase de Cicerón: «La historia es la maestra de la vida», sigue en pie el hecho de que ni aun los sabios aprenden en ella lo que es la vida.

Respecto de lo pasado, todos están conformes en que cuando una civilización llega, en su desarrollo máximo, al escepticimo, ya ha tocado á su fin y no le queda sino elegir entre el retroceso ó la decadencia. Para justificar este principio se cita, con mucha razón, el pirronismo de los tiempos de Alejandro, el nuevo escepticismo de los últimos años del imperio, el nominalismo al finalizar la Edad Media, á Montaigne, Charron y Bayle, precursores del deísmo, y á los enciclopedistas.

Esto no obsta para que hoy en día se alaben el escepticismo, el agnosticismo y la indiferencia como la única filosofía digna de un hombre culto, y se trate de propagarla con la halagadora denominación de «modo de pensar distinguido».

2. En aquella época crítica en que la cultura griega se hallaba en su más completa disolución, enseñaba Pirro que para el sabio no hay nada seguro ni nada fijo, nada objetivamente feo, bello, justo é injusto; que, considerado en sí mismo, todo podía ser lo mismo verdadero que falso, puesto que una cosa resulta ya mala ya buena, según la apreciación individual de cada uno. Es decir, que para el hombre puro, todo es pureza, y que sólo el pueblo inculto puede hablar de pecado y de virtud, afirmar ó negar; mientras que el verdadero sabio comprende que todo está

fuera de nuestro alcance, y por eso evita pronunciar un fallo. He aquí por qué debe sernos todo indiferente y por qué no hay nada que valga la pena de hacernos perder la tranquila superioridad ó ataraxia que nos distingue.

Estas mismas máximas son inculcadas en la actualidad, y casi textualmente, á todos los aspirantes á una ilustración superior.

3. Veamos ante todo, para poner un ejemplo, cómo se forma hoy el moderno historiador: Dícese que el historiador debe elevarse por encima de todas las opiniones y demostrar su superioridad alejando de sí, en la misma medida, sin hipótesis ni suposiciones, así la afirmación rotunda como la negación absoluta, la verdad como la mentira, el vicio como la virtud, la Iglesia como el mundo, para juzgarlos y fallar sobre ellos como sobre partes beligerantes. No debe tener para nada en cuenta su opinión propia, y le está vedado inclinarse á una tendencia determinada. Así pudieron decirle á Hurter, según nos refiere en su obra *Nacimiento y renacimiento*, que un verdadero sabio no debe tener religión, ni patria, ni escuela, ni opinión preconcebida, pues si se coloca en el punto de vista del personaje que describe, peligrará su neutralidad y su fama de sabio.

4. Dedúcese de aquí, que un cristiano se halla incapacitado para escribir la historia de Cristo, la del Cristianismo ó la de algún héroe cristiano, si no se ha colocado antes en el estado de la más perfecta incredulidad ó de la duda sistemática.

Es sabido que Hermes impuso la misma condición á los teólogos que usaran de procedimientos científicos.

5. Estas teorías se extienden á todo lo comprendido en la vaporosa denominación «modos de comprender el mundo».

El dogma moderno fundamental afirma que Iglesia, confesión y creencias, en una palabra, toda forma determinante de «nuestra inclinación á lo supremo» es incompatible con la religión ideal; que el culto y el clericalismo

son diametralmente opuestos á la piedad del corazón; que la adhesión á una Iglesia, y, en particular, á la de Roma, así como toda manifestación religiosa que hable á los sentidos, es un pérdida, un menoscabo para el verdadero Cristianismo.

En la misma forma juzgan la obra apologética y la apologética en general, que llaman extraña á la ciencia, «alarde de mal gusto y estupidez», según dice un agnóstico inglés con escasa habilidad y poquísimo acierto. Califican de manifestación antiestética los «míseros medios empleados para convencer y amonestar á los fieles», y aseguran que un predicador siempre es ignorante, ordinario é intolerante, ó, en otros términos, que ataca la libertad y los derechos ajenos sin que su actividad alcance los resultados apetecidos; lo cual explican de la manera siguiente: «El predicador, en lugar de colocarse en el punto de vista de su adversario, ataca á éste con «prejuicios apologéticos», es decir, con una opinión preconcebida; en lugar de atraérselo, lo repele y hace tan odiosa su verdad, «como la cólera de los profetas y la austeridad de los fariseos».

Más todavía: no sólo le niegan la sabiduría, sino todas las condiciones del artista y del literato: «Nunca—dicen—llegará un católico á escribir una novela que merezca el nombre de tal, porque siempre expresa sus máximas morales en forma determinada y no puede abarcar «una representación exenta en absoluto de tendencias y prejuicios».

Esto opinan hasta los que pretenden llevar la voz cantante entre los católicos; prueba evidente de que vuelve á dominarnos el viejo pirronismo.

6. Al sentido común le cuesta algún trabajo penetrar en estas nebulosidades. ¿Es posible que haya un escritor, un artista sin tendencias ni opiniones determinadas? Y si es así, ¿no viene á ser también esta completa apatía en favor de una idea que renueva los mundos, esta misma incredulidad, un punto de mira, y por cierto muy deter-

minado? ¿Es preciso que toda representación de la historia y toda descripción de los acontecimientos humanos, haya de colocarse en el punto de vista de la opinión contraria? ¿Ganará algo el llamado positivismo con que se describa un santo de la Iglesia católica ó una época completamente católica, por ejemplo la de San Bernardo, desde el punto de vista anticatólico, es decir, entendiendo los tiempos católicos de un modo protestante, aun antes de que existiera el protestantismo?

7. A eso me contestan: ¿Quién ha dicho semejante disparate? No queremos que se escriba historia protestante ni novelas paganas. Muy al contrario, pretendemos que no haya literatura católica ni protestante, sino una literatura exenta de tendencias y opiniones y completamente libre de todo matiz religioso.

A Hurter le echaron en cara el haber hecho revivir á Inocencio III como papa, cuando bastaba que hubiera hablado de él únicamente como hombre. Los mismos críticos afirman que el hablar de Luis IX ó Enrique II como santos debe encomendarse á los escritores de leyendas, pues el historiador debe reducirse á presentarlos únicamente como reyes.

La filosofía de la religión moderna declara que el que considere el Cristianismo como religión absoluta se incapacita para hacer justicia al islamismo ó al budismo, y, además, para ocuparse en estudios sobre religiones comparadas. Es preciso que lleguemos al extremo de no fijarnos en forma alguna determinada ni histórica de una religión especial, á fin de que podamos apreciar únicamente la «religión en sí», es decir, la religión en su concepto general, algo así como lo que llamaban *Religiosismo* los realistas materiales de la Edad media. Esto—dicen—supone tan elevado grado de cultura, que imposibilita al católico ortodoxo á llegar nunca á escribir una historia de la religión, pues no puede desechar el prejuicio de que el Cristianismo y la Iglesia se encubrían mutuamente, y, por lo tanto, está fuera de su alcance que una tendencia religiosa y,

además, cristiana pueda conducir «á la recusación de la Iglesia».

He aquí las teorías de la filosofía de la indiferencia, la estética del nihilismo, la teología del vacío de los espacios aéreos, la metafísica del batibio y la psicología del barro primitivo.

8. Cierto: todo esto puede discurrirlo también un católico, pues no se necesita un exceso de intelectualidad para ello. Todos los días vemos personas entusiastas de la ciencia, pero sólo de la «ciencia en sí», porque saben mantener á respetuosa distancia toda ciencia determinada; y también abundan los mortales que se encantan con la «virtud por la virtud», pero sin sujetarse mezquinamente á ningún acto real de virtud ni á ninguna ley del código moral.

Ahora bien, que un católico no se avenga á semejante disparate, sólo redunda en honor de sus creencias, las cuales se presentan como muralla protectora del sentido común y del carácter.

9. En primer lugar, protegen el sentido común. ¿Cómo calificar la exigencia de que nos representemos «el árbol en sí» y «su color puro» sin averiguar si es blanco, rojo ó verde? ¿Cómo imaginarnos el tiempo «puramente como tal» sin determinar el día ni la noche, sin instantes ni duración? Y, sin embargo, se atreven á exigirnos á los católicos que nos figuremos un Cristianismo sin Iglesia, una religión sin dogmas, sin oraciones ni leyes, y que, al hablar de un papa, descartemos por completo al pontífice, dejando al descubierto únicamente al hombre y desdeñando al eclesiástico. ¿Es tan difícil de comprender que Inocencio III no fué solamente un «hombre como los demás» ni Luis IX únicamente «un rey cualquiera», sino un rey completo y además un soberano santo, y que, afortunadamente, tratándose de mortales de una pieza y de santos muy especialmente, no es posible separar el pensamiento, la voluntad, la obra y la existencia?

¡Y se pretende aún que nos despojemos en la religión

cristiana de las creencias, costumbres, ritos, culto, forma externa, constitución y actividad, para sostener «como verdadera religión» el resto de aire que quede en el espacio vacío de pensamientos!

Viene á ser lo mismo que si se le dijera á un profesor de filología que enseña científicamente, que no debe explicar ni el latín ni el alemán, ni la sintaxis, ni la prosodia, ni el estilo, ni el sonido, sino la esencia de la lengua»; como si se mandara á un cocinero «presentar un manjar como tal»; como si se invitara al pianista á tocar «el sonido simplemente». Las *Novelas parisienses* de Félix Hübel hablan de un pintor que trata de reproducir en sus lienzos la «luz absoluta», «la luz en sí misma», y, naturalmente, se vuelve loco.

Nuestros sabios y profesores someten diariamente los propios nervios cerebrales y los de sus alumnos y creyentes al tormento del lecho de Procusto, y esto explica fácilmente la nebulosidad del pensamiento y de las representaciones que lamentamos ya anteriormente. ¡Todo es masa, todo informe, todo barro primitivo, sin figura ni forma!

10. ¡Qué influencia ha de ejercer esta tendencia del espíritu sobre un carácter que, envuelto en el crepúsculo de esta especie de *demi monde* espiritual se despereza sobre el lecho de la holganza como otro Tannhäuser en la gruta azul del Monte de Venus! ¿Hemos de extrañar que se califique de distinción en el pensar lo que es únicamente absoluta carencia de pensamientos y de convicciones? ¿Hemos de extrañar que á todos los que poseen una norma fija, patentizada lo mismo en las palabras que en las obras, se los denomine fanáticos frailunos y bárbaros incultos? De lo contrario, ¿podría darse el espectáculo que ofrece nuestra sociedad intelectual, y más aún los círculos científicos, en los que ya no penetra sino el individuo que carece de colorido y de forma determinada; en otros términos, el que no tiene religión, ni creencias, ni convicciones, semejante á un limón exprimido, falto de jugo y de sabor?

11. Tan lastimoso estado de cosas agradará mucho á

los sabios y á los llamados «ilustrados», pero estoy seguro de que Dios no está conforme con ellos. Lo que consideran como condición primordial de la distinción y de la sabiduría repugna al Señor de los cielos, que dice: «¡Ojalá fueras frío ó caliente!; pero, como eres tibio, estoy para vomitarte de mi boca». (Apoc., III. 15-16). Lo que los sabios consideran como cultura júzgalo Dios por felonía y deserción; por eso ha dicho: «Quien no está por mí, está contra mí, y quien no recoge conmigo, desparrama». (Lucas, XI, 23).

No debemos dejar de dar gracias á Dios por tan decisivas palabras. ¿Qué sería del hombre si las teorías actuales que acabo de indicar llegaran á imponerse á la generalidad? Se convertiría en gacha espiritual, en sebo moral, en veleta intelectual, que se mueve á todos los vientos de la llamada opinión pública. Y, en efecto, este es el ideal moderno, el superhombre que nos describe Wolfram con las palabras siguientes:

«¡Como azúcar se lo comerían las mujeres!»

Pero ni aun eso, porque esa clase de azúcar suelen desdeñarla las mujeres, como lo prueba palpablemente el feminismo.

He ahí la esencia y la finalidad de la cultura moderna.

12. Nosotros entendemos por cultura una cosa muy distinta, como es la claridad en el pensar, la fortaleza de la voluntad, la pureza del corazón y la unidad de lo interno con lo externo en el individuo completo. Claro está que tratamos de alcanzar esta finalidad por caminos muy diferentes de los que emplea el mundo.

Las consideraciones que acabamos de exponer justificarán á los ojos del mundo la senda que hemos emprendido. Si no le bastaran, la creeríamos con mayor razón, justificada.

II. El arte de pensar.—1. El arte de pensar es difícil de adquirir en los tiempos que corren.

El obstáculo principal está en la manera complicada como se enseña á la juventud. Cuando el joven penetra en

las aulas de la universidad, hace ya trece ó catorce años que lleva la cabeza repleta de todo lo imaginable, y la memoria fatigada ó, mejor, estropeada por lo excesivo de la carga; pero quizás no ha trabajado ó pensado una sola vez. Ya lo dice Hesiodo:

«Cuenta ya cien años y aun lo mima como á un niño la madre temerosa; y así se cría como planta delicada en una estufa, incapaz de pensar».

Durante los años de universidad se entrega el estudiante á beber y á vagar; rellena prontamente el cerebro, que ha quedado vacío en todo ese tiempo, para poder presentarse á examen, y entra á formar parte de los cultos é ilustrados, sin saber aún lo que es pensar.

No es de extrañar que se oponga á toda su vida consecutiva un nuevo obstáculo que le impida pensar: el temor de tener un pensamiento propio. Este temor es en los ilustrados mayor que el que tienen los niños al coco. La dichosa observación: «¿Qué diría el mundo?» ahoga casi siempre en su origen el pensamiento independiente. Aquí viene de molde la frase:

«La razón ha de descansar, hay que meterla en el lecho». (Tiech).

Además, ¿por qué pensar por sí mismos? Ya están ahí los diarios para llenar la cabeza:

«Que, á la luz de la luna, la mayor parte de las veces está vacía y sin inquilinos». (Butler).

Y si suponemos el caso rarísimo en que á uno le hiera el amor propio, se le despierte la dignidad y se diga:

«¿He de tener en balde los ojos abiertos?» (Goethe), preséntase un tercer obstáculo, el cual consiste en que no sabe como arreglárselas para pensar, pues en cada tentativa que hace observa que debe haber reglas y triquiñuelas para conseguir lo que él ignora por completo. Pero ¿dónde hallarlas? Entonces recuerda vagamente que, en los tiempos pasados y tenebrosos, la escolástica enseñaba, entre otras antiguallas, una cosa que llamaban lógica. Mas le basta pronunciar esa palabra para estremecerse de

pies á cabeza, como si hubiera pensado en álgo infamante. Entonces consulta con un amigo suyo muy ilustrado qué es lo que debe hacer, y éste le indica á Kant como consejero. El hombre empieza á hojear la *Crítica de la razón pura*, con lo cual el desastre es completo. Desde aquel instante ve en todo hombre que piensa, bien un loco, bien un charlatán, y en la lógica una acabada sofistería.

2. De un modo harto claro vemos que esto, además de ser indigno del hombre, constituye también su desgracia. El mal se halla, en que, merced á la tiranía que ejerce la enseñanza oficial, no es fácil poner remedio á este estado de cosas, porque mientras el espíritu es aún susceptible de cultura, está sometido al yugo oficial que lo sujeta á la gran maquinaria, y cuando se presenta una escuela ó una ocasión de emprender un sistema educativo distinto, se levantan todos los poderes del mundo, unidos á los prejuicios generales, para oponerse á semejante empresa, ya con amenazas y prohibiciones, ya con la burla y las falsas descripciones de la misma.

3. Tal como están las cosas hoy en día, sólo podemos aconsejar á los que deseen aprender á pensar que se ayuden como puedan; que adquieran cierta independencia con relación á los libros, sin renunciar á ellos por completo; que no estimen todo lo que les han metido en la cabeza como el *summum* de la ciencia, sino únicamente aquello que comprendan y puedan asimilarse; que no juren ni perjuren sobre lo que oyen, ni se sometan al yugo de la opinión pública, sin despreciar por eso la autoridad, ni halagar el espíritu de la crítica esteril. Si pueden llegar á encontrar un hombre que les haga sostenerse por sí mismos, no deben rehuir sacrificio alguno para merecer tan señalado favor. Si no tienen la suerte de hallarle, que se examinen y aprendan por sí mismos humillándose ante los ojos de Dios, convencidos de que hay que asegurarse el pensar y el saber por el propio esfuerzo, y que Dios no niega su luz al que tiene el deseo y el tesón inquebrantable de hallar la verdad y de seguir á su conciencia en todas las circuns-

tancias de la vida y aun á costa de los mayores sacrificios.

III. El arte de leer.—1. ¿El arte de leer? preguntará el lector algo sorprendido; es un epígrafe muy á propósito para despertar la curiosidad ó para dar ocasión á un chiste huero.

Mal me entiendes, lector, si calificas así mi epígrafe.

El leer es un arte, y un arte muy serio, tan serio que me atrevería á afirmar: dime lo que lees y te diré lo que eres.

No pretendo sostener que el carácter de un hombre dependa únicamente de la lectura, pues más bien suele ésta guiarse por el carácter; sólo declaro rotundamente que la lectura y la cultura del carácter están estrechamente unidas entre sí.

2. Á nadie que observe la manera que tiene la gente de leer debiera sorprenderle de que la mayoría de los ilustrados sea tan poco independiente, tan voluble y floja de carácter, tan incapaz de pensar por sí misma, ni que se halle tan sumisa al juicio de los demás.

¿Cómo podría ocurrir lo contrario? Al hombre moderno no le es dado tener un juicio propio, porque se incapacitaría para formar en un partido, y el que no es miembro de un partido está en la misma y triste condición que el indo que no pertenece á casta alguna. Además, el órgano del partido ya se encarga de suministrarle la opinión que necesita; el tal órgano es

«Una pequeña máquina de pensar, un *dianoeticón* que puede llevarse en el bolsillo como un reloj, y darle cuerda para que resuelva cualquier problema del pensamiento». (Hamerling).

Es decir, que antes de saber lo que piensa su periódico, no tiene nada que pensar, y, después de leído, tampoco piensa gran cosa, porque sólo repite lo que le han dicho.

Todo esto es malo, pésimo, pero aún se agrava la situación cuando el hombre se entera con dolorosa sorpresa de la indignidad de su papel de lorito y busca la independen-

cia leyendo otros periódicos de partido. Falto de sólidas convicciones independientes, se asimila todo lo que lee á manera del canalón que recoge todas las aguas de un tejado.

El resultado de esto es que cada cinco minutos varíe de opinión ó que rechace todas las verdades, y se figure más grande cuanto mayor desprecio le inspiren las opiniones de los demás.

No es difícil comprender lo que ha de perjudicar al carácter la lectura de los periódicos, y, por desgracia, puede decirse en cierto modo la lectura de los libros. Pero ¿quién puede calcular los libros que lee el público? No hablamos de un libro serio; esa lectura está descartada por completo. Pero, aun las obras populares, las revistas y folletines, ¿se leen mucho? No, la mayoría se contenta con mirar los grabados, con buscar la explicación de los mismos, con hojear vagamente para ver como acaba la historia... y basta. Es decir que hasta en esto se echa de ver la superficialidad, la incoherencia y la medianía de nuestra cultura intelectual y el fruto que produce, ó sea, nuestro carácter.

«De todos los manjares, un bocado; de todas las bebidas, un sorbo, y la ciencia y la conciencia ahogadas por el peso del estómago».

3. Vemos, pues, que el arte de leer necesita una reforma completa.

Empecemos por decir que nuestra generación lee demasiado, ó mejor dicho, lee muchas cosas demasiado distintas. No obstante, hay que convenir en que, á pesar de este exceso de lectura, se lee poco. Léase menos, pero bien; he aquí la máxima con que debieran encabezar su programa educativo todos los maestros, los padres y educadores del pueblo.

Luego, deben recomendar á esos espíritus voraces de lectura que lean con formalidad, pues ese hojear, espigar y saltar por los libros es el origen de aquel defecto de carácter á que ahora dan el extraño nombre de «vivir á sal-

tos», pero que antiguamente se denominaba volubilidad, superficialidad é inconstancia. Este mal se desarraiga obligando á los alumnos á leer despacio, con orden y constancia, hasta que terminen el libro que tienen entre manos. Excelente medida para dar al carácter constancia y fortaleza, pues ya decían los antiguos: «Me inspira respeto el lector de una sola y misma obra».

Además, deben los maestros disponer la lectura de modo que aumente en el espíritu la claridad de los principios y la firmeza de las convicciones, pues sólo con esta base puede prosperar la formación de un carácter sano y robusto. Para conseguir esto no hay mejor medio que el leer bien. En vez de consentir que el espíritu devore con ansiedad y rapidez, sin juicio ni selección, todo lo que se le pone por delante, hay que enseñarle, en primer término, á examinar cuidadosamente y con perfecto dominio de sí mismo las palabras que debe aprender. Por eso debiera leerse con la pluma en la mano, no para copiar lo leído mecánicamente, sino, desde luego, para comprobar y ordenar; después, para darse perfecta cuenta de la verdad y de la razón de las cosas, y por último, para hallar por sí mismo y con la claridad suficiente el fundamento de todo lo que se lee.

4. De este modo se convierte la lectura en medio excelente para la formación del estilo y de la lógica; y, lo que vale más, en importante factor para la educación del espíritu y del carácter.

IV. El arte del estilo.—1. La *Revue des Revues* dirigió en 1898 una invitación á los escritores más eminentes de Francia para que dieran su opinión sobre si existe realmente un espíritu francés característico en la literatura, y, de haberlo, en qué consiste.

El que conoce la opinión pública de Francia ya sabía anticipadamente la contestación de los escritores: «Sí—dijeron todos á coro,—hay un espíritu peculiar de los franceses que sólo éstos poseen, el cual se llama claridad, transparencia, orden y regularidad».

Todos los métodos de enseñanza del estilo en las escuelas francesas siguen este principio como dogma inatacable; tal es también el pensamiento que forma la base de todas las obras francesas sobre la historia de la literatura y por el cual se rige la educación de la juventud en las escuelas nacionales. Lo que más sonroja al extranjero en Francia es la frase siguiente, que se repite á los niños cada vez que ejecutan un trabajo escrito: «El hombre que no sabe expresarse con claridad y energía no será nunca buen francés».

2. No es posible negar que también hay en esto su poquito de exageración y gran parte de vanidad nacional; pues, primeramente, también en Francia hay embrollones que saben enrevesar lo más comprensible y desbaratar lo que Dios y la razón han ordenado y dispuesto sabiamente; y formando contraste con ellos, hidrocéfalos que deben la claridad de que alardean á su superficialidad y á su vaciedad. Es de esperar que tampoco falten franceses que declaren injusto lo que dice uno de sus libros didácticos, á saber, que no hay un solo libro alemán ó inglés, en prosa, que sea sistemático y ordenado, pues á todos les falta unidad, orden y claridad, siendo comparables á esas linternas sordas de luces inseguras y variables.

Por otra parte, hacen mal los franceses en atribuir en absoluto la precisión y transparencia de sus pensamientos y el orden de su exposición al carácter nacional francés, ya que olvidan que tuvieron la suerte de que la escolástica conservase y elevase en su país á su mayor grado de perfección las antedichas cualidades. Claro que también esto es un mérito de Francia, que goza con razón de los beneficios que su hospitalidad le ha proporcionado, pero aún mayor honor cabe á la escolástica, que pagó el hospedaje con tan precioso don.

3. Hay que reconocer que, en este punto, la literatura francesa lleva gran ventaja á todas las demás literaturas modernas, y que ninguna de éstas ha hecho la menor tentativa por ponerse á su nivel.

El autor inglés cifra su orgullo en hacinar los hechos según le vienen á la pluma, y en excitar por medio de expresiones técnicas y ocurrencias extrañas, no la admiración del lector, que para eso es demasiado soberbio, sino su asombro y estupefacción.

Los alemanes, en cambio, ponen el mérito principal en la ciencia, que es generalmente lo único que aprecian, y se cuidan tan poco de la forma externa como de la acción. Cuando el alemán escribe un libro, le importa únicamente lo que hay debajo de la línea; allí mete todo lo que ha leído, como quien llena, hasta rebosar, un cesto de papeles. Lo que queda por encima de la línea ni siquiera lo lee el honrado sabio. Por eso trata el texto con gran indiferencia, y sólo da valor á la forma cuando tiene motivos para ocultar su verdadera opinión; es decir, cuando desea disimular la libertad del pensamiento y otras ideas peligrosas. Es natural que con estas triquiñuelas quede perjudicada la claridad de la expresión, y se comprende fácilmente que nuestros vecinos de allende el Rhin echen en cara á los alemanes modernos sus nebulosidades y su falta de claridad. ¡Qué diferencia tan grande hay en el modo de escribir actual y el de los alemanes de la Edad Media!

4. La causa principal de esta decadencia del estilo está en la moderna vaguedad del pensamiento, y es natural que ésta, en cambio, halle su castigo en la libertad excesiva de la expresión. La falta de precisión en el pensar engendra la confusión en el decir; la fraseología tornasolada confunde el espíritu hasta el punto de engañarse y engendrar ideas defectuosas. El «pensar por propia cuenta y riesgo», en lo cual fué tan gran maestro Nietzsche, y el estilo *de salto mortal*, ideal de los escritores modernos, destruyen el espíritu y el carácter de nuestra generación hasta en su propia esencia.

5. De aquí que podamos dirigir á nuestra literatura, especialmente á la científica, el saludo siguiente:

«Bien venido, suave crepúsculo». (Goethe).

Natural es que, en vista de semejante estado del espíri-

tu, sea cada vez mayor la repugnancia que se siente por el latín con su estructura férrea, y por la escolástica, doncella valerosa á quien no temen en balde, pues es estilista y gasta coraza de lógica y armadura de corte agudo.

Y luego se quejan de la falta de inteligencia en las interpretaciones erróneas y de la mala voluntad de los adversarios, cuando debieran saber que

«Al que se confiesa en enigmas, se le absuelve en enigmas». (Shakespeare).

6. Para acabar con este mal hay que unir muchas cosas; pero también debe contribuir á ello el perfeccionamiento de nuestro estilo.

El estilo es una manifestación del estado interior del espíritu, á la vez que el medio para someter éste á la disciplina y al orden. El que piensa con naturalidad, claridad y orden, escribe con estilo transparente, comprensible y lógico. El que quiera hablar y escribir con energía, vigor y claridad, debe comenzar indefectiblemente por salir de la vaguedad y de la anemia del pensamiento, y, por lo tanto, de esa indiferencia del espíritu que nos hemos acostumbrado á considerar como distinguida y elegante. En ambas direcciones, ora hacia dentro, ora hacia fuera, sólo una guerra continua contra nuestra inconstancia, molicie y oscuridad puede ayudarnos á vencer ese carácter que desgraciadamente tanto nos halaga, así como ese modo de pensar estúpido que se empeña en ver en el color sano y en una constitución robusta la ordinariez y la vulgaridad; por lo cual, ó bien se cree víctima de padecimientos imaginarios, ó bien cultiva y desarrolla sus males histéricos, en la creencia de que un estado delicado perenne es el *non plus ultra* de la finura y de la distinción, y el que presta al paciente cierto aire interesante.

No en valde comparamos esta empresa á una guerra, pues no es posible ejecutar nada sino á fuerza de austeridad y de violencia de uno mismo, ni siquiera la depuración de nuestro estilo. Sólo con la ayuda de tres virtudes llegaremos á perfeccionarlo; tales son: severidad incondi-

cional para nuestra negligencia, vigilancia constante sobre nosotros mismos y disposición y habilidad para imitar los buenos ejemplos y aceptar con gratitud toda corrección y toda reprimenda.

Si nuestra educación hubiera sido dirigida en la indicada forma, en lugar de darnos vaguedad de espíritu y flojedad de corazón, hubiera podido ser el primer guía para la formación de un buen estilo y un medio de virtud. Pero ya que la escuela ha descuidado este punto, sólo nos resta extender hasta él la empresa de nuestra propia y personal educación.

V. El arte de hablar.—1. Se oye decir á menudo que va desapareciendo el arte de hablar. En Francia, país que en otros tiempos se lisonjeaba de poseer el don de la conversación, es cada día mayor el número de los que afirman que hasta va desapareciendo aquel arte.

Prescindamos de la oratoria pública, aunque no ha habido nunca época más propicia que la actual para que los hombres capaces puedan convertirse en oradores. Á pesar de esto, de tal modo va decayendo la elocuencia, que causa espanto observar la gran escasez de ideas, de lógica, de gramática, de gusto y hasta de decencia que ofrecen los discursos. Compréndese así la extraña afirmación de Willy Pastor de que la palabra humana ha llegado á su fin y hay que sustituirla por una nueva invención.

2. Es, por lo tanto, oportuno conocer la causa de esta decadencia.

La explicación es muy sencilla. Hoy no pueden sentarse juntos dos hombres sin que aparezca entre ambos, como medio de unión ó de defensa, el vaso rebosante. Pero

«allí donde el vino envía á sus adeptos desde la mesa al lecho, el genio del mal humor huye á ocultarse en los rincones».

Sin embargo, la verdadera causa es todavía más honda.

3. Lo que en primer lugar da importancia á la frase no es la forma exterior, sino su valor interior.

La falta de ingenio no puede ser sustituída ni por la

elocuencia, ni por el chiste. La causa de que la actual oratoria pública sea tan huera, y tan insípida la conversación, consiste en que adolece de escasez de materia nutricia, como el agua tibia. Los jóvenes empiezan á hablar en público sin instrucción suficiente, y los viejos tratan de superar á éstos en el trato social con sus bufonerías. No faltará quien me conteste que no es preciso que la conversación brille por las discusiones científicas, ni sea una exhibición de ciencia, puesto que sólo ha de servir de recreo. Conformes, pero se me ha de permitir observar que no considero recreo las tonterías, las anécdotas interminables, los juegos de palabras y los chismes sobre las debilidades del prójimo, la política ó la moda; al contrario, lo que esto hace es cansar y aburrir el ánimo.

Un espíritu vigoroso, después de un trabajo serio, se rehace para la nueva tarea con otro trabajo serio.

Por eso aconsejo á todo hombre ilustrado que, además del trabajo que le proporciona su profesión, se dedique á otro objeto importante y de interés y cultura generales, sobre el cual pueda hablar luego con conocimiento de causa. Esto se impone como una necesidad siempre en aumento, tanto más cuanto que la llamada división del trabajo y el exclusivismo de las especialidades privan al hombre de todo punto de relación y socialidad.

4. En segundo término, contribuye al arte de hablar la facilidad de la representación, ó sea, el idioma. En la lengua es donde más se manifiesta la indisciplina y la deformidad del espíritu moderno. Especialmente los alemanes proceden en la conversación como si no existieran leyes gramaticales ni sintaxis; nuestra conversación consta de palabras que en parte son alemanas y en parte barbarismos; de palabras recortadas y expresadas trabajosamente sin orden ni concierto. Si la exposición escrita parece estar en guerra abierta con todas las reglas del estilo, la lengua, en cambio, las considera como no existentes. Y la mayoría se disculpa diciendo que nadie les ha hecho ver la falta en que incurrían, descuido gravísimo de los que tienen obli-

gación de enseñar el arte de pensar, de escribir y hablar con propiedad. Sin embargo, todos debieran poseer cierto sentimiento de la cadencia y del buen gusto, ciertas ansias de ennoblecer el espíritu y de adquirir la armonía del hombre completo, que impulsan á perfeccionar lo interior, á dominar lo exterior y, sobre todo, á disciplinar la lengua.

5. Con esto queda indicado ya un tercer factor del arte de hablar; tal es el gran número de cualidades morales que pueden reducirse á dos palabras: dominio de sí mismo y autodisciplina. Ambas cualidades deben exigirse á todo el mundo, pues si no todos saben hablar de cosas grandes y elevadas, en cambio están á su alcance las cosas dignas y buenas; y si realmente ni á éstas llegan, que renuncien al uso de la palabra. La cualidad de la elocuencia y la belleza en la exposición tampoco es don universal, pero á todo hombre sano de espíritu debe suponérsele la energía intelectual, la actividad moral y el dominio de sí mismo, que se manifiestan en un lenguaje ordenado y sensato.

6. Si hemos de juzgar á la gente por lo que habla y empleando el rasero indicado, será difícil que el juicio resulte favorable, por muy grande que sea nuestra indulgencia.

Hay orador que empieza seis ó siete veces una oración, uniendo los sonidos más insípidos por medio de una serie de pausas, puntos suspensivos y angustiosas exclamaciones, manteniendo así pendientes de sus labios y en penosa expectación á todos sus oyentes, los cuales no logran adivinar lo que les quiere decir; pero, no contento con esto, interrumpe aún la frase comenzada dos ó tres veces, intercalando en el desventurado concepto un diálogo con la persona que tiene más próxima, con lo cual hace interminable su perorata, si es que ésta tiene fin alguna vez; pues si bien da principio á una frase, toca á los demás descifrar el resto de la misma; lo único que el hombre ha sacado de la gramática es la habilidad de formar anacolutas. [1] Á esto

(1) Figura retórica que consiste en emplear un relativo sin su antecedente, ó en comenzar por una construcción y terminar por otra distinta. (Nota del Traductor).

hay que añadir que, para dar tiempo á que los oyentes adivinen sus enigmas, repite lo dicho, á empellones, tres ó cuatro veces seguidas, ya textualmente, ya con un derroche asombroso de términos y expresiones de igual significación.

El procedimiento que emplea consigo mismo suele usarlo también con los demás. No hay quien pueda formular un concepto en su presencia sin verse interrumpido mil veces por ese jurado enemigo de toda idea conexa; su especialidad está en desconcertar al orador más imperturbable.

Verdad es que nuestro hablador deslavazado sólo conserva la ilación de su discurso cuando entra en la pendiente de los chistes burdos, por donde los hombres serios le contemplan deslizarse, como la plomada, con rapidez vertiginosa, como si se tratase de sondeos profundos, y desarrollar una vivacidad que les hace exclamar con Patroclo.

«¡Maravilla la ligereza de ese hombre! ¡Con qué facilidad se hunde!» (Ilíada).

Sin embargo, el interesado, no se da cuenta de nada. Sólo habla con reflexión y sentido, cuando, empleando el secreteo y las expresiones veladas, trata de humillar á los demás y de elevarse á sí mismo, ó cuando, á fuerza de preguntas satíricas, interrupciones dudosas y punzadas de censura quiere hacer sentir á su interlocutor la poca importancia que le concede.

Á nadie se le ocultará que estas ó parecidas faltas contra el arte del buen decir son desahogos de un interior abandonado, y que sólo pueden repararse por una purificación moral.

Se acostumbra explicar las abstracciones y, por consiguiente, las equivocaciones características de los sabios, como un exceso de actividad intelectual; pero sin razón, pues yo las tengo por una debilidad moral semejante á la falta de atención en los niños.

También las enigmáticas enfermedades de la vida psí-

quica que tanto preocupan é interesan á la psicología moderna, tales como la división del *yo*, el doble yo, el extrañamiento y la llamada confiscación de la personalidad, la falta de defensa contra el hipnotismo y la sugestión, son simplemente histerismo, es decir, la mayoría de las veces consecuencia natural del abandono de la voluntad y de la imaginación, que sólo pueden curarse recobrando el hombre todo el imperio sobre sí mismo, tanto el moral como el físico.

Limitándonos ahora al lenguaje, diremos que nadie aprenderá á hablar correctamente si no se esfuerza por pensar bien, por tener voluntad firme y ser hombre completo. ¿Cómo ha de haber conexión en el modo de hablar del que piensa desordenadamente? ¿Y cómo ha de llegar á saber hablar si no se esfuerza por vivir con recogimiento interior y exterior, por dominar sus pensamientos, por vencer las distracciones y por poner freno á su fantasía y á sus sentidos?

¿Cómo ha de resistir un hombre á la tentación de interrumpir á cada momento el curso de su propia conversación y el de la de los demás, si no se obliga á disciplinar sus ojos para que no le arrastren fuera del círculo en que se mueve, á vencer su volubilidad y á renunciar á sus aficiones, mientras el deber le ordene continuar la tarea empezada, á pesar de toda la repugnancia que le inspire, de todas las seducciones y del cansancio que le cause?

¿Cómo resistir la inclinación de escucharse únicamente á sí mismo? ¿Cómo renunciar al placer de hablar exclusivamente de su propia persona y de los asuntos que le interesan individualmente, de los que dan lustre á la propia personalidad, de los que ponen en evidencia la ignorancia de los demás, en lugar de atender caritativamente á los intereses extraños que no tienen nada de atractivo, si no se posee fuerte dosis de abnegación y de olvido de sí mismo en favor del prójimo?

8. Pero todo esto resulta ya un programa de ascetismo y de vida espiritual que debiera uno haber estudiado

y practicado antes de atreverse á iniciar una conversación.

Pues ¡claro que sí! Esto es, precisamente, lo que me proponía decir.

Para poseer el arte del bien hablar se necesita mucha disciplina del espíritu, mucho dominio de la voluntad, mucha fuerza de carácter, sin contar con que es preciso, además, luchar constantemente contra las malas costumbres, tener gran respeto y caridad con el prójimo y hacer completa abstracción de la propia personalidad.

En cambio, se siente uno arrastrado al ejercicio del ascetismo cristiano, como si se tratara de satisfacer una necesidad moral, cuando practica el arte de hablar en espíritu cristiano, es decir, con la intención de perfeccionarse á sí mismo por amor á Dios.

«Para los que aman á Dios todas las cosas son buenas». (Rom., VIII, 28). Hasta el hablar resulta, para el que lo hace por amor á Dios, un medio de virtud y aun una virtud efectiva y sobrenatural.

VI. El arte de callar.—1. El arte de callar no es menos difícil que el de hablar.

Hay silencio que ofende y humilla más que el discurso más despótico, y hay silencio que reprende con más severidad y castiga con más energía, que todas las frases de censura.

«Hasta el callar tiene su lenguaje, sus súplicas y sus venganzas». (Tasso).

Por eso hay que aprender á callar como hay que saber hablar. Sólo puede llamarse maestro en este arte el que sabe cuándo ha de hablar y cuándo debe callar. El callar siempre, no es arte, porque eso también lo hacen las piedras; pero la mayor de las ciencias es saber discernir cuándo el hablar es plata y cuándo el callar es oro.

2. Sólo hay un caso en que el guardar silencio, cualesquiera que sean las circunstancias, se impone como un deber, y un deber de gran peso: cuando se trata de conservar un secreto natural ó que nos ha sido confiado por otro.

Este género de silencio ha venido tan á menos, que ya apenas nos damos cuenta del mal que producimos cuando tratamos con tanta ligereza la propiedad exclusiva de la conciencia ajena.

Este reproche lo merece, por lo regular, todo aquel que quebranta el secreto ajeno. No es que nos impulse á la indiscreción el deseo de perjudicar ó molestar al prójimo; lo que nos importa es dar pasto á nuestra locuacidad y á nuestra temeridad, y, al mismo tiempo, satisfacer nuestra vanidad, haciendo ver que para nosotros no hay nada oculto, sin acordarnos siquiera de que las consecuencias ha de pagarlas el prójimo; prueba evidente de la facilidad y ligereza con que el egoísmo sacrifica la honra y los derechos ajenos con tal de procurarse la satisfacción más mezquina.

3. Esto nos demuestra claramente que nadie puede poseer la ciencia del callar si no es por completo dueño de sí mismo.

Es muy fácil decir que para saber callar con oportunidad se necesitan tres cosas: precaución, consideración y circunspección. Pero nadie se fija en que la adquisición de estas tres cualidades es mucho más difícil que el mismo silencio. Creo más sencillo y hacedero el consejo siguiente: En el arte de callar se hará tantos progresos como pasos de avance se dé en la lucha contra el amor propio y en el dominio de sí mismo.

VII. El arte de tener voluntad.—Si la posesión de brillantes dotes intelectuales y la capacidad de emplearlas pudieran hacer al hombre sano y fuerte, sería cuestión de buscar los representantes más conspicuos y eminentes de nuestra especie entre los sabios y escritores.

Pero eso no se le ocurrirá á nadie que tenga dos dedos de frente; al contrario, todos sabemos que precisamente en dichos círculos es en donde más abunda la caricatura humana, empezando por el bufón de corte Gundling y los endiosados por sí mismos, que han llegado así al borde de la locura, tales como Bilderdijk, Schopenhauer y Landor, y

acabando por los homicidas Lacenaire, Almquist y Madame Lafargue.

2. Estos tristes ejemplos nos prueban de un modo palpable que, cuando se carece de la cultura de la voluntad y de la del corazón, toda formación intelectual convierte al hombre en un ser incompleto, deficiente, de ideas exclusivistas. Como los hombres de ciencia y los literatos rara vez quieren darse cuenta de esto, sólo deben achacarse á sí mismos, el que hombres de mundo como Bolingbroke los llame *gens ratione furens*, ó sea casta especial que tiene el privilegio de volverse loca merced al abuso que hace de su entendimiento.

Todos adolecen de un defecto de que carece el hombre inculto:

«Cada cual sabe cómo debiera hacerlo, y ninguno acierta á ponerlo por obra». (Grillparzer).

La causa está en que han descuidado el desenvolvimiento de la voluntad, que han pasado por alto dos grandes verdades, á saber, que el conocimiento arrastra consigo la obligación del querer y del obrar, y que el verdadero conocimiento depende de la voluntad verdadera.

Cuando aun así piensan en la voluntad, es para rehacer lo olvidado, como Schopenhauer, poniendo en frente de la cabeza repleta de sí misma, una voluntad ciega y amarga, no como medio de equilibrio que la sostenga, sino como un déspota que la domine.

De todo esto resultan hombres como Sigfrido, de quien dice la leyenda:

«Por muchos discursos que se le dirigiesen, su dura voluntad permanecía inquebrantable». (Niebelungos).

Con un empleo tan equivocado de la voluntad, natural es que el hombre se convierta en ruinas.

Entregar á individuos semejantes la educación de la humanidad es realizar lo que decía Fedro, asombrado de ciertos médicos:

«Con valor temerario entrega el mundo su vida á quienes no confiaría el remiendo de un zapato».

3. Para lograr un equilibrio estable es preciso que, en toda formación se fije siempre la vista en el hombre completo, lo que ciertamente sólo puede conseguirse marchando unidos y á compás la voluntad y el pensamiento. Este último debe iluminar el camino á la voluntad, de modo que ésta siga á la inteligencia y contribuya á que el pensamiento conserve el dominio de lo interno. De lo contrario, la voluntad se restringe y queda rezagada.

Porque el resultado ordinario de una educación equivocada se reduce á lo siguiente: Aumento de ciencia, pero voluntad atrofiada como el órgano fuera de uso; con lo cual van apoderándose del alma poco á poco, como si fueran sus únicos señores y dueños, la fantasía, los caprichos y las pasiones indisciplinadas, quedando el entendimiento retraído y osificado, y el hombre interior paralizado por completo. He aquí en todo su apogeo el terrible cuadro que lamentamos, y que contemplamos llenos de extrañeza, con el nombre de histerismo.

4. Contra este mal no hay otro remedio que empeñarse en pensar con lucidez y en adquirir una voluntad firme, procurando que ambas cosas se apoyen mutuamente. Cuanto mejor cumpla el entendimiento su cometido, tanto más impulsará á la voluntad á desempeñar el suyo. Cuanto mayor sea la firmeza con que la voluntad sostenga las riendas, tanto mayor será la seguridad con que lleve el entendimiento á la seriedad, al orden y á la legalidad, sin las cuales es imposible pensar nada sano y conveniente. Cuanto más armónica sea la actividad de ambos, tanto mejor podrán dominar la imaginación y los caprichos y tanto mayor será el dominio que el hombre adquiera sobre sí.

5. De esto se deduce que lo mismo el entendimiento que la voluntad necesitan una disciplina y una ley concretas, pues han de guiarse mutuamente, aunque no pueden tener en sí mismos la norma suprema: ésta han de buscarla fuera, sometiendo la voluntad á una dirección superior, es decir, obedeciendo á una autoridad, y merced á

una íntima sujeción del espíritu á esa verdad altísima que no admite imposiciones ni regateos, en otros términos, á la fe; y, ambas, en favor de la conciencia.

6. Decimos «en favor de la conciencia», porque ni la voluntad ni el entendimiento hallarán estos remedios fáciles de soportar sin esa limitación de la propia personalidad que los cristianos llaman humildad y dominio y violencia de sí mismos.

Sin el abandono absoluto de la propia individualidad en favor de la conciencia, no es posible la cultura de la voluntad, sino á lo sumo el servilismo ó la esclavitud militarista; sin violentarse, no alcanzará el espíritu la sumisión interior del corazón á la verdad, ni, por lo tanto, logrará una norma segura para la voluntad.

7. ¡Y aun hay quien se atreve á decir que las teorías cristianas son vacuidades externas, á lo sumo propias para la infancia! En efecto, nuestra escuela es buena para los niños: en ella aprenden desde los primeros días á pensar rectamente y á tener voluntad firme para el bien, pero también conviene á los mayores y á los fuertes, que necesitan mucho tiempo de estudio hasta llegar á poseer el arte más difícil de todos: el de querer el bien con tesón.

VIII. El arte de la variedad y extensión de conocimientos.—1. Cuanto más la ciencia moderna procura poner toda su energía en el exclusivismo, ó, empleando el lenguaje de los sabios, en la especialidad, tanto más se impone la obligación de dar la voz de alerta á los que pretenden adoptar esa máxima para su vida futura.

Es cosa sabida que conviene cierta limitación á los intereses de la ciencia, pero sobre si hay más ventajas que perjuicios en esa labor mezquina, por no decir afeminado tráfico por menor, que se ha puesto de moda ahora, es cuestión difícil de resolver. Además, aquí no escribimos para los sabios.

Hay un punto que no admite discusión y que se reduce á lo siguiente: en la vida pública es insoportable todo exclusivismo. ¿Quién no ha compadecido alguna vez

á esos especialistas de la práctica, semejantes á muñecos de madera, ó á esos payasos articulados, amanerados y ridículos, que sólo muestran interés por las diversiones, el café y la ópera, y cuya conversación se reduce á hablar de su digestión, de la cerveza de moda y los balnearios? La mayoría repite la máxima de Rückert:

«No quiero al hombre perfecto, austero y santo, pues resulta incómodo y aburrido; lo prefiero exclusivista, natural y limitado; pero no exagerado, enfermizo, valetudinario ó dislocado».

En realidad, casi todos lamentan ese exclusivismo moral, que acaba por convertir en verdadera caricatura y aun en momia á quien no trabaja con constancia por desarrollar el hombre completo, lo mismo en su pensar y querer que en su sentir y obrar, es decir, en su exterior como en su interior.

2. El Apóstol exige, por lo mismo, que estemos siempre dispuestos á toda obra buena (Tit. III, § 1).

No nos exige la buena obra en sí misma, sino que nos hallemos dispuestos á todo lo bueno, y, en cuanto de nosotros dependa, á la adquisición de la capacidad necesaria para la ejecución del bien. No se trata, pues, de esa universalidad de los terribles *sábelotodo*, que

«Representando siempre el papel de peritos, y solucionando todos los enigmas, describen las batallas como si hubiesen sido testigos presenciales, y acaban de leerlas en el diario de la víspera». (Corneille).

Aquí nos referimos solamente á esa importante máxima de la virtud que dice: «Cuando uno practica una obra buena con la sola intención de servir á Dios y arraigar el amor que le tiene, si no aumenta en todas las obras buenas, al menos acrecienta su capacidad para todas las demás virtudes».

3. Así vemos que aun en el terreno moral es preciso, ante todo, adquirir cierta pericia. Y, en efecto, todos los maestros de la vida espiritual aconsejan al que quiere progresar en el camino de la virtud, no hacer diversos ejerci-

cios á la vez, sino trabajar con perseverancia en la supresión de un solo defecto ó en la adquisición de una sola virtud, hasta lograr un éxito completo.

Luego—dicen,—debe variarse el trabajo espiritual para no originar el cansancio y el marasmo que trae consigo el hábito de lo cotidiano, y que acaban por no surtir efecto alguno. Es sabido que el simple paso de un objeto á otro reaniman el vigor intelectual y la actividad de la voluntad. Mucho nos costará echar abajo un árbol si lo atacamos por uno solo de sus lados; pero hiriéndolo también por los otros, no tardaremos en verlo por tierra. El progreso en el bien será mucho más seguro no practicando siempre el mismo ejercicio, sino dedicándonos á su debido tiempo á otro distinto. Si obramos así, no por volubilidad ó inconstancia, sino con la sana intención de recobrar las fuerzas, aumentaremos el espíritu de penitencia y el anhelo de mayor grado de virtud y de amor á Dios, y con ello, la disposición y la fuerza de alma necesarias para toda buena acción. Esto mismo servirá indudablemente para perfeccionar de un modo regular y armónico el ser humano.

5. En la misma forma debiera disponerse toda la actividad del hombre, incluso la científica. El sistema inhumano del trabajo continuo y siempre igual, que embota al trabajador hasta convertirle en máquina, no debiera hallar refugio en el mundo de los sabios, ya que en el círculo comercial y fabril se ha logrado, á Dios gracias, suavizarlo en parte.

6. Que nadie diga que esto puede conducir á la superficialidad, al polihistorismo, á los cuales conduce mucho más directa y seguramente la imperante minuciosidad. Pues como el sabio tiene forzosamente que tratar con sus semejantes, su exclusivismo le obliga á llenar las grandes lagunas de la ilustración general por medio de esos conocimientos enciclopédicos que son la maldición de la sociedad actual y que es el polihistorismo en su peor aspecto.

No, un hombre de conocimientos extensos, un pensador

concienzudo y vario, no necesita ser, en modo alguno, un polihistórico.

En efecto, cuando en una cabeza formada, ó mejor, deformada por las máximas del positivismo, se amontonan los conocimientos á manera de granos de arena alineados, ó como las hojas de un catálogo, ó apisonados como los papeles en un cesto, ya no hay que pedir más: ya tenemos el polihistórico hecho y derecho, aunque en su vida sólo se haya ocupado en el estudio de las talofitas ó de las preposiciones griegas; y lo será tanto más cuanto que con mayor interés se circunscriba á una especialidad.

«¡Ay! Si dependiera de los años, ¡cuántos que de día en día, á medida que más investigan y preguntan, son más ciegos, se tornarían en avisados y prudentes!»

7. Pero cuando predomina en el espíritu un modo de ver unificado, ó mejor dicho, una filosofía sana; cuando todos los conocimientos se dedican al servicio de la ciencia suprema y del objeto único de la vida, nunca se sabe demasiado. Al contrario, llegará á pensarse con tanta mayor unidad cuanto que más contribuyan los diferentes conocimientos á apoyar las constantes ansias del espíritu hacia la finalidad suprema. Esto ocurrió con Leibnitz, que era la pluralidad personificada, y que, sin embargo, no tenía nada de polihistórico.

Aun hay otro medio de evitar el peligro de este error, y consiste en buscar el lazo que unifique el material almacenado en el espíritu, no sólo en la cabeza, sino en el corazón, en la vida psíquica, en el hombre completo y moral. Si la ciencia almacenada nos sirve para vigorizar los esfuerzos y el trabajo empleados en nuestra propia perfección y para aumentar nuestro amor á Dios, podemos estar seguros de que resultará un edificio tan completo y admirable como el que construyen las abejas con el jugo de las flores.

Que haya una buena educación filosófica, sentimientos religiosos que lo penetren todo y esfuerzos vigorosos en pro de nuestro perfeccionamiento psíquico y no llegarán á

perjudicarnos ni la universalidad de todos los conocimientos, ni la extensión de todas las ciencias.

IX. La educación de los genios.—Se dice que no es posible tratar á los hombres de genio como á la obra de fábrica de la naturaleza, esto es, á la generalidad de los mortales. Claro que no, porque es de obligación el exigir á las naturalezas artísticas más seriedad, más abnegación y más sacrificios que á las demás, por lo mismo que comprenden mejor y pueden más que los otros. Si no hemos de esperar de ellas el mayor grado de virtud, de perfección y santidad, ¿de quién podríamos exigirlo?

2. Á los simples mortales hay que tolerarles muchas debilidades espirituales, muchas distracciones, descuidos, omisiones é inconsecuencias, además de escasa reflexión, porque sabemos que, aun con la mejor voluntad, no pueden dar más de sí. Pero ¿quién se atreverá á injuriar á un hombre de genio con disculpa semejante?

Con los alumnos de mediana capacidad hay que tener paciencia, puesto que el entendimiento es demasiado débil para hacer comprender á la voluntad sus deberes, ó la voluntad demasiado obtusa para seguir las buenas inspiraciones. El que quiera ser maestro, debe comprender, ante todo, que no puede haber seres completos mientras no esté en armonía el conocimiento de la verdad con la ejecución del bien.

4. Pero, entonces, ¿podrá el hombre de las cumbres pasar por alto las pequeñeces, indignas de su grandeza?

¡Qué pregunta! Extraño edificio será el que se construya sin tener en cuenta las llamadas «pequeñeces». El mísero que se construye su cabaña puede descuidar algunas reglas arquitectónicas; no por eso se vendrá abajo la choza. Pero ¿quién se atrevería á hacerse reo de semejante olvido al construir la torre de Ulm? Así, por ejemplo, sientan peor los crímenes de lesa gramática ó de lesa armonía al poeta ó al pianista negligentes, que á los simples aficionados á la poesía y á la música; los primeros han de pasar forzosamente por el bochorno de que la gente cali-

fique sus faltas de desórdenes geniales. Aunque se envanezcan del epíteto, hay que confesar que es vanidad de mendigo y orgullo tonto. Nuestra sabiduría, que siempre saca á colación la naturaleza, ¿por qué no dice aquí también que la naturaleza es tan magnífica en lo pequeño como en lo grande?

5. ¿Y la ley, la regla y el orden? ¿Ha de vestirse el genio con tan angostas camisas de fuerza?

¡Mísero genio es aquel á quien dichas condiciones primordiales de vigor y belleza parecen camisas de fuerza! No, no; poca confianza puede inspirar la genialidad del que no posea el orden y la regularidad como una segunda naturaleza; yo hasta pongo en duda su clara penetración. Ya lo dice el Apóstol: «Para el justo no ha sido dada la ley». (1 Tim. 1, 9). Yo digo lo mismo del genio, no porque no tenga ley que guardar, sino porque su propio honor hace suponer que ha de cumplirla, aunque no le hubiera sido impuesta.

6. Encuentro verdaderamente brutal el dicho, muy generalizado, de que se halla justificada en los genios la existencia de esos caprichos y exigencias que en los demás mortales llamaríamos groserías. Bien le damos al gato en las patas cuando saca las uñas, aunque por ello no peligra nuestra vida; pero ¿permitiríamos en el tigre idéntico capricho y desconsideración porque es de mayor tamaño que el gato? ¡Y, sin embargo, al llamado genio se le disculpa todo como una justificación de su genialidad, sólo porque son sus caprichos más locos y duelen más sus groserías que las de los demás débiles mortales!

7. Precisamente pertenecen á los seres más mezquinos aquellas grandes inteligencias que se creen con derecho á consideraciones extraordinarias por parte de todo el mundo y que, sin embargo, hacen pasar por las baquetas al desgraciado que no tuvo acierto en el empleo de una sílaba, ú omitió la más insignificante muestra de atención para con ellos. Un hombre verdaderamente importante muestra su grandeza en que ni siquiera se fija en tales mi-

serias; y un espíritu grande se da perfectamente cuenta de que se necesita poca fuerza para dejarse llevar y servir por los demás, pero gran superioridad y reflexión para llevar y servir á todos.

8. El medio más barato que hay (y el que tiene mayor número de aficionados) para adquirir fama de hombre genial es la extravagancia más exagerada y ridícula, la dejadez y el desorden exteriores. ¡Genialidad extraña, al alcance del niño que se cría en medio de la suciedad! ¡Genialidad extraña, la que deshace la niñera con el empleo del peine y el cepillo! ¿Será por ventura demasiado duro el juicio, si, al observar las extravagancias que á ciertos hombres de talento inspira la vanidad, las calificamos de *tiña infantil* propia del hombre de genio?

9. Los artistas modernos se ahorran ahora el trabajo de dibujar pintando rostros azules como el añil y corderos amarillos como el azafrán, pues saben que en las exposiciones de arte han de reunir sus chabacanadas mayor número de admiradores que la Pinacoteca de Rafael, y que entre aquella muchedumbre no habrá una voz que se atreva á decirles que todo aquel fárrago viene á ser una tapadera de color de azafrán ó de índigo con que cubren su parálisis intelectual. Esperemos que de esos millares de hombres que ahora llaman geniales y á los que antiguamente se calificaba de ambiciosos, haya alguno que encuentre una persona recta que les haga ver, allá en el fondo de su casa, que no se necesitan grandes condiciones para producir sensación con un superhombre pintado de añil, ni para excitar el espanto en forma de fiera azafranada; pero que, en cambio, hacen falta muchísimas cosas para llegar á ser un hombre normal, ilustrado, ó, en otros términos, un hombre sencillo, natural y completo, que cumple con sus deberes, llena perfectamente el lugar que ocupa y es útil al prójimo, á quien sirve de ejemplo.

10. La puntualidad, el orden y la escrupulosidad es la cortesía de los grandes, la piedra de toque de su solidez y el signo indicador de su cultura.

11. En otros tiempos podía uno burlarse con ingenio de la supuesta intelectualidad, como lo hace Anita al decir:

«Las señoras parecían musas, y hasta los perros tenían aspecto de ingeniosos».

Hoy, que se ha convertido en verdadera epidemia el quijotismo intelectual y el preciosismo, nos acobarda el vernos en tan fantásticas fronteras. Y con razón. Sin duda sabríamos rechazar con expresivas frases al que nos obsequiara con un palacio en que los salones de recepción fueran magníficos y suntuosos, pero reducidas las habitaciones en que hubiésemos de vivir; que careciera de ventanas y puertas completas, de chimeneas adecuadas y en el que los techos no ofrecieran bastante seguridad. Pues por ahí verán los grandes talentos que renunciamos sin pesar á sus inmensos, pero tristes y solitarios espejos, con tal que nos hagan á los pequeños soportable la vida en común con la observancia escrupulosa de las minuciosidades y las pequeñeces.

12. Todo el esfuerzo que empleemos en adquirir la sabiduría y la ciencia de los santos; todo sacrificio que nos impongamos por imitar su pureza de corazón y sus virtudes, no es ciertamente obra sobrehumana, sino muy humana y verdaderamente genial.

CAPÍTULO VI

El arte de vivir con carácter

I. Necesidad del carácter.—1. Centenares de hombres ilustrados entienden por cultura, casi exclusivamente, el cuidarse bien las uñas, llevar guantes irreprochables y no comer con el cuchillo. Pero lo extraño del caso es que precisamente esos pobres de espíritu no llegan á comprender que hay algo más grande que la ilustración.

2. Se adiestra á los caballos y perros de caza, pero se ilustra á los hombres. No se perjudicaría nada á éstos que se los adiestrase de modo que pudieran competir ventajosamente con los animales, sólo que sería preciso añadir algo que los habilitara para vivir entre personas cultas. Pero ni aun esto bastaría: habría de ponerse al hombre en condiciones de vivir solo y de bastarse por sí, y esto únicamente puede concedérselo él á sí mismo haciéndose hombre, ó, mejor dicho, formándose un carácter.

3. Cuando sólo se educa la cabeza y se deja sin cultivo la voluntad y el corazón, el hombre acaba por deformarse enteramente y no le queda más recurso que quedar lisiado ó dividirse en trozos.

4. Hay hombres de gran fama, á los que no debe mirarse de cerca, so pena de verlos reducirse mucho en grandeza al mismo tiempo.

Cierto que hay que admirar su sabiduría, su habilidad y su experiencia; pero, si se aproxima uno mucho á ellos, se ve precisado á lamentar la debilidad, el encogimiento y la vacuidad de tales hombres, pues no parece sino que les falta la espina dorsal, ó sea el carácter y la médula; las necesarias cualidades morales.

5. Vergüenza debe inspirar la mujer que se complazca en el elogio de Pope:

«El encanto del tulipán consiste en la variedad de su abigarrado exterior. El adorno de la mujer, en los caprichos y juegos de su tierna debilidad».

Aun más vergonzoso es el privilegio que se concede con harta frecuencia á los artistas y á los sabios, cuando se dice que no hay que hacer caso de sus caprichos, pues eso da á entender que no se los debe tomar en serio, ó, al menos, que no puede suponerse que se presenten en otra forma más digna. En este punto debemos confesar que se ve mejor tratado el cristiano que pone en confusión al mundo, en cuanto éste observa en él una irregularidad un yerro ó un olvido. Prueba evidente de que lo considera como un carácter, como un ser en quien supone perfecta simetría y completo dominio de sí mismo.

6. La cabeza demasiado grande deforma tanto al hombre como la excesivamente pequeña. Un corazón demasiado desarrollado es tan peligroso como un corazón encogido. El hombre sano, hermoso y forzudo es sólo el que posee todas las partes de su cuerpo en perfecta simetría y desarrollo regular, sin que éste se haya verificado á costa de una sola de aquéllas ni del conjunto.

7. Un hombre completo es lo que en el dominio literario ó artístico se llama una obra clásica. Pues por la palabra clásico entendemos la unidad simétrica de todas las cualidades que corresponden á la esencia de una cosa. En punto á detalles, aventajarán millares de obras de arte á una obra clásica; los admiraremos, pero pronto nos convenceremos de que precisamente por su parcialidad no pueden á la larga satisfacernos. En cambio, lo clásico no ha desarrollado unas cualidades en perjuicio de las otras ó del conjunto, sino que todas han alcanzado su desenvolvimiento normal, siendo por lo mismo regulares, y si alguna aparece en forma más conspicua, todas mantienen entre sí relaciones de armonía y simetría. He aquí por qué satisface lo clásico tan por completo, mírese del lado que

se quiera, y por qué ofrece placer tan continuo en todo tiempo. El mismo efecto produce el detalle que el conjunto, ya sea en una obra de arte, ya en un carácter vivo.

El hombre de genio á quien no te cansas de alabar y de admirar por la mañana, te hastía por la noche. El héroe de santidad, que te amedrenta cuando te acercas á él, te infunde pavor por el mundo, si la muerte lo aleja de éste.

8. Las personas sabias rara vez gozan de aprecio y confianza, porque hay muy pocas que lleven su ciencia en el corazón; sólo es posible confiarse á un carácter, es decir, á un hombre cuya vida y cuyas obras den testimonio de que sabe lo que es justo.

9. Las que han estudiado algo no son de despreciar, y si lo saben hacer valer, tanto mejor. Pero sólo merecen confianza absoluta los que son algo por sí propios, ó sea, los que son dueños absolutos de sí mismos. Esto sólo se consigue por el dominio de sí propio, y éste á su vez se alcanza por la abnegación y por el fruto de ésta, que es la humildad.

10. Posible es soportar al individuo aislado, aunque carezca de carácter, pues se agarra uno á sus otras buenas cualidades. Pero es una desgracia terrible el que, por medio de una cultura falsa y una moralidad pública decadente, se haya destruído el carácter de todo un pueblo. Un pueblo debe ser, ante todo, algo sano y completo; pero si tiene pervertidas sus cualidades morales, de nada le sirve todo lo demás que de bueno y útil posea, ya que tanto su riqueza, su ciencia y su táctica militar como su poder y su energía se convierten en verdadera calamidad para él mismo y para el mundo entero.

II. El arte de formar el carácter.—Nadie podrá echar en cara á nuestro tiempo que no sabe apreciarse á sí mismo; pero por mucho que se jacte de sus grandes cualidades, no es posible afirmar que sea la nuestra una época de caracteres, ó que al menos posea el arte de formarlos.

Al contrario, nuestro tiempo exclama entre atónito y

airado: «¿Qué es eso de formar caracteres? ¿Es que no hay medio de extirpar la estúpida superstición, los sombríos tiempos del oscurantismo? Schopenhauer, Taine, Lombroso, sin olvidar á Spinoza y á Voltaire, nos han demostrado hasta la saciedad que nadie puede formar su carácter, sino que cada cual conserva invariables las disposiciones que tuvo al nacer. ¡Y aún te atreves á hablar de formación de carácter! ¿Es posible que la civilización de todo un siglo no haya dejado en ti rastro ni señal alguna?»

Á esto sólo cabe responder que los viejos tiempos del llamado oscurantismo nos han dejado, en efecto, los ejemplos más brillantes de una variación afortunadísima de carácter. ¡Con qué entusiasmo nos describe, por ejemplo, San Cipriano la transformación que se operó en toda su persona! «Cuando en tiempos de tinieblas me parecía difícil, y hasta imposible, despojarme del hombre viejo y variar de corazón y de espíritu,—dice el Santo—tuve el consuelo de experimentar en mi propio ser lo fácil que es, con la gracia de Dios, hacerse fuerte y ascender á la cumbre de la perfección».

Si los tiempos modernos no pueden presentarnos hechos análogos, debemos compadecerlos, tanto á ellos como á su cultura, pero no nos es posible hallar el progreso de que alardean.

No, no; mientras veneremos los cristianos á un Pablo, á una Magdalena, á un Agustín, nadie podrá privarnos de la convicción de que el carácter es capaz de ser ennoblecido. Y mientras escuchemos la voz de nuestra conciencia, sentiremos también en nuestro interior el deber ineludible de trabajar en el perfeccionamiento de la misma.

2. Hay algo que debemos forzosamente conceder á nuestro tiempo, y es que dificulta mucho la buena formación del carácter oponiendo á ella dificultades de dos clases, intelectuales y morales.

3. Las primeras proceden, en parte, de la falta de claridad, y, en parte, de la inconsistencia de los conceptos

que, lejos de ordenar, como debieran hacerlo, nuestra vida intelectual, la desorganizan.

Ya hemos hablado varias veces de la oscuridad que envuelve nuestro modo de pensar y de hablar, la cual es merecedora de nuestra censura más severa, y aun es poco para condenarla, pues es ya un verdadero crimen público en que toman parte millares de cómplices. En efecto, considero como un cómplice de ese crimen la llamada filosofía, que rechaza toda la lógica como una sofistería escolástica, que se burla de todas las fuerzas del alma, de la inteligencia y del libre albedrío como de una locura, y sólo deja en pie esa tendencia confusa hacia el sentimentalismo, que resulta un sistema para el verdadero reblandecimiento del cerebro, de la médula y del carácter.

Lo es también esa terrible ciencia de las religiones, verdadera escuela de la falta de pensamientos, por no decir de la falta de carácter, en materia religiosa; que habla de una religión sin Dios y sin culto, de una fe sin dogmas, de una Sagrada Escritura sin inspiración divina y sin Revelación, de una redención sin pecado y sin Redentor, de un Cristianismo sin Iglesia y de un Hijo de Dios sin divinidad.

Gracias al dominio que ejerce este juego de prestidigitación, ya empezamos á decir también nosotros que la conversión es simplemente la restitución de la propia dignidad cristiana, que el puesto de la fe debe ocuparlo la «libre intelectualidad» y que la sumisión á los mandamientos y «la esclavitud eclesiástica» deben ser sustituídas por la iniciativa de la «personalidad libre» y otras frasecitas semimundanas por el estilo.

Enlázase con esto de un modo tristísimo, la tan recomendada falta de tendencias en la literatura de entretenimiento, ó en otros términos, la afirmación rotunda de que el tener en cuenta una religión determinada ó un código de moral, es un obstácúlo para la belleza de la poesía y de la narración.

¡Y vuelta al engaño manifiesto, al «numen fresco y casto del arte», á la lucha con los restos harto escasos de la decencia pública, ó, como dicen ahora, de la mojigatería; en una palabra, á la recomendación de mantener una indiferencia bochornosa para con todo lo que significa pudor y decoro, allí, precisamente, donde el Evangelio amenaza con la rueda de molino y en donde habla del adulterio de los ojos!

¿Tenemos aún derecho á enfadarnos cuando vemos que el mundo mide lo bueno y lo malo con el mismo rasero, cuando presenciamos como Beranger y Walt Whitman ponen á la misma altura la bailarina que recrea al crapuloso y la hermana de la caridad; cuando oímos predicar á Addington Symonds, el profeta del paganismo moderno, la emancipación de la conciencia, «triste reliquia de una educación falsa»; cuando Nietzsche pretende conducirnos «al otro lado del bien y del mal»; cuando Rod. Hirschberg y Otón Spielberg atribuyen precisamente á la «moral del hombre libre» el «derecho de pecar?»

Y esto ¿no ha de adormecer el carácter y el espíritu hasta convertirlos en verdaderas marmotas?

4. Añadamos á lo dicho esa variación continua de impresiones y pensamientos, ó, como se dice ahora preferentemente, de corrientes espirituales. Durante unos cuantos lustros del siglo pasado, no había uno sólo de los que se llamaban ilustrados, que no armonizara con Hegel en aquello de la «inteligencia escueta y razonadora», con Schelling en lo de la «fantasía más desenfrenada», con Schleirmacher en lo del «sentimiento indefinido», con Schopenhauer en lo de la «voluntad ciega» y con Hartmann en lo de lo «ignoto».

En el arte da hoy el tono un realismo de cíclope; mañana privará un simbolismo de sílfide. Lo oportuno ó acomodado á la época varía según el gusto de la moda, y con la oportunidad, transfórmase también la convicción. Las costas del proceso van á cargo del carácter, porque éstas no se quedan sin pagar, como el importe de un vestido; y

el carácter debe pagarlas pasando del estado de marmota al de camaleón.

5. Ahora falta enumerar la segunda clase de los males de la época que convierten el carácter en papilla completa. Tales son la molicie del cuerpo y del alma, el halago de las pasiones, el fomento del sueño y de la incubación histéricos, la perversión de la fantasía, el despertar de la sensualidad, la consagración de la concupiscencia por medio de la imagen y del libro y por la recomendación del llamado «modo elevado de concebir el arte» y del «concepto de una vida más libre y más sedienta de belleza».

Y aun aquellos que lamentan la invasión de esta peste suelen hacerse cómplices en el enervamiento del carácter. El reproche toca de cerca muy especialmente á los que hacen del estudio y de la educación el entretenimiento y el pasatiempo de algunos instantes. Ya no hay quien conciba estas palabras:

«Para que el roble adquiera su fortaleza, necesita presenciar muchas revoluciones solares. En cambio, en una noche de luna salen los hongos». (Balde).

Hemos llegado á tal extremo, que ya no achacamos la educación de la juventud y la conversión de los malos á su propia obra, sino á la embriaguez del alma producida por la sugestión y la hipnosis, ni tampoco al esfuerzo de la inteligencia ni de la voluntad, sino á un fantástico desvanecimiento.

6. Si sabemos apreciar bien todo lo dicho, nos veremos obligados á confesar que nuestra época descuida por completo la formación del carácter, y aun añadiré que hace todo lo posible por estropearlo. Lo que decía Lichtenberg de su tiempo, es perfectamente aplicable á nuestra época:

«Puedes ahorcar en la primera horca que encuentres al hombre que se imaginan esos sabios».

7. Esto ha de hacernos comprender que la formación del carácter en la educación, y precisamente allí donde la

educación no cumple su cometido, esto es, en la educación de uno mismo, es una de las necesidades más apremiantes de la época.

El remedio contra la debilidad de carácter, lo mismo que contra la neurastenia corporal, no está en una nueva enervación y afeminación, sino, en primer término, en la apreciación justa y acertada de la causa y naturaleza de la enfermedad, es decir, en la claridad del espíritu; y obtenida ésta, en una intervención enérgica por medio de la disciplina de la voluntad.

Por lo tanto, lo más necesario para la formación del carácter es, ante todo, una educación más sana del espíritu. Esto ya lo tratamos anteriormente, y también dijimos que, dado nuestro sistema escolar y educativo, todos estamos obligados en este punto á ayudarnos y á educarnos á nosotros mismos.

Si queremos volver á tener una generación vigorosa en el pensar y entera de carácter, es preciso luchar contra esa oscura muchedumbre de frases hueras y contra la pasividad del espíritu, triste herencia de nuestras escuelas, que nos han llevado al extremo de decir, burlándonos de nuestra propia debilidad intelectual:

«Cuando cuestionaban la cabeza y el corazón, acababa éste por salirse con la suya; pues la pobre cabeza siempre cede: es la más prudente de los dos». (P. Heyse).

¡Valiente prudencia, que obliga al espíritu pensador á echar las persianas ante los ciegos caprichos de un corazón mal educado, y á meterse en cama!

Si aprendiéramos por nuestra propia cuenta á pensar con precisión y claridad, entenderíamos los mandatos del honor y del deber, pues

«el que ha llegado á poseer un reloj, no necesita dar vueltas día y noche para preguntar la hora». (Calderón).

Y recíprocamente, si pensáramos con lógica y claridad, tendríamos un medio para formar el corazón y el carácter.

9. Con esto no queremos dar á entender que hemos de dejar inculta la voluntad hasta que hayamos formado el espíritu, pues para que éste cumpla con su deber es necesario un gran esfuerzo de voluntad. El espíritu no piensa con la facilidad y el gusto que se figuran esos que hablan más que obran en su honor. Es muy fácil hablar de la libertad del espíritu, pero muy difícil hacerlo libre, pues el luchar contra la pereza de aquél, contra el desenfreno de la imaginación y las pasiones, contra la inclinación á los placeres, distracciones y aficiones, contra los prejuicios, simpatías y antipatías, contra los instintos bestiales, que vienen á ser otros tantos obstáculos para el desenvolvimiento del espíritu, exige un dominio grandísimo de la propia personalidad.

Y todavía es más difícil someter el espíritu al severo yugo del trabajo, del deber y de la puntualidad, condición imprescindible, sin la cual no es posible, de modo alguno, la solución del problema. Si la voluntad no viene en auxilio del espíritu, éste no podrá llegar nunca á la meta.

Pero una vez alcanzada ésta, cuando ya el espíritu sabe darse cuenta estrecha y clara de su misión y sus deberes, vuelve á presentarse otro nuevo trabajo para la voluntad.

10. Pues ya es cuestión de poner en obra el conocimiento adquirido con toda formalidad, y cueste lo que cueste. En efecto, la tarea resulta penosa y costosísima, y como es superior á las fuerzas de la mayoría, he aquí la razón del nuevo fracaso que experimenta la formación del carácter. ¿Á quien no anima y agrada la invitación de servir de testimonio á la verdad; de ser fiel partidario del deber, pese á todas las contrariedades? ¡Ay, si no resultara á veces tan difícil! Ahí tenemos, en primer término, la opinión pública con sus acerbos juicios, que no perdona á ningún carácter; luego, las tentadoras caricias de los amigos y de las ocasiones; por último, las exigencias de la moda y la consideración á las costumbres sociales—recuérdese, sobre todo, los hábitos del beber:—todo esto reunido deja la vo-

luntad indefensa, inerme. Sin contar el último y más peligroso de los amigos, el señor *No te hagas daño*, ó sea, el propio yo, con su perpetuo temor á las exageraciones malsanas y con sus pretextos hipócritas, siempre dispuestos á adormecer la conciencia; con todas esas frasecitas á la moda que han venido á formar un código de moral almibarado al que somos muy propicios.

11. Aquí sí que se presenta á la voluntad ancho campo y tarea complicadísima para conseguir la formación del carácter. Momento apropiado para que la educación resuelva un grandísimo problema. Decimos muchas veces riendo:

«El gatito arquea el lomo; quisiera imitar al camello. Pero cuando se le va á echar la carga encima, pronto encoge la giba». (F. Rückert).

Pues bien, no es cuestión ya de tomarlo á broma y sonreir de la agudeza; hay que obligar al gatito á que presente la giba y enseñarle á llevar la carga desde muy temprano; sólo así puede formarse un carácter.

Sin aplicación, sin orden, sin sumisión al deber, sin constancia y endurecimiento de sí mismo, en una palabra, sin sacrificio ni abnegación, es imposible alcanzar el anhelado fin.

12. Ahora llego á penetrar el secreto motivo que hizo emplear á la filosofía moderna, para justificar su afirmación de que es imposible la formación del carácter, la llamada teoría de las *almas dobles*, el ascetismo de hipócritas suspiros sobre nuestra miseria, y la mística del abandono de sí propio, que repite con Goethe:

«¡Ay! Dos almas viven en mi pecho, de las cuales una tiende á separarse de la otra. ¡Ojalá fuera mía la capa mágica!»

¡Error crasísimo! No dos almas, sino una sola se aloja en nuestro interior, si bien en ella sola residen los instintos buenos y malos que luchan por la supremacía; pero en cambio también la bondad del Creador nos ha concedido una fuerza duplicada, por medio de la cual, aunque no sin

combate, podemos introducir el orden en ese caos interior: por un lado, la conciencia; por otro, el libre albedrío. Con estos dos auxiliares podemos decidir la cuestión por nosotros mismos sin necesidad de capa mágica alguna.

Manteniéndonos fieles á las inspiraciones de la conciencia y fortificando nuestra voluntad con el ejercicio continuo del dominio sobre nosotros mismos hallaremos el camino más corto y más sencillo para llegar á la formación de un carácter sano y entero.

III. ¡Firme y tieso como un huso!—Hijo mío,—me decía á menudo mi padre hace mucho tiempo—nada de vacilaciones. Tente tieso; los aduladores y los cobardes doblan el espinazo. ¡Huye de ellos! Honra á los que consideras tus señores, muéstrales tu respeto cara á cara, inclina la cabeza y el corazón ante ellos; pero, aunque todos se encorven, tente tieso, con el espinazo erguido y con el espíritu y el corazón mirando al cielo.

—Hijo mío,—me decía mi padre con frecuencia hace muchos años—nada de quejas ni lamentos. Son esclavos, hijo mío, los que encorvan las espaldas y las exponen, entre gemidos y resistencia, á las varas de fresno. Calla, aunque la herida mane sangre; no te humilles ni ante la censura ni ante la mofa, que así mostrarás la nobleza del cristiano. Tente firme sin doblar el espinazo, aunque la espada te amenace de muerte, y fija el corazón y el espíritu en el cielo.

—Hijo mío,—me decía mi padre á menudo en otro tiempo—aprende á sufrir; hijo mío, si entonces te humillas, es porque te inclinas ante la cruz, y la cruz no rebaja á nadie, desde que cargó con su peso Nuestro Señor. Ella lleva á todos los que la llevan. Aunque la cruz te deshaga en sangre las espaldas, mantente firme, con el cuerpo recto y el corazón y el espíritu elevados hacia el cielo.

—Hijo mío,—me decía mi padre con frecuencia en tiempos pasados—aprende á ser osado. Hijo, los que doblan el espinazo son muñecos que se inclinan bajo el peso de una

paja. Tú has de ser un noble corcel, que se encabrita soberbio en los asaltos. Aunque la carga se multiplique, aunque salgan los ejércitos á pelear, tente tieso, con la cabeza erguida y el espíritu y el corazón puestos en el cielo.

IV. Un hombre.—El que prueba su espíritu con rayos y espadas, el que tiene el valor del león, la sangre fría del pez, la vista del águila, la palabra fiel como la moneda, la acción iluminada por el maduro consejo, el pecho de hierro y el corazón de oro, ¡ese es todo un hombre!

V. El poder de la voluntad firme.—Cuentan de Suwarow que era enemigo declarado de todas las expresiones indecisas y confusas, tales como «me parece», «es decir», «hasta cierto punto», etc., etc. Un diplomático con quien Suwarow tenía frecuente trato, se había acostumbrado de tal modo al empleo de dichas vaguedades propias de la naturaleza de su profesión, que, á pesar de haberle recomendado varias veces que se abstuviera de ellas, volvía á recaer en las mismas expresiones. Como cierto día las emplease más de lo regular, mandó el general, que tampoco abandonaba nunca su rudeza militar, abrir puertas y ventanas y quemar incienso, con el pretexto de purificar el aire de aquella peste fraseológica.

Aquel hombre extraño sabía por propia experiencia lo que puede conseguir un pensar sereno y una voluntad enérgica é inquebrantable. Á ambas cualidades debía en gran parte sus éxitos, que, á veces, puede decirse que los arrancó hasta de lo imposible. Su propia experiencia le hacía inexorable contra esos hombres que quieren sortear una dificultad diciendo simplemente: «¡Imposible!» La única contestación que tenía para semejantes comodones, era: «Prueba y verás como vences»; y cuando ocurría un fracaso, observaba: «No la habrás querido vencer sino á medias».

Desde ambos puntos de vista, tanto en lo referente á la propia conducta, como á la inexorabilidad demostrada contra la vacilación é insuficiencia ajenas, encontramos un

extraño parecido entre el general ruso y Sixto V, *el esclavo.* Tampoco para este papa existían la imposibilidad ni las cobardes excusas ó pretextos; y si á alguno se le ocurría atribuir sus fracasos á la voluntad de Dios, se ponía colérico y lo consideraba como una blasfemia, exclamando iracundo: «Dios auxilia á los que piensan y obran con energía y constancia; pero que los que no hacen lo que les corresponde, se guarden muy bien de achacar á Dios lo que únicamente es culpa de su descuido y cobardía».

VI. La educación de la voluntad.—1. Con este título ha publicado Julio Payot un libro, el cual, así por sus muchas y consecutivas ediciones como por su traducción á diferentes idiomas, prueba claramente lo mucho que se resiente nuestra época del abandono en que se tiene á la voluntad en la educación y cultura actuales, y cuán vivamente anhela el remedio de mal tan trascendental.

2. Por desgracia, se observa también en dicho libro grandes faltas, y así sólo puede ser recomendado con gran reserva, ya que, aparte los grandes errores filosóficos que contiene, niega la voluntad libre en el sentido habitual y cristiano y la divorcia por completo de la religión, ó al menos, de lo que suele considerarse como tal. No es que pretenda, en el sentido modernista, negar en absoluto toda religión, sino que quiere simplificar y facilitar la religión á gusto de la generación presente; es decir, libertarla en parte de todos los dogmas de la fe y especialmente de las enseñanzas sobrenaturales, y emanciparla además de todas las obligaciones impuestas en nombre de Dios. Opina el autor que los seres vulgares pueden abrigar esas convicciones anticuadas, pero que á los ilustrados les basta y les sobra con «un *mínimum* de religión, ó sea, con el pensamiento de que el universo y la vida humana tienen su finalidad moral, y que no se pierde ningun esfuerzo encaminado á fomentar el bien».

Para nosotros, como para la generalidad de los humanos, será inútil investigar cómo ha de tenerse en cuenta

esa finalidad moral del universo, si no existe personalidad alguna, si falta el legislador personal, el guía y el juez que asignen al universo su misión moral y que pueda sostenerla incólume pese á toda clase de trastornos y confusiones; ya que nuestros esfuerzos en pro del bien han de parecer estériles, en la mayoría de los casos, si no los cobija y salva un poder supremo, sabio y justo, que traspase los límites del mundo actual y de esta vida mísera; esta convicción es imposible arrancarla del corazón humano, á no ser que el hombre se halle ya entregado por completo á la estupidez ó al pesimismo.

Sin embargo, hay que añadir que el autor es lo suficientemente sincero y justo para confesar que, en la educación de la voluntad, sería conveniente que el mundo tuviera una religión, y más especialmente la religión católica. La mejor educadora del carácter—dice Payot—es indudablemente la Iglesia católica; en ese punto no hay fuerza que pueda medirse con ella. Si su religión dominara aún los ánimos en los tiempos que corren, el problema planteado se resolvería del modo más sencillo; pero como—al menos eso afirma el autor—ya no ejerce influjo alguno en la opinión pública, y como,—por desgracia, en este punto es demasiado exacto—á consecuencia de este descartamiento de religión, la voluntad ha caído en una indiferencia realmente lamentable, resulta mucho más necesario hacer resaltar las causas y remedios puramente naturales que puedan ser útiles y provechosos en la educación de la voluntad.

3. No será preciso decir que no es este el motivo que nos inclina á interesarnos por el libro y reproducir sus teorías. Sin embargo, aunque afirmamos, con la misma convicción con que lo hace Payot, que no hay poder en el mundo capaz de hacer tanto por la educación moral del individuo y de la humanidad en general como nuestra religión, no por eso se nos ocurre despreciar ni uno solo de los impulsos terrenos que pueda facilitarnos la realización de nuestra empresa. Precisamente la ciencia cris-

tiana de la educación y de la vida se complace en emplear toda palabra que emane de la verdad, sin meterse á inquirir si la pronunció un pagano ó un cristiano, y si la empleó en el servicio de aquélla ó con idea de perjudicarla. En este sentido verdaderamente católico aceptamos también de boca del autor toda palabra compatible con la verdad, y ponemos en ello tanto mayor empeño, cuanto que no se puede negar que muchos cristianos, además de descuidar las consideraciones verdaderamente religiosas y sobrenaturales, que, ciertamente, merecen su atención preferente, abandonan las causas terrenas, privando así al deber de incentivos cuya fuerza debieran tener muy en cuenta.

4. Payot pone especial empeño en hacer resaltar no tanto el ejercicio práctico como la educación de la voluntad por medio de una disciplina que convierta aquélla en actividad propia ó libre del espíritu. Con razón atribuye uno de los principales males causantes de la debilidad moral de nuestra generación á la falsa educación que condena el espíritu á la repetición maquinal, y, por lo tanto, á una dependencia intelectual. El remedio contra este mal no está seguramente en ese prurito de contradicción é innovación que se presenta en muchos como una reacción inevitable, pues éste más bien indica cierta debilidad morbosa, cierta falta de madurez intelectual; consiste, en primer lugar, en el ansia formal de compenetrarse por sí mismo de lo que se ha aprendido, de trabajarlo, de digerirlo, de apropiárselo en absoluto, ó, como dice Payot de meditarlo. Y que no se figure nadie que de ese modo se forman hombres poco prácticos, incapaces de acción; pues los que en este punto presentan el voto de oposición, según dice muy acertadamente el autor, es porque confunden el correr atropellado con el obrar, ó sea, los hombres agitados con los hombres de acción. Hombre de acción sólo puede ser aquel que posea claridad en la convicción, energía en la decisión y carácter sosegado, mas estas sobresalientes cualidades sólo se adquieren

por una reflexión continua, regular é invariable; esto es, por el ejercicio constante de la meditación.

5. Claro que á esta actividad puramente interior debe corresponder la costumbre de la actividad práctica, si ha de evitarse la insuficiencia y el exclusivismo. Por eso necesita la empresa, en segundo término, lo que, expresándonos en prosa lisa y llana, llamaremos la educación para el trabajo. Sólo que debe esto comprenderse en su debida forma; pues no se trata de la cantidad, sino de la calidad del trabajo. Esa precipitación, ese correr desenfrenado, ese torbellino y esa mudanza é irregularidad en el trabajo, ese proyectar un sinnúmero de cosas distintas á la vez, no debe llamarse trabajo, sino pataleo que desmorona el cuerpo, destroza el sistema nervioso y priva á la voluntad de su constancia, de su vigor y de su armonía. Sólo el trabajo regular, metódico y continuo, y no la caza desenfrenada de golpes de genio despampanantes y ruidosos; sólo el cumplimiento estricto del deber puede conceptuarse como disciplina práctica que educa la voluntad á poseer la fuerza, la habilidad y el sosiego debidos.

Todo ello puede condensarse en una sola palabra—observa Payot:—«dominio de sí mismo». Para nosotros los cristianos, dicha palabra, pronunciada por semejante boca, adquiere el duplo de su valor, pues es una prueba de que las amonestaciones de nuestra religión, invitándonos á dominarnos y usar de la violencia contra nuestro propio ser, no es un invento arbitrario de la Revelación, ni una imposición de molestias antinaturales y que humillen nuestro modo de ser, sino expresión perfecta y acorde de lo que la razón y la experiencia demuestran como conveniente y provechoso á nuestra voluntad, si ésta ha de ser dueña de sí misma y capaz de cumplir con la tarea que le ha sido impuesta.

6. Por lo tanto, nadie tiene derecho á rechazar los medios que la moral cristiana nos ofrece para la consecución de este fin, con el pretexto de que son exigencias extremadas y opresiones por parte de la religión. Muy

pocos asuntos de la índole del que ahora nos ocupa hallaremos tratados por nuestros escritores espirituales, que no hayan sido considerados por Payot como de necesidad imprescindible de ser inculcados en la humanidad. En primer término, esmérase también Payot en poner de relieve los medios para disciplinar el espíritu, tales como el dominio absoluto del pensamiento, de la fantasía y de la memoria; luego, aconseja la lucha contra la distracción, la indiferencia, la volubilidad, el miedo, el esfuerzo, y, por último, exige la dominación continua de las pasiones. No contento con esto, ordena á sus discípulos—entre éstos cuenta muy especialmente á los que se tienen por ilustrados—que se propongan decididamente emplear los medios para la educación práctica de la voluntad. Por lo mismo, les manda que subyuguen la tendencia á la pereza, á la molicie, al desorden, al ocio, al sentimentalismo y á la sensualidad. Payot es lo suficientemente conocedor de la humanidad para comprender que hasta la parte externa es de gran importancia para el hombre interior. Con tan profunda gravedad como justicia, insiste muy especialmente en que la juventud use del medio más importante para vigorizar la voluntad, santificando la castidad, y pone especial cuidado en advertir la importancia que para conseguirlo tiene la moderación en el comer, en el beber y en el dormir. Todos—dice el autor—comemos y dormimos demasiado para poder lograr el dominio sobre nosotros mismos. Y aquel que no tenga de sí propio el dominio suficiente para privarse por completo de las bebidas alcohólicas, ó para no usarlas exclusivamente como medicamento, que no se queje de su naturaleza sensual, y que recuerde siempre de nuevo su debilidad, sobre todo en esa época en que, sin un trabajo continuo y formal y una reflexión extremada, es casi imposible evitar las caídas.

7. Dominio, violencia y posesión de sí mismo—repite sin cesar Payot:—he ahí la finalidad á que debe tender la educación de la voluntad, la cual es, además, la recompensa que resarce con usura todas las medidas

empleadas. Nosotros, desde nuestro punto de vista cristiano, no tenemos que hacer objeción alguna á dicha teoría; tampoco nos proponemos analizar aquí si bastarán esas simples consideraciones mundanas para hacer á la humanidad desear y soportar hasta el fin tamaños esfuerzos y luchas. Baste decir que aceptamos con verdadera gratitud las exhortaciones del autor; pero al colocarlas en el punto de vista sobrenatural y religioso no disminuimos en modo alguno su valor natural, sino que, al contrario, les concedemos una fuerza que excede con mucho el tiempo de prueba de esta vida, y una dirección que da, á los sacrificios que exige, su verdadero valor para la vida eterna.

VII. Basta querer, sólo querer.—¿Á qué vienen esos lloros?

«¡Ay, mi deseo sería ser bueno, pero mi valor se estrella contra las rocas de granito de mi corazón!»

Á través de las rocas se abren galerías, y ¿tú te detienes ante tu corazón? Basta querer, sólo querer: todo lo puede el que quiere con firmeza.

VIII. El corazón tiene sus razones.—El corazón tiene sus motivos, y motivos de especie muy extraña, así como las cavernas albergan bichos de todas clases.

El corazón tiene sus motivos, y cuando extiende la red de ellos, ¿quién podrá creer que ante ésta se mantenga en pie una ley del pensamiento?

El corazón tiene sus motivos, y estos son los que te tienen en jaque, los que engendran el pecado y hacen débil tu voluntad.

El corazón tiene sus motivos, motivos llenos de apariencia, y contra ellos se estrellan juramentos y alianzas y te impiden ser uno contigo mismo.

El corazón tiene sus motivos. El que se apoye en tan débil fundamento no romperá con él tan indigna alianza de paz. El corazón tiene sus motivos; por eso hazlo libre y limpio, y así lo convertirás en rica prebenda y te convertirás á ti mismo en hombre suelto y franco.

IX. La gente amable.—La llamada «gente amable» resulta, á veces, una cruz muy pesada. Siempre está á disposición de todo el mundo y nunca se la encuentra cuando se la necesita. Para ella no hay nada molesto, ni nada difícil que no esté dispuesta á hacer, sin esperar siquiera que se le pida el favor; antes bien, ofreciéndose voluntariamente y hasta imponiendo su oficiosidad. Pero llega el momento de cumplir lo prometido y ya no se acuerda de nada: ha olvidado su promesa hace tiempo, merced al gran número de asuntos nuevos que trae entre manos; y, por fin, cuando se acuerda, ya es tarde; ha pasado la oportunidad de cumplirla. Carece del don de distinguir el qué, el cuándo y el quién, lo mismo que de toda idea de orden, medida y tiempo, de sus deberes profesionales como de los de su vocación. Por lo regular esta gente es víctima de los que saben explotarla, y no se puede uno enfadar con ella aunque le desespera la mayoría de las veces.

Lejos de mí querer ofender á tan amables personas, pues ya dice Calderón:

«No me fuera posible vivir, si esos ángeles de caritas almibaradas estuvieran enojados conmigo».

Por esto sólo añadiré: Es de lamentar que la gente amable se olvide de que á la amabilidad ha de ir unida la confianza en su palabra, la formalidad y el orden, y que sin estricto cumplimiento del deber, las cualidades más hermosas degeneran en desorden y molestia para el prójimo, pues el fundamento de todas las virtudes, y, por tanto, el de la caridad, es la justicia.

Esa gente tan bien intencionada es la mejor prueba de que toda virtud y toda perfección deben empezar por el propio espíritu, y sólo puede dar fruto cuando éste se halle en orden. Si la persona amable supiera dominarse á sí misma, poner medida y freno á su excesiva actividad; si consiguiera obligarse á preferir lo ofrecido, ó lo que su promesa ó las circunstancias han convertido en necesario, á sus propias aficiones y gustos; si llegara á dominar de tal modo su amor propio, que prefiriera exponerse á

negar un favor antes que comprometerse á lo que no puede cumplir sin daño; en una palabra: si fuera dueña de sí misma, sería su amabilidad una virtud perfecta y sólida, y, por consiguiente, muy beneficiosa y útil.

Aquí vemos con claridad que sirve poco á sus semejantes y á sí mismo, aunque se haga dueño del mundo entero, el hombre que no atiende, ante todo, á su propia alma y al desenvolvimiento de su carácter.

X. La causa de que haya tan pocos hombres.—¿Por qué hay tan pocos hombres, ó caracteres?. En otros términos: ¿por qué hay tan pocos hombres que, en lugar de dejarse llevar por otros, sean capaces de mantenerse erguidos y de servir de apoyo y sostén á los demás?

El motivo debe de estar en que no nos educan en la ciencia de las privaciones, sino en la de la satisfacción; en que nos enseñan á exigir en lugar de dar, á esperar en vez de obrar. De este modo se van formando seres débiles que sólo saben pedir que se los ayude, pero á quien es imposible socorrer porque carecen de volúntad para ayudarse á sí mismos. Tales son los egoístas, que no comprenden que es mucho más noble sacrificarse por los demás que tener á su servicio á todo el mundo. Si no hubiera algunas almas, pocas por desgracia, á quienes las ansias de perfección disponen al sacrificio, podría decirse que no hay humanidad en el mundo sino en el estado de madres.

XI. La educación para conseguir la independencia personal.—1. Desde Jacobo Burckhardt está de moda el afirmar que la Edad Media y el Cristianismo, en general, han sido enteramente incapaces de producir personalidades independientes, y que sólo el Renacimiento empezó á libertar al hombre y á ponerle en equilibrio; á pesar de lo cual, nos aseguran que todavía falta mucho para que lleguemos á poseer una individualidad verdaderamente libre; pues el hombre moderno depende aún demasiado de autoridades extrañas; y que una de las tareas más importantes, y, al mismo tiempo, la más difícil de la pedagogia moderna, es hacer al individuo dueño completo de su persona.

2. No hemos de analizar aquí la parte histórica de esta afirmación; baste decir que, para el presente, es decir, para nosotros mismos, se trata, en efecto, de una empresa dificilísima. Si hemos llegado á penetrar su importancia, no es necesario inquirir en qué época ha sido conveniente mente satisfecha ó ha de satisfacerse; pues comprenderemos que no depende en modo alguno del tiempo ni de la época, sino de algo que está muy por encima del curso y de la variación de las edades, así como de la cultura y de las circunstancias exteriores.

3. Cuando hablamos de personalidades independientes nos referimos, en primer lugar, á las personas que obran «motu proprio» en aquello á que están obligadas, y no es necesario encarecer el aprecio en que se tiene á dichas personas. Todos sabemos lo desagradable que es verse rodeado de gentes á quienes es preciso empujar continuamente al trabajo y á las cuales hay que vigilar sin reposo para que no descuiden su tarea ni la hagan á medias ó al revés. En la mayoría de las ocasiones, prefiere uno hacer la labor por sí mismo, para evitarse mayor molestia y dobles perjuicios. El que se ve obligado á usar de semejante ayuda, bastante discutible, sabe apreciar lo que vale una persona que obra por cuenta propia, aunque dicha persona sea un criado insignificante ó una modesta sirvienta; pues basta una sola indicación para que la cosa se haga como debe hacerse. En efecto, cuando esos hombres de carácter conocen su deber, pronto averiguan cómo han de cumplirlo, y no tardan en hallar los medios y el camino adecuados para ejecutar la obra. Por esto mismo se debe descansar absolutamente en ellos cuando se les da una misión que cumplir, y especialmente si el desempeño de ésta ofrece grandes dificultades. El que tiene la fortuna de hallar tan excelentes auxiliares, ya sabe que éstos le ahorrarán muchos colaboradores y gran número de pesadumbres.

4. De mayor valor aún, aunque más escasos, son los hombres que, por sí mismos, llegan á lo que quieren ser.

Cuando no podemos fiarnos de una persona sino durante el tiempo preciso en que se la vigila, podemos compararnos con un cabo de vara ó un capataz de esclavos. Ambicionamos tener hombres libres; es decir, gente que no se deje llevar por todos los vientos de la opinión pública ni por los caprichos y opiniones de los que la rodean, sino que hable según sus convicciones propias y obre en consecuencia, aunque de ese modo se exponga á molestias y sinsabores; gente que no arroje la carga y huya en el momento más crítico, cuando se presenta alguna dificultad; sino hombres que se mantengan en el puesto que les señala el deber y en la manera de obrar que les indica la conciencia: en una palabra, gente sólida, entera, que ni por asomo dé ocasión, con su conducta, á la necesidad de observarla ó de analizar nuevamente su carácter ó su modo de ser.

5. Si el arte educativo moderno pudiese crear tales caracteres bien podríamos estarle agradecidos. Por de pronto nos daríamos por contentos si hubiera muchos de esos que se encuentran de vez en cuando como reliquias de otros tiempos; hombres sin pretensiones, pero inflexibles, sencillos como la verdad, fieles como un juramento, callados como un sepulcro, á quienes se puede confiar todos los secretos y encomendar con la mayor confianza las más difíciles, intrincadas ó desagradables cuestiones. Á veces, resulta un carácter de esta especie un criado mísero que lleva el peso de toda la casa, y los señores están tan enterados de la marcha de la misma como el bueno de Putifar. Otras veces, se encuentra en un empleado ínfimo, que, sin merecer nunca la menor distinción por parte del jefe, y escasamente una palabra de agradecimiento, cree que su actividad é interés son perfectamente naturales, á pesar de lo cual saben todos muy bien que, sin él, se estanca ó paraliza la explotación y se descompone enteramente su complicado mecanismo. Hay que advertir que estas gentes impagables gozan siempre de tres cualidades especiales, á saber: de exquisita escrupulosidad, de

abnegación admirable, por no decir completo olvido de sí mismos, y del convencimiento absoluto de la presencia de Dios, en quien fijan la vista; y esto último, aun para las personas sin religión, es una fianza de que aquella escrupulosidad y abnegación no han de faltar mientras sean necesarias.

6. La esencia, lo principal de la personalidad independiente es la conciencia. El que obra según su conciencia es siempre dueño absoluto de sí mismo, aunque se halle sometido á una autoridad extraña. Ahora debo advertir que la escrupulosidad está afianzada por la abnegación. Las personas egoístas no son nunca independientes, pues en la contemplación del propio yo se estrellan la bondad, las convicciones, la palabra dada, el deseo de sacrificarse, la consecuencia consigo mismo y hasta la fidelidad á la conciencia. Es posible que un hombre desinteresado no sea activo por sí mismo, porque le falten las cualidades apropiadas para ello; también es posible que no sea independiente; pero mientras no le abandone la abnegación no dejará de ser un hombre de conciencia. Tanto una como otra tienen puesta su confianza, no en la debilidad de los hombres, pues entonces se hallarían mal guardadas, sino en la mirada de Dios, que todo lo ve y todo lo penetra.

He aquí la causa de que la escrupulosidad sea el fundamento del santo temor de Dios, la seguridad de aquella abnegación completa de la que ha de surgir una persona desinteresada, independiente y libre.

7. Después de lo dicho, será inútil preguntar qué tiempo y qué método educativo son los más apropiados para formar tan preciosos caracteres. Respondo, sin temor á equivocarme, que aquellos que mejor sepan formar á los hombres en la más perfecta abnegación, la cual tiene su base y su seguridad en Dios, y, por lo tanto, en una escrupulosidad inquebrantable.

XII. Virtudes viriles.—1. Por consideración al honor de nuestro tiempo, haremos bien en no dar importancia al invento extraño de las llamadas virtudes activas y pasivas:

la paciencia, la humildad, la modestia, la dulzura, la obediencia, la abnegación, la pureza de corazón, la piedad, el celo por la oración y otras virtudes parecidas, que casi pudiéramos llamar virtudes favoritas del Señor, son consideradas, por las gentes extraviadas por el espíritu mundano, de poco valor é indignas de nuestra cultura, la cual cree poder despreciarlas como opuestas á nuestra misión moderna. Dice esta extraña teoría espiritual: Eso de presentar la otra mejilla para que la abofeteen también; eso de ocultar sus propios méritos y consumir sus fuerzas en el perfeccionamiento de lo más íntimo de su ser interior, habrá tenido su importancia en la antigüedad; hoy sólo goza del respeto público el valor, la ciencia del ataque y la persona pagada de sí misma: sólo el que sabe hacer resaltar poderosamente la propia individualidad, rechazar irrevocablemente las ofensas, perseguir sin descanso al que le ha ofendido y llamar la atención con su presencia y sus obras, llegará á predominar en el mundo. El mundo en que habitamos—añade—no nos aprecia por nuestras virtudes interiores, puesto que sólo las toma en cuenta, lo mismo que nuestras obras, cuando nuestra presencia ha sabido previamente inspirarle respeto.

2. Es indudable que esta moral artificial y enrevesada, que pretende medir al cristiano y al matón por el mismo rasero, ofrece un contraste brutal con el Evangelio del Señor y con la interpretación que éste ha merecido por parte de los maestros cristianos. Pero, además, hay que reconocer que se opone asimismo á las enseñanzas de los más grandes pensadores paganos, que sabían perfectamente que se necesita mucho más valor para esperar tranquilamente el ataque, que para prevenirlo con las armas en la mano, y más dominio de sí mismo para sufrir en silencio una ofensa, que para responder á un golpe con otro. No discutiremos aquí este punto, pues son más importantes otras cosas.

Sea como quiera, saludamos con gozo la exhortación en favor de las virtudes activas, porque vemos en ella una

prueba palpable de que nuestro tiempo empieza á comprender y sentir su debilidad moral y muestra ansia de hechos, es decir, de acciones vigorosas en lo que se refiere á la vida del bien. Razón le sobra para verlo, pues con tanto hablar y discutir la cultura y la ética, han puesto en trance de muerte la práctica del bien y el mérito de la virtud. Hablamos tanto de la moral moderna; criticamos tan sin medida la vida de los siglos cristianos, la moral del Evangelio y hasta las heroicas acciones de los santos, que es muy fácil que nos dejemos ilusionar con la vana idea de que nos hallamos muy por encima de ciertas imperfecciones imaginadas; de que hemos rebasado ya los límites de esa virtud prosaica y vulgarota. Á esto hay que añadir el abandono completo del cultivo de la voluntad en la educación moderna, el fomento de esa vida malhadada é inactiva del sentimiento, la sensualidad y molicie de nuestras costumbres y el sentimentalismo hasta en las cosas religiosas, que vienen á ser otros tantos colaboradores que contribuyen al desmoronamiento de todo esfuerzo viril en favor de la virtud sólida. He ahí por que vemos en la exhortación citada, aunque en la mayoría de los casos sea mal interpretada, una de las señales consoladoras, hasta cierto punto, de los tiempos actuales.

3. Pues no hay duda de que estamos necesitados de virtud vigorosa para cumplir nuestros deberes de hombre y de cristiano, y necesitados en doble medida: para poder satisfacer las exigencias cada vez más grandes del presente y para resistir los peligros que ofrecen éstas y poder someterlas de nuevo al suave yugo de Jesucristo. Con nuestra insuficiencia y nuestro temor á los hombres; con nuestra consideración á la opinión pública y al modo de obrar de la mayoría; con las precauciones que tomamos para no perjudicarnos según los impulsos de nuestra conciencia, apenas lograremos alcanzar aquella virtud. Para alcanzarla debemos convertirnos en hombres muy diferentes, inflexibles contra nosotros mismos cuando el imperio de nuestras convicciones

exija una acción adecuada á ella, ó un sacrificio grande ó mayor austeridad de nuestra vida; insensibles á las seducciones, que dominan tan fácilmente la conciencia; inquebrantables ante las contradicciones, la burla, el menosprecio y el extrañamiento con que suele recompensar la humanidad el ser fiel en el cumplimiento del deber y firme en las creencias; dispuestos á sacrificar la popularidad y el aprecio público á las exigencias de la conciencia y del celo por la fe; firmes en sufrir, en callar, en renunciar; dignos en la postergación, en la soledad ante la calumnia; vigorosos contra los amigos, enérgicos contra los enemigos, é invencibles contra los innumerables peligros de nuestro propio interior.

4. Ahí sí que tienen las virtudes activas ancho campo en que desenvolverse, en donde multiplicarse y fortalecerse. Con desear, suspirar y tener buenos propósitos, no se consigue nada, ni aun con grandes palabras ó arrebatados impulsos; pues se necesita una energía tan metódica y razonada como tenaz y constante. El mismo Señor que dijo: «El cielo padece violencia» (Mateo, XI, 12), ha dicho también: «Con vuestra paciencia poseeréis vuestras almas. (Lucas XXI, 19).

Efectivamente, la verdad está en que el hombre tiene que ser algo por sí mismo para obtener algún valor. Sólo así trabajará con provecho y podrá influir en el mundo. Pero que al decir por sí mismo, no nos referimos al hombre exterior constituído por su indumentaria y su presencia presuntuosa, sino al varón interior é invisible, á quien la moderna sabiduría se cree con derecho á tratar con el mayor desdén.

5. Si es verdad que necesitamos virtudes fuertes, viriles y constantes, también es cierto que sólo pueden esperarse éstas cuando volvamos á poseer caracteres enérgicos, varoniles y perseverantes. De un interior deleznable no puede surgir ninguna acción de hierro. Si las obras se han debilitado hasta el punto de obligarnos á apelar con verdadera insistencia á las virtudes activas,

con ello demostramos públicamente el carácter de nuestra generación y pedimos una ayuda que nos facilite los medios necesarios para vigorizarlo.

Estos medios son conocidos universalmente y han sido probados hace muchísimo tiempo. En lenguaje cristiano se llaman renuncia y dominio de sí mismo, abnegación, mortificación; en una palabra, ascetismo, y muy especialmente ascetismo del espíritu, cuando es necesario, que lo es siempre, y también ascetismo en las cuestiones externas. Sólo así puede fortalecerse el carácter de modo que produzca virtudes enteras; no las virtudes rudas y quebradizas del estoico, sino las del cristiano, cuya suave flexibilidad las hace inquebrantables. Por lo tanto, el que no tenga valor para educar su persona, por medio del ascetismo cristiano, para la entereza, que renuncie á la esperanza de lograr alguna vez las virtudes varoniles.

XIII. No cedas tu derecho.—Con frecuencia oigo decir á las mujeres: «¡Ay, qué egoístas son los hombres!»

No quiero poner en duda la justicia de semejante queja; pero aun teniendo las mujeres mucha razón para lanzarla, no puedo dejar de hacerles una seria advertencia.

No sería conveniente que á las mujeres se las privara de ese motivo de suspirar. La mujer se une al hombre casi siempre con adhesión exagerada; se entrega demasiado; parece como que se diluye y se pierde en él.

Esto obedece á dos causas, ninguna de las cuales es buena. Una es la extremada debilidad y dependencia de la mujer; otra, la misma falta que achaca al hombre, ó sea, el egoísmo; pues todo esfuerzo en pro de una satisfacción desmesurada de sí misma, es también egoísmo.

Esos halagos, esa manera de salir al encuentro de su afecto, que la mujer exige al hombre la mayoría de las veces, no sólo no convienen á la mujer, pues así solamente se fortalecería su propio abandono y egoísmo, hasta hacerlos incurables, sino que son de todo punto imposibles. Por fortuna, no le es dado al hombre, mientras se conserva hombre, fundirse y perderse en la mujer.

Este sentimiento será todo lo doloroso y amargo que se quiera para el sensible corazón femenino, pero también influye de un modo positivamente benéfico, y es uno de los medios de educación, curación y santificación más vigorosos con que Dios ha adornado la vida común de ambos sexos; es la enseñanza más racional de una de las máximas de vida más trascendentales; la base del cultivo del carácter, que dice: «No cedas de tus derechos, no te fusiones; apóyate en ti mismo y busca tu fuerza en Aquel que sólo puede ser tu apoyo».

XIV. Visajes.—Los niños malos y cobardes se consideran satisfechos, cuando se ven obligados á hacer algo que les contraría, haciendo muecas, ya á la vista de todos ó ya en secreto. La buena crianza trata de quitarles este vicio por todos los medios, y, si es necesario, hasta con severos castigos.

Por desgracia, y esto en el caso más favorable, sólo perdemos estas mañas en lo puramente externo, pues, en nuestro interior, allá en el fondo de nuestra cabeza testaruda y de nuestro corazón suspicaz, seguimos haciendo visajes siempre que las cosas nos salen de través ó contrarias á nuestros cálculos; y no sólo hacemos muecas á los hombres, sino al mismo Dios. Semejante procedimiento tiene toda la fealdad de las malas mañas de las criaturas, sólo que resulta más cobarde, más hipócrita, y denota mayor falta de carácter.

Quien aspire á ser un hombre entero, debe tratar de mostrar á Dios, precisamente en medio de las contrariedades y amarguras que le envía, un corazón apacible y un rostro afable y placentero.

XV. Secreteo.—Uno de los más groseros defectos del carácter es denotar, á fuerza de secreteos y de toscas insinuaciones, que se halla uno enterado de cosas que ignoran los demás.

Yo incluso me atrevería á calificarlo casi de traición para con aquel que nos ha confiado el secreto. Debo advertir que á los charlatanes de este jaez es muy fácil ha-

cerles desembuchar todo lo que saben, tratándolos en forma que lleguen á figurarse que no le interesan á uno sus secretos. El procedimiento es eficacísimo y basta para hacerles soltar la válvulva, pues la vanidad que manifiestan de un modo tan palpable con semejantes alardes y con tan gran desprecio del prójimo, no tolera la indiferencia por parte de los demás.

Nunca podrá guardar un secreto aquel que no sea dueño de sí mismo; sólo el temor podría cerrarle la boca, y hay que convenir en que el miedo á los hombres es un cerrojo mohoso.

XVI. Adulación.—Las gentes faltas de carácter consideran como enemigo natural á quien no las adula; así es que casi todo el mundo las lisonjea, ya porque saben que, de otro modo, no es posible sacarles nada, ó bien porque se portan inconscientemente de tal manera que provocan en los aficionados á burlarse del prójimo el deseo de tomarlas por blanco de sus tiros, unas veces empleando las lisonjas más delicadas y otras las más burdas y exageradas adulaciones.

En cambio, hay otras personas á las cuales no se atreve á acercarse ningún adulador, porque á todo el mundo imponen respeto.

Y las hay de quienes se sabe positivamente que rechazarían indignadas cualquiera palabra que pudiera tenerse por adulación. De éstas puede decirse que carecen de verdadera humildad, pero al menos comprenden que no hay ofensa más grosera que la adulación exagerada.

La adulación únicamente es bien recibida por esos individuos que se contentan con verse colocados al nivel de un perrito faldero, al de un loco ó al de los que sienten indiferencia por la verdad y por la lealtad de convicciones.

No suele adularse al hombre á quien se respeta, pues como se sabe que es imposible sustraerle á su modo de pensar y de obrar, hay muy pocas personas que se atrevan á tratarle como si fuera capaz de sobreponer la satisfac-

ción de una vanidad pueril á las inspiraciones de su conciencia, al deber y á la justicia.

La adulación es, en realidad, una de las formas más bajas de la ironía, forma que está fuera de los alcances de los escarnecidos, porque va dirigida hábilmente hacia la parte más vulnerable: hacia su vanidad.

Hay que tener en cuenta que existen diversas clases de aduladores. Aduladores son todos aquellos que sólo dicen lo que agrada á sus oyentes; aduladores son también los que callan lo que á otros no gusta oir, y aduladores son, por último, tanto los que alaban las clases y jerarquías humanas en general como los que ensalzan la sociedad ó la opinión pública para, de ese modo, atraérselas y ganarlas á su partido. No necesitaré observar cuáles son los aduladores más peligrosos.

XVII. Jurar la espada.—Yo era joven aún, me hallaba falto de fuerzas y no pensaba en batallas cuando en espíritu vi de pronto una espada á mi costado.

Sorprendido exclamé: ¡Una espada! ¿De dónde habrá venido? Si me hubieran dado á elegir, de fijo que la hubiera rechazado.

Entonces mi ángel se acercó y me dijo: «La espada te la envía Dios: ya sabes que lo que Dios, en su gracia, concede, no debe quedar sin cultivo».

Contemplé entonces el arma detenidamente; la hoja tenía un filo muy agudo; era de finísimo acero, y en la empuñadura de oro, como talismán, se veía una cruz.

El ángel continuó: «Dios mismo te ha hecho caballero; un caballero de Dios debe y puede llevar la espada con honra».

«Aquel á quien Dios da el espaldarazo, ha de ser enemigo de los pícaros y levantar la espada para luchar contra la farsa y el engaño y en favor de la justicia y de la verdad».

Desde entonces yace la espada desnuda, durante el día, sobre mi mesa, y de noche á mi costado, siempre dispuesta á la lucha.

¡Espada de mi señor, yo te juro que no dejaré que te enmohezcas, y nunca, mientras el Señor esté conmigo, saborearás el reposo de la vaina!

Y si perezco en el campo del honor, no quiero que de mí te separen, y los que cuiden de mi sepultura, que te coloquen como almohada debajo de mi cabeza.

XVIII. No quiero mella en mi espada.—¿Para qué quieres esa espada que empuñas con la diestra? Su resplandor ofusca, y tú llevas la vista clavada en ella como si fuera en la custodia.

Ya os lo he dicho con frecuencia: no la empuñé por gusto; vosotros sabéis, y Dios también lo sabe, que soy por naturaleza demasiado tímido y encogido.

Pero me dijo el ángel: «Toma esa espada y dedica á ella tus desvelos; Dios te la envía; por lo tanto, apréciala como debes y procura conservarla sin mella».

Así la tomé y la cuidé lealmente, y he comprobado que su filo, con el uso, se mantiene nuevo, por lo cual no la envaino nunca.

No quiero mella ni moho en la hoja de mi espada, que así será mi fiel y segura protectora y evitará que ningún enemigo me venza.

No quiero mella ni orín en la hoja de mi espada, para poder devolvérsela con honra á Aquel que me la dió.

XIX. Nada de alianzas con el enemigo.—Nada de alianzas con el malo, aunque se vista de penitente y prometa libertar al mundo eternamente del destierro del infierno.

El demonio miente cuando jura, y engaña al mundo, porque él mismo está infatuado.

Nada de alianzas con las medianías, pues las dulces bebidas del curandero, y los ungüentos de las hechiceras sólo agravarán tu enfermedad.

Los que miran de través, y, astutos, cambian de color á cada hora, ¿á quién no revuelven el estómago?

Nada de alianzas con los tibios: más vale frío de hielo ó calor de brasas. ¿Qué estómago puede digerir restos de papillas viejas?

Donde no veas bueno ni malo, ni encuentres el *sí* ó el *no* rotundamente, ándate con el mismo tiento con que caminas á la hora del crepúsculo.

Nada de alianzas cou los blandos. Las almas heroicas se templaron en otros tiempos bajo los latigazos espartanos, y luego con la cura de las disciplinas.

Sobre el blando musgo y con miel virgen, sólo se crían alfeñiques ó figurillas de babas de caracol.

Nada de alianzas con el enemigo. Mantente firme entre dolores é injurias, fiel entre los luchadores de Dios, que el honor te seguirá indefectiblemente.

XX. **No retrocedas jamás.**—El Salvador sabía lo que le esperaba en el mundo, y, pensando como los hombres, nadie hubiera podido reprocharle si, en vista de la ingratitud humana y de la esterilidad de sus trabajos, hubiese dicho: «Esto es demasiado, me vuelvo atrás porque los hombres no son dignos de mí». Pero en lugar de hablar en esta forma, dijo todo lo contrario: *Retrorsum non abii* (Isai., L, 5): «á pesar de todo no retrocedo».

En medio de todos sus sufrimientos, injurias y desengaños, fueron sus únicas palabras: «Todo para mayor honra de Dios, todo por la voluntad de Dios; por Él he comenzado y no me vuelvo atrás». Y seguía adelante tranquilo, sereno, imperturbable. Jesús no retrocedió, porque buscó sólo la voluntad del Padre y la salvación de las almas, pero nada para sí; por eso no hay en toda su vida ni un instante perdido, ni un paso inútil.

¡Qué diferente soy yo! ¡Qué violento y decidido al comenzar, y cómo desmayo ante el primer obstáculo que se presenta! Yo, que, irreflexivo en el ataque é inconstante en el sufrir, evito cuidadosamente las asperezas del camino, á semejanza de la burra de Balaam; yo, que, á manera de soldado cobarde, huyo al menor asomo de tentación, como de las ocasiones de violentarme lo más mínimo, sin cuidarme de mí, de ese modo les doy alas y vigor para que renueven el ataque con más brío. Cuando me aflige una tribulación me revuelvo diciendo que no la esperaba, y si me imponen una

prueba, la encuentro exagerada. Es decir, que todo se vuelve buenos propósitos y grandes palabras; pero en cuanto se trata de ponerlos en obra, retrocedo invariablemente.

Y si no rehuyo la obra, si retrocedo con la voluntad, continúo siendo externo en todo lo que soy y en todo lo que emprendo; pero me digo: si yo hubiera podido preverlo, no hubiera dado este paso.

Y si la voluntad se sostiene, retrocedo con el corazón. Hago las cosas con tal lentitud y pesadez, murmurando, vacilando, retrasando la obra, suspirando y gimiendo, que de este modo doy pie para que se consuman toda la fuerza y todo el calor, no sólo de lo que ejecuto, sino los de mi propio ser.

No puede ocultárseme que el mayor daño me lo hago á mí mismo. Mientras que á otros les sirven esas dificultades exteriores y esos padecimientos interiores para fortalecerse y perfeccionarse, á mí sólo me sirven para perder de mi propia individualidad y para menoscabar de día en día el carácter que poseo.

La razón de todo es que pienso demasiado en mí mismo, y que, hasta en lo bueno que hago, busco secretamente mi propia personalidad. Si sólo tuviera presente á Dios y al bien, como tú lo tenías, Jesús mío, no me pasaría tal cosa. Ya podrían ir en aumento de día en día las luchas, las dificultades y las penas; sólo servirían para fortalecer mi confianza en ti, y, aunque temeroso á causa de mi debilidad, exclamaría: «¡No retrocederé ya nunca!»

XXI. Demasiado y demasiado poco.—Primero me precipito en los negocios como la piedra al mar, y cuando me faltan las fuerzas, me encierro cobardemente, como aquel trasnochador que, avergonzado de sí propio, se des liza en la cama. Es decir, que no soy nunca dueño de mí ni del mundo que me rodea.

XXII. El pobre derecho.—Puedes llegar á destruir la justicia á fuerza de murmurar, enojado por los caprichos extraños é indignado profundamente ante la injusticia ajena.

Haces sentir á los demás lo que tú mismo anteriormente condenaste, y pretendes aplacar tu cólera prendiendo fuego al universo por los cuatro costados. ¡Pobre derecho! No hay petate que no le ponga en apuro, y si quiere auxiliarle un vengador, entonces sí que puede contar con el golpe de gracia que le dé la muerte.

XXIII. Valor de negros.—Si enseñas los dientes al enemigo, en cuanto vean desde lejos flotar un pelo de tu melena, enmudecerán sus osados graznidos con la rapidez con que un enjambre de ranas se zambulle en el agua en cuanto aletea un pez en el propio estanque.

En cambio, si enseñas al enemigo la espalda y éste se cree seguro de que no ha de alcanzarle tu látigo, levantará la porra y, con verdadero valor de negro, enviará una salva de injurias á la maleza desierta de leones.

XXIV. Valor entero y valor á medias.—No es el valor más grande el que ensalza el mundo con preferencia, pues lo mismo al papa que al emperador desafía cualquier bribón, impelido por el favor del pueblo.

También Lutero, héroe que maldecía en secreto su valor, se las tuvo tiesas en Worms. ¿Quién va á atreverse á huir en campo abierto cuando le sigue todo un pueblo encolerizado?

Pero si un hombre se atreve á desafiar á toda una chusma que le maldice como perturbador y levanta contra él el arma homicida, ¡entonces, en efecto, resulta un Winkelried!

XXV. ¡Los listos, los listos!—Los listos ya saben lavarle la piel al león, de modo que, asombrada la fiera, al despertar se vea rejuvenecida.

Los listos saben aprovechar el mejor bocado de cada mesa, y hacen pagar á los demás lo que éstos ni siquiera han tocado.

Los listos dicen sonriendo: «¡Ya está bien decir la verdad, pero es preciso saberla decir con agudeza, sin lo cual se molesta el mundo!» ¡Ay! Si estos listos hubieran vivido en tiempos de Caifás, la verdad no les hubiera empujado nunca al deicidio.

XXVI. Hombres pequeños, almas grandes.—¡Cuánto no se fatiga el hombre y cuánto no se empequeñece cuando pelea con almas pequeñas y cuando ha de sostener el derecho de la verdad contra la farsa y el engaño!

¡Y qué recto y grande se siente, en cambio, cuando ha de hablar con esos seres minúsculos que abren cándidamente el pecho y el corazón á la verdad y á la luz!

Ahora sé por qué me siento á veces tan pequeño ante muchos hombres ínfimos, hasta el punto de parecerme que no me inclino nunca lo bastante bajo el dintel de su puerta.

Pues es muy difícil, para el que se mantiene erguido y ama la verdad, penetrar en ella; sólo al que comprende el derecho de la justicia se le puede mirar cara á cara.

Hombre pequeño es el que tiene limitados pensamientos y cierra el alma y el corazón á la verdad. ¡Mirad el gran espíritu que anima al niño, en cuya alma se derrama la verdad!

XXVII. Caballeros del espíritu.—¡Caballeros del espíritu, levantad las banderas, empuñad las armas y entrad en la lid! La injusticia y la mentira infestan los caminos, y la astucia y la corrupción son sus centinelas.

Corazones férreos y músculos acerados se necesitan para luchar contra el hierro y el acero; pero allí donde acechan astutas sirenas, sólo puede ayudar el rayo divino del cielo.

Estamos rodeados de sirenas, maestras en el arte de seducir y blandas en la tentación, y sujetos á traidores que con astucias nos venden á ellas.

¡Caballeros del espíritu, levantad la vista; ved vigilante á vuestro general, para que no os envuelva el ardid de los enemigos y no decaiga vuestro ardor ni vuestro ánimo!

¡Organizador de las batallas, te juramos fidelidad eterna, desafiando el sufrimiento mientras vivamos, aunque bajo tus banderas nos esperen el martirio y la muerte!

CAPÍTULO VII

El arte de vivir interiormente

I. Nueces hueras, espigas llenas.—1. Medio pueblo asalta el vagón. Apenas se ha puesto en movimiento el tren, cuando se apodera un anciano de la conversación, con tal apremio que en un instante da fin á la gritería general. Sólo una pareja de mozos imberbes se atreven á continuar charlando, pero también á este natural desahogo pone fin el viejo, el cual, levantándose, va á sentarse entre ambos. De ese modo les corta de raíz el hilo del discurso.

Nadie habla ya fuera del orador, y todo se vuelve ojos y oídos. El anciano perora dándose gran importancia como si, de no haber presenciado la batalla de Maratón, al menos hubiera sido el factor principal en el incendio de Moscú.

No sin profunda compasión contemplo al viejo que tiene las facciones descompuestas, la piel arrugada y biliosa y el pelo blanco como la nieve: es difícil hallar imagen más apropiada de oquedad interior; instintivamente le comparo á una nuez huera.

El contenido—si se me permite la expresión—y la forma de su discurso sólo vienen á confirmar mi juicio. Parece que le quitan á uno un peso de encima cuando se ve bajar todo aquel enjambre en la próxima estación, pues es penosísimo, para el que no gusta de criticar al prójimo, hallarse frente á frente con semejante ejemplar de la raza.

2. Habrá quien me diga: «¿Por qué vas á lugares en donde tienes que encontrarte forzosamente con gente ordinaria?»

Ese «por qué» tiene muchas razones, una de las cuales, y no la más despreciable, es que entre esa gente hay, rela-

tivamente, más personas naturales y menos nueces hueras... y menos falta de consideración que en los círculos de la llamada gente culta.

Pues todos esos caballeros—por galantería sólo me refiero al sexo fuerte—que se le ponen á uno delante más tiesos que la columna de Memnón, hablando de todo, y, sobre todo, sin expresar una idea propia, sino repitiendo como lo ritos las opiniones de la gaceta de Francfort ó del Fígaro, ¿con qué he de compararlos sino con un puñado de nueces hueras ó un haz de espigas vanas?

3. ¡Qué miseria! Tenemos tal exceso de gente de talento, que sólo con la que sobra podría poblarse Sirio. Máquinas de trabajo á millares, cabezas tempestuosas como aquella de quien dice el poeta: «Amarrado á la cuerda de la tormenta, sujeto por las cadenas de un celo ciego, se revuelve airado en el estrecho redil, de tal modo, que si tuviera seis patas como una corredera se desconyuntaría siete». (Calderón).

Pero esas personas que son algo por sí mismas, que pueden comunicar á otros luz, consuelo y vigor, ¿dónde encontrarlas? Y precisamente gente así, gente interior, es la que necesitamos todos en esas largas y pesadas horas en que no se basta uno á sí mismo.

¿No es triste sino el nuestro, cuando, necesitando al prójimo, viéndonos desfallecidos y faltos de pan espiritual, hallamos sólo espigas vacías que, si saben pincharnos con sus aristas, no sirven para mantenernos?

4. ¡Ojalá esta miseria predicara por sí sola la necesidad de vida interior, al menos á aquellos que por su nombre y su vocación se han comprometido á ser los portavoces de la vida espiritual é interna! Si también éstos quieren pensar con el siglo, ¡entonces sí que el mundo es por completo víctima de la inanición espiritual!

Si á cada hambriento corresponde un bocado, tendrán que estar las espigas llenas, ó, mejor dicho, deberá haber graneros repletos y despensas bien surtidas con que atender á todas las necesidades del alma.

5. Por desgracia hemos de confesar que servimos muy poco para cumplir dicha misión; si no, ¿cómo fuera posible que nos desacreditáramos á nosotros mismos ante los ojos del mundo, declarándonos retrógrados, inferiores é incapaces de satisfacer ya las necesidades de la época?

Nuestra misión exige que satisfagamos una sola necesidad de ésta, pues las otras necesidades no existen.

La cultura y la sabiduría le sobran, pero en cambio le falta vida espiritual, interioridad, dominio de sí mismo, y, por lo tanto, paz.

6. Para poder procurarle ese alimento, sin el cual acabará por perecer á pesar de su cultura, es necesario espigas llenas, rebosantes de aquella vida interior en la que fueron maestros los santos. Los artistas antiguos y piadosos han pintado á aquéllos, preferentemente, con la cabeza inclinada, lo que recuerda las espigas llenas. Y en efecto, esto venían á ser, porque cumplían la palabra del apóstol: «Sólo cuando todo esto—se refería á la fe, á la virtud, á la abnegación y á la piedad—se halle en vosotros en gran abundancia, dejaréis de ser hueros y estériles. (II Pet., I, 8).

II. El arte de cultivar la voz.—1. Jorge Eliot dice de los campesinos, en su excelente obra *Adán Bede*, que éstos conocen los sonidos suaves tan mal como la vaca y el ciervo. Con esto no quiere ofender, en modo alguno, á tan honrosa clase; pero como ésta se halla continuamente en contacto con vacas y zoquetes, que, por naturaleza, son algo duros de oído, no es de extrañar que la costumbre les haga levantar la voz algo más de lo que fuera conveniente. El mismo efecto y por igual causa se observa en los militares, empleados y maestros de todos los grados.

2. Menos disculpa tiene el levantar la voz cuando esto procede de causas morales, ya sea de excitabilidad, de soberbia, de espíritu de contradicción, de ganas de darse uno importancia ó de deseo de hacer notar á otros su desamparo é insuficencia de un modo sensible.

Para comprender lo molesta que puede ser esa brutali-

dad, que manifiesta en forma tan sensible la falta de dominio sobre la voz, basta recorrer algún tiempo solo, ensimismado en sus pensamientos ó con un libro apacible, una comarca solitaria, y hallarse de pronto en la estación de una aldea en donde los feriantes asaltan el tren. No entra allí un solo mercader que, ya sea de alegría, ya de disgusto por el resultado de la feria, no haya bebido una copa más de lo regular, ni uno solo que no haya hablado tanto, que no se le escapen las riendas de la lengua y de la reflexión. Todos hablan al mismo tiempo, todos gritan á porfía y, ó consideran sordos á todo el mundo, ó se creen llamados á ensordecer á los demás á fuerza de estrépido.

Estas escenas de feria babilónica, ó sus imitaciones; esas procesiones y fiestas cívicas; esas diversiones nocturnas músico-alcohólicas y los banquetes y francachelas de los llamados ilustrados, ponen en evidencia la derrota que sufre el dominio de sí mismo cuando se pierde el freno de la voz, y lo acertado que está el poeta indio cuando dice:

«Siempre, cuando suena ruido, tiene éste mal origen; pues tan penetrante como el sonido del latón no puede ser nunca el del oro de ley».

Se pierde hasta la noción de que hay hombres cuando éstos pasan del vocerío al bramido y del bramido al frenesí; por último se asusta uno de sí mismo, pues se observa que también desaparece el dominio propio; de tal manera excita y contagia la confusión que se origina. Lágrimas de amargura se agolpan á los ojos del que presencia tanta degradación y salvajismo. ¿Quién entonces no recuerda á Fausto cuando dice:

«La música, la gritería y el rodar de los bolos, es para mí un ruido insoportable y odioso. Se revuelven como poseídos del espíritu malo, y ¡á eso llaman alegría, á eso llaman canto!»

3. En momentos así, llega á penetrarse el profundo espíritu encerrado en una frase eclesiástica: *castigatio vocis.*

Sí, convengamos en que la voz necesita, para todos, su

disciplina, su cultivo y su escuela, y no sólo para el que ambiciona la fama de cantante. Todo aquel que se crea con derecho al nombre de cristiano y de hombre instruído, debe considerar que el cultivo de la voz es una parte integrante de su educación.

Es señal de tenerla mala,—porque expresa falta de dominio de sí mismo, y, además, señal de desconsideración y de arrogancia—el que una persona quiera llevar siempre la voz cantante, interrumpa á los demás y quiera meter baza en todas las conversaciones.

Da muestras de idénticos defectos el que es tan poco dueño de su voz, que la emplea como si estuviera él solo presente, ó todos los demás hubieran de inclinarse ante su superioridad. Cuando una persona se atreve á hablar en voz alta junto al lecho de un enfermo ó de un hombre que reposa, se la tacha inmediatamente de grosera y desconsiderada para con el prójimo. No obstante, á un hombre de sentimientos delicados le causará menos disgusto que en esa forma le quiten el sueño de repente, que no que interrumpan con sonidos disonantes, producidos por ruidosas explosiones de una alegría desenfrenada, del cotorreo ó de la excitación, el estado apacible de su ánimo y la serenidad de su interior.

4. Por esto se dignó el Modelo supremo de toda perfección darnos también en este punto el ejemplo que debemos imitar.

Él no vocifera—dicen las Santas Escrituras—Él no hace ruido; nadie oye su voz más allá de la calle. (Math., XII, 19). El dominio de sí mismo, la modestia, la dulzura y la mansedumbre; en una palabra, todas esas virtudes amables que se hallaban encarnadas en el Señor, se manifestaban ya en el tono de su voz, le ganaban los corazones en cuanto empezaba á hablar y producían en sus oyentes aquella sensación solemne y pacífica que los alejaba insensiblemente del mundo y los predisponía en favor de la verdad divina.

5. Por lo tanto, aquel que quiera, de corazón, parecerse á Jesús, debe tener especial cuidado en dominar y formar

la voz. Según se compenetre ó no de esta necesidad, se podrá juzgar de su capacidad ó incapacidad para apreciar el ideal del carácter cristiano, que el Apóstol define con las palabras siguientes: «El hombre interior, que se oculta en aquel espíritu incorruptible de silencio y dulzura inquebrantables, donde es rico á los ojos de Dios». (I Pet., III, 4).

III. La vida interior.—1. La lucha más difícil y tenaz es la que se entabla consigo mismo, contra el propio yo, contra la cabeza soberbia y las pasiones del corazón; pero también es la más necesaria. Porque ¿de qué sirven todas las victorias, si el hombre mismo ha quedado vencido?

2. ¡Qué vergonzosa ignorancia, hay en conocerlo todo y no conocerse á sí mismo! ¡Qué afrentosa debilidad en hacer siempre el papel de amo y no saber dominarse á sí propio! ¡Qué retroceso tan imperdonable significa hacer grandes progresos en todas las cosas y sentirse más indefenso, más inerme que en los días de la niñez ante las propias pasiones y caprichos!

3. Si un hombre no posee en su interior mayor grado de perfección que el que manifiesta exteriormente, cuanto más haga y se encumbre, tanto más peligro corre de desplomarse bajo su carga de exterioridades.

4. Colocar á un hombre en medio del mundo sin haberle dado previamente una fortaleza interior que le permita resistir el empuje de sus exigencias, es lo mismo que exponer á un buzo á una presión de 1.000 metros de profundidad: el infeliz resultará forzosamente aplastado.

La relación que existe entre un hombre externo, hábil y flexible, y un hombre verdaderamente interno, es la misma que se observa entre una fotografía ó una película cinematográfica y las obras de Fra Angélico: el técnico no daría un solo boceto del artista por todo un millar de instantáneas.

6. La vida trae consigo innumerables molestias y perturbaciones, de las cuales gran número son originadas por

el deber, y muchas son convertidas en imprescindibles por nuestra propia debilidad. Mientras tengamos en el platillo de la balanza de la vida interior el peso equivalen te necesario, toda presión externa obligará al espíritu á hundirse dentro de sí mismo hasta hacerle llegar á su propio fondo. En cambio, si el fiel se inclina demasiado hacia fuera, la catástrofe es inevitable: se empieza por arrojar el peso fuera del corazón, y una vez vacío éste, cae con la rapidez de una exhalación el platillo exterior, y su carga se desparrama y se deshace lastimosamente.

7. El artista, el obrero cansado que regresa de la fábrica, y el miserable embriagado que avanza dando traspiés, contemplan con idéntica vista la misma puesta de sol, y, sin embargo, lo que ven es muy distinto para cada uno de ellos.

El propio camino recorre el que huye perseguido por los servidores de la justicia y el que vuelve de la casa de un pobre de ejercer la caridad; sólo que al primero le parece aquél interminable y sembrado de agudos pedruscos, y el segundo cree que vuela llevado por alas invisibles.

Según el sentir interior, así varía el aspecto de lo exterior. El hombre que vive la vida del espíritu ve las cosas muy diferentes, y trabaja de un modo muy distinto, del que sólo se desvive por lo terreno.

8. En Judas Macabeo puede verse claramente lo que vale un hombre completo: cuando él guiaba sus huestes, éstas vencían á un enemigo diez veces más numeroso; en cuanto se alejaba un instante, ya tomaban las cosas mal cariz. Y si se me arguye diciendo que, al fin, el Macabeo era un hombre, señalaré á la Doncella de Orleáns, ejemplo todavía más elocuente de lo que significa y puede una sola alma vigorosa.

Y ¿todavía hay quien se atreve á afirmar que la piedad y el ascetismo sólo convienen á las mujeres y al mundo sobrenatural, porque en la vida práctica hace á los hombres blandos é inservibles?

¡Ojalá tuviéramos en este siglo muchos millares de al-

mas templadas; y aún más que viriles, semejantes á las de Teresa de Ávila y Catalina de Sena! Creedme, la cosa variaría mucho para todos.

Nuestra debilidad está en la carencia de vida interior. Un alma verdaderamente interna bastaría por sí sola para inspirar á millares de otras la vida, la fuerza y el entusiasmo. Cuanto más van las cosas del mundo por el camino del mal, en oposición á tus deseos y consejos, tanto más te irritas y rebelas contra él; al revés de los santos, que por aquel motivo multiplicaban sus oraciones, penitencias y sacrificios. De este modo empezaron ellos por corregirse hasta alcanzar la perfección, y, paulatinamente, la fuerza necesaria para llevar también á los espíritus refractarios por el camino de la enmienda.

10. Es preciso ser un enemigo colosal para derrocar un imperio en cuyo interior haya unidad, orden y entusiasmo; en cambio, si la médula de un Estado se halla roída por los gusanos del egoísmo, de la rebeldía y de la indisciplina, puede esperar el enemigo, con las armas en reposo, á que se derrumbe por sí mismo.

IV. La vivienda del cuerpo y la morada del alma. —Los antiguos no sentían ciertamente aspiraciones exageradas por la vida interior, y á quienes menos puede atribuirse éstas es á los griegos, maestros consumados en las apariencias brillantes, pueblo de la farsa y de la superficialidad. Pero aun así, comprendían perfectamente que el que no se distingue por sus cualidades internas no merece ser contado entre los hombres. Si esto lo tenían poco en cuenta cuando se trataba de sí mismos—reproche que, nosotros al menos, no debemos echarles en cara—en cambio, no se les pasaba jamás por alto cuando se trataba de juzgar á los demás.

Prueba de ello el ejemplo que voy á referir: Los habitantes de Megara eran excelentes ganaderos, expertos marinos y comerciantes y muy aficionados á la arquitectura ostentosa; pero también, como verdaderos reyes del dinero, consideraban la cultura intelectual y el perfeccio-

namiento moral como un expediente para entretener al hombre, cuando ya no hallaba éste otros méritos exteriores con que llamar la atención. Esta idea se la hicieron pagar cara los demás griegos, los cuales se complacían en mofarse de los de Megara é inventaron á su costa el siguiente oráculo:

«Los de Tesalia tienen, por lo menos, caballos; los lacedemonios, mujeres de valer; ¿os corresponde, pues, el tercer lugar? ¡Ni el duodécimo siquiera ni nota alguna!»

De ahí viene también aquel proverbio empleado con tanta frecuencia por San Jerónimo: «Los megarenses construyen casas como si fueran á vivir eternamente, y viven como si se fueran á morir mañana».

No quería el santo decir con esto que se preparasen convenientemente á la muerte—lo que hubiera sido la verdadera sabiduría y el medio más sencillo de aprender el arte de la vida,—sino que mataban la vida según la conocida máxima: «Comamos y bebamos, que mañana moriremos». (I Cor. XV, 32).

Por desgracia, según hace observar San Jerónimo, en todas partes hay megarenses; y tanto entre los cristianos como en los tiempos paganos hay y hubo muchísima gente que hacía verdaderos derroches en la construcción de una casa de piedra, y en cambio dejaban morar su alma, á semejanza de las fieras, en la más espantosa caverna.

Es triste consuelo que, en tiempos posteriores, el afán de ser consecuentes los indujera á construir también las casas de piedra, y con tal descuido que se hundieran antes de hallarse terminadas.

La consecuencia más justa y lógica debiera ser que tanto la vivienda del cuerpo como la morada del alma, ó sea, el hombre interior, se construyeran con tal solidez que duraran toda la eternidad, y que se empleara en adornar el corazón los mismos desvelos que se emplean en adornar las habitaciones de la casa.

V. No te malgastes.—Aburrido por las visitas que

te molestan, cansado por los negocios, molido por las conversaciones, por los discursos y entretenimientos, vuelves por la noche á tu casa enojado contra el mundo que te engaña, abrumado, exprimido y descontento de ti propio. En efecto, llegas estragado sin haber conseguido nada, agotado todo tu ser, con las fuerzas diluídas en la nada y sin acicate ni deseos de nuevas empresas.

Te hallas vacío ante Dios y no puedes rezar; vacío tu interior, desprovisto de espíritu de trabajo; vacío para el sacrificio continuo que te señala la miseria del prójimo.

Escúchame: no te condeno, pero sigue mis advertencias.

Concentra tus energías para que no se ahogue la simiente en germen.

Alabaré que sirvas á todos, pero no hagas entrega de ti mismo: ¡eso no!

Sirviendo, te sentirás ensalzado, pero entregándote, te encogerás.

Aprende á cerrar la puerta de los sentidos; sal al campo con temor.

Aprende á recogerte interiormente y á guardar el fuego de tu corazón.

Y aun reunido y encerrado, pronto te malgastarás, si no confías en Dios y le tienes por compañero y protector en tu casa.

VI. Capital de reserva.—Hay que hacer siempre de uno mismo menos de lo que se es: un infeliz que lleva encima todo lo que tiene y no conserva en su casa el menor capitalito de reserva.

El que gasta todas sus energías y su saber en la actividad diaria, puede verse fácilmente en apuro. Hay que tener siempre en la despensa un rico depósito de espíritu de sacrificio y devoción, porque pueden venir épocas en que haya que recurrir á él para poder sostener su puesto en la humanidad y dar abasto á su misión. El mundo censura esto, naturalmente, como desperdicio de tiempo y fuerza; pero, por último, se alegra de que tengamos algo que poner de nuestra parte.

VII. El arte del verdadero sosiego.—1. El venerable Jerónimo de Bayer, el celebrado jurisconsulto que no explicaba su cátedra sin haber asistido previamente al santo sacrificio de la misa, solía decir que debía su avanzada edad á un benedictino de la vieja escuela. Éste le había dado el consejo de no leer de noche ni la carta recién llegada, que debía dejar para el día siguiente. El jurisconsulto había seguido fielmente el consejo y gozado siempre de un sueño tranquilo, al que, indudablemente, debía su excelente salud á pesar de los años.

2. Esta y otras reglas anticuadas y frailunas, como suele decirse, sólo provocan hoy una sonrisa de conmiseración en los que, con ayuda del alcohol, el tabaco y las reuniones excitantes, se mantienen despiertos á una hora en que aquellas marmotas ya se disponen á dormir; en esos que no logran pegar los ojos si no han recorrido en la cama los periódicos de la noche, ó, mejor dicho, si no se los han tragado como la serpiente acuática se engulle una mísera rana.

Esta es la imagen perfecta de nuestra indigna voracidad por todo lo nuevo. Cuando observo al Señor Consejero Universal, cómo ataca al cartero en medio de la calle, le arranca el correo de las manos y despedaza su presa con tanta ansiedad como si en ella llegara su sentencia de muerte ó su indulto; cuando contemplo al Señor Catedrático Correlotodo, que no desenvuelve el último envío de libros, sino que rasga la cubierta del paquete con la presteza del enterrador que quiere salvar de morir asfixiado á un sepultado con vida; cuando miro al Señor Pastelero, Presidente supernumerario en el Ministerio de la «política irresponsable de la confusión», departamento de la «Vacuidad», precipitarse sobre el periódico en la mesa redonda, olvidando comida y comensales, y engolfarse en la lectura con gran molestia de los demás, se me presenta siempre la misma imagen, la de la falta de dominio de sí mismo y de dignidad. Lo diré con pena, pero no puedo menos de compararle á un animal salvaje ó á un perro de ca-

za sin adiestrar, á quien el viento ha trastornado de tal modo los sentidos que, para someterle, resultan estériles tanto los halagos como las amenazas.

3. Los antiguos daban algo más de importancia á la propia dignidad y á la decencia, por lo cual establecieron todo su sistema educativo en forma que dificultara la aparición de tan indignos excesos.

Con verdadera gratitud debo recordar en este punto á mis padres, que ejercían ese sistema anticuado en la educación de sus hijos. Cuando se trataba de algo desagradable, no nos permitían demorarlo un momento; cuanto mayor era nuestra repugnancia, tanto más rápidos y puntuales debíamos de ser en ejecutarlo. Y cuando de impaciencia y curiosidad se nos crispaban las manos y los pies, decían únicamente: «Hoy no se abre ya el correo. No saldréis á paseo mientras no os soseguéis y seáis humildes y modestos. Fuera esos papeles: lo que dicen, también será verdad después de comer; ahora á la mesa». Y cuando alguno de sus hijos comía demasiado de prisa ó se precipitaba, después de comer, sobre el diario, se lo quitaban inmediatamente diciéndole: «¡Hay que aprender á dominarse!» Y ya no volvíamos á ver el papel.

Luego fué dirigida mi educación por los benedictinos, que no sólo continuaron idéntico sistema, sino que nos enseñaban, á medida que los años nos daban más reflexión, á ver en el procedimiento motivos más elevados. Así sucedió que uno de los padres, á quien doy gracias aún después de muerto, me dijo un día: «Mira, aquí tienes una carta de tu padre, pero guárdala y no la leas hasta la noche; hoy es día de confesión y así tendrás en seguida una buena penitencia que hacer». Otro día me llamó á parte y me alargó un periódico diciendo: «Mira, aquí se habla de tu pueblo; supongo que te interesará leerlo, pero como has comulgado hoy, no estaría de más que dominaras tu curiosidad y dejaras la lectura para mañana».

¡Hombre bueno, excelente! ¡Con qué sencillez conseguía

sembrar en muchos espíritus juveniles la semilla del ascetismo, del dominio voluntario del propio corazón; ó, como decían los antiguos, del arte del verdadero sosiego, y, por lo tanto, de la violencia de sí mismo! Un pedagogo de la misma escuela debió de haber sido también el viejo benedictino, cuyo recuerdo veneraba con tanta fidelidad el noble consejero del reino Jerónimo de Bayer.

4. Lo salutíferas y convenientes que son estas sencillas máximas, puede observarse en este hombre, obra maestra del antiguo arte educativo, modelo de carácter depurado, leal, sólido y perfecto; hombre cuya sola presencia era una apología de la voluntad é infundía paz y serenidad en todos los corazones.

¡Ojalá nuestro sistema de educación actual volviera á tomar un poco de la antigua sabiduría monacal, para que, en vez de poner á esta generación nerviosa, aún más nerviosa á fuerza de precipitación excesiva, la enseñara á tener paciencia y á saber esperar! Con ello no se interrumpiría el curso de la historia ni el de los astros, y los hombres adquirirían más fortaleza espiritual y, al mismo tiempo, más salud corporal; por lo menos tendrían más imperio sobre sus actos, con lo que no perdería nada la historia universal.

VIII. Nada de aletargarse.—Á los que desaparecen del mundo, éste se apresura á enterrarlos cuanto antes como muertos para la vida. Pero muchos, solicitados por el Señor, han muerto sólo de muerte aparente.

¿Deseas renunciar al mundo? Entonces aprende á soportar que pases por muerto y permanezcas muerto. ¡Qué horror habías de producir si resucitases del letargo! Al estirar los yertos miembros, todos huirían de ti.

IX. Muñecos y palmas.—Nos han puesto en guardia contra tus ideas, que dicen que han estropeado á muchos; pues aquel á quien seducen y envuelven llega á ser un muerto para el mundo.

Ya conozco la filosofía de vuestros consejeros, y sé muy bien con qué facilidad sobornan á los hombres; si yo con-

siderara la vida y las personas como ellos, hablaría de la misma manera.

Á esos sólo les agrada la gente que se mueve como máquinas y muñecos, por fuera muy vistosos, por dentro hueros, como los cometas y los bólidos.

Pero las personas que han llegado á descubrirse á sí mismas son demasiado quebradizas para ser máquinas, y una vez despiertas á la vida y hechas á pensar por sí mismas, resultan demasiado tímidas para hacer de muñecos del guiñol.

Tímidas y castas para el guiñol, en efecto; pero no para obrar.

El espíritu no estorbará las obras, mas no busquéis acciones en un estado de muñecos, en el cual los hombres no son seres con voluntad. Dios no creó máquinas ni muñecos, y para que á nadie se le oculte esta verdad, dice: «¿Qué importa que lo ganéis todo si al fin perdéis el alma?»

Por Él haced almas vivas y fuertes, que luego ellas producirán las obras, como surgen las hojas y los dátiles de la savia de la palmera; el mundo se hallará entonces bien administrado.

X. La raíz del vivir y del obrar.—1. Desde que Schleiermacher convirtió la religión en asunto puramente sentimental, no se cansan sus discípulos de decir que el filósofo, como otro Colón, ha descubierto un mundo nuevo y ha enseñado al viejo, por vez primera, el camino hacia la verdadera paz. Ahora—dicen—se comprende realmente lo que es la fe, la experiencia interior propia, la relación interna con la Divinidad. Ahora—repiten—se ha hallado la medida infalible de lo que es de la fe y de lo que no pertenece á ésta. Sólo puede ser dogma para el hombre aquello que experimenta en el interior de sí mismo; todo lo demás ni es fe, ni es religión.

2. Á pesar de la falsedad visible de esta teoría, que hace del hombre mismo una medida para la fe y un manantial exclusivo de religión, la vemos penetrar, aun-

que en forma más atenuada, en círculos que debieran suponerse demasiado perspicaces para que pudieran aceptarla.

Basta recordar las extrañas frases con que el llamado americanismo se empeñaba en dar cierto barniz cristiano y bíblico á sus teorías sobre las virtudes activas y la propia iniciativa. Nos referimos á las conocidas «independencia espiritual», «espiritualidad libre», «conocimiento personal», «recepción independiente de Dios en el santuario íntimo del corazón», «entrega absoluta á la dirección interior del Espíritu Santo», y otras expresiones por el estilo.

3. Á pesar de la desconfianza que inspiran, harto justificada, por cierto, no debemos olvidar que todas estas frases tienen por base un verdadero pensamiento. En el protestantismo tenía que llegar á estallar la oposición contra la vieja herejía de la aplicación exterior de los méritos de Cristo sin la propia actividad humana. Al católico mismo no le vendrá mal que le recuerden de vez en cuando que no debe contentarse con seguir la rutina superficial del hombre adocenado.

4. En este sentido ya hablaron los Apóstoles en contra de la legislación judaica, inflexible y dura, cuando predicaban la ley de la libertad (Jac. I, 25), la libertad del espíritu, la libertad de los hijos de Dios (II Cor., III, 17, Rom., VIII 21). En este sentido dice la Escritura que sobre los justos no pesa la ley (I Tim., I, 9), porque la llevan en medio de su corazón (Ps. XXXIX, 9). En este sentido ruega el apóstol á Dios que haga á los cristianos fuertes en su personalidad interior (Ef., III, 16). En este sentido aconseja el Apóstol que nos levantemos del sueño (Rom., XIII, 11); que no esperemos á que Dios nos obligue, sino que examinemos por nosotros mismos la voluntad de Dios (Rom., XXII, 2). No hay lengua humana que exprese con más fuerza ni más encarecimiento la interioridad de la fe y de la religiosidad, la propia actividad é iniciativa,las ansias para alcanzar la cima de la perfección suprema.

5. Y tal como habla el Espíritu de Dios en la Escritura, ha hablado en todos tiempos por medio de su Iglesia y de sus maestros.

Ya los apóstoles encontraron en su época, la semilla de todo lo que nos ha sido impuesto en las palabras: Te exige este mandamiento que pelees en buena lid, manteniéndo te firme en la fe y la buena conciencia (I Tim. I,18, 19).

Sobre la conciencia, sobre la vida interior fundaron el cumplimiento de la vocación (II Cor., I, 12), el buen ejemplo y la conducta pública (I Pet., III, 16), la paciencia en soportar los sufrimientos y persecuciones (I Pet., II, 19), la obediencia á los superiores (Rom., XIII, 5), la conservación de la pureza de corazón (Tit., I, 15), la confesión de la fe (I Pet., III, 21) y el término final de toda la ley, (I Tim., I, 5).

En la fidelidad á la conciencia se veía el contenido total de aquellas prácticas de la virtud que, ó componen la santidad ó conducen á ella del modo más sencillo: la pureza de intención y la sencillez del corazón (II Cor., I, 12), la obediencia á las inspiraciones (Ib., XXXII, 8), y á la voz divina (Ps., XCIV, 8), la sumisión al estímulo interior y las luces del Espíritu Santo (Ef., V, 30; I Tes., V, 19; II, Tim., I, 14).

6. ¿Qué mayor ambición debemos tener que el cumplimiento de la ley en la obra exterior y en el sentimiento interior? ¿Qué mayor aspiración que la perfección de los santos, aquel modo de pensar heroico que no se contenta con lo que le ofrecen, sino que trata de sufrir en la propia carne lo que aún falta en la pasión de Cristo? (Col., I, 24).

Pues bien, si los justos hallaban en la fidelidad á su conciencia lo que necesitaban para salvarse; y, más aún, nosólo la justicia, sino también la más grande santidad, nosotros podremos cumplir asimismo nuestra misión temporal cuidando, ante todo, de nuestra conciencia; es decir, de la vida interior.

Y si, al revés, consideraban insignificante toda su actividad exterior, por grande é importante que sea, en com-

paración con la vida interior en Dios, ¿tendremos derecho nosotros á exaltar nuestra mísera actividad, ya sea en la política, en la vida social ó en las obras de beneficencia, y de imaginarnos que el mundo se queda corto si buscamos primeramente el reino de Dios y su justicia y tratamos de reconstruirlos en nuestro fuero interno?

Pues esto ya lo repite el mismo Espíritu de Dios: que allí donde reina la verdadera interioridad, las obras externas se siguen por sí mismas; es decir, obras que concuerdan con la intención divina y que ayudan á realizar la idea de Dios; pues el reino de Dios no está en las palabras (I Cor., VI, 20), sino en la manifestación del espíritu y de la obra (I Cor. II, 4).

7. Con qué rapidez hallarían los hombres la verdadera sabiduría, la ciencia de la vida; qué pronto se convertirían en seres justos, perfectos y santos, en bienhechores de la humanidad y en hijos de la complacencia Divina, si quisieran penetrarse de que todo está determinado en estas cortas palabras de la Sabiduría Eterna: «¡El reino de Dios está en vosotros!» (Luc. XVII, 21).

Lo que hay dentro de nosotros es la conciencia, según dice Agustín, lo íntimo del hombre interno. Si formamos nuestra conciencia según las máximas y el ejemplo del Señor, ya construímos el reino de Dios. Si ordenamos nuestra vida entera, la interior como la exterior, en armonía con la conciencia, ya podemos decir que ha venido á nosotros el reino de Dios, tal como lo pedimos diariamente en el Padrenuestro.

XI. Un reloj que anda bien.—Cumple tú con lo tuyo, fiel á la conciencia, y deja lo demás con entera confianza en manos de Dios: así hallarás siempre que todo se ejecuta feliz y puntualmente, como un reloj.

Ya te habrá chocado más de una vez oir dentro de ti mismo una voz callada que te aconseja de un modo terminante; ya te habrás sentido á veces como llevado por un impulso secreto, pero vigoroso; y al seguir estos avisos interiores, habrás llegado precisamente en el momento críti-

co, á dar el paso decisivo, con tal precisión y oportunidad como si fuera asunto de un cronómetro. También habrás observado que, cuando has cumplido fielmente tus deberes para con Dios y con tu alma; cuando has seguido estrictamente la voz de tu conciencia, hasta los sucesos exteriores han ido ordenándose con exactitud matemática, como si alguien hubiera ido disponiéndolo todo con el reloj en la mano.

En efecto, es un reloj, un reloj excelente el que ordena las cosas más pequeñas é insignificantes: la divina Providencia. Este reloj fué el que impulsó á Ana al templo en el preciso momento (Luc., II, 38) para ver al Salvador; este reloj fué el que llevó á la Magdalena á casa del fariseo en el momento crítico; este reloj hizo regresar al Cireneo de su heredad en el momento oportuno de su encuentro con Jesús para ayudarle á llevar la carga de la cruz.

Si fuéramos más cuidadosos, más fieles á la voz interior y no contrariáramos tan á menudo las misericordiosas advertencias de Dios, ya con nuestra pereza, ya con nuestra desobediencia ó con nuestra terquedad é impulsos indiscretos, toda nuestra vida sería cronométrica; es decir, como la de un cronómetro que siempre tiene cuerda y que siempre anda con precisión matemática.

XII. La estatua de Nabucodonosor.—Nos admiramos de que los imperios más poderosos se derrumben con un solo golpe como si fueran de cristal; no llegamos á entender cómo á una cultura tan excelsa puede seguir la más espantosa barbarie; nos desanima que los escasos progresos que conseguimos en el dominio de nuestra voluntad y en la virtud, á fuerza de largos años de penosas precauciones, sean inutilizados tan fácilmente al menor trastorno. Y, sin embargo, no debiera asombrarnos si examináramos nuestra propia vida sin prejuicios de ninguna clase.

Hay veces que emprendemos una cosa con ese celo del que dice Wolfram:

«Que no tragaba hierro ni guijarros como el avestruz, porque... no los había».

Mas poco tiempo después, se realiza en nosotros la leyenda de las cuatro edades del mundo: á la edad de oro sigue la de plata, á ésta la de bronce, y á ésta la de hierro. Sólo que nosotros no llegamos á la calidad del citado metal, sino que acabamos en barro ó en limo.

Alguna que otra vez logramos ejecutar una obra que deslumbra al mundo como oro molido, pero nadie mejor que nosotros sabe lo huera y vana que es y la falsa base en que descansa; porque su alma es la vanidad; su semilla, la debilidad moral, y su fundamento la intención impura.

¡Ved ahí sin cesar repetida y reproducida la estatua de Nabucodonosor! La cabeza brilla desde lejos á la luz del sol, porque es de oro bruñido; el tronco, hueco, es de plata de baja ley; los miembros, ocultos, son de hierro común, y el zócalo en que descansa lo forman limaduras del mismo metal mezcladas con barro seco y quebradizo. Basta que caiga una piedrecilla de lo alto y golpee los pies del coloso, para que éste, con su imponente aspecto, se desplome y se deshaga en el polvo.

XIII. El manantial de fuerza y de bendición.—1. La vida de la hermana Rosalía es tan conocida que apenas será necesario repetirla ni detallarla; sus obras de caridad son casi tan extensas como las de su padre espiritual San Vicente de Paúl. No hubo príncipe poderoso, obispo ó magnate, que en sus tiempos acudiera á París, que no la visitase. El que se veía apurado ó perplejo iba en busca del consejo de aquella santa mujer. Todas las fundaciones, ya se tratara de una nueva congregación ó de la de un convento, especialmente las de las Conferencias de San Vicente, pasaban por su mano. Sin temor hizo frente á los héroes de las barricadas, y éstos dieron muestras de su respeto y obediencia á la santa hermana.

2. Preguntamos nosotros ahora: ¿De dónde sacaría aquella sencilla mujer, débil, nerviosa y excesivamente sensible por naturaleza, aquella fuerza y vigor inex-

plicables, y, más que esto, aquella influencia moral tan imponente?

Su vida entera nos da la respuesta que apetecemos, clara y categórica. Como es fácil comprender, sor Rosalía tenía muy poco tiempo para preocuparse de sí misma, y aun estos escasos y preciosos minutos pertenecían por completo á Dios. Cuando se la llamaba para alguna consulta, se la hallaba constantemente de rodillas, llena de devoción; nunca daba un consejo, nunca tomaba una determinación, sin haber dejado la decisión definitiva para después de haber hecho oración. En medio de los múltiples asuntos y cuestiones que la ocupaban, y hasta entre el tropel y confusión de la gente, rezaba su corazón, y hasta de su boca brotaban frases cortas, pero llameantes, á Dios. Á pesar de su continuo trabajo, cumplía la palabra del Señor: «¡Orad incesantemente!»

Tal era el manantial de su fuerza, la cual tenía que emplear muy especialmente en su misma persona, porque era por naturaleza quisquillosa, violenta, terca é impaciente. Una palabra que no le agradase bastaba para desencadenar en ella toda una tempestad. Á fuerza de rezar y luchar consiguió, por fin, llegar á ser enteramente dueña de sí misma y á transformar por completo su carácter.

Una vez alcanzado el imperio absoluto de sí misma, ejerció también un dominio maravilloso sobre los demás, y desarrolló tal diligencia, que parecía poseer un tesoro inagotable.

Y así era, en efecto; su tesoro era el propio corazón. En él conservaba á Dios, y por eso era de todos y podía atender á todos sin agotarse jamás. En aquel tesoro se poseía á sí misma, y por lo tanto no podía perderse; no se le acababan el fuego ni la fuerza necesarias para atender á tantísimos asuntos, y conservaba, aun en medio de la agitación y de las preocupaciones en que vivía, una calma, habilidad é interioridad perfectas: tal es la causa de que fuera todo para todos y de que atendiera á los cuidados de los demás sin menoscabo alguno de sí misma.

De aquí procedían la libertad de su espíritu y la facilidad con que pasaba de una obra á otra, de la oración al trabajo y de la conversación á la meditación espiritual. Sus máximas favoritas eran las de la Imitación de Jesucristo: «Por Dios, hay que saber abandonar á Dios»; y la suya propia: «Para Dios debemos tener el corazón de un ángel, para el prójimo el de una madre y para nosotros mismos el de un juez».

3. Á esta hermana Rosalía ya la habrá encontrado alguno de mis lectores en una edición abreviada ó en alguna traducción resumida.

No es siempre la misma: también tiene sus momentos de flaqueza, en que le parece que depende más del trabajo y de la habilidad que del espíritu piadoso, más de la cantidad de las obras que de su calidad; pero por ello recibe su castigo y entonces vuelve á recobrarse nuevamente.

Se la encuentra en todas partes, ya en un hospicio, ya en un hospital, hoy con este hábito, mañana con otro, á veces hasta con traje seglar. Pronto se averigua en donde para, pues apenas ha entrado uno en el recibimiento, cuando ya llaman á la puerta diciendo: «Sor Rosalía, venga un instante». Si se atraviesa el pasillo del hospital, ya nos sale al encuentro un médico que pregunta: «¿No es ésta sor Rosalía?» Si se sube las escaleras en su compañía, suena tres veces el timbre, y la hermana dice sonriendo: «Tenga un poco de paciencia, que en seguida vuelvo». Y así sucesivamente, hasta que tan continuas interrupciones acaban con la paciencia del más estoico. En cambio, sor Rosalía no pierde un momento su sonrisa imperturbable; sólo que agarra de vez en cuando su rosario ó inclina la cabeza un momento, como si quisiera recordar algo, pero en seguida está nuevamente serena y dispuesta para todos, contenta y apacible; cualidades que infunde á los demás, pues éstos parecen también tranquilizarse y contentarse con sólo la presencia de sor Rosalía.

4. Para hacer resaltar el contraste, abandonemos á la

hermana y penetremos en una reunión pública ó en un círculo donde se hallen reunidas algunas de las llamadas abogadas de los derechos femeninos, y contemplemos á la mujer moderna y su obra, como meros, pero atentos espectadores.

He de presumir que mis compañeros van conmigo, no solamente exentos de prejuicios, sino animados por un sentimiento de sincero interés hacia lo que conmueve tanto á las señoras; aun diré más, con la convicción irreductible de que luchan por una causa justísima y necesaria, según su modo de ser.

He de presumir también que no se han de dejar arrastrar en el acto por la primera impresión que les produzcan los portavoces de estos círculos, porque esa impresión no suele ser, por lo general, muy atractiva. Si se estudia las 125 cabezas características de las feministas que reproduce B. Menant en su folleto «La cuestión femenina» *(Revue Encyclopédique, 1896)*, ó los retratos que presenta el inagotable Stead año tras año en la *Review of Reviews*, dan ganas de preguntar cuántas de aquellas fisonomías logran inspirar confianza. La mayoría denotan seres neuróticos, amargados, exigentes y batalladores, y en casi todos se observa la violencia, las contracciones del disimulo, del descontento y de la misantropía. Rara vez producen el efecto de paz, de caridad y unidad internas.

Sin embargo, las apariencias engañan, y ningún hombre reflexivo juzgará el valor de una cosa exclusivamente por su efecto exterior. Veamos, pues, las obras de esas señoras.

5. Sería una injusticia notoria que no concediéramos á sus buenas intenciones y á su celo infatigable la debida muestra de nuestro respeto y aprecio; que no confesáramos que han logrado muchas veces grandiosos éxitos. No hay uno solo de los objetos dignos de fijar la atención especial de la mujer, que no haya merecido el examen cuidadoso de esas defensoras de los derechos de la mujer: tales son la beneficencia de todas clases, las escuelas, la educación,

el cuidado de los enfermos, la higiene, la cuestión de viviendas, las cocinas populares, la enseñanza del gobierno doméstico, la lucha contra el alcoholismo y la inmoralidad, las cajas de socorros, la protección de las jóvenes, el trato de las obreras en las fábricas y talleres, además de otros muchos asuntos humanitarios cuya importancia no puede ser nunca bastante ponderada.

6. Pero cuanto mayor es la aprobación con que recibimos esta muestra de su actividad, tanto más doloroso es el sentimiento que nos produce el ver que estas mismas campeonas de los derechos femeninos se preocupan por cosas que no tienen absolutamente nada que ver con la misión de la mujer.

¿En qué puede fomentar la cuestión femenina, prescindiendo ya del socialismo y del anarquismo, esa guerra sangrienta que se hace en favor del reconocimiento de los animales como seres morales, extraña campaña en la que descuella impertérrita Miss Frances Power Cobbe, que ha escrito en su defensa nada menos que 173 folletos y hojas sueltas? Ó ¿qué beneficios puede reportarle ese fanatismo por la cremación de los cadáveres, con que la Sra. Potonnié-Pierre ha turbado, aun después de muerta, el sosiego del mundo? ¿Qué bienes producirá ese celo furioso con que Ellen Key y la Sra. Sandström abogan por la transformación del matrimonio en sistema del amor libre, que resultaría indefectiblemente el medio más seguro para privar á la mujer de todo valor y de toda defensa? ¿Qué relación habrá entre los derechos de la mujer y esa afición de Jorge Sand, Madame Dieulafoy y Rosa Bonheur, por el traje masculino? ¿Qué tendrá que ver con los mismos, esos esfuerzos fanáticos de las Sras. Blawatsky y Ana Besant, por introducir entre nosotros y hacer elegantes el budismo y las siniestras pruebas de los fakires? ¿En qué podrá servir los intereses femeninos esa acritud ciega con que Madame Gageur-Miguerot ataca el clericalismo? ¿En qué les atañe las blasfemias que lanza la Sra. Hilde Sachs contra la Virgen? ¿Qué beneficios pueden reportar-

les, esa cólera contra la aristocracia, esa agitación en favor del catecismo de los legos, esas injurias venenosas contra la Santísima Trinidad, con las cuales pretende desahogar su furia la señorita Rouzade? Errores son todos estos que sólo confirman el adagio:

«Con su aguda penetración, adivina la mujer fácilmente lo más adecuado y justo. Pero cuando pretende proceder como un hombre, cae con facilidad en el mal».

En efecto, ¿qué han ganado las mujeres en favor de su causa con todos esos excesos, plagios y copias de los hombres incrédulos? ¿Qué bien les ha reportado á ellas mismas? Ahora lo veremos: Algunas se han suicidado, desesperadas ante su propia miseria espiritual, como Luisa Brachmann y Leonor Marx Aveling; otras han perecido prematuramente, víctimas de larga y dolorosa consunción interior, como la pobre María Baschkirtzew, la notable pintora, y la tan celebrada profesora de matemáticas Sonia Kowalewska, á quien Laura Marholm, en su obra *Libro de las mujeres*, da con tanta propiedad el título de «víctima de la época».

7. Justamente; «víctima de la época» es la calificación más adecuada y conforme. Esta sola expresión nos ahorra el contestar á la pregunta siguiente respecto á la utilidad que estos talentos hayan podido reportar al mundo. Con terrible realismo nos pinta la verdad el cuadro de Enrique Martín titulado *Camino del abismo.* El lienzo representa una mujer modernísima, con alas de murciélago, coronada la cabeza con la yedra de las bacantes, y á la que siguen en tropel una multitud de hombres, jóvenes y viejos, y mujeres. Hacia abajo va aquella muchedumbre, siempre hacia abajo, á paso lento y continuo. Muchos caen exhaustos en el camino, pero por encima de ellos pasa el gentío apiñado, siguiendo á la que los conduce derechos al precipicio. En los aires revolotean innumerables cuervos y buitres que también siguen á la multitud. Estas aves de mal agüero son más listas que los hombres y adivinan el final que ha tener aquello; en cambio, los seducidos no sos-

pechan siquiera la existencia del abismo á que van acercándose con pasos vacilantes, ó, si lo sospechan, no tienen ya voluntad para detenerse: la hechicera parece haberlos embrujado, no sé si á pesar de ellos ó precisamente por su propia maldad, pues al traves de su envoltura suelta y transparente se ve bien á las claras el verdadero ser de la tentadora.

Está muy lejos de nosotros el querer insinuar, con este ejemplo, que todas las señoras que hemos citado hagan el papel de Circes, pues la mayoría de ellas pertenecen también á la gran procesión que camina hacia la muerte. La hechicera es el mundo mismo, extraño á Dios, ó, como dicen ahora (porque al mundo le desagrada tanto oir su propio nombre como á su rey y señor, el suyo), la opinión pública, el tiempo. Individualmente sólo son víctimas del espíritu del mundo, ó mejor dicho, y repitiendo la palabra adecuada, «víctimas de la época».

8. Lo que queremos decir aquí es algo muy diferente. El contraste que ofrecen aquéllas con la hermana Rosalía, que acabamos de describir, nos lo enseña con claridad meridiana.

Por eso, para poder sostenerse libre é independiente ante el mundo; para no ser arrastrado al abismo por tan fúnebre séquito, necesita el hombre ser fuerte por sí mismo y firme como una torre.

Pero para que su actividad sea fecunda y bendecida en el mundo, necesita ser el hombre tan claro de inteligencia como entero de carácter; es decir, ser un todo completo y dueño absoluto de su persona.

Desgraciado de aquel que se atreva con el mundo antes de haber terminado consigo mismo; al mundo no le sirve para nada, y, además, se pierde á sí propio.

Sin daño para sí y en favor del mundo puede obrar exteriormente sólo aquel que haya descubierto, en el arte de la vida interior, el secreto de reponer inmediatamente del manantial inagotable de fuerza y de vida, ó sea, de su unión con Dios, todo el gasto que se haya hecho de su ca-

lor y energía. Sólo así puede uno evitar el hundirse en lo terreno; sólo así se logra hacer llegar al mundo el soplo del Espíritu sobrenatural; solo así podremos tener la seguridad de que nuestro camino no conduce al abismo, sino á las alturas.

9. No, no, repito; el mundo no pierde nada con que nosotros tratemos, preferentemente, de hacernos fuertes y sanos. En cambio pierden nuestras obras vigor, y nos perdemos á nosotros mismos, si no buscamos nuestra fuerza, antes de hacer ó emprender algo, en donde únicamente podemos encontrarla.

Con razón dice Pitágoras, el viejo maestro de la vida interior: «Procedemos de Dios, como el árbol de la raíz, y el arroyo del manantial; por eso debemos quedar siempre en comunicación con Él y agarrarnos á Él como el tronco á su raíz. Pues el arroyo se seca cuando se le separa de su manantial, y el árbol fenece cuando es arrancado de sus raíces».

XIV. Hombres superficiales y hombres profundos. —1. Lo que hace la vida tan difícil á un hombre reflexivo en medio de esta sociedad culta, hasta el punto de ser un verdadero tormento en épocas de lucha interior, de flojedad y abandono espirituales, son la superficialidad, el vacío y la insipidez que encuentra en el trato con sus semejantes. Se retrocede ante la tentación de formular un juicio temerario, y, sin embargo, no puede uno menos de recordar las palabras del Salvador: «¿Con qué voy á comparar á esta generación? Se parece á los niños que, sentados en la plaza, gritan á sus iguales: ¿Hemos cantado y no habéis bailado? ¿Hemos gemido y no habéis llorado?» (Math. XI, 16, 17).

2. Ni siquiera se trata aquí de la gran musa de los llamados cultos ó incultos; todos sabemos ya lo que llena por completo el círculo de sus pensamientos, aunque no el de su corazón: la comida, la bebida, el teatro, la caza, los caballos, los perros, los chismes; esto es, deportes, excursiones, fondas... y aun cosas más bajas que será mejor callar. Esta

miseria intelectiva hace el trato social enteramente imposible para un hombre serio. Hasta á la gente que no peca de piadosa se le oye decir: «He renunciado á mis relaciones sociales por completo, reduciéndolas á lo más imprescindible, porque no puedo descender á ciertas cosas que son del agrado de la sociedad actual, y á ésta no hay poder humano capaz de elevarla y ennoblecerla».

3. Pero ¿adelantaremos algo dirigiéndonos á la llamada *crema* de la sociedad, ó sea, á los hombres de ciencia, á los literatos y artistas? Ni aun la propia experiencia llega á convencernos, pues las conversaciones de la «flor y nata» se diferencian muy poco de las del pueblo ordinario: tan poco es lo que saben hablar aun de las cosas que se refieren á su especialidad. Si esperamos que nos den ciertas aclaraciones nuevas, la contestación que recibiremos al preguntarles se reducirá á: «No estoy muy al corriente del asunto, y no traigo aquí los apuntes». Á lo mejor, y cuando ya dicen mucho, suelen responder también: «Sobre esa cuestión hallará V. datos muy interesantes en la biblioteca tal, libro cual». Yo era muy joven aún cuando hice semejantes estudios, los cuales me desanimaban y desengañaban con harta frecuencia. Sin embargo, me figuraba que debía consistir en mi falta de habilidad, ya fuera por no saber descubrir un manantial vivo y fresco, en donde apagar mi sed de información, ó por desconocer el secreto de apropiarme y utilizar sus dones, cuando recibí una carta de un anciano sabio, que, hace ya tiempo, descansa en el seno de la tierra, y era célebre por su conversación interesante, por su ingenio, su jovialidad y sus extensas relaciones. En la carta me decía: «Vive V. en una época más moderna, con lo cual varía para V. mucho la cosa; pero debo confesarle que yo me crié en circunstancias muy difíciles. ¡Cuántas veces, cuando tenía su edad de V., cuando todo fermentaba dentro de mí y me impulsaba á emprender nuevos rumbos, sentí la necesidad imperiosa de desahogarme con otra persona, de confiarle mis pensamientos y aspiraciones, de pedirle su consejo, su juicio! Pero no había nadie, no

encontré á nadie. Todo se volvían frases huecas, lugares comunes, juicios superficiales é irreflexivos, y nada más». Esto me dijo aquel sabio, y sus palabras me infundieron un extraño consuelo, en cuanto puede consolar el que otros no hayan sido más afortunados que uno mismo.

4. Y si ascendemos aún más, hasta llegar á esos círculos en donde es de razón que supongamos hallar lo más selecto de la vida espiritual é intelectual, podrá ocurrir que también experimentemos amargos desengaños. ¡Ay, qué anticuados resultan hoy aquellos que se llamaban varones espirituales, maestros del espíritu! ¡Qué raro es encontrar gente capaz de sostener una conversación sobre cuestiones místicas ó intelectuales! Todo se reduce á hablar de la enojosa política y de los cargantes periódicos que sin cesar nos persiguen. Á esto hay que añadir las anécdotas, los chistes cien veces repetidos ó los juegos de palabras oídos hasta la saciedad y que son considerados en la psiquiatría moderna como síntomas de degeneración mental. Raras veces se encuentra una comprensión profunda del espíritu del mundo, ó de la significación y extensión de las ideas modernas. Tratar de iniciar con gente de esta calaña una conversación sobre literatura, arte ó historia es trabajo perdido, pues se escurren como anguilas y van á refugiarse al pantano de la politiquería. Ya no hay quien se atreva á hablar de la filosofía de la historia ó de la literatura, y aun menos sobre la estética ó la psicología del obrar humano y de la política, como tampoco sobre el espíritu ó tendencia de un libro ó de un drama; en una palabra, sobre asuntos que puedan extender nuestros conocimientos humanos ó psicológicos. Y no digamos nada cuando la conversación entablada se refiere á la fe, á la salvación de las almas ó á la obra de la redención. Entonces aquel optimismo de sonrisa estereotipada no descubre en ellas sino, escasamente, un juego inocente de chiquillos y un progreso, muy justificado, de la ciencia. Pero si pretendiera alguno hablar decididamente sobre cosas espirituales, como hablaron los antepasados con Casiano; sobre

la Santa Escritura, sobre cuestiones de fe, sobre los males de la Iglesia y los sufrimientos de los corazones y sobre los peligros del siglo, ya puede tener la seguridad de ser recibido con pasmo y despedido con enojo, además de llevar la tacha de importuno. Con la cómoda expresión de «pesimismo», la mayoría se sacuden todo lo que puede inspirarles pensamientos graves, todo lo que remueve las profundidades de su alma.

Con esta constitución del espíritu concuerdan perfectamente los resultados del trato social. Si deseamos ampliar nuestros conocimientos respecto á las condiciones de nuestra era, por medio de una conversación con un inteligente, y poder así comparar nuestro juicio con el suyo, nos tomaremos una molestia inútil, un trabajo estéril, empezando porque él mismo no sabe nada positivo sobre lo que nos interesa, y acabando porque, ante los aspectos diferentes de su tiempo, se queda el infeliz como el campesino que por vez primera asiste á la ópera. Es verdad que ha leído un número determinado de novelas modernas, que ha visitado unas cuantas exposiciones anatómicas, pero éstas le han privado del habla y del aliento, llenándolo de admiración ó de espanto. Necesitamos en estos días difíciles unas cuantas palabras que nos infundan luz, consuelo y vigor intelectual; pero, por desgracia, sólo obtenemos algunos lugares comunes que puede ofrecernos tan buenos, ó mejores, cualquier hombre de mundo; mas no podremos decir, en cambio, que nos hayan acercado á Dios ó al origen de nuestro malestar, ni tampoco que nos hayan llevado á conocer nuestro amor propio ó á fortificar nuestra sumisión bajo el peso de la cruz. Aspiramos á edificar nuestras almas con los sermones de un celebrado orador, y no sabemos lo que nos pasa; lo cierto es que, en lugar de sermones, nos parece oir recitar artículos de fondo de un diario. Dolorosamente impresionados salimos del templo, aún más sedientos y agotados que antes, porque el agua que suponíamos clara, fresca y profunda resulta tibia y superficial.

5. Está lejos de nosotros querer expresar con esto una condenación general ó la afirmación de que ya no hay gente profunda. Acaso esté la falta en nosotros mismos, porque los iguales siempre se encuentran. Sin embargo, por escasos que sean los hombres profundos, aun se hallan cuando se los sabe buscar y se los quiere encontrar. Tal como hoy en día es la generalidad de los hombres, es lógico que no les sea fácil topar con esas almas bienaventuradas. El que considere la extravagancia, la arrogancia, la violencia ó la anormalidad como señales de un espíritu sobresaliente, pasará sin sospecharlo siquiera al lado de un hombre verdaderamente profundo; pues es difícil que se halle cosa más sencilla que esas almas de quienes dicen las Escrituras: «Toda su belleza está por dentro». (Ps. VIL, 15). Eso de ponerse en primera fila y usar modales excéntricos y arrogantes, tan comunes en nuestros jóvenes del día; ese afán de llamar la atención, tan frecuente en nuestros genios, forma el contraste más opuesto y visible con el carácter de aquellos hombres privilegiados, pues cuanto más rebosa su interior de valor espiritual, menos importancia y significación dan á las exterioridades. El valor suyo se siente, pero no está á la vista sino en muy escasa proporción. Esto me hace recordar á un hermano lego encargado de la guarda del rebaño del convento, y á una mujer de humilde condición que habitaba en la soledad de los montes, y en los cuales nadie hubiera observado importancia alguna, pero que eran muy solicitados por la gente ilustrada cuando ésta había llegado á tratarlos una sola vez. Es decir, no todos los buscaban, porque no es tan fácil y hacedero tratar con almas de su profundidad, pues éstas no siempre resultan agradables. El que teme la verdad evita su mirada, que parece atravesarle de parte á parte y desentrañar todos los repliegues y móviles del corazón; además, aquéllos no suelen dar rodeos ni hacer cumplidos, pues si saben callar, en cambio no saben sino decir la verdad escueta, lisa y llana. Eso todos lo saben, por lo cual hay muchos, la

mayoría, que esquivan su encuentro con secreto terror.

6. No obstante, si se tiene el valor de tratar con ellos, al poco tiempo parece que se abre un mundo nuevo ante los ojos, mundo que permanece oculto al hombre vulgar como si estuviera encerrado en las profundidades de una mina. Poseen una dignidad que es tanto más maravillosa cuanto que no es producida por la cortesía exterior ni por la educación artificial; y una quietud, un silencio, una resolución y un recogimiento que recuerdan el templo de Dios, por lo naturales y lógicos que resultan. En ellos no producen excitación los pesares ni las ofensas, ni se origina el desconcierto ó la turbación por una ocurrencia imprevista, ni existe el malhumor, el desaliento ni la cobardía. Las almas profundas difícilmente pronuncian su juicio, pero, pronunciado, no hay nada que lo haga variar ó perturbar cuando ha de decidir sobre el valor ó la insignificancia de una cosa, sobre la firmeza ó la infidelidad de una persona. Su lenguaje es siempre modesto, pero está muy alejado de todo género de servilismo; su actitud es siempre noble, aunque incapaz de imitar las exageradas reglas de las costumbres hueras; pues poseen un manual de urbanidad propio que no tiene nada que ver con las lisonjas del salón, de tal modo que la dama elegante más remilgada sería incapaz de seguir sus sencillísimas fórmulas, y es que pesan las palabras como el oro, sin ser por esto molestos ni campanudos; pero al mismo tiempo pesan también las palabras de los demás con tal cuidado, que el derrochador irreflexivo de las mismas se asusta de ver todo lo que encierran ó debieran contener sus ligeras frases. Observando con cuidado lo mismo su conducta que sus palabras, nos ofrecen la impresión de uno de esos árboles cuyas raíces, penetrando hasta lo más profundo de la tierra, tocan las venas líquidas de los manantiales: tal es la firmeza, la solidez, la lozanía y la frescura de todo lo que producen.

7. Y á esto corresponde lo que conceden al prójimo. No es que tengan muchas palabras de consuelo para el afligi-

do, ni que éste las exija tampoco; mas las pocas que dicen salen de tal modo de un corazón contento y fervoroso, que comunican también calor y contentamiento á los que las escuchan; y, además, están tan compenetrados del espíritu de Dios, que llegan á templar la tempestad deshecha del alma y acaban por reconciliar al espíritu rebelde con su Dios. Acaso no posean grandes conocimientos ni exceso de ciencia si se los mide con el rasero de la ciencia universal, pero cuando les piden un consejo responden con unas cuantas palabras que pueden servir de guía para una docena de preguntas nuevas. Y para terminar, si les exigís una norma y una decisión referentes á cosas de la vida espiritual, saben á veces contestaros con una sola frase que resuelve las dudas de media vida, y que muestra para la otra media el camino seguro y recto. En ocasiones no es preciso que hablen ni muevan los labios; se siente uno invadido por una sensación de tranquilidad y seguridad absolutas con sólo verlos y saber que los tiene á su lado. Siempre y en todas partes saben mostrarnos á Dios y conducirnos á Él, sin que para ello se muestren importunos ó indiscretos; á menudo, hasta sin mentar al Señor para nada.

8. Todo el secreto de la profundidad de estas almas puede resumirse en dos puntos: en que han aprendido á fijar sus ojos en Dios, de tal modo que todas las cosas las contemplan desde ese punto de vista y las aprecian según la medida del mismo Dios. La Teología denomina esta claridad del espíritu, virtud y don de la sabiduría. La historia nos presenta como ejemplo á San Benito, á quien fueron concedidos estos dones de un modo extraordinario. Á ellos hay que añadir el abandono completo de la propia voluntad á la Voluntad divina, por medio de la cual se consigue esa tranquilidad admirable, esa firmeza y ese recogimiento, que acaban por comunicarse también á los demás.

9. Este es un estado de alma ciertamente envidiable; y lo más raro del caso es que está al alcance de todos y que todos debieran hacer por alcanzarlo; porque los caminos

que llevan á esa profundidad son tres y excesivamente sencillos: devoción y piedad indestructibles, práctica constante de la meditación y resignación y silencio en los dolores, sobre todo en los secretos padecimientos del alma.

XV. Cuando me fijé en tus ojos.—Cuando me fijé en tus ojos, penetré en tu corazón y sentí envidia.

Tan profundo, tan hondo era, que me sentí un instante cerca del fondo, en el océano de la eternidad.

¡Qué ojos, Dios mío, y qué mirada! Cuando miro los de los demás, veo únicamente un lazo formado por una soga; y un brillo, ya descarado, ya astuto...

Así brilla el fuego fatuo por las noches en el pantano, y cuando el caminante quiere cogerlo, sólo agarra un tronco podrido y se hunde lleno de asombro en el cieno.

Cuando vi tus ojos, contemplé el fondo de tu corazón, y en aquellas honduras se manifestaba la llama del amor á Dios.

¡Qué profundo, qué insondable es ese corazón, vacío por completo del propio yo, erguido hacia las alturas y repleto de Dios, tan repleto como un oceáno!

Cuando miré dentro de tus ojos, sentí desaparecer la duda de que diez justos pudieran salvar á Sodoma de la perdición.

No una ciudad, sino un mundo con toda su carga de pecados reemplaza, cuando Dios mantiene la balanza, un corazón que encierra el reino divino.

Cuando miré tus ojos y leí esto dentro de tu corazón, no sé lo qué pasó por mí, pero sentí todo mi ser conmovido por la envidia. Envidiable y rico es el corazón que se descubrió ante mis ojos. ¡Qué huero y vacío me hallo con el mío repleto de despreciables fruslerías!

Cuando miré dentro de tus ojos, me sentí avergonzado y envidioso, pues en ellos pude leer: «Esta es la recompensa de luchas y pesares».

XVI. La hermana de caridad.—Ya habréis oído que ha sonado dos veces la campana. Con que daos prisa para que no se nos escape el tren.

¡Ya estamos felizmente acomodados, aunque sofocados y oprimidos, porque ya ni un puesto queda libre!

¿Qué querrá esa monja en el andén? Acompaña á un enfermo á Merán; el joven ha vivido demasiado de prisa; ya se ve lo vacilante que es la lucecita de su vida.

¡Qué ruido, qué gritería, qué confusión de voces! Apenas si el escándalo deja notar el estrépito del tren. Uno habla de los cambios, otro de la fonda, aquel del baile y el de más allá del último duelo.

La hermana se oculta callada y apacible en un ángulo del coche; parece la imagen de la muerte, pues se oye, cuando da de beber al enfermo, lo débil que suena su vocecita hueca.

Ahora se precipita el tren en el tunel negrísimo; ya vuelve á surgir á la luz deslumbrante después de haberse anegado en aquellas tinieblas; ya corre veloz junto á un precipicio abierto, como un cometa loco de una leyenda diabólica.

El enfermo gime, le molesta la luz, le pesa el aire cargado del tunel: la hermana se inclina sobre él, muda y tranquila, verdadero dosel de paz y sosiego.

Así vuelan las horas, en marcha veloz; los viajeros habladores se renuevan, se multiplican y se añade una nueva máquina al tren.

La hermana no descansa ni de día ni de noche, vela sin tregua por su enfermo y, cuando le ve cerrar los párpados soñolientos, saca un libro ó la calceta y se pone á trabajar.

Al levantarse la roja aurora se oye que gritan: ¡Ya estamos en Merán!

¡Alégrate, hermana, ya has cumplido tu misión! Sacan al enfermo del coche ahogado y respira como rejuvenecido. ¡Aquello es un paraíso!

También para ti, hermana, ha sonado la hora del descanso. ¿Por qué no contestas? ¿Qué te pasa? La hermana vacila, cierra los ojos; ¡ya tiene el descanso!

XVII. ¡Mira, cristiano, el espíritu de Dios!—El que se jacta de ejecutar payasadas, aunque produzca innume-

rables milagros y permanezca en éxtasis de día y de noche, por dentro estará hueco y por fuera resultará insípido.

Y el que aprieta malhumurado los labios y agarra el arpa del pueblo, rudo y seco, para producir un tono ronco, tampoco dará fruto sazonado.

Aprende del que es como debe: serio, y á menudo sensible, pero que lleva en su rostro apacible la gracia del cielo.

Los burlones huyen de él convencidos de su culpa.

Á los sibaritas y calaveras inspira espanto.

En cambio los niños corren á Él llenos de gozo, y los pobres de espíritu se le acercan con confianza.

En Él, ves, cristiano, el espíritu del Señor, abismado en Dios y alejado del mundo; pero semejante á una estrella matutina que alegre contempla los campos tenebrosos.

CAPÍTULO VIII

El arte de vivir naturalmente

I. La peor de las epidemias.—La peor de las epidemias, la más generalizada y tenaz, la que más víctimas causa, es el miedo al agua.

Millares de personas se debilitan, enferman y mueren prematuramente por no poder vencer su repugnancia al agua limpia y fresca.

Esta afección se extiende hasta el dominio moral. La norma de decir y seguir siempre la verdad lisa y llana es para algunos como una exigencia para que consuman exclusivamente agua fresca, y la pretensión de hacerles escuchar la verdad les produce el mismo efecto que si se les echara agua fría por la cabeza.

Si la humanidad ha de seguir como hasta aquí, bien puede decirse que el temor al agua es una enfermedad indestructible, porque hay cuatro cosas que parecen imposibles á la mayoría de los hombres: el ser natural, el hablar natural, el obrar natural y el vivir natural.

II. Vivir según la naturaleza.—1. Si quisiéramos poner en obra durante el espacio de un año, con toda seriedad y consecuencia, las máximas de los estoicos sobre la vida natural y ordenada, nos asombraría el número de goces inútiles, de costumbres superficiales y de cosas nocivas que hemos convertido en necesidades, y la incapacidad á que hemos llegado para apreciar la naturaleza y comprender su sencilla hermosura; y no hablemos cuando se trata de soportarla y seguirla.

2. Mucho más que en el terreno de la vida material se ha alejado el hombre de la naturaleza en las cuestiones morales. Si la humanidad considera ya las costumbres sen-

cillas y la conducta natural y modesta como señal de barbarie, el nombre de la virtud, que forma el fin de la más elevada pureza y ennoblecimiento interiores, ó sea la candidez, se ha convertido en palabra injuriosa y en sinónimo de necedad.

No es posible que haya prueba más palpable de su alejamiento de la naturaleza pura.

3. Para volver á ésta, para llegar á ser verdaderamente natural, se necesita, como condición primera, que el hombre someta su naturaleza, tal como la halle en el estado actual de su interior, á una purificación y reforma fundamentales; pero ha de ser su naturaleza entera, la moral, la intelectual y la sensitiva.

4. Con esto no quiero decir que todo lo que posee la naturaleza humana sea malo ó falso; este error, originado por un espíritu de secta austero, lo propagan con mejor intención predicadores moralistas que creen deber aconsejar la supresión de un ejercicio de virtud ó de oración para que nuestra naturaleza sienta inclinación por ellas y en ellas se complazca. Por fortuna descansan en nuestra naturaleza muchos gérmenes del bien, y nuestro deber se reduce á darles aire y espacio en que vivir, y desenvolverlos cuidadosamente recurriendo á la extirpación y alejamiento de los malos.

5. Ciertamente, la parte primera de nuestra misión moral consiste en esforzarnos por limpiar nuestra naturaleza de todo lo malo que ha penetrado en ella; y la segunda, en reemplazar ó cubrir los vanos; es decir, en ejercitarnos en aquellas virtudes que nos producen dificultades especiales.

La tercera parte, que es la más importante, está precisamente en que nos apliquemos á la práctica del bien y de las virtudes á que nos inducen con preferencia nuestras disposiciones é inclinaciones naturales.

6. Cada cual tiene su naturaleza, y para cada cual es lógico, únicamente, lo que está en armonía con aquélla. El hombre podría ennoblecerse por medio del arte, como

se ingerta un tronco silvestre; podría aprender é imitar las cualidades ajenas, como se trasplantan los productos de un clima mejor á otro, en cuanto esto es compatible con el terreno y el aire; pero las probalidades que tenga el hombre, sobre todo el que quiera imitar á todos en todo, de alcanzar éxitos y resultados importantes en cosas para la consecución de las cuales no basta la disposición natural, serán tan escasas, por lo menos, como grandes son las dificultades de aclimataruna palmera en Suecia. Todas esas tentativas sólo conducen á la caricatura, al artificio y á la negligencia de aquello para lo cual realmente se tiene disposición.

Que cada uno aprenda á vivir á su modo, es decir, que cada cual estudie hasta dónde llegan sus fuerzas y que las emplee todas en la consecución de su fin.

7. Dice Musonio, el contemporáneo de Séneca: «Es una verdad indiscutible que el hombre vive según la naturaleza únicamente cuando apetece la virtud. La naturaleza del hombre no se ha hecho para la molicie, pues ni aun el caballo cumpliría su misión si no tuviera otro objeto que la glotonería y la lujuria. Hasta el animal vive solamente según la naturaleza cuando ejerce el destino para el cual fué criado. Pues bien, sólo el hombre, entre todos los seres, es la imagen y semejanza de Dios; por lo tanto su misión está en perfeccionar esta imagen. Es decir, que sólo vive según su naturaleza el hombre que pasa la vida en la imitación de Dios, ó sea, en la virtud, y por lo tanto, el hombre que es discreto, justo, fuerte y sobrio, el que es generoso, benéfico y amable, porque así nos imaginamos á Dios». De este modo hablaba el sabio pagano.

III. El cultivo del estilo cristiano.—Un escritor ó un artista que, en su género, es completo, un hombre de cuerpo entero, se delatará en seguida por su estilo; pues sin ser un ingenio de primera fuerza, sin ser un Agustín, un Tertuliano, un Beethoven, un Miguel Ángel, un Fiesole, basta con que se llame Deschwanden ó Juan Klein, Martín de Cochem ó Alban Stolz, para que se le halle en sus obras aunque oculte su nombre.

2. Formarse uno propio teniendo por modelo á un hombre así, es bueno y recomendable, pero imitarle á tontas y á locas, es sencillamente llegar á la caricatura. La misma relación que hay entre Tersites ó la muñeca animada del pintor metida en la armadura de Efesto, y Aquiles, es la que hay entre los grandes predicadores y esos otros que se imaginan que basta copiar á un Segneri ó á un Lacordaire, ante todo y, naturalmente, en sus debilidades, para alcanzar el primer rango entre los oradores sagrados.

El efecto que producen esos remedos es precisamente lo contrario de los éxitos obtenidos por el original; lo que en éste resulta grandioso y arrebatador, llega á ser, en el plagiario, tonto, ridículo y hasta repugnante, lo mismo que ver á David con la armadura de Saúl y al pequeñuelo con el uniforme de su padre.

3. La causa es fácil de adivinar. Los verdaderos maestros del estilo, ó, en otras palabras, los verdaderos artistas se mantienen libres é independientes en su estilo, en su expresión artística; porque ésta es intelectual y moralmente su propia hechura. El estilo, suponiendo que merezca ese nombre, no es un hábito exterior contraído, no es traje de ceremonia, ni composición arbitraria, sino que brota de lo más íntimo de nuestro ser y es la verdadera reproducción de toda nuestra personalidad.

Tomada en este sentido, resulta muy verdadera la frase: el estilo es el hombre.

4. La copia que se limita únicamente al estilo exterior puede, por lo tanto, conducir únicamente al amaneramiento, ó sea, á lo artificioso y antinatural. Si ha de conseguirse algo pasadero por su mediación, será sólo con la condición de que el copista trate de apropiarse en lo posible la naturaleza interior, espiritual y moral, de su modelo.

5. Si esto exige el arte común, en doble medida lo exigirá también la más difícil de todas las artes: el arte de la vida. Debería pensarse que, en este aspecto, la cosa sería naturalísima, y, sin embargo, vemos en todos los tiempos que la minoría, entre los pocos que muestran al-

gún interés por dicho arte de la vida, llegan á elevarse hasta la posesión de esta verdad. La grandeza admirable de San Basilio ejercía en sus contemporáneos, como era natural, tal impresión, que algunos se entusiasmaban al verle, hasta el punto de desear ardientemente conseguir igual perfección. Y ¿en qué creerá el lector que trataron de parecérsele? Pues en su actitud distraída y en su palabra vacilante, que en él eran la necesaria y perdonable consecuencia de una excesiva actividad interna, que no por eso dejaba de ser una imperfección.

Las caricaturas teatrales, de arrogancia mental y moral; la solemnidad y severidad hueras, artificiosas y campanudas, el afan de ostentación y vanagloria, que se disfraza hasta con el ropaje de la religiosidad, nos demuestran que esa aberración es inmoral de todo punto.

Hay que convenir en que todo es apariencia, farsa y artificio, pero no vida verdadera; que todo ello no conduce más que á un amaneramiento estúpido, pero no á un estilo cristiano, y que hay tanta relación entre estas cosas y la perfección como entre Bernini y Miguel Angel, como entre Don Quijote y el caballero sin miedo ni tacha.

6. Lo repito: el estilo cristiano ó la vida cristiana no está en el remedo de penitencias exteriores, ni en llevar la vista baja y hacer largos ejercicios de piedad como vemos hacer á los santos; consisten nada más que en lo interno, y están exclusivamente en la propia personalidad cristiana. La actitud y los ejercicios exteriores no la cubren como un traje anticuado, fuera de moda, sino que surgen de ella misma, como la fuerza y la vitalidad humanas producen las cejas y los dedos.

Ahora, no cabe la menor duda que la disciplina del hombre sensitivo contribuye grandemente al ennoblecimiento de la vida espiritual. Por eso no podemos sino recomendar continuamente las obras exteriores de piedad y el dominio de sí, pero ejecutando aquéllas, no con la intención de haberlo hecho todo y haber cumplido de sobra con

hacerlas, sino con el propósito de purificar, por medio de ellas, lo interno y llevarlo al más alto grado de perfección.

Sépanlo todos: lo que da al cristiano su verdadero carácter y le imprime un sello indeleble; lo que le hace verdaderamente cristiano, ó sea, su estilo, es su interior, su personalidad, su propio ser. También en este sentido podemos repetir las palabras: «El reino de Dios está en vosotros mismos». (Ls., XVII, 21).

7. Para cultivar este estilo cristiano será de gran utilidad que tomemos por modelos á los maestros de él, á los santos, y, ante todo, á Aquel en quien encarnó, de la manera más elevada y al mismo tiempo más sencilla y fácil de imitar, toda perfección: el Hijo del Hombre, denominación que se daba con preferencia á las demás.

Pero hasta la copia de los santos y la imitación de Cristo conduce á la perfección únicamente á aquel que se transforma á sí mismo siguiendo estos sublimes ejemplos, sólo á aquel que imita sus obras y virtudes, en la medida de sus fuerzas, de sus circunstancias y de sus deberes.

San Atanasio refiere del gran Antonio, padre de los monjes, que nunca, ni en nadie, vió algo noble y bueno que no lo imitara en la forma que le era más hacedera y apropiada.

Con esta base nos dió el santo la norma eternamente sólida y conveniente por la cual puede alcanzarse únicamente la formación del carácter ó el estilo cristiano, que estriba en obrar según los modelos sobrenaturales, pero con bases naturales.

IV. No exageréis.—Todo lo exagerado en la expresión—escribía Metternich á Varnhagen—no hace sino perjudicar; yo odio y evito todos los superlativos, pues casi nunca se presentan las cosas de manera que requieran dicha calificación, y, por lo tanto, todo superlativo resulta una falta, ya que falsea la expresión.

V. Base del hombre completo.—1. La base de toda la vida humana, de toda la vida cristiana, tanto natural

como supraterrena, es la rectitud y la veracidad. Lo que no tiene su origen en la convicción, es pecado (Rom., XIV, 23) ó conduce al pecado. Donde no existe una lealtad absoluta en el pensar y en la conciencia y una rectitud inquebrantable que no se doblegue á las consideraciones del propio bien ó daño, no puede haber virtud sólida ni confianza; allí, la justicia se convierte en adulación y la piedad en hipocresía.

2. Con esto no quiero decir que todos hablen como verdaderos niños mal educados, ni que se dediquen á disputas y peleas. Una cosa es no hablar ni obrar nunca contra sus convicciones, y otra empeñarse en imponer su opinión á los demás. La mentira ó el fingimiento no son nunca permitidos; pero el callar por prudencia, por dominio de sí mismo ó por modestia, convierten realmente el amor á la verdad en virtud cristiana.

3. Cuanto más se transforma en deber la fidelidad á las convicciones y á la rectitud, tanto más grande es nuestra obligación de formar las convicciones y la conciencia de modo que podamos hablar y obrar según nuestros impulsos interiores.

Por esto cometemos una gran falta en nuestra educación, si, semejantes á los curanderos charlatanes, sólo curamos la superficie del hombre externo y descuidamos por completo la transformación del pensamiento y de la voluntad.

4. Esto es, que al insistir en que haya veracidad y fidelidad en las convicciones, no exigimos que el cristiano, como otro Tineo, se precipite lanza en ristre sobre sus semejantes, ni que, como suele decirse, diga á todos la verdad lisa y llana; sino que deseamos, en primer lugar, que trate de conocer él mismo la verdad, y, una vez conocida, que la practique según su conocimiento y su conciencia se lo aconsejen.

5. El verdadero celo en favor de la verdad se muestra mucho menos en exponer la verdad á todo el mundo que en decírsela á sí mismo, y aun más en consentir que se la digan los demás, fiel á la palabra del Señor: «Como

oigo juzgo, y por eso es justo mi juicio; porque yo no busco mi voluntad, sino la de Aquel que me ha enviado». (Joan., V, 30).

6. Se necesita poseer un celo muy firme y desinteresado por la verdad, para llegar á comprender la suma de falsedad y disimulo, ó, como suele decirse en tono de disculpa, de egoísmo que encierra lo más hondo de nuestro ser; y un celo mucho mayor para aceptar todos los medios, si no de buen grado, al menos en forma inequívoca para purificar nuestra naturaleza de esas pústulas cancerosas que la corroen. Tal es el sentido que debemos ver en las palabras: «La verdad os hará libres». (Joan., VIII, 32). Y entiéndase bien; esto no quiere decir que la verdad vaya á abolir la ley, la disciplina ó la sumisión, sino que da á entender que es preciso sentir un amor muy fiel y muy sincero por la verdad para libertarnos de nosotros mismos, para romper las cadenas del orgullo, de la suspicacia y de la falsedad que nos sujetan.

7. Aprender la verdad, venga por el camino y en la forma que quiera, es el principio de la sabiduría. Poner en obra la verdad, sea ésta ó no de nuestro agrado, ya sirva para humillarnos ó enaltecernos, aun cuando nos exija los mayores sacrificios, es la raíz de la justicia; y la verdad y la justicia hacen al hombre completo.

VI. El camino recto.—1. Dicen que el camino recto no es siempre el más corto, y tienen razón los que tal afirman, si interpretan la expresión refiriéndose á la línea que tiramos con la regla entre dos puntos. Un loco ó un idealista desconocedor del mundo real, puede tirar sobre un mapa geográfico una línea recta de Viena á Berlín y recorrerla á su antojo, sin tener en cuenta si la línea atraviesa ríos y pantanos, montes ó llanuras; en cambio, el resto de la humanidad sabe perfectamente que en este mundo, en que hay que considerar también á las personas y las cosas, no debe entenderse la palabra en su sentido geométrico, sino condicionalmente, es decir, en relación con las circunstancias dadas.

2. Á pesar de esta suposición, hay que reconocer que la antigua máxima de Euclides resulta cierta en la vida moral, aunque la sociedad «superculta» distienda espantada el entrecejo.

Sin duda alguna que la ignorancia, el completo desconocimiento del mundo y la brusquedad de carácter, relacionados con esta máxima, hieren millares de veces é imposibilitan la consecución del bien anhelado. La gente que carece de la virtud de la discreción y de la modestia suele ser á menudo causa de grandes males, pero no porque empleen el camino recto, sino, al revés, porque no saben hallarlo.

Para aquellos que son dueños de sí mismos, el camino recto es siempre el más seguro y el más corto, aun que esté erizado de dificultades. Según dice Teófilo de Antioquía, los pillos, en cuyos corazones parecen anidar los zorros, podrán alcanzar cierta preponderancia merced á sus manejos é industria, pero por último harán verdadero el refrán de que la honradez dura más, y aquel otro de que con la verdad y la sinceridad se llega antes al fin.

3. Tanto á la honradez como á la veracidad, da fuerzas y vigor aquella virtud que recomienda con tanta insistencia el espíritu de Dios como el principio de la sabiduría (Ps., CX, 10), como el pináculo de la modestia (Prov. XXII, 4) y como sabiduría perfecta (Eccli., I, 20): el santo temor de Dios.

4. Por eso no podemos dar mejor consejo á aquel que quiera llegar seguro y con el menor gasto posible de tiempo á la perfección, que las palabras siguientes: «Teme á Dios y sólo á Dios, y marcha por el camino recto».

VII. Debemos cumplir toda justicia.—1. Durante una gran temporada se discutió extensa y violentamente, en el terreno de la reforma social, si ha de mejorarse la suerte de los trabajadores y de los míseros por medio de la justicia ó de la caridad. Prueba elocuente de que basta que los hombres empiecen una discusión para que dejen de entender las cosas más esenciales.

Debiera uno figurarse que en esto ha de valer el dicho: «Lo uno hay que hacerlo, lo otro no omitirlo» (Math., XXIII, 23). El derecho y la justicia son, indudablemente, la base de toda la vida moral y pública. ¡Valiente caridad es esa que salta por encima del deber, y luego quiere reparar la falta prodigando, á su antojo y capricho, beneficios voluntarios! ¿Qué pensaríamos del fabricante que le retuviera los jornales á sus obreros, y, en cambio, les diera el día de su santo una comida opípara?

Primero, el fundamento; luego vendrá la coronación del edificio; ó sea, primero la justicia y luego el amor. Á este último ya le quedará bastante que hacer, porque no corre el peligro de que el mundo se arregle solamente con la justicia austera. Lo único verdadero es que allí donde falta la justicia, tampoco se ejerce el amor en su debido orden, y que las obras voluntarias de amor á Dios y á los hombres florecen mejor cuando se atiende á la ley y al deber con escrupulosidad y no falta nada en el cumplimiento de la más perfecta justicia.

2. En el dominio de la política social se ha dado ya fin á la disputa en este asunto, porque la necesidad misma de la situación ha acabado por producir la luz; pero en la propia vida, la mayoría no aciertan á resolverla. Y no es que nos refiramos á aquellos que sólo piensan en sus diversiones y caprichos; nos referimos más bien á aquellos corazones buenos y generosos que se entusiasman por todos los objetos benéficos y que forman parte de todas las congregaciones y sociedades filantrópicas; á aquellas almas piadosas que no descuidan una función religiosa, una fiesta benéfica, una peregrinación; á esos fogosos reformadores del mundo, á quienes conocen las reuniones políticas, las empresas sociales, todo nuevo periódico; pero que, en cambio, se alejan y extrañan al mismo tiempo de tal modo de su familia, de su profesión seglar ó espiritual y, á menudo, de su propio interior, que acaban por encontrarle ya insípido.

Esto es una gran aberración. Nadie se atreverá á ala-

bar á una madre que descuida la educación de sus hijos por ocuparse en la de los niños abandonados; nadie ensalzará al pastor de almas á quien resultan demasiado cansadas y molestas la sacristía, la escuela, el confesonario y el púlpito, aunque resulte una verdadera notabilidad en las cuestiones sociales y el trabajo que le produzcan las sociedades y reuniones acaben por hacerle sucumbir.

3. También aquí viene como anillo al dedo lo de: «Mas todo se haga con decencia y con orden». (I Cor., XIV, 40).

El verdadero orden está, primeramente, en la justicia, luego en el amor; primero en el deber, luego en la diversión; primero en lo mandado, luego en lo aconsejado, y, por último, en la afición.

De este modo sencillísimo se cumple toda justicia, no sólo la perentoria é imprescindible, sino también la más remota. Porque enseña una vieja experiencia que hasta las cosas voluntarias las practican con más constancia y éxito los que son más fieles en lo mandado.

VIII. Buena crianza y mala crianza.—1. Suele decirse que la diferencia única que existe entre la gente bien educada y la mal educada, entre la culta y la inculta, está en que la primera sabe separar la persona de la cosa; es decir que, por una parte, no duda de la justicia de una buena causa porque los representantes de ésta ostenten algunas debilidades personales, y, por otra, que sabe combatir los errores y sostener decididamente su opinión, sin que por eso niegue á sus adversarios el respeto y las consideraciones debidos; mientras que á la segunda, le basta la menor cuestión, el más ligero desliz en el terreno de la verdad para desacreditar al hombre más honrado y los más nobles intereses ante el mundo entero, hasta conseguir á veces su completa destrucción.

2. No cabe duda en que esta palabra encierra algo de verdad, pero tiene el defecto de que no penetra la cuestión hasta el fondo, si con la expresión «buena crianza» se quiere representar únicamente la disposición exterior y la

nobleza de la sangre, ó aquel amaestramiento externo que también puede darse al animal.

Lo poco que sirve dicho amaestramiento para ennoblecer el corazón puede verse precisamente en determinadas ocasiones.

Conviene, pues, evitar el trato con hombres que cifran toda su buena educación en etiquetas y cumplidos; porque si, por casualidad, se omite una reverencia ó un saludo, se convierten en enemigos acérrimos del olvidadizo, y si, por añadidura, se tiene la desgracia de no pensar como ellos, ya puede aquél considerarse condenado en todas partes en donde los otros llevan la voz cantante.

3. Sólo aquellos que se reconocen falibles, sólo aquellos que saben dominarse y á quienes interesa la verdad y no sus opiniones propias, son hombres que pueden soportar la contradicción. También éstos, pues para eso son humanos, podrán olvidarse un momento, una temporada, pero siempre vuelven á recapacitar y al dominio de sí mismos. Y en cuanto tornan en sí, vuelven también á soportar al prójimo con todas sus debilidades, y se valen de su ayuda para fomentar el bien común.

4. No existe sino una sola buena crianza verdadera, y está en el dominio de sí propio; cuando éste falta, allí donde reinan la soberbia y el egoísmo, toda la nobleza de la sangre y la finura exterior aseméjanse á una capa corta y raída que cubre mal la rudeza del corazón; es decir, que el tono más refinado mora en una misma casa con la mala educación y la más brutal grosería.

IX. La sencillez de las máximas de vida cristianas. —Da á tus contemporáneos lo que necesitan, no lo que alaban—dice Schiller.—Esta frase merece toda nuestra aprobación, á pesar de lo cual adolece de dos dificultades. 1.ª El saber desdeñar la aprobación de los hombres, que exige no escasa fuerza de carácter; y 2.ª el llegar á averiguar de un modo terminante lo que pueda convenir al tiempo, cosa mucho más difícil de lo que supone la mayoría de la gente.

La religión cristiana sabe poner remedio á ambas dificultades del modo más sencillo y natural, diciendo: Obra de modo que puedas creer que si la posteridad no te alaba te alabará Dios en la Eternidad.

X. La filosofía de mi madre referente á la vida.— Lo mismo los jóvenes que los sabios caballeros, y las damas modernas, me arrojan entre la granza, porque no soy nuevo, de última novedad.

Pero cuando les pregunto qué debo hacer para llegar á serlo, cuchichean entre sí misteriosamente como personas que tienen patente y desconfían de un competidor.

Yo bien quisiera entrar en la competencia, si en la gente nueva y jactanciosa hallara la enjundia y el seso que pregonan, ó al menos si los hubiera en sus obras y en sus consejos.

Mas cuando busco el sentido de sus palabras, parece que éste se deshace en neblina; y si examino lo que hacen... ¡más vale callar, por indulgencia!

Por eso seguiré guiándome por mi antiguo reloj. Todos los nuevos caminos son engañadores; sólo encuentro en ellos palabras soberbias, y hombres hueros y deformes.

Por fortuna el tono antiguo que me enseñó mi madre es tan sencillo, que hasta los muchachos lo aprenden, y siempre concuerda con la vida.

Decía mi buena madrecita á menudo: «Las elevadas frases sólo son farsa; el charlar mucho hace niño y enano; sólo te harán hombre las obras serias.

»Por eso, no te propongas maravillas; véncete á ti mismo callada y humildemente, domina el ingenio, la charla impetuosa, el placer del juego y la voracidad en la comida.

»El que no puede domar el sueño, nunca será un hombre de carácter.

»La casa donde todas las comidas se convierten en banquetes llega á ser un edificio ruinoso.

»Sé de ti mismo criado y médico, que eso fortifica el cuerpo y aguza el espíritu.

»El que molesta inútilmente á los demás en propio provecho será toda su vida un ser flojo y estúpido.

»Vence con firmeza la sed y el sufrimiento.

»Mantente casto en el pensamiento y en el corazón.

»Resístete á todo lo muelle, y hazte valerosamente daño á ti mismo.

»No se muere uno por un poco de agua ó viento; mucho antes mata lo dulce y lo suave: la gota huye de lo frío y de lo duro, pero se complace, y se sienta á sus anchas, en donde encuentra blandos cuidados.

»No te quejes nunca de la culpa ajena; aprende á doblegarte con paciencia á los caprichos de los demás en vez de satisfacer los tuyos.

»El día más hermoso para ti será aquel en que hayas mostrado tu fortaleza en la privación; aquel en que hayas vencido tus deseos y hayas domado tu rabia y tu disgusto.

»Hablar la verdad á pesar de la mofa de los demás; sacrificarse por todos sin esperar la recompensa; guiarse sólo por la conciencia: ¡eso sí que es ser libre é independiente!

»Sólo el que soporta con tranquilidad las injurias y coloca las injusticias recibidas á los pies de Dios; sólo el que es fiel á su deber, prodúzcale éste alabanzas ú odios, ese es todo un hombre, ese merece confianza.

»Pero no llegarás á tanto, por mucho que te empeñes, si no te olvidas primeramente de ti mismo; sólo aquel que tiene el temor de Dios metido en los tuétanos y renuncia á su voluntad, llegará á ser hombre fuerte.

»Porque sabrás que lo que hace al hombre débil y variable como una veleta, cobarde y mísero, es sólo el tan mimado *yo*.

»Por eso no te atrevas á grandes cosas; la caída vendrá en el acto: la yedra la cría el sol, los hombres necesitan sólo el auxilio de Dios.

»Mantente siempre, sin temer á los hombres, valeroso y fiel á tus convicciones con Dios y tu conciencia, que así no te dañarán los huracanes, ya vengan del Norte, ya de Poniente».

Esto me decía mi buena madrecita, y así lo practicaba ella con la mayor naturalidad: nunca conocí á persona que pudiera comparársela, tanto en lo fuerte y delicada, como en lo activa, en lo abundante en obras.

¡Oh, sencilla y piadosa madrecita mía! Si yo me hubiera guiado por ti sola y no por el sonido de las frases hueras, ya hace tiempo que sería todo un hombre.

XI. La afición á las rarezas.—Esa afición por las cosas raras no es sino una mezcla de amor propio y de flaqueza, unida á una cantidad menor ó mayor de desvergüenza.

Rousseau hace buena dicha inclinación, entusiasmándose con los antropófagos y sus costumbres, y tratando, entre tanto, de introducir en el pueblo bajo, dándoles el derecho de ciudadanía, los hábitos de la Pompadour y sus secuaces. También lo certifica Beranger, tipo característico é ídolo de los hombres vulgares y de los vividores, que canta la Revolución con un estribillo eterno, aunque él personalmente desearía llevar eternamente la vida muelle y descansada del burgués comodón. Obsérvase también en Wieland, que predica el libertinaje en tal forma que no pudieron inventarlo peor Luciano ni Voltaire, y al mismo tiempo truena contra «la cuadrilla epicúrea de anacreónticos y adoradores de Venus». Puede verse también en las modernas emancipadas, que revelan una sed de sangre y exterminio contra la sociedad en general, y el sexo feo en particular, que nos hace temer por la humanidad, pero que se zambullen en el matrimonio con la rapidez de la lagartija en cuanto un barbilampiño se pone al alcance de su mano.

Todos pretenden únicamente llamar la atención, que es su único objeto; si lograran éste con trabajos grandes y buenos, lo preferirían, naturalmente. Saben muy bien que sólo la sencillez y la naturalidad forman la verdadera distinción, y que lo clásico estriba precisamente en la limitación de ampulosidades y excesos y en la simetría perfecta. Claro es que también comprenden que para llegar á tal

cosa se necesita más de lo que ellos son capaces de producir, y ese sentimiento es el que origina la ampulosidad, la hinchazón, las exageraciones y ese estrépito de genízaros. Al principio, se dedican á tamaño desaguisado con cierta reserva, pero cuando han vencido una vez el rubor natural, ya no conocen medida, y sus excesos se desbordan, sin respeto á límites ni barreras; pues ya dice una experiencia antiquísima que todo el que se desvía de lo sencillo y de lo natural cae en la afectación.

XII. Condición para el éxito.—1. No hay palabra que impresione tanto á nuestra generación, y en especialidad á aquella parte de la misma que se llama con orgullo juventud moderna, como la expresión jactanciosa: «hombre moderno». Lo que éste piensa es la verdad, lo que éste hace es lo justo y conveniente.

2. Pero ¿qué es lo que constituye al hombre moderno¿ ¡Quién lo sabe! ¿Es acaso el desprecio á la tradición y á lo heredado? ¿El ansia de algo desconocido, de algo nunca visto? ¿El impulso desmedido por la libertad? ¿El odio á la autoridad y á la obediencia, al orden y á la disciplina? ¿La tendencia á la arbitrariedad, al capricho y á la autoglorificación? ¿Aquel sentenciar infantil que se halla tan admirablemente retratado en los versos siguientes:

«Cubierto con el gorro de niño, y calzado con zapatillas de abrigo, llama César á un Juan Lanas que no sabe palote de lo que es la guerra?»

Ciertamente, á esto y á mucho más tenemos que recurrir para llegar á agotar lo que ha dado en llamarse espíritu moderno.

Si quisiéramos estudiar á los tan decantados modernistas por medio del análisis, tendríamos que emprender una larga caminata á través de la literatura, del arte y de la ciencia.

Por medio de la vía sintética tiene este asunto una solución facilísima, pues aquélla nos da regularmente y en todas partes la misma contestación: El espíritu moderno está constituído por la tendencia ilimitada hacia la inde-

pendencia, que reside en el interior del hombre; por una arbitrariedad ilimitada en toda su actividad exterior; por la glorificación de sí mismo; por el desprecio á todas las reglas externas y del orden: es decir, que viene á ser un espíritu como Gawan:

«Parecido á una ardilla, salta de un lado para otro, y si acudís en su busca ya no le encontráis». (Parsifal).

3. Como señal distintiva, visible y perenne del espíritu moderno, puede indicarse con toda certeza la indisciplina y la deformidad, ó sea, la carencia absoluta de orden.

En el arte se traduce por falta de estilo, vaguedad, ausencia ó indeterminación de líneas y esbozos.

En la literatura, por el desprecio á todas las reglas de la métrica, del lenguaje y de la lógica.

En la ciencia la libertad absoluta del pensar, libertad que llega á dudar de la tabla de multiplicar y de las leyes del pensamiento; libertad aun para negar la seguridad probada y la verdad valedera para todos y para siempre; la disección dominando universalmente, ó, como dice muy bien Luis Stein: la anarquía del espíritu.

De ahí proviene ese odio á la escolástica, la ciencia del orden y de la legalidad; el desprecio á la Iglesia, fiel guardadora del orden social y moral, y al Cristianismo, la verdad invariable, eterna, que impone á todos deberes y obligaciones.

4. Por desgracia, se ha extendido de tal modo el espíritu moderno, que á todos nos ha contagiado, en mayor ó menor grado. Pues si así no fuera, ¿á qué vendría este desprecio que sentimos hacia todo método, consecuencia y lógica en el pensar?

¿Á qué atribuir, si no, esa repugnancia morbosa contra todo lo tradicional; ese odio hacia el conservatismo; esa ansia nerviosa por todo lo nuevo, lo excitante, lo llamativo y lo violento?

Todo lo que nos llama al orden, á la disciplina, á la autoridad, lo consideramos como nuestro natural enemigo, pero aquello que nos permite dar rienda suelta, hasta lle-

gar á lo ilimitado, á nuestra fantasía y á nuestra arbitrariedad, lo aceptamos sin someterlo siquiera á observación ni á examen.

5. Hasta en cuestiones puramente eclesiásticas pagamos gustosos ese tributo al espíritu del desorden y de la deformidad.

El entusiasmo que despierta la tan cacareada investigación libre, ó libertad científica; la exhortación á ser fieles á nuestra conciencia, á la propia convicción y á la dirección interna del Espíritu Santo—tres cosas que, en otras circunstancias, nunca serían bastante recomendadas, pero que significan únicamente sustracción á la dirección de la Iglesia visible;—el disgusto que producen las disposiciones y mandamientos de esta misma Iglesia; la aversión contra la autoridad y contra todo lo que muestra una constitución sólida, ya sea el orden, las escuelas, los sistemas, todo pone de manifiesto hasta qué punto nos hemos asimilado el espíritu moderno.

6. No son menores los daños y perjuicios que este mal huésped causa en el terreno de la vida espiritual. Los desórdenes que ha originado son motivo de queja de todos, pero rara vez se atreve alguno á buscar la verdadera causa de los mismos. Ésta no hay que investigarla, por cierto, como algunos pretenden, en la fe exagerada de lo sobrenatural ni en la ingerencia de lo ultraterreno en lo terrenal; tampoco está en la educación eclesiástica, ni en la teología, sino en ese malhechor universal, ó espíritu moderno, que lleva en sus entrañas la carencia de orden, de armonía y de disciplina.

Las enseñanzas probadas de los dogmas de la Iglesia, que regularizan con tal firmeza la vida espiritual, han sido desechadas como inútil escolástica. El ascetismo y la mística han sido suprimidas como cosas anticuadas y anticientíficas. Ya no se aprecia ni se hace valer el saber distinguir con prudencia y discernimiento los tres caminos diferentes, el del comienzo, el del progreso y el de la perfección. He aquí el motivo de que la vida espiritual ca-

rezca de fundamento, de cohesión y de virtudes sólidas. Todo resulta arbitrario, confuso, incoherente. El principiante se arroja de cabeza á los ejercicios más elevados de los perfectos, y trata de resolver de golpe y porrazo, á fuerza de locas figuraciones y cosas extraordinarias, los misterios del cielo y del infierno. Ya no hay quien hable de purificación, de abnegación, de mortificación ó humillación de sí mismo, y aun menos de la adquisición paulatina, gradual, de las virtudes, porque esto le resultaría á la presente generación demasiado lento, anticuado y pedante. Consecuencia natural de este estado de cosas es que el inexperimentado navega sumido en éxtasis por aquella ruta diabólica mirando y gozando de sus pasiones para escándalo del mundo y deshonra de la piedad cristiana, hasta que, cansado y aburrido, lo echa todo á rodar, hasta la oración y la virtud, y, con frecuencia, hasta la fe. Entonces, aquellos que debieran haber sido sus guías, pero que, por desgracia, adolecen de la misma manera de comprender el orden y la regularidad que su discípulo, claman al cielo, llenos de asombro por tan inesperado resultado. En cambio, el mundo triunfa, y en él se arraiga la convicción de que toda la fe no es sino fanatismo, y toda piedad engendro de la simpleza femenina.

7. Estos casos nos demostrarán la razón que tenían los antiguos cuando decían, por boca de Hugo de Saint-Víctor: «Lo que sucede sin orden ó contra el orden, es malo».

Y que no había exageración por parte de San Agustín, cuando éste afirmaba: «Donde hay algo de orden, ya hay algo bueno; pero donde no hay orden alguno, tampoco hay nada bueno».

Ello nos hará ver la causa de tantos fracasos en la vida. ¿Por qué tanto trabajar sin fruto alguno? Porque hay falta de orden.

¿Por qué tanto celo y ningún progreso? Porque no hay orden.

¿Por qué tantos esfuerzos sin hallar el fin? Porque no hay orden.

¿Por qué tan buena voluntad y tan mal resultado? Porque no hay orden.

¿Por qué tan hermosas disposiciones y talentos y tan malos frutos? Porque no hay orden.

8. Para asegurar el éxito, es preciso empezar con reflexión y modestia, continuar con lentitud y medida, y progresar con constancia hasta el fin; porque la constancia es la piedra de toque del espíritu de orden.

9. Someterse en el obrar al orden establecido por la ley y el hábito; formar el espíritu pensador según el orden de la fe y de la lógica; purificar el corazón y la conciencia por el orden de los mandamientos divinos y de la vida cristiana; fortificarse y emanciparse: eso es lo que da la virtud sólida, eso es lo que cría cabezas claras y caracteres firmes; es decir, eso es lo que hace hombres de una pieza.

CAPÍTULO IX

El arte de vivir sobrenaturalmente

I. Necesidad de lo sobrenatural.—1. No se necesita ser un misántropo como Timón, ni un juez de menudencias jansenistas para reconocer que en el mundo ocurren cosas poco humanas que á veces llegan hasta la crueldad. Las causas de esto serán las que se quiera; una, sin embargo, hay que consignar forzosamente: el que se hable demasiado poco de los hombres ó de la humanidad. Digo que con inventar motivos tomados exclusivamente de los hombres, de la naturaleza sensual ó del mundo terreno, no se consigue elevar á los mortales sobre su nivel, ni sobre lo sensual, ni sobre el pensar ni el hacer terrenos, cosa imprescindible si se tiene la pretensión de dignificarle y ennoblecerle.

2. Los jóvenes educados exclusivamente en las máximas cristianas ven, llenos de alegría y asombro, abrirse ante su vista todo un mundo nuevo cuando cae en sus manos por primera vez un manual de la ciencia de la vida puramente mundana, como el de Epicteto, las obras de Shaftesbury y Smiles, las conversaciones de Goethe con Eckermann, la dietética del alma por Feuchtersleben y otros por el estilo. Entonces suelen decirnos: «Esto es mucho más vulgar, más comprensible y más al alcance de la vida ordinaria que la Imitación de Cristo y la Sagrada Escritura».

No hay duda; por eso mismo recomendamos siempre la lectura de esas obras y sus doctrinas; pues una vez en guardia contra los diversos errores que encierran, pueden leerse con provecho.

Cuanto más se las utiliza, tanto más halla el lector, pero

el lector que no se contenta con lo diario y lo trivial, sino que quiere hacer progresos en su perfeccionamiento, que esa ciencia mundana no puede dar á su conducta una norma segura, ni á sú corazón elevación y satisfacción eternas. Por aquello de que

«La ciencia mundana te enseñará á escaparte del lazo corredizo; pero si le pides fuerza ó paz, huirá de ti».

Además, la mayoría deseamos pensamientos de virtud curativa que libren el corazón de las raíces del mal y le den fuerzas para vencer las pasiones y ejercer la virtud desinteresada; y, sobre todo, necesitamos objetos y fines que nos eleven sobre nuestra miseria propia y la del mundo, todo lo cual se halla en muy escasas proporciones en la ciencia mundana.

Al hombre satisfecho de sí mismo, que descansa balanceándose en la mecedora de su virtud, no le hace pizca de gracia que le vengan á hablar de cosas elevadas; él ya tiene lo que necesita, y más no le hace maldita la falta. En cambio, el explorador en el desierto ó el alpinista intrépido en las cumbres, ansían, bien el hallazgo del manantial en que apagar la sed que le devora, bien recobrar las perdidas fuerzas.

4. Aun entre la gente que se halla engolfada en las cosas del mundo se suele encontrar á veces individuos que tienen máximas tan sanas y tan hermoso corazón, que se queda uno agradablemente sorprendido por tan inesperado encuentro. Y aunque no les está permitido hacerlo notar entre sus relaciones, cuando tropiezan con alguno con quien pueden desahogar sus buenos sentimientos se ve que les sientan muy bien: parecen «flores que, despertando del sueño invernal, yerguen las corolas en la primavera; enfermos á quienes el aire templado del jardín despierta á nueva vida».

¡Qué sentimiento de liberación no resultará, pues, para el corazón de un hombre noble y generoso, y cuántos beneficios no reportará la sociedad entera, cuando las máximas cristianas creen una atmósfera en la que puedan

respirar lo mismo el espíritu que el corazón, en la que todos vivan y se muevan en perfecta libertad, según sus más íntimas necesidades y convicciones!

5. Á pesar de la exageración que se nota en todos los dichos de Schopenhauer, hay que confesar que también éste lleva su granito de verdad cuando dice: «La llamada buena sociedad concede valor á todas las cualidades menos á las espirituales. Nos obliga á tener paciencia con todas las locuras y todos los disparates, y á que nos hagamos perdonar cualquiera preeminencia espiritual ó intelectual que poseamos; es decir, que nos obliga á que, en favor de la armonía con los demás, nos encojamos ó nos desformemos á nosotros mismos».

Contra esta opresión moral ó intelectual sólo nos queda un remedio, y es el de refugiarnos en aquel otro mundo en que se puede libremente aspirar á lo alto y vivir de acuerdo con la conciencia. El que halle este mundo sobrenatural, cerrado y lejos de su alcance, no tiene más remedio que convertirse en misántropo, como Schopenhauer, ó aislarse hasta llegar al caos intelectual, como Nietzsche. Si, en cambio, logra ahogar su miseria y sus aspiraciones elevadas en el tumulto de esta vida miserable, aún es más digno de lástima.

6. Un hombre de mundo, de los corrientes, es medianamente soportable hasta los 50, pero de aquí para abajo la mayoría se muestran de día en día más descontentadizos é inaguantables: los unos se curten de tal manera, que sólo sirven ya para beber cerveza; los otros se tornan regañones, malhumorados; otros, criticones y escépticos con todo el mundo. En aquellos que llevan una vida intelectual muy movida, se hace esperar algo más esta forma de decadencia; pero, en cambio, también es más pronunciada, más honda, más molesta.

Los proyectos é ideales terrenos, en cuya realización habían puesto todas sus ilusiones y esperanzas, resultan vanos y fallidos; para nuevas empresas no llega ya el vigor en descenso; lo elevado, lo único que puede haberlos

resarcido de estas decepciones, encumbrándolos por encima de lo mundano y pasajero, lo rechazaron los infelices; así es que, miren hacia atrás ó de frente, siempre ven el vacío, y tal es el origen de su malestar y disgusto.

II. La nave y el corazón.—El barco no se deja sin anclas en el puerto, pues, de otro modo, se rompería los costados y destrozaría el del vecino.

Presa de las olas, tormento propio y ajeno es el corazón que rompió sus cadenas y perdió el ancla.

Sólo que el barco hunde la suya en el limo, profundamente, mientras que el ancla del corazón está sujeta arriba en el mismo trono de Dios.

III. Peligro y salvación.—¡Cuánto cansa librar á diario los mismos combates, siempre renovados!

¡Cuánto cansa domar los antiguos prejuicios, día tras día! ¡Cuánto cansa!

¡Cómo se endurece el corazón y la mano cuando se ejerce, sin parar, un penoso deber y se recoge desprecio y resistencia por todas partes! ¡Cómo se endurece!

¡Cómo se ablanda el corazón endurecido al descubrir al Señor, helado por el cierzo de la noche, que espera hace tanto tiempo á que se abran sus puertas de hierro y pueda penetrar en su interior! ¡Cómo se ablanda!

¡Cuánto fortifican y elevan el espíritu y el valor, en medio de los dolores y desfallecimientos, aquellas palabras que dicen. «¿Quién no se empeñará gustoso en lo más arduo con tal de conseguir el Bien Supremo?» ¡Cuánto fortalecen!

IV. La utilidad de lo sobrenatural.—1. La sociedad moderna se complace en la expresión «espíritus selectos». Pero se equivocaría de parte á parte el que pretendiera hallarla exclusivamente en aquellos círculos que el mundo califica de distinguidos. Ni la sangre azul ni la ciencia son fiadoras de la bajeza del sentir.

«Los collares de perlas á la garganta, el oro en cuellos y faldones son carteles de aviso que dicen: «Aquí no se pregunta lo sucias, desadornadas y frías que se alzan las paredes del alma».

Sólo hay una nobleza, la que dignifica de veras al hombre, y es la nobleza del alma.

El que quiera hallar almas verdaderamente selectas, que busque todas las que se han impuesto como misión de su vida el logro de la mayor perfección posible. Y éstas no se hallan únicamente entre las clases ilustradas y los ricos, sino entre los que sirven, entre los pobres, y, con mayor frecuencia, entre los que se han acrisolado en el sufrimiento y en los pesares.

Por lo común se suele experimentar una gran desilusión cuando por primera vez se visita alguna personalidad afamada en la ciencia ó en la literatura. Descontando las cosas en que el semidiós ha logrado conquistar un nombre —que resulta á veces un círculo muy limitado,—aquella estrella de primera magnitud no muestra comprensión alguna para lo demás, y se le ve tan alejado é insensible en las cuestiones más importantes de la existencia, como aquel condesito á quien sólo conseguían despertar á la vida su perra de caza y el grito del gallo salvaje en celo.

El que no lo haya experimentado por sí mismo, no puede darse cuenta de lo bien que pueden aparejarse el modo de sentir del jornalero más humilde con la mayor actividad científica y artística, ni tampoco de la cantidad de fastidio y tedio que con frecuencia acompañan el entusiasmo más hermoso é intelectual por todas esas tendencias nuevas que se manifiestan en la novela y en el drama.

Cuando necesito ayuda activa y constante en pro de los grandes intereses de la humanidad, y, en especial, de los morales, espirituales é intelectuales; cuando necesito aliados en la lucha contra la incredulidad, la inmoralidad pública, la embriaguez, la locura de los placeres, el derroche y otros millares de males sociales, me guardo muy bien de apelar á esos sabios ilustres, que se figuran que su modo de pensar y de obrar es la piedra angular del mundo; porque estas notabilidades suelen despacharme con una sonrisita burlona y un adiós que hiela.

Pero corro en busca de aquellos que sienten los males

de la humanidad como los suyos propios y que se hallan dispuestos á socorrer cualquiera necesidad, con tal que avance el reino de Dios en la tierra; en otras palabras, voy en busca de los verdaderos creyentes y los piadosos de corazón. Éstos no me han dejado nunca en la estacada, y cuando no han podido echarme una mano por sí mismos, me han demostrado siempre su corazón compasivo, su gran interés y comprensión, y han contribuído á mi obra animándome con sus palabras y con sus oraciones.

3. Grandes estadistas, conocedores de los hombres, como Napoleón III y Bismark—descontando algunos momentos de irritación,—hacían poco caso de los discursos más fogosos contra la tiranía y la injusticia, y en cambio les inspiraban mayor recelo los callados y silenciosos del país, aunque sólo fueran humildes monjitas. Y es porque sabían muy bien que cuanto más abre el hombre la boca, más dobla el espinazo, y que no hay nada que mate el sentir de esclavo y el temor de los hombres como la fe viva unida á una piedad sincera. Disraeli lo experimentó con frecuencia en su larga y agitada vida, cuando declaraba: «El espíritu que no se eleva á las alturas no debe haber sido destinado sino á arrastrarse por el suelo».

4. El propio estadista afirma en varias ocasiones al hablar de la juventud: «Los jóvenes que no miran hacia arriba mirarán cada vez más hacia abajo». Es posible que el hombre que se halle en la edad en que se han extinguido las pasiones pueda mantenerse en pie, aunque no le apoye el temor de Dios ni le evite la caída; pero que pueda librarse la juventud del peligro de perderse, en estos tiempos de fermentación borrascosa, si no tiene los ojos puestos en Dios, eso que lo crea quien quiera ó quien no conozca lo que es el mundo. ¿Qué habría sido de José si no le hubiera sostenido el recuerdo de la presencia de Dios protegiéndole contra aquel enemigo interior?

5. El mundo no regatea su severidad ni sus juicios injustos sobre la vida de los cristianos; pero cuando un viejo estoico ó un poeta neopagano suelta unas cuan-

tas frases rimbombantes sobre la virtud y la grandeza humanas, entonces se le celebra como un ornamento de la humanidad. Y si, por añadidura, su vida forma vivo contraste con sus máximas, entonces dicen los admiradores—basta recordar á Goethe—que el hombre excepcional goza del privilegio de que no se le mida por el estrecho rasero de la censura moral. Si, al contrario, se trata de algún héroe de la perfección cristiana, llámese Bernardo ó Basilio, se censura en él el menor resto de debilidad humana con una exageración y una saña como si se tratara de la negación de todos los deberes divinos y humanos.

Por injusto que sea este proceder, viene á ser el testimonio de la dignidad que encierra la fe cristiana. En el hombre de mundo, la sociedad encuentra muy natural la carencia de la virtud activa y hasta la contradicción con sus convicciones interiores; pero allí donde el espíritu se guía por lo sobrenatural, presume de antemano que no sólo ha de venirle de arriba la excitación á la virtud, sino las fuerzas necesarias para dominar el mal, ejercer la justicia y alcanzar el grado más elevado de la perfección.

V. El arte de hacer oro.—Desde que Midas, el de las largas orejas, convirtió en oro cuanto tocaron sus manos, van los locos á caza de oro, y aun sacrifican tan precioso metal convirtiéndole en humo; porque, aunque fundan grandes trozos de hierro, el oro no parece por ninguna parte.

El loco, con su piedra filosofal, se queda pobre como las ratas, aunque emplee toda su astucia en cavar, fundir y en recorrer tierras. El oro está á su alcance á todas horas, y lo hallaría durmiendo y comiendo á sus anchas si lo buscara como cristiano.

¿De qué os reís?, ¿qué preguntáis? ¿Quién será capaz de ignorar el arte de fabricar oro hasta con madera y piedras? En la mano tenéis la varilla mágica, y ya sabéis el procedimiento desde que erais chiquillos, el cual se denomina «buena opinión».

VI. Cuídate de tener un hogar propio.—Sólo un

hombre que ha perdido el carácter á fuerza de beber y de mil supercherías, puede estirarse en la cama y dormir á pierna suelta sabiendo que á cada momento puede llegar el juez que le eche á la calle diciéndole: «¡Fuera, aquí ya no hay lugar para ti!»

Este hombre soy yo mismo, pues aunque todo sea incierto en el mundo, hay una cosa que es segurísima, irrefutable, y es que la muerte ha de arrojarme de la vivienda de este mundo, en que moro pasajeramente, sin aviso, consideración, sin espera ni misericordia.

Ved: ¿quién no me reputaría loco, quizás imbécil, si no me proveyera á tiempo de un albergue seguro y duradero? Mi honor me prohibe que abandone esa medida previsora, y que me exponga á verme encarcelado por vagabundo é indomiciliado.

Para un hombre que estima su independencia, no hay nada que supere á la posesión de un hogar propio, seguro y honradamente adquirido. Y ya que aquí nos es imposible fundar un hogar duradero, forzoso es que nos aseguremos uno para siempre allá arriba.

VII. Preparad el camino del Señor.—La historia alaba á los romanos como artífices supremos en el arte de construir casas y puentes. Nadie se acuerda, sin embargo, de pensar en lo que habrá costado hacer esas vías que al cabo de siglos se encuentran aún hoy firmes y sólidas. Figurémonos ahora lo que sería el terreno antes de construirse la carretera: por un lado se levantaría una montaña, junto á ésta habría un abismo, aquí un lago, más allá un pantano. Ahora se recorre cómodamente el camino sin pensar en las penalidades y trabajos que ha costado su construcción. Los constructores—con frecuencia fueron éstos nuestros padres en la fe, que pagaban así su fidelidad á las nuevas creencias y á la conciencia,—aún no lo han olvidado. Aquí tenían que quitar una montaña para nivelar el terreno, y llevar sus escombros para rellenar un abismo; más allá se hallaban metidos hasta la cintura en fango; acullá cubiertos hasta la garganta por el agua

fría y tempestuosa de las corrientes. Á veces desfallecían, pero allí estaban sus inflexibles amos para azuzarlos con dureza de roca. Los desgraciados no habían de gozar en la vida de su penoso trabajo, á pesar de lo cual deben gozar hoy al contemplar la obra desde la eternidad, que ejecutaron por Dios y su Enviado Cristo, y seguramente cada paso que da el caminante al recorrer la amplia vía debe aumentar su gozo y su gratitud al Señor. Cuanto más penosa es la labor; cuanto mayores sacrificios y abnegación se emplean en ella, tanto más grandes son las satisfacciones que proporciona.

¿No ha de animarnos esto á cumplir con mayor fidelidad y abnegación la advertencia del Evangelio: «Preparad el camino del Señor?». (Lucas, III, 4). Yo también tengo que construir una vía, por la cual ha de hacer Dios su entrada en mi corazón y he de llegar yo algún día hasta Él. El trabajo rudo y continuo que me ha de costar su construcción es muy semejante al que tuvieron que hacer mis antepasados, modelos en la fe y en la vida cristianas; pero no es tan amargo como aquél, y sí mucho más consolador, porque lo ejecuto en mi propio provecho y para mi utilidad eterna.

Fijemos, pues, nuestros ojos en Dios que es adonde ha de llevarnos esa vía, y hagámosla con el mismo amor y el mismo entusiasmo por Cristo con que los primeros cristianos ejecutaban sus duras faenas en las minas, en los pantanos, en bosques y desiertos, y nuestro trabajo será colmado de bendiciones y nuestro consuelo y nuestra recompensa serán tan grandes como los que aquéllos gozan.

VIII. ¿Por qué estáis ociosos y mirando al cielo?— Á vosotros, que gemís desalentados: «Dios nos ha abandonado, nuestra vida y nuestras obras no alcanzan bendición ni fruto»; á vosotros os vienen bien las palabras del ángel: «¿Esperáis milagros? ¿Qué hacéis ahí ociosos con la vista fija en el cielo?»

Levantad los ojos á Dios con confianza, pero sabed que sólo madura la cosecha abundante y espléndida para los

que van á sembrar buena simiente con los ojos preñados de lágrimas; por eso haced aquí abajo vuestro deber y esperad de arriba el fruto.

IX. La fidelidad á la gracia divina.—La íntima cohesión que hay entre la gracia divina y la cooperación humana, encierra un gran misterio. Viene á ser como una gran cadena, en la cual cada eslabón de gracia divina debe estar unido al otro por un anillo de cooperación humana.

Dios no da nunca una sola vez todas las gracias con que se digna agraciarnos, sino que hace surgir, por medio de la actividad humana, las posteriores de las anteriores, las más grandes de las más pequeñas, como el trigo de la simiente. Los grandes dones que necesitamos para vencer una tentación enérgica ó para llevar á cabo una obra especialísima; en una palabra, los precisos para salir airosos en un momento dado en que ha de decidirse nuestra eterna salvación, los ha unido, por fortuna, á otros anteriores de menor cuantía, ó más bien á la utilización de los mismos. De aquí que nuestra salvación dependa siempre, á pesar de toda la gracia divina, de nuestra fidelidad á esa misma gracia.

Y aún nos admiramos de la caída de un hombre y decimos: ¿Cómo, de pronto, se ha vuelto ese hombre así? ¡Si está desconocido! ¿Qué mal ha podido hacer?

No es difícil contestar á ambas preguntas. El hombre no ha hecho nada malo, sólo ha roto la cadena de gracias. Ha negado á Dios su lealtad, le ha negado un servicio. La cosa era, en apariencia, insignificante, pero á su ejecución iba unida un nuevo eslabón de la cadena, una gracia que le había de ser necesaria para una acción decisiva. Dios que, en su infinita misericordia, sabe reparar millares de veces con lo propio los miembros humanos deficientes, no ha encontrado esta vez, por motivos que nos son desconocidos, punto de enlace, y por eso se vió el infeliz privado de la gracia en el momento preciso en que de ella dependía el logro de sus aspiraciones.

De aquí proviene que ese hombre descienda sin haber cometido crimen alguno, pero no sin culpa por su parte, puesto que fué desleal con la gracia divina.

X. Buscad primero el reino de Dios y su justicia. —El espíritu mundano y racionalista dice en tono de censura: «¡Qué ligereza la de aquellas muchedumbres que seguían al profeta de Nazaret hasta el desierto sin haber tomado ninguna medida de precaución para su sustento! ¡Con qué facilidad hubieran podido hallar su perdición en aquellos arenales! Ved lo que produce la fe ciega; con la vista clavada en lo sobrenatural se olvida de sus deberes naturales y hasta de la previsión más rudimentaria, y encarga á Dios que repare las consecuencias de su negligencia imperdonable».

Y ahora pregunto yo: ¿Perecieron, por ventura, aquellas muchedumbres? ¿Sufrieron perjuicio en sus intereses materiales? ¿Descuidaron algún asunto esencial? Seguramente que no, pues de otro modo hubieran dicho la sabiduría y la justicia divinas, encarnadas en Jesús: «Me apiado del pueblo y quiero socorrerle».

Las piadosas muchedumbres atendieron al Señor, y el Señor se cuidó de ellas; siguieron sus palabras: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura». Y esta palabra la ha hecho buena.

En el mismo sentido habló el Señor con Santa Catalina de Sena cuando le dijo: «Cuídate tú de mi servicio, que yo me cuidaré de tus asuntos». La santa siguió el consejo al pie de la letra y sirvió á Dios con entera fidelidad; Dios, á su vez, cumplió lealmente la promesa, y la santa ganó en el cambio.

Busquemos asimismo nosotros el reino de Dios y su justicia tan bien como podamos y nos lo permitan nuestras facultades; más no exige Dios de nosotros, y no saldremos perdiendo ni siquiera en nuestras necesidades temporales. Dios se encargará de ordenarlas con tanto celo como podamos emplear nosotros mismos.

XI. En el trono reducido del corazón.—En el an-

gostísimo trono del corazón sólo hay lugar para uno. Si en él sientas el propio *yo* en son de mofa, le niegas á Dios su asiento.

XII. Efectos de la piedad.—1. Hay personas que se creen llenas de indulgencia é imparcialidad para con la religión cada vez que hacen á ésta la concesión de que, en efecto, el individuo sinceramente religioso logra por mediación de ella suavizar las disonancias de su vida y dar á su corazón cierta elasticidad poética, ventaja no despreciable, pues, contribuye á allanar no pocos inconvenientes. En cambio, esa misma gente asegura también que, por lo general, y especialmente en la vida pública, la religiosidad suele ser inútil y hasta perniciosa, por añadir otra nueva y extraña relación, con tendencia á lo exterior y superior, á las ya tan numerosas y diversas circunstancias del trato social, cuya unificación es harto difícil, imposibilitando así de un modo terminante la formación armónica de la sociedad humana.

2. Para hacer estas afirmaciones es preciso haber olvidado por completo la Historia, ú oponer á sus enseñanzas una obstinación y una gallardía inflexibles.

Los apóstoles fueron, no sólo hombres, porque decir hombres es expresar demasiado poco; fueron artistas de la oración, enteramente extraños á esa seudosabiduría que advierte, al cabo de tantos siglos, que hubieran logrado mayores triunfos por medio de la política y, especialmente, de la prensa, que limitándose á la oración y á la predicación del Verbo (Act. Apost., VI, 4). No se habla de que se dedicaran á bautizar (I Cor., I, 14, 16); ó á la distribución de limosnas (Act. Apost., VI, 2); es decir, ni siquiera á las obras eclesiásticas ó sociales, mientras no les fueran impuestas por su misión evangélica; pues consideraban como cosa natural y puesta en razón que todo soldado de Dios se abstuviera de los asuntos puramente mundanos (II Tim., II, 4).

Y bien, pregunto yo ahora: ¿fué esto en detrimento de su actividad? ¿Dejaron por eso de comprender el mundo

y su época? ¿No cumplieron, por ventura, su misión? Aquel Pablo que organizó su vida por la máxima: «La piedad para todo sirve» (I Tim., IV, 8); aquel Pablo que educó á sus cristianos en esta misma máxima, se atreve á decir: «¿Necesitamos, acaso, cartas de recomendación para vosotros ó de vosotros?» (II Cor., III, 1). «No, nuestra carta de recomendación sois vosotros mismos y puede leerla el mundo entero, porque está escrita en el espíritu de Dios vivo.» (II Cor., III, 2, 3).

3. ¿Pueden hablar de sus éxitos y resultados, en la forma que el Apóstol, todos esos implantadores de la civilización, esos educadores y amigos del pueblo, que trabajan con medios tan distintos de los suyos? Es seguro que algunos descubridores españoles del siglo XVI habrían conseguido mejores y más duraderos resultados si no se hubieran opuesto tanto á los misioneros y á la Iglesia, [1] y se hubieran mostrado tan celosos en enseñar á los pueblos recién descubiertos la religiosidad y el fervor, como lo fueron en despojarlos de su oro y de sus riquezas. Y aun los españoles no descuidaron del todo la conversión al Cristianismo, por lo cual les cabe la gloria de haber elevado á aquellos salvajes americanos á pueblos capaces de constituirse en Estados civilizados. Pero ¿cuáles serán los frutos y qué consecuencias traerá aún esa civilización que han introducido otros colonizadores, á fuerza de aguardiente, con el empleo de la artillería y de ropas envenenadas?

4. Aunque el temor de Dios no hubiera producido otros resultados que algunas tentativas de civilización de dudoso éxito, sería lo bastante para privar al mundo del derecho de censurarle. Basta leerá Heliand y á Guillermo de Tiro, ó la historia de las misiones, por ejemplo, la del Paraguay, para convencerse de los excelentes resultados que puede obtener la piedad en el terreno moral si se le

(1) Refiérese el autor á los negociantes sin conciencia que fueron á América á hacer su negocio. En cuanto á los monarcas españoles, proveyeron, ante todo, y con solícito cuidado, á la cristianización de los indígenas, política cristiana en la cual fueron secundados por las autoridades del Nuevo Mundo, como lo reconoce también el P. Weiss. (N. del T.)

deja cierta anchura, cierto espacio en lo que atañe al dominio y refrenamiento de las pasiones humanas.

En efecto, hasta la historia universal da testimonio de que la piedad sirve para todo, y especialmente para formar caracteres armónicos, para crear un estado social sano y uniforme, y para producir una vida hermosa, ordenada, y armónica dentro de la sociedad.

XIII. La única explicación.—1. Se pretende el bien y se intenta lealmente. No hay mortal que tenga mejores intenciones: el fuego de la actividad nunca ardió con más vigor ni pureza en ser humano alguno. ¿Cómo es, pues, que en el puerto se estrellan las quillas de sus naves? ¿Cómo es que los cargamentos se evaporan como el agua y que aquellos que navegan hacia el mismo punto, cuanto más caminan, menos se entienden?

¡Tan espléndida siempre, y tan escasa la cosecha!

¡Tan astutos consejeros, y tan faltos de consejo!

Yo sólo me explico la cosa de una manera: Porque rezan demasiado poco.

XIV. Una gran virtud menospreciada.—1. Que no tome el mundo á mal que le traten alguna vez con severidad aquellos que sufrimos tan á menudo su acerba censura y sus severos juicios. Porque á veces parece como si el mundo viera, hasta en las cosas más santas, solamente la ocasión para pronunciar esas grandes frases de las que, en el fondo, hace él mismo poco caso.

Y aun se atreve á injuriar á los cristianos con palabras denigrantes, llamándoles serviles y esclavos, porque se consuelan de los dolores producidos por la lucha mundana con la esperanza de una victoria eterna; porque se mantienen firmes en su deber sin esperar aquí abajo alabanza ni recompensa alguna, fortalecidos únicamente por la presencia de Dios, del que esperan más allá su merecido. El mundo llama á esto bajeza en el pensar, destrucción de la virtud desinteresada y de la magnanimidad, y hasta de la virtud en general, y alaba como virtuoso sólo á aquel que ama la virtud por sí misma; es decir, que

la practica sin interés, ni esperanza de ningún género.

2. Á lo cual responderemos que no tiene derecho á hablar de virtud desinteresada, porque le falta, para apreciarla, todo sentido y capacidad.

«¡Oh mundo, tú mismo lo dices: El hábito hace al monje! «La castidad te hace sonreir, pues tú ya llevas tu rótulo. Te gusta el color pálido que sienta tan bien á la envidia. Y escupes veneno: ¡bien lo veo en tu coqueta sonrisa!»

Así se comprende que cuando un hombre de honor, por amor al bien general, acepta un cargo difícil—porque no hay nadie que, en tan críticas circunstancias, se quiera exponer al odio general,—aunque se halle plenamente convencido de lo inútil de su gestión, el mundo, lo decimos rotundamente, no tiene para semejante sacrificio sino el desprecio y la burla, y sólo sabe explicarlo con las calificaciones de falta de carácter, ambición ó escaso entendimiento.

Esta suerte es la reservada á todos aquellos á quienes se trata de ridiculizar con los nombres de «saca-apuros» «sustituto», «clavo ardiendo» y «puente», en recompensa del ejercicio de una virtud para la cual le falta á la mayoría discernimiento y mesura. Mientras era tiempo de salvar la situación, se atrajeron la antipatía general y tuvieron que pasar porque les llamaran pesimistas, alarmistas, jeremías, marisabidillas y misántropos, por haberse atrevido á despertar la dormida rutina con sus amonestaciones y avisos sobre el peligro que corrían la religión y la moralidad, y por molestar á todos señalándoles sus deberes y su responsabilidad.

Y cuando, viéndolo todo perdido y abandonado, deciden sacrificarse, se les califica de locos, de incapaces de comprender la gravedad de la situación; y gracias á la indiferencia general y á los esfuerzos de la oposición, resulta estéril tanta magnanimidad y abnegación, se les llama traidores que han hecho imposible la solución del conflicto, dadas las exigencias de la época, por su obstinación y

terquedad, y que con su caída lo han arrastrado todo al abismo.

3. Sí, afortunadamente aún existe la virtud desinteresada y pura. Y ésta se encuentra más fácilmente en el hombre piadoso y desdeñado que recorre en silencio su camino,

«Con el espíritu sumido en devoción, las manos y los pies ocupados en su deber, y el corazón dispuesto á obras caritativas, sin exigir recompensa ni alabanza».

Tiene valor para hacer frente, en tiempos de locura, á los que entonces dan el tono, y, en los de tribulación y pesares, para sacrificarse sin objeto alguno—dos virtudes verdaderamente desinteresadas,—porque sólo tiene la vista fija en el honor de Dios, y la recompensa en su propio contentamiento.

XV. La actitud y el paso del cristiano.—El pensador camina inclinado hacia adelante, como si llevara una carga, y fijos los ojos en el suelo; el que aspira á las coronas de Apolo toma una actitud propia para subir á los cielos.

El que se ha consagrado á Cristo, anda como Dios le ha criado, pues sabe quién le protege y no necesita astucia ni armas. Levanta contento la vista á las alturas porque allí está el término de su peregrinación, y mira al suelo para que su carrera se haga sin tropiezo ni caída.

Se presenta con modestia, pero también con energía, según su posición y su dignidad, y se mantiene erguido, en gallarda actitud de caballero, por mucho que le pese la carga.

Y si cae, vuelve á levantarse, pues tiene el centro de gravedad en su propio interior; por eso, siendo fiel á sí mismo, hasta las caídas le resultan gananciosas.

XVI. La mejor norma de vida.—El piadoso y sabio Vázquez solía decir, cuando alguno le alababa su sabiduría: «¿De qué me servirá todo esto después de muerto, cuando de tan poco sirve ya en vida?» Y, sin embargo, hay que reconocer que la erudición es un bien real, sobre todo la erudición que poseía él en cosas tan necesarias para la vida y la salvación eterna.

¡Cuánto más motivo no tendremos nosotros para emplear

aquellas palabras, tratándose de esas cosas nimias é insignificantes que tanto nos enorgullecen y que, sin embargo, la mayoría de las veces sólo sirven para nuestro daño! No quiero decir con esto que sólo hemos de apreciar una cosa ó un trabajo por la utilidad que pueda reportarnos; Dios me libre de semejante espíritu mercenario. Sólo convendría que nos preguntáramos: ¿qué reporta mi corazón aquí, y mi alma más allá? Esa es la verdadera máxima utilitaria, que lo mismo puede librarnos de ir á caza de quimeras como del soez materialismo. Ese es el verdadero idealismo, porque tiene en cuenta la utilidad y el éxito sin perder de vista lo sublime, lo invisible y lo eterno.

¡Qué diferente sería nuestra vida y nuestro modo de ser si siempre y en todas las cosas tomáramos como norma y guía de nuestras empresas la pregunta siguiente: ¿Qué utilidad ha de reportar esto á mi alma? ¿En qué puede servirme para la eternidad?

XVII. La piedad sirve para todo.—1. Á través de los siglos ha calculado y medido el racionalismo el valor de una actividad humana, ó de toda una civilización con la tan conocida pregunta: ¿Para qué sirve? La utilidad, la apreciaba él únicamente por el provecho palpable y momentáneo. El que introdujo la patata, solía decir el racionalismo, ha prestado mayor servicio á la humanidad que Homero y Platón; y la tabla de multiplicar que enseña el maestro de aldea á los niños, está muy por encima de las enseñanzas metafísicas que nos han legado los apóstoles, ya que el que quiera llenar su puesto en el mundo debe ser útil de un modo sensible, si no quiere que le cuenten entre los parásitos dañinos.

2. Hoy se ha vuelto la hoja en esto, como en todo lo demás. Son tantos los parásitos, y ha aumentado de tal modo la influencia de los que consideran la vida únicamente como un holgorio continuo, como un juego ó un placer, que la filosofía actual ha llegado á decir sin recato alguno: «El que se denomina hombre, no tiene misión alguna que cumplir, pues sólo las almas de esclavos se

hicieron para servir á los demás, y el hombre-señor vive exclusivamente para sí propio. Lo mismo que pasa con el Estado, la ciencia y el arte, que existen con entera independencia, ocurre también con el hombre. Un alma distinguida, sólo existe para sí, y ella misma es su ley y su derecho, y hasta su objeto y finalidad».

Ahí tenemos dos extremos, dos puntos que se contradicen de tal modo que es una bendición de Dios.

3. Es indudable que no hemos venido al mundo con el único propósito de expulsar cierta cantidad de aire, sino —empleando una frase de la vida ordinaria—para ocupar aquí el lugar que nos corresponde. El que no lo hace así, tiene la misma importancia que un cacharro mal colocado ó un libro revuelto con los escombros de una casa: se le da por perdido y se le considera como no existente.

Ahora bien, tampoco llena su lugar el que sólo piensa para sí y sólo se cuida de sí, viviendo exclusivamente á su gusto y comodidad; porque á nadie se le ha destinado un puesto en un rincón separado del resto del mundo, sino que todos respiran el aire libre, en la tierra consagrada á la comunidad y en la escena de la vida social y común.

4. Aun diré más. Á cada uno le ha sido destinado su puesto en el reino de Dios, único fin y destino de todos los humanos. Y todos y cada uno de nosotros debemos pedir diariamente la realización de este reino divino como pedimos el pan cotidiano. Rezar, sin obrar, sería tentar á Dios y escarnecerle, y por esto van unidas al deber de rezar la exhortación á sí mismo y la promesa, á Dios, de contribuir á la realización de su reino.

Lejos de dar la religiosidad el derecho á decir que basta con que se sirva á Dios y se cuide del alma, impone á cada uno la obligación de mostrarse útil y fructífero, lo mismo con cualquiera de sus prójimos que con el conjunto de ellos.

5. Ved, pues, la insoportable calumnia que encierran las palabras que dicen que la piedad hace inútil y poco

exigente al hombre. Si ejerce tal influjo en algún individuo que otro, es señal infalible de que es falsa y extraña á Dios. Ahora es preciso advertir que el que quiera medir su utilidad no debe emplear el rasero propio del racionalismo ni tampoco el del espíritu del mundo moderno.

6. No, la piedad no es bien contentadiza, ni distinguida ni egoísta; no se apropia en modo alguno aquella opinión: «¡Húndase el mundo con tal que yo me salve!». Al contrario, por su espíritu es más bien compasiva, amable, católica en toda la extensión de la palabra. La piedad abarca el mundo entero con todas sus miserias, y el reino de Dios con todas sus empresas. En Pablo, en Vicente Ferrer, en Francisco Javier, en Isabel, en Vicente de Paúl, puede verse hasta dónde llega su extensión. Pablo y Catalina hubieran bajado á los mismos infiernos, si con ello hubieran podido salvar de la perdición á sus semejantes.

No, no; la piedad no es ningún movimiento huero y estéril del ánimo ni del sentimiento, sino que es actividad y, aún más que esto, sacrificio y abnegación. Ella nos enseña á renunciar á la propia conveniencia y á prestarnos á ser útil á todos, sin pago ni recompensa algunos. ¿Dónde habían de hallar esos millares de siervos y siervas de los pobres las fuerzas para hacer tantos sacrificios y los medios para practicar su caridad, si no fueran á recogerlas al manantial inagotable del fervor y de la piedad?

Repito que ésta no sólo halla su objeto en el mundo sobrenatural é invisible, sino que lo tiene ya en este nuestro; no nos consuela únicamente con la recompensa de ultratumba, sino que nos manda que la conquistemos en la tierra por medio de un trabajo rudo y constante. Ella dió á los hijos de Benito y Bernardo el vigor suficiente para convertir los yermos en terrenos laborables; ella dió valor á Bonifacio, Galo y Ruperto para transformar la madera silvestre de la nacionalidad alemana en tronco noble y fructífero.

No, no; la piedad no es inútil, sino muy útil: útil, como dijo el Apóstol, para todo; útil en éste mundo y útil para

la otra vida (I Tim., IV, 8). La piedad es la que sostiene al hombre cuando, á pesar de verse menospreciado, humillado, explotado y oprimido, cumple con su deber y aun se excede en tal cumplimiento. La piedad le da fuerzas para que, aunque rodeado por envidiosos enemigos ó egoístas haraganes, practique la justicia sin escuchar un aplauso ó una alabanza, sin honores ni recompensas. La piedad es la que da al hombre ese amor sin correspondencia, ese amor hacia lo que no es siquiera amable, ese amor que dice, con el Apóstol: «Gustoso, cordialmente me quiero sacrificar y aun consumir por vosotros, aunque sé que mi amor cosechará escaso amor vuestro» (II Cor., XII, 15).

7. Por lo tanto, el que quiera adquirir la ciencia de hacerse verdaderamente útil, que se esfuerce por alcanzar la verdadera piedad; ésta le dará energías para que, libre de toda consideración hacia sí mismo y de la consideración paralizadora hacia todo lo que es favor terreno y juicios humanos, sepa sacrificarse por aquello que realce el reino de Dios, ó, en otros términos, por llenar con honra el lugar que le ha sido designado, tanto en este mundo como en el venidero.

XVIII. La dirección conveniente.—¿No sabes si has obrado bien? ¿Ignoras si la dirección que has emprendido es el camino seguro, y no una invención humana?

El camino que recorres es recto, las enseñanzas que sigues son las verdaderas, mientras observes que el espíritu de la oración aumenta en ti.

XIX. La verdadera oración.—¿Dudas de que tu oración sea la verdadera? Medios seguros tienes de averiguarlo; observa si te libra de tus caprichos, si te ayuda á sujetar la voluntad á la monotonía de tus deberes, y ya no dudes más.

XX. Debilidad de Dios.—Señor, tú mismo dijiste al Profeta: «He desterrado y proscrito la misericordia, por eso no debes seguir rezando, pues de otro modo me violentarías».

Señor, ahora conozco tu debilidad; ahora ya no aban-

dono la oración hasta que salte el último cerrojo que has echado por mí á tu corazón.

XXI. Deprecación.—¡Ensancha nuestros estrechos corazones, arranca de ellos la vacilación y el sarcasmo, haz que tu reino en la tierra sea verdad dentro de nuestro interior, ahoga en él el temor y la queja, danos fuerza para afrontarlo todo por ti, renueva los secos brotes, danos amor, amor, amor!

XXII. La chispa divina.—¡Oh Dios mío, manantial de mi existencia. ¡Qué fuego has encendido dentro de mí, al entregarme, en los umbrales de la vida, esa alma que surge de ti mismo!

Desde que siento, no ha cesado su llamear ni un solo instante; lame con su lengua de fuego, se yergue hacia las alturas y trata de extender y dilatar sus ardores.

Es inútil ponerle diques, pues consume el granito como si fuera hierba seca. Y aunque me forrara de hierro, se me derretiría el corazón y correría como cristal líquido.

¡Cómo he de encerrarla dentro de mí! Siempre la corriente de fuego rompe el molde que le aprisiona y se derrama como las lavas se precipitan de la boca del Vesubio.

No hay altura en los reinos del saber á que no trepe la chispa voraz; no hay corona de vencedor, ni honores ni insignias á que no aspire, aunque estuvieran sujetas á la bóveda celeste.

Y si amontono el oro del mundo, sus placeres y sus honores, y conduzco á él llamas de mi alma, basta un soplo, un movimiento, para que se haga el vacío.

¡Oh Dios mío, origen de mi ser! ¡Qué fuego encendiste dentro de mí, cuando en el umbral de la vida me diste el alma, que viene de ti!

Si, pues, bastan las chispas de esa hoguera para consumir el mundo como un tizón, sólo hay una cosa que puede alimentarlas duraderamente, y es la riqueza de tu santidad. Eres una sola chispa del seno de Dios, encerrada en este cuerpo de barro: ¿cómo has de poder, alma mía, embriagada de Dios, alimentarte con las futilidades de la tierra?

Rompe, pues, las paredes del universo, y arde, chispa divina, con llamas que lleguen al cielo, hasta que los ardores de este amor celeste consuman este corazón, gozoso en Dios.

XXIII. Por qué no hemos de llegar á santos.—¿Porqué no llegamos á santos? Porque pretendemos ser demasiado grandes, y queremos, empujados por nuestra propia gallardía, llegar á la puertecita del cielo montados en soberbios y altivos corceles. La puertecita del cielo es demasiado estrecha; el sendero muy fino y angosto, los caballos te pondrán en apreturas y es fácil que te despeñen al valle.

Conviene, pues, ir á pie y con pasos contados para que no se acabe el aliento, y cuidar de ver el guijarro más pequeño para no dar un traspiés y confundirte.

Á veces tendrás que trepar con pies y manos, como suelen hacerlo los pequeños, y someterte gustoso á las indicaciones que puedan ocurrírsele al guía.

Así llegas, por fin, á las puertas del cielo. ¡Dios mío, qué chicas son! ¡Sólo los niños, á quienes se llama locos, pueden entrar por ellas!

¿Por qué no ser santos? ¡Todo depende de un brinco!

¡Á tierra, pues, y fuera soberbios corceles! ¡Y á emprender con alma la carrera!

XXIV. Lo que hace santo.—¡Otra nueva caída! ¿Y eso te desanima y aflige? Á todos los siervos de Dios les pasa lo mismo diariamente. Mucha prisa para caer, que eso lo trae consigo el curso de la existencia, pero hay una cosa que los hace santos: que se levantan más fuertes que antes de la caída.

XXV. La pérdida de lo sobrenatural.—1. Suele observarse á menudo que, al cabo de algún tiempo, tal ó cual individuo experimenta una transformación tan radical, que le hace á uno dudar de si será el mismo que veíamos hace años.

En otra época le conocimos profundamente religioso, modelo de voluntad enérgica, de escrupulosidad y orden;

era con todo el mundo, la finura personificada. En cambio, ahora lo vemos tan quisquilloso y malhumorado, que esquiva uno su encuentro siempre que puede. Hay tal fiereza y tenebrosidad en su fisonomía descompuesta, que muestra bien á las claras su decadencia interior, y hasta su aspecto parece haberse transformado radicalmente.

«Del mismo modo vuelve á los pesados miembros del león domado, cuando le excitan, su antigua fiereza». (Tasso).

Se pregunta uno cómo ha sido posible semejante cambio. Nadie sabe explicar la causa; sólo se logra averiguar que nuestro hombre tuvo cierta vez una discusión sobre un asunto baladí con un amigo. Ambos se mostraron inflexibles; la ruptura fué haciéndose cada vez más honda, y de entonces data el cambio operado.

Un amigo que gozó aún por corto tiempo de su confianza, después de la ocurrencia refiere haberle oído decir que ahora comprendía que había vivido en un gran error, puesto que había creído siempre que el Cristianismo hacía mejores á los hombres; pero que ya se ha convencido de que no hay peor gente que la cristiana, ya que no cumplen la religión que tanto cacarean y, además, hacen poco caso de la honradez natural; que todos esos discursos respecto á lo sobrenatural es pura fábula; que los únicos astros luminosos que pueden guiarle, mejor que toda esa hojarasca mística que no tiene fundamento ni sentido, son la razón, la dignidad humana y la virtud natural. Asegura haberse procurado las obras de Schopenhauer, Nietzsche y Wundt, que estudia y relee para encauzar el espíritu y el corazón en una dirección diferente, ó sea, en la del pensar y vivir modernos.

2. Ahora claro es que se comprende la transformación de aquel hombre.

«El reproche de haber poseído y no poseer le destroza el corazón como un cuervo». (Plauto).

Este cambio es el mismo que se ha operado lenta y parcialmente en la sociedad europea desde los días del humanismo, y con mayor rapidez en la francesa por medio de la

revolución. Es la transformación que observan los psicólogos y moralistas, con acerbo dolor, en muchas almas selectas.

Para que esto ocurra, sólo se necesita en una sociedad, en un pueblo, una ocasión oportuna y de trascendencia, como fué en el siglo XV la reaparición del paganismo en la literatura y en el arte, y en el siglo XVIII la expulsión de la religiosidad y de la vida cristiana por medio del culto á la naturaleza convertida en ídolo.

Esto originó un trastorno tan intenso, que ha dejado á los historiadores confusos y maravillados hasta el momento actual, y les ha hecho decir: «Ya está visto la poca consistencia que tienen la fe y la cultura cristianas. Durante siglos, durante toda la Edad Media, supo contener el orden social exterior introducido por el Cristianismo, al menos en lo esencial, domando las explosiones de la rebeldía y del salvajismo; pero por eso no se figure nadie que bajo aquella capa no continuarán ardiendo las antiguas pasiones humanas, puesto que en el momento en que se quebrantó un poco el dique que las contenía, se desbordó nuevamente la naturaleza salvaje del hombre, mostrándose en toda su barbarie ingénita».

3. Es verdad, no hay cosa más cierta. Pero ¿qué consecuencias se derivan de estos hechos? ¿Acaso demuestran que la disciplina del Cristianismo es superflua ó perjudicial? ¿Quizás precisamente por la razón misma de haber sabido evitar que explotaran las pasiones de la naturaleza humana? ¿Ó se pretende acaso afirmar que la cultura cristiana sólo sabe domar, pero no transformar ni ennoblecer interiormente? Pues yo confieso que ya es algo si sabe refrenar una naturaleza tan apasionada y tan bárbara. Pero hay que añadir que sabe también ennoblecerla, como lo atestiguan los millares y millares de santos que bajo su dirección, no sólo acrisolaron sus respectivas naturalezas gálicas, lombardas, griegas y africanas, sino que las transfiguraron hasta el punto de que en ellas podía presentarse el Cristianismo sin temor ni vacilaciones.

4. Á esto se me replicará que eran unos pocos, pero no la naturaleza en general; que á ésta la ha dejado el Cristianismo como estaba, y que si hemos de creer en el poder de éste, debiera haberla transformado por completo despojándola de la humanidad pura, ó, más bien, impura.

Esta exigencia es una verdadera demasía, y más aún viniendo de boca de aquellos que suelen reprochar á nuestra religión, ya el empleo de la magia, ya el de la inhumanidad ó el de la violencia.

¿Es esto razonable, por ventura? ¿Se exige algo realmente posible?

Y aun siendo posible ¿seríamos por eso mejores?

Si la religión cristiana, con sus gracias, ayuda á aquel que desea despojarse de sus defectos y domar y ennoblecer su naturaleza; si le protege con todas sus fuerzas mientras él coadyuve á la obra, es innegable que le presta un gran servicio, puesto que le corrige y dignifica, no por sí sola, sino con la cooperación del propio individuo. Si, en lugar de esto, transformara su misma naturaleza, ejercería simplemente una especie de hechicería, pues operaría sin su colaboración; es decir, que el individuo en sí no experimentaría mejora alguna.

Para conservar, pues, la libertad y el honor del hombre; para que por sí mismo y por sus propios esfuerzos cumpla con su misión, la gracia sobrenatural se reduce exclusivamente á apoyar la voluntad del individuo ayudándole á dignificar su naturaleza y á cumplir con sus deberes—y en verdad que no le perdona uno solo;—pero sin tocar su naturaleza humana, que permanece una misma en su esencia.

El resultado natural de todo esto es que, con cada nueva naturaleza que se introduce en la sociedad humana, ó sea, con cada nuevo hombre y con cada nueva especie, torna á introducirse también el mal en la sociedad cristiana y vuelve á renovarse la lucha antigua del Cristianismo contra nuestra mala naturaleza. Hay, por lo tanto, un desconocimiento completo de las cuestiones fundamenta-

les, ya sean teológicas ó sociales, en esa llamada crítica histórica que afirma que el Cristianismo tuvo tiempo sobrado en el curso de tantos siglos para transformar la sociedad humana hasta lo más íntimo de su esencia.

Por otra parte, esto prueba inequívocamente por qué en algunos hombres se originan los malos movimientos con tal rapidez y en forma tan violenta, cuando una vez han saltado los sellos y cerrojos del orden sobrenatural, que los contenían en sus justos límites hasta aquel crítico instante.

5. El hombre, que arroja de sí la disciplina de la religión y de la fe y la ayuda de la gracia, no tuvo, hasta aquel momento aciago, ni la menor idea de lo mucho malo que dormitaba en su naturaleza, porque se había esforzado lealmente hasta entonces, no sólo por cumplir su misión sobrenatural, sino también por hacer justicia á su dignidad humana y á sus deberes naturales. Debía este favor á la protección de lo sobrenatural, que había extendido sobre él su mano salvadora. De pronto se le despiertan pasiones é instintos, cuya existencia ni siquiera suponía, pero cuyos gérmenes, latentes en su interior hacía tiempo, permanecían adormecidos por la gracia. En el momento en que ésta se aleja, se alzan aquéllos con un vigor y poderío tal, que el hombre, según dice el Apóstol (Ef., IV, 19), se entrega desesperado al mal, al principio suspirando y maldiciéndose á sí mismo, luego con indulgencia, pronta á hallar la disculpa, como si no le fuera posible resistir á la tentación, y por último, cede, no ya con gusto, sino riente y gozoso, y acaba por ser insaciable.

6. Para este procedimiento no es preciso una transformación preparada de antemano; basta una sola caída de trascendencia que ponga en fuga lo sobrenatural, la gracia, para producir el trastorno completo y variar el interior hasta en sus propias raíces.

Repito que la primera falta grave aleja la gracia, desencadena el mal, oscurece la razón, enerva la voluntad, convierte las pasiones esclavas en dominadoras, hace per-

der lo sobrenatural, destroza la naturaleza y arroja al fango la dignidad humana.

7. Es cierto que lo sobrenatural entraña algo grande, que la pérdida de la gracia encierra algo terrible, y que el primer pecado tiene una trascendencia y unos resultados incalculables.

Arrancada el alma de su terreno, que es Dios, se seca y muere, á la manera del árbol que no puede desprenderse del suelo que le da fuerzas y savia para vivir.

CAPÍTULO X

El arte de vivir activamente

I. Con el sudor de tu frente ganarás el pan.—Durante seis días llovió maná; el séptimo, en que está prohibido trabajar, no lo hubo, porque también aquel manjar celeste había de recogerse con el sudor del rostro.

No hay don divino cuya adquisición no exija un esfuerzo, como tampoco lo hay en el orden natural ni en el orden de la gracia, ni siquiera entre los favores extraordinarios y maravillosos de Dios; y aun diré que allí menos que en lugar alguno. Siempre y en todas partes se lee: «Al vencedor le daré de comer del árbol de la vida» (Apoc., II, 7). Sólo el que lucha, sólo el que pelea con lealtad (II Tim., II, 5), sólo el que combate hasta el fin, hasta conseguir la victoria, obtiene el premio del vencedor (I Cor, IX, 24).

Es ya ley establecida en todos los órdenes de la vida, que hemos de comer el pan con el sudor de nuestra frente (Gen., III, 19). Por trabajo se vende el pan del cuerpo; el trabajo, es decir, la abnegación, las oraciones y el recogimiento nos proporcionarán el pan del caminante, el pan del alma, el pan de la paz, del consuelo y de la unión con Dios. Por medio del trabajo, es decir, por medio de la lucha contra nuestras pasiones y debilidades, hemos de ganarnos el pan de la patria, que ha de alimentarnos en la mesa de nuestro Padre en las bodas celestiales.

Tanto trabajo, tanto pan; cuanto mayor es el esfuerzo, mejor es el sabor de aquél.

II. El hombre debe estar agobiado.—1. Eduardo Reich dice, en una de sus extrañas obras, que nunca puede aconsejarse bastante á los sabios «que entren en

el yugo del matrimonio y saquen en él un premio afortunado». Pues añade que, para esa clase de seres, que por lo demás el autor desprecia cordialmente, aquel es el único medio para impedir que añadan el suicidio á todos los demás disparates de su vida; por aquello de que aquel que pasa la vida gozando, no piensa en llevar á sus labios la copa de la cicuta ni menos en comer cabezas de fósforos.

2. El medio propuesto será aplaudido por el filántropo, como es natural. No hay hombre á quien deba recomendársele con más insistencia que se case que al sabio y á todos aquellos de quienes dicen la Escritura: «De las miserias terrenas no saben una palabra, y si á los demás les toca algún golpe, ellos escapan sin que les toque nadie.» (Ps. LXXII, 5).

Sólo hay que oponer á la proposición de Reich, que la causa es de todo punto falsa. La utilidad del matrimonio no está para muchos, como él dice; «en pasar sus días en dulce placer», sino en llegar á comprender algo de la vida real, en enterarse de que á ésta preocupan muy poco sus fantasías vaporosas, y en convencerse de que ellos no son el centro del sistema solar ni fueron formados de barro mejor que el de los demás seres, y de que, por lo tanto, han de resignarse á bajar de su trípode si quieren tomar parte en la carrera general.

Entonces es cuando realmente se sienten encadenados á la vida como los demás mortales. Ya dice Bertillón, con razón sobrada, que hay menos suicidios entre los casados que entre los solteros y viudos. Sólo con los años y la vejez vuelve á despertarse en ellos esa tendencia funesta al suicidio, generalmente cuando ya ha pasado el tiempo de las cavilaciones y no tienen verdadera misión que cumplir en el mundo.

3. Los hombres más descontentadizos é insoportables son aquellos que «sólo tienen habla para gruñir y quejarse, y fuerzas para agobiar á los demás, pareciéndose en esto á los ayudantes del verdugo»; en otras palabras: aquellos que no tienen bastante que hacer ó que sufrir. Mien-

tras una persona tiene tiempo para amargar la vida á los demás, es prueba evidente de que le sobra espacio y le falta ocupación. Si su espíritu se hallara preocupado suficientemente, por algún trabajo ó por algún padecimiento, en Dios ó en la propia salvación, pronto se le pasarían las ganas de filosofar y discurrir el medio de poner á prueba la paciencia del prójimo.

4. El hombre necesita estar agobiado y sujeto; entonces hace y sufre muchísimo y de un modo admirable. Pero cuando todo le sale á pedir de boca ó está demasiado bien, si no tiene alguien que le contenga en sus justos límites, ni se ve obligado á guardar consideraciones á nadie, se llena de pretensiones, caprichos y nimiedades y llega á creerse destinado á atormentar á sus compañeros de dolores y á añadir su propia cruz á las de los que caminan á su lado arrastrando las suyas. Si no consigue esto ni logra su capricho, fácil es que, ya sea por rabia, ya por disgusto, ó sólo por excitar á los demás, eche mano á la cuerda ó á la pistola, por aquello de que «una vida inútil es muerte prematura». (Goethe).

III. La bendición de la violencia.—Con tiempo huracanado salí á la calle, y la helada hacíame temblar hasta los tuétanos. Si por fuerza no hubiera tenido que salir, me hubiera quedado en casa temblando de miedo.

Apenas hube salido, se calmó la tempestad, domada por la primavera; salió el sol y, claro y templado el tiempo, me arrulló el canto de las aves. Alégrate cuando los dolores de la vida te sacuden y despiertan para mostrarte su gravedad: ten valor, que pronto verás que el sendero se te llena de flores.

IV. Cómo se encuentra tiempo para trabajar.—1. En una época en que tenía una bendición de trabajo, vino á visitarme un caballero para darme una nueva ocupación que cualquier otro hubiera llenado tan bien ó mejor que yo. No es que se tratase de una empresa extraordinaria, pero cuando ya se tiene el día ocupado en asuntos diversos, y repleto como un tranvía en día de fiesta, es

difícil cumplir los deseos del primer recién llegado por modesto que sea. El caballero lo comprendió también así y me dijo en son de disculpa: «Precisamente por esto me dirijo á V. con preferencia á los demás: sé que las personas muy ocupadas encuentran tiempo y espacio antes que los desocupados».

Extraño motivo, en verdad, que dificultaba á mi amor propio el negarse á complacerle. Sin embargo, el caballero tenía razón: cumplí el nuevo encargo y dí fin á todos los demás asuntos que traía entre manos.

2. En mi interior me avergonzaron realmente aquellas palabras. Pues se me ocurrió al instante y sentí remordimiento al observar que, efectivamente, había rechazado, ó había aceptado y retrasado, trabajos y favores que se me habían ofrecido, por lo general, cuando con más facilidad hubiera encontrado tiempo y lugar para hacerlos.

Lo mismo les ocurrirá á los demás. De otro modo, basta que uno esté ocioso ó, al menos, que no tenga un día que atender á un trabajo serio y continuo, para que no se tenga deseos de nada; todo se deja para luego, aunque la consideración ó la caridad exijan su pronta ejecución y en ésta se emplee escasamente cinco minutos. Y es que, después de pasarse las horas charlando, paseando ó divirtiéndose, anda uno de un lado para otro aburrido y desesperado de que aún no sea hora de ir á la mesa; se toca una marcha en los cristales ó en el piano, ó se coge un papel insípido que hace un momento se arrojó desdeñosamente; y, sin embargo, sobre la mesa hay una carta recordándonos que el remitente espera con ansia la contestación. Pero ¡cá!, no hay cuidado. ¡Falta tiempo!

3. Si alejamos todo fingimiento ó ilusión de nosotros mismos, tendremos que confesar que la mayoría de las veces no son ni el exceso de trabajo ni la fatiga las verdaderas causas de que no cumplamos con nuestro deber, sino la pereza, la distracción y el desorden, ó sea, la falta de dominio de sí propio. El verdadero espíritu del trabajo, que no puede existir sin una gran voluntad, sin

orden ni recogimiento, siempre encuentra espacio para trabajar, como dice San Agustín del amor, en estas bellísimas palabras: La caridad siempre tiene que dar.

V. Quién tiene tiempo.—El día no es más largo para uno que para otro, y, sin embargo, á algunos les resulta siempre corto y á otros de un tedio insoportable. ¿Cómo será que hay hombres que, á pesar de lo escaso que les viene el tiempo, llevan á cabo tantas cosas, mientras que otros en una vida larguísima no consiguen hacer una sola obra útil ó provechosa?

La respuesta está en las siguientes palabras: Con abnegación, sacrificio, orden y constancia, puede un hombre, en tiempo cortísimo y con los medios más humildes, crear verdaderas obras maestras.

VI. El arte de administrar el tiempo.—1. En el libro agradable, pero algo informe, de Hilty titulado *Felicidad*, hay un capítulo sobre el arte de administrar el tiempo, capítulo que recomendamos á nuestros lectores, porque fieles á las máximas de Pablo, no queremos meter mano en la cosecha ajena.

Nosotros hablamos desde nuestro punto de vista; el hombre de mundo desde el suyo, y así ninguno esgrime armas contra el otro, y ambos cumplimos el mismo fin, cada uno á su manera.

2. Es innegable que el tiempo es uno de los bienes más preciosos y de mayor responsabilidad que nos ha dado Dios. De su empleo adecuado depende el complemento de nuestro ser, la felicidad de nuestra vida, el buen término de nuestra misión terrena, la realización de las esperanzas y derechos que otros tienen sobre nosotros, y, principalmente, nuestro destino en la eternidad.

3. Por desgracia hay muchos, muchísimos que no saben qué hacer de tan gran tesoro ni cómo emplearlo convenientemente. Para algunos, ó sea, los malgastadores, que forman la mayoría, no tiene el tiempo valor alguno; para otros, los avarientos, no es un medio para conseguir fines más elevados, sino el mismo bien ó un yugo férreo bajo el

cual se hallan agobiados hasta sucumbir. Lo acertado es el justo medio, que no siempre es muy fácil hallar.

Á un hombre que lleve la carga de negocios de un Metternich se le puede perdonar que reciba y despache las visitas ociosas en la misma puerta con las palabras: «¡Pídame V. lo que quiera menos tiempo!» Pero esto no corresponde á todos; sólo con esas personas que parecen haber entrado anticipadamente en la eternidad, para quienes, por lo visto, no existe la noción del tiempo, le está permitido al simple mortal usar el procedimiento descrito anteriormente, aunque aquél no sea un Metternich.

Pues bien, aun el hombre más agobiado por el trabajo debe felicitarse alguna vez de que una persona molesta ó estúpida venga á interrumpirle ó á detenerle en sus tareas; porque esto le da ocasión para ejercer la paciencia y evita que sea presa de esa ridícula pedantería que llega á figurarse que se retrasa el curso de la historia universal, si escribe aquel día un acta ó una cuartilla menos que el anterior.

El hombre libre y pensador no debe ser esclavo ni asesino de su tiempo; debe ser únicamente su dueño y señor, ó, más bien, su administrador responsable; porque dueño del tiempo sólo puede serlo Dios, criador de todas las cosas.

4. El tiempo, como todos los demás bienes de la tierra, nos fué dado para emplearlo, principalmente, en nuestra propia utilidad.

El hombre se pertenece, ante todo, á sí mismo, y, como su ser, le pertenecen también sus dotes y facultades. Descontando la necesidad y las circunstancias extraordinarias, hay que convenir en que nadie prodigará sus alabanzas á quien sólo vive para los demás y á sí mismo se descuida. Dios no nos ha creado esclavos: ni para esclavos del negocio, ni de los amigos, ni tampoco para esclavos de la vida social; ni siquiera nos quiere esclavos de las llamadas buenas obras, sino que nos hizo hombres libres, dueños

de nosotros mismos. Ahora bien, verdaderamente libre es sólo aquel cuyas pasiones se hallan sujetas á su propia voluntad.

Acaso no sea superfluo observar que al hombre corresponde también el alma, y ésta en primer término. Pues ya dice el Divino Redentor: «¿No es más el alma que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?» (Math., VI, 25).

5. Pero Dios no nos creó para ser mónadas aisladas ó moléculas, sino que nos hizo miembros del género humano; es decir, que estamos obligados, no por el propio gusto, como supone Rousseau, ni por nuestra propia miseria, como afirma Hobbes, sino por nuestra naturaleza y nuestro destino, á contribuir á la utilidad común.

Precisamente con poner nuestras personas y nuestros bienes al servicio del bien general, no nos privamos absolutamente de nada, ni sacrificamos lo más mínimo de lo que poseemos; sino que cumplimos tan sólo, con nuestro destino. Pues, al fin, usamos tan sólo, y en el sentido en que lo dispuso nuestro Creador y Dador, de lo que nos fué concedido para que lo empleáramos también en provecho de los demás.

6. Por lo tanto, el hombre, siempre que no se perjudique esencialmente á sí mismo, debe emplear su tiempo en bien del prójimo y de la comunidad: y realmente no se perjudica aquel que no se olvida de que, por grande que sea su actividad hacia lo exterior, debe siempre medir su caridad por el rasero del cuidado que se debe á sí propio.

Pero vemos siempre que muchos se disecan, se osifican y desfallecen hasta acabar en la consunción, por rechazar toda participación en las cuestiones generales y públicas, diciendo: «No tengo tiempo; necesito todas mis energías para mí mismo. Yo cumplo con mi deber cuidando de mis propios asuntos; lo demás no me importa».

El juicio justísimo de Dios es el que ha dispuesto que el bien mal adquirido se convierta en maldición para aquel que le privó de su fin legítimo con objeto de utilizarlo únicamente en provecho propio.

7. Pues, como de todos los demás dones que nos fueron confiados y de los cuales hemos de responder ante el Tribunal de Dios, así también se nos exigirá estrecha cuenta del tiempo. De toda palabra inútil, de todo pensamiento y de toda moción secreta de nuestro corazón, así como del último céntimo, hemos de responder con la misma fidelidad que del empleo de todos los minutos de nuestra vida.

Esto es lo que da al tiempo su verdadera importancia, puesto que cada minuto se convierte en un granito ó simiente para la eternidad. He aquí por qué llegaremos á apreciar únicamente en el otro mundo todo el valor del tiempo. Sin embargo, ya en éste debiéramos comprender que su empleo es cuestión bastante seria, considerando que del mismo depende toda nuestra eternidad.

8. ¡Y aun se oye decir por todas partes que lo que menos importaría sería el empleo del tiempo, con tal que lo hubiera!

Siempre la misma lamentación: «No tengo tiempo»; y luego, cuando se observa de cerca al hombre plañidero, hay que decirse una docena de veces al día: Si yo tuviera la mitad del tiempo que tú desperdicias, á los dos nos iría admirablemente.

¿Y quiénes son esos que no tienen tiempo? Ora algunos que no quieren emplearlo, ora otros que no saben sacar de él la utilidad necesaria.

Ya sabemos que nunca faltan individuos que están realmente agobiados por el trabajo; porque en una sociedad tan mal organizada como la nuestra, el hombre abnegado, rodeado de ignorantes, holgazanes ó egoístas, puede llevar sobre sus hombros más peso que lo que permiten las fuerzas humanas. También los hay que tienen los asuntos á granel, porque el egoísmo les hace arrebatarlo todo para sí.

Descontando algunos casos excepcionales, nos atrevemos á sostener, como una verdad general, la afirmación siguiente: Tiempo tiene todo aquel que sabe administrarlo.

9. El lector me contestará á esto: «¡Pues yo no tengo tiempo!»; y yo replicaré: «Pues búscalo: el que busca, halla siempre». Y si no lo encuentra en seguida, que no desfallezca. El hallar tiempo también es un arte, y todas las artes necesitan estudio. La mejor enseñanza es probar á hacer lo que se piensa; la práctica hace al maestro en todos los ramos del saber y, por lo tanto, también en el arte de emplear el tiempo.

10. Otro viene y me dice: «¡Tampoco yo tengo tiempo!» «Si no lo tienes, tómatelo», contestaré. Porque á la raposa dormida no le vienen las perdices á la boca, y el que no agarra la ocasión por los cabellos, como dice el refrán, se le escapa para no volver. Con bostezos, ansias y suspiros, no se retiene el tiempo, sino asiéndolo vigorosamente por donde se pueda.

Centenares de veces se le deja escapar por pura consideración al prójimo, por temor á parecer descortés, raro, extravagante y de miras estrechas. Agárrate al corazón y ya tienes cogido el tiempo.

11. «No tengo tiempo», me dice un tercero. «Pues ahórralo más», le contesto. Ahorrar vale tanto como ganar. En una familia de escasos bienes, en donde guarde las llaves una buena ama de casa, hallarás los cajones mejor provistos que en una casa grande y mal gobernada.

Porque pregunto yo: ¿Son realmente tan necesarias todas esas visitas, diversiones y conciliábulos; esos periódicos, excursiones y fiestas nocturnas que ha escogido nuestra cultura de los troglodistas y de los misterios de Mitra?

¿Y cómo administras lo que pudiéramos llamar los recortes de papel y colillas de cigarro de tu tiempo? ¿Recoges los restos del cigarro y tiras los del tiempo? ¿Piensas acaso que son desechos que no sirven, que no vale la pena guardar? Pues bien, permíteme que te diga que el que tiene el espíritu de la economía y del trabajo alcanza más que otro con jornadas enteras. Muchos céntimos componen un duro, y un vestido hecho de pedazos abriga tanto como el que sale de una pieza de tela.

12. Vendrá un cuarto y me dirá también: «No tengo tiempo». Amigo, le responderé, no debiste acudir á esa palabra; porque á ti es á quien cuadra, mejor que á nadie, lo que acabo de decir. Todo estriba en tener orden, pues el ahorro, con un pocc de voluntad, también pertenece al orden. Con ese desbarajuste que llevas; con el despotismo con que imperan tus caprichos y con esa irregularidad y falta de plan y concierto, hasta una eternidad se convertiría en ruinas en tus manos.

Acostúmbrate á mantener el orden y el método en todo, y habrás orillado el conflicto. El orden contribuye á la buena administración—decía Federico Guillermo I. Y la experiencia ha formado el refrán: «El orden es media vida».

13. «Yo no tengo tiempo», observa lamentándose el quinto de los plañideros.

Perdona si me sonrío de lo que dices: ¿es posible que hables en serio? Ya dice el Apóstol que se puede comprar lo que te falta (Ef., V, 16). Has de sacrificar algo de ese tiempo precioso que malgastas en componerte, en comer, en beber, en fumar, en politiquear y en maltratar honras ajenas, en ociosas pláticas de sobremesa, sobre todo por las noches, y en dormir á pierna suelta. Comprar tiempo es sacrificar un poco de las aficiones permitidas y un mucho de las prohibidas y pecaminosas.

14. Aun así, oigo repetir á un sexto y luego á centenares y miles de personas la misma queja: ¡No tengo tiempo!

Pues bien, si aun no bastan todos los medios y medidas citados, convendrá que eche el resto con una sexta advertencia y máxima, á modo de complemento de las anteriores.

¡Apelad á Aquel que creó el tiempo! Rezad más, y hallaréis «más tiempo.»

No es necesario—dice el salmista—que os levantéis antes de que haya luz. Levantaos después de haber descansado, vosotros que coméis el pan del dolor; porque á los

que aman á Dios, Éste les consiente gustoso que duerman (Ps. CXXVI, 2).

No quiere decirse con esto que Dios piense ahorrarnos trabajo, pues para que trabajáramos nos creó; sino que si empleamos nuestra actividad según sus mandamientos y pidiéndole su gracia, nos ayudará para que no nos veamos precisados á consumirnos trabajando como máquinas y para que nos quede un buen lapso de tiempo que consagrar al reposo, con objeto de atender á nuestras almas y, por lo tanto, de orar y renovar así la bendición divina. De la bendición de Dios depende hasta el ahorro del tiempo.

15. Descontando la bendición divina, todo el arte de tener tiempo y de saber emplearlo y administrarlo, se reduce, en cuanto á nosotros mismos se refiere, á estas solas palabras: Fuerza de carácter y de voluntad.

VII. Ya irá saliendo.—Con un poco de sentido y un poco de paciencia, sin ruido ni confusión, van saliendo las cosas como por sí solas...

VIII. La divisa de mi escudo.—Son muy diversas las dotes de los hombres: los hay que sólo sirven para brillar; otros tienen que arar y sembrar llenando silenciosamente las lagunas y deficiencias ajenas.

Hay otros que se complacen en ser cohetes: á éstos debéis llamar cuando vayáis á alguna fiesta.

La divisa que yo elijo para mi escudo, es la gallina empollando huevos.

IX. Ne sutor ultra crepidam.—La gallina dijo al gallo: Anda, bobo, que sólo sabes cantar, y eso también lo hacen las gallinas viejas. ¡Quisiera verte poner huevos!

El gallo contestó: A mí me horripila oir cacarear las pollas. Pero cuando las gallinas viejas cacarean me pongo á morir; parecen que aran sobre hojalata.

Yo canto porque el cantar es lo que entiendo, el poner huevos que lo haga quien sepa; yo no me meto en camisa de once varas.

X. El canto primaveral de un obrero.—Me he pasa-

do el invierno trabajando, privándome hasta de respirar, con mala alimentación y en estrecha cárcel, y por fin se halla coronada la obra.

Pero no hay un alma que me lo agradezca; sólo la envidia se fija en mí, seca y prudente en la alabanza, pero incansable y pródiga en la censura cuando llega á descubrir la menor falta.

Para el trabajo nunca tuve apoyo; para mejorar la obra nadie supo darme un consejo; mas todos sabían ponerme obstáculos y pisotear mi sembrado.

Señor, durante la larga noche invernal, supiste ocultarte en el silencio, previéndolo todo con tu sabiduría, preparándolo y colmándolo de fuerza.

Y ahora surge la primavera con sus esplendores, y florece lo que sembraste. ¿Y quién, por ventura, hace caso de tus obras como no sea para infamarlas?

Tú sigues tu camino derramando bienes, aunque, en cambio, recibas la recompensa con que suele pagar el mundo. En mí también ejecutaste tu obra, y ¿aun me atrevo á reclamar jornal?

Dios mío, sigue trabajando en la misma forma y permíteme que sea tu ayudante; sé tú mi única recompensa, que el mundo no me privará de la suya.

XI. Conciencia del deber y presunción.—Suele ser raro que falte la presunción, pero por desgracia es muy corriente la falta del sentimiento del deber, prueba palpable de que aumenta el número de los que se creen destinados á gozar y consumir los frutos, y disminuye el de los que se someten á la penosa tarea del cultivo.

XII. No quiero obras pequeñas, sino obras grandes.—No verás villa ni villorrio, por mucho que extiendas la vista, en cuyas alturas no distingas la llama de un hogar, y cada fogata, por mísera y débil que sea, anuncia al mundo: «¡Aquí se ha fundado una obra y yo soy su héroe!»

¿Una obra?—ocurre preguntar.—Una obrita no es una obra. Sí, todos quieren ser héroes, aunque sean héroes ena-

nos, y todos encienden su lucecita por pequeña y tímida que sea, con tal que proclame su gloria la octava parte de un día.

¿Quién no se alegra de corazón á la vista de esos fueguecillos? Pero si he de hablar con franqueza, á mí me alegraría más el brillo que despidieran cien llamitas juntas en una gran fogata, y cuyo fuego durase á través de las tempestades y los tiempos.

Pues si te figuras que un fuego se apaga tan fácilmente como aquellas llamas moribundas que apenas oscilan, el viento te mostrará cuán pronto se agranda la hoguera, y cada gotita de lluvia te enseñará que es la muerte de una llamita.

Bendición se vuelve cada hora que te obliga á aguardar, y te proporciona así el fruto de la espera y la madurez del juicio.

Bendición se vuelve cada escollo, el cual te demuestra que sin una prudente previsión hasta el barco más pujante se estrella contra las rocas.

Bendición se vuelve cada desengaño, que contabas como éxito, porque convierte los esfuerzos de buena fe en el acero más puro y mejor templado.

Bendición se torna cada caída, porque si vuelves á enderezarte, multiplica tu valor y tu prudencia, con los cuales llegarás á la meta.

En bendición se torna la malicia que te siega el corazón; pues ella ha de probar si resistes la luz de Dios.

En bendición se tornan las necedades que se oponen á tu celo; pues pone un dique á los ardores del fuego, y ese mismo dique se convierte en llamas ardientes.

Bendición resulta el huracán, porque barre la maleza que ahoga la savia del roble.

Bendición resulta el rayo que destroza el frontis en el que leemos la inscripción: «Es muy bueno».

Bendición será todo aquello que aplaque tus impulsos y tu fogosidad y que destruya la confianza temeraria que pones en ti mismo.

Bendición es lo que te aprisiona con rejas y cerrojos en el interior de tu casa, pues sin ello acabarías por desconocer eternamente las riquezas que encierras.

Todos plantamos arbustos, nadie planta un árbol. Aquéllos crecen rápidamente y sin trabajo; apenas necesitan un año. Y cuando llega el equinoccio, arden como yesca, pero, ¡ay de nosotros si el invierno se presenta largo y crudo! Obritas ya hay muchas, y para una obra grande faltan las fuerzas.

El huracán no halla un solo tallo fuerte, sino hierbas que crecen como espinas y se secan aun antes de cerrar la noche, porque les falta el jugo que les da vida y resistencia.

¡Ay, si quisiéramos convencernos alguna vez de que la calidad del acero no está en la cantidad, sino en la finura y el temple!

¡Ay, si llegáramos á penetrar hasta el fondo lo que quiere decir: «crear obras»; no trabajar como máquinas, no; sino con el corazón y el espíritu!

XIII. Unos cuantos secretos del trabajo, que cuestan poco y que valen mucho.—1. Hoy en día, cuando muere algún artista ó escritor, asombra el ver citadas en su necrología un sinnúmero de obras que ya están relegadas por completo al olvido. Apenas si hay una sola que asista á su muerte, y aun menos que le sobreviva, pues ha dado al mundo numerosas chapucerías, pero no ha logrado hacer una sola obra de arte.

Y eso proviene de que todo el mundo cuenta el valor de su actividad con una calculadora, pero no por balanza, siendo así que la calidad de un trabajo está, generalmente, en relación inversa de la cantidad, por aquello de que las fuerzas humanas tienen un límite. Y ¿hemos de creer que nuestras obras de beneficencia, las de la vida social y política, como las que pertenecen al dominio religioso, hayan de ser una excepción de la regla?

2. Seguramente no habrá comprador que apruebe la teoría de Marx de que el valor de una cosa debe apreciarse

únicamente por el trabajo que exige su ejecución: á nadie se le ocurrirá pagar doble precio por un trigo mediocre, porque su cultivo, en terreno malo y estéril, haya costado doble trabajo que el del trigo bueno en tierra fértil y rica.

En el dominio espiritual el valor de una cosa depende de tres factores: del trabajo, de las energías espirituales y morales empleadas en él y del tiempo, factores necesarios para aclarar la idea, fortalecer la fuerza moral, y llevar á cabo la obra con la mayor solidez y el mayor arte posibles.

3. Las quejas que origina el materialismo de la época, y, en general, la mayoría de las quejas y lamentos que oímos, son rara vez sinceros, como asimismo la ironía, el sarcasmo y la excesiva humillación propios. Así como las clases ilustradas se acuerdan muy poco de reprimir su sed de goces y placeres para poner un dique á los excesos de la multitud, los llamados genios directores de la época tampoco piensan en confesarse á sí mismos que son los que más truenan y se conduelen de la bajeza y mezquindad de miras de los tiempos que corren, ni que ellos son los más llamados á dar ejemplo, pero no trabajando según las máximas del siglo, ni por alcanzar éxito y fortuna, ni á tantos caballos de vapor, ni á tantos kilómetros por hora, ni menos halagando el gusto brutal y las ideas dominantes del día.

Si no quieren convencerse de las frases siguientes: «Al pájaro déjale su vuelo incansable, al mastín que guarde la puerta»; «Al hombre le conviene encorvarse desde niño y luchar mañana y tarde, y con la lucha logrará la victoria», ¿cómo se atreven á reprochar al pueblo que quiera vivir y pensar como ellos viven y piensan?

Ellos, antes que los demás, debieran honrar la palabra de Dios:

«No trabajéis por el alimento que pasa, sino por aquel que dura eternamente (Ioan., VI, 27)».

4. Aquel que se figure que para ejecutar cualquiera labor necesita sólo fuerza corporal y dotes intelectuales,

difícilmente llevará á cabo una obra sólida, y mucho menos una empresa extraordinaria. Hasta para el trabajo manual es necesario fuerza moral, cuanto más para una buena obra de la inteligencia. Y no hablemos ya de la abnegación que requiere todo esfuerzo serio. Ahora pregunto yo: ¿dónde ha de buscarse la fuerza para resistir esa vanidad que sólo apetece un éxito inmediato? ¿Dónde encontrar el valor para decir la verdad ingrata, para permanecer fiel á los deberes, para confesar las convicciones, aun exponiéndose á perder una popularidad adquirida á fuerza de sacrificios? ¿Dónde encontrar esa energía, capaz de concentrar en la obra exterior todo su ser interno? Y ¿es posible que sin todas las citadas particularidades pueda llevarse á cabo una obra sólida y duradera?

5. El que busca un trabajador, exige, ante todo, que sea hombre de confianza. Confianza inspira naturalmente, y con más facilidad, no sólo el que es hábil en su oficio, sino el que ha dado pruebas de sobriedad y continencia; es decir, el que tiene inclinación á la vida de sacrificio y sabe dominar y vencer sus pasiones.

6. Alban Stolz fué, ciertamente, un gran trabajador, y, sin embargo, aconseja á todos que rehuyan el esclavizarse á ese trabajo que considera perdido el día en que no se ha llenado el número imprescindible de páginas marcado anteriormente. Pero no dice esto por exclusiva consideración á la bondad del trabajo—aunque advierte que, en paseo, la otra recolección ó diversión del espíritu le es á éste muy conveniente,—sino que le preocupa mucho más el carácter del trabajador.

No hay duda en que el trabajo desenfrenado pone al hombre enfermo y nervioso, y, lo que es peor, le convierte en máquina, en galopín y hasta en burro de carga de su propia ocupación. Ese indigno abandono que estropea á tantos hombres de valía; esa pedantería del espíritu, esa osificación del corazón, ese endurecimiento del carácter, que hace insoportables á tantos sabios, tienen su origen en ese trabajo de fábrica.

Si se quiere adquirir ó conservar en medio del trabajo el dominio de sí mismo y la verdadera distinción del espíritu, debe uno, ante todo, acostumbrarse, no sólo á trabajar con reposo y á soportar con paciencia toda interrupción, sino, cuando la obra haya de hacerse de prisa, á interrumpirla á propósito de vez en cuando. El mejor medio, en todas las circunstancias, es soltar de cuando en cuando trabajo y refrescar el corazón con una breve plegaria ú otro ejercicio espiritual, elevándose á cosas más altas.

7. Nadie podrá quedar satisfecho de su obra ó de los resultados de ésta, ni podrá asegurar que ha puesto en ella todas sus energías, si al mismo tiempo no se atreve á confesar que su trabajo, como su obra, son lo mismo, es decir, su personalidad entera y verdadera; ó, en otras palabras: cuando aquello que hace es un extracto de su propio ser, no hallará satisfacción si no se ha compenetrado, convivido y hasta confundido con lo que hace.

8. Para la mayoría de la gente actual resulta superfluo el consejo de que no se excedan en el trabajo. No obstante, tratándose de gente ambiciosa, la advertencia es muy apropiada y se justifica plenamente. El mejor medio contra el peligro de la ambición es la intención de fomentar con el trabajo el honor de Dios; pues es casi imposible que un hombre se perjudique por exceso de labor mental cuando ejecuta ésta exclusivamente porque Dios lo quiere así y tal como Dios lo quiere.

XIV. Caminos estériles y caminos fértiles.—1. No sabemos qué casta de hombres es la que más daño hace, si la de los predicadores del mal por profesión, ó la de los críticos del bien por afición; el juicio de unos y de otros lo dejaremos en manos de Aquel que lo pesa todo en la balanza justa y equitativa. Sin embargo, puede asegurarse que los peores enemigos del bien son aquellos que rebajan y censuran todo lo que se hace en favor del derecho y de la verdad y con arreglo al espíritu de la sabiduría probada por la experiencia, actividad que califican de insuficiente, anticuada y falsa en principio. Hay que advertir

que dicho pesimismo no hace por sí propio nada para impedir el mal ni para favorecer el bien.

«Al ángel de mármol que llora sobre la tumba», pero que, en cambio, priva á los que quieren hacer algo, del valor y del honor de ejecutarlo; á esta ave de mal agüero le cuadran muy bien las palabras: «¡Ay de vosotros, que con vuestras exigencias exageradas cerráis á los hombres el reino de los cielos! Vosotros no queréis entrar en él y á los que quisieran entrar les obstruís el paso» (Math., XXIII, 13).

2. La consecuencia de esto es que muchos de los que los atienden se pasen con armas y bagajes al campo enemigo, en donde, á manera de nuevos pródigos, sirven por la mísera pitanza; y que aun de los escogidos se haya apoderado un profundo desaliento que expresan muy bien las cobardes palabras siguientes: «Hemos quedado demasiado atrás; ya no podemos avanzar con ellos si no lo ponemos todo patas arriba».

3. Es verdad, así no se puede seguir. El cacareo elocuente no ayuda á vencer, y menos aún los desdenes oratorios de los demás. Tampoco sirve destruir, censurar ó desesperarse: sólo valen las obras; sólo sirve el obrar paciente, continuo é incansable. Es aquello de: «No se entró en la batalla como héroe, sino que se salió héroe de ella» (F. R. Hebbel).

Y no se trata aquí del mero obrar humano, sino de la obra grata á Dios y dispuesta al sacrificio; del fiel abandono á Dios y al deber según su Santa Voluntad, y de la disposición de ánimo para soportar por amor á Él y á su Hijo toda afrenta, y aun, si fuera necesario, renunciar por su causa á la hacienda, á la honra y á la vida.

¡Ojalá hubiera mucha gente que sólo buscara con lealtad la honra y el provecho de Dios, que entonces no seríamos inferiores!

En esto, como en todo, acierta San Agustín cuando dice: «Los ignorantes se levantan y se apoderan con violencia del reino de Dios, y nosotros, con nuestra cultura y

sabiduría, faltos de corazón, ¿por dónde andamos?» (Confes., VIII, 8, 1).

Los listos pierden el camino con la charla y la censura, mientras que los pequeños penetran por la puerta de la vida diciendo cándidamente:

«Lejos de nosotros, pues sería vergonzoso que nos acogiéramos á la lengua en vez de empuñar la espada» (Calderón).

4. En esta forma obraron Abraham, Moisés y los magos de Oriente. Éstos no preguntaban: «¿Por qué?», ni «¿En dónde?» Ellos no se disculpaban con: «Se burlaron de nosotros como si fuéramos locos», sino que, escuchando la voz de Dios, lo abandonaron todo, penetraron en lo inseguro y no se engañaron. Si hubieran obrado como suelen obrar nuestros agudísimos censuradores y pesimistas, hubieran seguido envueltos en la sombra de la muerte; pero ellos caminaron en las tinieblas de la fe y consiguieron llegar á la meta.

Así hizo Samuel, que no anduvo en grandes investigaciones para averiguar si Dios realmente hablaba con él; sólo respondió: Habla, Señor, tu siervo te escucha (I Reyes, III, 10). Y Dios habló, y de todos sus discursos ni una sola palabra perdieron los profetas (Ibid., III, 13).

Así obró Saulo, quien no se rebeló contra la aguijada, sino que dijo sencillamente: Señor ¿qué quieres que haga? (Act. Apóst., IX, 6). Podía errar, pero no podía negarse á Dios; podía dar un paso equivocado con el convencimiento sincero de obrar por la buena causa; pero no podía detenerse después de conocer la voluntad divina. Podía oponerse al reino de Dios mientras dudaba del camino que conducía á él, pero luego no hubo abnegación, penitencia, cambio de pensar, hablar ni obrar demasiado violento, desde que comprendió las intenciones del Todopoderoso.

5. Mientras que la soberbia sabiduría humana empieza por paralizar el entusiasmo del corazón, por aniquilar la voluntad echando sobre ella la maldición de la esterilidad, y acaba por hundir el espíritu mismo en el marasmo de la duda, hay un medio muy sencillo para ser fe-

cundo en toda obra buena, y es: Nada de censurar, nada de investigar más de lo conveniente donde se puede alcanzar honra ó perderla, sino obrar con candidez para con Dios; en una palabra, basta saber lo que quiere la voluntad de Dios, lo que es bueno y perfecto (Rom., XII, 23. Ef., V, 10), y, hallado que sea, ponerlo en obra en todas sus partes (Col., IV, 12).

XV. El vasallo de Dios.—Nada de dormir, nada de reposar; velar siempre, tieso junto al yunque. Pelear hasta conseguir la victoria completa, tal es mi misión y mi deber de vasallo, porque me dijo el Señor: «Cuando regreses á tu casa tarde, agobiado por el trabajo del día, no te sientes, sírveme; el deber del vasallo es llevar las armas día y noche, salir á pelear en mis filas, hacer la guardia y exponer la vida». Y si caigo en la pelea, que me coloquen de pie en la tumba, para que en cuanto suene el clarín, me halle dispuesto á la defensa.

XVI. Semilla de la esperanza.—Allá en las cimas deslumbra la nieve; aquí resplandece el sol primaveral; pero ni la nieve ni las delicias de la primavera estorban nuestro trabajo. Nosotros sembramos cantando nuestros sudores; sembramos la semilla de la esperanza. Es verdad que aún nos amenazan la helada y el granizo, pero á los sembrados los apadrina la esperanza, y si Dios manda hielos, hágase su voluntad, que á Él no le faltará el diezmo, pues en el curso del año ya nos agració largamente con sus dones.

XVII. Por una causa perdida.—¿No llevo ya bastante carga sobre los hombros, para que me atormentéis también vosotras, diciendo con mofa á mis pesares: «Si te hubiera iluminado la menor lucecilla, ¿habrías servido una causa que está perdida y muerta?»

Es decir, ¿que sirvo una causa perdida, que lucho, batallo, me desvelo y caigo por un nada?

¿Queréis despojarme de la esperanza, romper hasta los tornillos de mi energía, contener el impulso del péndulo?

¡Hágase vuestro gusto! Pero no digáis jamás que la es-

peranza de alcanzar una recompensa empaña el brillo de oro de nuestra virtud: si Dios me ha colocado en este puesto, renuncio á probar consuelo alguno, y me abrazaré únicamente á la fidelidad.

Pero si sólo pienso en Dios, y para mí no apetezco éxito alguno, ¿deshonro con ello mi servicio?

No, no hay abnegación que se pierda, si Dios la ha dispuesto para que aumente su gloria.

XVIII. Obrar y ser útil.—Nos dice y advierte el mundo: «Nada de remontarse á las alturas, nada de exagerar la seriedad. Has venido á la tierra y tienes vida para aprender á obrar y á ser útil á tus semejantes».

¡Obrar y ser útil! Me embriagó el consejo cuando lo oí por primera vez; mas ¡cómo se derrumbaron mis ilusiones cuando, temeroso, lo escuché más de cerca!

Come y bebe; date buena vida, entrégate al placer y al juego. Eso no va contra el mundo, y éste dirá de ti: Es muy *simpático*.

Sacrifícate hasta expirar; llena mil veces tu deber y ese mismo mundo dirá: ¡Qué petate: ni siquiera sirve para una partida de tresillo!

¡Obrar y ser útil! Hermosas palabras cuyo cumplimiento te guardarás de exigir al mundo, porque te habrás equivocado de puerta.

Hombres, aprended á apoyaros en Dios: Dios es la vida, Dios es la acción.

Sólo el que se acerque á Él deseoso de aprender, llegará á saber lo que es obrar y lo que es ser útil.

XIX. Gloria póstuma.—No conozco á nadie que haya cumplido fiel y calladamente su trabajo y haya encontrado ya en esta peregrinación terrena su recompensa y su gloria. Sólo después de la muerte germina la semilla.

Que los hombres levanten piedras en tu honor ó te afrenten y te humillen, ¿qué importa?

Cumple tú fielmente con lo que te han encomendado, que el honor te seguirá con Dios.

XX. Lo que hagáis al más humilde de los míos me

lo habréis hecho á mí.—¿Qué les pasa hoy á las huestes angélicas? Ya hace tiempo que no las he visto tan afanosas. Adornan con guirnaldas las celestes esferas, de extremo á extremo, en cruz y de través.

Y ahora adornan las vías interminables con palos en que colocan vestidos y ropas remendadas y zurcidas, como se adorna con banderas y gallardetes la carrera triunfal de un ejército victorioso.

¡Qué extrañas banderas forman esos míseros vestidos, hechos para los pobres y gastados por ellos, que hoy brillan como oro y cintas de seda y parecen convertidos en perlas y piedras preciosas!

Ángeles míos, ¿no podríais decirme para quién se prepara tan solemne entrada?

¡Paciencia y silencio! ¡Pronto has de ver como honramos y ensalzamos aquí arriba á los fieles más humildes!

Los ángeles forman en filas innumerables cargados de coronas de flores y de palmas. Acuden las viudas, los amigos de los pobres, transfigurados por el sacrificio y la penitencia.

Con lámparas de brillante oro en la mano, se ordenan, y miran ansiosos la puerta. Al fin resuena entre las bóvedas marmóreas: «¡Ya viene! ¡Ya llega, ya la suben los ángeles!»

¡Ya está ahí! ¡Bienvenida entre nosotros! En seguida, al presentarse, conozco á mi madrecita, callada y modesta, que, en sus tocas de viuda, pasa por la puerta guiada por los ángeles.

Parece no ser dueña de sí: tan avergonzada se presenta. Más bien la llevan que no anda á lo largo del camino formado por las tropas, que se agitan majestuosamente á ambos lados de la recién llegada, á la que saludan.

Á medio camino le sale al encuentro, rodeado por grupos de querubines resplandecientes, el Rey de los honores, quien la bendice y la presenta á las viudas como una nueva hermana.

Las viudas, los penitentes, los amigos de los pobres ro-

dean á Tabita con gozo celestial y le cubren los hombros y el pecho, murmurando felicitaciones y abrazándola tiernamente, con la capa luminosa de los santos.

Y reunidos caminan hacia el Señor, que está en el trono, llevando en medio á Tabita con los atavíos reales.

Y el Juez Supremo le alarga la corona que le tenía preparada desde la eternidad.

Parada y cubierta de rubor infantil, se inclina bajo el peso del oro y de los diamantes, y turbada con aquel brillo que la envuelve, murmura: «¿Señor, cómo he merecido tanto? Detente, Señor».

El Salvador le contesta con suavidad infinita:

—Tabita, en cada pobre que cuidaste me cuidaste á mí. Tú me alimentaste en la persona de los hambrientos, aun cuando éstos, á veces, ni figura de hombre tenían. Tú sólo pensaste en vestirme cuando vestías á los pobres. Ya ves los millares de vestidos que adornan tu senda. Ángeles y santos, responded: ¿No merece que se adorne mil veces el vestido de quien siempre vistió al desnudo?

—¡Es justo!—contestan todos á una voz.—Tú inspiras lo que los débiles ejecutamos, y como en Ti se unen la justicia y la misericordia, coronas y recompensas en nosotros tus propios dones.

CAPÍTULO XI

El arte de vivir artísticamente

I. Pan casero y manjares.—1. En esta época de superficialidad, vale más una palabra enérgica que hondas discusiones. De esto se valen esos espíritus ligeros que dicen que el Cristianismo trata de llevar á los hombres con andadores, como si fueran niños, á fin de impedir su desarrollo y su independencia mental por medio de la estrecha ética de los parvulitos, esa ética monjil, frailuna, casera y otras denominaciones parecidas.

2. El noble pensador Roscher responde irónicamente á estas frases denigrantes, en sus «Pensamientos espirituales de un economista nacional», preguntando si por ventura hemos de dar preferencia á la moral de repostería.

En efecto, ¿qué nombre más honroso puede dársele á las máximas y á la moral cristianas, que el de pan casero? ¿Habrá alimento más sano, más nutritivo y más conveniente que el del pan hecho en casa? ¿Puede citar alguien un manjar más indispensable que el pan, cuyo sabor se aprecia tanto más cuanto que mayor es el número de golosinas que se gusta? ¿Hay acaso otro comestible capaz de mantener, como el pan, una generación fuerte y vigorosa?

3. Con esto no queremos decir que el que tenga medios deje de emplear otros manjares para su sostenimiento, y aun más de los que son imprescindibles para la vida. Al fin, en una mesa se presentan otros platos además del pan.

El Cristianismo, lleno de mansedumbre, no obliga á nadie á aspirar á algo más elevado de lo que la ley impone, pero aconseja con insistencia, á todos los que comprenden

su exhortación, que deseen lo mejor, lo más perfecto, y que se esfuercen por conseguirlo. Sed perfectos como es perfecto vuestro padre que está en los cielos (Math., V, 48). Santos habéis de ser en toda vuestra conducta (I Pet., I. 15). Todo lo que sea verdadero y respetable, todo lo que sea santo y amable acogedlo en vuestros corazones y ponedlo en obra (Fil., IV, 8, 9). Estas son las palabras del mismo Dios.

4. Las máximas citadas no tienen aspecto de niñerías: son, al revés, máximas que exigen hombres de entereza, magnanimidad y heroísmo; son máximas que, con la consecuencia de todo lo verdadero y lo bueno, llegan hasta sus últimos límites.

Con estas máximas ya puede presentarse el Cristianismo entre aquellos á quienes no les basta el pan casero.

Roscher dice, con sobrada razón, que no hay organización ni teoría humanas que resistan sus consecuencias hasta el último extremo, porque cuanto más se extiende tanto más salen á luz los defectos que encierran y que son propios de todas las invenciones humanas. En cambio, el Cristianismo, no sólo resiste todas sus consecuencias, sino que las exige, pues sólo de este modo se realiza por completo, y resplandecen toda su belleza y toda su verdad.

5. Las ansias de perfección es la consecuencia del pensar y vivir cristianos; la mística y la santidad son el complemento y el adorno del Cristianismo.

6. En medio de todo, queda aún en pie la afirmación de que nadie está obligado á la santidad suprema. Con tal que cada cual cumpla fielmente con aquello á que está obligado, ya es un verdadero devoto del Cristianismo. Los manjares adornan la mesa, pero el alimento es el pan cotidiano.

II. Misión artística del cristiano.—No cabe duda alguna en que la gran severidad que los jansenistas ejercían consigo mismos, habría sido muy digna de alabanza si hubiera tenido su origen en un espíritu de caridad y de justicia. Pero si consideramos la exagerada diligencia con que

se resarcían, maltratando las conciencias ajenas y desterrando toda satisfacción y ornato de sú vida eclesiástica, no podemos menos de tener nuestras dudas sobre aquel espíritu de rectitud.

El jansenista verdadero abominaba del adorno de las iglesias, y hasta del blanqueo de las mismas; le parecía un lujo insoportable, y le inspiraban devoción únicamente las paredes de ladrillos escuetas. Todas las devociones extraordinarias, como las procesiones, las peregrinaciones, las misiones, el culto á la Virgen ó á sus santos, la música, los cantos espirituales y los ornamentos bordados, eran objeto de su persecución encarnizada. Limitaron, hasta donde fué posible, el recibir los santos sacramentos, y consideraron como señal de devoción especialísima el que una persona ansiara años enteros, aun por Pascua ó en el lecho de muerte, los auxilios de la Iglesia y no los recibiera.

2. El jansenismo ha desaparecido como secta, pero su espíritu continúa viviendo. Nada de devoción extraordinaria, nada de obras voluntarias: basta con lo estricto é imprescindible. ¡Fuera todo lo sobrenatural! ¡Fuera lo místico! Todo eso resulta exagerado, infantil y perjudicial. Á esto se reduce la esencia de la llamada comprensión moderna de la religión.

3. Será inútil que entremos en consideraciones para hacer comprender al lector que éstas no son las máximas del Cristianismo.

Bastará decir que son más bien tan antiartísticas, ó mejor dicho, tan enemigas del arte como pueden serlo. En donde se pregunta: ¿Es de necesidad absoluta?, ya puede decirse que lo mismo el arte que la belleza y el adorno llegan á su fin, y que tanto la música como la pintura tocan á su término.

«La casa se convierte en cueva de haraganes, el banquete en comilona de bárbaros; después del cual, con bramidos de toro, beben del tonel hasta caer redondos en el suelo».

Figurémonos, por un momento, la vida despojada de to-

do lo superfluo, de todas las artes y adornos. Es verdaderamente difícil suponer semejante cosa; porque hasta el antropófago tiene su arte, á veces muy desarrollado.

Á nadie se le ocurrirá recomendar al mundo semejante embrutecimiento como ideal de la verdadera civilización.

Hasta ese punto no se atrevió á llegar ni Rousseau. ¿Hemos de considerar tal falta de gusto en cuestiones religiosas y morales como paso á un grado más eminente de cultura?

Afortunadamente hay aún mucha sangre sana en las venas y mucho espíritu artístico en el pueblo cristiano para que pueda descender á semejante barbarie. Pues renunciar á todo embellecimiento de la vida moral y religiosa es destruir la vida misma.

4. He aquí porque no pueden ser separados de la religión el piadoso idealismo, la vida de abnegación voluntaria y todo aquello que la Teología denomina obras de excedencia.

Donde faltan estas manifestaciones de la vida interior ya puede decirse que ésta no existe y que allí reina la muerte espiritual y religiosa.

5. Nunca falta gente dispuesta á hablar de exageraciones femeninas, de ocurrencias ociosas de la fantasía frailuna, de los extremos de un ascetismo morboso y de los peligros de una mística tenebrosa.

En efecto, el hombre tiene el triste privilegio de abusar de lo más hermoso y de lo más noble; pero por eso no hay que sacar á colación en seguida lo de los excesos. ¿Quiénes son, por lo general, esas personas á las cuales producen dolor de cabeza el sonar de las campanas, el olor á incienso y el canto de los coros en las procesiones? ¿Quiénes son los que siempre están dispuestos á nuevas fiestas, devociones y preces? ¿Acaso pertenecen á los que á diario rezan todo el salterio, hasta el punto de que ya no les agrada ninguna oración que no sea inspirada por el mismo Espíritu Santo? ¿Son, por ventura, aquellos que oran y guardan los cuarenta días de ayuno como los cristianos antiguos?

¡Cuánta amarga ironía encierra esta serie de preguntas! ¡Como si aquellos que con más vigor se oponen á lo que no ha sido mandado, no fueran, precisamente, los que con mayor facilidad desatienden lo que les ha sido impuesto!

En efecto, así es la verdad. Al embellecimiento artístico de la vida se opone el pesimista, en lucha consigo mismo, con tanta violencia como el tísico.

«El cual, llevando el germen de la muerte en su seno, ve con mayor amargura su desgracia cuando penetra en el hogar de la alegría, con el alma deshecha por la pena».

Es verdad también que la juventud, pletórica de vida, de fuerza y satifacciones, lleva sus cantos, algazara y numen poético más allá de lo que conviene y agrada al hombre grave; pero atestigua la existencia del núcleo sano y vigoroso que encierra.

6. Y así es posible que algunos de estos ejercicios religiosos voluntarios despierten más entusiasmo del que puede aprobarse ó es recomendable á todos; pero siquiera hacen sensible la vida interior de los que los practican, los cuales revelan con su celo, calor y actividad una superabundancia de vida; pues siempre atestiguan la existencia del amor, al cual no es siempre fácil poner una medida.

7. Además, no hay que echar en olvido que el Cristianismo es una religión universal, y una cosa sola no conviene á todos. Ahora, á todos han de salirles las cuentas, lo mismo al serio que al alegre, al hombre que á la mujer, al niño como al viejo, á los griegos como á los bárbaros, tanto como á los alemanes y romanos.

Por eso dicen las Santas Escrituras: Que cada cual haga suficientemente lo suyo según su sentido (Rom., XIV, 5). Y en otra parte se lee: Tú, dime, ¿quién eres para juzgar á tu prójimo? (Iac., IV, 13). También se lee en otra parte: ¿Qué importa lo demás con tal que por todos los medios sea anunciado Cristo? (Fil., I, 18).

Precisamente la belleza de la comunidad cristiana está en que, en ella, todos, aunque dentro de los límites generales, puedan moverse á su modo y manera.

Ni los jornaleros ni los peones, como tampoco esos esclavos ajenos al arte, están excluídos de su seno, con tal que substituyan la misma carencia de espíritu artístico de su personalidad, con mayor suma de obediencia á la voluntad del Arquitecto supremo y de sus capataces, y no opongan obstáculos en el camino de aquellos que quieren seguir su profesión artística.

Á una obra tan magna tienen que contribuir muchísimos, y son bien recibidos todos aquellos colaboradores que quieran trabajar en espíritu de concordia, tanto los que desmontan y nivelan el terreno, levantan los muros de piedra y acarrean el cemento, como los que embellecen el altar con adornos dorados y las paredes de brillante mosaico.

8. No todos pueden ser artistas, ni hay peligro en que lo sean. Aquel á quien Dios haya dado profesión de artista, que ejecute su obra con gozoso entusiasmo, ya sea ésta un trabajo de arte de la caridad ó el de una oración ó el de una abnegación, según el impulso que Dios le haya puesto en el pecho. El que pueda entenderlo, que lo entienda.

III. La suerte de la belleza.—La belleza del cuerpo se oscurece, y la muerte suele elegirla por esposa.

El alma bella resplandece más cuanto más de lejos se la mira.

IV. El espejo.—Te colocas ante el espejo incansablemente, para ver lo que te puede disgustar, y ves un macizo de pecas y ásperos granos.

Niño, haces mal en enojarte con el espejo, que es el amante de la verdad, el cerrojo contra el orgullo, el ladrón de virtudes y el médico que te dice claramente lo que sufres.

¡Ay, si para tu conciencia tuvieras otro amigo igual, á quien nada seduce, y te colocaras ante él con el mismo celo, hasta á los ojos de Dios encantarías!

V. Piedra de toque para la finura en el vivir.—1. La piedra de toque para la finura en el vivir es la conducta que se observa en la mesa, y la piedra de toque más legítima es la conducta de aquel que come solo.

Que á nadie asombren estas palabras. También puede haber distinción en la soledad, y se han establecido reglas para la virtud, la decencia y la urbanidad hasta para las relaciones más íntimas, hasta para el aislamiento absoluto.

Y aun añadiré que es difícil formar juicio sobre la solidez y pureza de la finura, con los modales de aquel que muestra su urbanidad en público; para juzgarle es necesario observarle cuando supone hallarse solo, ó se muestra tal cual es sin imponerse violencia alguna ni artificio.

2. La razón es fácil de comprender. La llamada decencia ó urbanidad no estriba en cierto número de formas externas á las cuales se adapta el individuo, sino en la expresión patente de toda la personalidad, ó según solemos decir nosotros, del hombre interno, del corazón. Por lo tanto, dicha expresión se considera en la moral cristiana como una virtud, y no solamente como virtud natural, sino sobrenatural cuando es ejercida en espíritu cristiano.

Pero si la examinamos con mayor atención, hallaremos que también esta virtud se compone de dos otras virtudes.

3. Una de las raíces de la cortesía es el respeto natural y la caridad cristiana para con el prójimo. Evitar todo lo que á nuestros semejantes pueda avergonzar, humillar ó molestar; hacerlo todo, encargarse de todo y sacrificarse para procurarle honra, satisfacción y alegría: á esto se reduce la esencia de todas las reglas del bien vivir con el prójimo.

Bastan dos palabras de la Sagrada Escritura para que resulten superfluos todos los tratados de urbanidad. Son las palabras de Nuestro Señor: «Lo que queráis que las gentes hagan con vosotros, hacedlo vosotros con ellas.» (Math., VII, 12); y las de los Apóstoles: «Amaos unos á otros con amor fraternal y respetaos unos á otros». (Rom., XII, 10).

4. Esto demuestra que esta parte de la cortesía supone gran abnegación, humildad ó, al menos, violencia y constante dominio de sí mismo. La segunda es la más legítima raíz de la finura en el vivir.

Que no se engañe nadie en ese punto: donde no hay

abnegación, no hay cortesía duradera; pues la urbanidad exterior acaba por resarcirse con expresiones de rudeza interior en el momento en que se cree uno dispensado de violentarse. Los parientes, los amigos y comensales pueden informarnos sobre el particular. Hay gente que se asombra de que ciertos individuos, á quienes en otro tiempo se admiraba por su distinción y urbanidad exquisitas, hayan llegado á ser insensiblemente tan mordaces, insufribles, é incultos; y se pasma de que personas cumplimenteras hasta el exceso, puedan dar de pronto tales muestras de grosería y brutalidad externas. Pues bien, á mí no me asombra ni me admira lo más mínimo semejante cambio; la cortesía de dichos individuos carecía de base ó médula, que no es otra cosa sino la virtud de la abnegación ó de la violencia de sí propio; en una palabra, el sacrificio de la personalidad.

De ahí esa transformación, ese fenómeno que nos hace presenciar atónitos la facilidad con que se hunde aquel edificio sin cimientos, cuando el amado *yo* no está á la altura de las circunstancias que le rodean ni de las exigencias que se le imponen; y aun aumenta dicha facilidad en donde ese mismo *yo* cree poder dispensarse de emplear la moderación que le exige el temor á los hombres y otras consideraciones externas de la misma laya.

5. Una de las ocasiones en que la naturaleza animal del hombre rompe con mayor apresuramiento las odiosas barreras, es el comer y beber: rubor me causa el decirlo.

Aquí sí que hay que cerrarse á los sentidos para no dudar de la humanidad, pues parece que en la mesa es cuando los hombres se quieren mostrar realmente tales como son. Hasta la idea de que los observen y los juzguen miradas extrañas, idea que basta en otras ocasiones para domarlos, «como doma el hierro candente el ansia de sangre del tigre», ó como el miedo al duelo paraliza al oficial beodo, pierde todo su vigor en presencia de los demás comensales, cuando sus ojos ávidos saborean de antemano los placeres que hacen cosquillear el paladar.

No es extraño, pues, que á estas personas les agrade tanto dar muestras de su amistad con la exigencia de hacernos espectadores de su voracidad luculenta y de su embriaguez de sármata. Esa imposición brutal manifiesta bien á las claras el grado de su ilustración y su mala conciencia; ellos no conocen mayor goce que el comer y el beber, y quieren disculparse haciendo á los demás cómplices de sus vicios.

Una vez que se hallan solos y, por lo tanto, libres de todo freno, rompen las trabas que los sujetan, y la bestia encerrada en el hombre procura explotar, hasta la saciedad, aquella su libertad pasajera.

6. Por desgracia, son tan frecuentes estas observaciones, que justifican perfectamente el aserto: Sólo cuando he visto á una persona sola ó en el círculo más íntimo de sus amigos; es decir, á la mesa, y observo que sabe dominarse allí tanto como en público, me atrevo á creer que ha probado el examen de ingreso en la asignatura de la buena crianza y de la distinción.

VI. Nobleza de príncipe, nobleza de rey, nobleza divina.—Honra muy poco el privilegio heredado de usar corona de príncipe y manto de armiño, si las pruebas de nobleza del que los lleva no presentan más mérito que el de haber logrado ver la luz del día.

Si tu antepasado se ganó el pan cavando, ó tu madre dándole á la aguja, honradamente también, tu ascendencia es limpia; y si á ello añades por ti mismo la nobleza real del saber, ya puedes salir á la palestra con todos los príncipes.

Y si no sabes empuñar la espada de la palabra ó de la pluma, consuélate, que aún hay otra nobleza que también gasta hoja de acero: con ella domarás á los bárbaros de tu propio corazón. La nobleza divina de la virtud vale más que todas las coronas.

VII. Enseñanza cristiana del arte.—1. Los estéticos distinguen varias formas en la belleza, á saber: lo sublime, lo heroico, lo majestuoso, lo trágico y lo maravilloso; pero

al mismo tiempo conservan lo gracioso y lo cándido, ó en otras palabras: junto á la forma varonil y sobrehumana de la belleza, ponen la femenina y la infantil.

También los ascetas y místicos cristianos se avienen á ello. Éstos nos ponen á la vista las acciones heroicas y los sacrificios de los santos, no sólo para que los admiremos, como solemos decir en nuestra cobardía, sino para que tratemos de imitarlos, ó, al menos, para avergonzarnos cuando nuestra molicie nos obliga á detenernos ante empresas elevadas. En efecto, aquéllos no nos obligan á semejantes heroísmos, pero tampoco nos perdonan, porque no deben, el que ambicionemos lo bello. Cada cual está obligado á realizar lo bello, aunque sea en el grado de lo simpático y agradable, ya que el mismo Salvador aconseja que hagamos brillar nuestra luz ante los hombres, para que con ella se ensalce á Dios (Math., V, 16). También dice el Apóstol: «Todos traten de agradar al prójimo para su perfeccionamiento y su edificación» (Rom. XV, 2).

Esto no es nada extraordinario ni imposible, pero sí trascendental. Las virtudes más grandes, si se presentan en forma ruda ó antipática, imprudente ó descomedida, sucia ó mal pergeñada, bastan para hacer lo bueno despreciable y hasta odioso.

Wendell Holmes lo expresa así á su modo libre y gracioso: «Creo que el diablo no aprecia tanto, ni con mucho, los servicios de un pecador como los de esa gente que ejerce siempre sus acciones virtuosas de la manera más desagradable y antipática».

No cabe duda en que Dios, y, con Él, todo hombre sensato, nos perdonarán la comisión de cualquier obra extraordinaria que excite la atención general y que hagamos gustosos, con tal de que, en cambio, nos esmeremos en cumplir con nuestros deberes, especialmente con los de nuestro cargo, y con aquellos que tienen derecho á exigir de nosotros los demás, de modo que nadie pueda, no sólo no reprocharnos lo más mínimo, sino que nuestra amabilidad, modestia, mesura, consideración, cortesía y delicadeza

obliguen á confesar á los hombres que el servir de Dios no sienta mal á la gente.

2. Hay muchos aficionados al arte, pero pocos artistas. Algunos se entregan á la literatura ó á la pintura por lo que les produce ó se figuran que les ha de producir; otros porque necesitan un pasatiempo. Entre éstos es difícil que surja ningún artista; pues lo primero que éste debe tener, y sin lo cual no puede considerarse artista, es un gran ideal y una fuerza de voluntad enorme. El que, al mismo tiempo, la necesidad le empuje á trabajar, no es un obstáculo, sino un beneficio, un freno que le sujeta y un impulso que le da mayor actividad y energía.

«Aquel á quien empuja la pobreza, aprende muchas artes» (Plauto).

En la vida espiritual, todos somos llamados á ser artistas: ni la miseria, ni la monotonía, ni la prosa de la vida, ni siquiera la supuesta presión ejercida por los mandamientos del Cristianismo ó la calumniada disciplina eclesiástica, se oponen á que el espíritu, gozoso y libre, persiga su misión artística según sus convicciones y su conciencia. Al contrario, nos impiden cometer locuras y excesos, y nos mantienen en el camino recto, como las reglas gramaticales sostienen en el mismo al poeta, y las de la armonía al compositor. Cuanto mejor se acomode el hombre á todas estas suposiciones de la vida humana y cristiana, con mayor seguridad llegará á ser artista, suponiendo que persiga seriamente su ideal, el ideal más sublime que puede apetecer el hombre: la imitación de Jesucristo, la copia de su perfección divina en formas humanas.

3. Tampoco el artista produce siempre obras de arte, pues hasta de los más grandes genios tenemos, relativamente, pocas obras perfectas; causa de esto es, por un lado, la dificultad de amoldar la propia individualidad interior á un trabajo; y, por otro, la de conseguir el parecido exacto de la copia al original, lo que expresa la ciencia con la expresión «realizar el ideal»; y por último, hallar una forma que lo represente de un modo absolutamente satisfactorio

por su belleza y corrección, es decir, por la unificación del valor interno con la expresión exterior. Porque estas tres condiciones son necesarias para la producción de la obra de arte.

Y si la empresa ofrece tan grandes dificultades tratándose únicamente de un objeto terreno y sensible ¿cuántas más no se hallarán cuando se trate de conseguir la perfección artística del hombre, la de la vida natural y la de la sobrenatural?

Para ello se necesita primeramente entregarse por completo á su obra, no sólo exteriormente por la observancia de las reglas y leyes impuestas, sino con toda la fuerza y escrupulosidad interior, aunque sea muy modesta y mezquina la obra; pues ¡cuántas no son las miserias y mezquindades que nos impone la vida!

En segundo lugar, es necesario ejecutar cada uno de sus trabajos, no como una parte integrante y enojosa de los deberes terrenos, sino como un esfuerzo ideal; es decir, con la intención de consagrarse así al servicio y á la imitación de Dios.

Por último, debe llevarse á cabo esta doble empresa de modo que lo natural y lo sobrenatural parezcan como fundidos, y que el ansia del objeto más elevado y ultraterreno arrastre á la admiración é imitación en forma natural y simpática.

No hay que maravillarse de que las tres citadas condiciones no siempre lleguen á cumplirse á la perfección, y, por lo mismo, es justo que nuestra gratitud para con los santos sea mucho mayor, por habernos dado tantos y tan brillantes ejemplos de que la obra de arte cristiana, á pesar de todas sus dificultades, no es una cosa imaginaria, sino una posibilidad real.

4. La enseñanza del arte del Cristianismo, en cuanto á nosotros se refiere, puede compendiarse según el apóstol, en estas sencillas pero significativas palabras: «Regocijaos en el Señor; os lo digo por segunda vez: regocijaos en el Señor! Vuestra modestia ha de estar presente á todos co-

mo conviene á personas que se sienten junto al Señor. No seáis tan míseros, sino acercaos á Dios con vuestras peticiones y vuestras acciones de gracias y guardad la paz del Señor en el corazón y en el espíritu. Por lo demás, haced todo lo que sea verdad é inspire respeto, lo que sea justo, santo y amable y aumente la buena fama; todo lo que en algún modo se relacione con la virtud y buena crianza. Yo, por mi parte, sé acomodarme lo mismo á la pobreza que á la abundancia; yo sé soportar la hartura y el hambre, la riqueza y la miseria; yo á todo me avengo, porque todo lo puedo en Aquel que me hace fuerte» (Fil., IV, 4-13).

VIII. El jardincito.—En otros tiempos, no podía uno imaginarse un hogar familiar sin su jardincito, y éste había de contener tres clases de vegetales: en primer lugar, legumbres y verduras; luego, algunas plantas medicinales, y, por último, por pequeño que fuese el terreno y aunque cada ventana de la casita estuviera cuajada de macetas en flor, algunas plantas de adorno, alelíes, claveles y sobre todo romero.

Con satisfacción interior recorro y contemplo comarcas extraviadas en donde se ha conservado tan bella y antigua costumbre. Es el símbolo verdadero de un espíritu sano y tosco, pero al mismo tiempo artístico; el del ánimo y el sentir armónico del pueblo cristiano.

Es justo que el primer pensamiento sea procurar satisfacer las necesidades de la vida; la previsión de días difíciles y amargos no debe echarse en olvido, pero tampoco descuidarse la estética. Donde el pueblo se conserva sano, no necesita costosas instalaciones; pues ya sabe dar satisfacción á su amor á la belleza, y, para conseguirlo, no le duele ningún trabajo. Tal cosa hace que su alegría sea doblemente mayor, al contemplar las flores plantadas por la propia mano, que la que puede producirle al millonario su galería de cuadros adquiridos á fuerza de oro; y cuando la aldeana ve pararse á los forasteros llenos de admiración ante sus magníficas hortensias, se

siente felicísima; pues las alabanzas que éstos prodigan á sus flores no van sólo dirigidas á la belleza de éstas, sino á la habilidad de la jardinera.

2. Esto no puede menos de influir en la conducta y en el espíritu moral de una población.

Se dice que á las gentes malas no suele gustarles el canto. Yo afirmo que, por desgracia, les gusta cantar canciones muy poco saludables; por lo que no sienten afición es por entonar cantos buenos y religiosos. Opino también que, con mayor razón, puede decirse que los aficionados á las flores, es decir, esas personas que plantan y cuidan flores sencillas y se complacen en ellas cándidamente, no es posible que tengan un corazón perverso.

En cambio, de esa gente que en forma tan reflexiva y sensible saben amar la utilidad, la previsión y el sentimiento artístico; de esos seres que, como dice el antiguo refrán, piensan al mismo tiempo en el céntimo de la comida, el céntimo de la defensa y el céntimo del adorno, puede decirse sin vacilar que poseen un discernimiento perfecto de la manera como han de solucionarse las mayores dificultades de la vida, que estriba en el restablecimiento de la armonía que debe reinar entre nuestros diversos trabajos, ó sea, de la misión artística del cristiano.

3. Esto se manifiesta más palpablemente cuando se compara la vida y milagros de tantos otros que, aunque superiores al pueblo cristiano en ciencia é ilustración, no pueden competir con éste en punto á sentido común ni estética sana.

Esos seres mariposas que se hacen insoportable la vida con el fuego y los placeres y molestan á los demás con sus escarceos estéticos y sus furias musicales, me producen el mismo efecto que una aldeana que quisiera mantener todo el año á sus mozos y á su ganado, respectivamente, con fresa y valeriana.

Los que esquivan con tanto esmero la gravedad de la vida y sus exhortaciones á la abnegación y al sacrificio, me recuerdan á la moderna campesina de salón, que se

avergüenza de emplear los remedios caseros, amargos y enérgicos, y en cambio tiene todo el año el médico en casa, con sus desesperantes menjurges alcohólicos.

Pero los que se empeñan en mover guerra sin cuartel á todo lo que ilumina y transfigura la existencia por medio de la vida religiosa y eclesiástica, y sólo piensan en el trabajo y en ganar dinero, los comparo—pues parecen dos gotas de agua,—á esos aldeanos poseídos del demonio de la avaricia que no dejan en el huerto ni una mata de reseda ni un rosal, por querer todo el terreno para plantar berzas, nabos y patatas.

IX. Artista y obra de arte á la vez.—1. A muchas personalidades de la literatura y de la ciencia, se les reprocha que sean tan poco amables.

Esto puede reconocer causas muy justificadas; pero también las tiene sin fundamento alguno. En ambos casos podrán sacar fácilmente los censores una moraleja para sí propios.

Acaso alguno de estos grandes hombres huraños—hay otros que no lo sienten así—comprenda la gran contradicción que existe entre la cultura de su espíritu y su conducta externa, á veces hasta con todo su proceder moral.

Si ante los oyentes hostiles puede probar la no existencia de Dios, entonces se vuelve ingenioso hasta hacer chistes groseros de taberna; pero si los demás mortales se atreven á contradecirle en sus relaciones naturales, ó á tener opinión propia, entonces se convierte en gato montés y rehuye el trato social porque conoce perfectamente su propia flaqueza.

2. Haríamos muy mal si cargáramos únicamente á estos sabios caballeros todo el peso de la contradicción que hay entre su interior y su exterior. Lo que ocurre es que en ellos se manifiesta de modo más chocante, porque la superioridad de su cultura intelectual hace más sensible la carencia de la suavidad exterior correspondiente. Por lo demás, la mayoría de los hombres no tiene motivo ni derecho para burlarse tanto del exclusivismo de los sabios;

pues desgraciadamente está muy extendida la enorme desproporción existente entre el espíritu y el corazón, entre el pensar y vivir, entre la vida pública y la privada.

Señora hay que en sus relaciones externas suele ser estética, y aun más que estética, y que en la casa muestra, en cambio, tal acritud y mordacidad, que obliga á esconderse á toda la familia en cuanto ésta se percata de su llegada. Con los amigos es la atención personificada, atención que llega incluso á la pesadez y á la molestia, pero, en cambio, descuida á los que están á su cuidado y hasta á sus hijos, peor que una infiel, como dice el Apóstol (I Tim., V, 8). Su marido no le va en zaga: si, por casualidad, le hace esperar la esposa un minuto, pierde enteramente los estribos. En cambio, no le preocupa lo que él hace esperar á la gente que le necesita, ni las veces que ésta tiene que marcharse sin haber logrado nada y con pérdida de tiempo y gran perjuicio de sus intereses.

3. No, los sabios aludidos no son, ni con mucho, los peores ejemplares de la insuficiencia humana; ellos, al menos, presienten que es una vergüenza poner de manifiesto tales contrastes ;pero el llamado gran mundo, exhibe, por lo contrario, su inconsecuencia con una ingenuidad verdaderamente infantil.

Por fuera mucha cortesía y pulimento, por dentro barbarie y salvajismo; ó viceversa: gran cultura intelectual unida al más completo descuido de la purificación moral y de la decencia externa; tales son las dos formas principales en que se manifiesta de un modo patente la insuficiencia humana.

Hombres completos, de una pieza, cuya finura de modales sea únicamente el reflejo de la nobleza del corazón, y cuya conducta se halle espiritualizada por un alma pura, resultan ya verdaderos tesoros, y, como tales, escasean muchísimo.

4. Seamos justos con los demás y evitemos cuidadosamente el desaliento confesándonos que se trata de llevar á cabo una obra que no puede cumplirse en un abrir y cerrar de ojos.

Este punto no se puede hacer resaltar bastante, porque hay mucha gente que, si no alcanza su completa formación, no es por falta de voluntad ni formalidad, sino, en parte, por su desconocimiento de la senda que ha de conducir á dicho objeto, y, en parte, por el desaliento que se apodera de ella cuando averigua lo difícil y penoso del camino.

5. Pocos son los hombres que saben cómo ha de buscarse la esencia de una obra de arte y lo que significa producir un esfuerzo artístico de importancia. La cuestión se reduce á representar un concepto modelo por medio de una forma modelo, de modo que la representación corresponda exactamente á la idea y se halle vivificada por ésta. El modelo de toda obra de arte es, en efecto, la unión del cuerpo con el alma.

6. De la misma manera, exactamente, debemos llevar también á cabo la mejor de todas las obras de arte: la de la vida humana, ó, para decirlo con más claridad, la del hombre completo.

Para esto se necesita, antes que nada, desarrollar de un modo perfecto é irreprochable dos elementos, muy alejados uno de otro; primeramente, como es natural, el espíritu, con todas sus fuerzas y en todos sus aspectos, intelectual y moralmente; también el cuerpo forma parte de la vida, por lo cual debe ser ordenada su actitud externa y su modo de presentarse y de obrar según corresponde á las justas exigencias del decoro, de la urbanidad y de los deberes sociales.

Y ahora llega la parte más difícil, ó sea, la exclusivamente artística de nuestra misión. Se trata nada menos que de hacer al espíritu dueño y señor de la vida y de la acción externa, tanto en lo referente á nuestra profesión como á las relaciones impuestas por el trato social, expresión adecuada de un modo de pensar interior acrisolado.

Cuando las formas de un trato culto se reducen á meros hábitos tradicionales, seguidos maquinalmente, puede decirse que dichas formas no se diferencian mucho de los

movimientos y actitudes que aprende el caballo en el picadero. Ahora bien, el hombre, y, sobre todo, el cristiano, no debe obrar nunca como si fuera una máquina ó un animal amaestrado, sino que cada una de sus obras y cada una de sus cualidades ha de ser una expresión libre é ingenua, en todo conforme con la naturaleza del espíritu ennoblecido; ha de ser la representación más sincera de la humanidad, del cristiano dominio de sí mismo y de la religiosidad en el pensar y en el sentir. En una palabra, que todo lo que haga el hombre sea una práctica legítima de la virtud.

7. De este modo el arte de la vida y la práctica de la virtud cristiana resultan una misma cosa.

Y no se me arguya que eso es mucho pedir. Á nadie se le exige que se transforme repentinamente en artista perfecto; pero todos deben esforzarse en elevar su actividad al grado de arte, es decir, en perfeccionarse. Hay que ser artista, obrero ó comediante. Ó la virtud ó el amaestramiento ó la farsa.

Sin el afecto sincero, la amabilidad se convierte en hipocresía; sin la pureza de corazón, el aseo no es más que oropel de figurante; sin la modestia del espíritu, la cortesía es una charla de papagayo. En cambio, la amabilidad practicada con espíritu cristiano es cosa muy distinta, pues ejerce influencia más beneficiosa y dulce que la de todas las atenciones mundanas, aunque no pueda ponerse en parangón con las formas ceremoniosas de la cortesía de sociedad, ya que no se funda en cumplimientos exteriores exclusivamente, sino en la encarnación real de la virtud franca y sincera. La urbanidad, unida á la delicadeza cristiana, puede prescindir muy bien de ciertas formas usuales, que, por otra parte, no necesita, puesto que es únicamente la explosión de un corazón noble, ó, en otras palabras, el ejercicio de una virtud, y no la copia insípida de las reverencias serviles ó la repetición maquinal de los más ridículos lugares comunes.

8. El hombre se convierte en artista, y en obra de ar-

te al mismo tiempo, cuando cumple su misión, cuando es lo que ha de ser: un hombre completo.

X. La madre del amor hermoso.—1. El exquisito Martín de Cochem dice, al hablar del dolor de la Santísima Virgen durante la pasión de Jesús: «Cualquiera otra madre hubiera estallado en amargas quejas ó hubiera sucumbido al peso de su dolor; pero María soportó sus padecimientos, á pesar de ser éstos más hondos que los de todas las demás madres, erguida, callada y con perfecto dominio de sí misma. De otro modo no podría emplear la Iglesia, al hablar de ella, las palabras: Yo soy la madre del amor hermoso (Ecles., XXIV, 24). Á pesar de la magnitud de su dolor, su extraordinaria fuerza de voluntad borró toda inmodestia, todo desorden y todo exceso, y permaneció la Virgen, lo mismo en la alegría que en el dolor, siendo la madre del amor hermoso.

2. En esta parte vuelve á mostrarse de nuevo la gran diferencia que hay entre las bellas frases del mundo y las hermosas y perfectas acciones de los santos.

Los griegos alaban con artísticas exageraciones la virtud de la Sofrosina, su delicadeza estética y su bella armonía. Los estoicos no hallan palabras suficientes para referirnos cómo sabían despreciar el dolor, ó, más bien, oponerle la insensibilidad y el desprecio. Los héroes griegos Hércules, Ayax y Aquiles y hasta los dioses, especialmente, el de la guerra, se portan, por lo que refieren los poetas, como locos furiosos, cuando los azota el dolor. Los grandes hombres de la tradición saben salir de penas por medio de la soga ó el puñal. Los soberbios filósofos estoicos, tanto como los héroes romanos, siguen estos ejemplos como si nunca hubieran oído hablar de grandeza varonil ó ignorasen que la dignidad en el sufrir es casi siempre la primera, y, la mayoría de las veces, la única ocasión en donde vale la pena mostrar la solidez que puede tener el tan cacareado entusiasmo por la ecuanimidad y el sentir distinguido.

¿A qué atribuir esta flaqueza, tan común en aquellos

que se complacen en llamarse espíritus equilibrados y enteros? Hay varios motivos que no es del caso enumerar aquí.

3. Uno de éstos, y no de los últimos, está en que el mundo mantiene abierto un precipicio infranqueable entre el hombre y sus obras, entre el interior de éste y su exterior.

«Nadie pregunta lo que son los hombres; sólo se pregunta lo que hacen y lo que tienen, y aunque lo último sea viento ó proceda del robo, á eso no se toca».

Al hombre se le permite que se descuide á sí mismo, y sus convicciones, su corazón y su conciencia, hasta el punto de causar espanto: esto no se tiene en cuenta con tal que, exteriormente, se conduzca de modo que no sea una nota discordante. Aunque deba el éxito únicamente á la casualidad ó á la abnegación ajena; aunque deba á la pillería el saber apropiarse los méritos de otro, con tal que la fortuna le sonría, ya es un grande hombre, por pequeño y mezquino que sea en realidad.

Esto explica muy bien que el mundo no piense en educar al hombre en sus obras y trabajos desde lo más íntimo de su ser interno; así creería desperdiciar lamentablemente el tiempo, además de inutilizarle para la vida exterior. Producir, ser útil, saber conducirse: tales son las únicas consideraciones por las cuales rige el mundo su cultura.

4. Las consecuencias son harto claras. La norma que inculca en los hombres dichas máximas dice:

«No hay dinero bastante para pagar las apariencias del honor. Muéstrate útil sin esforzarte mucho, para que el sacrificio no te ocasione molestias y, en cambio, te produzca ventajas con rédito usurario».

Pero esto trae consigo miles de consideraciones que se interponen, chocan y se contradicen perpetuamente; y así no es de admirar que el hombre quede destrozado dentro de sí mismo, puesto que vive en eterna contradicción.

5. Donde falta la unidad interior, condición primera

de toda belleza, no es posible hablar de hombre completo, como tampoco de ecuanimidad ni consecuencia en las acciones, ni de energía ni valor en el ejercicio del deber, ni de resistencia ante los obstáculos. Es natural que las máximas de invento tan artificioso se vean olvidadas en el momento en que las cosas se ponen graves,

«Como aquel que de noche huye de las llamas, olvidándose de ropas y vestidos».

Aquellas máximas eran adornos externos ó apariencias, por lo cual no hallaban cabida en el corazón; pero ya es sabido que lo que allí no echa raíces desaparece como la escarcha de los árboles.

6. La ciencia cristiana de la vida ve en cada acción humana una flor ó un fruto producidos por el germen interior del corazón; pues, según el juicio de Dios, la producción más hermosa del hombre es útil solamente cuando éste ha logrado poner en ella la expresión de su propia perfección.

He ahí el motivo de que la norma más elevada y sublime de la vida cristiana se comprenda en las palabras siguientes:

«Primero el hombre y luego la acción».

Y esto es también el motivo de que la educación y el ascetismo cristianos traten, ante todo, de vigorizar al hombre exterior haciéndole dueño de sí mismo y perfecto, convencidos de que un carácter perfecto producirá obras perfectas, y de que sólo un corazón hermoso puede producir bellas acciones.

7. De su acierto en la materia atestigua eficazmente la vida de los santos.

Es seguro que ni Lorenzo ni Inés frecuentaron las escuelas de los oradores paganos; además, eran aún demasiado jóvenes y fué su entusiasmo demasiado repentino para que hubieran tenido tiempo de ensayar palabras y acciones artificiosas. Pues bien, á pesar de esto hablaron y sufrieron con una grandeza, dignidad y hermosura sobrenaturales, adonde no puede llegar la sabiduría mundana, y

este resultado se producía por sí solo, sin que se dieran cuenta ellos, que, fieles á la gracia de Dios, se habían limitado á construir su reino dentro de sí. Dios mismo se encargó de darles los frutos exteriores por añadidura, siempre fiel á su promesa.

Francisco de Asís é Isabel tampoco estudiaron la filosofía de la belleza como Platón y Ruskín, pero, en cambio, ejecutaron bellas y sublimes acciones, sólo porque fueron almas hermosas y sublimes.

8. Así supera la Reina de todos los Santos á los mortales todos por su fuerza en el dolor, su perfección en el obrar y su belleza en el vivir, por la sencilla razón de que superó á todos en la perfección interior de su corazón; de ella puede decirse en el grado más alto: Toda su belleza viene de dentro (Ps. XLIV, 14).

XI. El arte de la vida.—1. Si nos remontamos hasta los principios de la cultura griega, veremos que las grandes fiestas populares se celebraban con admirables representaciones artísticas en las cuales tomaban parte todas las artes: la lírica, los recitados épicos, las representaciones dramáticas, la música, la escultura, la arquitectura; esforzándose por llegar á la perfección suma en aquel torneo en que luchaba por el premio lo más sublime que puede producir el entusiasmo humano.

Idéntico espectáculo se nos ofrece al remontarnos á los comienzos de la Iglesia: bajando á las catacumbas á presenciar el culto de los tristes y perseguidos cristianos, asistiremos á una representación artística, á una bella exposición, en la que tampoco falta ninguna de las artes humanas.

2. El lazo de unión que funde estas diversas manifestaciones del arte, que les da vida y las convierte en una unidad armónica es el pensamiento religioso. Consideradas estas manifestaciones individualmente, podrán resultar muy sencillas, á pesar de lo cual nos inspiran respeto y veneración, tanto por la seriedad profunda que las caracteriza, como por la santa energía que de tan diversos

componentes supo formar una obra de arte tan simétrica y armónica. Involuntariamente nos decimos:

«Las escorias del metal son fundidas por el fuego en una sola corriente. En el crisol de Dios surge el hombre de una sola fusión».

3. Cada arte va desprendiéndose poco á poco de la comunidad para figurar sola é independiente. Esto les proporciona un florecimiento admirable mientras persiste en ellas el espíritu que les dió vida, el espíritu religioso en que tuvieron su origen.

Pero según éste va alejándose de ellas, degeneran también las artes. Al principio subsiste aún la habilidad artística externa, pero va disminuyendo su valor interior, que se debilita en relación directa con el aumento de la copia fotográfica de la naturaleza, y al fin acaba por agotarse hasta la habilidad manual; el arte se osifica, se paraliza y muere de consunción.

4. Esto mismo ocurre en la vida moral del hombre. La existencia de un niño se halla reducida á un solo arte, sencillísimo en sí, pero suficiente para llenar y satisfacer al infante, é incluso para inundar á los mayores de gozo y ternura; pues no sólo ve el pequeñuelo todo transfigurado por la luz de la poesía, sino que ejerce la poesía y toda especie de arte de una manera adecuada á sus años, lo mismo el canto que el baile, la representación dramática, el dibujo y la pintura que la recitación suelta y rapsódica. Prefiere y practica con el mayor entusiasmo el culto divino en la casa ó en el pajar, según lo practicaban los cristianos en las catacumbas.

Nadie se lo ha enseñado, le sale «de dentro», porque está en perfecta unión consigo mismo y con Dios, y esto es para el arte el mejor estado de ánimo y el terreno más fecundo y propicio.

5. Con los años perdemos, desgraciadamente, este instinto artístico natural, pero no por la presión ejercida por la vida, ó porque el aumento de cultura nos haga forzosamente más prosaicos, sino porque ha desaparecido

aquella armonía interior que iluminaba nuestra infancia. Aquí debemos decir:

«Triste y amarga es toda ganancia que te robe la paz».

Ahora tratamos de reconquistar, por medios científicos ó artísticos, el arte que ejercíamos inconscientemente en la infancia; nos cuesta trabajo hasta resolver con claridad la cuestión de lo que es arte: de tal modo ha llegado á sernos extraño el hermoso estado de que disfrutábamos antes.

6. Busquemos la solución junto al niño; éste ejerce el arte en un grado ínfimo, pero al fin lo ejerce.

El niño posee la unidad consigo mismo y la unidad con Dios, y por eso es artista de nacimiento.

7. Unidad con la Suma Perfección, ó sea, Dios, es la primera condición del arte, y, sobre todo, del arte de la vida.

Esta unificación del hombre con Dios no puede efectuarse de igual á igual, sino únicamente por la sumisión de nuestro espíritu á Dios, sumisión á que llamamos *fe*, condición imprescindible para todas las artes y especialmente para el arte de la vida.

8. Ahora bien, la unidad con Dios exige la unificación de «todo» el hombre con Dios y, por lo tanto, también el encadenamiento de la voluntad y del corazón, que son las primicias que le ofrece el niño cuando aun no tiene idea de lo que es fe. El niño ama á Dios, habla con Él, levanta su corazoncito hacia Él y, aún más, está con todo su corazón en Dios. Aquí se halla el verdadero resorte de su arte. Lo mismo debiera ocurrir con el adulto, sin lo cual la obra artística de éste será huera, y entonces ¿qué arte es ese?

Sin entrega absoluta de todo el hombre á Dios, ó, en otras palabras, sin religión, no hay arte perfecto de la vida. La consideración á los hombres podía hacer soportar y dominar exteriormente muchas cosas, pero esto no sale del corazón y, por lo tanto, no puede formarlo. El sentimiento del deber podía mantener cierta unidad en la vida,

pero, en el caso más favorable, resulta la unidad de una construcción que fácilmente se agrieta y resquebraja. La creencia en Dios, seca y escueta, podía elevar el alma á cierta altura, pero será el subir de un cohete que cruza las nubes y no tarda en caer al suelo. En cambio, cuando el corazón está con Dios, ó, más bien, cuando aquél ha sido convertido en vivienda ó morada estable de Dios, en templo de la Divinidad, de modo que ella domine toda nuestra vida, ésta se convierte en una unidad franca, sólida y duradera, tan estrecha como la que existe entre el alma y el cuerpo.

9. Claro que para esto es necesario, además, la unidad del hombre consigo mismo, para que por ella concuerden y armonicen perfectamente el espíritu y el corazón, la voluntad y las obras, lo interior y lo exterior. Si falta esto, tampoco la sumisión á Dios conduce á la formación artística de la vida.

Y á dicha formación debe conducirnos precisamente nuestra unión con Dios. Entregado á sí mismo, no es posible que el hombre llegue nunca á ser «uno» consigo mismo. En cambio, el que somete sinceramente todo su ser, su espíritu, voluntad, corazón y obras á Dios, no podrá seguramente dominar inmediatamente la lamentable disensión interior, porque para ello ha llegado á ser demasiado profunda la descomposición y el desorden de su naturaleza; pero, por último, llegará, luchando con constancia, pues la lucha no se le perdona nunca, á formar su ser y su modo de obrar en un conjunto armónico y artístico.

10. Nuestra misión se reduce, pues, á convertir toda la vida, ó, lo que es lo mismo, todo el hombre en una gran prestación.

Todo el hombre y toda la vida. Ambas ideas deben ser muy puntualizadas cuando se trata de demostrar lo que es el arte de la vida.

Hay almas de inclinaciones estéticas cuando se trata del ornamento de su habitación, almas ingeniosas que

hablan hasta la saciedad de pintura, de literatura y de música; que derraman lágrimas ante la escena conmovedora de un drama, pero cuya vida concuerda muy poco con sus aficiones artísticas.

Semejantes duendes se parecen á ciertas iglesias de Italia que contienen aquí ó acullá alguna obra maestra de arte, pero envuelta y rodeada de tanto oropel, que le hace á uno enrojecer de indignación, y todo en un ambiente de suciedad tal, que al mismo Señor obligaría á coger de nuevo las disciplinas.

Ni el fantaseo sentimental y llorón, ni la charla afectada, ni la pintura, la música ó la poesía forman al hombre estético, sino la vida artística ó, mejor dicho, el arte de vivir: la propia vida con todos sus sacrificios y trabajos, con todas sus violencias y adversidades; el hombre interior y el exterior en su presencia y en su conducta, tanto en el hogar como fuera de él; en una palabra, el hombre completo como unidad en sí y como unidad con Dios, es lo que constituye el arte del vivir.

11. Para ello no es necesario que el hombre se calce constantemente el coturno, ni que dé vueltas á impulsos de la locura artística como si se dispusiera á ahorcarse con Yocasta ó á dar un concierto de piano con Liszt.

La distinción y la exquisitez artísticas se manifiestan precisamente en la sencillez, en la simplicidad. Las más admirables obras artísticas son siempre aquellas cuya vista hace decir al espectador: «Esto también lo hubiera podido hacer yo».

Lo mismo ocurre con el arte de la vida. Las mejores manifestaciones artísticas, la vida de Nuestro Señor y la de su bendita Madre, son tan sencillas, que hacen murmurar al orgulloso espíritu mundano con desprecio: ¿Y qué hay aquí de notable? ¡Si eso lo hace un chiquillo!

Tiene razón, y precisamente en eso está su mayor alabanza y la más expresiva invitación á imitarlas. En estos grandes modelos vemos realizadas las palabras en las cuales resume el Apóstol la teoría del arte de la vida: «Que

vuestro adorno no sea externo ni consista en colgantes de oro ó ropas escogidas; el hombre interior oculto ha de serlo con la incorruptibilidad de un espíritu silencioso y manso, que tiene valor ante Dios» (I Pedro, III, 3, 4).

«La belleza del cuerpo ablanda un corazón de hierro, la belleza del alma te hace fuerte y rico».

12. En efecto: la verdadera belleza no está en la corrección del rostro ni en el cosmético que vende el tendero, sino en el alma bella formada á semejanza de Dios, alma que parece transparentarse á través de la fisonomía, á través de todos los movimientos de la lengua, de los ojos y de las manos, y que imprime su sello en toda la personalidad. El orden y la medida, la unidad y regularidad de lo interno y lo externo y su vivificación por el calor interior del alma, constituyen el verdadero arte de la vida.

«Fácilmente se convierte la belleza en desgracia, porque fácilmente afea.

»Pues ¿qué es lo que adorna tu rostro cuando de tu interior surge la noche?

»Si ambicionas felicidad y belleza, viste tu alma con toda magnificencia».

13. La vida artística es, pues, la perfección de la vida moral: sólo un idealista como Schiller pudo creer que se puede formar el hombre moral por medio del hombre estético. Pero, no; el hombre estético que posee el arte de la vida, es más bien el objeto de toda una cultura y autoeducación moral, el fruto de una larga y constante corrección y acrisolamiento.

14. Comenzamos siendo unos artistas del vivir diminutos é imperfectos. Poco después, demasiado pronto, por desgracia, salta en pedazos la armonía primitiva de nuestra vida. Ahora debemos tratar de aprender á practicar con toda perfección las misiones individuales de la existencia, cada una por sí, pero todas en consideración á Dios, animadas por su Espíritu y sumisas á su dirección. De este modo vuelven á acercarse unas á otras, y al fin conseguiremos formar con todas nuestras obras y todos nuestros

sacrificios un conjunto armónico, una vida estética y un hombre completo, con lo cual habremos cumplido la misión de convertir la vida en obra de arte.

XII. Todo un hombre.—Le llevamos á la sepultura, en donde duerme el último sueño. Pero todos siguen encadenados á él, pues nunca hubo hombre mejor: no era vino espumoso que ruidosamente atonta el espíritu y hace estallar las paredes; no fué un David que mató á 10,000 de un golpe como el rayo que abrasa: le hallamos débil con frecuencia, pues también era hombre; llevaba las cicatrices de las heridas que aquí sufren todos en el combate, y á pesar de esto, nos parecía un prodigio, pues al verle se olvidaba uno del hombre y todos creíamos ser basura al compararnos con él; y si me preguntáis lo qué le daba la preeminencia ante los demás, yo sólo sé una cosa: que mientras caminaba, llevaba la palabra *sursum* grabada en su cayado. Cayó como nosotros, pero le hacía enderezarse rápidamente el animoso «¡Arriba!»; se cansaba como todos nosotros, pero con el «¡Arriba!» de nuevo reanudaba la carrera. Nosotros nos arrastrábamos sin pensar, ya monte arriba, ya monte abajo; él extendía las alas hacia la altura y todos decían: ¡Es todo un hombre!

XIII. El salto del caballo.—1. El que eche una rápida ojeada al rompecabezas llamado «salto del caballo», encontrará únicamente una serie de sílabas sin sentido ni cohesión; y si sigue con la vista las primeras filas con las cuales sabe unir el práctico las sílabas conexas, volverá á percibir únicamente un garabateo incomprensible sin plan ni concierto. Pero una vez el rompecabezas resuelto, y cuando se halla fijada la solución por medio de líneas, advertirá con sorpresa un sistema regular de figuras geométricas que recuerda, á veces, las incrustaciones más artísticas de los antiguos mosaicos.

2. El hombre también se encuentra desconcertado y perplejo ante los problemas de su vida: no sabe por donde empezar, ni adonde ha de ir á parar todo aquello; y si se decide pronto, le invade el desaliento al figurarse que

su existencia tiende á resolverse en saltos irregulares y desproporcionados, hasta el punto de compararse á una golondrina encerrada en una habitación, que revolotea anhelosa en todos sentidos.

Sin razón, puesto que aquella simulada falta de plan está únicamente en que todo el problema que ha de resolver nuestra vida no se halla aún claro y manifiesto ante nuestra vista. Una vez resuelto aquél, ya se verá que todos aquellos saltos confusos forman un mosaico de belleza y regularidad admirables, suponiendo que nos dejemos guiar fielmente por la mano del maestro y merced á que desde toda la eternidad la providencia calculó exactamente el plan de nuestra vida y lo va ejecutando con nuestra libre cooperación.

3. Si, por lo tanto, ansiamos cumplir alguna vez la misión de nuestra vida, y ver ésta ordenada con una simetría hermosa y artística, entreguémonos incondicionalmente á la dirección suprema de Dios sin oponernos nunca á Él por motivos egoístas.

Esto no excluye nuestra propia actividad, sino que más bien nos impone la obligación de no negar á Dios el menor paso por mucho que éste contraríe nuestras inclinaciones; pues si hoy hacemos lo que el deber y la conciencia nos dictan, y asimismo mañana y el otro, hasta nuestra muerte, nos hallaremos por último ante el fin de nuestro destino en la forma en que Dios lo había dispuesto y determinado. Por eso leemos en las Escrituras:

«Lo que tu mano pueda ejecutar, que lo ejecute en el acto» (Prov. IX, 10).

En estas palabras hallaremos el sentido profundo de la frase: «No os preocupéis por el día de mañana, que éste ya cuidará de sí mismo; cada día tiene su tormento» (Matth., VI, 34).

XIV. Caminos confusos, círculo hermoso.—Si dibujara en un mapa los caminos que he recorrido, resultaría una red inextricable que acabaría en círculo. Hacia adelante me empuja y por detrás me sostiene, suave y pode-

rosa, la mano de Dios, ya sobre montes y ríos, ya junto al borde del precipicio.

Si trazaba proyectos, me resultaba torcida y sin plan la cosa, y, cuando ya me creía en la meta, tenía que empezar de nuevo. Desde entonces, á manera de ciego, dejo que Dios me haga dar vueltas como una circunferencia, pues si ésta tuvo en él su principio á Él debe volver también.

XV. La obra maestra de la vida cristiana.—1. En el mundo, y me refiero á aquel de donde Voltaire sacó su *hijo del mundo;* en ese mundo, de cuya sabiduría dijo Gregorio el Magno (Mor., 48) que consiste en ocultar el corazón, en falsificar el sentido de las palabras, en mostrar lo verdadero como falso y lo falso como verdadero; en ese mundo, repito, la palabra «sencillez» se reputa como injuriosa.

2. Muy diferente es del otro en el cual habla el Espíritu Santo. Allí se le dice á Job, como el mayor elogio, que fué un hombre cándido y recto (Job., I, 1); allí se afirma terminantemente que Dios aborrece á los que no son rectos, y se complace en el trato con los cándidos y sencillos (Prov., III, 32); allí nos exhorta el Apóstol á ser hijos sencillos de Dios (Fil., II, 15) y califica como su mayor gloria y consuelo de su conciencia, el haber caminado por el mundo con toda sencillez ante Dios (II Cor., I, 12).

3. Sobrado motivo tiene para alabarse de ello, porque cuando se ha llegado á la maestría en la sencillez, ya puede decirse que se ha producido la obra maestra de la misión artística del hombre, pues ha avanzado cuanto es posible, tanto en la imitación de la actividad como de la perfección divinas.

La esencia de Dios es la unidad más sublime, y sus efectos divinos también lo son. En este punto no puede el hombre llegar á igualarse á Dios, pues será siempre un ser compuesto de diversas partes, por lo cual su actividad se disuelve también en millares de procedimientos, tan diversos como alejados uno de otro.

A la mayoría de los hombres—y lo raro es que ocurre

precisamente en aquellos que se limitan sistemáticamente á lo natural,—á la generalidad de los mundanos, no sólo les falta el lazo de unión para restablecer una ligera correlación entre sus múltiples ocupaciones, sino que ellos mismos originan tal descomposición, difusión y contradicciones en su carácter, que no puede uno menos de preguntarse con cuántas castas de personas se ve obligado á alternar, tratando con una sola persona.

El mundano común es un hombre en el seno de la familia, otro como artista, otro en la vida pública, y otro cuando actúa de censor y juez de sus semejantes. Alaba á quien le conviene, gira como una veleta á merced del viento, habla á gusto de sus oyentes, y puede llamársele un hombre de tres, cuatro y diez cabezas, y con el número que se quiera de corazones.

5. Sólo examinando de cerca á ese caballero de la triste figura, á ese hombre adocenado, desgarrado y despedazado interiormente, á ese erudito, se comprende que la virtud exige mayor cantidad de sencillez que lo que uno podría imaginarse, y que el desdén con que se la trata no tiene su origen en el desprecio, sino en lo que dijo Horacio en la siguiente frase:

«La envidia surge donde ofende la vista el brillo deslumbrante, y el arte sublime muestra al débil su torpeza».

En efecto, de extraña debiera calificarse la sabiduría que fuera capaz de despreciar al hombre de una sola pieza, pues así debe llamarse al que lleva á cabo esta obra maestra de la vida, al que cumple todos sus deberes, así los relativos á Dios y al mundo en general, como á los de su estado y profesión, al prójimo y á sí mismo; ese nombre merece el individuo que sabe desenvolver todos sus dones, que ansía lo óptimo sin descuidar por ello lo mínimo; el hombre que se halla tan versado en lo del más allá como en lo de aquí bajo; el hombre cuya única esperanza está en la eternidad, pero que sabe apreciar el tiempo como antesala de la vida eterna; en una palabra, el hombre completo.

6. ¡Grandes palabras!—se me argüirá—¡Ojalá estuvieran acordes con la realidad de la existencia! Pero ¿quién las hace buenas? ¿Es posible, por ventura, ponerlas en práctica?

He ahí millares de santos á cuya vida podemos referirnos con entera confianza, para responder á los que pregunten quién ha logrado realizar todo ese admirable programa.

De este modo está contestada también la pregunta sobre si esto es realizable. Me atrevo á afirmar que, á pesar de todas sus dificultades, es más fácil de lo que nos figuramos tratando de disculpar nuestra falta de actividad, por lo cual debieran ser más numerosos que lo que desgraciadamente son los hombres completos, de una sola pieza.

7. La cuestión, al parecer tan enmarañada y confusa, se resuelve con una frase: Sólo Dios basta, Dios en todo y para todo.

¿En qué consiste la fe sino en reconocer con el espíritu y el corazón que Dios es nuestro único fin y objeto? Esto es naturalmente una máxima general, pero si yo la refiero á mi persona, me diré que Dios es también un objeto, y si abrazo este objeto con todas las fuerzas de que dispongo, poseo el amor, y si me estrecho cada vez más á Él cuando la tribulación tienda á separarme de Él, me inundará la esperanza. Cada ejercicio de virtud es un medio para acercarme á Dios; cada sacrificio y acto de abnegación se convierte en una supresión de los obstáculos que se interponen entre Dios y yo. Cuando cumplo un deber, ó me someto á un sacrificio, hago un acto de sumisión á la voluntad de Dios. Al humillarme, reconozco que todo es de Dios, que tanto lo mío como lo ajeno es una obra y un don del Señor. La oración viene á ser, por lo tanto, la demanda que hacemos á Dios como origen de todo bien y manantial de todos los dones y todos los éxitos. La devoción no es otra cosa sino la fe viva—según la fe, así el fervor;—el grado de fe puede medirse por la elevación de la piedad, y atestiguan la profundidad de la misma, la devoción y el fervor.

Es decir, que todas las virtudes son únicamente las diversas aplicaciones de estas sencillas palabras: ¿Qué tengo en el cielo y qué quiero aquí en la tierra fuera de ti, Dios de mi corazón y porción mía en la eternidad? (Sal. LXXII, 25, 26).

8. Claro está que con sólo esto no hemos cumplido de un modo efectivo la misión de nuestra vida; pero para realizarla nos ofrece la virtud de la candidez una clave, que corresponde perfectamente á su sencillez. El mismo Apóstol, que se gloría de haber llegado en el ejercicio de esta virtud sublime al más exacto cumplimiento del deber, resume el misterioso modo de conseguirlo en palabras que están al alcance de los niños, palabras que, si al oído resultan sencillas, no lo son tanto en la práctica. «Todo lo que hagáis, ya en palabras ó en obras, ya comiendo ó bebiendo, ya en otras cosas, hacedlo para mayor honra y gloria de Dios» (I Cor., X, 31, Col., III, 17).

9. Por ahí comprenderemos el gran perjuicio que nos ocasionamos cuando no ponemos todos nuestros pensamientos y nuestras obras al servicio del Señor. Esto sin hablar del pecado y del completo rompimiento con Dios. Basta con que meditemos en nuestra doblez, en las miradas de soslayo que lanzamos sobre nosotros mismos en nuestra división entre Dios y el mundo, en nuestra credulidad y en la libertad de nuestro espíritu, en nuestra insuficiencia y nuestra indecisión; basta que consideremos nuestra distracción y ligereza, nuestra carencia de buenas intenciones, la impureza de nuestros propósitos; en una palabra, toda aquella tendencia del espíritu, á la que damos con cierta veneración el nombre de liberalismo; esa manera de ver la vida libre y desenvuelta que se rige por las máximas siguientes: «Disimular bonitamente lo malo para que parezca bueno; estropear lindamente la verdad para que no meta miedo», para decirnos que nos perjudicamos de un modo indecible á nosotros mismos, privándonos de la posibilidad de ser realmente hombres enteros, realizando en nosotros aquella verdad:

«El varón de ánimo doble es inconstante en todos sus caminos» (Iac., I, 8).

¡Qué sencillas son las obras maestras! Tan grande es su sencillez, que todo el mundo se cree capaz de imitarlas; y, sin embargo, ¡qué dificultades no ofrece esa misma sencillez!

Este carácter especial de las obras maestras es típico también de la virtud y de la práctica de la misma, práctica de una buena intención por uno mismo, práctica que ya se enseña á los niños y que nos obliga á una vida entera de estudio; práctica que convierte al que la ejerce con maestría, en su propia obra maestra, en todo un hombre, en un hombre de una sola pieza.

CAPÍTULO XII

El arte de vivir con fortaleza

I. Los más quejumbrosos.—1. Los que más se lamentan de que trabajan con exceso son, de ordinario, los que no dan un paso si no están obligados á ello. Mientras el quejumbroso tenga tiempo para quejarse del peso de su trabajo, no hay cuidado que éste le aplaste.

2. Los que más se quejan de la dureza del trato que reciben son regularmente los que amargan la vida á sus superiores con su insubordinación, su genio caprichoso y sus exigencias, resultando la convivencia con ellos un verdadero martirio para todos los que tienen á su lado. De ellos podría decirse lo de Gahmuret:

«Una recia pelea era para él juego y diversión» (Parsifal).

Suele desesperarse, por lo general, el que ya ha hecho desesperar á todos los que le rodean, porque la desesperación viene á ser el disgusto que produce el que no haya nadie á quien hacer desesperar ó el de que los medios empleados hasta entonces para conseguirlo hayan perdido su eficacia.

3. Los que más se quejan de lo insoportable de su situación son precisamente los que pasan la vida en estudiar el modo y manera de arrojar de sí todo el peso y echárselo á los demás. Dios ha dispuesto el mundo con tan admirable equilibrio y ha repartido con tal justicia la carga, que sólo puede subsistir el que lleva su parte correspondiente. En el mismo momento en que la arroja de sí é intenta endosársela á los demás, se desploma como si le metieran en un lugar en que se ha hecho el vacío y le privaran de la columna de aire que hasta entonces des-

cansó sobre sus hombros y le mantuvo erguido merced á la presión que sobre él ejercía.

4. Los que más se quejan sin poder indicar el motivo real de su descontento suelen ser siempre los que no pueden agarrarse á nada que justifique sus lamentos, por lo mismo que todos se esfuerzan por no contrariarlos; son también los que no saben qué desear, porque se pueden permitir la satisfacción de todos sus caprichos; y son también los que se empeñan en cosas cuya realización es de todo punto imposible. No hay nada que produzca tanto la oquedad como el poseerlo todo y no tener, razonablemente, nada que apetecer ni ambicionar; no hay nada que pueda disgustar más que el saber que por nuestra falta de razón se disgustan y descontentan todos.

5. Los que más se quejan de que nadie reconoce ni atiende derechos, de que nadie les guarda atenciones, de que nadie los comprende, son precisamente los que no quieren entender que los demás también tienen sus derechos; son los que piensan interiormente: «Hace tiempo que me hastía el que la luna y las estrellas bailen en torno mío un día y otro día, como cansan al príncipe los cortesanos. A mí sólo puede satisfacerme una cosa: el servicio del mundo entero».

El que no quiera reconocer que debe adaptarse al medio como á los individuos, es decir, que ha de limitar sus aspiraciones para que también los demás logren las suyas y la comunidad pueda realizar así su misión, nunca se hallará en posición adecuada ni tampoco encontrará las consideraciones que exige á los demás. Justo castigo es de Dios el que no se comprendan ni se tengan consideraciones con los que no quieren comprender ni considerar á los demás.

6. Los quejumbrosos debieran pensar, ante todo, lo fácil que resulta ahogar las quejas poseyendo un poco más de modestia, de abnegación y de espíritu de sacrificio, esto es, algo más de humildad y mortificación.

II. Escándalo sobre escándalo.—1. Suele decirse

que una desgracia nunca viene sola; lo mismo hay que decir del escándalo. Apenas ha conseguido uno escandalizar al mundo, ya por medio de un crimen, ya por un acto de locura, siendo así causa de tristeza para los buenos, de triunfo para los malos y de deshonra para los suyos, cuando ya sigue otro el ejemplo, por lo regular el mismo que formuló sobre el primero el juicio más severo. Al segundo sigue un tercero y así sucesivamente. Se oye decir entonces:

«Donde tales escándalos ocurren no puede permanecer un hombre decente». Palabras que sirven de pretexto para que los cobardes abandonen las filas y se declaren prófugos.

«Uno acusa al otro, y sin fruto malgastan el tiempo; porque ninguno quiere tener culpa ni se harta de vanas disputas» (Milton).

2. Pero, amigo mío, ¿es más decente, por ventura, continuar el escándalo, ó, mejor dicho, aumentarlo? ¿No viene á ser lo mismo que arrojar á Satanás y recibir á Belcebú?

«Puedes decir lo que quieras,—me argüirá alguien.—¿Acaso no sabes lo que ocurre cuando todos señalan á uno con el dedo y cuchichean burlonamente diciendo: «Este también era miembro de esa sociedad de escandalosos?» Comprendo perfectamente que los discípulos abandonaran al Señor y se escondieran al ver que Judas y Pedro habían dado tamaño escándalo. ¿Por ventura hablarías y obrarías tú de modo muy distinto si te encontraras en la misma situación?»

«No sé lo que haría en este caso—le contestaría.—Quizás lo sepas tú mejor que yo. Sólo puedo decirte que también soy hombre. En cuanto á ti, con el paso que das, únicamente se me ocurre decirte que te colocas á igual altura que aquellos que condenas, y que sólo obras desde el punto de vista de tu amor propio herido».

«¿No ves que por tu propia culpa te has atraído estos pesares? Pues ¿qué ha de empollar un genio rencoroso sino veneno y baba inmunda?» (Sófocles).

¿No sería mejor, lo mismo para tu alma que para la buena causa, que te colocaras en el punto de vista religioso y cristiano y trataras de usar de paciencia, fuerza y energía?

3. «¡A buena parte iría á parar! ¿Quién aprecia eso? El mundo me tacharía de falto de carácter y energía por no saber desprenderme de cierta gente».

Pues bien, escúchame, que tengo que hablarte muy en serio. Ya que te empeñas en colocarte al nivel de aquellos de quienes dijo el Apóstol que están faltos de esperanza, (I Tess., IV, 12), pues no la tienen en Dios, al menos discurre con sentido y claridad. ¿Qué hombre de honor se atreverá á mancillar tu honra porque sigas fiel á tu deber? Y ¿qué puede importarte el honor de aquellos que sólo gozan con el escándalo? Estás en tu derecho al alejarte de los que dan motivo de escándalo. Pero ¿crees acertar el camino haciéndote semejante á ellos? ¿Por ventura se habrían honrado los discípulos imitando el escándalo que dieron Judas y Pedro y duplicando así el dolor y la tristeza de su divino Maestro?

4. Puesto que tú mismo me citas estos ejemplos, permíteme al menos que te recuerde la actitud que debes adoptar como cristiano. ¿Te imaginas acaso que aquellos escándalos no hirieron al Señor en lo más vivo del alma? ¿Crees que no le dolió amargamente el que le preguntaran en son de mofa por el paradero de sus discípulos? (Ioan., XVIII, 19). Pues bien, ¿los desechó por eso? ¿Pronunció siquiera contra ellos una sola palabra de reconvención? ¿No ha de inspirarte el amor que sientes por Dios, la fuerza y el vigor necesarios para dejar que el mundo piense y diga lo que quiera, fortaleciéndote con este pensamiento: Si mi Dios y Señor tuvo que sufrir tantos ultrajes á causa de tantos escándalos, por lo menos no aumentaré yo su dolor multiplicando el número de ellos, sino que con actitud magnánima trataré de resarcirle de todas las amarguras que sufrió en la pasión?

Así, pues, domínate, ahoga el rencor y la suspicacia

y sufre el ultraje por amor de Aquel que sufrió por ti todas las ignominias, para que seas del número de los que oirán de su boca: «Mas vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis tentaciones» (Luc., XXII, 28).

III. ¡Sálvese quien pueda!—1. Mientras se trata exclusivamente de la utilidad ó del perjuicio del individuo, suele el hombre darse á conocer por el lado más desfavorable; pero cuando ocurre una catástrofe nacional se observa en los corazones mucho más espíritu de comunidad y abnegación que lo que pudiera suponerse dadas las experiencias tristísimas que se hacen en la vida ordinaria. Pónese esto de manifiesto cuando un buque está expuesto al naufragio, ó cuando las inundaciones amenazan destruir toda una comarca. ¡Cuán de relieve se ponen entonces los sacrificios y esfuerzos á que impele á los hombres el peligro común; á esos hombres que en épocas normales sólo piensan en sí mismos, sólo viven para sí mismos, por sí y para sí!

2. Pero esto sólo, dura hasta el momento crítico en que suena el grito terrible de: ¡Sálvese quien pueda!; momento horrible que rompe los lazos más sagrados, los del deber y los de la humanidad, pues cada cual piensa únicamente en su propia salvación:

«Gozoso y con sorna contempla el amigo cómo se estrella la tabla salvadora del amigo, y, con entrañas de tigre, empuja el hijo á la madre en medio de las olas».

Esto basta para confirmar la general sentencia. Como perece el barco cuyos tablones se sueltan; como deja de ser casa el edificio cuyos maderos y piedras pierden su trabazón; como se rasga y desaparece la nube, disolviéndose, cuando la arrastra el viento, así acaba en ruinas toda la sociedad, cualquiera que sea el número de miembros de que se componga, y el individuo perece con ella, cuando cada cual no tiene más ansia ni más deseo que el de salvarse y poner en seguridad su persona y sus intereses.

3. El egoísmo es una plaga terrible y un grave peli-

gro para la comunidad, aun en tiempos normales; es parecido al

«Horno, que cuanto más se le echa, más devora» (Aben Montazz);

pero en tiempos de tribulación y adversidad puede llegar á constituir su perdición y su ruina. Basta la huída de un solo individuo, como ha sido demostrado muchas veces por el resultado final de un combate, para provocar el pánico en todo un ejército y producir así la perdición de los demás valientes; basta que un chiquillo travieso lance el grito de ¡fuego! en medio de una multitud excitada, para que ocurran desgracias incontables.

Por lo tanto, si ese afán de separar los propios intereses de los de la comunidad es perjudicial en toda circunstancia y entraña gran responsabilidad, en momentos de excitación y peligro común puede convertirse en crimen, cuya magnitud y trascendencia son de todo punto incalculables.

4. Por eso no hay cosa que deba inspirarnos mayor temor ni que debamos combatir con mayor energía que esa perversa tendencia al aislamiento y á la prosecución de los fines propios y egoístas, tendencia que está arraigadísima en nuestro interior, y que, en un momento dado, puede llegar á sernos fatal si no conseguimos someterla á nuestro dominio absoluto.

5. ¡Qué sublime y edificante resulta en cambio el ejemplo que nos dan esos héroes que, aun en momentos de pánico y confusión general, permanecen en su puesto despreciando la muerte! Aunque todo perezca y ellos también, se mantienen firmes, y el mundo estalla en himnos de alabanza y veneración por su generosidad y heroísmo.

No es raro que baste con que uno solo permanezca en su puesto, cumpliendo con su deber en el momento aciago, para que su ejemplo y su valor detengan la catástrofe y consigan en los últimos momentos levantar el espíritu de las masas descompuestas y con su cooperación conjurar el peligro. Tal es el poder de la inmolación por el bien co-

mún aun cuando se ofrezca en un solo individuo de vigor inquebrantable.

IV. A un descontento.—Amigo mío, estás tan preocupado porque tienes muy pocos quebraderos de cabeza. Conozco yo un remedio eficaz cuya receta te prestaré, remedio que te mantendrá calentito de la mañana á la noche, pues cuidará con toda escrupulosidad de tenerte en continuo movimiento.

Necesitas casarte y todo un regimiento de chiquillos para curarte en el acto. ¿Te asustas? Pues bien, un océano de trabajo que te anegue también es provechoso.

V. A una desilusionada prematura.—¡Pobre niña, de rostro marchito, seco y agriado, que, entre terca y desesperada, te calas los lentes! Habrás experimentado lo engañosos que son los sueños, y por eso te enfada la humanidad, que pone obstáculos al curso de tu dicha.

Si la anciana de cabellos de nieve y rostro arrugado, rodeada de la luz matutina, te contase las amarguras que ha sufrido, necesitaría todo un año. ¿Por qué se calla?

Ella no piensa en los desengaños; le basta agradecer á Dios la vida que tiene; la recibió de sus manos con todo lo demás. Por eso labró su camino el arado del sufrimiento, abriéndole vía directa al cielo por medio del sepulcro.

VI. El beneficio de las limitaciones.—Alarmista, siempre descontento, me parece que no te conoces; me temo que el rencor que se refleja en tu rostro, te ofusque. Te crees destinado á algo más grande; y porque te oprime el cerco de las limitaciones, te has propuesto, después de rabiar en balde, echarte encima la capa del malhumor.

Te engañas á ti mismo únicamente; te haces daño y te produces dolor, porque llaves y cerrojos son sólo una apariencia cuando encierran á un hombre.

Las limitaciones son un beneficio, aunque las odie el espíritu rebelde, cuando en ellas se resguarda y se encierra uno á sí mismo.

¡Cuántos no han aborrecido los muros que oponen un

dique á su orgullo desmedido! Afortunadamente nadie les preguntó si les convenía ó no, y quedó en pie el obstáculo.

Entonces, diéronse cuenta de la señal que Dios les hacía, y se limitaron á seguir el camino trazado, economizando así el poco fuego de que disponían para calentar el estrecho círculo que los rodeaba.

En el hogar encendido se consume el fuego transformando su fuerza en ceniza y hollín; pero si lo encierras bien en el hornillo, convierte en líquido el hierro.

Donde no hay temor de que las llamas produzcan explosiones no se necesitan válvulas ni cierres complicados; pero únicamente logran el éxito apetecido las llamas del espíritu cuando se hallan refrenadas y contenidas dentro de sus justos límites.

VII. También es sacrificio.—Gustoso me sacrificaría á Dios, si me deparara un vasto campo de acción. ¿Me acortará el premio por haberme cerrado el mundo? Que otros, como Pablo, presenten á Dios en holocausto todo un pueblo: yo me sacrificaré silencioso como el cirio ante el altar.

VIII. Toda tu cólera, todas tus quejas.—Toda tu cólera, todas tus quejas, tus murmuraciones y tus dudas provienen únicamente de las siguientes preguntas:

¿Por qué soy yo el atormentado? ¿Por qué precisamente tal padecimiento ha de tocarme á mí?

Todos tus rencores y todas tus quejas, tus murmuraciones y tus desalientos desaparecerían si, golpeándote el pecho, dijeras: «Mea culpa».

Todas tus iras, todos tus lamentos, tus murmuraciones y tus dudas tendrán fin si te atreves á llevar tu cruz con el Señor.

IX. Querer sufrir.—1. Á pesar del grado de cobardía, y de temor al sufrimiento, á que ha llegado nuestra generación, el Espíritu de Dios ha sabido reservarse algunos escogidos que no se hacen sordos á esas exhortaciones graves y salutíferas que hablan de la abnegación y de la

violencia de sí mismo. Desgraciadamente, aun de esos pocos no todos les dan á aquéllas la importancia y significación que tienen. Algunos son valientes, aun cuando se trate de hacerse daño á sí mismos, pero al mismo tiempo son cobardes cuando han de sufrir el dolor de mano ajena; otros se avergonzarían de lanzar quejas por un malestar externo, y, en cambio, se llenan de amargura cuando los hiere alguna contrariedad, algo que los molesta, los humilla ó les repugna. No falta quien soporta los dolores físicos con valor admirable, y se desconcierta y pierde los estribos en el trato con personas desagradables ó en asuntos enojosos. Estos son los que deben poner atención para averiguar si no se hallan en el límite mismo en que da comienzo el camino que conduce á la tierra de la verdadera perfección, pero donde también principia el sufrimiento á perder su naturaleza para convertirse en fomentador, si es bien recibido, de la purificación y de la santificación.

2. El paso decisivo para salir de los tristes parajes en donde la distancia resulta enojosísima por los continuos lamentos y los tristes suspiros que se oyen, resulta muy rápido cuando uno toma la firme decisión de no esquivar ninguna molestia, y de aceptar y tratar, en espíritu de sacrificio, á todas las personas desagradables, considerándolas como instrumentos gratos de mortificación y penitencia, proponiéndose arrostrar con valentía y firmeza lo que más repugna nuestra cobardía y más rechaza nuestra molicie.

3. Las penas y tribulaciones van anejas á la vida, ya se viva con el mundo, ya se huya de él. Santa Teresa nos dice: «Basta determinarse formalmente á querer sufrir, basta dar la bienvenida al sufrimiento como cooperador de la penitencia, para que desaparezca toda su amargura y sinsabor».

X. La circulación eterna.—¿Por qué enfadarme con el niño que me llamó tonto? Yo también, cuando chico, era más listo; pero ahora ya soy viejo. Ahora tengo que pro-

bar por mí mismo el daño que hace el látigo que con tanto gusto esgrimía lleno de petulancia juvenil. Los chicos contraen deudas, los viejos las saldan. La humanidad paga las costas; por eso nunca adelanta.

XI. Enemistad.—1. Una de las cosas que la debilidad humana lleva desgraciadamente consigo es que á veces, aun con la mejor voluntad por nuestra parte, tenemos que vivir en discordia.

Hay que tratar con personas que le hacen á uno ver palpablemente la razón que tenía Tell para decir:

«Ni el más santo puede vivir en paz cuando no le conviene al perverso vecino».

Algunas veces es una pequeñez lo que le ha molestado al prójimo; otras es la torpeza propia ó ajena, ó la suspicacia, y, á ratos, la oposición natural en el pensar y en las costumbres imposibilita toda tentativa de arreglo, hasta que, por último, hay que dejar correr las cosas para no empeorarlas.

Á menudo consiste la falta en los chismes y críticas ajenos, ó en el descubrimiento de secretos que nos han sido confiados. En este caso es dificilísimo pensar en una reconciliación, sobre todo cuando hay que sostener la justicia y la verdad en contra del mismo ofendido.

2. Tales resultados suelen convertirse en tormento indecible para el alma que ansía la paz interior y su unión con Dios. Es muy fácil decirse:

«Testimonio de la verdad es el odio, que pesa más sobre el corazón que un puñetazo. Por eso sobreponte á él y cuídate únicamente de presentarte ante Dios como debes» (Milton).

Pero precisamente este pensamiento da origen á nuevos sobresaltos, porque al disgusto natural que se siente hay que agregar el temor de pecar y ofender á Dios, y cada nuevo examen de conciencia nos presenta un nuevo ejemplo de que, á pesar de toda nuestra vigilancia, las fibras siempre tirantes del alma producen agudas disonancias.

3. Pues bien, aun esta situación puede tener sus ventajas y utilidades. Más diré: no cabe duda en que Dios la consiente alguna vez con el mismo objeto con que envía las tribulaciones interiores, para purificar el corazón de los últimos vestigios de nuestro amor propio y de nuestra ligereza.

4. En tan dolorosas circunstancias no te queda más remedio que humillarte constantemente ante Dios y ante ti mismo, dispuesto en todo momento, por amor á la paz y cuando de ello se derive algún provecho, á humillarte ante tu contrario. Mientras tanto, debes poner especial empeño en mantenerte siempre en presencia de Dios, y en hablar y obrar tal como te lo ordene tu conciencia y como creas poder responder ante el Señor. Si has aprendido en esta escuela á vigorizar tu conciencia, á fortalecer tu fidelidad á la inspiración divina y á disponer tu voluntad para todo, Dios te enviará seguramente algún ángel de paz para que, librándote de las llamas de la discordia, te conduzca á la tierra de paz y de sosiego.

XII. La ingratitud duele mucho.—La ingratitud, amigo mío, siempre duele, y más al que es digno de ella. No guardes rencor tan profundo y constante, sino di: ¿y tú cómo has servido á Dios?

XIII. En la red de las calumnias.—El que no se haya visto envuelto por esa red que en torno suyo tejió la mentira, de modo que, al buscar la salida, se haya visto más enredado aún entre sus mallas; el que no haya tenido que bajar la vista ante una de esas miradas espantosas que penetran hasta el fondo del alma como un dardo lanzado violentamente; el que no haya hallado una sonrisa burlona en todo hombre que salía á su encuentro, y no haya sentido á sus espaldas el cuchicheo irónico cuando huía corrido y avergonzado, ése, que no diga nunca que conoce el cansancio y el desaliento que producen en el alma tales tormentos, parecidos á los que siente el ciervo rodeado por las redes que le aprisionan y á merced de la jauría. Pero ¿quién ha visto, por ventura, al ciervo cubier-

to de sudor, y desangrándose por cien heridas, pararse á respirar anhelante hasta que la jauría le haya acorralado? Los perros le atacan sedientos de su sangre, pero él recuerda su vigor pasado, y de un salto terrible pasa por encima de las redes. ¡Oh mortal, que te hallas cansado y desalentado y á quien aplasta el peso de la adversidad como losa de plomo, distiende los músculos hasta ponerlos tirantes y vigorosos en dirección del cielo... y te verás libre!

XIV. ¡Calumniado!—Año tras año y día por día me arrastran por el cieno; el nombre que llevo, marcado está con hierro candente; soy juguete de las olas enfurecidas, que me escupen á las riberas que me conocieron en otro tiempo colmado de honores. Al principio me sentía embarazado y confuso, pues había heredado de mis padres la máxima siguiente: el que se vea despojado de la honra y con la fama manchada, que no se presente en los lugares públicos.

Al poco tiempo lo fuí tomando con más calma: «Ahí va; ya sabéis quien es, pues muchas veces le habéis oído nombrar»—decían los padres á los hijos asombrados.—«¿Verdad que es interesante?»

La verdad; no sé por qué te ha de molestar que te llene de burlas y de injurias ese mismo mundo que colma de atenciones y veneración al que tres veces quebró fraudulentamente. Deja que te injurie y te infame ese mundo, que sólo honra á los que él propio denigra y censura; y trata de quedar bien ante el juicio de Aquel que, insultado é injuriado, sufrió tu misma amargura.

XV. Outcast.—¿Creéis encolerizarme diciendo que tengo mi merecido porque me habéis arrojado de entre vosotros y huís de mí como de la peste? ¡Ah, si pudierais medir el agradecimiento que siente por vosotros mi corazón! Con vuestro enojo me concedisteis lo que de otro modo no hubiera logrado jamás; esto es, el sosiego, la placidez, la paz, el tesoro precioso de la libertad; pues, privado de vuestro favor, hallé en Dios y dentro de mí mismo la satisfactoria compensación.

XVI. Desterrado, proscripto.—Expatriado y eliminado, no sólo no me amarga el pesar, sino que me siento gozoso y libre. Ahora puedo cantar con razón: «Pajarito de mi alma, extiende las alas, que al fin se rompieron las ligaduras que te aprisionaban» (Salmo CXXIII, 7).

XVII. Pan escaso y poca agua.—Dios sentía por el pueblo escogido de Israel tal predilección, que pudiera haber justificado las quejas de todos los demás pueblos, los cuales hubieran podido reprocharle justamente su parcialidad. Colocó á su pueblo en un país hermoso en que corrían la leche y la miel, pero el favorito, considerándose demasiado venturoso, tornóse soberbio y obstinado, y rebelóse contra Dios y su salvación (Deut., XXXII, 15). Aquel pueblo soportaba tan mal la ventura y los halagos como la mayoría de los hombres. Al verse rodeado de prosperidad, encontró insoportable el servicio de Dios y cerró los oídos á sus exhortaciones y el corazón á su gracia. Entonces cambió Dios de sistema. El Señor—se le dijo—os dará pan escaso y poca agua, pero cuidará de que no se os borre jamás de la memoria el recuerdo de vuestro Maestro y Señor y de que tengáis los ojos siempre fijos en vuestro carcelero (Is., XXX, 20).

¡Qué bien conoce Dios el corazón de los hombres! En cuanto oculta á nuestra vista la férula del castigo, en cuanto nos colma de pruebas de su amor, nos hacemos descuidados y petulantes, olvidamos lo que realmente merecemos y aceptamos los dones de su bondad como si el Señor sólo cumpliera con un deber, cuando no murmuramos descontentos y desabridos de que escasea sus mercedes después de haberle rogado mucho tiempo. Sólo cuando Dios nos priva de bienes y aleja de nosotros todo auxilio y toda compasión humana, como ocurrió con José, Job y Tobías, volvemos á recapacitar, á reflexionar sobre si los favores de Dios nos corresponden por derecho propio, y entonces parecen abrirse los oídos del corazón y escuchar las exhortaciones y avisos del Espíritu de Dios. Entonces retoña el agradecimiento por aquello que perdió, y siente

doble gratitud por cada nueva migaja que la Bondad Divina deja caer de su mesa.

Cuanto más escasea el alimento, tanto más se afinan los nervios, tanto más sensibles se vuelven á toda impresión externa. Cuanto mayor es la tribulación interior y exterior, tanto más se aguzan los sentidos del alma, el espíritu y el corazón (Is., XXVIII, 19), y tanto más se despoja el hombre del origen de sus distracciones, de su estupidez y de su inaccesibilidad á Dios, del apego á sí mismo y al mundo, y, por lo tanto, con mayor afán busca aquel consuelo interior que ahora comprende que sólo puede encontrar en Dios.

En efecto, pan escaso y poca agua es para los torpes mortales mayor beneficio que el más opíparo banquete.

XVIII. Sal y pan.—Sin sal y sin pan, hasta el más rico sufre escasez; pero ni al más mísero priva el Señor de ellos. La falta de sal y de pan es la muerte segura del alma. El que se cuida de la misma, comprende harto pronto que la sal es la cruz y el pan la oración.

XIX No tuvo enemigos.—¡Líbrenos Dios de esta alabanza: «No tuvo enemigos»! ¿Fué, acaso, tan pequeño, tan poca cosa, que se ocultase á los ojos de su prójimo? ¿Estaban unidos de tal modo en su personalidad el frío y el calor, lo dulce y lo amargo, que lo mismo al *sí* que al *no* halló en seguida la respuesta?

El que diga escuetamente la verdad y no quiera ser esclavo de los hombres, espere por recompensa que el mundo reniegue de él. Aun los más sencillos manjares de Dios no son para todos los paladares. Pues el hijo del hombre ¿á quién no tuvo por enemigo?

XX. Virtudes viriles y virtudes femeninas.—La antigua filosofía basó la moral en las cuatro virtudes llamadas cardinales, y la teología cristiana sigue conservándolas mientras no se trate sino de aquellas virtudes sobrenaturales que son exclusivamente propias del Cristianismo.

No es difícil comprender la continencia y la justicia, aunque es menos fácil practicarlas. Aun lo que comprende la

misión de la prudencia está al alcance del espíritu mundano; en cambio, éste no da pie con bola cuando se trata de la cuarta virtud fundamental, ó sea, la fortaleza. Aquí es donde el espíritu moderno ofrece la oposición más grande con el espíritu cristiano.

El Señor, que, insultado, no respondió con injurias, sino que se entregó por completo al juez injusto (I Pedro, II, 23), manda que no devolvamos mal por mal, ni injuria por injuria (Ibid., III, 9), sino que presentemos la mejilla izquierda al que nos hirió en la mejilla derecha (Matth., V, 39).

Estas máximas—exclama el mundo lleno de indignación—acobardan á los hombres, los privan de honra y de carácter, de virilidad y energía. A una religión que sólo inspira virtudes femeninas en lugar de virtudes varoniles, no debe concedérsele influencia alguna en la educación ni en la dirección de las actuales generaciones.

Esto mismo lo afirman también ciertos individuos, y preferentemente aquellos que no desmienten la siguiente verdad:

«Hasta ahora no ha habido filósofo alguno que haya soportado con paciencia un dolor de muelas, aunque haya tenido la elocuencia de los dioses y se haya burlado con soberbia del dolor y de la debilidad humanas» (Shakespeare).

Desgraciadamente, en este punto no se conforma el mundo, como otras veces, con el error en la palabra, como lo demuestra el contenido de esa antigualla fenomenal, titulada *Código del honor*, esa disparatada barbarie que nos ha llevado hasta el punto de dirigirnos al amigo del corazón con la mano en la empuñadura de la espada; que casi imposibilita toda acción común, lo mismo en el parlamento que en la prensa, y que llegará aun á transformar por completo las relaciones entre profesores y alumnos.

3. No puede negarse que en esta cuestión se alza entre el Cristianismo y el mundo una barrera infranqueable, pues el duelo no sólo se opone al Espíritu de aquél, sino á

la razón natural, ya que no son sólo las Sagradas Escrituras las que dicen: Un paciente es mucho más que un valiente, y el saber dominar sus inclinaciones es más grande que conquistar ciudades (Prov., XVI, 32); sino que esto mismo dijeron los más grandes filósofos y poetas paganos: Cicerón, Séneca, Epicteto, Horacio, Ovidio y Terencio.

Y tienen razón; pues no creo que sea necesario demostrar á nadie que se necesita más dominio de sí mismo y más fuerza moral para tragarse tranquilamente un insulto, que para arrojarse, ciego de ira, en la espada que le presenta el contrario, ó para convertirse en homicida, matando al mejor amigo por cobarde temor de los hombres.

«Ni la ira ciega, ni el frenesí hace á los héroes; sólo aquellos que animosos y tranquilos recorren las filas enemigas, y que dueños de sí propios menosprecian los insultos que les dirigen, sin perder la calma, pueden presentarse á recibir la corona» (Milton).

4. Nada nos demuestra tanto la flojedad de la cultura moderna en asuntos de moralidad, y lo bien que sabe convertir á su antojo la verdad en lo contrario de ésta, como la idea del honor que predomina actualmente y las teorías, anejas á ella, sobre las tan cacareadas virtudes femeninas.

Donde la fe es débil, la brutalidad se califica de cultura, la ira de virtud, la venganza sangrienta y el homicidio de obras meritorias, no solamente en los Abruzzos sino más allá, en el mismo Norte.

Los hombres creen honrarse precipitándose con navajas y puñales unos contra otros, como es costumbre entre los tugs ó los frenéticos mascadores y fumadores de hachich.

La paciencia en los sufrimientos y adversidades, la mansedumbre y la templanza en las ofensas, el dominio de la cólera y la resignación valerosa ante lo inevitable, es decir, ante la voluntad de Dios, y la humildad y la modestia, dícese hoy que son virtudes propias de mujeres.

Pues bien, protestamos de esta aseveración en gracia del honor que nos merece el carácter masculino. Así como así, ya sufre el sexo fuerte el descrédito y la vergüenza de

que le supere el débil en vigor y energía para soportar los sufrimientos; pero aun sería más vergonzoso que pretendiera, si no ruborizarse, ocultar este hecho innegable, presentando la ajena fortaleza como debilidad femenina, y la propia cobardía en el dominio de las pasiones y del sufrimiento como energía varonil.

Aquí nos vemos precisados, excepcionalmente, á mostrarnos de acuerdo con Nietzsche, repitiendo su hermosa frase:

«La clasificación ó la ordenación de clases entre los humanos se determina por el grado de fuerza y de resistencia que tienen en el sufrimiento».

XXI. La nobleza del sufrimiento mudo.—Pasé todo un día en el mismo coche en que viajaba también un matrimonio cuyos rostros revelaban hondo y mudo dolor, por lo cual sólo podía compadecerle en silencio.

El marido era joven y bien formado, la mujer de una gran belleza y esbeltez. ¡Qué pena da contemplar cuerpos juveniles encorvados por el dolor, y rostros tan bellos ajados por el sufrimiento!

Los demás viajeros miraban, reían y charlaban; el matrimonio tenía la vista clavada en el suelo, parecía no preocuparse por el mundo que se movía á su alrededor veleidoso é inconstante.

Los esposos sufrían amarguras interiores, tranquilos y silenciosos; de vez en cuando el joven, lleno de ternura, murmuraba al oído de la mujer una palabra de consuelo.

Los vanos charlatanes á nuestro alrededor; los dos desgraciados dignos y fuertes ante mí: el dolor mudo, unido al valor... ¡En verdad que nunca vi mayor nobleza!

XXII. La única salida.—Amigo mío, las cosas han llegado á un punto en que, gozosos todos de tus faltas, las pasean en triunfo por el país y ya las conocen hasta los chiquillos. No se contenta el mundo, que lleva harto bien la cuenta de tus defectos, como hijo de Adán; no le bastan ya tus debilidades, puesto que aun inventa más con engaño y singular perfidia; tu mejor obra sólo es el

móvil de la ambición; tus palabras son maliciosamente interpretadas; tu silencio es calificado de soberbia, tus rezos de hipocresía y tu caridad de adulación.

Te acecha astuto, día y noche, con el lazo corredizo dispuesto... Amigo, contra esto sólo sé darte un consejo: deja que hablen lo que quieran; sigue por el camino recto; ni ataques, ni des esplicaciones. Atente á Dios únicamente; que Él sea tu testigo. Si el Señor está satisfecho de ti, no hay mundo que te pueda privar del consuelo. Y, por último, su tribunal separará la luz de las tinieblas.

XXIII. Las cosas son así.—Ya que las cosas son así, no quieras aprisionar el viento con una red ni reproches á la corriente su curso, sino agárrate bien al timón.

XXIV. No ahogues la llama.—Aunque la capa de ceniza oculte con sus masas grises el rescoldo, no dejes que se ahogue en el corazón la alegría de la vida ni la energía de la acción.

XXV. El verdadero dolor de corazón.—Al que no le hayan quitado la honra hasta hacer brotar la sangre de su corazón, que no diga que sabe lo que es sufrir, pues apenas conoce lo que es la opresión del alma.

Pero aquel á quien no todos tuvieron por perverso; el que halló una voz que hablara en su defensa, un amigo leal, que no diga que le han quitado la honra.

XXVI. La purificación más profunda y dolorosa.—La amargura interior que producen el desprecio y la calumnia, el desdén y el desengaño, sólo puede explicarla quien haya tenido que pasar por ella; se la describe con las palabras siguientes:

«La calumnia se alimenta del tuétano de la vida» (Menandro).

Á pesar de esto, es posible soportarlo todo cuando se tiene un pecho amigo en que desahogar la pena, un pecho leal que nos sostenga con sus consuelos. Pero cuando falta hasta este alivio, bien puede decirse que el sufrimiento interior acaba por hacerse intolerable.

2. Ahora bien, por una extraña disposición divina,

suele ocurrir que nos vemos privados de este consuelo en las épocas de mayor tribulación y angustia. Á sus hijos más vulgares, que ya con trabajo arrastran su ligera cruz casera, el Señor les impondrá rara vez esta adversidad. En cambio, vemos en la vida de los santos que ésta es frecuente, y asimismo que la padecen á menudo aquellas almas escogidas que el Espíritu de Dios guía por los mismos senderos.

Hay épocas en que todo parece conjurarse en contra nuestra: Dios y el mundo, amigos y enemigos, trabajos y enfermedades, obstáculos ajenos y la propia torpeza. Lo peor del caso es que, en esos momentos terribles, se duda hasta de aquellos de quien se depende exteriormente, de los directores de nuestra conciencia, cuyos consejos aceptábamos antes llenos de confianza y seguridad. Bien sea porque no tienen tanto tiempo para ocuparse en nosotros, bien porque no sepamos hacernos comprender ó ya porque empiece á entrarles la desconfianza ó se dejen influir en contra nuestra, ello es que, á pesar de su buena voluntad, díganlo de palabra ó por escrito, sus exhortaciones resultan al paladar lo que el serrín de madera, y tan inoportunas como un bofetón en la mejilla cuando se tiene dolor de muelas.

3. La mayoría sucumben en esta prueba; se tornan malhumorados y quisquillosos, desconfiados y retraídos, reduciéndose al silencio y reconcentrándose en sí. Las consecuencias naturales é inmediatas de esta amargura y estos nubarrones interiores son: el oscurecimiento del espíritu, el aflojamiento de la energía, el rencor hacia Dios, la supresión de la oración y de las prácticas piadosas y, por último, la duda de todo y de todos.

4. Para evitar este mal debe saber el atribulado que todas aquellas contrariedades son parte integrante y esencial del proceso de purificación á que le ha sometido Dios. Los maestros del espíritu citan todos estos datos cuando tratan de la parte más penosa del camino de purificación, la llamada «purificación pasiva». Es indudable

que Dios no vería realizado su propósito santo y misericordioso si después de Él pudiéramos recurrir siempre á algún consuelo humano.

5. Por eso, tú, que sufres, lleva siempre con humildad y fortaleza la tribulación que Dios te envía, pues es el mejor medio para librarte de las últimas sacudidas del amor propio. Cuando Dios ha logrado este objeto, y lo logra con tanta mayor presteza cuanto mayores son tu sumisión y obediencia, te devolverá á Sí Mismo y te devolverá también á los hombres, puesto que ya le has dado la prueba de que le sirves únicamente por el amor que le tienes y no para tu propio consuelo, y de que no buscas en los mortales la satisfacción de ti mismo, sino el fomento del bien.

«¡Feliz tú si el pesar te lleva á ti mismo, porque sólo una cosa te separa de la ventura: el propio yo!»

XXVII. Desangrarse interiormente.—Desangrarse interiormente, sin que nadie se entere, es aniquilarse lenta y silenciosamente entre las llamas del dolor.

Hay quien halla en la queja el desahogo, y esto es la mejor curación. Yo no puedo decírselo á nadie, pues sólo conseguiría empeorar el mal; yo tengo que encerrarlo dentro de mí mismo y allí arde con mayor fuerza. Deja, corazón, correr la sangre, que de ese modo pronto te hallarás vacío de este flúido vital.

XXVIII. El silencio en el sufrir.—Todos los que en secreto padecéis y habéis experimentado la herida profunda que hacen en la vida tanto la espada de la injuria como el puñal de la mentira, escuchadme é imitadme. ¿Quién no se aprestará á la defensa cuando un déspota rudo y atrevido le arranque para sí una sola joya del tesoro de oro y perlas que poseía? Pero ¿quién una vez consumado el sacrificio, derramará una lágrima temblorosa, una gota de la sangre del corazón, por todo el esplendor de los brillantes? Guardáis perlas engendradas por el mar; guardad también las que producen los ojos llorosos, y no deis por perdidos esos rubíes que son sangre del corazón que se petrifica.

Así como Hagen arrojó á las olas del Rhín el tesoro de los Nibelungos, y, ni aun amenazado por la espada y arrastrado á la muerte, quiso revelar el secreto pronunciando una sola palabra, así debéis ocultar también vosotros los tesoros de vuestras almas, hallazgo precioso en horas amargas, cuya custodia fué confiada al fiel guardián, el silencio, para que lo oculte en el fondo de nuestro ser.

Yo guardo en él ocultos ricos tesoros; en mí se entierra mucho silencio, pero confío en la mañana gloriosa de la resurrección en que se me pague con réditos crecidos tan espléndido capital.

XXIX. Consuelo en la lucha.—Nunca combatí por la razón, el derecho ni la verdad sin que por cada uno que me humillara no hubiera tres que me consolaran. Tres, cuyas palabras consoladoras hacían inclinar el platillo de la balanza hasta el suelo, aunque diez contrarios apretaran furiosos por el otro lado.

¡Dios mío, qué bueno y magnánimo eres! Ya en la guerra de aquí bajo recompensas cada golpe con réditos usurarios. ¡Cuánto no recompensarás luego al que salga victorioso!

XXX. Mejor en manos de Dios que en las del mundo.—¡Ay! ¿A dónde fuí á parar cuando Dios me dió la vida?

¿Me entregó á piratas que ansían despojarme de vida y hacienda, que con las palas en la mano me aguardan ante mi sepultura abierta?

Como del avispero sale zumbando una nube de avispas; como los cuervos acechan voraces al ciervo que se revuelca en su sangre, para ver cuál es el primero en arrojarse sobre sus despojos y saciarse en ellos, así acecha el mundo á mi alrededor, ansioso de la golosina; me clava sus aguijones, como un enjambre de abejas, hasta que me hace caer; y entonces, lanzando gritos, se arroja gozoso como negra manada sobre mí, para devorarme. Sin considerar que aún vive, palpita y gime la víctima, arrancan y tiran de mí, sedientos de la sangre de mi corazón. Cada cual sacia su voracidad, y harto ya, arrastra chillando la parte que arrancó de mi cuerpo.

¡Dios mío, Dios mío! Tú, que curas al enfermo destinado ha tiempo á la muerte; tú, que cuando vacilan mis piernas te conviertes solícito en mi báculo y apoyo; tú, que me arrebataste con tu muerte de las garras de la muerte:

Si los hombres juzgan de ese modo, gozosos del mal ajeno y sedientos de sangre, renuncio á la justicia de este océano de errores. Sé tú el que juzgue mi causa y el que sentencie si hice bien ó mal.

Mejor es caer en manos de Dios, que en manos de los hombres; mejor es arribar á la orilla que ha de conducirnos á la tierra de gracia, que, estrellado contra las rocas, naufragar en la playa del verdugo.

XXXI. Confianza del injuriado.—En otro tiempo me ensalzaron hasta las nubes; hoy me injurian sin rebozo. ¿Por ventura lograría herirme la injuria y la mofa si Dios no guiara sus dardos? Sus censuras son la sentencia del Señor: ¿serán también sus alabanzas? No lo sé.

XXXII. La utilidad de los castigos divinos.—1. Á mí no me impone lo más mínimo recorrer los barrios obreros al mediodía, cuando cada cual va en busca de su comida y no le queda tiempo para atacarme.

Después de comer, y sobre todo de noche, la cosa varía. Entonces salen todos de las tabernas ó de otros lugares de corrupción con su copa de más en el cuerpo, y una persona decente no puede considerarse ya segura, porque la petulancia, la pasión salvaje y el malestar que sienten no conocen medida ni freno. Braman como las bestias y destrozan como los vándalos, sin saber por qué. La única razón para semejantes excesos es que se encuentran demasiado bien.

2. Del mismo modo se conduce toda la especie humana con su Creador y Señor. Si Dios saca á relucir el mantel del hambre ó la bandera de la peste, se arrastran orando hasta la cruz; pero si abre de par en par las puertas de su bondad y derrama á manos llenas el bienestar y la plenitud, entonces reniegan de Él y no dejan que se le arranquen de las manos para tener en quien desahogar su torpeza, con sarcasmos é injurias.

Así se dijo del pueblo de Israel: «El pueblo se sentó á comer y beber y luego se levantó para jugar» (Ex., XXXII, 6), ó sea, para bailar alrededor del becerro de oro. Y nuevamente nos dice el Espíritu de Dios: «Hasta el pecado de Sodoma contra la naturaleza tiene su explicación; surgió de la soberbia, de la abundancia y de la hartura». (Ez., XVI, 49).

3. Idéntico origen que los tres últimamente citados tienen todos los pecados del mundo, al menos los más grandes. Los menores, relativamente, son aquellos á los cuales impulsa la verdadera necesidad. Los pecados grandes, reflexivos, los crímenes de la maldad y la picardía empiezan cuando á los hombres les va demasiado bien.

«Los ascetas mundanos, suaves como el aceite, doctores en la asignatura que trata de trufas y lampreas, y héroes del vino, ceden la mística á los bárbaros y salvajes»; se parecen á los borrachos que pierden el dominio sobre su persona, y vociferan contra todo lo que se pone al alcance de sus tiros, ya sea Dios y su ley, la fe y la conciencia, el derecho y el hábito, el estado y la sociedad, el hombre pacífico y la tranquilidad pública.

4. Así, pues, que no se quejen al ver que Dios iza sin tregua en su palacio ora la bandera negra, ora la roja, enviándonos tribulaciones «que parecen increíbles aun á aquel que las soporta» (Dante).

Dios se ve precisado á ello para evitar que se destruya, tanto el orden social como el divino, sin contar con que es de todo punto necesario que el mundo tenga tiempo y lugar para ejercer la penitencia por el daño ocasionado.

XXXIII. La bendición de las pruebas.—1. Á menudo se hace la experiencia de que durante una gran calamidad nacional, el pueblo pone de manifiesto cualidades cuya existencia ni siquiera hubieran podido suponerse.

«Humo negro y nubes tempestuosas cubren el mundo y el cielo; caen los rayos con horrísono estruendo y deslumbran los relámpagos con intensas llamaradas. Pero así como la tormenta purifica el aire y abona el suelo, así levan-

ta el hombre, hacia las alturas, la frente y el corazón y obra como rejuvenecido» (Anast. Grün).

Esto concuerda con las palabras de la Sagrada Escritura: «Dios los acrisola como el oro en el horno, y si los encuentra dignos de Él, los acepta como sacrificio de fuego» (Sabid., III, 6).

Las buenas cualidades de un hombre suelen manifestarse por primera vez en momentos de gran tribulación; por eso, una vez pasada la tormenta, no puede menos de asombrarnos el que hayamos podido tratarle tanto tiempo sin descubrir su mérito. Nunca hubiéramos sospechado que atesorara tanta bondad, ni que fueran sus malas cualidades tan superficiales que pudiera fácilmente desprenderse de ellas.

2. Á la vista de una persona que padece mucho, nadie puede dominar ese sentimiento de respeto que también infunde un moribundo. Todos se enternecen, todos prorrumpen en frases de unción religiosa, casi sin darse cuenta de lo que dicen; porque no sólo los mueve el sentimiento de humanidad, sino también el religioso; presienten la intervención directa de un poder más alto, sobrenatural; adivinan la presencia del mismo Dios.

No en vano el pueblo cristiano, para denominar sus sufrimientos y pruebas, emplea la hermosa frase: «Visitas de Dios». Hasta el hombre más obtuso, al hallarse ante un ser muy atribulado, tiene el sentimiento vivísimo de que Dios mismo se acuerda en aquel momento del afligido, para despojarle de las escorias mundanas y convertirle en vaso escogido de su gracia. ¡Ah, si también el probado se convenciera de que toda prueba es una visita divina, un momento en que Dios mismo baja para poner en él sus manos, como las puso en Adán, y formarlo así á su imagen y semejanza!

3. El mayor peligro que amenaza al que camina por la nieve consiste en sentarse á descansar y echar un sueño. Si cede á la tentación, ya puede considerarse perdido. Por eso resulta un bien inapreciable para él, que alguno le advierta:

«¿Quieres dormir el sueño eterno? ¿No hay quién te despierte? Pues aunque sea tirándote del cabello te sacaré del sueño» (Petrarca).

¡Oh mortal, que caminas en dirección al cielo, á la primavera eterna, á través del invierno de la vida; no te quejes si el Señor misericordioso te sacude sin misericordia para enderezarte! Cada sacudida es un beneficio para ti, y todo hombre que te envía para evitar que te sientes y te duermas, es una prueba más de la solicitud con que vela por tu salvación.

4. Se encuentra á menudo personas, que le recuerdan á uno involuntariamente las palabras de Schiller:

«El hombre raro exige rara confianza».

Los hombres de esta especie son sencillos, callados, serios. Tal es su gravedad, que en su presencia enmudecen la charla frívola y las agudezas vanas. Los hombres á que me refiero dicen lo que sienten y no gustan de rodeos. No obstante, hablan con tal suavidad y simpatía, que inspiran verdadera confianza. Todo el mundo comprende que el dolor y las tribulaciones los han despojado de ese oropel engañoso que hace á otros gratos y divertidos en sociedad durante las horas de distracción, pero á los cuales resulta tan imposible abrirles el corazón y contarles nuestras luchas y pesares como el confesarse con una máscara ó un borracho.

Y, en efecto, así es. Cuando necesites gente libre de toda apariencia vana y de la farsa y la comedia del mundo; gente que sepa tratar con la debida formalidad las cosas serias de la vida; gente de confianza, lo mismo en la palabra que en la obra, y capaz, en fin, de comprender lo que á ti te ocurre, ve en busca de aquellos que han pasado por el crisol de los dolores.

«El hombre en quien se unen el trabajo, el sufrimiento y la oración tiene su cabeza rodeada de resplandores que indican la futura aureola del santo».

5. Cuando oimos hablar á un jovenzuelo de sí mismo con la presunción del sanguíneo Pedro, que negó al Señor,

ó escuchamos á uno de esos hijos del rayo tronar contra las flaquezas del prójimo y clamar al cielo porque no envía fuego y azufre que destruya este mundo perverso, ya nos atrevemos á suponer, al instante, que ni uno ni otro han pasado por la escuela de las tribulaciones de la vida, pues de lo contrario sería mayor la modestia con que el primero hablara de su persona, y más generosa la indulgencia con que el segundo juzgara á este mundo pecador. Aunque el sufrimiento no tuviera otra ventaja que la de ponernos á la vista «nuestra verdadera figura y nuestra debilidad impotente», ya sería lo bastante para convertirlo en un beneficio inmenso tanto para nosotros como para el mundo.

6. Los dramaturgos y novelistas modernos se empeñan con verdadero afán en presentar la vida en su verdadera esencia, como ellos dicen; en su forma más realista. Para los espíritus ignorantes del mundo ó faltos de experiencia, resultan dichas obras una nueva revelación. También esta tendencia actual merece plácemes sinceros, aunque sus resultados finales provoquen una sonrisa triste y amarga. Porque descartadas las tres condiciones esenciales: el conocimiento del mundo, la fe en el predominio del mal en el hombre y nuestro eterno destino, falta allí algo sin lo cual nadie puede comprender bien el mundo, y ese algo es la verdadera comprensión del sufrimiento.

¡Qué modo tan diferente de ver el mundo según que se haya experimentado ó no el sufrimiento!

Compasión inspiran los que consideran la vida únicamente como «campo de batalla en que se lucha por dinero, gloria ó jerarquía; y alcanzada la victoria, como fiesta continua que se celebra con el chocar de los vasos».

¡Qué superficiales son sus juicios! ¡Cómo juguetean con lo más serio de la vida para terminar ésta amargados y condenados! ¡Cuánto mejor no aprecia la existencia el que sabe sobrellevarla con ánimo varonil! Éste conoce el mundo en toda su pequeñez y en todo su engaño, y, no obstante, logra conservar tanto amor y compasión hacia él, que

quisiera gustoso convertirse con Pablo en maldición para salvar á sus semejantes.

Estos serían los pensamientos del Apóstol cuando escribía:

«Toda prueba es, al principio, amarga; pero luego reporta á los que la sufren los abundantes frutos de la paz y de la justicia» (Hebr., XII, 11).

XXXIV. La alegría en la tribulación.—Me pregunto cómo puede ocurrir que el mejor de mis días sea aquel en que el mundo me pisotea y me despedaza. Operación es esta que el mundo entiende á las mil maravillas, pues maneja hace tiempo la hoja del cuchillo y la dirige con tanta seguridad como el médico el bisturí con que diseca el cadáver.

Pues bien, cada vez que me da un tajo, me parece que dejo de ser quien soy; ya me siento libre como el pájaro en el aire y como si el espacio fuera mi natural morada.

¡Ay mundo! Tú descarnas sin piedad al hombre lo mismo que el lobo descarna al cordero y el gusano de la sepultura su manjar.

Muerde y roe, que sólo así lograrás librarme de mí mismo. Te llevas las escorias y me dejas el oro, la obra de Dios.

Ahora comprendo el gozo que resplandecía en el rostro del mártir en medio de la hoguera abrasadora: desaparecía la escoria y subía al cielo lo que era de Dios y semejante á Dios.

XXXV. Hay que saber dejarse injuriar.—Aun era joven cuando me dijo mi padre: Te enojan las imperfecciones y la traición, y ardes como un volcán por todo lo que es noble. Pues bien, escucha el consejo que voy á darte:

«El que no sepa soportar la burla y el odio, que se quede metidito en su casa, pues hay que saber dejarse injuriar cuando se desea servir á la verdad. Bueno es enardecerse por la justicia, y aun más luchar por el bien, pero dejarse injuriar por esa misma justicia y ser el amigo de la verdad, es realmente sublime».

Hace ya mucho tiempo que murió mi padre, pero aun resuenan en mis oídos sus palabras. También he logrado soportar la injuria: la simiente, al fin, no dejó de germinar.

XXXVI. La copa de hiel del Señor.—El Señor sufrió la muerte en cruz; de la hiel sólo bebió una parte. Riñó por ti tan terrible batalla; pero te dejó el ajenjo para tu salvación.

XXXVII. En el banquillo de los pobres pecadores.—Conozco bien el banquillo de los acusados y á él me mostraré agradecido mientras me dure la vida, pues me dió más sabiduría que todas las escuelas de los maestros.

Apenas lo ocupé una hora, pero durante ella infundió Dios su luz en el fondo de mi corazón, luz que hizo que le viera á Él, al mundo y á mí mismo, la cual ya no se apartó de mí.

Sólo aquel á quien han quitado honra y derecho, y camina vacilante, deshonrado y desatendido, puede saber cómo nos salvó Aquel que murió en cruz hecho un gusano.

Sólo aquel que, injuriado y proscripto, se desliza con tímido paso aprovechando las tinieblas de la noche, puede saber en qué manos cae el que se agarra al mundo en lugar de dirigirse á Dios.

Sólo aquel que, triturado como en almirez, humea como incienso en el altar, sabe el tiempo que necesita el fuego para que Dios declare de su agrado á la víctima.

Contempla el banquillo de los acusados y ocúpalo con valor y serenidad; no hay sorbo de hiel, ni parrilla ardiente, en que te consumas, cuyos horrores no te endulce el mismo Dios.

XXXVIII. La escuela de la más profunda sabiduría.—Aquel que no se haya visto en boca de todos, siendo mofa de los bebedores y terror de los chiquillos, y arrojado con escobas por las criadas como basura que se echa á la calle; aquel que no se haya visto acechado por los enemigos, que esperaban con las manos en el mango del puñal para

darle el golpe de gracia, y compadecido por los amigos, tan desengañados como desesperados; aquel que no se haya visto reprendido por los buenos y á quien esta censura haya despojado de la confianza en sí propio hasta el punto de creer que con los restos de su honra envenena el aire, ese no conoce aún la rutina del mundo, ni la pequeñez de su poder, ni la rapidez con que pierde su valor en cuanto se vuelven contra él las apariencias. No sabe lo que el Señor sufrió cuando la mentira le clavó en la cruz, y exclama triunfante: «Lo mereció, ya veis como Dios castiga el engaño». No sabe el colmo de consuelo que surge de tu infamia, Salvador mío, ni cómo la amplitud de tu capa de púrpura apaga los ardores del corazón á manera de bálsamo tranquilizador y benéfico.

XXXIX. El mayor peligro.—«Se burlan detrás de ti y en tu presencia son amables, y ¿juzgas aún el oro por el brillo y no te avergüenzas de tu ceguera?» Y bien, ¿proceden de otro modo con el mismo Dios? También ante Él se inclinan cuando les aprieta la miseria y se burlan cuando los ha hartado de pan.

Dios, benigno, disimula el mal, y si vuelven á Él, los estrecha entre sus brazos paternales como si fueran necesarios á su felicidad.

¡Oh, Dios mío, cuán grande eres, cuán inmenso! Y aun te muestras más grande que en las tempestades cuando soportas, ajeno á la venganza, ciego y sordo, las insolencias del gusano.

El hombre es prudente y animoso cuando teme tus rayos, pero cuando practicas la paciencia y la longanimidad, le abandonan la fuerza y la prudencia.

¡Oh mortal! Te encoges ante el poder divino cuando oyes el trueno y cuando en las guerras universales ves sobre los imperios el hacha de la venganza!

Sí, grande es Dios cuando ciega á los pueblos, pero más grande cuando calla ante los pecados, y envía sus bendiciones á los indignos, y se inclina hacia los malhechores impenitentes.

¡Oh mortal! Ahoga tu cólera y tu venganza; sufre en silencio, mudo y sordo, dueño y señor de ti mismo, y serás grande y fuerte ante Dios.

XL. En una de aquellas horas de que no escapa nadie.—En una de esas horas de que no escapa nadie, un enemigo del alma hízome esta pregunta:

«Contéstate á ti mismo: ¿á quién pretendes compararte y qué vas á conseguir con tantos sacrificios y tantos trabajos, consumido en todo, sin servir para nada, arrojado al fango como la tea gastada?»

Mis ojos se fijaron entonces en Aquel que, atropellado por el mundo, perseguido, despreciado, abrumado de quejas y preguntas que nadie escuchaba, de dolores merecidos, y molestado por el fuego de la locura fué, en recompensa de tanta carga, clavado en la cruz porque no había uno solo en el pueblo que no le odiara profundamente.

La vergüenza subió entonces del corazón al rostro, tiñéndole de rubor y murmuré: Señor, tienes muchos enemigos, pero ¿hay uno solo que pelee por ti? Te siguen mil mercenarios, pero te abandonan; tú sufres nuestros males, ¿y cómo te recompensan? Clavándote en la cruz, dejándote burlado, exhausto y harto de hiel: ¿debo, pues, huir yo también cuando me han puesto á tu lado?

XLI. La caza salvaje.—Una noche—el tiempo no la borrará de mi memoria, pues ¡fué tan amarga!—presencié una caza que hasta á un bárbaro hubiera infundido espanto.

Un hombre tímido, puro y apacible como el sol de primavera, era perseguido por un sinnúmero de cazadores que celebraban con burlonas risotadas los tormentos de la víctima.

Le perseguían monte arriba, monte abajo, á través de zarzales, ríos y lagunas. Ya se veía correr la sangre, ya rezumaba el agua, pero nada templaba la furia de sus enemigos.

Cuando, anhelante, le faltaron las fuerzas y se le paralizó el jugo de su corazón, cayó encima de él aquella jauría enloquecida y le dió el golpe de gracia.

Luego le abandonaron, dando gritos de júbilo. Aquel vocerío recordaba la furia del vendaval, y por esto le pregunté á uno de los cazadores:

—¿Qué mal hizo? ¿Qué crimen cometió?

—¿Crimen?—respondió con rudeza.—El de separarse de nosotros. Mírale bien, lo mismo que á él te pasará á ti y á cuantos no se pongan de nuestra parte.

Volví en mí; la noche había pasado, y cuando lució el sol de nuevo, apareció en mi busca la banda de cazadores: ya no era sueño; fuí yo el cazado con aquella ferocidad.

Entonces presentóse ante mis ojos la imagen, coronada de espinas, de la víctima, dulce y apacible; vi la caza, vi correr su sangre y nunca sufrí tan á gusto y con tanto silencio...

XLII. El desterrado ante la cruz del bosque.—Recorre ansioso los bosques solitarios, con el corazón contristado, oprimido, asfixiado por la pesadez del aire; el arroyuelo alegre murmura en la cañada aumentando la soledad y el aislamiento.

El corzo tímido olfatea, enderezando las orejas, y cuando su fino oído presiente al caminante, se esconde en la espesura asustado de muerte. Tal es la imagen del propio caminante.

«Señor, yo sigo tu palabra: huí de la patria y del hogar amado; marché á lejanas tierras, con el corazón atravesado por agudo acero. La patria, desde entonces, me olvida gustosa; el extranjero me odia desde que pisé su tierra; los míos me consideran como un extraño, y los extraños me aborrecen. La patria me echa de su regazo, el extranjero me cierra las puertas como á un leproso ó á un loco á quien gritan: «¡Fuera!»

»¡Dios mío, Dios mío! ¿Es este el pago que me das por haber escuchado tu voz? ¡Cuán amable era antes el mundo! ¿Y tú... tú?... ¿Me habré engañado?»

Así camina vacilante por el silencioso bosque, con el pecho destrozado por el huracán interior; de pronto distingue una cruz, de la que pende, no un ser humano,

sino un gusano cubierto de sangre, mudo, en el borde mismo de la selva, donde apenas hace pie.

En el pecho del cansado caminante penetra la calma como por fuerza:

«Mortal, contémplame: tú estás desterrado; más lo estoy yo. ¿Dónde hay dolor que pueda compararse al mío? ¿Cuándo te hirió como á mí la lanza de la ingratitud? Yo abandoné la patria, dejé el trono y descendí aquí bajo enmedio de vosotros, pobres huérfanos. Me rechazasteis con mofa, como se arroja fuera de puertas al leproso. ¡Mortal, yo también sufrí el dolor de ver que Dios y la humanidad se alejaban de mí! ¡Mortal, piensa en quien soy! Di, ¿quién eres tú y quién soy yo?»

CAPÍTULO XIII

El arte de vivir en sociedad

I. En dónde se conoce antes á los hombres.—Una de las ocasiones más propicias para conocer inmediatamente el verdadero carácter de los hombres, es el momento en que entran en un tranvía. El «á través de las paredes» de Molière corre á lo largo de todo el coche, á veces anhelante, otras de un modo lento y soñador, que le hace volverse únicamente cuando se da cuenta de pronto de que va á dar con la cabeza en algún obstáculo. La suave y abúlica *Amalia Osberne* de Thakeray va con pasos menudos, muda y atolondrada, de un asiento vacío á otro; hay que invitarla varias veces para lograr que se siente definitivamente y sin cuidado, porque ni causa molestia ni corre peligro de que la echen. Pues, ¿y Francisco Moor? «Con la pechera cubierta de rosas y cintas, con la cara picada de viruelas, llena de cicatrices, rasguños y heridas, y la barba casi imperceptible, que surge entre atrevida y vergonzosa... ya tenéis ahí en cuerpo y alma á la novia gitana».

Francisco Moor se arroja jadeante, como un oso, al primer asiento que encuentra, y aguarda con aspecto impaciente y gallardo que se acerque alguien á reclamar las ropas y paquetes sobre los cuales se ha sentado, para resolver si le ha de recibir con grosería ó sólo con un cartel de desafío; esto, si no se cumple exteriormente lo que dicen aquellos versos:

«Señor, creí que un cabello de mujer, de finura tal que apenas se notara, bastaría para encadenar vuestras ansias de guerra mejor que las cadenas y las esposas» (Parsifal).

El pisaverde ridículo, el empalagoso, el vanistorio, el ricachón esponjado, el cazador de doncellas, el calavera, el burgués bebedor y el aprensivo, el Juan Lanas, el cominero, el genio desconocido..., todos se abandonan cándidamente á la inspección del observador para que éste haga en ellos sus estudios de carácter.

Aquí es donde todos se presentan tal como son; es decir, que todos sacan á relucir su modo de ser interior, sin imponerse trabas ni freno alguno, en cuanto se ven en un lugar en donde creen que nadie los conoce ni los observa.

¡Y aun hay quien se atreva á afirmar que la creencia en la ubicuidad de Dios no ejerce influencia moral en la autoeducación humana! ¡Como si no supiéramos—dice Cicerón—lo que ha de resultar cuando á uno le dan ocasión de hacer su voluntad, sin testigos de vista ni estorbos que se opongan á su paso!

II. Resultado de mis excursiones á través del mundo de los humanos.—Decís que es suerte recorrer el mundo, cuesta arriba y cuesta abajo; yo os aseguro que no lo es, porque ¡ay, cuántas veces tengo que ver al hombre tan pequeño, tan pequeño!...

Á semejanza de Amibelec, especie de enano de la venta, desafía el hombre á Dios y al mundo. Con Dios ya sabe ser descarado, pero ¡qué modo de temer á los hombres! ¡Un horror!

La virtud parece entusiasmarle, pero sólo burlas le inspira el que la pretende, sospechas el que la practica, y alegría maliciosa el verla morir.

Se jacta, con alientos de gigante, de construir una torre de Babel, y destruye lo grande que otros han hecho como un cobarde gusano roedor, es decir, como gusano de sepultura.

Si se le oye hablar, es un hombre que no sabe lo que es debilidad humana, un hombre que practica la virtud como no supo practicarla el mismo Dios, puesto que éste lo hizo á fuerza de sangre y de sudores.

Pero si se le observa luego, se ve que sólo es un niño

goloso que lame en secreto el terrón de azúcar, se esconde entre las sábanas cuando sopla el viento y tiembla en cuanto ve sangre.

El vapor de la mentira, de que está lleno, haría explotar á diario el muro que le contiene si la corteza que le rodea, ó sea, el orgullo, no fuera más dura que el diamante.

¡Oh espíritu protector, á quien ha sido confiada la custodia de esta especie humana! Si considero bien tu longanimidad, el asombro me priva del uso de la palabra. Yo mismo me avergüenzo de ser un miembro de tan enfermizo cuerpo, pero para ti no hay distinción: lo mismo cuidas al leproso que al que está limpio de lepra.

Haz por que nunca olvide que soy hombre igual á todos, para que con todos sea indulgente y así sus faltas me sirvan de riqueza.

III. Modo de obrar humano.—¿Qué consigue el hombre con toda su aplicación? Únicamente meter tanto ruido que nadie le entienda, y levantar tal polvareda que hasta él mismo deja de saber á menudo si va hacia delante ó retrocede.

IV. En presencia de las debilidades humanas.—1. El que abandona una buena causa sólo porque descubre en ella imperfecciones, es decir, porque Dios ha puesto su realización en manos de los hombres, es indudable que no busca sino un pretexto para disculpar su deserción, pretexto tanto más vergonzoso cuanto que él mismo supera, con su propia deslealtad, la debilidad de sus semejantes.

2. El que por odio á los instrumentos imperfectos de Dios, destruye la misma cosa buena, comete un crimen de traición, parecido al de aquel que entrega al enemigo la fortaleza por el enojo que le produce que el general en jefe haya confiado su defensa á gente que él no creía propia para el caso.

3. El que no ejerce dominio suficiente sobre su cabeza y su corazón, hasta poder admirar, por una parte, las grandes obras arquitectónicas de Dios, aunque de la ejecu-

ción de éstas se hallen encargados peones pecadores, y, por otra, conservar la paciencia mientras no la pierda el Arquitecto supremo, ése, menos que otro alguno, está capacitado para cooperar á la realización de un plan divino.

4. Quien no vea en todos los males que se presenten ante su vista una exhortación á trabajar en su propia perfección; el que no halle en toda deslealtad, cometida por los demás contra su respectiva misión, una invitación á cumplir sus deberes con mayor escrupulosidad y energía; quien no saque provecho de la imperfección ajena para empuñar con más brío la bandera de Jesús, ni vea en el aumento de deserciones el deber de morir en la brecha aunque quede abandonado para defenderla, no sólo no tiene derecho alguno á quejarse de las faltas de los demás, sino que cometerá otros tantos ó peores yerros.

V. Especie de orgullo disculpable.—Si te sientes dispuesto á enojarte porque ves que te has de apartar de tu camino para que otros suban, entra al anochecer en un gallinero, cuando las aves buscan el reposo, y observarás allí la multitud de empujones, aletazos y picotazos que se dan todas para echar abajo á la compañera, hasta que la más déspota consigue acomodarse en el puesto más alto. Ó bien colócate ante un puchero de agua hirviendo, «donde millares de burbujas suben á porfía, y en cuanto llegan á la superficie se deshacen en aire y en agua; porque todo lo que son es, al fin, vapor y espuma» (Dante); y verás como después de estas observaciones vuelves más tranquilo á ocupar tu modesta posición y miras con mayor resignación tu insignificancia.

Es casi seguro que si te fuera posible leer en el alma de un hombre de verdadero mérito, observarías que él, que por lo regular es la modestia personificada y apenas se da cuenta de su valer, siente una especie de contentamiento de sí mismo, de presunción, cuando compara su pequeñez social con la de aquellos que se esponjan y se hinchan, tanto más cuanto mejor comprenden en su interior lo difí-

cil que les resulta mantener las apariencias de los ficticios honores que poseen.

«No me agrada el orgullo; pero ¿quién ha de censurar que me seduzca no pasar, en este mundo de mentira y de farsa, por una nulidad?»

VI. Entre avispas.—1. Á veces nos parece estar metidos en un avispero; de tal modo nos ponen las desgracias, las malas lenguas y las preocupaciones graves. Ya lo experimentó el salmista cuando dijo: «Me rodearon como enjambre de avispas» (Salmo CXVII, 12). Lo dice para tu consuelo y para que no te figures que eres tú solo el atormentado, pero también para tu enseñanza, por lo cual añade: «Pero yo me vengué de ellos en nombre del Señor».

Y ¿de qué modo se vengó el salmista? Pues del modo que un hombre razonable, que se siente en manos de Dios, se venga de un enjambre de avispas. Nadie que sea un poco reflexivo y práctico la emprenderá á golpes con dichos insectos, pues eso bastaría para aumentar el peligro, sino que se mantendrá tranquilo é inmóvil, único medio, y también el más seguro, para escapar de sus aguijones.

2. En caso de que no baste la razón para domar la timidez ó la impaciencia, no hay otro medio que buscar ayuda en la fe en Dios, que ha creado los hombres y las avispas. En cuanto uno piense en Dios, se tranquilizará, porque se dirá que está en manos del Señor y que no puede pasarle nada que no sea del agrado del Guía y Ordenador de todas las cosas, ya que la bondad divina puede convertirlo todo en su beneficio, suceda lo que quiera.

Si en todas las tribulaciones te guías por este consejo, acabarás por convencerte siempre de que es el medio más seguro para salir bueno y sano, ó sólo con ligeras heridas, del trato con los hombres y de todas las adversidades y contratiempos.

3. —Sí, me contestarás, eso es muy fácil de decir, pero por lo visto ignoras lo que pasa por nosotros en esos

casos. ¿Es posible que un hombre que piensa, que siente, que tiene dignidad, permanezca insensible como una piedra cuando la estupidez le atribuye los mayores absurdos, ó la maldad, tergiversando maliciosamente los hechos, supone en él más perversas intenciones?

«Del colmillo del león podrás defender tus miembros; pero ¿qué harás si la mentira y el engaño te deshonran y calumnian?»

—Que los santos estén tan muertos para el mundo, que esto no haga en ellos la menor mella, ó que los religiosos se muestren tan abroquelados contra él que no sientan su influencia, me parece muy bien; pero yo no soy santo ni religioso. ¿Cómo puedes exigirme que nada de eso me preocupe como si no me importara?

—Pero, amigo mío, ¿cuándo he pretendido yo semejante cosa? ¿Te figuras, por ventura, que te trato como tú á los santos ó á los religiosos? ¿Quién te ha dicho que éstos no sienten lo mismo que tú, los movimientos de la propia dignidad, de la suspicacia y de la cólera? Á Job le atribuyeron sus buenos amigos un corazón sin impulsos humanos, y se asombraron y excitaron soberanamente cuando vieron que la víscera del paciente sufría los mismos accidentes humanos que las de todos. Pero Job los reprendió con estas palabras: «Yo también tengo un corazón lo mismo que vosotros (Job, XII, 3) y mi fuerza no es de piedra, ni mis carnes de hierro» (Job, VI, 12). Lo mismo viene á decir David cuando exclama: «Me envolvían y estrechaban como avispas, y por dentro chisporroteaba como si hubiera fuego ardiente entre las espinas» (Salmo CXVII, 12). Tú bien sabes como centellea este fuego y cuán asfixiante es el humo que invade hasta el último rincón. Ahí tienes la imagen de lo que David sentía en su interior cuando todo le perseguía; pero también voy á darte la contestación que ha de cerrarte la boca, al ver que el mismo David te exhorta con estas palabras: «Y á pesar de esto, persisto en lo mismo: la mejor venganza es confiar en Dios y tener paciencia».

VII. Prometeo y el buitre.—A diario me despedaza y hoy lo hace con la misma saña que la vez primera, pues necesita un bocado de mi corazón para su alimento cotidiano.

Se lo cedo, porque basta una noche para que se renueve mi honra; de otro modo, habría sentido hambre y se hubiera despedazado él á sí mismo estúpidamente.

VIII. Entre los dientes de los calumniadores.—Semejante al pez arrojado en lo hondo de un hormiguero, desgarrado y comido hasta el esqueleto, y semejante al cordero despedazado en el mostrador de la carnicería, sufro en silencio, sin quejarme de lo que ni la impaciencia ni la defensa pueden remediar; podrán roerme los huesos, pero nunca llegarán á triunfar de mí.

IX. El juicio que importa.—Los que antes me amaban, hoy me aborrecen; los que ayer eran mis enemigos son hoy mis amigos; si merezco amor ú odio, sólo lo sabe el que ciñe la espada de juez.

X. Trabajo destruído.—Hace muchos años que trabajo lleno de fe: he consumido mis mejores fuerzas y me han horrorizado el sueño y el descanso, y no he exigido recompensa ni jornal.

Pero así como el buitre roba la cría aun antes de que sepa tender el vuelo, y así como el incendio provocado criminalmente consume la cosecha, así ha triunfado por fin el enemigo, el cual no deja de socavar un momento hasta que la atrevida bóveda se viene al suelo y su última columna vacila y se agrieta.

Si se me hubiera roto el corazón, hubiera sido asunto de sufrir unos instantes; mas el sufrimiento no me importaría tanto como la destrucción de este hermoso edificio.

Así gime la paloma, cuya cría robó el buitre, y la misma queja lanza el labrador que vió consumida por las llamas su abundante cosecha.

La paloma suspira, pero reedifica el nido como si construyera su primera vivienda; el labrador se queja, pero recoge los restos del trigo y vuelve á sembrarlos.

Y yo que trabajé por Dios y no le exigí salario ni recompensa, ¿me deshago en lamentos como si también se hubiera desbaratado el plan divino?

¡Ea, comienza otro nuevo edificio, y pon en él el resto de tus fuerzas, para que vean todos que únicamente trabajaste por Dios!

XI. Una de las palabras más feas.—Tal es la palabra *pero*. Cuando Dios nos envía una cruz, por merecida y blanda que sea, nos resignamos, ya que no nos queda otro remedio; mas no por eso nos privamos del gusto de decir: Pero... Si oímos referir algo favorable del prójimo, ya podemos estar seguros de oir: «Ya, ya; pero...» Si alguno expresa su opinión, un juicio concreto sobre alguna cosa la cual no permite la menor oposición, no por eso dejaremos de observar: «Sí, es verdad, tiene V. razón, pero...» Llega una orden, que en igualdad de circunstancias también habríamos dado nosotros; ¡no importa!, hemos de contestar con el estribillo de siempre: «No está mal, pero...»

Siempre y en todas partes resuena la feísima palabreja, sinónima de mísera censura, de miserable murmuración, de cobarde oposición y rebeldía. Nada fundamental se nos ocurre oponer en contra de ella, nada serio ni razonable podemos argüir; no conocemos otra cosa mejor con que sustituirla; pero nos es imposible dejar de manifestar nuestro desagrado y descontento, «Semejante al enfermo que da vueltas sin parar sobre el blando lecho para huir del dolor» (Dante).

¡Cómo debiera avergonzarnos también en este punto el ejemplo de Aquel que nos precedió para que siguiéramos sus huellas! Fué insultado y no correspondió con insultos; sufrió y no se mostró sombrío ni huraño, sino que se entregó al que le condenaba injustamente (I Petr., II, 23). Siempre y en todas partes cumplió lo que había anunciado por medio de los profetas «¡Yo no replico!» (Is., L, 5). Bien puede decirse, con razón, que la palabra *pero* no se encontraba en el diccionario de Dios.

XII. Amigo imparcial de la verdad y la justicia.—La mejor prueba de que, sin consideración alguna hacia tu persona, sólo te interesan la verdad y la justicia, la puedes dar cuando te atacan con rencor ó alegría maliciosa por un ligero descuido que hayas tenido. En este caso, hasta el más justo trata de disculparse con explicaciones, para evitarse la molestia de tener que confesar y reconocer la falta ó el error cometidos. En cambio, el que tiene criterio suficiente para separar la mala intención del ataque de la verdad que encierra el reproche, y se venga de su enemigo en forma tal, que haga útil y provechosa para sí la parte de verdad que pueda encerrar la censura, ya puede considerarse, sin temor, digno del honroso nombre de amigo imparcial de la verdad y la justicia.

XIII. Censura mortal y censura justificada.—Esa gente que no deja á nadie un hueso sano, ni encuentra labor alguna que no tenga su mácula; esa gente que continuamente se lamenta de la inferioridad general, y no comprende el profundo sentido que encierran las siguientes palabras: «El niño nace ya con la censura en la boca; en mejorar lo presente se demuestran la fuerza y la nobleza del caballero»; esa gente, repito, no sólo está condenada á la esterilidad, sino que traspasa á los demás su propia muerte moral, encogiendo el corazón y desarmando á los animosos y trabajadores á quienes roba hasta el valor de exponerse á semejante censura, gracias á esa crítica propia de ancianos valetudinarios.

Sólo tiene derecho á ejercer la censura el que vea en la debilidad ajena un aguijón para cumplir el propio deber con mayor perfección; y sólo posee el don de criticar con provecho, el que pueda decir con el Apóstol: «Mi corazón me atestigua, en el Espíritu Santo, que siempre llevo gran dolor y luto dentro de mí, y que estoy dispuesto á soportar la maldición si de ese modo puedo socorrer á mis hermanos» (Rom., IX, 1 y sigs).

XIV. El arte de formar un juicio.—Muy pocos son los que dominan su amor propio de tal modo que puedan

llegar á tener idea clara de lo mucho que influyen los deseos y temores personales, esto es, el propio yo, en sus convicciones, aun en las llamadas científicas, y todavía más en su juicio sobre las personas, en sus trabajos y producciones y hasta en la simpatía ó antipatía que inspiran.

Sólo hay un hombre capaz de juzgar sinceramente, y es el que ha dominado en absoluto el egoísmo ó, al menos, trata de dominarlo. Cuanto mayor sea el amor propio, más grande será la cortedad; y al revés, cuanto más extenso sea el objetivismo, tanto mayor será la ausencia de prevención y el progreso alcanzado en la tarea de sofocar el egoísmo. Podemos atrevernos á venerar como á un semisanto al hombre que sepa juzgar con perfecta imparcialidad y sin prevención alguna.

XV. El arte de la imparcialidad.—1. En una ciudad de Alemania vivía un predicador que gozaba de mucha fama y concurrencia, sobre todo entre el sexo débil. Sólo una representante de tan apreciable clase, sin dejar de ser devota, no podía soportarlo, y se ponía nerviosa cada vez que oía á sus compañeras alabarle con tanto entusiasmo. «Nada me ha hecho ese buen señor—decía;—pero el mal gusto con que se encasqueta el bonete me irrita sobremanera».

En cambio, otra, se acercaba tanto y con tal desenfado y libertad al púlpito cuando aquél predicaba, que una conocida suya creyó necesario advertirle que cuidara algo más de su buen nombre; á lo cual contestó la amonestada: «Pero, hija mía, ¿por ventura no tienes ojos en la cara? ¿Dónde has visto en tu vida una dentadura más hermosa?»

—Así son las mujeres—observa el catedrático Sr. Coraje,—retorciéndose lleno de rabia el bigote.

—Poquito á poco, señor catedrático, que yo conocí á uno de sus colegas de V., un humanista de primera y un orientalista nada despreciable—como lo certificó públicamente Teodoro Benfey,—el cual tenía para sus estudiantes sólo dos notas. En una de las clases, muy pequeña por cierto,

estaban todos los genios, que podían hacer lo que les viniera en gana; siempre era con ellos indulgente y estaba dispuesto á sacrificarles su propia paga. En la otra, entraba la inmensa *massa damnata*, esto es, los vagos, los perdidos—al calificarlos usaba denominaciones mucho más fuertes;—tan ladrón era para él el que robaba como el que leía mal una estrofa griega. Era inútil tratar de hacerle entender que un joven puede ser persona decente aunque no conozca el influjo que hayan tenido en el movimiento del universo las partículas griegas: veía con prevención el negro porvenir del desgraciado estudiante, que seguía siendo para el sabio profesor una criatura inútil y perniciosa, á quien atormentaba y perseguía como si fuera un enemigo personal suyo, que acechara todos los pasos de su vida; y aun extendía su odio y su animadversión á los padres mismos del alumno. Ahora bien, ¿en qué se diferencia V., señor catedrático Coraje, del citado colega? Cuando le entregan á V. el primer trabajo de un sabio, lo primero ó acaso lo único que hace V. es ver si cita su nombre ó si habla de su último artículo; y si al infeliz se le ha olvidado ese detalle, que Dios tenga misericordia de él y de su obra. En cambio, si lo ha tenido en cuenta, y, naturalmente, con el obligado bombo y las consabidas alabanzas, puede contar con la aprobación incondicional de V. ¿Verdad, sabio amigo?

2. Lo que mejor demuestra lo poco que saben dominarse los hombres, ya sea en la alabanza ó en la censura, y lo poco que saben relacionar la medida de su fallo con la cosa de que se trata, no es tanto el juicio irreflexivo de la conversación como la llamada reposición objetiva y la censura científica ó literaria; ó, mejor dicho, la matanza, sin derramamiento de sangre propia, de aquel héroe de la pluma, de quien dice M. J. Chenier:

«Por sí mismo carece de gloria, y, sin embargo, distribuye los puestos en el Parnaso como si la salvación del mundo estuviera encerrada en su tintero».

Será inútil advertir que á nadie se le ocurre estudiar ni

profundizar el asunto. El error más insignificante, una cita equivocada ó una errata de imprenta, son achacados al autor como verdaderas infamias y bastan para hacer sospechosa la pureza de su carácter y la bondad de su causa, y aun para suponerle ideas malévolas ó intenciones absurdas ó interesadas, lo cual le vale los epítetos de embaucador, calumniador ó libelista. Si hay uno que se atreva á salir en su defensa ó á hacerle alguna concesión, en seguida se le trata como renegado, tonto, adulador ó hipócrita vendido al enemigo, cuando no se le llama traidor á la patria. Cada palabra da motivo para pensar: «La envidia mueve el fuelle de la crítica» (Dante).

3. Tanto la alabanza como la censura manifiestan positivamente, si se tiene ó no dominio de sí mismo. Nunca sabrán guardar la debida mesura aquellos á quienes el propio yo hace de las suyas:

«A pesar del gusto con que siguen sus caprichos, queriendo con ellos dominar á todo el mundo, califican de perverso al que tiene voluntad propia, y á falta de otros adversarios, pelean con el pan que se llevan á la boca» (Butler).

He aquí por qué resulta tan difícil y tan raro el arte de formar un juicio imparcial y comedido, arte que sólo debe buscarse en aquellos que son maestros en el gobierno de sí mismos ó que han llegado á dominar de tal modo el amor propio que éste no influye de un modo perturbador en el juicio que formulan sobre personas y cosas.

XVI. Criticón de profesión.—Desde el rey hasta el último aldeano, y allí donde surja una isla, hay que ser forzosamente un cero á la izquierda para que no le conviertan á uno en pura papilla; pues, ante todo, trituran y muelen el mundo para convertirlo en pedestal, creyendo que, de otro modo, no llegaría á verse el monumento que se ha levantado el propio yo.

XVII. Censor por amor á la censura.—Pero ¿qué es eso? ¿Estoy acaso entre ranas? Todos gritan: «¡Fuego!»

¡Locos! ¿Por qué no acudís á apagarlo antes que todo se convierta en llamas?

Y si te pones á soplar con todas tus fuerzas y logras ahogar el incendio, gritan unánimemente: «¡Pablo, te has vuelto loco; sólo un demente hace semejante cosa!»

XVIII. El mejor remedio contra la crítica.—Que haya quien, siendo listo, critique amargamente en los demás lo que hace él mismo, y exija de otros lo que á él no le ha pasado por la mente, se explica muy bien, en parte por la imperfección y mezquindad humanas, y en parte por los restos indestructibles del bien propio de nuestra naturaleza.

Es de creer que semejante rigorismo, afición á la crítica y pedantería proceden, en la mayor parte de los hombres, de que el *yo* sano exige de ellos con insistencia una acción exterior y visible, en vez de juicios vanos y discursos hueros sobre los demás.

De ahí la experiencia muy frecuente de que se juzgue al prójimo con indulgencia tanto mayor cuanto que más se esfuerza uno por hacer aquello que se echa de menos en los demás. Cada paso en el camino del bien aumenta la indulgencia y la benignidad en el juicio que nos merecen nuestros semejantes.

XIX. Si eres hombre y quieres seguir siéndolo.—Si eres hombre, es decir, si estás atacado de las flaquezas humanas, y quieres seguir siendo hombre; ó en otros términos, si quieres llevar las mentadas flaquezas no precisamente hasta la inhumanidad, sino hasta la niñería, no intervengas en ninguna discusión, ni aun en aquellas que se refieren á los actos más importantes de la vida, y menos aún con gente sabia y penetrante. En cuanto empieza una discusión, surgen las alusiones y las suspicacias; pues aunque en aquélla se trate de asuntos de los cuales dependan la salvación de la patria ó la propia suerte eterna, estos eruditos no se avendrán á discutir contigo, hasta que hayan sacado á relucir que, allá, en tu juventud, volcaste un tintero y te agujereaste los calceti-

nes; y, conseguido esto, ¡que Dios y sus santos te amparen á ti, tus proposiciones, tus razones y hasta la causa santa que defiendes ante ellos y ante el público!

La eterna sabiduría del Padre posó una vez, por condescencia, sus labios en el borde de la copa del banquete, y vió ya perdida su causa. Ya podía el Señor hablar desde aquel momento de la destrucción de Jerusalén, de la castidad, de la resurrección ó del juicio final; á todo le contestaban gritando: «¿Qué quiere este hombre voraz, este borracho de vino?» (Matth., XI, 19).

Se comprende que el Señor, después de estas experiencias, renunciase á la palabra: «Y como le acusaran los príncipes de los sacerdotes y los ancianos, nada respondió»,—dice el Evangelista (Matth., XXVII, 12).

XX. En el tormento moral.—No es un placer, ciertamente, el verse obligado á vivir con un criticón que le hace á uno pensar constantemente:

«Véome precisado á poner hasta el aliento bajo el microscopio, puesto que hasta de la menor palabra, aunque sea en alabanza de Dios ó en censura del malvado, se aprovecha mi verdugo para tejerme un dogal»;
ni tampoco con un exagerado, que todo lo agranda y estira; ni con un intrigante que tergiversa las palabras; ni con un egoísta falto de tacto, que nos hace vivir en el temor constante de que en la primera ocasión, irreflexivamente, por darse tono, por chismografía ó por mala voluntad, repita todo lo que le hayamos confiado, para explotarlo en perjuicio nuestro.

Y, sin embargo, tal escuela nos es altamente provechosa y no podemos nunca agradecerle á Dios bastante que, por la imposición de semejante tormento, nos veamos obligados á poner todo nuestro modo de ser bajo la protección de una vigilancia y de un dominio absoluto en los que seguramente no hubiéramos pensado nunca por amor á nuestro propio perfeccionamiento.

El simple temor á los hombres puede contenernos en muchos descuidos, é impulsarnos á hacer mucho bien.

¡Qué progresos no haríamos si el instigador y la norma de todas nuestras acciones fuese el temor de Dios!

XXI. Enseñanza para uno de los combates más difíciles de la vida.—1. Casi todos nos vemos precisados á tratar con gentes con las cuales es difícil alternar. Ya nos encontramos con el espíritu de oposición hecho carne, al que Walter Scott llamaría una negación bípeda, con cornamenta de toro y encerrada en una piel de búfalo; ya topamos con un erudito con quien no se puede discutir ni la fecha de una carta de Cicerón, sin que nos haga sentir inmediatamente al asesor del gobierno, atacado del vértigo de los trópicos, ó al teniente de la reserva; ya con un polemista de la clase de que dijo Calderón:

«Si tiene pleitos, no se apiada ni de enfermos ni de difuntos. Si necesita testigos, cita la luna y las estrellas». Y no cuento con esos representantes del sexo débil, que tienen tal suspicacia y volubilidad de lengua que nos obligan á contar al buen Sócrates entre los mártires, aun mucho antes de que hubiera bebido la cicuta.

2. Verse obligado á alternar con gente de ésta ó parecida naturaleza, y sentirse ligado á ella, resulta á veces una dificultad grave, y mucho más para aquellos á quienes preocupa, sobre todas las cosas, la purificación y el perfeccionamiento de su alma. Soportar un carácter difícil, someterse diariamente á que nos atormente y nos humille, exprimir el ingenio por inventar la manera de precaver las explosiones de su cólera y remediar sus locuras y flaquezas, se consigue y se sufre; pero lo que acaba por ser un verdadero martirio para el alma ansiosa de pureza, son los reproches interiores de haber lesionado la propia conciencia y de haber ofendido á Dios. Eso de padecer y además poner en peligro la propia salvación, resulta ya excesivo y desanima y desconsuela al más valiente.

3. No lo creas así, alma buena; no pienses semejante cosa; no te martirices á ti misma con inútiles sufrimientos. Ya habrás notado con cuánta mayor facilidad caes

cuando te entregas al temor y al desaliento; cuando, en suma, has perdido el valor y la confianza.

No tienes motivo alguno para ello: eres mortal y Dios es tu padre, y por lo mismo que te hallas sometido á las debilidades humanas, Aquel que te crió y que, por lo tanto, conoce tus flaquezas, no dudará de ti; te ha colocado en este horno de tribulaciones, no para que en él te consumas, sino para que te purifiques y acrisoles.

«El fuego es sólo enemigo de los rastrojos y las escorias; todos le estiman como amigo en cuanto ha cocido el pan».

Precisamente esas faltas que aparecen aquí y allá demuestran que Dios ha cumplido su propósito. Bien está que salgan á la superficie; así, sólo tendrás que pasarlas por el tamiz del arrepentimiento y quedarás purificado. El Señor te puso en este campo de batalla, no para preparar tu destrucción, sino para poder coronarte de laureles. Ya sabe, además, que no es posible la lucha sin heridas, y que las cicatrices no deshonran, sino que son señales de que se ha combatido con arrojo.

4. Pelea, pues, en el combate que te ha sido destinado; levántate tantas veces como caigas y cura tus heridas con el bálsamo del arrepentimiento. Sé tanto más vigilante y cuidadoso cuanto que mejor conozcas tu debilidad; que tu vigilancia y precaución aumenten allí donde te creas más vulnerable, y sobre todo—y esto es lo principal—no pierdas nunca el ánimo. Con valor, constancia y confianza, se aprenden todas las artes, hasta la dificilísima de soportar á personas insoportables.

XXII. El mal vecino.—¿Cómo puedes aguantar á semejante vecino, cortesano y fiel vasallo del mal humor?

¡Hasta los ángeles se desesperarían si se viesen uncidos con él al mismo yugo!

No hay duda, es una lima, un fuego que á veces se convierte en llamas; pero creo que con el tiempo y por su mediación hará Dios de mí una obra de arte.

XXIII. El cuidado de los enfermos.—Vedle; esquiva mis miradas, no me dice una sola palabra; cuando le pre-

gunto qué le pasa, hace un gesto, se calla y ríe, pero si no acierto su deseo en el acto, grita y perjura: «¡El mundo no piensa más que en atormentarme!»

Ahora dime: ¿qué he de hacer yo?

El pobre hombre está enfermo, muy enfermo, puedes creerme; mucho más grave de lo que tú te figuras y de lo que él mismo se imagina. ¿Quién no cuidaría con gusto á un enfermo? Por lo tanto, rodea al tuyo de paciencia y oración; es la medicina que le conviene; conque ya sabes lo que has de hacer.

XXIV. Censor y censurado.—Hay muchos que sólo saben ensañarse con el que es mediano, y sólo consiguen empeorar su propia persona. En cambio, si el denigrado lo toma como debe, la censura sólo consigue hacerle mejor de lo que era.

XXV. Sonrojo saludable.—Si te alarga uno la mano á la fuerza, apartando la vista y plegando la boca con sonrisa amarga, no por eso debes mostrarte desdeñoso ni disgustado; que así conseguirás que se avergüence y se encolerice al ver que todo el torrente de su bilis te llega escasamente á las rodillas.

XXVI. ¿Por qué está enfadado conmigo?—Si alguno esquiva mi mirada y huye de mí como del veneno deuna serpiente; si me teje el dogal del verdugo cada vez que oye hablar de mí sin que yo sepa el motivo, sólo pregunto:

¿Qué me habrá hecho? ¿Se avergonzará, acaso, de su propia pillería?

Y si no es así, claro está que yo solo tendré la culpa... En efecto, sí... ¡Hace un año, en igual fecha, le hice un beneficio!

XXVII. Diferencias de opinión.—Nosotros nos estimábamos, perseguíamos el mismo fin, y, sin embargo, no nos entendimos nunca, como si nuestro espíritu se hubiera hallado encadenado.

Sin duda él creía obrar rectamente. Mas ¿y yo? ¡Dios mío, tú que penetras en lo íntimo de mi corazón, sabes que pienso en ti sinceramente!

Fueron inútiles nuestras discusiones; me volví como él, con lo cual sólo he logrado atormentar y despedazar mi conciencia.

Y cuando él trató, por su parte, de pensar como yo, lo adiviné y sólo conseguimos estar más desunidos.

Tuvimos por fin que abandonar las tentativas de conciliación, y entonces me di cuenta de que se puede opinar de diferente modo y servir á Uno solo.

Y si servimos á Dios. ¿Á qué vienen esos rostros avinagrados? Que cada cual obre á su modo, y sigue tú tu camino.

XXVIII. Los verdaderos reformadores.—Si Dios me enviara al arcángel San Miguel para comunicarme que sólo de mi persona había de depender que el mundo se convirtiera en un paraíso y tornara la Edad de oro, con tal que le nombrara tres hombres de cuya energía y decisión pudiera fiarse el Señor por completo, creedme que había de verme bastante apurado.

Mucho me guardaría de indicarle al Señor uno de esos presuntuosos arquitectos del aire, que se figuran que el mundo espera su llegada, hace siglos, para que le ayude á construir la famosa torre de Babel.

Menos aun pensaría en nombrar ninguno de esos espíritus críticos de la orden de los hermanos inferiores, que no dejan hueso sano á las actuales circunstancias dominantes; porque éstos son gente admirablemente apropiada para dar satisfacción á los enemigos del bien, para sembrar la discordia y la desconfianza en las filas de los hombres de buenas ideas y para despojar á éstos del último resto de confianza y de valor. Exigir de ellos, en cambio, algún esfuerzo propio, esperar de ellos algún sacrificio, sería desconocerlos por completo: antes se lograría abrir un túnel con una pluma de escribir. Para la mayoría, esta situación de las cosas, que califican de desesperada, es un pretexto apetecido para darse tono con su sabiduría. A veces no parece sino que ellos mismos se esfuerzan en oscurecerlo todo en torno suyo. «Tan tenebrosa es la mirada que echan

á su alrededor, que hasta el infierno llegaría á oscurecer» (Milton), á fin de que se vea menos y permanezca en la penumbra su propio modo de ser, harto sospechoso por cierto. Si se intenta exhortarlos á la corrección de aquello mismo que han condenado tan duramente, nos responden con ironía desdeñosa que todo es en vano, ya porque no tienen voluntad, ya porque no quieren desacreditarse á sí mismos.

«Se insultan mutuamente de un modo indecible; pero luego viven juntos muy tranquilos» (Bodenstedt).

Para reformadores, sólo puede recomendarse á aquellos que, ó bien ocultan en el fondo de su corazón el dolor que les producen las circunstancias dominantes, ó, al juzgarlas deficientes, lo mismo que á los hombres, dan muestras de serenidad y reserva; sólo á aquellos para quienes la vista del mal es un aguijón que los estimula á su propia corrección, ó aquellos otros que, por amor al bien, se prestan á desempeñar todos los empleos, lo mismo el más penoso que el más insignificante, y aun el que, al parecer, ofrece menos probabilidades de éxito; en una palabra, sólo aquellas almas desinteresadas, abnegadas, modestas y constantes dispuestas á todo lo que exija la voluntad de Dios y á todo lo que pueda fomentar su honra y su buen nombre.

¡Qué poco se necesitaría para producir un reformador! Con tal que tuviéramos gente que consagrara toda su abnegación á renovar el pequeño mundo que le rodea, pronto adquiriría el mundo grande mejor aspecto.

XXIX. El barómetro del señor Urián.—Coro: «Señor Urián, señor Urián, ¿qué le pasa á V. hoy? ¿Anuncia V. el buen tiempo con esa cara de pascua?

El señor Urián: «En efecto, oigan ustedes lo que me ha pasado. Llegué al despacho y emborroné un papel, cosa que entendemos los empleados á las mil maravillas. En esto entra el Sr. Director Kalm y me grita con todas las fuerzas de sus pulmones: «Señor Urián, señor Urián, V. es un pedazo de bruto!»

Coro: «¡Vaya con el grosero! Con aquella bocaza de

tigre...; pero, díganos, señor Urián: ¿cómo puede V. reirse de eso? ¿Merece consideración semejante hombre? Ya le enseñaría yo á tratar á las personas; por tal insulto le hubiera desafiado á muerte».

El señor Urián: «¡No sean Vds. mentecatos! ¿A quién se le ocurre limpiar las gotas de tinta con sangre? ¡Eso sería como entregar el dinero á la custodia de los salteadores! Al contrario, yo respondí tranquilo y de buen talante: «Está bien, señor Director, lo volveré á escribir de nuevo y quedará listo antes de que llegue el señor Inspector». Y él me dijo: «¡Es V. un hombre de pundonor! No he querido ofenderle; dije aquello sin pensar, pues aprecio mucho todo lo que V. vale». Luego me estrechó la mano efusivamente, y los compañeros se quedaron absortos. Ahora ya saben Vds. por qué está mi barómetro á la altura del mejor humor. Porque han de saber Vds. que toda mi gracia consiste en señalar buen tiempo aun cuando amenacen tempestades y chubascos».

Coro: «¡Señor Urián, señor Urián, V. es un verdadero brujo; V. sabe hacer del mazapán el mejor engrudo humano! Nosotros apenas salimos del paso por muchos molinetes que hagamos con las espadas, y V. progresa admirablemente con sus cortesías y sus sonrisas».

XXX. Cómo educó el señor Urián á su mujer.— Coro: «Señora Urián, señora Urián, le rogamos á V., por Dios, que nos diga: ¿cómo se las arregló para tener tan buen marido? Le apreciamos á él y á V., pero perdone la franqueza: jamás hemos visto tan extraño maridaje. Él es muy pequeño y V. muy alta; él es muy fino y gracioso y V.—dispense que se lo digamos—V. á veces es en exceso brusca...»

La señora Urián: «Yo tampoco entiendo cómo llegamos á agradarnos, pero creo fundadamente que Dios nos echó su bendición. Sí, sí; antes todo me enardecía. ¡Si Vds. me hubieran visto! Pero hace ya mucho tiempo que no soy ni sombra de lo que fuí. ¡Apenas acierto á enfadarme!

Coro: «Señora Urián, señora Urián, ¿á qué se debe ese

cambio? ¿Cómo se las compuso su marido? ¿Cómo la domó á V., con cuerdas ó con tenazas?»

La señora Urián: «Por Dios, ¿qué se figuran Vds.? ¡Ay de él si á tanto se atreviera! No, señores, no; mi marido nada hace á la fuerza, sino que deja que todo ruede por sí solo. Parecía sordo, parecía mudo, y sonriendo me dejaba hacer. Yo me consumía de rabia, pero, por último, tenía que reirme. Ya lo comprenderán Vds. ¿Qué se saca en limpio con rabiar á diario? A mí acabó por serme insoportable. En cuanto él me veía desarmada, empezaba á darme broma: «¿No hay por ahí alguna plancha para deshacer esas arrugas? Verás, ya te quitaré esas arrugas del corazón y de la cara». Y mientras tanto, bromeando y sonriendo, me acariciaba el rostro. Ya comprenderán Vds. que no hay medio de seguir enfadada cuando le dicen á uno sonriendo: «¿Tendré que ir á buscar la plancha para desarrugarte?» No, hijos míos, si ha de rabiar uno, que valga la pena la rabieta. Así aprendí á vivir con él en la mayor paz y concordia.»

Coro: «Señora Urián, señora Urián, ya puede V. dar gracias á Dios de que tan sencilla y humanamente olvidara V. la cólera y las diatribas. Hemos conocido á muchos hombres de bien que á diario tenían que soportar una tormenta casera. A fuerza de sonrisas llegó á ser su esposo de V. su ángel y su salvador!»

XXXI. Cómo educó el señor Urián á su hija.— Coro: «Señorita Urián, señorita Urián, eso va que vuela. Siempre que la vemos á V. pensamos: ¡Esta niña es un cronómetro modelo! Todo está dispuesto á su hora, todo tan limpio y arreglado. Perdone V. el atrevimiento, pero díganos: ¿Dónde aprendió V. semejante habilidad?»

«La señorita Urián: ¡Por Dios, no vayan Vds. á creer que lo aprendí en un día ni en dos. Mi padre me enseñó á hacer lo debido; no había cosa que más difícil me fuera que tener orden y arreglo. A veces me parecía que acabaría por abandonar la casa: de tal modo me oprimía el yugo del orden doméstico; pero al fin acabé por aprenderlo.»

Coro: «¡Jesús, Dios mío, qué tirano de padre! ¿Acaso le levantó la mano? Señorita Urián, señorita Urián, ¿quién es capaz de aguantar eso?»

La señorita Urián: «¿Qué dicen Vds.? En la vida me pegó mi padre. Ni siquiera una sola vez he visto su cara ceñuda ó sombría. Él mismo hacía las cosas tan bien, que no parecía sino que no había modo de hacerlas de otro modo, como si fuera lo natural y ordinario. Y así me decía: «El mundo es un reloj; el hombre puede también llegar á serlo, y sólo se necesita práctica y amaestramiento, pues así hasta los caballos aprenden. Hija mía, fíjate bien en esto: es preciso dominarse, pues de lo contrario, lo antinatural te cerrará el camino á lo que es recto y útil». Yo faltaba á diario una docena de veces, y mi padre me repetía lo mismo, pero sin que jamás la cólera le arrugase la frente. Empecé por avergonzarme cuando veía en él la nobleza del orden; pero aun penetraba más en mi corazón la apacible gravedad de su censura. ¡Le veía tan serio y tan manso, sin que nada pudiera turbar su placidez!... Parecía la imagen del orden, y así empecé á practicarlo».

Coro: «Señorita Urián, señorita Urián, sólo nos resta inclinarnos: su padre de V. es todo un hombre que predica y enseña con el silencio».

XXXII. Camino fácil para mejorar el mundo.—Si todos los que alzan los puños en cuanto una criatura yerra se propusieran resarcir á Dios del menoscabo que puede sufrir con ello su servicio, este mundo, en que sólo resuenan quejas que nunca sirvieron para salvar á nadie, sino únicamente para enfriar la energía y el valor, sería hace tiempo el centro de la belleza.

XXXIII. El sino de la verdad.—En aquellos buenos tiempos de la antigüedad—el mundo, al fin, siempre es idéntico—vivía en el país «Que nadie lo sepa» un fraile, el hermano «Apaleado», que estaba siempre dispuesto al sacrificio; cuando todos se escondían y escurrían el bulto, no dejaba él de presentarse para lo que conviniera.

Mas lo extraño era que, en todas partes, le tocaba en suerte una buena mano de golpes de viejos y jóvenes, negros y blancos. Pero para él sólo tenía importancia la verdad, y decía las cosas tal como las veía; por eso soportaba la suerte de la verdad. Y así, en cuanto él aparecía, todos se alborotaban y guardaban silencio, pero en cuanto se perdía de vista, empezaban los murmullos que acababan siempre en huracán deshecho.

Empezó el fraile por ahorrar palabras, pero en vano. Seguían los gritos de cólera; cuanto menos hablaba, más le criticaban hasta hacerle sangre. Cierto día fué á ver á un amigo suyo, maestro muy sabio, que vivía alejado en medio de un bosque de hayas, y que contaba 70 años. Díjole: «Perseguido y acorralado me veo por la jauría de mis adversarios; no hago obra, ni digo palabra que no sea desgarrada como un botín por los dientes afilados de la crítica». Todo me produce tormento y rencor, hasta lo que antes me infundía fe. Hay para dudar hasta de la voluntad cuando por todos se ve uno repelido y desdeñado. Verdad es que las almas sencillas y rectas me dan la razón en todo; pero me persigue el tormento de la duda: no sé si voy por la debida senda. ¡Ay, si supiera callar por amor de la paz, ó hablar á gusto del mundo! Pero me obliga la conciencia y esto es lo que turba mi sosiego».

El ermitaño contestó con suave sonrisa: «El decir la verdad es cosa buena; pero el que se muestra sensible á los pinchazos de la crítica, no sirve para heraldo de la verdad. El que solicita entrar al servicio de ésta, sólo tiene dos fines á su disposición: el de morir en la soledad, como desterrado, ó bajo la cuerda ó el hacha del verdugo. Yo, libre de sus tormentos, me he alejado del mundo y me escondo aquí; tú has escogido una suerte más grande, tú eres poderosa fortaleza del Señor. Pero las fortalezas no deben temer los huracanes; porque si invaden el país las bandas enemigas, á sus muros confía el rey las prendas preciosas de sus más ricos tesoros. ¡Feliz tú, á quien el Señor confió su mayor bien: la custodia de la

verdad! ¡Bendito sea ese resonar de los golpes con que te azotan los obstinados huracanes!»

Calló el ermitaño, y silencioso tornó el fraile á la palestra, orgulloso de que Dios le honrara cada vez que recibía un golpe.

XXXIV. Unos cuantos pensamientos que deben acompañar al que alterna con los hombres.—1. La prueba más segura de que lo malo nos es más propio que lo bueno, nos la ofrece todo el que supone en el prójimo, con más facilidad, lo malo que lo bueno.

2. Dice la Imitación de Cristo (I, 16): «Si no puedes hacerte á ti mismo tal como desearías ser—de lo que debieras ser nadie se atreve á hablar siquiera,—¿cómo quieres conseguir, sin más ni más, que todos los otros resulten de tu gusto y agrado?»

3. El fijarnos tanto en los demás hombres y sernos tan difícil el soportarlos, prueba únicamente que ponemos poca atención en nosotros mismos, y tomamos con harta ligereza las propias obligaciones.

4. Nadie debiera confiar demasiado en la energía y perfección que desarrolla por sí propio, cuando las cosas van á medida de su gusto; sólo el chocar con los demás le dará idea de lo que puede soportar y la medida de su resignación.

5. Del mismo modo debes convencerte de que cometerás un gran error si las cortesías y cumplidos que te hacen tus conciudadanos en la vida social ordinaria, los consideras como expresión verdadera de su sentir. Lo que los demás piensan de tu persona se manifiesta de un modo decisivo cuando están disgustados y enfadados contigo.

6. La fuerza y el verdadero valor del hombre se llega á conocer, en la mayoría de los casos, en la desgracia; y su verdadero carácter y sus sentimientos, cuando el disgusto ó la cólera llaman á las puertas de su corazón.

7. El sentir y el favor de los hombres cambian como los movimientos del aire; el que haga depender de aqué-

llos su humor ó su proceder, llegará á convertirse en uno de esos seres desesperados que, por temor al viento ó á la temperatura, acaban por no atreverse á salir de la cama.

8. Nuestro juicio sobre los hombres no suele ser, la mayoría de las veces, sino la expresión de nuestro humor personal. El tiempo, la salud, la digestión, el insomnio ó el sueño, el éxito ó el fracaso de un negocio, y cien otras ocurrencias, á cual más personales, ejercen en el juicio de los hombres libres una influencia extraña y decisiva, sobre todo cuando se trata del prójimo.

9. Por lo general, dice Lichtenberg, entusiasta fisonomista de otros tiempos, la gente que más se deja influir por las facciones es también la de más escasa mundología. Debiera haber añadido que casi siempre es gente á quien le importa poco ó nada juzgar injustamente á los demás, con tal de mantener incólume la propia opinión preconcebida. No obstante, nadie puede negar que interesa el estudio de las facciones, del porte y de la conducta y trato del prójimo; y todos confiesan que en cuanto han visto el retrato de un hombre á quien conocían hace tiempo por sus palabras y sus obras, pueden formarse de la personalidad misma una idea perfecta. Y es que lo exterior también forma parte integrante del hombre completo, si no la más importante, al menos muy notable en la caracterización de su individualidad. Sin embargo, es un error querer derivar de lo exterior la seguridad infalible del valor interior y moral. Porque lo externo no forma el carácter, sino que éste es una causa que, en unión con otras, como son la herencia, la ocupación y la salud, influyen en la formación de las facciones externas. Precisamente se muestra aquí mejor que en parte alguna, el poder preponderante de la voluntad humana; pues no es raro que un criminal nos engañe enteramente, por su exterior, respecto del valor moral de su corazón y de sus sentimientos. Sólo hay dos medios por los cuales pueda leer un psicólogo experimentado, con relativa seguri-

dad, en el interior de una persona: estudiando los ojos y observando las facciones de aquel que no se cree observado.

10. Horacio fué educado por su padre en la máxima de que no nos acerquemos á otro hombre sin que de él podamos aprender algo: del bueno, cómo deben hacerse las cosas, y del malo, cómo no deben hacerse. Nosotros, en cambio, no nos acercamos á nadie sin que nos cause daño, ya por la envidia que nos despierta lo bueno que tiene, ya por la rabia que nos produce el mal que nos ocasiona, ya, por último, porque imitamos las faltas que observamos en él. Así es que estamos muy lejos de aquel grado de virtud á que había llegado el liberto pagano.

11. Es extraño que los hombres de espíritu realmente superior tengan tan poca influencia cuando se trata de apaciguar ánimos excitados ó corazones inquietos, sobresaltados á veces; incluso llegan á hacer mayor el mal, á pesar de sus hermosísimos razonamientos.

«Al soldado rendido pueden escurrírsele la espada y el fusil; pero ¿podéis decir por eso que la lucha conduce á la paz? No, la paz del corazón puede sólo darla un corazón pacífico».

En efecto, basta que se presente un alma cándida que lleve la paz dentro de sí, para que ésta se restablezca aun antes de haber pronunciado una palabra.

12. Por escaso que sea el tiempo de que dispones, y por molesta é importuna que te sea una visita, siempre notarás que no era el peso de los negocios, sino el amor propio, lo que te impidió añadir, como obsequio gratuito á la resolución obligada de su asunto, unas cuantas palabras cariñosas y muestras de interés hacia su persona y sus empresas.

XXXV. No entretengas á nadie con promesas.—No entretengas á nadie con promesas desde el momento en que te hayas convencido de que te es imposible cumplirlas; pues sería por tu parte gran cobardía y crueldad hacia aquel que cree y espera en ti lleno de confianza. La

seguridad desagradable y absoluta de que no puedes hacer nada en su favor, es, para todo aquel que no sea un fogoso irresponsable, mucho menos penosa y sensible que esa tensión, entre temerosa y esperanzada, que ha de acabar en el agotamiento del postrer consuelo, en el arenal desconsolador de la postración y de la amargura.

XXXVI. El arte de alternar con los hombres.—1. Que no hable de libertad de espíritu, sobre todo en el trato con los hombres, aquel á quien no le hayan sacado del cuerpo esa sal imprescindible de las relaciones sociales que estriba en la murmuración, en la calumnia, en la afición infantil á las golosinas y en el miedo cerval á los fantasmas, ó sea, á los chismes del mundo: «Infeliz de aquel que, á semejanza de la novia, guarda temeroso de manchas y rasguños las puntillas y los flecos del velo de su honor».

¡De qué modo tan diferente se presenta aquel que ha ofrecido á Dios su honor en holocausto! ¡Con qué franqueza habla, con qué valor defiende la justicia y la verdad, con qué sencillez cumple con sus obligaciones y con qué valor soporta todo lo que es cosecha propia de los siervos de Dios y de las almas fervorosas!

2. Basta, dice Kellgren, haber examinado de cerca esas personas que gozan de comunes simpatías, para sentirse extraordinariamente inclinado á sufrir el odio general. Lo mismo podemos decir nosotros: Basta observar con exactitud esos hombres repletos de mundología y espíritu moderno, para sufrir tranquilamente el reproche de que estamos demasiado apegados á ideas anticuadas y fastidiosas tocante á cuestiones de fe y de moral de la vida. Hasta el mundo mismo se complace en descubrir de vez en cuando un hombre recto y erguido en medio de tantos espinazos encorvados.

3. Á la cuestión de si Cristo fué ó no popular podemos responder afirmativa y negativamente. De todos modos hubo Jesús de experimentar en sí mismo la variabilidad y volubilidad del favor popular en su grado máximo. Que

San Pablo no fué popular, lo sabemos por sus propias y harto claras manifestaciones, y que él no pretendiera serlo lo demuestra bien con sus obras. El que ambicione popularidad tiene que ser más dúctil que el Apóstol y más afortunado que el Señor.

4. Cuando observo á un hombre que adula á otro por temor á oir de sus labios la verdad, decae mi aprecio hacia ambos inmediatamente. Cuando noto que un hombre esquiva el encuentro de otro porque teme su sinceridad, no puedo menos de sentir estimación por el que es objeto de la maniobra, ó sea, por el varón sincero y franco. En cambio, cuando observo que uno se acerca y habla claro y terminante con otro que tiene fama de desconsiderado y brutal, siento mayor respeto por la veracidad del intrépido que por la del déspota.

5. Los hombres son según se los trata, y muy á menudo según se los hace. Si se los toma por su lado bueno—y un lado bueno, ó, al menos, mejor, lo tienen todos, en mayor ó menor grado,—no resultan tan mal. En cambio, si realmente no tienen nada bueno á donde uno pueda agarrarse, aun habrá diferencia entre tomarlos en serio ó no, entre tratarlos con dureza ó con blandura. Además, por mala que sea una persona, podría ser mejor para nosotros si no le hubiéramos hecho tal como se presenta ante nuestra vista. ¿Por qué no mostraba antes, y á la luz del día, su maldad, su descaro y su desprecio, como ahora? Porque con la conducta que observábamos con él le imponíamos cierta reserva y restricción; pero desde que hemos descubierto á sus ojos nuestras propias flaquezas, se ha transformado enteramente Tratamos de ganárnosle sacrificando nuestra seriedad, nuestras máximas, tomando en cuenta sus discursos y sus aficiones, y adivinó en seguida nuestra debilidad y el temor que nos inspiraba, y la cosa no tuvo remedio. Hasta en esta parte tenemos que pensar sólo por lo que nosotros mismos hemos faltado.

6. Aquel que sin motivo razonable hace esperar á otro, aunque sólo sea cinco minutos, una contestación ó la re-

solución de un asunto, carece de voluntad de un modo lastimoso y se le puede suponer, sin peligro de pecar, capaz de muchas faltas de consideración.

7. ¡Desgraciados de aquellos que estén á merced de un hombre que no quiere oir nada desagradable, que trata de tener á raya todos los disgustos y molestias y que esquiva el encuentro de todas las dificultades y de todos los obstáculos! El que no sepa hallar en las circunstancias penosas y en el trato con personas insoportables, ocasión oportuna de ejercer la virtud; el que no vea en cada disgusto un nuevo motivo para practicar la abnegación; el que no los reciba contento como un medio adecuado para su mortificación interna, escasamente llegará en la vida á ser un hombre de trato agradable, un hombre de negocios digno de confianza, y mucho menos un verdadero jefe, considerado y respetado por todos.

8. Lo que más ha de recomendarse, en el trato con los hombres, es la observancia de una cortesía que proceda de lo más íntimo del corazón y que esté animada de un sentimiento á la vez humanitario y cristiano. Para la mayoría de los hombres se ha reducido esta virtud—pues hasta la cortesía debe ser practicada como virtud—á la observancia de la etiqueta. Los hombres sobresalientes en moralidad, ó de inteligencia privilegiada, que merced á su superioridad saben sustituir las fórmulas usuales del trato social con algo más noble y elevado, podrán, intencionadamente, pasar por alto ciertas ceremonias mundanas. Pero de una ú otra manera y en todos los casos, la verdadera cortesía es algo más grande que lo que el mundo, por lo general, se figura. La urbanidad no es una apariencia vana ni una imposición externa, sino la expresión fiel y natural de un corazón verdaderamente noble; por esto obliga, no sólo con los extraños, pues ni la mayor confianza, ni lo antiguo del trato puede eximirnos de ella, sino con nuestros inferiores.

9. La cortesía cristiana no es únicamente un ornato de la vida, sino un verdadero ejercicio artístico; y hay que

advertir que no constituye la parte menos importante de lo que llamamos la vida como arte, puesto que viene á ser un adorno estético de las costumbres y del trato social, y, si me apuran, diré que es la representación artística del mismo hombre ennoblecido.

10. La urbanidad del cristiano es la flor de la virtud, la expresión natural del espíritu humano, del dominio de sí mismo y del amor al prójimo con todos sus frutos.

11. La cortesía no es sólo un atavío, sino también la custodia de la virtud, un muro fortificado que preserva la pureza del corazón y aleja muchos peligros, la columna en que se apoya la propia dignidad y el respeto mutuo.

12. Cuanto mayor sea el número de los desengaños, tanto menor será el número de los engaños.

13. Cuanto más despojados nos hallemos de falsos consuelos, tanto más impelidos nos veremos hacia Dios.

14. Cuanto más convencidos estemos de la nulidad de lo terreno, tanto más y con mayor fervor nos acogeremos á Dios.

15. Cuanto más nos empeñemos en desenmascarar á los falsos enemigos, tanto mayor será la claridad con que distingamos á Dios, como el único amigo de quien puede fiarse el hombre.

CAPÍTULO XIV

El arte de vivir en el mundo

I. El arte de salir adelante.—1. El mundo pasa con sus placeres (I Juan, II, 17). También nosotros pasamos, pero en dirección contraria. Esto no obsta para que contemplemos con interés las cosas que pasan volando junto á nosotros, pero sin agarrarnos á ellas, lo cual podría sernos tan fatal como al viajero que, sacando el cuerpo por la ventanilla de un expreso, pretendiera coger uno de los árboles que parecen volar al lado de la vía.

2. Si sigues al mundo por todos sus caminos, y le llevas con celo servil el paraguas y los gemelos, cúlpate á ti mismo de que te diga que tienes alma de lacayo.

Si te acercas á él como un tonto enamorado y le ofreces galantemente el brazo, te hará cuatro melindres como una gran coqueta, hasta que te entregues á su voluntad con armas y bagajes, en cuerpo y alma.

Si le sacrificas tus convicciones y tu conciencia, te despreciará, calificándote de muñeco ó de bufón de corte, y se burlará de ti á tus espaldas, con tanta mayor malicia cuanto que más te hayas rebajado á sus ojos.

¿No debiera bastar esto para advertirte que debes vanagloriarte de llevar tu valor dentro de ti mismo y demostrarle que eres en absoluto independiente?

3. El conocimiento del mundo es una cosa muy bella, pero de realización muy rara, como lo demuestran á la perfección el sinnúmero de hombres que lo condena.

Empezaron éstos por arrojarse al mundo de cabeza, porque creyeron que para aprender á conocerlo y á explotarlo, nada tan propio como fundirse con él todo lo posible. Pero sufrieron una decepción y ahora se vengan denigrán-

dolo. Sin embargo, no tienen bastante penetración para comprender que no es el mundo el que los engañó, sino ellos los que se engañaron respecto del mundo. La prueba de esto la tendrían hoy mismo, si hoy mismo volviera á agasajarlos. Lo que le ocurre á la joven estúpida que se deja engañar por el seductor tantas veces como éste renueva sus adulaciones y sus promesas, les ocurre también á esos supuestos mundólogos, los cuales antes merecen el dictado de engañadores que el de engañados. El mundo nunca ha pretendido ocultar que es mundo, ni que dejará de serlo, mientras que ellos, hacen lo posible para convencerse á sí mismos y convencer á otros de que ya no es tal como lo describieron el Señor y sus Apóstoles.

Esto prueba claramente que no sólo no se aprende á conocer el mundo, sino que hasta se pierde todo juicio y toda noción de su naturaleza, en cuanto se mezcla uno con él.

Así como nuestros primeros padres habrían adquirido mejor conocimiento del bien y del mal si no hubieran comido del árbol de la ciencia, del mismo modo—dice Platón, —sólo hay un medio para comprender el mundo, á saber: en lugar de hacer sus estudios en una carretera llena de viandantes y bestias que empujan y fastidian, asfixiado por el polvo y azotado por el remolino, colóquese el observador en un sitio resguardado y apacible y haga desde allí sus observaciones.

4. Todos conocemos la frase: «Parece increíble el poco sentido que gobierna al mundo». El respeto supersticioso que nos inspira éste y el afán con que suponemos, en sus palabras y en sus obras, Dios sabe qué elevados impulsos y opiniones, afán que á menudo hace reir al mismo mundo, prueban lo poco que creemos en semejante dicho.

Pero, entonces, ¿á qué atribuir esa superioridad indiscutible? Pues sencillamente á la creencia ridícula que nos induce á desdeñar todo lo que tiene su origen en el Cristianismo y á admirar, en cambio, todo lo que dice y hace el mundo.

Proviene, además, de que no cumplimos nunca nuestro deber, ni en lo sobrenatural, al cual no damos importancia por aquello de: «¿Cómo has de honrar tu espada si de ella te avergüenzas? En cambio te preocupa el cuchillo de pelar manzanas de tu amigo», ni tampoco en lo natural. ¿Cómo han de utilizar sus fuerzas y hacer todo lo posible quienes, á semejanza del borracho medio arrepentido, lamentan la superioridad del mundo y la propia debilidad? De estos seres míseros de quien se ha dicho:

«Mi vecino—exclama Juanón asombrado—tiene piernas de palo, y ya está en su casa hace tiempo. En cambio, yo sigo aquí como si fuera de plomo. ¿No es esto brujería?» «Sí, Juanón, y no poco: tu vecino sabe que las piernas son para correr y no para lamentarse».

Semejantes llorones fomentan naturalmente las cosas del mundo con las zalamerías que le hacen, impidiendo con sus alardes de descontento y malhumor que el Señor venga en su auxilio.

La desconfianza que nos inspiramos á nosotros mismos, mejor dicho, á la causa de Dios; nuestra fe á medias—llámese liberalismo ó modernismo;—nuestra vida híbrida que compartimos con Dios y con el mundo; nuestro cobarde temor humano y nuestra adulación, producen el señorear del mundo y del llamado espíritu moderno.

5. El optimismo exagerado viene á ser la fantasía del niño sin experiencia; en cambio, el pesimismo no es otra cosa que la franca confesión de que el mundo se ha burlado de nosotros y, por añadidura, nos ha dado un timo.

Ambos modos de pensar prueban claramente que uno no ha sido el amo y señor del mundo, sino que ha sucumbido ante él.

Para demostrarle nuestra superioridad basta que nos presentemos á su vista precavidos y benévolos, juzgando sus faltas con tranquilidad é indulgencia, mostrándonos dispuestos á prestarle cualquier servicio que pueda serle útil, pero teniendo siempre buen cuidado de mantener, ante todo, la propia dignidad y la firmeza debida.

Para encontrar con seguridad el justo medio, vívase en armonía con las palabras siguientes: «Buscad ante todo el reino de Dios y su justicia; lo demás se os dará por añadidura» (Matth., VI, 33).

6. Escaso favor se presta á los hombres diciendo que en el mundo no se adelanta nada con la rectitud, sino que es preciso contemporizar, ser diplomáticos.

Inútil será que nos extendamos en explicaciones sobre el pernicioso influjo que ejerce dicha máxima, tanto sobre el carácter como sobre el mutuo proceder de los hombres y de los pueblos. Tampoco me empeñaré en demostrar que no puede merecer la bendición de Dios.

Pero aun el mismo éxito de una cosa peligra á veces por creer que debemos imitar la conducta sinuosa y falta de sinceridad del mundo, sin acordarnos de que cuanto más nos amoldemos á su modo de pensar y de obrar, tanto más pronto dará cuenta de nosotros. Sólo existe un arma que pueda reducir al mundo á la impotencia: la honradez, la rectitud. El mundo es incapaz de concebir á un hombre culto desprovisto de astucia, de tal modo que, cuanto más sencillo y cándido se presente éste ante él, menos fe le merece. El que le diga con toda claridad lo que se ha propuesto, en vano caminará por la senda recta y á la luz del día hacia el objeto apetecido, pues el mundo tratará de descubrir, oculta por su sinceridad, una sagacidad sin fondo, y lo escudriñará todo con avidez para descubrir su verdadera intención sin dar jamás con la real y verdadera.

Por eso el hombre resulta tanto más hábil cuanto que más recta sea su diplomacia, y aun desde el punto de vista de la política tiene su valor el antiguo adagio:

«Sólo la honradez es duradera».

«Por caminos tortuosos adelantaréis más, si sólo pretendéis contar los guardacantones. Pero ¿no echáis mano de la escala para dar el asalto cuando ambicionáis la victoria?»

II. Triple posición ante el mundo.—Cuando un hom-

bre serio juzga al mundo con cierta severidad, se le tapa la boca diciéndole que es injusto con él, puesto que apenas le conoce por hallarse demasiado alejado del mismo.

Este reproche difícilmente puede ser sincero. Porque, ¿qué hombre no habrá hecho con el mundo experiencias de tal índole que le hayan obligado á exclamar millares de veces: «¡Con este mundo no se puede vivir; lo único razonable es huir de él y aislarse por completo!»

De todos modos, hay que distinguir entre los que así piensan y hablan.

Dante condenó al mundo, sin que hubiese tenido comunidad alguna con él, porque la penetración de su espíritu le hacía ver ya á distancia su falsía, y porque la grandeza de su carácter le incapacitaba en principio para alternar con aquél.

Miguel Ángel apetecía sus placeres con todas las gigantescas fuerzas de su ser, y hubiera deseado sorberlos como quien sorbe un huevo. Pero ¿cómo ha de satisfacer á un Goliat un mísero huevo, y, sobre todo, un huevo tan pasado y aun podrido? He aquí la razón de que el artista lo arrojara con asco lejos de sí y de que sus poesías sean el trasunto de la explosión de su desencanto, fieles testigos del terrible poder de su naturaleza apasionada y de la presión aplastante que ejerció sobre su ánimo tan amargo desengaño.

Walter de la Vogelweide corre tras el mundo con todo el entusiasmo del niño que sólo apetece el bien que contemplan sus ojos; del niño que, al ir por primera vez á la feria, se vuelve loco ante el mono de la caperuza roja con botones brillantes. Pero aun con tan modestas pretensiones, se siente tristemente engañado; de ahí los reproches y lamentos con que saluda al mundo falaz. Con todos sus desahogos quejumbrosos no varían un ápice al mundo, ni desgraciadamente modifican tampoco en nada al poeta frívolo y de carácter débil. En cuanto el mundo vuelve á halagarle, de nuevo se deja engañar miserablemente, seduci-

do por los pedazos de vidrio de colores que éste le enseña; después gime y lamenta el engaño en tonos que ablandarían las piedras, pero echa á correr tras él en cuanto éste vuelve á mostrarle una dulce golosina.

Dante nos inspira respeto, Miguel Angel, tímida compasión, Walter, doloroso sentimiento.

¿A quién debemos seguir? Las experiencias que hagamos con el mundo serán siempre las mismas. No está tampoco en nuestra mano el variarlo, sólo de nosotros depende que, á todas horas, hagamos el bobalicón ante el mundo, ó que nos aproveche el escarmiento y prevengamos el engaño y falsía de aquél con nuestra propia prudencia y nuestra energía de carácter.

Y si optamos por lo más sensato y conveniente, ¿perjudicamos por ventura al mundo ú obramos de un modo censurable?

III. Remedios contra la neurastenia.—En estos tiempos de neurastenia ya no hay quien se encuentre enteramente bien. Por lo general, suele decirse que ni siquiera se sabe si los hombres siguen en estado normal. La agitación continua que se observa en todas partes hace que nadie se entienda; toda tentativa para establecer un acuerdo, sólo produce mayor irritación y abre nuevos abismos entre los espíritus. Mejor será—acaba uno por decir—que me retire por completo y deje que todo marche como quiera, pues de lo contrario llegaré á contagiarme yo mismo de la neurastenia general.

«Si tratara de enseñar á todos los hombres que se mantuvieran erguidos, para dar una vuelta en torno de ellos, acabaría yo mismo por andar de cabeza».

Pero, amigo mío, ¿quién te ha dicho que hayas de poner al mundo entero de pie ni que te pongas tú de cabeza? Si empleas tal lenguaje, ten por cierto que padeces ya de la enfermedad que tanto temes.

No, no llegaremos á dominar el mundo huyendo de él, rechazándolo, ni tampoco pretendiendo ordenarlo y perfeccionarlo en todo. Sólo puede imponerse á una sociedad

neurasténica el que tenga los nervios más duros y tenaces, es decir, el que sea más reflexivo y más sosegado que ella.

He aquí por qué ningún remedio empleado contra la neurastenia puede compararse con el que nos ofrece el Apóstol en las palabras siguientes: «Yo os exhorto á que caminéis como conviene á la vocación con que habéis sido llamados, con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, sobrellevándoos unos á otros en caridad, solícitos en guardar la unidad del espíritu en vínculo de paz» (Efes., IV, 1 y sigs).

IV. La oposición al bien.—Entre los santos del cielo pocos habrá que no hayan sido, más ó menos tiempo, menospreciados por el mundo hasta el extremo de que las personas decentes se hayan visto obligadas á rehuir su trato, y aun de que los justos hayan dudado de ellos. Ya sabemos lo que le ocurrió á Pablo, sin hablar del Santo de los Santos.

En parte reconoce esto por causa la permisión divina que quiere purificar á sus escogidos de la mácula del amor propio y hacerlos prudentes y fuertes, precavidos é impávidos, mesurados y enérgicos en el obrar; en una palabra, hombres completos.

Á menudo puede buscarse también la causa en las deficiencias de los mismos piadosos y justos que no se dan perfecta cuenta de la fijeza y desconfianza con que el mundo clava sus ojos en ellos.

En la mayoría de los casos, proviene naturalmente del mismo espíritu del mundo, pero no sólo de ese mundo que convierte, lleno de gozo maligno, el mosquito que observa en los siervos de Dios, en elefante, una omisión en hipocresía y una obra buena en crimen, sino también, y muy especialmente, de ese mundo que se siente turbado en su comodidad y en la justificación de sí mismo por la aspiración á lo sublime.

Pues ocurre con frecuencia que los malos no son tan enemigos de la enmienda y la perfección como aquellos

que se tienen por buenos y honrados. También suele hallarse, entre los beatos y fervorosos, mayor y más tenaz oposición á la vocación por el claustro. En la lucha contra el alcoholismo encontraremos siempre como adversarios más violentos á los llamados hombres decentes, á los bebedores mesurados. Y, por último, cuando alguno abandona el camino de la vida religiosa ordinaria para consagrarse al ascetismo en cualquiera de sus formas, ya puede estar seguro de que su resolución será atribuída á soberbia, á rareza ó á una conducta despreciable por aquellos mismos que en el fondo de su corazón consideraba como mejores que él, aunque no se hallaran con deseos de participar de su vida.

La cuestión consiste en unir la prudencia á la firmeza, la vigilancia á la energía, la paciencia á la magnanimidad; en una palabra, en dar prueba de una virtud verdaderamente sólida. Por eso mismo, porque esta suerte es inevitable, según lo indican las palabras del Apóstol (II Tim., III, 12), puede cualquiera rehuir todas las medidas de precaución y hasta desafiar al mundo y darle un chasco. Pero se ve que toda la astucia de la serpiente no es capaz de vencer la oposición, y entonces vale más atravesar, con la candidez de la paloma y el valor del león, las filas de los adversarios, siguiendo fielmente el ejemplo de Aquel que dijo de sí mismo: «Soy como un sordo que no oye y como un mudo que no abre sus labios» (Sal. XXXVII, 14).

V. Aprovechamiento de la censura.—Tanto el que no hace caso de la censura como el que se siente anonadado por la menor palabra de crítica, están muy alejados de la sabiduría.

Has de romper la cáscara llena de espinas y sacar, de entre la pulpa amarga, el grano exiguo y duro de la verdad.

VI. El único medio de poner en claro las malas interpretaciones.—Cuando alguna vez se enreda una cuestión, toda tentativa para aclararla ó desembrollarla sólo sirve para enmarañarla más, á semejanza del ovillo que se enreda tanto más cuanto que mayor es la impaciencia con

que se trata de desenredarlo. Si surgen malas inteligencias, no hay más que un medio de reparar la falta, medio contenido en las palabras siguientes: «He faltado, he errado». Si no hay probabilidades de oir esta salvadora confesión, y á uno mismo le está vedado pronunciarla para no agravar el mal, no queda otro remedio que guardar silencio.

VII. Una vez se acierta, otra se yerra.—Yo, en otro tiempo, golpeaba á los débiles y me burlaba de los fuertes, y obtuve, como recompensa, risas y alabanzas; fuí el ídolo de la multitud. Desde que, con sencillez, hablo de la injusticia, el odio silencioso me priva hasta de refugiarme en el honor.

VIII. Declaración auténtica.—«La cuestión, en principio, estaba harto enredada desde que se inició la polémica, pero se ha convertido en nudo de hechicera desde que trató de revolverla el señor Revuélvelotodo.

¡Son verdaderos exégetas de Satanás, que se empeñan en sacar al sol de su órbita! Yo mismo presencié la discusión, y hoy ni siquiera recuerdo lo que dije. Mas aunque me pusieran en el potro para que confesara quién dice verdad y quién mentira, tan difícil me sería la afirmación como la negación; de tal modo se ha enredado el asunto.

Sólo me he convencido de una cosa: el que acecha detrás de los zarzales para asesinar con el arma envenenada, no ha de fiar mucho en su derecho.

En cuanto á mí, espero contento que suene la hora que ha de curarnos de todos nuestros errores, y que la espada, por boca del Señor, separe la verdad de la mentira.

Hasta entonces podéis seguir haciendo nudos y ponerme en entredicho y en oposición con todos; yo sólo me apoyaré en el testigo que ha de pronunciar algún día la sentencia.

IX. El valor del juicio del mundo.—Se aprecia al caballo por su valor; y pónese en entredicho al hombre porque nadie le mide por lo que es, sino por lo que aparenta. Al que sólo es lo que debe ser se le tiene por un pobre

hombre. ¡Cuánto mejor librado sale el que, sin molestarse, sabe guardar las apariencias!

X. El destino del hombre.—Si faltas á alguno de tus deberes, en seguida te arrastran por el fango, y aun si tratas de cumplirlos fielmente, eres víctima de las mismas injurias.

No debías haber nacido si tan odioso te resulta este destino humano; pero ya que estás en el mundo, lleva con dignidad la carga.

XI. Prueba dolorosa.—1. Una de las pruebas más dolorosas á que puede hallarse sometido un carácter serio, consiste en verse obligado á continuar en un puesto donde ha de oir, experimentar y hasta tapar con su nombre, ciertas cosas con las cuales no puede ni debe avenirse. Situación es esta que puede convertirse en verdadera tortura moral, y hasta conducir á la desesperación. Hallarse sujeto por el deber, que no puede quebrantar sin cometer un grave pecado, y no tener más remedio ni más salida que guardar silencio, lesionando la conciencia y las propias convicciones, ó hablar y oponerse provocando una lucha terrible que acaba de hacer insoportable la situación sin lograr corregir el mal, es, efectivamente, uno de los tormentos mayores.

¿Qué debe hacerse en circunstancias tan críticas?

2. La paciencia es una virtud magna, y el silencio un arte hermosísimo; pero abandonar las cosas á su curso tiene sus límites, y debo advertir que el callar á todo deja de ser, en determinados casos, virtuoso y hasta razonable.

3. En tales circunstancias, es imprescindible saber decir cuatro palabras oportunas, bien pensadas y terminantes, porque entonces se impone repetir el dicho de San Bernardo, del que tanto se ha abusado: «Más vale dar escándalo que consentir que sufra menoscabo la verdad». Es tanto más necesario cuanto que, dada la debilidad humana, la conciencia, tanto tiempo violentada y comprimida, tiende á explayarse en un momento de descuido, y suele ocurrir entonces lo de costumbre, que estalla en el

lugar menos á propósito, en el momento menos oportuno y con excesiva intensidad. En cambio, si levantamos la voz, no por enojo é irritación personal, sino únicamente en favor de la justicia y de la verdad, ó sea, por Dios y para Dios, podemos estar seguros de que, pese á todos los odios y sinsabores, el mal acabará por corregirse.

4. Acaso la única excepción de esta regla esté en el matrimonio, en el cual, mientras sea posible, siempre es preferible el silencio, porque la perturbación de la paz conyugal es un mal de tal magnitud que ante él deben retroceder casi todos los demás males. Y, sin embargo, aun en el matrimonio pueden darse casos en que el callar sea pernicioso; por ejemplo, cuando se trate de la salvación propia ó la de los hijos.

5. En todas las circunstancias de la vida, la situación que hemos descrito es la más á propósito para demostrar al hombre lo mísera que resulta su sabiduría, la pequeñez de su poder y la magnitud del peligro que corre su salvación. Sin la oración, sin la luz que nos conceda Nuestro Padre celestial, difícilmente hallaremos aquí la palabra exacta; sin la gracia del Espíritu Santo, escasamente llegaremos á conservar la tranquilidad necesaria para hablar como es debido; finalmente, si no renunciamos á todo lo que no sea el juicio del testigo interior, no conseguiremos nunca la tranquilidad de la conciencia.

XII. En la corriente de la disolución general.—¿De qué sirve continuar sumidos en amarga pena y clavar la vista desesperada en el vacío? Habla si tienes que dar un buen consejo, y presta tu ayuda y tu socorro en la obra benéfica.

Mas si comprendes que no se fían de ti y siguen trabajando, obstinados en la demolición, no abandones tu puesto y cuida de tu deber y de tu honra.

XIII. Los que condenan el mundo.—Porque distinguisteis una mancha; porque no todo resultó oro ó no salió á medida de vuestros deseos, ¿predicáis la cruzada y pretendéis no dejar piedra sobre piedra, llamando es-

panto de la humanidad al que quiso salvar la débil llama?

Pero ¿es que ha de cortarse todo un bosque porque haya en él un árbol hueco? El que así piense renovar la faz del mundo realiza el sueño de los mogoles.

El sayón que examina al hombre con ojo de verdugo, es natural que sólo vea el sitio donde mejor puede apretar el dogal; pero Dios enseñó al cristiano á ejercer la paciencia en donde la maldad le injuria. Por eso, aunque comprenda lo que le agobia, no ve en ello sino su luz y su consuelo. Así, pues, trata de obrar como obró el Señor, y de salvar lo que es susceptible de ser salvado, y por de pronto deja tranquilo al buque encallado entre las rocas.

Mayor importancia tiene reconstruir una casa que condenar una ciudad á la perdición. Lo único preciso consiste en tener la vista clara y libre de polvo para poder separar la harina del salvado.

Vosotros, los turbulentos, violentaos, reprimid vuestro ardimiento, limpiaos la vista del polvo que la enturbia; y ¡quién sabe!, acaso entonces aparezca ante vosotros el bosque brillante de vida y de luz acariciado por los rayos del sol.

XIV. Receta para los criticones y los quejumbrosos.—Contra la tierra, contra el cielo, de noche y á la luz del día, no se oye más que recriminaciones y censuras.

Todos son ladrones, todos encubridores; sólo tú, no tienes falta alguna. Pero esto no puede satisfacer á nadie.

Si á todos, uno por uno, por cada millar de reconvenciones le rezaras un padrenuestro, y por cada millar de maldiciones dijeras sólo estas palabras: «¡Yo, pobre pecador!» ¡qué hermoso resultaría entonces el mundo!

XV. Todas las cosas tienen su lado bueno.—Algunos, que se creen más sabios que Dios, suelen decir: «¡Cuánto mejor sería que la naturaleza hubiera dado al hombre ojos en la espalda!» En efecto, no estaría mal si el destino del hombre se concretara únicamente á disfrutar de la bella naturaleza. Pero como Dios ha dispuesto que aquél viva con sus semejantes, podemos considerar como verda-

dero beneficio el que haya evitado presenciar á cada paso cómo el mundo se burla de sus debilidades en cuanto vuelve la espalda, á pesar de haberle adulado cara á cara momentos antes.

XVI. La amistad del mundo.—Hubo un tiempo—lo recuerdo perfectamente—en que los amigos no me dejaban ni á sol ni á sombra, hasta el punto de tener que emplear mil ardides para poder cumplir con mis obligaciones. Pasó aquella época, y tuve que preguntarme: ¿A quién se le habrá ocurrido decir por ahí que estoy enfermo de viruelas negras?

Hay en esto algo muy chocante, sólo sospechado por mí al principio; mas la sospecha clavó sus garras en mi corazón, y hoy se ha convertido en realidad: Mientras gocé del favor del mundo, tuve amigos á granel, pero desde que el mundo me volvió la espalda, desaparecieron todos como el humo.

XVII. Hay que saber andar solo.—No me gusta caminar por carreteras, en donde hay que andar en compañía de rebaños; tampoco me agrada transitar por pasarelas vertiginosas que tiemblan y se balancean bajo los pies. Me gusta ver lo que tengo delante, y recorro el camino lleno de bullicio ó en silencio. Lo importante es saber andar solo cuando se va en busca de la verdad.

XVIII. Reflexión.—Nos avergonzamos del Señor, y nos adornamos con plumas ajenas. Ante el zorro nos cubrimos con la piel de zorro, y rugimos con el león. Todo lo hemos sido á gusto de todos, menos aquello á que nos destinó el Señor.

Bailamos al son de la zampoña del mundo como las criaturas que alborotan hasta que logran la golosina. El mundo entonces nos cogió por la cerviz, nos echó el dogal al cuello y nos arrastró como arrastran en el circo al que se estira haciéndose el muerto.

¿Y no lo tenemos bien merecido por cobardes, por copiar al mundo y fingirnos muertos hasta el punto de no atrevernos ni á respirar sin su permiso; por acurrucarnos y

encogernos á semejanza de los pájaros asustados cuando relumbra la mirada afilada de la salamandra que los acecha?

¿Hay quien muera al choque de una mirada? ¿Nos creó Dios acaso para hacer genuflexiones? ¿No nos hizo derechos como un huso? ¿Á qué viene, pues, tanta humillación ante el mundo, para que, encogidos y encorvados, nos dé el golpe de gracia?

Avergüénzate de doblar la cerviz como un mísero esclavo y yérguete hacia arriba, hacia Dios. El que sólo teme á Dios, mantiénese incólume en medio de las borrascas. ¿No eres dueño de ti mismo? Pues ¿á qué temblar y enmudecer ante los hombres?

XIX. Una palabreja de gran peso.—Á los hombres les es muy fácil emplear palabras rimbombantes cuando sirven para su propia glorificación. Por lo mismo es de extrañar que les cueste tanto trabajo pronunciar una palabreja con la cual lograrían verdadera gloria, ó sea, el decir que *no*, donde y cuando la opinión pública dice que *sí*, á despecho de la verdad.

Cierto es, según dice Ernesto Hello, que se necesita ser un hombre fuerte, y, á veces, un hombre grande, para atreverse á llamar las cosas por su nombre.

XX. Los verdaderos amigos de la libertad.—En la actualidad lo que más impide á un espíritu noble presentarse en público, es la brutalidad desmedida que engendra la lucha con los adversarios, brutalidad que acaba por hacer penoso á un corazón delicado hasta el ocuparse en el humanismo y en la reforma religiosa. Los tales,

«Golpean con sus porras y arrojan piedras, y sólo se aplacan lanzando al adversario su basura y obrando como herejes, mientras que á los hombres sabios les parece que semejantes aspavientos no demuestran, ni con mucho, la fuerza ni el valor».

Este rasgo feo y torpe se manifiesta de un modo patentísimo en el furor que sienten contra toda autoridad, que califican de despotismo ó de abuso del poder.

«Abren las fauces y enseñan los dientes á semejanza de los troncos viejos cuando á los golpes del hacha abren sus mandíbulas» (Schanfara).

Sin embargo, no hay que asustarse ante las terribles palabras de estos nuevos Brutos, primeramente porque ese coraje que muestran resulta muy barato en los tiempos actuales, en que ya no hay déspotas que ocupen los tronos y en que esas autoridades fantásticas que sólo viven merced á la paciencia de los pueblos, disponen de escasas mercedes que distribuir. Por otro lado, se convence uno fácilmente de que esos héroes son incapaces de decir la verdad á la multitud de humildes y pequeños que los aclaman.

El verdadero campeón de la libertad no es el que chilla más alto cuando tiene guardadas las espaldas, sino el que hace frente al despotismo en todas sus formas, no sólo al menos frecuente, encarnado en los dueños del poder, sino al de las masas, siempre presente, al del favor popular, al de las réplicas, al de la opinión pública, al de los partidos, al de la supuesta inteligencia del tiempo, al de la prensa, al de las conjuras literarias.

El verdadero partidario de la libertad es el que instintivamente ampara á los débiles cuando éstos no hallan defensor de sus derechos; el que siente invencible repugnancia hacia toda tiranía, provenga ésta del espíritu de partido, del de fracción ó de secta; aquel cuyo lema es:

«Valor firme en las tribulaciones y auxilio á la inocencia desvalida» (Schiller).

Con varones así debe unirse el hombre de honor, aunque sepa que precisamente estos varones son injuriados con el calificativo de apóstatas, de enemigos de la libertad, de aduladores de los opresores, y entregados al odio de las masas, faltas de discernimiento y reflexión.

XXI. La ofensiva contra el mundo.—El señor Mundo me ha amenazado diciendo: «Si no marchas conmigo, si no eres mi esclavo, te verás muerto, perdido, corrompido».

Lo lamento de todo corazón, porque no le tengo mala vo-

luntad, pero me da vergüenza llevar su sayo de bufón, por lo cual coloco mi espada bien afilada sobre las rodillas. Á Dios gracias, nunca lograrán sus lisonjas enervarme, aunque ya ha sabido privar á muchos de su favor, cuya corona, en son de burla, adorna ahora el vaho que le rodea; y aunque mi corona resulte muy pequeña, mis energías no llegan á más. Mi inscripción sepulcral ha de ser: «Fué un hombre libre, dueño de sí mismo».

XXII. El justo medio entre el afán por el mundo y la fuga de él.—1. Seguramente, no hay verdades tan dignas de ser grabadas en la mente del hombre como las tres que voy á citar: 1.ª Que el hombre se pertenece, ante todo, á sí mismo; 2ª. que en medio de su actividad exterior nunca debe renunciar á sí propio; 3.ª que su abnegación, tanto en favor de uno solo como de la comunidad, debe ser reglamentada por la consideración que se debe á sí mismo, pero sin perder de vista que le quede tiempo para cuidar de lo más importante y elevado.

2. Á pesar de la importancia y claridad de estas tres máximas, fácilmente se las interpreta mal, y aun á menudo son entendidas al revés. Y esto no les ocurre exclusivamente al falso ascetismo, á la falsa piedad, sino más bien á esa tendencia que se complace en reprochar al espíritu cristiano cierta selección egoísta, ó sea, al individualismo, ó al *liberalismo*, que es la denominación preferida.

La teoría fundamental del liberalismo afirma que cada cual es, en absoluto, dueño de sus actos, y, por lo tanto, responsable único de los mismos; que todo individuo puede hacer lo que le venga en gana, y que mientras él no trate de persuadir á nadie, nadie tiene derecho á tratar de persuadirle; que cada uno siga su camino y deje seguir el suyo á los demás, puesto que es el único medio de que cada cual obtenga lo que por derecho le corresponde, suponiendo, naturalmente, que tenga la fuerza necesaria para mantener el suyo, pues de no ser así, carece enteramente del derecho á la existencia.

3. Se necesita un valor muy grande para soportar que

esta misma tendencia brutal y egoísta del liberalismo se atreva á lanzar al Cristianismo el reproche de que segrega al hombre de la humanidad é induce al verdadero cristiano á observar esta máxima fundamental: «Con tal que yo salve mi alma, lo demás poco me importa».

4. No, no son esas las enseñanzas del Cristianismo; y los que tal afirman serán todo lo que quieran, menos imitadores de Aquel que se entregó por la salvación del mundo.

Nuestro Señor dijo únicamente estas palabras: «¿De qué le aprovecha al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?» (Matth., XVI, 26). Esto no entraña la prohibición de que imitemos el ejemplo del Señor, que lo sacrificó todo, hasta su propio ser, por salvar á la humanidad; sólo indica que no debe lograrse dicha imitación con descuido ó con daño de la propia alma.

Daño y perjuicio de la propia alma resulta cuando uno, aun con la mejor intención, se preocupa tanto por el prójimo que no le queda tiempo para cuidarse de la salvación propia.

Daño y perjuicio para la propia alma es también el cuidado exclusivo de sí mismo, aunque sea con la mejor intención, y el descuido de lo que el deber y la caridad imponen para provecho del prójimo ó para el servicio y la utilidad común.

5. El retraimiento excesivo de la humanidad es, en parte, señal fehaciente de un estado de alma morboso y anormal, y, en parte, un grave error cuyas consecuencias funestas ha de sufrirlas la propia alma.

Sobre esta doble verdad se expresan los maestros de la moral cristiana de un modo tan terminante y decisivo, que hace desaparecer cualquier reproche ó cualquiera duda que pueda originar. Como ejemplo ponemos á Casiano que, sin duda alguna fué uno de los más grandes maestros de dicha moral.

Pues bien, no hay palabra humana que exhorte con voz más elocuente y palpitante al cuidado de la propia salva-

ción y al anhelo de la santidad, que la de Casiano. No hay filósofo de la antigüedad, ni asceta cristiano, que haya dicho de un modo más convincente que el hombre que se eleva sobre lo vulgar y común y busca la solidez del espíritu y del corazón, debe huir, si no del mundo, al menos del espíritu de éste, puesto que con él sólo puede perder, en lugar de ganar algo, en lo referente á la vida interior y verdadera.

No obstante, el maestro cree que debe emplear la misma insistencia para exhortarnos á que no llevemos demasiado lejos nuestro alejamiento del mundo y á que tengamos presente que el aislamiento encierra graves peligros morales cuando se rebasa la justa medida.

Y añade que esta justa medida se traspasa cuando la huída del mundo llega al extremo de no guardar las debidas proporciones con la fuerza moral del individuo.

Respecto de la fuga del mundo, debemos decir que está en la misma relación que todas las demás especies de continencia. No es una virtud en sí, sino un medio de llegar á ella; y puesto que en todas las virtudes el exceso puede degenerar en falta, mucho más podrá degenerar al tratarse de los medios de la virtud.

Lo mismo ocurre con el alejamiento del mundo. Todos los que piensen con seriedad en el bien de su alma deben, ante todo, desprenderse del espíritu del mundo y cuidar con esmero de su vida interna. Conste, sin embargo, que no se pretende indicar que haya de reconcentrarse uno en sí mismo como el caracol en su concha; pues esto—dice Casiano—lo origina, á menudo, ya la impaciencia y el exceso de puntillo, después de una ofensa recibida, ya la soberbia ó la pereza, por suponer que así se puede evitar mejor los sinsabores y las luchas interiores. Estos motivos, como se comprende bien, distan mucho de ser virtuosos, y pueden calificarse de desahogos de la propia imperfección.

He aquí por qué un aislamiento de esta especie no contribuye al mejoramiento, sino, por lo regular, á la dege-

neración. Los defectos que lleva consigo el que se agazapa en el agujero de su enojo, crecen y se desarrollan con tanta mayor constancia cuanto que menos ocasión tiene de conocerlos en el trato con el mundo y de dominarlos por medio de una lucha incesante. De ahí que pierda, generalmente, la satisfacción de sí propio, ó, lo que viene á ser lo mismo, que sus sentimientos se traduzcan en una gran soberbia espiritual.

A él se debe este retraimiento y taciturnidad morbosos que acaban por convertirse en aborrecimiento hacia la humanidad, en crítica acerba, en amargura y rencor. Por último, en el desventurado que sólo se conoce á sí mismo —basta recordar á algunos sabios—se desarrolla de tal modo el egoísmo, que esta negra pasión se convierte en autolatría; en insensibilidad, irreflexión y suspicacia tales, que tocan ya los límites de lo irracional.

Cuando un hombre ha llegado á este punto, es muy difícil que vuelva sobre sus pasos, porque aquel que se haya excluído de la sociedad de sus semejantes, necesita hacer, para recobrar la posición adecuada, verdaderos alardes de dominio de sí propio, y de una humildad de que la mayoría se halla por completo exenta.

6. Esto prueba admirablemente la verdad de la vieja creencia de que el hombre no ha sido creado para vivir aislado, sino para formar parte de la sociedad; es decir, que no ha de vivir para sí mismo, sino para servir al prójimo y á la comunidad. Si, por lo tanto, se niega á cumplir con su destino y pretende vegetar exclusivamente para sí solo, pagará la deuda con la degeneración de su propio ser.

Por ahí veremos todo lo profundas que eran la sabiduría del conocimiento humano y la experiencia que animaba á los antiguos filósofos del desierto, los cuales no permitían á sus discípulos la vida en la soledad sino después de haberla formado y endurecido suficientemente en la comunidad, siendo llamados de vez en cuando á pasar una temporada en ésta, para que la plétora de aislamiento no los convirtiera en víctimas de su propio engaño.

7. ¡Ah, qué bien marcharíamos si tomáramos por modelos, no sólo en lo tocante á la vida espiritual, sino también á la del mundo, á esos viejos maestros de la antigüedad! Lorenzo de Médicis repasaba diariamente las reglas de San Benito; pues decía que en libro alguno hallaba tanta sabiduría para el gobierno y la política. La generación moderna, que no sabe hallar el justo medio entre su absorción completa por el mundo y la guerra á muerte contra el mismo, haría muy bien si echase de vez en cuando una mirada á las sabias enseñanzas que encierran las reglas de los Santos Padres; pues acaso de este modo, lograra recobrarse á sí misma, mantenerse en pie con firmeza y prestar verdaderos servicios al mundo.

XXIII. De la escuela de párvulos á la escuela divina.—Nunca, ni cuando le tenía á mi madre la madeja, me encontré tan en la escuela de párvulos como cuando el derecho y el deber me obligaron á luchar con los que gastan gafas, con los que, alejados de la infancia, calvos ó canosos, me miraban desde lo alto de su saber.

Aquella vana discusión de fórmulas hueras, aquel deletrear palabras improvisadas, aquel alboroto cuando me equivocaba, aquel desprecio del orden, aquella regularidad de los bancos escolares, resultaban como de verdadera escuela de párvulos. Todos parecían luchar por el honor de ser el más indisciplinado.

Allí no se daban ni admitían razones ni pruebas: siempre las mismas telarañas, que tanto me indignaron al principio; pronto, en cambio, se iluminó mi corazón pensando: «Si estas son las maneras y los gestos del mundo, vale más ser niño bajo la férula de Dios».

XXIV. El arte de conseguir una influencia duradera.—El que sólo aspire á llamar pronto y temporalmente la atención pública, conseguirá fácilmente su objeto si fomenta el escándalo, la tendencia á las innovaciones y la indiscreción; en una palabra, si se sacrifica á las pasiones de la época.

En cambio, la notoriedad resulta dificilísima para aquel

cuya única intención es ser útil á los hombres, reformarlos y ganar ascendiente duradero sobre los buenos y de voluntad decidida. Ni la sabiduría ni el ingenio, ni aun la agudeza ni el chiste podrán ayudarle en la empresa; sólo alcanzará su objeto inspirando á los demás confianza ilimitada en su persona.

Ahora bien, los espíritus reflexivos sólo pueden tener confianza en el que inspira un sentimiento de seguridad absoluta; y ésta sólo puede despertarla quien, desde cualquier punto de vista, tanto en lo moral como en lo intelectual, da muestras de solidez á toda prueba; es decir, el hombre que produce la impresión de que sabe vencerse y de que ha logrado un dominio completo sobre su persona.

XXV. El arte de censurar y de castigar.—El arte de saber censurar y castigar, ó, como dice el salmo, de enfadarse y no pecar (Ps. IV, 5) es tan difícil, que hay quienes, por no turbar su conciencia, renuncian completamente á emplear la censura y el castigo, y de ese modo faltan á su deber por no menoscabar la justicia.

Por lo tanto, hay que estudiar el arte de la censura; de otro modo, no lo hubiera impuesto Dios á los superiores ni á los padres. Y, en efecto, es un arte capaz de ser asimilado.

En vez de usar largas explicaciones, me concretaré á demostrar esta afirmación con un sencillo ejemplo. Entre los hombres á quienes debo mi educación y por los cuales siento vivo agradecimiento, había un benedictino á quien Dios pague por toda la eternidad el admirable ejemplo de continencia y voluntad que me dió tan á menudo. Este fraile tendría entonces unos cuarenta años; era muy vivo de genio, y la actividad personificada. Los sesenta jóvenes que estábamos confiados á su vigilancia debimos, á veces, hacerle subir la sangre á la cabeza, y en nuestra malicia, no sólo no se lo hubiéramos perdonado gustosos, sino que lo deseábamos vivamente. Pero nuestras esperanzas salieron siempre defraudadas, porque nunca conseguimos hacerle

montar en cólera. Si alguno de nosotros se extralimitaba cometiendo una falta demasiado grave, le decía el buen padre: «Debiera imponerte ahora un castigo, pero me has excitado demasiado y en este estado no puedo castigarte. Mañana subirás á mi cuarto y te impondré la corrección merecida». Y llegaba el día siguiente; el delincuente se presentaba ante el padre, y éste, la mayoría de las veces, le despedía con estas palabras: «Has sido demasiado malo y aun no estoy tranquilo; esperaremos á mañana, pues al fin no has de escaparte». Hasta que no había recuperado por completo su tranquilidad, ó, en otros términos, hasta que era dueño absoluto de sí mismo, no imponía el castigo.

En cambio, no nos perdonaba nunca la falta: eso ya lo sabíamos de antemano, ni tampoco eran sus castigos excesivamente suaves; pero también sabíamos que tales castigos no emanaban de la cólera, sino de la justicia más estricta, por lo cual ningún alumno se quejó nunca de la corrección que le impusiera, y le queríamos con la misma sinceridad con que él nos quería á todos, respetándole al mismo tiempo, lo que es de grandísima importancia tratándose de muchachos de nuestra edad.

La justicia, la caridad con el prójimo, el dominio de sí propio y el temor de Dios, son las cuatro partes integrantes del arte de censurar y castigar.

Y, al revés: también puede decirse que el arte de censurar es la piedra de toque más segura para probar el grado de dominio que hemos alcanzado sobre nosotros mismos.

XXVI. Palabras de trueno y de fuego.—1. Dice Aristófanes que cuando Pericles hablaba, relampagueaba y tronaba de tal modo, que toda la Grecia se estremecía.

También de Pablo refiere Jerónimo: «Cuando leo al Apóstol, me parece que oigo, no palabras, sino truenos». Y en efecto, todos nos lo representamos por la imagen de Milton, aunque ésta se refiera á otro:

«Su mirada encadenaba la atención é imponía el silencio á su alrededor».

2. Fueron dos grandes hombres, ambos de influencia decisiva en sus respectivas épocas, pero de ¡qué distintos resultados! El primero se halla en el pináculo de la civilización griega, y apenas ha cerrado los ojos, cuando su pueblo, el más culto del mundo, cae de su altura sublime á la más profunda corrupción y desorden, hasta el punto de parecer increíble verlo en tanta bajeza. El segundo, se presenta en el momento crítico en que el imperio romano ha llegado á su apogeo, y cuando desaparece de la escena, queda fundado un mundo nuevo que se asienta con poder invencible sobre las ruinas del viejo.

3. Para explicar este contraste poseemos una doble clave: la fe en lo sobrenatural y la comprensión del poder superior que reside en la personalidad humana.

4. Sobre el primer punto hay poco que decir. En Pablo se cumplía lo que había anunciado el profeta Isaías: «Toda carne es como el heno, toda gloria es como la flor del campo: el heno se seca y la flor se marchita cuando ha pasado el hálito del Señor. En verdad os digo que el pueblo es heno, pero la palabra del Señor prevalecerá eternamente. Por eso, sube á lo alto de la montaña y eleva con fuerza tu voz para decir á las ciudades de Judá: ¡Ved ahí á vuestro Dios! El Señor viene con poder y su brazo reinará; los pueblos, no obstante, sólo son una gota del lebrillo y un polvillo en el fiel de la balanza». (Is., XL, 6 y sig.)

5. Sin embargo, la eficacia sobrenatural de Dios no lleva consigo lo superfluo de la actividad humana. Más bien—y este pensamiento es muy á propósito para hacernos sentir el peso de nuestra responsabilidad—hace depender su resultado de nuestra fidelidad y de nuestro propio mérito.

Esperar temerariamente á que venga en nuestro socorro la actividad divina, es tentar al Señor y no conduce á ningún resultado práctico. Pero tampoco el tronar humano significa gran cosa, pues ya han pasado por el mundo gran número de hijos del trueno y de nubarrones hinchados, sin ulteriores consecuencias; los hombres, á su paso, se encogie-

ron un momento, pero comprendieron que la cosa no tenía importancia: todo se reducía á un ligero estallido de un poco de *yo*. Y aun cuando los nubarrones lanzaron sus relámpagos y sus granizadas, tampoco valió gran cosa:

«El trueno podrá anunciar granizo; el relámpago destruir é incendiar, pero la lluvia bienhechora hace revivir los sembrados agostados».

No era Pablo un trueno de esa especie, ni menos un ocioso contemplador de las nubes. Los frívolos griegos le consideraron como una nueva especie de Pericles, pero él les decía: «Bien, ¿queréis una prueba de que Cristo habla en mí y de que no es débil, sino fuerte?» (II Cor., XIII, 3).

6. Aquí tenemos ya la explicación de que Pablo, acaso sin sospecharlo, pronunciara palabras que estremecían por el temor de Dios como si fueran truenos, impulsaban á la penitencia y despertaban á nueva vida, á manera de tormenta purificante y bienhechora que refresca y fertiliza. Estos efectos no se logran por la fuerza ni pueden ser producidos por las artes del orador y del histrión. Sólo donde las palabras brotan del interior sin ser rebuscadas, de un modo natural y sencillo; sólo donde surgen de lo más hondo de la convicción, de la fe religiosa y de la llama de un celo sincero por la mayor honra de Dios y la salvación de las almas; sólo donde se da testimonio de la estrecha unión del corazón con el Cristo que mora en él; sólo donde se saca energía de la fiel colaboración con la gracia del Espíritu Santo; sólo allí, pueden ser aquéllas eficaces y fructíferas.

Cuando se posee tan precioso tesoro y brotan las palabras de la exuberancia del corazón, como dice el Señor (Matth., XII, 34, 35), aunque éstas sean sencillas y estén exentas de toda pompa humana, como las de Pablo y del Maestro, no dejarán de decir los oyentes: «¿No ardía nuestro corazón dentro de nosotros mismos mientras nos hablaba?» (Lucas, XXIV, 32).

XXVII. Lo mejor de la humanidad me pertenece. —Los que buscaban la alegría de la vida en festejos,

banquetes, juegos y risas, no podían vivir conmigo, porque les causaba espanto. Pero los proscriptos y abandonados, que no tienen puesto en el coro de los burlones, me buscaban desde lejanas tierras y nos comprendíamos sin hablarnos. ¡Cuántas veces no se me ha roto el corazón al ver que aquellos que más se jactan de su riqueza, de su ciencia y de su ilustración, pagaron con sorna las mejores palabras! Entonces observé que los que están contentos consigo mismos, separados de las penas de este mundo, y se tienen por muy sanos, también desprecian al Señor de los Mundos. Ya pueden, pues, huir de mí los hartos y satisfechos, con tal que vengan á mi lado los que pasan hambre y sufren, los pequeños, los humildes...

Lo mejor de la humanidad me pertenece.

XXVIII. Conocimiento del mundo.—¿Que de dónde me vienen todas estas cosas que pongo en mis libros? Pues de vosotros procede el mejor don, de vosotros, en alma y cuerpo.

He leído muchos libros, pero aun es más lo que he leído en vosotros; no se me ha acercado ningún hombre que no me haya servido como obra viva de estudio.

Sólo es preciso una vista clara para ver al hombre y la vida; lo demás ya lo enseñan los libros; y si, á la vez, miráis en vuestro interior, ya sabéis todo lo que hay que saber.

CAPITULO XV

El arte de vivir con el tiempo

I. El arte de comprender la época.—1. Suele decirse que el mejor medio para dominar una época ó una revolución consiste en precipitarse con ánimo resuelto á la corriente, y mucho más tratándose de una época como la actual en que todo es oleaje y que, por lo tanto, no puede llegar á comprenderse jamás si no se toma parte activa en la misma. Dícese también que el esquivar tímidamente el contacto con el espíritu moderno puede traducirse por «mezquindad frailuna, autolatría, soberbia y beaterio impenitente», y que trae consigo, en justo castigo, la incapacidad para intervenir en la marcha de las cosas. Por lo cual, todo el que se halle destinado á ejercer una actividad cualquiera, y principalmente el sacerdote futuro, debe ser puesto cuanto antes en relación directa con el mundo.

2. Esta máxima es, sin duda alguna, excesivamente moderna, porque Cristo no la profesó. El Señor, de los treinta y tres años que vivió, pasó treinta alejado del mundo, y aun á sus discípulos los sacó de la corriente cuando apenas hacía un momento que se hallaban en ella, y los llevó á la soledad para que no fueran á hundirse demasiado en sus aguas procelosas.

3. El mismo apóstol Pablo, en quien procuran apoyarse preferentemente los que tratan de inocular en el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo algo más de conocimiento del mundo y comprensión para nuestra época, Pablo, repito, era más partidario de la tierra firme que del remolino peligroso de la corriente, cosa que demuestra con tanta claridad la máxima que constituía la norma de su vida: «Para mí está crucificado el mundo como yo lo estoy pa-

ra él» (Gal., VI, 14). A sus discípulos inspiró idéntico modo de ver exhortándolos á servirse del mundo como si no se sirvieran de él (I Cor., VII, 31).

Y así, como opinaba Pablo, opinaron todos los demás apóstoles. Su misión apostólica los ponía en relación con el mundo, pero ellos se guardaban cuidadosamente de mezclarse con él. Las cosas mundanas, solía decir Pablo, no me importan nada (I Cor., V, 12). Ni aun en la repartición de las limosnas, ó sea, en la cuestión social, intervenían directamente los apóstoles (Act. Apost., VI, 2); incluso el bautizar lo habían encargado á otros (I Cor., I, 14), y consideraban como su único deber el ejercicio exclusivo de su profesión; es decir, el rezo y la enseñanza (Act. Apost., VI, 4; I Cor., I, 17).

4. ¿Dejaron, acaso, por esto de comprender el tiempo en que vivían y de intervenir eficazmente en él? Ó bien, ¿no estriba su superioridad, precisamente, en que no estuvieran en la corriente del mundo?

Dicen que Arquímedes pedía un solo punto de apoyo para remover el mundo; pero como no lo tuvo, no le quedó más remedio que girar con él y en el mismo sentido que gira éste. Los apóstoles tuvieron la fortuna de hallar el punto de apoyo, y á esto se debe su poderosa influencia.

Pero precipitarse en la corriente sólo puede conducir á que el agua le anegue á uno ó le arrastre consigo. ¡Extraño ingeniero ha de ser el que «allí donde el río rompe el dique se arroje de cabeza en el torbellino de las aguas».

5. He aquí por qué el espíritu de Dios sacó de la corriente á todos los destinados á servir de diques de su época, con objeto de armarlos, en la soledad, de la fuerza y del vigor necesarios para cumplir su misión, como hizo con Moisés, Elías, el Bautista y el Apóstol de las gentes, Benito, Gregorio el Magno, Gregorio VII, Bernardo, Ignacio, Teodosio, Alfredo el Grande, Pedro de Amiéns y el Dante. Los que, irreflexivamente, se precipitaron en el remolino, como Febronio y Wessenberg, como Lammenais, Hermes y Passaglia, á pesar de las excelentes intenciones

que abrigaban al principio, perdieron pie y se alejaron pronto de la orilla de la verdad.

No en vano adula la época á los espíritus que se igualan á ella, porque sabe que de éstos no tiene nada que temer. En cambio, al que se aleja de su rebaño, ya le sabe buscar camorra, pues reconoce en él á un enemigo.

6. También es un gran error pensar que, para comprender al mundo, se necesita profundizar todas las novedades detalladas en la feria novísima de las ciencias, de las artes ó de la literatura, y conocer por propia experiencia todos sus escándalos y todas sus farsas. Este es precisamente el medio más seguro de perder toda vista panorámica del mismo, y hasta la fe, el carácter y la razón. Tan importante como el conocimiento de los detalles para la comprensión del pasado, es que, quien quiera que trate de penetrar en cierto modo la evolución del tiempo que le rodea, se fije y se apoye en las máximas generales é invariables de la verdad, del hábito y de la justicia, tal como las ha impuesto la sabiduría probada de todos los tiempos.

Sólo logrará comprender los fenómenos del tiempo quien explique el detalle por el conjunto. Pero si trata de levantar con un puñado de detalles un nuevo sistema de filosofía, de arte, de teología ó de vida, el depósito almacenado se vendrá al suelo como un montón de piedras sueltas y le enterrará entre sus ruinas.

7. Tampoco conduce á la justa apreciación del tiempo el aproximarse á él con ilimitada confianza en su excelencia, y perdiendo la cabeza hechizado ante todo lo que dice y hace. Pues de este fantasear pueril se burla ya la fábula india que dice:

«Una rana joven volvía con el grado de doctor de los bancos de la escuela, y en cuanto se acercó al borde de la charca exclamó: ¡Ved, ved el mar, el mar!» (Lokaniti).

Claro es que tampoco conduce á la sabiduría el condenar, sin más ni más, todo lo nuevo, por ser de la época. Sobre dicho punto parece que no debiera gastarse palabras, y, sin embargo, hay que convenir en que este ma-

rasmo *senilis* es una enfermedad muy frecuente, no sólo tratándose de cosas mundanas, sino también en lo referente á cuestiones religiosas. Desde los tiempos de la Reforma y del Jansenismo hay personas que condenan toda nueva flor que brota en el terreno de la vida religiosa y de la fe, únicamente porque es una forma nueva de lo antiguo. El desenvolvimiento alcanzado en el espacio de dos siglos, los horroriza; sólo «el modo de pensar y de vivir directamente apostólico»—tal como ellos se lo figuran, se entiende—halla gracia ante sus ojos. Y aun hay hombres, y no son los menos, que opinan, con Hermes y F. Jodl, que para poder discutir sobre fe y religión es preciso despojar á éstas previamente de toda forma.

9. Se necesita muchas más condiciones para apreciar con justicia el presente, que para juzgar lo pasado. En primer lugar, es necesario desprenderse de todo prejuicio hacia el tiempo que fué, así como de toda parcialidad y amargura por el actual; tratar con respeto lo antiguo y sentir un celo mesurado por lo moderno, además de una lealtad probada por todo lo que sea justo y verdadero; usar de sutilísimo discernimiento, lo mismo con la esencia duradera que con la forma variable; anhelar formalmente el mejoramiento sin impetuosidad ni injusticia; poseer una tendencia conservadora del corazón, una gran movilidad de espíritu, y diligencia constante para todo lo que signifique progreso y adelanto.

10. ¿Hay persona que pueda reunir en sí cualidades tan múltiples y diversas?

Lo creo difícil, y por eso existen tan pocos hombres capaces de emitir un juicio imparcial y sólido sobre la época actual.

«Lo pasado suena, lo presente grita, la juventud exige, la vejez perdona; lo nuevo se explaya como un conquistador en país enemigo; lo viejo huye de violencias y batallas. El tiempo agrada según el modo de pensar de cada uno».

Sin embargo, hay que convenir en que no debe de ser

muy difícil hallar la clave que permita formar un juicio razonable, puesto que ésta se halla en el sentir católico verdaderamente sincero. Para adquirir la mejor comprensión de lo pasado y de lo presente, basta pensar con el salmista: «Yo, Dios mío, soy partidario de todos aquellos que te temen y observan tus mandamientos» (Sal. CXVIII, 63), y con el apóstol cuando dice: «¿Qué me importa todo lo demás, siempre que de algún modo se anuncie á Cristo?» (Fil., I, 18).

II. Historiador, filósofo, cristiano.—El historiador sabe explicar con todos sus pelos y señales los acontecimientos pasados; el filósofo sabe dar sus consejos, con palabras profundas, sobre lo referente á lo porvenir, y resolver dificultades imaginarias; pero á nadie se le ocurrirá consultar ó pedir un consejo á uno ni á otro en nada que se relacione con algún problema de actualidad; para esto se prefiere al hombre sencillo, pero de reconocida experiencia.

Siempre caminará con firmeza quien se güie por la palabra ó el ejemplo de un hombre verdaderamente religioso y moral, porque éste debe á su fe y modo de vivir el privilegio de abarcar con una sola mirada los tres tiempos á la vez; el pasado, por sus experiencias interiores, el presente por su conducta en presencia de Dios, y el futuro, incluso la eternidad, por tener la vista fija en su último objeto y finalidad.

III. Propulsor, y, más tarde, freno.—En otros tiempos, con la petulancia de la juventud, saltaba yo las vallas y las barreras de la fe; no es que las destruyera, porque á tanto no llegaban mis exiguas fuerzas; pero les tiraba de las barbas lo mismo al papa que al emperador, empujaba á los viejos como suelen hacerlo los chiquillos con el maestro que duerme la siesta, y lo mismo jóvenes que viejos, atacados de la fiebre de la variación, exclamaban al verme: «¡Ave, torbellino del mundo, propulsor de nuevos tiempos!»

Ya han pasado cuarenta años entre aprender y hacer experiencias, y hoy me inclino con modestia ante los vie-

jos, pues también yo peino canas; hoy atiendo en silencio toda señal de Dios, y cada hora del reloj del tiempo me llena de temor. Me siento ansioso de aprender en el círculo bullicioso de los jóvenes; y por todas partes, en rincones y plazuelas, oigo cuchichear á los sabios y cantar á los chiquillos:

«¡Ay de él, es un freno del tiempo que se enmohece en el mundo!»

IV. A los apóstoles del espíritu moderno.—Pretendéis derribar las vallas de la fe para ensanchar el camino del cielo; os deshacéis de la seriedad, como de un espantajo antiguo, creyendo abrir de par en par las puertas de la gloria.

Indiferentes y fríos hacia la oración, al revés de lo que sois con la jarra del vino, al vía crucis le llamáis deforme y al ayuno anticuado.

Para todos los codos tenéis preparado un cojincito, y por añadidura un almohadón, en el que encerráis una yerba adormecedora.

De guerreros prontos á morir en otro tiempo, hacéis seres vacilantes, cobardes y flojos. A los hombres los convertís en cañas y juncos; de los corderos de Dios hacéis astutos zorros.

¿Por ventura el que asalta una fortaleza, va envuelto en lanas y algodones? Y ¿vosotros pretendéis forzar la puerta del cielo, con pan de azúcar y espadas de madera?

Inútil es que lo pretendáis. No hay elección posible ante la palabra eternamente nueva y eternamente vieja: «El sendero es estrecho, la puerta angosta, y el reino de los cielos exige violencia».

V. La verdadera renovación del mundo.—1. Entre las más extrañas contradicciones que se observan con frecuencia en el hombre, figura la de no querer que nadie le recuerde, en sus propios asuntos, la réplica que él usa constantemente para los demás.

2. Hay centenares de personas que parecen desconocer toda idea y toda palabra que no sea esto: «¡Innovación

en todo!» La palabra *modernismo* los tiene hechizados, subyugados.

«Sólo se vive para el momento; los infusorios del día juegan á la libertad en un vano rebullir, ó se hunden en triste idolatría adorándose á sí mismos» (Tegner).

Para estos espíritus no hay mayor insulto, ni prueba más palpable de que una cosa es falsa ó insostenible, que el epíteto «antiguo». La expresión «venerable por su antigüedad» ha sido borrada en absoluto de las ideas del mundo moderno.

3. Lo más extraño de la cosa es que precisamente estos espíritus son los que más se resienten cuando se les ofrece ocasión de hacer uso, por sí mismos, de su frase favorita. Hay que decirles lo que decía Hector á Polidamas:

«Fácil te sería inventar para mí una palabra útil; pero si piensas con seriedad en la que siempre llevas en la boca, bien está, y podemos emplearla para salvar la sociedad y la época».

Basta repetirles que el motivo de nuestros escasos progresos está principalmente en la antigua rutina, en nuestra vida muelle, en nuestra satisfacción propia; basta con advertirles que las necesidades apremiantes de la sociedad moderna, la incredulidad, la miseria, la intemperancia y los excesos nos imponen el deber de dar ejemplo de mayor fidelidad á las creencias, mayor mortificación y severidad de vida, mayor piedad y perfección, para que defiendan lo anticuado con un celo como el de que habla Calderón cuando dice:

«¡Ojalá, después de años mil, estuviéramos donde estuvimos ayer!»

4. Por ahí comprenderán todos lo que viene á ser este espíritu del modernismo. Por satisfacer la curiosidad y glorificación de los hombres, han de transformarse la justicia y la verdad, y aun Dios mismo, á todas horas, ó al menos se pretende que Dios les allane á todos el camino. Ellos, en cambio, no quieren ni mover un dedo, cuando las

necesidades del presente les imponen obligaciones y molestias imprescindibles.

He aquí, la verdadera causa de esta afición á las innovaciones; de esta ansia de desprenderse de todo lo molesto, ó sea, de la verdad, de la autoridad, de la ley y de las costumbres.

5. Siempre y en todo lugar sale á relucir el dichoso *yo*. El *yo* es el que ve, en toda verdad fija, una barrera, en toda ley un yugo, en toda buena costumbre una simpleza. El *yo* es el que se opone con furia al adalid de la tradición y de la experiencia, como el águila hace frente al cazador que le quiere robar los hijuelos del nido. El *yo* es el que glorifica lo moderno, por pasatiempo ó capricho; pero se encabrita cuando se le habla de nuevos deberes y obligaciones.

6. A estos predicadores de lo nuevo les viene como anillo al dedo aquello de: «Médico, cúrate á ti mismo!» Sólo cuando se hallen capacitados como reformadores, por la renovación de sí propios; es decir, cuando hayan dado pruebas de la reforma de su fuero interno, podrá darse valor á sus exhortaciones en favor del modernismo.

7. Está bien: nos avenimos con gusto á que todo se renueve, y, por lo tanto, que cada uno se coja por la palabra y trate, antes que nada, de renovarse á sí mismo, pues solo así quedará hecha la renovación del mundo en la forma más sana y más completa.

VI. El arte de ser superior al mundo.—1. Los enemigos del nombre cristiano reprochan al Cristianismo que éste enseña á los fieles á considerar el mundo como un poder enemigo; pero que, en realidad, aquél sigue su marcha y los obliga á amoldarse á su modo de ser, si no han de pasar la vida como proscritos ó enterrados en vida. Por este motivo, toda tentativa de oposición contra el mundo tiene que terminar en una derrota vergonzosa.

2. No hace mucho tuvimos que presenciar el espectáculo—pues tampoco esto es cosa nueva—de propagarse, aun entre cristianos, el reproche de que lo sobrenatural no

sólo nos debilita á los creyentes, por ser, en parte, «extraño á la razón natural» y, en parte, «fomentador de la superstición, que tiene por consecuencia el menosprecio de la religión», sino que, además, inutiliza todo intento de ganar la época actual para Cristo; pues para lograr que ésta se decida por el Cristianismo, preciso es, ante todo, contemporizar con sus modos de ver y evitar cuanto pueda herir su delicadeza, como son las «exageraciones», la severidad excesiva, el fervor exagerado y la credulidad y la virtud extremadas.

3. Este canto de sirena recuerda aquel antiguo adagio: «No hay nada nuevo bajo el sol» (Prov., I, 10). Hasta los profetas tuvieron que hacerle frente cuando decían: «Esta gente engaña á mi pueblo y lo aniquila diciéndole: ¡Paz, paz!, donde no la hay» (Jer., VI, 14; VIII, 11; Ez. XIII, 10).

En efecto, en otros tiempos sólo condujo á la corrupción intestina y á la destrucción exterior de Israel. En la actualidad logrará algo parecido, sobre todo porque tales frases resultarían imposibles, si la fe misma no estuviera ya «más agujereada que red de pescador» (Esquilo).

Y en efecto, basta ver una sola vez á estos mensajeros de paz, para comprender que son, á menudo, lo mismo en la manera de conducirse que en lo tocante á renunciar á todo fervor exagerado, á todo ascetismo y credulidad, más mundanos que el mismo mundo; en cuanto á su juicio sobre la época, es de una candidez verdaderamente infantil.

«Porque á las criaturas siempre les agrada más el pan extraño, aunque sea húmedo como la masa y más negro que la tinta».

¿Cómo hemos de esperar de semejantes apóstoles la conversión del mundo ó la conversión del Cristianismo?

4. Suele decirse que para ayudar al mundo se necesitan hombres que superen tanto á éste como á su tiempo. Me parece bien: en ese punto todos estamos conformes.

Pero para lograr dicho objeto no hay, sin duda, reme-

dio más contraproducente que despojarse de aquello que en realidad es superior al mundo y enterrarse en éste.

Pues, ¿de dónde proceden esa división interior y esa debilidad del hombre, sino de que éste arrastra consigo naturalmente, además de una marcada inclinación á lo bueno, gran cantidad de mundo? Por ventura, ¿no es esta herencia bastante mala, para que aún tratemos de empeorarla artificialmente? Además, ¿cuáles serían las consecuencias? Aunque, siguiendo la máxima de Charrón, se pasara uno la vida rumiando y tragando el mundo, no sería posible digerirlo, á semejanza de lo que hace la boa constritor con sus víctimas. El mundo sigue siendo lo que era y nada más. Cuanto más se participe de él, más cuerpos extraños arrastra el hombre consigo, y, por lo tanto, mayor incomodidad sentirá, á la manera de aquél que ha tragado un objeto que no puede digerir, ó del enfermo que sufre de la solitaria. Semejante ser híbrido y morboso se verá obligado á decirse lo que decía Mirza Schaffy:

«Cuando iba en busca de la sabiduría, parecía necio á los necios; desde que vivo con la prudencia suya me tienen por un meteoro».

Que semejante mónstruo logre mejorar el mundo, es cosa increible.

Consideradas desde el punto de vista puramente humano, esa entrega completa de la personalidad servirá únicamente para acabar con nuestra división interior, para perder el dominio sobre nosotros mismos y, con él, la superioridad sobre el mundo.

5. Ahora bien, tratándose de la misión cristiana no puede dudarse ni un solo instante de la reprobación que merece esta tendencia hacia el mundo.

Claro es que debemos tratar de ganarlo para Dios, pero no conseguiremos tal fin haciéndole concesiones, sino convenciéndole de que debe hacérselas á Dios, ó, más bien, someterse á Él por completo.

Pero ante todo es necesario que enseñemos al mundo cómo se logra esta sumisión absoluta. He aquí el motivo de

la severa exhortación de San Pablo, bien experimentado en el arte de la pesca de hombres. «No os igualéis al mundo, haceos vosotros hombres distintos, renovando vuestro interior, y esto sólo lo conseguiréis examinando cuidadosamente la voluntad de Dios» (Rom., XII, 2).

6. Es decir, que si sólo para sostenerse firmes en medio del mundo se necesitan hombres fuertes y superiores, mucho más será necesario si se quiere arrastrar aquél tras de sí. Para esa empresa hacen falta hombres como Pablo, varones apostólicos. Exigir á éstos que contemporicen con el mundo sería una impiedad, por no decir otra cosa.

7. Hay que comprender que, para formar hombres que sepan dominarse y que dominen y sean superiores al mundo, se necesitan dos cosas: primera, arrojar del corazón el espíritu mundano, porque cuanto menos reine el mundo en nuestro interior menos cosas extrañas contendrá éste, y, por consiguiente, menor será la división interna que le desgarra, la cual se verá reemplazada por la unidad, que aumentará su cohesión y su fuerza.

Pero como aun el mejor de los hombres está formado del mismo barro que sus semejantes, no puede considerarse invulnerable para con el mundo, ni, mucho menos, creerse superior á éste, si no lleva en su interior una fuerza más grande y activa. El mundo no puede dársela, ni tampoco puede él concedérsela á sí propio, puesto que es una parte mínima del mundo. Debe, por lo tanto, buscarla en Aquel que únicamente excede y supera en grado supremo al mundo, por medio de una adhesión leal en la fe y en la vida sobrenatural con el que dijo: «Confiad en mí, que he vencido al mundo» (Ioan., XVI, 33).

VII. Trabajo inútil.—Esos seres híbridos y quejumbrosos que buscan su consuelo entre los imperfectos y dicen: «Ya nos aprecia el bueno del mundo, pero hay que hacer su voluntad», son los que embadurnan el rostro de Cristo de tal modo que nadie reconoce las divinas facciones, por lo borrosas que están y por lo hábilmente que las han acomodado al arte mundano.

Pero es inútil su trabajo; pues sabido es que el mundo paga á peso de oro un animal raro, y esos monstruos que en parte son cristianos y en parte mundanos, los pone en venta por una mísera moneda de cobre. A éstos los aprecia como á los dragones de la fábula que escupen fuego por gigantescas fauces. En cambio, siente respeto ante el león porque el león siempre es valioso y siempre nuevo.

VIII. El arte de crear novedades.—1. Si á fuerza de discursos sobre lo moderno se pudiera hacer surgir algo nuevo de la tierra, ya haría tiempo que gozaríamos de ciencias nuevas, de artes y literatura que nunca hubiéramos visto, y hasta de una nueva vida religiosa; pero desgraciadamente sólo oímos hablar de novedades, sin llegar á verlas, y es de temer que lo mismo ocurrirá en las épocas venideras.

La causa de este contrasentido es fácil de explicar.

2. Pretender producir, violenta y deliberadamente, algo que nos asombre por su grandeza, viene á ser, poco más ó menos, como si se propusiera uno llegar á cumplir cien años y se encerrara en un laboratorio químico con la resuelta intención de hacer algún invento. Las cosas han de venir por su pie, como han venido todos los grandes éxitos: algunos, como suele decirse, por pura casualidad; pero la mayoría, como fruto de largo y penoso trabajo, y utilizando cuidadosamente lo antiguo para lograr el fin propuesto. En cambio, la historia no nos muestra, entre sus numerosos ejemplos, los resultados que alcanzan para lograr el fin cuantos quieren hacer surgir del santo suelo las novedades por medio de una varita mágica. Todos sabemos adónde vinieron á parar los esfuerzos de Maximiliano II de Baviera, por inventar un nuevo estilo arquitectónico. Las esperanzas á que dió origen la joven Alemania fueron tan grandes como los desengaños obtenidos, y es probable que la increíble revolución que profetizan los modernistas y modernísimos de nuestros días tenga parecido resultado.

3. Aquí nos encontramos con dos absurdos, los cuales,

aunque al parecer no tienen nada de común, en realidad están íntimamente ligados.

Los soñadores de un pasado fantástico en que «los héroes brotaban en el huerto espontáneamente, como ahora las múltiples especies de malas hierbas» (Butler), y aquellos panegiristas entusiastas de lo viejo, que se excitan con sólo oir hablar de una nueva clase de cerillas, podrían ser, en su género, personas muy honradas y trabajadoras, pero no cabe duda en que temen la molestia que ha de originarles el acostumbrarse á una nueva manera de trabajar.

Pero esos ensalzadores de lo nuevo que, en su desprecio por lo antiguo, juran que: «En la actualidad el papagayo con el jarro de cerveza triunfa de todas las argucias de Platón», también adolecen, en su mayoría, de un temor muy grande hacia todo esfuerzo y trabajo. He aquí el motivo de que los que con más urgencia abogan por lo nuevo, sean, en general, los que no saben utilizar lo antiguo ó los que pretenden huir del trabajo. Pues es más fácil prometer lo imposible que poner en obra lo realizable, y más aún echarla de grande empequeñeciendo todo lo que hay á su alrededor, que lograr, por la constancia y la aplicación, que lo existente en pequeño se engrandezca y se dignifique.

4. De este modo no se honra ni se conserva lo antiguo, como tampoco se funda nada nuevo beneficioso é imperecedero. Lo antiguo, que no admite perfeccionamiento, sufre la suerte de la envidia y de la soledad; se desmedra y muere. Lo moderno, que desprecia lo viejo, sucumbe al peso de la maldición que lleva el hijo perverso que reniega de su padre.

5. No existe en el mundo nada nuevo que no haya nacido de lo viejo: sólo Dios puede crearlo sin utilizar lo antiguo, y tal fué su obra—sin contar la creación del universo—cuando por medio de la Revelación creó un nuevo orden de cosas que no contenía germen alguno ni desenvolvimiento natural de la cultura humana. El poder de los hombres sólo puede aumentar, desenvolver y ennoble-

cer lo existente, mas nunca logrará producir una existencia nueva.

6. Es insana, pues, toda innovación que desprecia lo antiguo, y estéril y perecedera toda novedad que no descansa en lo viejo ya probado.

7. Por lo tanto es necesario, imprescindible, no contentarse nunca consigo mismo ni con lo producido hasta el día, porque el contentamiento de sí es la muerte espiritual, y la renuncia á todo progreso, según la frase favoride los Padres de la Iglesia, viene á ser sinónimo de retroceso.

Pero también es importantísimo que renunciemos, por una parte, á las fantasías desmedidas de ese progreso ilimitado que «mide con aires de inteligente la cosecha cuando aun no se nota que cuaje el grano» (Dante), y, por otra, á las tentativas de fundar el reinado de lo nuevo sobre las ruinas de lo antiguo, porque las consecuencias de semejante proceder las demuestran claramente aquellos sistemas filosóficos que han hecho que la historia de la filosofía se parezca á un campo de batalla ó á un cementerio, obligando á decir al poeta:

«Como no es la razón la que guía la danza, todos gritan: «¡Cambiemos sin parar!» El santo y seña es «Innovación», y seguirá siéndolo hasta que cese la música de los tiempos» (Lope de Vega).

8. La cultura humana se hallaría, indudablemente, á mayor altura, si los hombres hubieran sabido conservar, con escrupulosa rectitud, lo alcanzado hasta el día, y hubieran seguido desarrollándolo con el mismo celo con que sus antecesores cumplieron su deber.

En este sentido pensaron y obraron las grandes inteligencias de la humanidad, que dijeron con Agustín; «Amaremos lo nuevo, pero sin temer á lo antiguo» (Ps. XXXVIII, n. 9) y repitieron con San Bernardo: «No debe abandonarnos la alegría de lo nuevo, pero tampoco el respeto por lo antiguo» (Ad mil. templi XI, 29).

IX. Lo viejo y lo nuevo.—Lo viejo contemplará algún

día lo nuevo, pues nuevo fué en otro tiempo lo que hoy es viejo: lo viejo tiene que pasar y lo nuevo tiene que envejecer.

¿Sabéis quién es verdaderamente sabio? La norma de la verdad lo dice: aquel que os dé, para el viaje de la vida, la verdad antigua en una forma nueva.

El que ha bebido vino añejo siempre prefiere éste al nuevo, y será un loco aquel que tire el viejo antes de que haya fermentado el de la última cosecha.

El vino reciente rompe los pellejos; el viejo los endurece y curte.

Viejos amigos, viejas costumbres; los nuevos hábitos son como nieve recién caída.

Honrad lo antiguo y examinad lo nuevo; sed reflexivos para alabar, y permaneced eternamente fieles á lo bueno que hayáis experimentado.

X. Lo viejo no envejece.—Lo viejo no envejece; sólo envejece lo nuevo: por eso debes utilizar éste con prudencia y conservar fielmente lo antiguo. Cuando la masa nueva se agría y se enmohece, ¡qué bien sabe el pan viejo ablandado en agua!

XI. La gran circulación.—Lo viejo muere, lo moderno envejece; pero como lo antiguo resucita y el recuerdo se enfría pronto, llamamos á esto «la marcha del progreso».

XII. ¿Progreso ó retroceso?—Dejad de disputar sobre si el mundo avanza ó retrocede y penetrad resueltamente campo adelante, que entonces ya está terminada la pelea.

Andas para atrás, ¡qué vergüenza marchar en las filas de los cangrejos! ¡Adelante! ¿Quién se queda parado, inmóvil, en verde pradera?

Sólo los esclavos imitan á los demás; los hombres de corazón avanzan por su cuenta; la magnanimidad abre sin pompa nuevos derroteros á la verdad antigua.

XIII. El ejército más adecuado.—1. Siempre que la conversación recae sobre nuestros enormes ejércitos, las personas que no quieren escuchar el menor reproche contra

la moderna civilización, dicen que el servicio obligatorio posee, en todos los casos, la ventaja de que los jefes pueden tener la seguridad completa de que sus intenciones son comprendidas y ejecutadas hasta en las últimas filas, puesto que entre los soldados rasos hay en la actualidad personas cultas, capaces de comprender y poner en obra por sí mismas las grandes ideas de la dirección general y secundar sus propósitos en casos determinados que ésta no puede precaver. Es decir, que aquí se unen la disciplina del conjunto y la más severa subordinación con la propia inteligencia y el espíritu emprendedor del individuo, lo cual hace á un ejército invencible y capaz de una acción rápida y decisiva.

2. No cabe duda en que da gran fuerza y oportunidad al ejército el que todos sus miembros se hallen compenetrados tanto de la abnegación hacia la comunidad como de una actividad independiente y adecuada; pues esto convierte al ejército en un ser vivo. Si á lo dicho se añade una dirección que sepa manejar intelectualmente ese poderoso instrumento y conservar su vigor moral y su arrojo, es indiscutible que el éxito es suyo.

3. He aquí el objeto á que debe aspirar la instrucción del ejército cristiano, de la iglesia militante.

En la actualidad, sin embargo, se habla mucho de la llamada iniciativa personal del individuo y del obrar por inspiración del propio interior, según la conciencia.

Ningún cristiano se opondrá á la contradicción, puesto que Cristo dice: «¿Por qué no juzgáis también por vosotros mismos de lo que es justo?» (Luc., XII, 57). Y su Apóstol nos enseña: «Debéis ser sumisos, no sólo por deber, sino también por conciencia» (Rom., XIII, 5); «no por adulación, por agradar á los hombres, sino como siervos de Cristo que cumplen, de todo corazón, con la voluntad divina» (Ef., VI, 6).

Nunca enseñó la Iglesia nada diferente. Esa esclavitud absoluta que, según dicen, les exige á sus fieles, es tan poco conforme con su naturaleza, pues todos sus maestros

declaran que los mandatos de nuestra Madre obligan en conciencia y deben ser cumplidos por amor á ésta. «Porque,—dice el Apóstol,—el objeto de la ley es el amor del corazón puro, la conciencia limpia y la fe sincera» (I Tim., I, 5).

En esta verdad antiquísima debe insistirse hoy más que nunca, y esto por dos motivos.

4. En primer lugar, porque nuestra generación adolece de tres males que amenazan acabar paulatinamente con toda la independencia del pensamiento y de la voluntad, y con toda la libertad de conciencia y firmeza de carácter; en una palabra, con todo aquello que el Cristianismo denomina hombre interior.

El primero de estos males consiste en la manera errónea de formar el espíritu, según la cual el hombre es exclusivamente una máquina, un recipiente que se debe llenar hasta los bordes de todo lo que se pueda amontonar.

El segundo mal está en el descuido del corazón y de la voluntad; es decir, del desenvolvimiento moral dentro de la educación.

El tercer mal se funda en la superficialidad, que ha llegado á constituir una segunda naturaleza; en ese apego á vanas formalidades y en el sostenimiento de las apariencias; en esa disolución del individuo en la actividad exterior; en esa moral de lo legal, de lo limpio, de lo decente, ó, como pudiéramos decir, en esa virtud del trabajo kilométrico y en esa santidad de la corbata inmaculada y de las bien cuidadas uñas.

Contra estas debilidades de nuestra civilización hay que insistir á diario, oponiéndole aquel modo de pensar interior que antiguamente era cosa corriente cuando la educación cristiana y el ascetismo formaba á los hombres, según la máxima de que el reino de Dios está dentro de nosotros mismos (Luc., XVII, 21), y de que debemos ser fuertes en nuestra conciencia (Ef., III. 16).

5. Además, no vivimos ya en los tiempos en que la Iglesia podía obligar á los indiferentes y tibios al cumpli-

miento de sus deberes de cristianos por medio de la disciplina exterior, sino en una época en que las costumbres públicas, que antiguamente inclinaban al bien á los morosos, son más propias para hacer vacilar y apostatar á los justos si no se mantienen interiormente firmes como columnas.

Esta firmeza no puede darla sino la propia independencia, las convicciones, la fuerza de carácter y la sumisión á la voz de la conciencia.

6. Pero cuanto más obligan las actuales circunstancias á insistir en la formación del hombre interno, más se advierte la necesidad de un contrapeso, la justa relación entre el individuo y la comunidad, es decir, entre la libertad personal y el bien común, si no queremos que se altere el equilibrio del conjunto.

7. El citado contrapeso consiste en tres cosas: en la obediencia á todo orden y disciplina exterior, en la educación en pro del fomento de los fines públicos, y en la estrecha unión de todos los miembros de la comunidad.

8. Lejos de interpretar la exhortación á otra mayor independencia personal, como un menoscabo del poder público ó de los deberes contra la comunidad, hay que insistir enérgicamente en que los derechos de ésta sobre el individuo crecen en proporción del aumento que experimentan los suyos propios. Sólo así puede la comunidad verse libre de la parálisis ó del desmembramiento. Hasta una potencia débil lograría dar buena cuenta de las masas sin voluntad ni energía; pero cuando los miembros aislados son vigorosos y convencidos, se necesita un poder común realmente potente, sin el cual es inevitable la decadencia. La prueba de mi aserto está en la historia de Polonia y en la del antiguo reino alemán.

De ahí que la exhortación en favor de la iniciativa personal ofrezca un plan de trabajo mucho más difícil y complicado de lo que algunos se figuran. Si sólo proyectara el aumento de la independencia individual, su resultado serviría únicamente para fortalecer el sistema llamado

individualismo ó liberalismo. Pero hoy no debe de ser este su propósito; pues así como un ejército sólo puede ser fuerte y oportuno cuando el espíritu individual, emprendedor y libre, se halla sometido á severa disciplina y estrechamente unido al de la comunidad lleno de abnegación, así toda comunidad pública, oficial ó libremente reconocida, de orden moral ó intelectual, grande ó pequeña, puede mantenerse sana y robusta, y tener un influjo bienhechor, en las citadas condiciones.

9. Y esto tiene mayor importancia tratándose del ejército de Cristo: de la Iglesia. Creo de gran utilidad hacerlo resaltar especialmente, para que la expresión favorita de muchos, la llamada democracia cristiana no sea mal comprendida ni empleada de un modo peligroso ó equivocado.

Muy necesarias son las personas que no necesitan órdenes terminantes para cada paso que dan; pero también experimentamos gran necesidad de hombres que examinen si estos pasos van en el sentido y según las leyes de la comunidad.

Necesitamos cristianos que obren según sus convicciones; cristianos que, para toda empresa, consulten con su conciencia; cristianos que se presten á ser instrumentos sumisos del Espíritu Santo; pero necesitamos, al mismo tiempo, más miembros de la Iglesia que sean, desde lo más íntimo de su ser, devotos del poder instituído por Dios y que se hallen dispuestos á considerar el menor signo de dicha autoridad como un medio por el cual les revela su voluntad el Espíritu Santo.

Tenemos necesidad de soldados de Jesús capaces de toda mortificación y sacrificio y que estén á la altura de todas las misiones que se les quiera confiar; pero también son necesarios espíritus que sepan someterse á todo orden y disciplina y que se formen en las máximas que deben seguir los guerreros de Cristo.

Nos faltan caracteres independientes, pero asimismo experimentamos la necesidad de combatientes que conce-

dan á cada miembro del ejército idéntica independencia; miembros que, exentos de envidia y de ansias de pelea, se hallen dispuestos á concurrir al fin común, prefiriendo sufrir quebranto en lo propio antes que menoscabar en lo más mínimo lo ajeno, perjudicando así el bienestar general.

Únicamente en esta forma lograremos reclutar soldados para el ejército de Cristo, de modo que cada individuo sea capaz de combatir las batallas del Señor, aunque éstas sean cada vez más difíciles y más cruentas. Sólo en esta forma lograremos tener un ejército conveniente, ó, como dice la Sagrada Escritura, «un ejército bien organizado».

XIV. Los viejos á los jóvenes.—Amigos queridos, nada de luchas; ved que caminamos por el mismo sendero, que todos recorremos con igual disposición: vaya, pues, cada cual en línea recta.

«¡Adelante! ¡Adelante!». Tal es el santo y seña para vosotros, jóvenes que tenéis fuerza suficiente para que una desautorización no os prive á la vez de tiempo y de valor.

«¡Adelante! ¡Adelante!», decimos; pero á los viejos nos cuesta avanzar, porque como ya estamos cerca del fin, no nos gusta caminar en vano.

Amigos queridos, nada de riñas; ya veis que caminamos por igual sendero: vayamos todos bien dispuestos y que cada cual lo recorra con la debida rectitud.

XV. Pasado y presente.—1. Para la filosofía de la historia, así como para nuestra propia conducta, nos dan la clave las palabras del sabio: «¿Qué es lo pasado? Lo mismo que lo venidero. ¿Y lo que ha ocurrido? Lo mismo que lo que ocurrirá. No hay nada nuevo bajo el sol. Nadie puede decir: «Ved, esto es nuevo»; porque todo ha existido ya en los siglos que nos precedieron; sólo que nadie se acuerda de lo que fué. Llegará tiempo en que no pensarán en lo más moderno aquellos que nos sigan» (Eccli., I, 9 ff).

2. Para hombres como Chamberlain podrá ser esto motivo de burla, pero aun así prevalecerá la verdad; las formas cambian, la esencia de las cosas es siempre la mis-

ma. Las leyes descubiertas hace tiempo son ejecutadas con mayor perfección con medios nuevos; pero ellas, en sí, son siempre las mismas.

No es preciso ser pesimista ni panegirista fanático de lo antiguo; basta tener los ojos bien abiertos ante los hechos de la historia para decir:

«¿Quién podrá pensar algo simple ó algo sabio que no haya sido pensado ya en tiempos anteriores?» (Goethe).

Nosotros, sin embargo, estamos tan pagados de exterioridades, que creemos haber descubierto, con una expresión nueva ó una prueba más clara de lo antiguo, una original sabiduría, lo que nos hace exclamar:

«¿Para qué los antiguos métodos pedagógicos, hoy que hasta el niño de pecho construye magníficas pagodas, y la criada reproduce los cantos de Homero y las vacas componen odas á la primavera?»

Estamos tan cándidamente entusiasmados de nosotros mismos, que el orgullo de haber inventado una nueva llave de la flauta nos hace olvidar al inventor primitivo del instrumento. Somos de tal modo superficiales y minuciosos, que ya no logramos apreciar las grandes hazañas del espíritu de los antiguos al inventar la cuña, el tornillo y la rueda, extasiados ante el nuevo aceite lubrificante con el cual conservamos relucientes dichas máquinas.

No por eso hemos de rebajar nuestros progresos; pero, al fin, todas las innovaciones de los siglos que formaron de la carreta de bueyes la locomotora y del trirreme el barco de vapor, descansan sobre los inventos primitivos.

Tenemos razones para creer que los antiguos no estarían descontentos de nosotros, sus discípulos; pero también las tenemos muy sobradas para estarles agradecidos, como á nuestros maestros, porque nos mostraron el camino que condujo á los inventos y nos entregaron la clave principal de los mismos.

3. Claro que esto último sólo se relaciona con los progresos alcanzados en la habilidad externa y en la utilización de las fuerzas naturales. En cambio no tenemos

derecho alguno á sobreponernos á los antiguos cuando se trata del arte mismo, de las Bellas Artes, en cualquiera de sus aspectos. En este punto, los antiguos maestros pueden ponerse muy bien en parangón con los modernos. ¡Ojalá pudiéramos nosotros colocarnos de la misma manera al lado de Homero, Sófocles, Demóstenes, Platón y Aristóteles; junto á Fidias y los creadores de la Acrópolis y el Coliseo; junto á Pericles, Alejandro y César!

Hay que reconocer que en el terreno de la ciencia del espíritu podemos vanagloriarnos de haber hecho grandes adelantos, progresos notables, desde que la Revelación inculcó todo un mundo de nuevas ideas. Pero, por lo demás, debemos reconocer avergonzados que, en el dominio espiritual, en comparación con los antiguos, tenemos muy escasos progresos de que alabarnos.

«Desde que sueño en la tierra, Dios mío, ¡cuántos astros que se levantaron resplandecientes se hundieron en tinieblas!» (Fr. Plessis).

No obstante, el valor espiritual de una civilización sirve de rasero para determinar su superioridad.

4. Si hacemos un cálculo, prescindiendo de ciertas vanas exterioridades, y echamos en el platillo de la balanza lo que únicamente decide de nuestra suerte, ¿en qué nos hallamos tan altos, para atrevernos á repetir las palabras del llamado americanismo, el cual dice que las antiguas máximas de fe y de vida no concuerdan ya con los avanzados tiempos modernos?

¿En qué han variado las cosas de las que dependen nuestra felicidad aquí bajo y nuestra suerte en el otro mundo? ¿Acaso Dios ha sufrido alguna transformación? ¿Por ventura han variado su ley y su Evangelio? O bien, ¿se ha transformado el hombre en su interior, en su capacidad de errar, en su debilidad moral ó en su inclinación al mal?

El hombre, seguramente, menos que lo demás. Tan ilustrada, ó, mejor dicho, tan inculta como él fué la antigua humanidad cuando hallaba la fe molesta para su soberbia,

y los mandamientos incómodos para su corazón rebelde y su sensualidad desmesurada. Cuando nuestro espíritu se rebela contra el yugo de la fe y nuestra carne contra la disciplina del decálogo; cuando pretendemos convencernos de que podemos alcanzar la gloria sin violencia, ni mortificación, y sin las armas de la oración y del sacrificio, no probamos ser más cultos, sino que, á pesar de todos los descubrimientos externos y de todo el refinamiento de nuestra vida, seguimos siendo esencialmente lo que siempre fuimos: corrompidos y propensos al pecado; es decir, seres para quienes la fe es una necesidad y la disciplina un beneficio.

5. De todo lo expuesto resulta que el juicio más imparcial sobre todas las épocas pasadas y presentes lo pronunciará el que se halle á mayor distancia ó más desligado del tiempo, es decir, el que esté más cerca de la eternidad.

XVI. La Edad Media.—¡Tiempo fuerte aquel en que el hombre aun se atrevía á algo!

Los romanos construyeron grandes cosas con los despojos del mundo; nosotros, cuando construímos túneles, termas y teatros vamos mendigando por la tierra para lograr empréstitos gigantescos.

Cuando un viajero necesita escribir hoy una obra, tiene que recorrer el mundo recogiendo los restos de antiguos documentos y rebuscando montones de huesos, y luego describe con fidelidad de esclavo lo que ha visto, con todos sus pelos y señales, con sus lagunas y faltas; porque tal como lo encuentra le parece verdad.

¡Tiempo fuerte! Tú pensabas por ti mismo; tú también tenías ojos, y con lo que éstos veían formabas estilo, ya fuese hoja, ya fuese rama. Y lo que buscaste en tierras lejanas y tiempos remotos, lo utilizó tu espíritu en la escritura y en la piedra para tu propia y soberbia construcción.

¡Cuántas veces, al contemplar la catedral de Colonia y aquel edificio admirable que levantaron los discípulos de

Alberto en Aquino, tan fuerte y tan bello, hube de preguntarme con envidia: ¿Adónde fué á parar esa fuerza que pudo convertir el pensamiento, como el granito, en hermosa y bien trazada obra de arte?

Así como cuando recorría Florencia, animado por el asombro y la alegría, y contemplaba unidos la obstinación y el orgullo con la belleza, ¡qué bien comprendía los gritos de la piedra: «¡Ved lo que puede el hombre! Esto lo hemos hecho los dos solos».

¡Tiempo fuerte! Demasiado sé que tuvistes tus defectos, pero que te arroje la primera piedra aquel que se crea libre de ellos; pues aun el crítico censurador tiene que confesar: «Esa gente hidalga, no vivió del despojo del mundo; estaba orgullosa de su propia fuerza».

XVII. Virtud activa y pasiva.—Os atrevéis á censurar las antiguas generaciones, diciendo: «Eran estatuas pasivas, perezosas; sólo nosotros apreciamos la virtud activa; hoy se necesita energía y voluntad de hierro».

Pero ¡qué! ¿Nunca habéis oído hablar de gente que, por faltar á sus padres, al morir sacaban la mano de la sepultura á pesar de segársela con la hoz una vez tras otra?

Habláis de energía... Pues ¿qué habéis hecho? ¿Quién va á esperar de vosotros una âcción heroica? ¡De vosotros, que no os atrevéis ni á respirar aunque un pirata despoje al Salvador del mundo!

En esto fueron nuestros padres bien distintos: se defendían valientemente con la palabra y con la espada, y no abandonaban la fe como presa á nadie, aunque viniera armado de todas armas.

Hacían frente al poderoso y protegían al débil, y dieron, por la justicia y la fe, la sangre de sus venas; lucharon con rezos, ayunos y vigilias y conquistaron la gloria con valor.

Espantaron los osos y domesticaron el toro; cortaron las encinas y cultivaron los campos; domaron á hombres más salvajes que fieras y arrancaron de su propio corazón el veneno.

En verdad que si no os indignáis del sacrilegio de mirar á esas generaciones con lástima, y si os jactáis de tener mayor energía, no quisiera verme con vosotros en pleito.

Convertid, pues, las vanas palabras en obras y no juzguéis para no ser juzgados, porque si cultiváis vuestro corazón con la azada, estoy seguro de que vuestros juicios serán más suaves.

XVIII. El siglo del estrépito.—Siglo, maestro en la rebeldía, gigante en los argumentos y en la destrucción: ¿quién no ha de mirar con envidia tus investigaciones y tus inventos? ¿Quién puede contemplar tus producciones sin asombro? ¿Quién no se horroriza ante el espectáculo de tus devastaciones y tus batallas? ¿Quién no teme por ti y los tiempos futuros?

Pues si cuento los resultados de tus luchas, se me representa la imagen de Penélope, tejiendo y destejiendo sin tregua, y me asalta el recuerdo del gallardo coloso de armas gigantescas y garras de hierro que, sediento de sangre, atraviesa humeante los mares.

¿Qué nombre tienes? ¿Debo llamarte siglo del vapor, de la locomoción, de la neurastenia y del espasmo?

¿Siglo del hierro, presa segura del orín? ¿Siglo de la riqueza, envuelto en miseria inacabable? ¿Siglo de la cultura? Pero ¡ay!, si estás tan asqueado de la vida! ¿Siglo de la luz eléctrica? Y ¡cómo, si aun subsiste el polvo del carbón!

No hay ningún brillante calificativo que te ensalce al cual no se oponga un significativo «pero»; sólo hay una cosa que no admite discusión: por el ruido que haces se conoce tu modo de andar y el camino que llevas; con ruido estridente recorre el tren los bruñidos rieles; trepida el esqueleto de las maquinarias y suenan los hombres á pesar del estrépito de muelas y engranajes.

Truenan los oradores en las tribunas, gritan los actores en el escenario y se desgañitan los comparsas del teatro más caro: el parlamento. Las masas se desahogan alborotando, y sus tribunos vociferan asimismo hasta agotar las

razones, que acaban por substituir con su característica charlatanería.

El mundo chilla pidiendo mejoras y clamando: «¡Adelante: á la obra, cueste lo que cueste, que el progreso no consiente parada ni descanso! ¿Qué se saca de estériles pensadores y místicos? Hoy se juzga á los hombres por los kilómetros que miden sus obras; por lo tanto, fundad y producid, corriendo, volando».

Ruidoso curso del tiempo, vejez desventurada: ¿acaso el vendaval es fomentador y conservador de las cosas? ¿No necesita el crecimiento su tiempo y su sazón? Dime, ¿quién te ha proporcionado mayor beneficio: las calderas que humean y rechinan ó el pensador que lentamente las inventó?

¿Acaso aprecias tan sólo la velocidad y el vértigo?

Los santos, sin embargo, pesaban la pesca dentro de las redes; los sabios la fuerza, causa de los efectos: por eso valió San Benito más que un guerrero, y San Lorenzo, moribundo sobre las parrillas candentes, está más alto que un gran conquistador cargado de botín.

Tú edificas en una sola noche alturas vertiginosas, y á la mañana siguiente espantan las grietas y resquebrajaduras de tus construcciones. Por eso debemos aprender del Señor lo que realmente prospera; de Él, que vivió oculto, orando y callando, y que concedió la paciencia á las débiles ramitas de sus viveros, por lo cual sus plantaciones crecerán eternamente.

XIX. El mejor tiempo.—1. El celo ciego por lo moderno echa en cara, á todo el que le exhorta á una prudente mesura, que pretende crear una nueva Edad Media, que sueña con el feudalismo y la inquisición, el tormento y la servidumbre, y que no conoce más armas de combate que el arco y la flecha.

El celo ciego contra todo lo moderno sueña con lo pasado, ya sea éste la Edad Media ó la Antigüedad; delira especialmente por el helenismo y sabe rodear, incluso los vicios de los griegos, de cierta belleza, y las atrocidades de

los caballeros improvisados, de cierta grandeza romántica.

2. Pero una comparación razonada entre lo presente y lo pasado nos demostrará que los hombres, en cuanto toca á ellos directamente, siempre son los mismos, con idénticos defectos é idénticas virtudes y, que, en conjunto, hasta los frutos de su actividad guardan entre sí un regular equilibrio. He ahí la razón de que un tiempo se parezca más ó menos á otro, pues si bien hay época que, desde algún punto de vista, ha progresado mucho, desde otro aspecto ha retrocedido en relación con el avance dado, y ha dejado á cargo de las generaciones venideras el descubrir la novedad que había sido hallada ya por sus antecesores.

«El tiempo es, á veces, madre bendecida por gran número de hijos, y, otras, madrasta que siempre tiene el palo levantado».

3. Sólo hay un punto en que la historia reconoce un progreso material: el referente á cuestiones religiosas y morales. Pero este progreso no surgió exclusivamente de las fuerzas humanas, sino de Aquel que el Evangelio dice que bajó «de las alturas» (Lucas, I, 78). Cuanto más se aproxima una época á Él, tanto más superará á las demás; y cuanto más se aleje, más retrocederá. Una generación podrá ir á la zaga, con respecto á otras, en punto á progresos externos, y, sin embargo, tendrá preeminencia sobre ellas si las adelanta en lealtad para con las enseñanzas y el modelo de este ideal.

4. Ninguna época ha logrado cumplir esta misión de una manera pura y perfecta; pero no se puede negar que ha habido tiempos que, medidos por este rasero, han sido muy superiores á los nuestros. No puede resultarnos ignominioso que tratemos de imitarlos; mas la seguridad absoluta de que logremos nuestro fin, está en esforzarnos por imitar directamente á Aquel á quien ningún tiempo logró parecerse en toda su perfección.

5. En resumen, que la mejor época de todos será aquella en que mayor avance se haya dado en la imitación de Nuestro Señor.

XX. ¡Pueblo, reconoce la hora!—Ha sonado la media noche, y es una noche clara y tibia del otoño; la luna camina silenciosa por los cielos, y las estrellas tiemblan.

De pronto se oye un fuerte repique de campanas, que no tardan en repetir todas las torres de los alrededores.

Suenan miles de campanas, grandes y pequeñas, solemnes y fatídicas: sus tañidos se multiplican entre las montañas y recorren valles y más valles, y así como las llamas ascienden enroscándose, baja el viento Sur soplando desde las cimas, y con su beso ardiente hace surgir de cada cumbre el brillo rojizo del fuego.

Ya ha pasado la media noche y las campanas siguen volteando; y cuando, por fin, aparece el sol esplendoroso, no oye sino lamentos. De nuevo baja la noche, y, de poblado en poblado, rueda el eco por toda la comarca.

¿Acaso hirió la muerte á todos los primogénitos, como sucedió en Egipto? ¿Ha penetrado el enemigo en el territorio? ¿Está encendida la tea de la rebelión? No, es que la emperatriz enferma ha muerto; pero no con la agonía silenciosa del moribundo, sino por mano del homicida.

¡Pueblo, Dios te ha herido; ya puedes lanzar tus quejas y lamentarte en voz alta, más que si tus primogénitos se hubieran muerto! ¡Pueblo, qué cerca estás de la muerte; piensa y reflexiona, arrepiéntete y laméntate más que si el enemigo hubiera invadido tus fronteras y hubiera devastado tu territorio!

Tú mismo enarbolaste la bandera roja, destrucción de todos los países, y con ella izaste en tu tejado la negación y la duda. Tú mismo destruiste el orden y la paz y desgarraste el lazo que te unía á Dios. Ya hace tiempo que oscilan tus muros y tus pilares, y ahora vemos que cruje y se desmorona hasta la fachada.

En otros tiempos se herían los pueblos á sí propios cegados por la cólera; hoy destruyen, haciéndolos polvo, hasta los fundamentos de la ciudad; derriban los muros del Señor desde la cúpula hasta los cimientos, y como signo de esto, hiere el rayo homicida á los que hacen las veces de Dios.

Primero las almenas, luego los muros, hasta que el pueblo entero se halle destrozado. ¡Ay, como crujieron los muros! Pero ya amenaza la caída de la piedra angular, y, como estremecidas por un terremoto, se tambalean y se inclinan las torres. ¿No oís que no hay torre en la comarca que no vacile y gima para avisaros el peligro?

¡Pueblo, comprende esos temblores que conmueven tus entrañas! ¿No sientes el espanto que ha de producirte el comienzo de tu obra demoledora? Nación, entiende bien el aviso que tiembla en el aire con cada vibración de campana: «¡El que toca la obra de Dios, destruye también la obra del hombre!»

Ya ha empezado la media noche, noche sombría, helada y nebulosa; no hallo sendero ni guía; la última estrella se ha apagado en el cielo... De pronto suenan todas las campanas repitiendo su eco por todos los ámbitos del imperio:

«¡País, nación, reconoce la hora y torna hacia tu Señor!»

XXI. El rayo.—Un ligero nublado, un viento ligero, un rayo fulminante y, arde la catedral como si fuera un montón de paja. Generaciones enteras trabajaron en ella; generaciones enteras la adornaron: parecía existir para toda la eternidad y ha bastado un solo instante para que se derrumbe.

Cuando estuvo en sazón el premio, bastó un rayo para destruir toda la grandeza de Persépolis, Babilonia y Roma, heredera de todas las naciones. ¿Y ha de ser necesario un ciclón universal para que se deshaga nuestra magnificencia, roída y desgarrada por el gusano?

CAPÍTULO XVI

El arte de vivir con la naturaleza

I. La canción de un paseante.—Ya soy libre y puedo pasearme, después del fatigoso trabajo del día: paseo y ayudo á las alondras en sus trinos y sigo gozoso sus vuelos.

Y cuando vuelva de nuevo á encerrarme entre paredes, nuevos afanes me aguardan; pero sólo durarán hasta la noche, por lo cual avanzo rápido y animoso.

Al fin no se está tan mal en el mundo, puesto que al trabajo sigue el reposo y cuando el primero es ya excesivo, tenemos el descanso eterno.

II. Espera nupcial.—No hay ramita en los árboles que no brille como la plata ni caiga como un encaje hasta los bordes del traje nupcial.

El sol lleva el velo y murmura: «Sólo hoy, pues mañana ya me entrego como esposa á mi dueño».

El caminante marcha aturdido, porque los campos le dicen susurrantes: «Silencio, que queremos oir llegar al novio».

¡Si yo lograra averiguar lo que significa todo esto!

Sí, ya lo sé: hoy es día de preparación, y mañana, ¡Navidad!

III. Viaje de Navidad.—Á través del silencio y de la quietud de la Navidad en la campiña, pasa el tren con estrépito, envuelto en oleadas de humo.

El ruido hace huir al verderón de entre la nieve y espanta al corzo oculto en la espesura.

¿Conviene semejante agitación á un día tan tierno?

Sin embargo, el deber y el amor me obligan á emprender este viaje.

El coro de los ángeles anuncia hoy paz al mundo, y á mí en el botín me tocó la espada.

A ti, paz del cielo, te guardo en prenda el corazón y la mano; para Dios, la espada y el báculo.

IV. Esplendores del invierno.—¡Oh espléndido invierno! ¡Qué obra tan admirable es ese sutil alumbrado de plata que extendió aquí el Artista Supremo por encima de cada arruga, de cada pliegue, de cada ramita! Los árboles tienen un aspecto celestial que hasta á los pájaros intimida, pues se apresuran á hacer sitio á los ángeles, y estos cubren de una gasa plateada el aire, los campos, las ramas y los troncos, y se ocultan en el palacio de hielo.

A centenares se posan en las cimas y cantan en voz baja como en el cielo, con vocecitas argentinas, semejantes á las abejitas trabajadoras que, al vuelo é iluminadas por el sol, sacan de los cálices de las flores las dulzuras que saborea con deleite el paladar.

Los angelitos cantan y mueven las alas al compás de sus canciones, y siembran la tierra de bellos cristales como si fueran adornos de plata, y cantan y se balancean, y cubren los caminos, envolviendo al caminante.

Este sonríe: ya sabe quién es el que desde las cimas derrama sobre él, en aquella lluvia de cristalitos, la bendición del cielo. Las ramas no se mueven, sin embargo; es que los que en ellas se posan con sus zapatitos dorados y sus alas argénteas, flotan en el aire transparentes y suaves como telas de araña.

El viajero se acerca entonces quedamente y escudriña, reteniendo el aliento, las cimas de los árboles, para observar á los angelitos que bromean con él, traviesos y juguetones.

Pero vano es el empeño del caminante: pues sólo pasa por su pecho un soplo de vida celestial á manera de brisa matutina.

¡Oh esplendores del invierno, gozo de la infancia! ¡Cómo deploro que sea tan corta tu duración!...

¡Oh magnificencia invernal, en qué espantajo te ha con-

vertido una sola y breve noche! Ayer aun, al salir la luna me creía transportado á un jardín mágico, habitado por la reina de las hadas, y hoy... ¿es posible tan completa transformación? Me persigno asustado y lo digo en voz baja, mas parece que anda suelta toda una bandada de brujas.

Los vientos rugen, los árboles susurran, las ventanas y las puertas golpean; en las chimeneas aulla el vendaval. Hechas un torbellino huyen las hojas sucias para caer en brazos del viento. De los canalones, de los tejados y de las torres se precipita el agua como cascadas, golpeteando en tierra, y rebota en los sombreros y en las espaldas, asustando con su machaqueo al caminante, que se cree perseguido por un duende malicioso.

Esas son las bromas y malas artes que gastan los malos espíritus, los cuales, con las greñas colgando y caballeros sobre palos de escoba, surcan los aires. Debes sentirlo en el viento que casi te hiela las orejas, mientras que por dentro te corre el agua.

El caminante hace rato que ha comprendido que aquello no es lo que aparenta, pues tres veces se le han llevado el sombrero. ¡Bien se nota la picardía! ¿Ve usted?—me dice—¡Qué horror! Hasta del ala de mi sombrero sale el barro; esto demuestra que es asunto de esos seres á quienes lo feo les parece hermoso, y el engaño lealtad.

¡Oh esplendor invernal: ojalá estuvieras ya muy lejos, muy lejos, y cuanto más corto fueras, mejor!

¡Oh esplendor invernal! Has abusado de tu gran poder. Ahora vemos cómo una generación fuerte se desploma de un solo golpe. Sí, sí; qué verdad dice el adagio: «Los déspotas duran poco tiempo». Ya casi nos inspiras compasión: así como fué rápida la derrota que sufrió tu ejército salvaje en el ataque, así será difícil que puedas perjudicarme ya.

¡Pobre invierno! Un partidario tuyo sólo puede lamentarse de que todos acechen tus debilidades para vengarse de tu rigidez con el corazón apretado, la sonrisa acre y una amarga censura.

Esto tienen que sufrir los que gozan de dignidades y administran su poder con severidad. He ahí á los grandes—les dicen,—enemigos del pueblo que engordan con lo que han exprimido por la fuerza y el engaño, por el robo y el cohecho.

Ellos hacen los príncipes; á nosotros nos toca padecer, y, mientras llevamos las cargas y ayunamos, ellos son los zánganos. No es posible que sigamos aguantando. ¡Adelante, pues! Ya pondremos, en lugar de semejantes locos, hombres que nos convenzan y nos agraden.

Si Dios cumpliera sus deseos, tampoco le dejarían hueso sano; y si les permitiera que se gobernaran por sí mismos, acabarían por comerse unos á otros.

Primero, porque el invierno era muy crudo; luego, porque la primavera no se había mostrado benéfica; pues tantas heladas y lluvias y esos perpetuos vendavales, no tienen razón de ser.

¡Oh invierno magnífico, sufre el dolor de ser censurado! Primero la murmuración, luego la justicia.

¡Esplendores invernales!

V. Primavera prematura.—Decidme, árboles tímidos: ¿por qué estáis tan yertos y tan desnudos? ¿No oís cantar los pinzones? ¿No sentís el calor del sol? Sí, los pájaros tienen prisa; son ligeros y de sangre caliente. Para nosotros el tiempo es muy sagrado y no nos seduce el ardor del sol.

El gorjeo de las aves y el azul del cielo nos invita prematuramente á salir al campo; pero vosotros, fieles y leales, esperáis á que Dios os dé su beneplácito.

¿Y el hombre maldice aún como cadenas los mandatos divinos? ¿Odia á los fuertes que quieren salvarlos y ensalza á los débiles que los pisotean?

VI. Agua del glaciar.—Los vendavales del invierno, que rugen furiosos, acabaron con el último resto de vida; el sol calienta en vano la pradera, pues aun no ha logrado que despierte la más pequeña hierbecilla.

Sólo allí, junto á los bordes de la cinta formada por

las aguas del glaciar, se ve ondear, lleno de esperanzas y á través de la campiña yerta, el fresco verdor.

Cuando Dios te eche una ducha de agua helada, ten valor. Mejor te sentará que si el mundo entero se dedicara á cuidarte afanosamente.

VII. Goces maternales de un soltero.—Pero ¡vedla ahí! Aún está todo cubierto de nieve, y ya se atreve la violeta á asomar tímidamente su cabecita de púrpura.

¡Ay de ti, ser débil y desvalido, qué poco vas á vivir!

Ven conmigo, sietemesino imberbe; ven á compartir mi habitación, que al menos te librará de las heladas y de los vientos, aunque no pueda salvarte de una muerte prematura.

Durante todo el año me privé del gozo de tener una flor en mi cuarto, pues me parecía bárbaro destruir una vida lozana y bella...

A ti sí te cojo, y si ahora entrara el Padre Santo por mi puerta, no podría encantarme más que tú con tu visita, avecilla de un día!

A todas horas me acerco á ella intranquilo, para infundirle valor y vida, y si, á pesar de eso, se me muere, me parecerá que llevo á enterrar á un hijo querido.

Yo nunca fuí afortunado con los que se bastan á sí propios, con los que nunca pensaron en Dios, porque se hallaban sanos y eran ingeniosos.

Pero cuando veo un encogido, pisoteado, aplastado como un gusano en el suelo; cuando veo á un infeliz arrollado por el vendaval y perseguido por los pecados, el corazón se me traspasa como el de la madre cuando oye gemir en el delirio á su pequeñuelo y lo ve ya moribundo...

Renuncié á tener casa y hogar por servirte, Señor del mundo. Ahora acude á mi amparo el que gime en secreto en tu morada.

El gozo del padre, que no me pertenece, lo has convertido en dolores de madre, y la recompensa que das á la maternidad se torna para mí en placeres maternales sin fin.

VIII. La alondra contra del viento.—Ved lo que puede la buena voluntad: el viento sopla con fuerza impetuosa, y allá arriba por entre sus furores se abre camino aquella alondra.

¡Cuántas veces la hace cejar el huracán! Pero ella avanza de nuevo tenazmente, hasta que de pronto se queda parada como si la hubieran hechizado y derrama sus trinos gozosos sobre toda la campiña.

¡Alondra querida, si mi espíritu se elevara tan gozoso como tú hacia al cielo, también yo hallaría en mí la fuerza que produce la victoria en las luchas con los huracanes!

XIX. Canto del pájaro.—Era una mañana primaveral cuando oí cantar los pajarillos. ¡Qué diferencia entre ellos y yo! ¡Avecillas, vosotras no sabéis lo que son penas!

Los pajarillos contestaron: Tú también puedes procurarte nuestra vida: basta que te resignes á tu suerte y utilices los dones que has recibido.

XX. Junto al camino abierto.—Si tu finca está junto al camino por donde pasa la multitud, cada transeunte le consagrará un cuidado según su modo de pensar.

Romper las espigas y desmenuzarlas, lo saben hacer grandes y chicos; pero arrancar una mala yerba no se le ocurrirá á ninguno.

En el arte de despojarte de virtudes y de buena fama, todos son maestros; pero ayudarte á dominar tus faltas..., á eso no hay nadie en el mundo que te ayude.

Si pretendes cuidar bien la virtud en el campo oculto y silencioso de tu corazón, aléjate de los caminos que trilla la multitud.

XI. Nubes de una noche de verano.—¡Qué fantásticas nubes pasan volando ante mis ojos, bajo el cielo del estío!

En efecto, aquí parece confirmarse la fábula de los locos:

«Nada hay seguro, ni verdadero: todo es un mundo de confusiones y engaños».

Ya cruza un oso con alas de dragón y enseñando los

dientes, ya un jinete que pierde los estribos y es pisoteado por su propia cabalgadura.

Ahora veo una serpiente escupiendo veneno, la cual se retuerce con furia y se lanza con las fauces abiertas sobre el jinete y el caballo, al que aprieta como con tenazas de hierro.

Luego es un jabalí que arroja al aire los perros que le persiguen; después una salamandra cuya boca abierta parece una sima sin fondo.

Ahora es una mujer horrible con grandes guedejas colgando, semejantes á serpientes gigantescas, seguida de un rostro de mono que parece burlarse de ti y estar repleto de travesuras.

Preocupado contemplo desde la ventana el juego fugaz de las nubes; pero no son fantasmas lo que veo, sino la seriedad y el término de la vida.

Del mismo modo tentaron á Antonio en el desierto; mas encontraron su maestro en el santo fervoroso y batallador. É igualmente nos tientan á todas horas, sin que los veamos ni los presintamos, porque la malicia incalculable consigue así la victoria con mayor facilidad.

Así nos prueban, cuando agonizamos, para infundirnos pavor y aprovecharse de nuestra angustia.

Me agrada ver extenderse en el cielo los fantasmas, porque me enseñan á ponerme en guardia y á pelear mientras viva.

Veo tranquilamente cómo me amenaza la terrible figura de mi enemigo, porque así como se disuelven las nubes desaparece también su imaginario poder.

XII. La tormenta.—Aquello era una algarabía: se disputaba de civilización, progreso y ciencia; pero bastó un solo rayo para que enmudecieran todas las lenguas.

Sopla el huracán, retumba el trueno y azota el granizo los árboles y sembrados; el hombre, pasmado ante el poder de Dios, empieza á comprender el valor de las palabras de los hombres.

¡Cómo se extinguirá el ingenio humano cuando el sol

deje de lucir y aparezca Dios en Oriente como un rayo, y, envuelto en truenos y relámpagos, venga á juzgar á la humanidad!

Yo gozo oyendo los bramidos del huracán, pues me recuerdan la exhortación que dice: «Levantad la cabeza con confianza, que ya se acerca vuestra redención!»

XIII. Puesta de sol en los Alpes.—El sol baja lentamente, ocultándose entre los musgos; de repente, ¡oh, delicia! surgen llamas rojas.

Los glaciares florecen y los picos y crestas se muestran bellos como la juventud; las rocas llamean y brillan como oro líquido.

Absorto contemplo tan sublime espectáculo, y, recordando la muerte, me digo con los sentidos embotados:

«¿Brillará entonces también tan rojo fulgor?»

XIV. El curso de las nubes.—Por los lomos de las montañas pasan los grandes nubarrones como un ejército á paso de carga.

Allí donde sirve de palanca la Iglesia, cerrando el paso del valle, se deshace el nublado en polvo impalpable.

Dejad que bramen el infierno y el mundo. Cuando se levantan montañas, Dios, con un solo movimiento de su mano, las hace descansar.

XV. Después de los días nublados.—¡Qué lucha no se libró estos días! Semejante á la de los primeros tiempos de la creación, la niebla, vencida centenares de veces, volvía siempre dispuesta al combate!

Todos con los ánimos excitados, luchábamos en defensa del sol y sentíamos un temor y un gozo como si se tratara de defender la fortaleza de la ciudad natal.

Y hoy, que, derrotadas y vencidas las nieblas, muéstrase el sol vencedor, á todos nos parece haber contribuído á la victoria y participamos de la corona de laurel.

Nos preocupaba el final de la batalla entre la luz y las nieblas, y, en cambio, seguimos fríos é indiferentes ante la gran lucha mundial entre el bien y el mal.

¡Ay! Si nos interesara tanto la causa de Dios como el

tiempo y el sol, el día de su gran venganza, la fiesta de la victoria del Señor, sería también la nuestra.

XVI. La niebla fugitiva.—Tiempo hace que veía extenderse por la falda de la montaña una niebla densa, semejante á un dragón gris de proporciones gigantescas que enseñara con furia los dientes.

Pero apenas cambiaba el viento desaparecía el monstruo, como los fantasmas, y sólo de los precipicios veíanse surgir restos de niebla que flotanban como las barbas de un demonio.

El dragón vivía en el país en otros tiempos, victorioso y seguro de botín, hasta que el hálito de Cristo lo destronó, y entonces huyó, como la niebla, ante la cruz.

Mas entre los repliegues del corazón defienden su poder los restos que quedaron. ¡Cristianos, velad; pues el dragón volverá en cuanto descuidéis la guardia!

XVII. Campiña otoñal.—Me gustan las hojas amarillas que sufrieron huracanes y tempestades y saben lo que es temblar.

Prometer y hablar con jactancia es cosa propia de las hojas verdes; pero cuando llega el día de cumplir y pagar, se caen de puro miedo.

Generación de fingidos, parcos en obras: prefiero los frutos de mi hoja amarilla.

Otoño, el de los cabellos pálidos y enmarañados por los huracanes, que sabes lo que es tristeza y opresión y, maduras con los trabajos: te saludo como á un redentor de todo lo mediocre. Yo gusto de las hojas amarillas, pues lo que está maduro se torna descolorido.

XVIII. El sermón de la montaña.—Mortal, absorto en la contemplación: abre el corazón y los oídos, que el sermón será corto.

Como el bronce de las campanas hervíamos y rugíamos los montes en otro tiempo, cayendo y precipitándonos, cuando de pronto dijo el Componedor del mundo: «¡Hasta aquí, pero ni un paso más!» Y henos aquí yertos y duros como el bronce.

Sin embargo, basta una sola señal suya para que de nuevo se fundan nuestros miembros y nos precipitemos á los abismos.

XIX. Armonía divina.—En la cuesta penosa de la vida, el caminante suspira enloquecido por la pena: «¡Qué amarga es la vida y qué desgarrador el mundo! Todo se vuelve enigmas, confusión, en que se pierden el corazón y el espíritu. Sólo veo disimulo, disonancias, sin un solo tono armónico que las unifique!»

Calla, caminante: recuerda el viaje en que, subiendo la enhiesta roca, pasabas horas enteras por entre los picachos, pisando tierra movediza y tostado por los rayos del sol. Ya te sentías cansado, desfallecido, muertos tu valor y tu esperanza, cuando de pronto erguiste la cabeza y alzaste las manos: ante tus ojos se abrió un edén maravilloso y quedaste mudo y extático de asombro.

Montes coronados de nieve plateada, cielo profundo, lagos azules, laderas grises, valles estrechos, huellas de antiguos incendios, praderas y ambiente dorados, sombras y aromas azules, millares de gavillas de un solo sol y millares de colores que producen la más intensa alegría, se ofrecían á tus ojos.

Caminante, rendido y cargado de penas: sigue tranquilamente tu camino. Allí donde los hombres yerran y gobiernan nunca falta el dolor ni la confusión; pero levanta la vista al cielo. Cuando á fuerza de sufrimiento y de constancia hayas llegado á la cima, verás extenderse ante ti lo que Dios te ha preparado: luz, paz y armonía.

XX. Luz terrena y luz celestial.—Cuando no había en el cielo sino la luna y la alborada, se veía el mar desde la orilla con un resplandor luminoso.

Ahora brilla el sol majestuosamente llenando el aire de cascadas de luz, y el mar, allá abajo, se viste de negro y verde.

Donde la oscuridad existe, brilla y resplandece la luz del hombre; pero donde surge la luz de Dios, muy pronto palidecen los resplandores humanos.

XXI. Tempranito á orillas del lago.—El cielo es hoy una catarata de luz que produce la alegría del vivir, y el lago parece un espejo de esmeralda, tal como lo vió Ezequiel.

Ved qué negra y espantosa banda; escuchad ese estrépito que á lo lejos retumba. Es un barco, cuya negra cola empaña el cuadro de luz y tranquilidad.

Así invade el hombre desde la creación el paraíso de Dios, y enturbia y mancha todo lo que Dios crió bello y puro.

¡Oh! Si lo que es de Dios te causara tanta lástima como el mar trasparente, ni el alma sería profanada ni el paraíso te resultaría un cuento.

XXII. El toque de llamada.—Ya amanece; ya suena el grito de guerra. Soldados de Cristo, ¡fuera del lecho! La bandera de la cruz ondea al viento, y el ruido de las armas bendecidas suena por todas partes.

¿Ves las bandadas de los enemigos, conjurados contra el Señor y su reino? Hermanos, el que tiembla y huye está perdido: sangrar y morir es gloria eterna. Los héroes que cayeron antes que nosotros, brillan como estrellas, con resplandor celestial. Cristo nos recibe en la puerta y nos alarga con su propia mano la corona de laurel.

Amanece, huyen las sombras. Soldados de Cristo, ¡arriba! ¡Rodead la cruz de armas brillantes, y entrad con ardimiento en la pelea!

Amanece, llaman á la oración. Sacerdotes del Señor, dirigíos al altar. La mañana pertenece al Señor, y por la mañana se le ofrece el sacrificio.

Ya están reunidas las multitudes de ángeles que, ardiendo en fervor, se inclinan al suelo. Millares de badajos golpean las campanas y conmueven las auras saturadas de incienso. Á millares suenan coros y cantos, y murmuran los bosques su oración matutina. Ved, ya desciende al ara el Cordero que ha de inmolarse ante el Padre.

Amanece. Cristianos, decid conmigo: «¡Sacerdotes del Señor, dirigíos al altar, que somos una generación de apóstoles y no debe faltar uno solo!»

Amanece; ya canta el gallo. Siervos del Señor, á vues-

tro deber: para descansar os dió la larga noche; ahora os da luz para que trabajéis.

Ved cómo se han extinguido la luna y las estrellas en cuanto dijo: «Vuestra obra está terminada». Ved cómo el sol, para llegar con puntualidad, recorrió durante la noche, apresuradamente, la vía gigantesca. Servid al Señor y cumplid su voluntad como la cumplen los ángeles llenos de gozo; pagad con mudos sacrificios todos los dones que Dios os concedió.

Amanece; suena el toque de llamada. «¡Siervos de Dios, acudid al deber!» Pronto sonará la trompeta del juicio, diciendo: «¡Vosotros, los que dormís, presentaos al tribunal!»

XXIII. ¡Qué celestial!—¡Qué preciosa es la senda cubierta de rocío matutino! ¡Qué engalanada resulta toda la comarca! ¿Es este el mundo de los pobres pecadores? ¿Es este el antiguo valle de lágrimas?

El aire era ayer pesado y mortal, hasta el punto de que la tierra me parecía un lecho de enfermo. Hoy se difunde como saturado de jugo primaveral y despierta en mí mismo los vigores juveniles.

Ved los edificios majestuosos que forman aquellos montes, que brillan como plata sobre el azul del cielo. Ved el lago, claro espejo bordeado por el bosque, y cuya espuma son perlas.

Las campanas matutinas se desperezan y repiten el sonido millares de veces, hasta que en el bosque y en el lago resuena la alegría, y el corazón se eleva gozoso á las alturas.

Campanas matutinas, vuestros tañidos parecen cantos angélicos. Abejita matutina, sol temprano: sois manantiales de puro goce celestial.

Mas decid: ¿no susurra la misma abeja y no luce la misma luz durante todo el día? ¿Pues por qué encontráis sólo por la mañana tan gran encanto en la naturaleza?

No me lo preguntes, bien lo sabes; aun es de mañana y está Dios presente; los que al Señor hacen salir del mundo, están todavía durmiendo.

Aun no se oye ninguna palabra de maldición en los campos ni caminos; ni la usura ni la pérdida de la honestidad han amargado al rayo de sol el placer de derramar su luz.

La abeja zumba, el petirrojo canta, susurran los pinos, repican las campanas; es que se publica la obra de Dios, pues aun siguen muertos los ejércitos del mal.

Éstos ya nos hacían ver ayer su diligencia, y por esto se notaba tan pesado y bochornoso el aire. Los ángeles, á la luz de la luna, lavaron con sus lágrimas el mundo pecador, hasta purificarlo.

¡Oh camino celestial, cuajado de rocío matutino! No queda una sola hierbecilla en toda la comarca que no beba las lágrimas de los ángeles y me llene el corazón de la magnificencia divina.

¡Oh camino celestial, cuajado de rocío matutino! Aunque los hombres profanen la fábrica del universo, sigue éste siendo la bóveda de Dios repleta de gracia, mientras el sol vuelve á la tierra.

XXVI. Al caer la noche.—Silenciosa baja la noche, cubre de rocío el seco follaje, y presta reposo á los fatigados miembros y bálsamo al corazón enardecido.

Los que me atormentaban, duermen; el lejano ruido del trabajo se extingue en lontananza, y hasta la preocupación arroja su ancla en el puerto durante la noche.

Apacíguase lentamente el corazón que momentos antes se veía destrozado por los tormentos, y sonriente veo que lo que de día me pareció un dragón terrible se ha convertido en gusanillos enanos.

Poco á poco desaparecen en las tinieblas las madrigueras de topos de nuestra tierra, y en cambio se levantan resplandecientes y llenos de gloria millares de mundos gigantes.

¡Pobre mortal, á quien uncen al yugo la soberbia, la miseria y la locura; á quien el triste calabozo de la vida sujeta con esposas el corazón y los ojos!

¡Qué pequeño te verás; qué fácil te parecerá tu lucha

actual y cuán espaciosas las llanuras del otro mundo en cuanto muera la luz terrena!

XXV. Las fogatas de guardia.—En los abismos de la tierra acecha la noche tenebrosa; de los antros del infierno sale el enemigo dispuesto á la batalla. Los ángeles encienden entonces quedamente sus fogatas, para anunciar al mundo: «¡Los ejércitos de Dios velan por ti!»

XXVI. En noche silenciosa.—En noche tan silenciosa ¿quién encendió aquella lucecilla? La aguja, ya rendida, no descansa, y al resplandor de pálida luz, vela la niña angustiada y descolorida.

La débil llama contempla con angustia las encarnadas rosas de sus mejillas. La madre gime con fiebre en la cama, única que hay en la mísera estancia. La pálida niña se acerca al lecho, vacilando y semejante á un cadáver.

¡Cuánta tristeza ilumina aquella luz en noche tan silenciosa!

Y en esa noche tan silenciosa, ¿quién se desliza tan quedamente por la sombra del muro? Ahora se encoge temeroso como atacado por un calambre. ¿De dónde viene? ¿Adónde va? ¿Acaso acaba de cometer un fratricidio? ¿Viene del lugar de perdición y va á unirse á la banda de perdidos?

Él mismo no lo sabe, pues es juguete de sus vicios y pasiones. La madre, mientras tanto, ruega por él á Dios suspirando y avergonzada.

¡Oh Dios mío, qué calladamente se desliza el vicio en noche silenciosa!

En noche silenciosa, sólo la miseria y el vicio velan; mas hay uno en el fondo de los cielos que todo lo contempla y envía á sus ángeles por el mundo. No hay camino, por escondido que sea, que recorran los pecados, que no descubran los ángeles, ni sacrificio, ni silenciosas quejas que no lleven aquéllos al trono de Dios. ¡Oh noche, esposa fiel del silencio, con cuánta elocuencia publicas la verdad: «Dios vela; lo mismo ve la miseria que la culpa en el silencio de la noche!»

XXVII. Arte y naturaleza.—El manantial me habla hace algunas horas; charla y susurra como un coro de alondras: verdad es que oigo siempre idéntico charloteo, pero, á pesar de esto, no me canso de escucharlo.

Admiro el valor del cantante y del pintor; pero ¡ay, cuán pronto se convierte el arte humano en tormento! Cuando más me embriagan el bosque y el llano, más me encadena la naturaleza de Dios.

CAPÍTULO XVII

El arte de vivir feliz

I. Prejuicios sobre la felicidad.—1. Si fuera verdad que los tontos son afortunados, el inventor de esta frase debió haber sido el más venturoso de los mortales.

Pero no es así. El tonto no puede ser feliz; porque aunque la suerte se le venga á las manos no sabe retenerla ni aprovecharla. Sólo es verdad lo siguiente:

«El sabio comprende el peso de la vida, porque tiene el espíritu despierto y claro; al loco dadle un vaso de vino y ya le tenéis satisfecho».

¿Á cuál de los dos debemos considerar más venturoso?

2. Idéntico sentido tiene la frase: «Á ese le entró la suerte por las puertas». Si se le entró de rondón como cae la nieve por la chimenea, no será cosa del otro jueves, y es fácil que desaparezca con la facilidad con que se liquida la misma nieve en la chimenea.

Semejante fortuna casual podrá ilusionarnos algunos momentos; y, en cuestiones de poca monta, fácil es que la suerte haga su juego proverbial y loco; pero en lo importante serán siempre una verdad las palabras de Moltke: «Á la larga, sólo tiene suerte el hombre que vale»; mejor dicho, aquel que toma con seriedad sus deberes para con Dios y los hombres, y ejerce, en el mayor grado posible, la aplicación, la previsión y el dominio de sí mismo.

Acostumbramos á disculpar nuestra negligencia afirmando que la fortuna es ciega, que todo es fruto de la casualidad y de la fatalidad, ó, si somos religiosos, de la voluntad de Dios. Y, en efecto, á menudo rigen los secretos designios del Señor, pues por lo general puede de-

cirse que Dios ayuda más al que cumple mejor con sus deberes.

«Si abrieras los ojos y no temieras correr ni sudar, no dirías con tanta prisa: La suerte es infiel y ciega» (Dionisio Catón).

3. Tan antiguo como popular es el dicho de que, en este mundo, á los malos les va siempre bien, y á los buenos mal. Hasta el Antiguo Testamento suele ocuparse repetidas veces en este proverbio, y da testimonio de lo fácilmente que hace dudar á uno de la Providencia divina y aburrirse del bien.

Para tratar á fondo cuestión tan espinosa se necesitaría todo un libro. Afortunadamente poseemos varias obras excelentes que la tratan con el título de Teodicea. Las más notables de todas ellas son la *Ciudad de Dios*, de San Agustín, y la *Divina comedia*, del Dante. Nos limitaremos, pues, á aconsejar el estudio detenido de dichos libros.

Aquí nos bastará hacer las tres preguntas siguientes: 1.ª ¿Qué es de la tan decantada suerte del malo? ¿Cuál es su consistencia, su seguridad y su duración? 2.ª ¿Puede ser el malo realmente venturoso? ¿Es capaz de hacer feliz la división espiritual y el embotamiento interior y exterior? 3.ª y la más importante: ¿Quién es bueno y quién es malo? ¿Á quién corresponde el juicio sobre ello? ¿Se puede ser juez en la propia causa? ¿Hay quien sea tan malo que no tenga algo digno de recompensa, ni tan bueno que no tenga algo por lo cual deba hacer penitencia?

Si eso que llamamos suerte lo aceptáramos en forma menos materialista, si nos guardáramos un poco más de las exageraciones, de la envidia y de la suspicacia, si nos esmerásemos más en practicar la paciencia y la sumisión á la bondad y sabiduría divinas y nos acordáramos de nuestra culpa y de la obligación que tenemos de hacer penitencia, las preguntas anteriores no tendrían por qué preocuparnos.

4. El peor de los prejuicios, por no decir la mayor de

las injusticias, está en las palabras: ¿Por qué he de ser yo precisamente el castigado por la suerte? Todos los demás son hijos mimados de ella, y á mí, en cambio, sólo me trata como madrastra.

Esta afirmación es indigna de ser pesada en la balanza de la razón y de la fe, pues en ambos casos sería severamente condenada. Y, en efecto, no parece derivar de una razón pensadora, sino de un corazón dado á la murmuración, suspicaz é impaciente. La razón sabe muy bien que ningún mortal se halla excluído de la suerte común á toda la humanidad, y que aquellos que disimulan la cruz que llevan, sufren doblemente por lo mismo que no tienen nadie que los compadezca ó á quien confiar sus pesares. La fe sabe también que la suerte no elige sus hijos mimados, sino que el Señor, justo y bondadoso, es el que reparte, por medio de su Providencia, el destino que á cada cual corresponde en el mundo.

El corazón atribulado olvida, bajo el peso de su tristeza, tan grandes verdades y se desahoga con esas palabras que han de pesarle en cuanto vuelve en sí y reflexione un poco.

Por tanto, es conveniente no responder á semejantes desahogos de la impaciencia y decir únicamente lo que decía la madre de Leonor:

«No sabe lo que dice; no tengas en cuenta su pecado».

También Dios lo perdonará, porque sabe que el hombre sólo siente la cruz que pesa sobre sus propios hombros, y que el sentimiento tiene más parte en las manifestaciones humanas que la razón y el detenido examen de las cosas.

5. Ciertamente que sólo la falta de reflexión es lo que hace al hombre quejarse de la inestabilidad y volubilidad de la fortuna. Pero, ¿cómo han de tener consistencia esas cosas, que, según dice el poeta, son:

«Cosas vanas en que los mortales ponen toda la felicidad de su vida, sin pensar más que en la ganancia y el aplauso?» (Milton).

Cuando se observa el abandono con que la mayoría se

prepara á su profesión y la superficialidad con que atiende á sus asuntos; cuando se ve que cada triunfo alcanzado aumenta la vanidad y arrogancia; cuando se contempla cómo es objeto de mofa todo aquel que exhorta á tener más seriedad é interioridad y á quien se desprecia calificándole de molesto predicador, moralista exigente y pesimista insoportable; cuando se experimenta á menudo que la supuesta suerte se compone sólo de mentiras, intrigüelas é injusticias, ¿puede menos de confesarse que la fortuna, ciega y todo, es más consecuente y lógica que la humanidad vidente?

En efecto, la llamada lógica de los hechos es á menudo el único medio de hacer que reflexionen los hombres; pues, si se les dice que sin una base moral es imposible que el éxito adquiera consistencia, sólo saben burlarse de la candidez del que cree poder juzgar los asuntos públicos según las máximas de la teología y de la moral. Si se los pone en guardia contra el espíritu mundano, que sólo aspira á atraer la atención y medrar rápidamente, alzan el grito contra el consejero, llamándole místico fastidioso y diciéndole que con sus jeremiadas paraliza toda energía. Pero, si se justifican los pronósticos, entonces lo achacan todo á la volubilidad de la fortuna ó confiesan que, por desgracia, aquél ha acertado «esta vez» y que en lo venidero aprovecharán sus advertencias.

II. La mejor parte.—Mi agudeza me ha producido muchos chascos y ha hecho nacer la de los demás; por eso me he puesto en manos de Dios, y ya no he quedado chasqueado.

III. Ya llegará tu tiempo.—Déjalos que te reprendan, soporta las exhortaciones y cumple fielmente con tu deber ante Dios, ya llegará día en que valgas, aunque no será mientras alientes.

IV. Nostalgia de descanso y de patria.—Cada año que caminamos por el destierro se fortalece el ansia que tenemos de reposo para el resto de nuestros días. Feliz aquel á quien las penas enseñan el camino de la verda-

dera patria; pues de otra manera se hace fuerte en la tierra como el topo, á medida que se envejece.

V. Ha hecho su suerte.—Así dice el vulgo de la muchacha que ha logrado uncirse para toda la vida al yugo del matrimonio.

Pero, ¿es tanta su fortuna? Hasta entonces fué libre y dueña de su albedrío; hoy está sujeta. Antes era objeto de la solicitud y de los agasajos de todos; hoy está amarrada con la cadena del deber. Antes podía disponer de su persona; ahora se halla en completa dependencia del hombre. Y no hablemos de las demás cruces domésticas y conyugales. Con que, decidme: ¿ha tenido mucha suerte?

Y, sin embargo, la expresión «ha hecho su suerte» es correcta, aunque por lo general sea interpretada en sentido equivocado.

Sí, la joven ha hecho su suerte: no una de esas suertes fantásticas, románticas, novelescas, sino la suerte única y duradera, siempre que entre en el matrimonio con el firme propósito de renunciar á sí misma y trabajar sólo por la felicidad ajena.

Para eso, claro está que no es preciso casarse; pues ambos propósitos puede realizarlos también fuera del matrimonio, y hasta con mayor amplitud que dentro de él. Pero es el caso que la mayoría «necesitan» verse sujetos con lazos indestructibles á estas condiciones de felicidad, aun en contra de su gusto, por lo cual el matrimonio viene á ser para muchos una necesidad psicológica.

Ahora, tanto en el matrimonio como fuera de él, quedan establecidas definitivamente, como bases de la felicidad, las dos siguientes: Abnegación de sí mismo y fomento del bien ajeno, ó, mejor dicho, del bienestar común.

VI. El beneficio que encierra la violencia exterior. 1.—Las personas que se hallan sometidas al deber ineludible, á la vida seca y monótona de un empleo, suelen quejarse de su sujeción insoportable, de su indigna esclavitud, de la estupidez y estrechez de miras de que las rodea la suerte, que les recorta las alas, las condena á trabajos

forzados propios de animales y de esclavos y les cierra todo camino á la luz y á la ventura.

2. Hacen mal, aunque, individualmente, tengan todos cien motivos para lamentarse. Y, sobre todo, son injustos con la suerte misma. Verdad es que todo el mundo es de idéntica opinión. Ya lo dice el poeta:

«Cuando uno sale de su casa en busca de asnos y vuelve con la corona, como dicen de Saúl las Escrituras, el mundo le llama afortunado».

Pero ¿halló Saúl ventura con la corona? Indudablemente, no. Claro está que pudo hallarla con esta misma; pero en tal caso debió haberla comprendido y buscado en otra forma muy diferente.

3. Las aludidas personas trabajan, además, en sú propio daño. Es indudable que no produce ningún placer, considerando la iniciativa independiente del hombre, el hallarse sujeto al mecanismo siempre igual y monótono de su empleo, como la bestia de carga al yugo; pero precisamente porque esta tendencia á la indisciplina le hace salir con tanta facilidad de las vías dispuestas por la Divina Providencia, desgracia que suele pagar compartiendo el triste sino del cesante, del vagabundo ó del desterrado, resultan muy beneficiosas una disciplina y una sujeción severas.

La gente más descontentadiza es la que no hace nada, porque puede hacer siempre su santa voluntad. De tales hombres es de quienes puede decirse lo de Sigfredo: «Al joven no le aquejaba ninguna molestia especial» (Nibelungos); pero no se soportan á sí mismos por la sencilla razón de que tienen que confesarse que no ocupan lugar alguno en el mundo ni sirven para maldita la cosa; es decir, que estorban en todas partes.

¡Qué feliz sería cualquiera de estos desventurados, si una necesidad perentoria, un trabajo útil y productivo le proporcionara la satisfacción de saber que sirve para algo en el mundo!

4. Dichas personas cometen, además, una injusticia

contra la sociedad, pues para que ésta medre es imprescindible y provechosa la sujeción.

Hay individuos á quienes impele á trabajar la propia necesidad ó el tedio. Pero vosotros, que conocéis el egoísmo de los hombres, decidme: ¿cuántos se prestarían de buen grado á trabajar en pro de intereses extraños y del bien común? ¡Y eso que es necesario fomentar el bien público, sin lo cual no puede existir la sociedad, y por lo tanto, la propia conveniencia!

5. Repito que no puede existir la propia utilidad, la que se mide y se pesa, porque todos vivimos de la comunidad; y, sobre todo, no puede existir la utilidad espiritual. Hemos sido creados para el bien común y no podemos hallar nuestra ventura sino trabajando en su felicidad. La falta de interés por dicho bien común lleva á la indiferencia, y ésta á la hostilidad contra todos los fines buenos, la cual, á su vez, arrastra á la deserción y con ella á esos reproches interiores que suelen manifestarse con frecuencia en ciego furor de destrucción.

«Sólo hay entonces un sentimiento capaz de mitigar la amargura del corazón y el ansia de venganza» (Verdaguer).

6. Ahora comprenderemos toda la sabiduría que encierra la sentencia:

«La necesidad es una nuez amarga y una beneficiosa penitencia».

Y con la misma sequedad y sabiduría dice el poeta:

«Mejor nos hallamos en la odiada necesidad que en la elección amarga» (Schiller).

Con esto queda nuevamente demostrado que al hombre le suele, generalmente, convenir y aprovechar aquello que menos le agrada, ó sea, la limitación de la propia libertad; y como la mayoría no se aviene á ello de buen grado, la violencia se encarga de obligarle á conseguir su bienestar.

VII. El arte de llegar á ser feliz.—1. Los hombres no consienten que se les quite la idea de que están destina-

dos y capacitados para la felicidad. Al asegurar Strauss, burlonamente, que el que no quiera renunciar á semejantes puerilidades infantiles no puede ir á su lado, sólo proporciona un motivo más para volver la espalda á su incredulidad desesperante.

2. Y al revés: el estoico se mofa también de nosotros cuando afirma que todo es cuestión de imaginación, que él se halla sobre el toro candente de Fálaris tan á gusto como sobre un lecho sembrado de rosas. Eso demuestra que aquél habla porque tiene boca, sin pensar ni reflexionar en lo que dice y sin haber conocido la vida real con todas sus tribulaciones, y prueba que nunca supo lo que es felicidad y contentamiento, de tal modo que opina como los budistas, para quienes un martirio rápido es la redención de la infelicidad interior.

Hay males muy reales en la vida, males que pesan con toda su carga insufrible sobre el pobre corazón humano, el cual necesita á veces de toda su energía, de una confianza ilimitada en Dios y de una sumisión completa á la divina voluntad para sobrellevarlos. En efecto, no son ilusiones cuando aquéllos nos hacen sentir su carga abrumadora, ni hay imaginación, ilusión ni discusión que nos los hagan desechar, mientras Dios insista en que los llevemos.

3. Lo dicho por los estoicos, que exageran todo pensamiento sano, lo mismo que Kant y Schopenhauer, encierra, sin embargo, la verdad de que millares de males aumentan y empeoran gracias á nuestra imaginación, á nuestra sensibilidad y á nuestra impaciencia; especialmence los sufrimientos morales, la melancolía, la hipocondría, el histerismo y, en particular, los que son consecuencia inmediata de nuestros excesos y pasiones, y que podríamos evitar en absoluto ó aliviar y suprimir con la acción de una voluntad enérgica.

4. La verdad descansa también aquí en su justo medio.

Á pesar de que el mundo es un valle de lágrimas, y lo será siempre, el arte de ser feliz es mucho más fácil que lo

que la mayoría se figura; y, de todos modos, está en nuestra mano poseerlo.

5. También se puede ser feliz en medio de los sufrimientos. Habría que compadecer al que no pudiera confirmar por propia experiencia que ha disfrutado mayor grado de consuelo interior en el crítico momento en que pesaban sobre él la mayor amargura, y en el instante en que se vió rodeado del menosprecio general y herido por los ataques y reproches ajenos.

«El no conocer la desgracia es ser verdaderamente desgraciado» (Samuel Daniel), dice el poeta, y la historia de algunos niños mimados de la fortuna lo confirma. En cambio y en oposición con lo anterior, exclama el Apóstol: «Repleto estoy de consuelo, reboso de alegría en toda tribulación» (II Cor., VII, 4).

6. El experimentar tanto consuelo depende, en parte, de la munificencia, de la gracia de Dios; pero también, en parte, de la sumisión y resignación ante la voluntad divina.

Además, hay otros muchos medios para conseguir la felicidad, los cuales están en nuestra mano; aunque con eso no queremos decir que la gracia de Dios no haya de cooperar eficazmente en la consecución de aquélla.

7. ¿Qué suele hacer al hombre tan desgraciado, por lo regular? Su propia persona. Y aun allí donde la verdadera causa se halla fuera de su radio de acción, como ocurre con las enfermedades, contratiempos y persecuciones, no deja de tener poca parte la propia conducta en la pesadumbre interior que aquél experimenta. Por lo cual sólo puede socorrérsele cuando él se ayuda á sí mismo.

8. Y esto descartado el caso en que una culpa pese sobre su conciencia, caso en el cual se halla la causa más frecuente, á menudo la única, de nuestra desgracia. El poeta dice con harta razón del espíritu maligno lo que pudiéramos aplicar también á toda conciencia culpable:

«La llaman Discordia porque no conoce la paz ni la concede á pecho alguno en que ella more» (Grillparzer).

De modo que no hay más que un remedio: arrancar el

mal del corazón y emprender formalmente nuevos derroteros. Pero la empresa no puede llevarse á cabo sin el empleo de nuestra propia actividad.

9. No es raro que la impresión de descontento tenga su origen en que el individuo carezca de un fin real de vida, de una profesión regulada y de la falta de trabajo y de preocupaciones.

En efecto, ahí le duele. La falta de penas y cruces. Millares de personas serían más felices si pesara sobre ellas una buena cruz. Ya lo dice el antiquísimo proverbio:

«El hombre que no carece de nada está exento de felicidad».

No me cansaré de repetir que los descontentos son precisamente los que lo poseen todo; los que, pudiendo satisfacer sus deseos, hallan la vida insulsa, los que, ocupados únicamente de sí mismos, del cuidado de sus figuraciones, pasan la existencia con la eterna preocupación de contentarse perpetuamente á sí mismos.

«Los más insulsos parecen embriagados y frenéticos. ¿Por qué? Porque están llenos del vino *yo*» (Barbat de Bignicourt).

Otros no pueden quejarse de la falta de un objeto que llene sus aspiraciones, pues su propio corazón es demasiado cobarde para que, aun teniéndolo, pudiera dedicarse de lleno y en absoluto al mismo. La sola palabra «abnegación», los espanta, los hace temblar. Eso de verse en la precisión de privarse de alguna cosa, de violentarse con algo ó de arrancar de su interior algun defecto les resulta insufrible. En todo se ocupan, en todo hallan motivo de crítica, en todo quieren mandar; pero no saben inclinarse al deber y al orden. Ya sea por desaliento, ó por secreta ambición, se enmarañan en una red tal de pensamientos, proyectos y temores, que les impide nuevamente dedicarse á sus compromisos. Con lo cual vuelven á sufrir los reproches de la conciencia, á cuya voz huye el contentamiento.

10. Si se piensa bien en todo esto, se comprenderá fácilmente el camino que debemos seguir para procurarle al

corazón, descontento en la mayoría de los casos, la satisfacción y la ventura.

El medio más seguro para lograr la felicidad en la tierra está en proponerse un fin serio que llene por completo el corazón y la vida, á causa de exigir esfuerzos y sacrificios.

Claro está que ha de ser un fin asequible al hombre; por lo demás no importa que sea tan elevado que no pueda lograrse por completo su realización. Las personas que han sabido entusiasmarse por una causa muy noble, muy sublime, no han sido de las más desgraciadas, aun cuando hayan tenido que lamentar centenares de veces el fracaso de sus intenciones y la falta de la ayuda ajena. Fácil es comprobarlo: basta decirles que renuncien á una obra tan difícil para observar que dejarían antes la vida que la empresa.

No, señor; el que se ha encariñado con un objeto serio no será nunca desgraciado, aunque le cueste grandes sacrificios, ó precisamente por eso mismo. Un deber puede exigir un sacrificio grande y cruento; pues la conciencia de haberlo cumplido es uno de los más puros manantiales de ventura. Y hasta en el preciso momento en que se lleva á cabo, produce el contentamiento propio en lo cual se basa la felicidad relativa que es posible alcanzar en la tierra.

Los caminos más eficaces para conseguir esta felicidad son: la voluntad, el trabajo, la violencia, el esfuerzo, la victoria sobre la cobardía y las necesidades, y la destrucción de las cadenas que puedan atarnos á las pasiones.

11. Y si, por añadidura, hacemos feliz á un tercero, se centuplica ese sentimiento de ventura exquisita.

«El camino más corto para hallar la felicidad es hacer felices á los desgraciados; y si esto te cuesta un sacrificio, te sentirás doblemente venturoso».

¡Y qué fácil es á veces alcanzarlo! Una palabra de consuelo, una ligera concesión, una mirada cariñosa que infunda valor, una muestra de interés, un favor insignificante, incluso á veces una palabra de censura y de enseñanza, bastan para reanimar al prójimo de tal manera que

uno mismo se admira de hallarse tan consolado y animoso.

Efectivamente, la felicidad no es tan difícil de conseguir como suele creerse. La cuestión está, no en cruzarse de brazos ni esperar á que aquélla, extraviada y errante, llegue hasta nosotros; sino en salir á buscarla formalmente con el trabajo, los sacrificios y la abnegación.

VIII. El camino de la suerte.—El camino de la suerte se encierra en las siguientes palabras: amar el trabajo, aprender á sufrir privaciones, endurecerse, dominar los caprichos, limitar las necesidades, pisotear los afectos vanos, domar las pasiones, saber prescindir de los hombres y dar al juicio de éstos su debido valor, no desmayar en el cumplimiento del deber aunque esté lleno de fracasos y contradicciones, hacer felices á los demás ó al menos aliviar sus sufrimientos, y tratar de conservar siempre el propio equilibrio por medio de la fidelidad á la conciencia y poniendo la mirada en Dios.

IX. La felicidad.—Es inútil buscar la felicidad como si ésta descansara ocultamente en el césped, pues aunque se hallan los hayucos bajo las hayas, la felicidad no cae de los árboles. Es inútil mendigarla, y si das una vuelta por el mundo, observarás que éste sólo sabe hacer daño y verás cómo se amarga la felicidad ajena.

Tú mismo debes crearte tu suerte como una propiedad de difícil adquisición; tú mismo debes conquistarla con las armas como un botín, peleando con gloria.

La fuerza para crearla te la dará el amor; tus armas serán la justicia. ¡Ojalá te impulsara el olvido de ti mismo y te hiciera servicial con tus semejantes!

Ve, pues, y sacrifícate por todos; que ese es el principio y la puerta de la felicidad: porque hacer venturosos conduce á la ventura.

El cumplir con abnegación tus deberes y envolver el santuario de tu corazón en perfumes de sacrificio é incienso, es lo que constituye la felicidad de la tierra.

X. Sentencias para los buscadores de la felicidad.—1. Cuanto mayor sea el número de privaciones que

te impongas, mayor será la independencia de que goces:

Hay dos modos de enriquecerse: ganar y saber privarse; y uno sólo para alcanzar la felicidad: no temer sacrificios ni molestias.

Bastarse á sí mismo, poniendo en Dios la superabundancia de toda dicha, es llegar á la cima de la libertad y la ventura.

2. En cuanto deseas algo desordenadamente, aunque sea bueno, te pones intranquilo y excitado.

3. Sabiendo dominar hasta el deseo más justo, serás más feliz que si consiguieras una cosa que no es del todo conforme á la voluntad de Dios.

4. El que no busca su suerte en la fantasía, sino en la realidad, se verá libre de muchos desengaños.

El imaginarte la felicidad no te enfría ni te calienta; pero el soñar una ventura imposible te empobrecerá para toda la vida.

5. La mayoría de los hombres serían más dichosos si no buscaran la felicidad sino allí donde se ven precisados á vivir, á trabajar y á sacrificarse.

6. De los restantes, la mitad sería feliz si se preocupara más de lo suyo que de lo ajeno.

7. El que sepa sufrir generalmente la contradicción y la enemistad, y con humilde resignación el fracaso de sus intenciones y hasta sus propios defectos, podrá disfrutar de un apacible sosiego.

8. Rudo será el trabajo del que se proponga recoger el guante siempre que se lo arrojen. Déjalo tranquilamente, que al otro día ya se lo habrán llevado los buitres; en cambio, si lo recoges tú sacarán la paz y el sosiego de tu corazón.

9. Para aquellos que no esperan el inmediato aplauso del mundo ni la recompensa de Dios, la conciencia de una buena acción es manantial de paz profunda.

10. Los hombres más desventurados son, por lo general, aquellos que tienen tiempo sobrado para filosofar sobre su desgracia. Los oprimidos por el trabajo y las preocupacio-

nes no se quejan de su mal real ni la mitad de lo que se lamentan los desocupados del suyo imaginario.

11. Si los hombres aprendieran á aprovechar los frutos de la siembra como penitencia por los pecados cometidos en la sementera, soportarían muchos males con mayor resignación.

12. Lo que convierte la vida en tormento, es el vacío interior y la convicción de que no se llena exteriormente el puesto que se ocupa. Con mayor fidelidad á la vocación y un poco más de recogimiento, la situación se haría más pasadera y soportable.

13. Todos tenemos el puntillo suficiente para sentirnos abrumados por una suerte no merecida. y de ahí proviene el malestar de los que, por su nacimiento ó por casualidad, sin mérito alguno por su parte, alcanzan posición y bienestar. Y en efecto, no logran verdadera satisfacción interna hasta que reconocen que deben ganarse la felicidad mediante una labor seria y continua.

14. Dice Salomón: «Vale más un pedazo de pan seco en paz, que todo un banquete en medio de la discordia» (Prov., XVII, 1).

15. Produce mayor ventura un céntimo ganado por uno mismo que todo un tesoro ganado á la lotería.

16. Ya se les podría desear á los hombres buena suerte si supieran aprovecharla; pero regularmente se transforma ésta, por el abuso, en principio de su desventura.

17. La felicidad perdida causa mayor pesar que la desgracia heredada. Pero si aquella pérdida hace al hombre más modesto, reflexivo y sosegado, la desgracia puede convertirse en el origen de la verdadera ventura.

18. No es feliz, dice San Agustín, el que tiene todo lo que desea y ama, sino aquel que ama y desea lo que es verdaderamente digno de amor.

19. Saber desprenderse de una necesidad ó sofocar una inclinación, constituye mayor ventura que poseer algo y depender de ello.

20. Es una gran fortuna que Dios mezcle con toda

felicidad terrena una parte de contrariedad, para que no nos olvidemos de la verdadera ventura.

21. Es muy raro encontrar un hombre á quien la vista de la felicidad ajena no produzca la propia desventura. Esto demuestra que sólo existe un escaso número de personas que llevan la felicidad dentro de sí mismas, y nos hace comprender la causa de que les sea tan fácilmente arrebatada por los demás.

22. Se necesita tener hombros muy vigorosos para no sentirse aplastado por la felicidad; pues si no se tiene el corazón humilde y la cabeza vuelta hacia el cielo constantemente, la suerte le dobla á uno el espinazo hacia la tierra ó le tumba enteramente sobre el suelo.

23. Mientras se toma parte en los placeres de este mundo se percata uno de que no le satisfacen, pero no se da cuenta de lo míseros é indignos que son; mas cuando ya se retira del mundo ó los contempla silenciosamente desde su alejamiento, no se llega á comprender cómo es posible que los hombres cifren en ellos su ventura.

24. La alegría que deja el corazón vacío, el espíritu distraído y debilitado y la conciencia excitada, no es verdadera alegría.

25. Las palabras con que Lessing afirma que es mayor la alegría de la caza que la que produce el botín obtenido en ella, resulta un contrasentido; aunque en realidad, la mayor parte de las cosas en las cuales busca el mundo su ventura, son de tal modo miserables que sólo puede hacernos dichosos la engañadora esperanza; pues en el momento del éxito preséntase también el desengaño.

26. Tener suerte y ser feliz son dos cosas tan distantes una de otra como tener talento y ser prudente.

27. El necio también puede tener suerte, pero para ser feliz se necesita mucha prudencia y un rico tesoro de virtudes.

28. Hay quien ha perdido su suerte por exceso de precaución y prudencia, pero también se pierde, y con mayor seguridad, por demasiada ligereza ó irreflexión.

29. No hay que buscar la suerte en el país de Jauja; pues el que recorre la calle del Trabajo y del Sacrificio con abnegación, modestia y paciencia, puede hallarla hasta entre los esquimales.

30. El mundo sería un paraíso si no existiera el pecado. Por lo tanto que nadie se queje de que nuestros primeros padres nos hayan privado de su deliciosa morada: todos debemos confesar que también nosotros la habríamos perdido centenares de veces, si hubiéramos nacido en ella.

XI. Libertad del cristiano.—¡No faltaba más! No están las cosas de manera que tenga que confesarme ante vosotros como si fuerais mis jueces. ¿A qué viene esa mirada de reproche? ¿Soy acaso ladrón ó demente? Yo solo tuve que levantarme con ayuda de Dios y mi propia aplicación. ¿Quién de vosotros me dió algo que no se lo compensara con largueza? ¿Por qué, pues, me miráis tan sombríos? Yo soy un hombre que todo se lo debe á sí mismo. Tengo tanto peso como vosotros y os miro con osadía á la cara porque no os temo.

¡No faltaba más! No han llegado las cosas al punto de que os tenga que considerar como jueces. ¿A qué viene esa mirada tan compasiva, como si fuera para vosotros un mendigo? ¿Acaso malgasté locamente mi patrimonio? ¿Cuándo me habéis visto hacer de parásito? ¿Os pedí algo alguna vez? No, porque preferiría antes mantenerme de frutos silvestres. ¿Por qué, pues, esa mirada tan fría? Yo soy mi único dueño y señor: he renunciado al mundo y os miro cara á cara, sin envidia.

¡No faltaba más! No han llegado las cosas hasta el punto de que os podáis considerar mis jueces! ¿A qué viene esa mirada de asombro? Demasiado sabéis lo que quiero y lo que debo hacer: temo á Dios tranquilo y sosegado, y á nadie ni nada más de este mundo. Sirvo al Señor como adalid libre, y en Él encuentro mi recompensa. ¿Por qué, pues, me miráis tan sorprendidos? Soy caballero del Altísimo y vivo lleno de confianza altiva; os miro con gallardía cara á cara, y no me cambio por vosotros.

¡No faltaba más! No hemos llegado al punto de que seáis mis jueces. ¿Á qué viene, pues, esa mirada tan rencorosa? ¿Me amenazáis con el odio del pueblo, vosotros, que junto á su pesebre os peleáis por su sueldo y sus dádivas? Yo, en cambio, le sirvo de balde; es decir, de balde no, pues además soy yo quien le pago sueldo. ¿Á qué viene, pues, esa mirada de envidia? ¿Acaso porque no se me puede comprar ó porque carezco de jerarquía y títulos? ¡Ya podéis mirarme cara á cara, que yo no retrocedo!

XII. Dios y todo.—Solitario vivo, pero no estoy solo, aunque huyan de mí todos los hombres; pues Aquel que me sostiene no se aparta nunca de mí.

Humilde soy, mas no expulsado, y no hay nobleza tan antigua como la mía: mientras me tenga apoyado en su corazón, me es indiferente toda grandeza.

Minúsculo é infinito soy. Dios, para quien no hay límite ni frontera, se encierra, sin que yo lo comprenda, en el mundo de mi corazón.

Pobre soy en bienes y en dones, y no hay riqueza que se iguale á la mía, pues si tengo á Dios poseo también todo su reino.

Mis manos se hallan vacías de oro, pero siempre llenas para dar; lo que doy vuelve á manar, y doy siempre lo que de mí mismo brota.

Pues si Él me lleva en sus brazos, yo lo llevo en el fondo de mi corazón; me hace rico en mi pobreza, y torna fuerte y sano lo que estaba dañado.

Si lo poseyera todo y Él sólo me faltara, sería pobre y mísero; mas ¡ay!, lo tengo á Él, á Él únicamente, y con esta posesión se hallan satisfechos todos mis deseos.

¡Señor, enséñame á dejarlo todo, todo menos á ti! ¡Enséñame á concentrarlo todo en ti por completo, toda la vida terrena y por toda la eternidad!

CAPÍTULO XVIII

El arte de vivir para la eternidad

I. En el cementerio de la vida.—Vuelvo á la antigua patria y me encuentro con una hilera interminable de lápidas mortuorias; en pie sigue el viejo sauce, pero no existen ya los ancianos que conocí en otro tiempo. Recorro el cementerio con angustia, diciéndome: ¿Tampoco tú existes ya, pobre amigo?

Doncella de mejillas frescas como las rosas; amigo fornido y vigoroso: ¿también vosotros dormís el sueño eterno?

¿Y qué dejáis al mundo? Sólo queda una lápida; todo es silencio en torno vuestro.

Aquellos que hacían nacer tan risueñas esperanzas y eran consuelo de sus padres y refugio de los desvalidos; aquellos que se habían propuesto un fin elevado... ¡Todos se han ido, todos han desaparecido! Y si echo de menos el nombre de algún loco, me dicen: «Hace tiempo que no se sabe de él: su inconstancia le llevó allende los mares».

Sólo queda una lápida; el silencio reina en torno suyo.

¡Oh lugar querido en que se meció mi cuna, qué feliz y rico me hallaba en ti! ¡Qué bien probado, lo mismo para la lucha que para la victoria! Al salir de aquí iba libre de culpa y lleno de grandes esperanzas. Toda la aldea se hacía cruces de mi suerte, como si fuera á conquistar un mundo. Y, ahora, al volver, ¿qué traigo?

Sólo queda una lápida; el silencio reina en torno mío.

Mi altiva frente tuvo que inclinarse, y hace tiempo que me vi despojado del impetuoso brío; las grandes esperanzas resultaron fallidas; el árbol caduco no conserva ya ni

las hojas: la vida se ha convertido en un cementerio y sólo debo á la misericordia de Dios que nadie lea en grandes letreros las locuras que cometí, ciego de culpa.

Sólo quedó una lápida; el silencio reina en todas partes.

II. Necesidad del juicio de Dios.—Cuando contemplo en la tierra esas almas suaves que tiemblan por su salvación como Pablo, que se cuentan como el Apóstol entre la basura, que se creen dignas de afrentosa muerte, y que sólo aspiran á Dios y sólo piensan en su deber, mientras que, temerosas por su suerte futura, viven en continua penitencia; cuando contemplo, más allá, á esos hinchados y altaneros que se tienen por justos, ceñirse por sí mismos con laurel sus frentes llameantes de soberbia, á esos que son inexorables cuando se trata de fallar una cuestión de honra, y despiadados y duros en el juicio, siempre dispuestos á condenar, entonces comprendo sin vacilación que el derecho será el juez algún día, y, estremeciéndome de espanto, digo: «Poco quedará, si sólo ha de perdurar lo que vale». Y me doy cuenta de las cosas y añado: «Desventurado del que á sí mismo se llama santo!»

Entonces comprendo que, lleno de misericordia, Dios juzgará á los pequeños.

III. Liquidación.—Hay hombres que no pasan por santos, y que, sin embargo, ven llegar la muerte confiados y serenos; y ocurre que aquel de quien todos aseguran que tiene puntos muy negros en su vida, sale de este mundo con una tranquilidad que maravilla. Al revés, existen ciertas almas, cuya vida fué una serie de dolores, magnas obras y sacrificios para con Dios y el mundo, que cada día que pasa están más descontentas de sí mismas y aumenta su temor al tribunal del Señor; y, en efecto, suelen sufrir una agonía tan llena de terrores y desaliento, que ponen en cuidado á los que las asisten.

Pero no hay motivo para ello, pues ambas cosas demuestran la incapacidad del hombre para formar un juicio serio sobre sí propio ó sus semejantes, y que ni la vida, ni

el fin de ésta pueden determinar de un modo satisfactorio nuestros merecimientos: esto es cosa que se resolverá después de la muerte; porque

«Los testigos insobornables son únicamente los lejanos y eternos días» (Píndaro).

2. Las palabras *muerte* y *morir* no agradan á nadie; todos prefieren la expresión: «acabar sus días». Pero ¿en quién tiene la vida su verdadero término? La mayoría de los hombres sálen de este mundo sin haber llegado á su madurez, sin ser un todo completo, y aun sin haber solucionado un solo problema. Á los pocos que han hecho algo, se agarra todo bicho viviente como si quisieran despedezarlos y gritan que ahora menos que nunca deben abandonarlos, pues nunca fueron tan necesarios á la humanidad.

Es decir, que á unos se les corta ó se les arranca la vida, y los menos son eliminados de ella dejando un vacío muy sensible; por lo tanto, rara vez hay que hablar de término ó final.

¿Adónde, pues, ha de conducirnos? Pocas personas cumplen su misión individual; muchas dejan pendiente una larga cuenta, para cuyo saldo necesita el mundo Dios y ayuda. Los seres excepcionales que dan á la propia vida un final adecuado y que, además, han trabajado para el bien de la comunidad hacen sentir dolorosamente que su obra no llena del todo las necesidades inconmensurables del mundo. Es decir, que toda vida y toda generación ha de liquidar con déficit.

Y no hay que pensar en que las generaciones futuras lo cubran; pues á éstas les pasará lo que á las precedentes, que dejarán su misión á medio cumplir.

Si, por lo tanto, después de esta existencia terrena no hay una liquidación final, tanto para el individuo como para la comunidad; si no han de cumplirse para todos las palabras del poeta: «Déjalo que huya al abismo, que no por eso se verá libre jamás; pues si escapa aquí del vengador, allá lo encontrará aún más espantoso» (Esquilo), habría que dar la razón á Schopenhauer cuando dice que la

vida es un negocio tan miserable que no cubre los gastos de explotación.

3. Si se calcula la cuantía del déficit, el gran número de las bancarrotas y el tiempo que ha transcurrir, hasta la liquidación final, se podrá concebir lo que será el juicio de Dios.

¡Ay, el día en que se rompan los diques que han levantado los siglos! ¡Ay, el día en que se haya de responder de los pecados amontonados desde el Diluvio!

Los grandes cataclismos de la historia nos ofrecen una imagen muy pálida de lo que será el juicio final; pues ¡en qué corto tiempo y escaso espacio tuvieron que liquidar Nínive, Cartago y Jerusalén, y, sin embargo, no quedó piedra sobre piedra, ni un ser humano con vida! Así se comprende que, hablando el Señor del juicio final, diga que, ante las señales precursoras del mismo, los hombres perecerán aguardando con temor las cosas que han de venir. (Luc., XXI, 26).

IV. El infierno.—Tierra de horror, país de cólera, comarca en que no existen ni el día ni la noche, en que no varía el aire ni cambia el tiempo, como en la mina más profunda; tierra en que la luz ha muerto para siempre y en que el fuego no se extingue jamás; en que la paz no existe y sólo hierve la espuma de la cólera. Tenebrosa y sombría, exhalando vapores mefíticos, se abre la angostasima del infierno, porque los muertos que en ella se pudren se prestan mutuamente luz y aire. Lo mismo brilla en la oscuridad, con fulgor siniestro, el tronco podrido del aliso hundido en el pantano.

Hasta en la última grieta se nota como se revuelcan, se agitan y batallan los condenados, parecidos á los luchadores que se confunden en ovillo informe. Todos tiran, arrancan y ruedan, eternamente en vela y enloquecidos por el tormento, pues todos ambicionan conquistar el primer sitio y son ceros sin número.

Todos se empujan, se estrechan y gruñen faltos de paz y de sosiego, y sin poder articular un sonido que se parez-

ca á la palabra humana, silban furiosos con penetrantes silbidos. Hidrópicos por el ansia vana de los honores é hinchados como pellejos, estallan continuamente sin vaciarse nunca.

Tierra de soledad y confusión en donde el *sí* y el *no* viven en estrecha concordia, en donde el más grande es el más huero, en donde la Nada mata lo Existente; ¿cómo me explicas el problema de que ahí sea puesto en entredicho lo que vale; que la infancia se considere heroicidad y la mentira justicia suprema?

Fueran lo que fueran en el mundo, Dios fué su energía y su luz; pero su ceguera y su endurecimiento les hizo renunciar á Él, y con el Señor se fué la vida, desapareció todo lo noble, bueno y puro; por eso viven como muertos y no son más que vanas apariencias. Lo que pretendieron lo han logrado. De Dios se ven libres ya para siempre, y á sí mismos se despojan de todo bien y de toda verdad. Desecharon lo que hace la existencia soportable y sólo conservaron lo que atormenta, espanta y repugna.

Son extraños á la vida y tienen que vivir y morir por toda la eternidad, sin alcanzar la muerte. Alejados de Dios, yertos de frío, ardiendo en odio como hierro candente, se revuelven furiosos contra Dios y las criaturas, siempre dispuestos á dar el golpe de gracia, y al mismo tiempo, como aniquilados por la gota y la parálisis.

¡Qué suerte tan espantosa!

Tierra de lucha, país de la negación, dime: ¿tendrás fin alguna vez? Nunca, mientras se hagan frente como adversarios el bien y el mal, la verdad y la mentira. Niega y lucha, pero no olvides que eres eterno, mal que te pese; porque lo que combates, ó sea la bondad y la verdad, son también eternas.

V. La gran maestra «Muerte».—1. La muerte—dice el noble Claudio—es un ser especial: despoja de su piel irisada las cosas de este mundo y abre los ojos á las lágrimas y el corazón á la sobriedad. En la misma forma se expresa Rückert cuando dice: La muerte levanta las envolturas y tapa las desnudeces.

Esto nos viene bien á los que contemplamos un cadáver, á los espectadores de la gran tragedia, ó fiesta del sacrificio de la muerte. Lo que en el ser vivo nos parecía admirable, parece cubrirse de una penumbra que apenas permite distinguirlo; las debilidades humanas, que nos hacían la vida con él insoportable, desaparecen hasta el punto de que desearíamos pedirle perdón y que volviera á la vida para resarcirle de nuestra conducta pasada.

¡Qué no pensarán, pues, los muertos, cuando juzguen de las cosas y ocurrencias de este mundo!

¡Oh muerte, grande y justiciera! En un momento pronuncias el fallo equitativo sobre aquello cuyo valor no hemos sabido apreciar durante toda una vida. ¿Lograrás, acaso, darnos otra inteligencia? Ciertamente que no, puesto que en el curso de la existencia hemos tenido en nuestro espíritu, centenares de veces, idénticas impresiones. Sólo que entonces no las dejábamos levantarse, porque nuestro corazón se oponía á ello y porque nos hallábamos apegados á las vanas cosas de la vida. Ahora nos vemos arrancados de éstas á la fuerza, y nuestro juicio se vuelve claro y preciso.

¡Qué poco necesitamos para hacer de nuestro espíritu un claro espejo de la verdad!

2. La muerte carece de estética, pero puede más que todos los maestros de las bellas artes: al impetuoso hace reposado; al apasionado, pacífico; al impaciente, manso y silencioso, hasta el punto de que resultan desconocidos. Basta ver á un muerto para comprender que un gran artista ha puesto en él sus manos; tan extraña es la transformación que ha sufrido y tan honda la espiritualización que ha experimentado. Las facciones, antes rudas, parecen transfiguradas: hay en ellas una austeridad de que carecían anteriormente, y son maravillosas la profundidad é interioridad que muestran, las cuales no dieron nunca en vida la menor señal ni el más ligero indicio.

El muerto yace ante nuestros ojos como si un escultor de primera fuerza le hubiera retocado, alisado y pulido.

Tan pulcramente modelado está su rostro, tan armónicas sus arrugas y sus pliegues, y tan grandes la unidad y la simetría del durmiente. Se asombra el espectador y no sabe explicarse el motivo de que aquel muerto pueda producirle semejante impresión, cuando en vida era una imagen muy distinta interior y exteriormente.

De aquí se deriva esa santificación de los muertos, que los priva tan á menudo de las necesarias oraciones; pero, por lo regular, no es el cadáver mismo el que ha formado esa imagen, sino la muerte, la inexorable muerte.

¡Oh muerte, gran maestra y artista! Lo que el hombre no quiso creer ni osó emprender jamás, tú lo consigues en corto tiempo. Él no quiso creer nunca en la bendición de la seriedad, en la fuerza purificadora de la violencia consigo propio, ni en la influencia transfigurante del sacrificio. En cuanto su conciencia se lo recordaba, suponía que eso era morir anticipadamente y exclamaba con el opulento rey Agag: «¿Es posible que la muerte cause tan amarga división?» (I Reyes, XV, 32). Y ahora que lo has alcanzado realmente, ¡cómo le han transfigurado tu austeridad y tu poder! ¡Cuán grande no sería su belleza si se hubiera violentado á sí mismo; si, cuando vivo, hubiera muerto para su persona!

3. La muerte es el grado sumo del silencio, pero habla más recio y predica con más insistencia y convicción que todos los oradores del mundo. En ella vemos que la verdad necesita pocas palabras, tan pocas que los adornos oratorios están en razón inversa de ésta.

En el momento mismo en que la muerte aprisiona á su víctima y la contempla en silencio, advierte el mundo el escaso valor de la grandeza humana, de la locura de una vida sensual, de lo vano de los atractivos corporales, de la nulidad de la ciencia, de la infamia del vicio, de la belleza de la virtud, de la grandeza del sacrificio oculto, del heroísmo de la abnegación y de la piedad burlada, de la sublimidad del pensamiento que ha cambiado los honores del mundo por la locura de Cristo y la vergüenza de

la cruz. Cuando la muerte pasajera nos muestra con su verdadera luz, y en un solo momento, todas estas cosas que no llegábamos á descifrar, ¡qué no le ocurrirá al muerto cuando, con la rapidez del rayo, vea resueltos todos los oscuros enigmas de su vida, todos los de la historia, los de la Divina Providencia y del gobierno de los mundos, así como todos los problemas del tiempo y de la eternidad! Nadie leerá sin conmoverse los versos que Schack—en lo demás tan extraño á la fe y á la contemplación de los enigmas de ultratumba,—colocó sobre el túmulo de su hijo, muerto cuando contaba siete años:

«Apenas abandonaste el regazo de tu madre y soltaste sus brazos, y ya sobresales por encima de las grandezas más altas. Tú ya eres más sabio que Sócrates; yo, en cambio, sigo ciego de espíritu. Todo, todo lo sabes, aun aquello que nunca profundizamos nosotros. Ahora contemplas sonriendo desde lo alto á los que dejaste en el mundo, y te parecen pueriles nuestras acciones, nuestra existencia y nuestro saber».

¡Oh muerte, gran descifradora de enigmas! En un momento has descubierto todos los secretos, deshecho todas las dudas, allanado todas las dificultades; porque expones al hombre á la misma luz de Dios, á la que no puede sustraerse. ¡Qué sentimientos agitarán el corazón humano cuando se vea obligado á abrir los ojos á esa luz de la que intencionadamente los separaba en el mundo! ¡Qué consuelo inundará su alma cuando vea levantarse el sol con todos sus esplendores, y le descubra los misterios de un amor que sólo consiguió ver en la tierra envuelto en el crepúsculo de la fe y débilmente esbozado, para mayor dolor!

VI. La más augusta majestad.—Sobre el lecho yace el anciano y heroico emperador; el que sobresalía entre todos como el roble, se halla hoy postrado, yerto y frío, sin haberse cruzado los aceros. Protegido en otro tiempo por la fortuna en la guerra, como el niño en los brazos de su nodriza, obtuvo tantas victorias como combates libró, pero ha sido vencido en la batalla final.

Antes, todos alababan su ventura; hoy nadie le envidia su suerte; ante él se levantan, como gigantesca montaña, los horrores de la cuenta que ha de dar, y á su alrededor están los grandes de su corte petrificados, sin atreverse á consolarle ni animarle, sin que nadie le enjugue el sudor de la agonía. Le rodean como columnas: hombres de hierro y acero, hábiles en la guerra y en el consejo, hoy parecen faltos de vigor y de palabra; mudos y con los semblantes descompuestos contemplan á su señor. La mirada angustiosa del moribundo va errante de uno á otro y ellos se ven desvalidos y se miran aterrados.

El silencio de la muerte invade la alcoba real y la gran fila de salones en donde esperan sobrecogidos los gentileshombres y la guardia. Todos parecen difuntos; sólo se oye el estertor del soberano, cada vez más débil.

De pronto atraviesa algo las filas, como pasa el huracán por los campos; la guardia presenta las armas, y todas las cabezas se descubren; los ancianos héroes se inclinan sobre sus espadas como Elías cuando se le apareció el Señor.

¿Han visto penetrar la muerte y ponerse á la cabecera del moribundo? ¿Han visto entrar esa vencedora de los más grandes guerreros, más augusta que la misma majestad? Sólo ella es el primer mensajero que prepara el camino al Altísimo. ¡Silencio, ya llega el Juez! ¡Muerte, has terminado tu obra!

Sí, ha llegado el Juez: nadie anda, todos están convencidos de su presencia; sin decir una palabra, doblan la rodilla y, rezando, cruzan las manos los que no saben qué es oración: sólo hoy, que se vieron en presencia del Juez, lograron comprender lo que es la majestad.

VII. Aquende y allende.—1. No es preciso haber sido un modelo de santidad para que, en cuanto uno ha cerrado los ojos, el mundo le llame bendito, bienaventurado y hasta beato y santo.

Todo esto viene á ser únicamente la expresión cándida con que la sabiduría y aun la teología liberal quie-

ren sostener, á costa de buen número de razones, que la muerte y la entrada en la eternidad producen en el hombre tal claridad y transformación internas, que hasta el malvado se purifica, como en un crisol, de todas las escorias que le malean, para empezar, como hombre nuevo, una vida nueva.

2. Pero si la muerte es, efectivamente, un medio tan sencillo y seguro de transfiguración, ¿cómo pueden decir las Sagradas Escrituras: «Sus obras los siguen»? (Apoc., XIV, 13). «¿Por qué hablan del Juez de los vivos y los muertos» (Act. Apost., X, 42, I Pet., IV, 5), «del tribunal á que hemos de presentarnos todos para que cada cual reciba según haya hecho bien ó mal en vida?» (II Cor., V, 10.)

3. No es posible que la muerte pueda obrar con tanta rapidez el milagro de convertir á un enemigo en amigo de Dios, ó á un pecador en santo. La muerte no es ninguna «consagración», ninguna metamorfosis, renovación, ni encantamiento, sino el punto final de la vida; y el más allá no es comienzo de otra, sino continuación y complemento de la terrena.

Donde caiga la leña, allí permanecerá (Eccli., XI, 3). Los que aquí hayan vivido alejados de Dios, vivirán, más allá, extraños á Él; los que aquí hayan vivido desterrados, estarán allá en su verdadera patria; los que aquí han ambicionado la muerte serán recibidos por ésta en su lúgubre seno; los que se han pasado la existencia luchando, entrarán por la puerta tenebrosa de la muerte al país de los vivos, atravesarán el nublado para llegar á la luz eterna.

4. Esta dura verdad nos prueba toda la trascendencia é importancia de la vida en la tierra. Todo tiene su tiempo marcado, el mal y el bien, y mientras dura el período prefijado, pueden ambos desenvolverse. (Apoc., XXII, 11). Pero este período tiene su fin y con él también dicha transformación y desarrollo. Aquí la lucha, allá la recompensa; aquí la negación, allá la liquidación; aquí el crecimiento, allá el fruto.

Consolar al hombre con la esperanza de su admisión en la otra vida es convertirle en cabeza de chorlito; hacer de él un ser perezoso y comodón, en un informal y manirroto; transformarle en calavera sin carácter, en estafador sin conciencia; es enseñarle á malgastar neciamente la vida, á jugar con el deber y el honor, con sus fuerzas y su propia alma, y con los dones y gracias del Espíritu Santo; es ridiculizar ante él la lucha por su purificación y su virtud, como si fuera amargarse la existencia ya demasiado corta; es poner al holgazán y al hombre abnegado á una misma altura, presentarle como insignificantes las obras de los héroes y retardar su decisión respecto al gran fin de la existencia, la varonil entrega á Dios y al bien, hasta que sea ya demasiado tarde.

5. El espíritu mundano ha resumido esta triste filosofía del riesgo y esta teología del juego de azar, en una sola frase, diciendo que «la vida hay que vivirla», pues para las cosas serias hay tiempo sobrado en el otro mundo.

No hay expresión más adecuada para hacer ver toda la miseria de este modo de pensar, que la de «vivir la vida»; pero vivirla demasiado es derrocharla. Y si en este mundo hemos gastado la vida, ¿qué nos quedará para el otro sino la muerte?

6. No, no y eternamente no. Sólo hay una sementera, y á ésta sigue la recolección; sólo hay una preparación y á ésta sigue el complemento. Se ha impuesto á los hombres el morir sólo una vez, y á ésta sigue el fallo (Heb., IX, 27): En el momento en que abandonan este mundo, se hallan en el otro, en el de la recompensa, ante el tribunal que no admite apelación.

Aquí el comienzo, allí el fin; aquí el germen, allá el fruto; acá la preparación, allá la continuación de la vida; aquí el término de la vida y allí la muerte.

7. Para una existencia en tales condiciones no puede haber nunca seriedad bastante ni determinación demasiado prematura; por lo cual nos aconseja la verdad eterna: «Estad dispuestos y vigilantes para que el Señor no os en-

cuentre dormidos cuando llegue de repente» (Mar., XIII, 35, 36).

VIII. La vida perdida.—Mundano está moribundo y su mirada se revuelve angustiada á su alrededor; su respiración se paraliza y un sudor frío le inunda la frente.

—¿Qué has perdido? ¿Qué buscan tus ojos?

—¡Ay de mí, loco y desventurado, he perdido mi vida! ¿No estará ahí?

Le oigo con espanto, aunque no me sorprende lo que dice; siempre le vi en la traílla, pero nunca en equilibrio.

Á su gusto en medio de la baraúnda mundana, pero extraño siempre á sí mismo, cuando se le quería hablar del cielo, pronto le paraba á uno los pies. Llamaba justo y equitativo lo propio de la época, y afirmaba ó negaba rotundamente según la opinión de moda; dispuesto siempre, por un buen bocado, al bien como al mal, cubría su conciencia con una triple coraza, su corazón con una corteza y en los ojos tenía la catarata. Creo que ni sabía siquiera que existía, pues no vivía para sí mismo: su vida era el mundo, y por eso se ve ahora obligado á entregar la de éste y ver destrozada la suya. ¿Qué has perdido? ¿Qué buscan tus ojos con tanta ansiedad?

—¡Ay, loco y desventurado de mí! Busco mi vida perdida y comprendo que ya es tarde.

IX. Canto del cristiano moribundo á su bandera.—Se me nubla la vista, las venas se me hielan y mis miembros se paralizan; ya no puedo sostener la bandera, que no he abandonado un instante.

Señor, en quien puse mi honra y hallé las fuerzas: concédeme la gracia de morir con la bandera en la mano.

Tú mismo me la entregaste en la pila del bautismo el día en que me cristianaron, y me exhortaste á tenerla enhiesta durante la larga caminata de mi vida.

Tú le diste el color sin par que ostenta: el rojo purpúreo de la sangre de tu Hijo; y con la señal de la cruz la pusiste bajo su santa custodia.

Señor y recompensa de los ejércitos cristianos: avergon-

zado y confuso recuerdo ahora que manché á menudo la honra de tu bandera con mi temor y mi necedad.

Gracias daré eternamente á tu misericordia por haberme salvado de lo peor; pues, aunque huí á veces del combate, supe al menos conservar tu bandera.

Por último, me impulsaste de tal modo hacia lo más encarnizado de la batalla, que no me quedó otro remedio que luchar á vida ó muerte: á ello me obligaba hasta la propia dignidad.

Gracias, Señor, por todas las heridas que recibí; gracias por los horrores del combate: por tu mediación hallé en él el valor y la fidelidad que te debo hasta la muerte.

Lo que queda en mí son tus obras; pues el dolor de las cicatrices ha pasado hace tiempo; pero consérvame un momento más las fuerzas y habré vencido en toda la línea.

¡Victoria! He logrado sostener la bandera hasta el fin; envolvedme en sus pliegues y llevadme así al descanso eterno.

X. Junto al lecho de muerte de mi madre.—¡Amén! Ya ha acabado de sufrir y ha llenado su medida hasta rebosar; ha peleado en la última acción y le corresponde el traje de luz, el fruto del árbol que crecía en el centro del paraíso.

Duró su vida ochenta años, y en todos ellos no perdió un solo día; porque, como las laboriosas abejas cuando surcan el aire, se elevaba hasta Dios. Siempre rezando con los coros angélicos, siempre entregada al deber y al trabajo.

Á pesar de vivir exclusivamente para su alma, nunca pensó un momento en sí: rebuscaba sin cesar los lugares en que, angustiada, luchara la pobreza falta de consuelo, para que no se ocultara á sus ojos la miseria vergonzante.

Sus manos estuvieron siempre repletas de limosnas, y su brazo dispuesto al servicio del prójimo. Para poder socorrer á todos, caía ella misma en necesidad; pero su corazón amoroso la sostenía con el fuego de la abnegación.

Hacía tiempo que moraba en las alturas sin saber apenas lo que era mundo; hacía tiempo que había tejido su túnica luminosa con su caridad inagotable.

Tiempo era ya que deshiciera su tienda, puesto que estaba madura para el cielo.

Señor, gozoso te presento tan noble sacrificio: en ella acrisolaste la simiente de Eva hasta ponerla pura y brillante como el sol; caminó delante de Ti llena de sencillez y verdad, á Ti sólo te pertenece. Amén.

XI. El traje nupcial.—Ya estás arriba: mira como invita á entrar la puerta del cielo. ¡Ay, cómo temblaba el alma temerosa! Voy á desmayar antes de llegar; no puedo sostenerme, y acaso es la excitación lo que me quita las fuerzas. ¿Voy á perderlas ahora, cuando ya vislumbro la ciudad santa?

No, no, ¡adelante!, aunque sea á costa de mi sangre. Ya estoy; ya puede abandonarme la vida: he alcanzado el término de mi viaje.

Escuchad cómo me late el pulso, como golpean todas las arterias de mi cuerpo; tengo que reponerme un poco antes de llamar á la puerta, dura y fuerte, para que me dejen entrar.

¿Me atreveré á llamar, yo, que llego desgarrado y cubierta de polvo y de sangre? ¡Ánimo! Necesito mucho valor... Ya abren...

—¿Que de dónde vengo? Señor, si tienes las llaves abre la puerta á este caminante desvalido y fatigado y concédele aquí el reposo eterno! ¡Vengo deshecho del camino; casi desnudo por la lucha; ¡vengo confuso y avergonzado, Señor! No espero tomar parte en el banquete nupcial en la morada espléndida de Dios, pues en ésta sólo tienen entrada los que vienen ataviados con trajes de fiesta. Debiera haberme presentado vestido dignamente, y vengo hecho jirones y con las ropas teñidas en sangre de mi propio corazón. He combatido á vida y á muerte, y ¿cómo en la refriega había de cuidar del adorno?

—Hermano mío, no te preocupe eso; aquí han venido á

curar sus heridas los guerreros y á refugiarse los cansados peregrinos. No importa que las espinas de la senda te hayan rasgado las vestiduras, con tal que adorne tu corazón ensangrentado la túnica de la caridad y de la gracia. Entra y sanarás: las heridas vendadas son aquí el más bello traje nupcial.

XII. Campanas del cielo.—Nieve florida y ondas de incienso derraman copiosamente las ramas todas. El saúco se inclina bajo el peso de su dolorosa carga. El bosque y la pradera se adornan y atavían para la fiesta: hoy es el día de la Ascensión.

Sobre el lecho yace la monja librando confiada la última batalla; por las ventanas entran perfumes y delicias que hacen brotar de los ojos de la moribunda lágrimas de nostalgia y le hacen murmurar: «¡Ay, quién pudiera morir hoy, en día de la Ascensión!»

Rodean su lecho las hermanas, arrodilladas, y en la puerta gimen los huerfanitos y las viudas que cuidaba aun ayer; junto al altar murmuran: «¡Señor, no nos hieras con este golpe, que hoy es el día de la Ascensión!»

Todos los niños que cuidaste, las lágrimas silenciosas que enjugaste y los enfermos á cuya cabecera estuviste, son otras tantas campanitas que suenan en el templo celestial. ¿No oís sus suaves tañidos en las alturas? ¡Hoy es el día de la Ascensión!

Tantos pasos como diste aferrada á la dura disciplina de la regla, tantos sacrificios en que te consumiste, tórnanse hoy campanas argentinas que tañen por ti. ¿No oís sus sonidos? ¿No percibís sus repiques?

¡Hoy es el día de la Ascensión!

Millares de campanas voltean allá en el cielo y aquí en el dormitorio, y con sus melodías acompañan á los ángeles que la llevan al banquete celestial. ¡Id en busca de la caja, que hoy es el día de la Ascensión!

XIII. Los veinticuatro ancianos.—Rodean el trono del Altísimo veinticuatro ancianos, cuyas cabezas ciñen coronas de oro y pedrería; en las manos llevan arpas con que

acompañan alabanzas al Señor, y vasos de oro purísimo, de los cuales sube el incienso de la oración.

Sus coronas de ahora reemplazaron los antiguos cascos de guerrero, porque ha pasado el tiempo de la lucha; y el arpa ha sustituído las espadas; sólo los aromas del incienso subían, cuando aun se hallaban encadenados á la tierra, de los vasos de oro del ara de su corazón.

En las llamas de la oración purificaban sus armas, librándolas del orín, y acrisolaban el tuétano de su corazón y el espíritu hasta dejarlos como oro finísimo.

Con las llamas de la oración enardecían el vigor apagado, para hacer frente á los enemigos de Dios.

Sin que nadie los violentara, pelearon como magnates de la Divinidad, y el acero argentino de sus corazones producía más claro sonido que el de sus armaduras. Parecían sonar las notas de júbilo del arpa cada vez que acertaban los golpes del enemigo, y surgía, en holocausto de Dios, el rojo manantial de su sangre.

Nunca hubo, entre soberanos ni monarcas, hombres tan llenos de grandeza, de empuje y magnanimidad.

Nunca vivieron mejores arpistas, pues ellos mismos eran arpas que vibraban al servicio de Dios y de los hombres con la más pura armonía.

Rodean el trono del Altísimo veinticuatro ancianos, ceñidas las frentes con coronas de oro y pedrería, y llevan en las manos arpas que tañen en alabanza de Dios y vasos de oro finísimo de donde sube el incienso de la plegaria.

XIV. Canto de victoria de los transfigurados.—Día de luz y de vida, por fin has amanecido.

Tú eres el día de la paz, después de la lucha; el de la curación, después de la herida; el del reposo, después del trabajo; el de la confianza, después del temor; el de la seguridad, pues, una vez amanecido, eres día eterno.

Día eterno, porque Dios es tu sol y manantial de tus rayos de oro; eterno otoño y eterna primavera, sin fríos ni hielos, sin nieblas ni tempestades; con cielo siempre azul

y despejado, con frutos dulces y siempre sazonados: día eternamente florido, pues tus flores se renuevan constantemente.

Día eterno, pues al anciano prestas nueva juventud.

Día eterno, porque el pecado no oscurece tu horizonte.

Día eterno, porque satisfaces los deseos del corazón y las ansias del saber: apenas puede soportar el corazón tanto gozo, mientras se solea á la luz de Dios.

Día eterno, porque está vencido lo que turbaba la concordia, porque no existen ya el error ni las vanas apariencias. Todos iguales en el servicio de Dios y unidos por el fuego de la devoción, y, aunque diferentes en brillo y recompensa, iguales en el fuego del amor y de la caridad.

Día eterno, porque no existe el temor que pueda empañar el claro espejo del alma, pues lo que no nos atrevíamos á esperar lo poseemos ahora en abundancia. En la divinidad que contemplamos están resueltos todos los enigmas: lo que el Hijo heredaba del Padre, lo heredamos todos é igualmente de nuestro Hermano.

Día de luz, día de vida, dime: ¿cómo has amanecido? Parece un sueño lo que sufrimos; sueño las luchas de la tierra, y sueño el corto descanso; pero realidad la belleza de las coronas que nos adornan al despertar, y realidad también el gozo que nos inunda y la victoria que celebramos.

XV. La montaña de Dios.—En sueños vi ante mis ojos una montaña gigantesca; la *Jungfrau*, comparada con aquélla, resultaba un enanillo, y los Alpes ramitas secas.

Era una montaña de singular estructura: abajo, agreste y cuajada de precipicios; arriba, llana y verde, y más verde cuanto más se encumbraba hacia las nubes.

No podía calcular su altura, pues hundía su cima en los cielos y la cubría un velo denso de los que tejen los ángeles.

Me dijeron que era tan alta que al que pretendiera escalarla le bastaría recorrer sólo el calvario, pues en su

cumbre hay una cruz, y el que llega á ella, está salvo.

En efecto, la montaña estaba cuajada de cruces.

Su vista me tenía hechizado y con ansias de subirla; pero al contemplar aquella vía de cruces, me decayó el ánimo. Entonces ella misma me invitó diciendo: «Haz la prueba, que todo es empezar; si sigues lealmente el sendero de las cruces, pronto llegarás á la cima».

Comencé entonces á trepar con paso vacilante. Al principio se me hacía muy duro el repecho, pero á cada paso resultaba más fácil, y al cabo de cierto tiempo anduve bastante de prisa. Por último—¿fué el que pendía de la cruz ó una fuerza que me enviaron del cielo?—parecióme que me levantaban en el aire y que subía como llevado por alas invisibles. Y cuando llegué á la cima, me vi rodeado de luz, y al desaparecer el mundo de las dudas bajo mis pies, vi resplandeciente la verdad: el arte de la vida se aprende pronto, y para conseguirlo no se necesitan muchas reglas. Al que se acomoda á la cruz del Señor, ésta misma le lleva al fin.

SUPLEMENTO

Tabita: una vida artística en pequeño

(publicada por vez primera en el «Alten und Neuen Welt» 1897-1898)

1. Tabita, de quien ya he hablado en este libro, es mi madre.

Al bautizarla le pusieron por nombre Catalina, pero debieron haberla llamado Tabita, «que quiere decir Dorcas» (Act. Apost., IX, 36); porque con su figura esbelta y ágil y su inimitable actividad, daba ocasión á que le preguntaran á menudo, en son de broma, si poseía realmente pulmones: podía compararse á una gacela. Pero merecía tal nombre por motivos de índole más elevada. Á Tabita podía aplicársele con justicia y literalmente las palabras de la Escritura: «Estaba llena de buenas acciones y de limosnas que repartía; pero ocurrió que enfermó y murió, y á su alrededor pusiéronse todas las viudas y lloraban y mostraban los vestidos que les había hecho» (Act. Apost., IX, 36 y sigs.).

El celo heroico, la constancia y la rara habilidad que poseía, hacían que pudiera dar abasto á un sinnúmero de obras de caridad, y justifican el que yo saque á la luz la actividad silenciosa y modesta de mi madre, seguramente contra su voluntad y agrado.

Pero considero una lástima que se pierda en el olvido tan singular ejemplo de abnegación para con el prójimo, y sería mucho más lamentable que dejara de extenderse en lo posible el conocimiento del ingenio é inventiva, que rayaba en genialidad y que al mismo tiempo es de tan fácil imitación, con que se manifestaba su caridad cristiana.

Hay centenares, millares de personas animadas del mismo espíritu; pero que no saben poner en obra sus pensamientos en forma que satisfagan su corazón y alivien al prójimo. En el sencillo y cándido modelo que os presento podréis apreciar que una mujer, bañada por el espíritu cristiano, necesita escasa agudeza y aun menos artificio para contribuir á la solución de la cuestión femenina y social, y desenvolver una actividad fecunda que exceda los límites estrechos del propio hogar sin perder ni un momento su atmósfera natural y concreta.

Pero el motivo principal que me anima á añadir esta biografía á mi obra, está encerrado en el título con que le encabezo: *Una vida artística en pequeño.* Otras almas habrán recibido de Dios mayor número de gracias y más extenso radio de acción; pero Tabita ha demostrado que, aun con escasos medios y en pequeño círculo, puede lograrse un conjunto artístico intachable. Fué una naturaleza de artista, una verdadera artista de la vida, y el que debiera semejantes gracias á su profunda piedad y á su virtud cristiana quedará demostrado con ejemplos palpables en la siguiente descripción de su modo de ser y de vivir.

2. La vida externa de Tabita tiene poco que contar, pues viene á ser la de la mayoría de las mujeres. Nació el 4 de Marzo de 1817 en Indersdorf, en Baviera, de la antigua familia Steiger, que desde tiempo inmemorial poseía allí una gran fábrica de cerveza y una hacienda considerable. Después de haber concluído su educación con las Salesas le fué encomendada la dirección y gobierno de las casas de sus padres, cargo de responsabilidad, dada la extensión é importancia de la familia.

En 1842 se casó con el médico Dr. Francisco Pablo Weiss. Á este le arrastró á Grecia, en 1832, su afición por el griego y el neohelenismo. Después de haber pasado algunos años como médico de la fortaleza de Nauplia, se vió obligado á regresar á la patria á causa de unas fiebres pertinaces, y encontró en Indersdorf un radio de acción muy extenso, pero penoso. Habitaba sólo los vastos salones de

la disuelta comunidad de canónigos. Dicha antiquísima fundación de los Wittelsbach estaba entonces de tal modo derruída, que nadie quería habitarla con objeto de vigilar los edificios en nombre del Estado, el cual no sabía qué hacer de semejantes construcciones, tanto más cuanto que se suponía que estaban habitados por duendes. Algo de verdad había en el rumor, como pudimos comprobar los niños mejor que nadie, á pesar de que crecíamos harto indiferentes á semejantes rumores, ó acaso por la misma razón. Tabita accedió á residir con su esposo en el antiguo edificio, pues no obstante su gran timidez, fortalecida por el profundo temor de Dios, desconocía el miedo. Dió á su esposo cinco hijos, de los cuales murieron dos en edad temprana. La educación de los restantes y la dirección de su casa la ocupaban de tal modo que los amigos y conocidos solían llamarla la «buena Marta».

En 1857 fué nombrado mi padre médico forense del círculo de Neumarkt, á orillas del Rott, pero al cabo de tres años murió casi repentinamente, en la flor de su edad. Un viaje en trineo abierto, para visitar un enfermo que vivía muy distante y en un día crudísimo, le produjo una erisipela, de la cual falleció á los tres días. Á pesar de haber perdido el conocimiento desde el primer instante, lo recobró el tiempo justo para recibir, con la necesaria lucidez, los santos sacramentos. Sin duda mereció esta gracia por su bondad extraordinaria para con los pobres, y especialmente para con la infancia desvalida, que, al saber su repentina enfermedad, debió de estrechar el corazón de Dios con sus fervientes súplicas, pues aquellos momentos de lucidez fueron considerados casi como un milagro.

Mi madre se estableció entonces en Munich, en donde sus hijos estudiaban. La difícil misión de guiar á éstos la cumplió con una firmeza, una tranquilidad y una confianza en Dios que la hacían semejante á la mujer fuerte cantada por el sabio (Prov., XXXI, 11 ff).

No es posible imaginarse una vida más ordenada y apacible que la que llevábamos nosotros.

El espíritu ordenador, laborioso y siempre vigilante de mi madre lo cuidaba y dirigía todo; su previsión era admirable; nada faltaba á su hora ni en su sitio, como era justo; pero si todo era sencillo, no carecía de buen gusto y hasta de arte. Tabita podía dar libre curso á su piedad, y así lo hizo como sólo sabe hacerlo una viuda cristiana. No hay una sola iglesia en Munich en donde no se la conociera; antes de ser de día ya estaba en las gradas del altar, y el crepúsculo vespertino allí volvía á encontrarla. Al mismo tiempo no se advertía el menor descuido dentro de su casa, pues no sólo cumplía con lo suyo, sino con lo que podían y debían hacer otros, que se lamentaban de su actividad. Simultáneamente desarrollábase en ella cada vez más su afición y habilidad para la caridad, y extendía ésta de tal modo, que un predicador, con gran confusión y vergüenza de Tabita, se creyó en el deber de presentarla, desde el púlpito, como modelo de sus oyentes.

Esta hermosa vida duró cerca de doce años, y en dicho tiempo vió asegurarse el porvenir de sus hijos. Yo obtuve una cátedra en el seminario de Freising. Como quedó sola en Munich y había terminado su misión en aquel punto, la invité á venir á Freising; así lo hizo, en efecto, y se estableció en una casita solitaria, pero inmediata á la catedral, desde donde disfrutaba una vista admirable sobre los montes. En compañía de ella vivía una de sus hijas adoptivas. Mis padres habían prohijado dos huérfanas, de las cuales una murió al poco tiempo y la otra vivía con mi madre; esta segunda era poco hábil en el gobierno de la casa, pero en cambio tenía verdadero talento para el manejo de la pluma y para la extraña actividad que le había impuesto Tabita y que pudo desarrollarse espléndidamente.

3. Pero antes de seguir adelante, hablaré del carácter personal de Tabita y de los medios empleados por Dios para educarla sin que ella misma se diera cuenta, pues esto dará á sus obras el justo relieve.

Tabita era un vestigio de los «buenos y viejos tiempos».

En efecto, el que la veía podía creer que pertenecía á una generación diferente de la actual, de la que parecía un representante rezagado. Aunque de complexión delicada, era de espíritu enérgico y vigoroso. Había recibido una educación muy á propósito para endurecer su cuerpo y fortalecer su carácter. Su madre murió prematuramente, y su padre era conocido en toda la comarca por su excesiva severidad. Para dar una idea del carácter de mi abuelo bastará decir que antes de que Tabita se casara, la despojó de todas sus joyas, diciendo que al matrimonio no se debe ir con semejantes vanidades, y sólo le devolvió un magnífico rosario de hermosos corales engarzados en oro—hace años que pertenece al tesoro de Altötting—diciendo: «Ese llévatelo, que acaso te haga falta».

Con semejante preparación entró la joven en el matrimonio, y tampoco en éste halló mimos ni halagos. Mi padre era uno de esos hombres para quienes es imposible demostrar los sentimientos de su corazón; era justo, equitativo y benévolo, pero seco, austero y grave: nunca observé en él palabras vanas ni risas. Era hijo de un pobre maestro de escuela de Suabia, y se había criado en medio de las mayores privaciones: sólo merced á sus propios esfuerzos y á su constancia había llegado á ser lo que era, por lo cual exigía que el espíritu de abnegación y sacrificio, al cual debía todo después de Dios, continuara y se fortificara en sus hijos. En él educó á su esposa y dirigió á la familia. En los últimos años de su vida trató de resarcirse de lo perdido lamentándose con frecuencia de haber extremado la nota austera; pero en la práctica era inexorable. Él, por su parte, no necesitaba distracción ni placer alguno, pues vivía consagrado por completo á su familia, á su profesión y á algunos amigos; y así consideraba innecesario que los suyos anduvieran en diversiones, pero éstos tampoco las apetecían por no conocerlas. Entregaba á mi madre la cantidad que creía suficiente para el gasto de la casa, y Tabita tenía que limitarse á ella estrictamente, «pues, si más te doy, más gastas»,—le de-

cía. En semejante escuela adquirió el carácter de mi madre todo su desenvolvimiento, llegando á ser la sencillez y la modestia personificadas: no conocía la privación, porque no sabía lo que eran necesidades.

Sabía acomodarse á todos los caracteres y á todas las circunstancias, y no recuerdo haber observado nunca que hubiera ni la menor sombra de contrariedad ó diferencia entre mis padres. Le era insoportable hasta oir hablar de riñas ó enfados, pues ella vivía en paz con todo el mundo y tenía el don especial de extender á su alrededor una atmósfera de concordia, y de reconciliar á los desunidos. Y sin embargo, debo confesar que no era, en modo alguno, un carácter débil ó blando, sino un genio vivo, enérgico, resuelto.

En mi madre obraba estos milagros ese dominio absoluto interno y externo que tenía sobre sí misma; en su trato lo demostraba en un grado tal, que involuntariamente acababa uno por figurarse que debía ser de otra pasta que el resto de los mortales. Parecía carecer de toda sensibilidad para el calor, pues solía agarrar objetos ardiendo, incluso carbones encendidos, con las manos, como si éstas fueran tenazas de hierro; en cambio, le ocurría todo lo contrario con el frío, para el cual era de una sensibilidad extremada. No obstante, lo mismo con el mayor calor que con el frío más riguroso, permanecía en la iglesia horas enteras, sin reducir su permanencia en ella ni un solo minuto, y eso que á veces no lograba entrar en calor ni aun después de haber vuelto á casa. Su sobriedad era de tal modo increíble, que durante años enteros no se podía comprender cómo se sostenía. En todo buscaba para sí lo peor y lo más pequeño; yo no recuerdo haberla visto apropiarse una sola golosina, ni aun una cereza; para que ella hubiera agasajado en tal forma su paladar, era preciso que no hubiera enfermos ni pobres en diez leguas á la redonda. Padecía mucho de somnolencia, y á pesar de ello oía la primera misa, y, á menudo, tenía que esperar á que abrieran la puerta de la iglesia. Sufría violentas jaquecas

que la postraban completamente, pero en cuanto podía moverse otra vez, seguía su vida normal como si no le hubiera ocurrido nada.

En esta manera de ser nos educó también á nosotros.

4. Siempre y en todo lugar inculcaba en sus hijos el espíritu de abnegación y dominio de sí propio que la animaba á ella pero sin grandes disertaciones, filosóficas ó conferencias morales; pues no recuerdo haber oído nunca de sus labios un sermón, ni menos que se ofreciera como modelo digno de nuestra imitación; Tabita misma ignoraba que hubiera en ella algo especial ó extraordinario. Su objeto era, principalmente, formar por sí misma aquellas almas infantiles, librarlas de la inclinación al mal y fortificar su voluntad con el empleo y la práctica sencilla de las máximas cristianas, ó más bien ascéticas, mas no con fórmulas exteriores y hueras, sino con la ingenuidad que conviene á los niños.

La vida en casa de mis padres era sencillísima: la carne no la veíamos casi nunca; los domingos había café clarísimo, pero no probábamos las bebidas alcohólicas. Estaba terminantemente prohibido que un niño se quejara de la comida; todos tenían que servirse lo que había delante de ellos en la fuente, y no debían pedir otro pedazo que les agradara más. El bocado que nos había tocado teníamos que comerlo sin remisión, y si alguno de nosotros afectaba delicadeza con algún manjar, ya podía estar seguro de que se repetía la suerte hasta que lo comía sin hacer un gesto ni una observación. Durante la comida nos estaba prohibido severamente, como una falta de educación, indigna de una persona culta, hablar del buen gusto de ciertos platos ó de la repugnancia por tal ó cual manjar; en una palabra, de todo lo referente á los alimentos.

Con verdadero interés desarraigaba Tabita en sus hijos toda tendencia á la molicie, á la sensibilidad, al desorden ó á la comodidad. No consentía ni comprendía retrasos, irregularidades ó vacilaciones: todo debía ejecutarse al minuto y quedar listo á su debida hora; todo había de estar

en su lugar limpio y completo. La presteza era en ella verdadera virtud: hasta en los rezos exigía prontitud, á pesar de lo mucho y bien que rezaba. Nunca consintió que los niños mandáramos hacer á la servidumbre lo que podíamos ejecutar por nosotros mismos, y si lo ordenábamos, nos esperaba una linda reprimenda. Sus máximas fundamentales eran: obrar, buscar y ayudarse uno mismo; ni aun llamaba al médico sino en casos extremos, y á mi padre le parecía bien; pues así apenas tuvo que intervenir en los suyos en su calidad de facultativo.

Verdad es que el método curativo de mi madre era especialísimo. Cuando un niño se había cortado ó quemado un dedo—pues accidentes ó enfermedades más serios apenas lograron traspasar el umbral de nuestra casa, donde hallaban un terreno tan refractario y tan exiguos cuidados —y venía llorando á contárselo á mi madre, ésta soplaba, unas cuantas veces sobre la herida diciendo: «Ea, calla ya, que desde aquí á que te cases ya se te habrá curado». Y si á pesar de estos consuelos seguía el niño llorando, le atacaba el amor propio diciendo: «¡Qué vergüenza! ¡Un chico llorando de esa manera! ¿Dónde se ha visto eso? ¡Eso es propio de niñas!» Dichas palabras eran eficacísimas, porque el reguero de lágrimas dejaba inmediatamente de correr como reloj que se para. Entonces recompensaba al héroe con una sonrisa y volvía á su trabajo.

5. Porque el trabajo era su vida; todo lo hacía ella antes de que á los demás se les ocurriera hacerlo, sobre todo si la faena era molesta ó humilde. Nosotros la acusábamos á veces ante mi padre para que la reprendiera; pero éste la dejaba hacer; porque sabía que su mujer no sabía vivir sin trabajar.

En su actividad incansable tuvo origen aquella tendencia suya, por medio de la cual la iba preparando Dios, sin que ella misma se diera cuenta, á su profesión futura. En parte por economía, y en parte por no depender de gente extraña y porque decía que las cosas quedaban más á su gusto, insistía Tabita en que todo lo perteneciente á

la casa fuera ejecutado por los de la casa misma, en cuanto esto fuera posible: el lienzo para la familia se hilaba y blanqueaba en casa, y lo mismo era confeccionada toda la ropa blanca y de vestir. Se amasaba en casa y allí mismo se hacía toda clase de confituras: el jabón y los objetos sencillos de carpintería ú otras faenas pesadas, eran allí un acontecimiento para los niños. En casa se empezaban y terminaban todos los trabajos finos de aguja, se hacía calceta, se bordaba y se tejía: toda la casa estaba repleta de alfombras, tapetes, colchas y cortinones artísticos de confección doméstica, algunos de los cuales habían necesitado muchos años de trabajo.

Además de su gran espíritu de economía y gobierno, tenía un gusto artístico muy desarrollado, cosa que le fué de gran utilidad más adelante. Que su hogar era un dechado de limpieza, orden y buen gusto, no hay para qué repetirlo. Con verdadero espanto veían el padre y los hijos los resultados de su espíritu ordenador en la mesa de escribir, pues este mueble fué siempre para ella un horror, y, á pesar de sus propósitos y promesas, objeto constante de tentación.

Pero aun demostraba su gusto estético en forma más elevada. El estudio de la naturaleza, cuya hermosura la extasiaba y entusiasmaba de un modo extraño, había desarrollado en ella un admirable sentimiento artístico y una exquisita apreciación de los colores. Testigos irrecusables de estas cualidades suyas son los hermosísimos tapetes y alfombras con que obsequiaba á sus amigos. De las plumas de diversas aves sabía hacer toda clase de adornos y útiles, y con flores y hierbas secas combinaba preciosos ramos; pero donde mayores muestras daba de su talento era en la confección de chucherías, de marquitos que formaba de piñas, conchas, caracoles, frutas silvestres, musgos y florecitas secas. Á veces salían tales primores de sus manos, que hubieran podido figurar en exposiciones públicas.

La mayoría de sus trabajos salían de casa; pues no ha-

bía fiesta, ni aniversario en una familia amiga, ó cumpleaños ó santo de algún protector de sus pobres, en que no saliera un paquetito con algún objeto á propósito y los dulces correspondientes con que obsequiar al festejado. Su delicadeza cristiana le inspiraba un tacto exquisito en la elección de los objetos que pudieran causar alegría, sin humillar ni molestar en lo más mínimo. Nunca regaló á una persona acomodada lo que pudiera despertar en ella la idea del precio; sólo daba valor á sus regalitos el que fueran producto de sus manos y el gusto y la oportunidad del presente, pues sus aspiraciones se reducían sólo á dar una alegría á todos y á ahorrarles una molestia. Cuando le preguntaban que para qué se había tomado tanto trabajo, pasaba una sombra por su rostro placentero y contestaba: «¡Sí, es el único goce que tengo!» No podía oir hablar de dolores ó pérdidas ajenos sin acudir inmediatamente á remediarlos. La profesión de su marido le daba múltiples ocasiones para ello, y como éste mismo sentía una ternura inmensa por los miserables, ella podía socorrerlos libremente. Lo que más la preocupaba era el respeto de la honra ajena: en este punto no habrá habido santo más prudente y reservado en sus palabras que mi madre. El escuchar sólo una expresión falta de caridad, le producía horas amargas, pues ya se reprochaba haber cometido un grave pecado y no descansaba hasta haberse confesado, y, en ocasiones, mucho tiempo después aún sentía remordimientos. Éste era el motivo principal de que huyera de la sociedad mundana y no tuviera casi nunca convidados. No por eso dejaba de disculpar á los murmuradores que le referían algo, diciendo: «Ellos tendrán sus razones para hablar así, pero en mí sería pecado escucharlos, puesto que no me importa nada».

6. Por ahí se verá que el fundamento, la piedra angular de su modo de ser eran un profundo temor de Dios y una sincera piedad. Poseía Tabita una conciencia muy delicada, sin ser realmente tímida, y conservó un carácter apacible y risueño y un espíritu aniñado hasta la edad más

avanzada. Muchas cruces le envió el Señor, pero nadie que la observara superficialmente logró figurárselas siquiera. Su mayor cavilación era la imagen del juicio de Dios y el purgatorio. Cuando yo, entonces, le recordaba á la bienaventurada Emmerich que también tenía mucho de la Tabita de las Escrituras, y le decía en broma que no se preocupara por la muerte, pues en cuanto entrara en el otro mundo hallaría el camino del cielo, tan lleno por todas partes de las ropas que había confeccionado que no le sería posible extraviarse, me respondía riendo: «¡Sí, ya, ya; tu hablas á la ligera!»; y continuaba su labor, rezando en silencio. Oía varias misas todos los días y rezaba á diario todo el salterio y el via crucis. A excepción de libros religiosos, leía muy poco. Sentía una devoción ternísima por la Santísima Trinidad y la Providencia de Dios, y tenía una constancia inquebrantable para las devociones y ejercicios de piedad que había comenzado. Mientras vivió en Freising pudo entrar libremente en la catedral hasta bien avanzada la noche, cuando aquélla se hallaba cerrada para el público, y esto era su paraíso terrenal.

Tal era Tabita en su vida artística; en su carácter hallaremos la explicación de la obra que llevó á cabo, ó sea, la razón de su actividad de artista.

7. En Munich, como ya dije anteriormente, halló mi madre poco á poco, por sí sola ó más bien con ayuda de la divina Providencia, la verdadera vocación de su vida, que empezó á practicar sin perder un momento y á la que no pudo consagrarse enteramente por impedírselo sus deberes para con la familia.

Cuando se trasladó á Freising vióse ya libre de toda traba y se entregó á sus aficiones con todo el entusiasmo y amor de su alma. Pero como era forastera, desconocía á los necesitados y las circunstancias de la población, así como á las personas caritativas á quienes el cuidado de los pobres preocupara como á ella.

Entonces le hice una proposición que, al principio, le pa-

reció un exceso de arrogancia, pero con la cual se conformó por último, á causa de su fin benéfico. Era yo entonces tesorero de las Conferencias de San Vicente y esto facilitó mi plan. Invité á las señoras de la ciudad á enviar toda la ropa de desecho y los trapos que no le sirvieran para nada, cuanto más viejos mejor, á casa de Tabita. Después de muchas excusas y vacilaciones y expresándonos muchas su vergüenza por enviar cosa tan mala, logramos formar un gran depósito. De toda aquella trapería y con ayuda de una compañera, hizo Tabita verdaderas maravillas; fué su examen de maestra en el arte.

Terminada la obra, conseguimos que nos prestaran un salón, que adornamos para que sirviera de exposición de los 200 vestidos confeccionados, de los cuales algunos eran verdaderas preciosidades. Por un anuncio en los periódicos invitamos á todo el mundo á visitar durante 3 días consecutivos nuestra exposición. Y acudieron todos, y vieron y se confesaron vencidos. Resultaba sumamente cómico ver llegar muy cabizbajas á las donantes de aquellos trapos viejos y oir de súbito sus exclamaciones de gozo, al verlos tan bien empleados: «¡Mira, mira, la funda vieja de mi sofá!»—«Pues ¿qué dices de los cordones deshechos de mis cortinas? Míralos, qué bien resultan aquí»,—contestaba otra. «¡En mi vida creí que pudiera aprovecharse esto; y no sólo resulta útil, sino elegante!»,—observaban más allá.

Así dimos comienzo á la obra, que quedó aquel día bien cimentada; y siguió marchando por sí sola sin que se hubiera formado asociación ni hermandad alguna ni nadie hubiera tenido que hacer nada especial. La miseria no se acaba, es verdad; pero, á Dios gracias, tampoco se acaba la caridad cristiana.

Basta que una persona sepa poner hábilmente en relación ambas cosas para que las obras buenas duren extraordinariamente.

8. Esta habilidad la poseía Tabita en grado extraordinario: ella no animaba á nadie á tomar parte en su empresa; pues no le gustaba obligar á hacer el bien, á quien no

se hallara voluntariamente dispuesto á ello. Pero, al que venía por su propio gusto—y acudieron muchísimas almas buenas,—le daba todo el trabajo que quería, pero con el encargo de concluirlo á su debido tiempo.

La parte más difícil de semejantes empresas es, además del don de recibir á todos con amabilidad y conservar en elementos tan heterogéneos la paz y el buen humor, el talento de prever las necesidades, preparar las provisiones, repartir adecuadamente el trabajo, ayudar á todos sin molestar ni herir las delicadeza de nadie y reparar la falta de buenas trabajadoras con el propio trabajo. Generalmente no escaseaban éstas; pero la tarea más importante era la de cortar, y en ella la mayoría de las señoras tenían poca práctica. Si dicha tarea resulta ya tan esencial en los talleres en que trabajan sastres y modistas, figúrense mis lectores lo que sería tratándose de sacar de una prenda vieja, gastada á veces, ó mal cortada y remendada, un vestido nuevo, útil y bonito.

Porque la aspiración de Tabita era que saliera la ropa bonita: opinaba, como Kolping, que no debe darse á los pobres únicamente, para cubrir su desnudez, un traje sencillo y adecuado á su posición, sino que éste debe ser, al mismo tiempo, elegante y agradable á la vista, para que el necesitado se lo ponga gustoso, y pueda presentarse decentemente en el mundo, y le produzca satisfacción y elevación moral. Una ropa buena y bien hecha es para los pobres, y sobre todo para los jóvenes, una especie de ángel custodio.

Aquí demostró Tabita su maestría, gracias al aprendizaje que había hecho en el propio hogar. Veinticinco años pasó mi madre midiendo y calculando junto á la mesa de corte, sacando de los pedazos más imposibles, á fuerza de dar vueltas y revueltas, millares de prendas útiles y bonitas; no es de extrañar que su esbelta y frágil figura se encorvara, hasta doblarse, á los 80 años, y que perdiera la vista de uno de sus ojos para siempre.

Las prendas cortadas eran entregadas á las cooperado-

ras para su confección, y éstas se las devolvían á Tabita terminadas. Había en el almacén grandes paquetes de ropas hechas, unas propias de la estación, otras para el invierno, para Navidad y Pascua y la primera comunión. Llena de orgullo maternal, enseñaba mi madre á sus visitas el almacén, y no tenía paz ni sosiego hasta que éstas se habían convencido por sus propios ojos de que había provisión abundante hasta Pascua florida.

Su principal preocupación estaba en la hechura de la ropa de niños y hombres; convencida de que para el pobre, en general, un buen vestido es un beneficio inmenso, el caso le parecía de mayor importancia tratándose del sexo fuerte, pues solían decirle los necesitados: «La comida no nos importa tanto, que ya sabremos encontrarla: lo difícil está en vestirse». Las mujeres adquieren con más facilidad un vestido usado, ó saben procurárselo ó cosérselo ellas mismas; pero la ropa de hombre cuesta más y exige más habilidad y trabajo. He aquí el motivo de que los trajes de varón constituyeran la mayor y más valiosa parte del tesoro de Tabita.

9. Poseía también otros depósitos más amplios y extravagantes, que asimismo eran objeto de sus cuidados y en los que cifraba no menos su orgullo. Había nueve habitaciones repletas de cajas, cajitas y arcas de todas clases. En éstas hallábanse bien guardadas ropas viejas, retazos de paño, recortes de seda, lana, hilo, calzado de deshecho, medias, sombreros, plumas, piedras, conchas, piñas y todo lo imaginable. De allí iba á sacar en el acto lo que necesitaba y así nunca se paraba el negocio.

En efecto, su negocio, como ella decía, poseía una maravillosa cualidad que la fábula atribuye al monte magnético: la de atraer los objetos de todas las partes del mundo. Tabita no tenía afición á esos medios extraños, tan en boga hoy en día, de sacar dinero y contribución de todo bicho viviente para objetos benéficos: en esa forma no enriqueció en un solo céntimo su caja, ni creo que nunca pidiera para los pobres cosa alguna para la cual carecía de dones y de vo-

luntad. Verdad es que nunca se vió precisada á ello, pues los donativos se le venían á las manos por sí sólos. No ya las señoras que la ayudaban—entre ellas la difunta alcaldesa, muy especialmente, le llenaban la casa de bienes,—sino que en todas partes rivalizaban por surtir sus almacenes. Cuando á los comerciantes les echaba á perder el sol alguna tela en el escaparate, se la enviaban á Tabita, y así recibía, á veces, piezas enteras de género, que preferían aquéllos regalar antes que vender al desbarate. Ya comprenderá el lector que de todas las casas recibía la ropa de desecho. Con las traperas—perdóneseme la frase—se hallaba Tabita en estrechas relaciones comerciales. Estas dignas mujeres le llevaban, á cambio de buen dinero, se entiende, toda clase de retazos de paño y seda, bonitos y buenos, pues ya sabían los que le convenían. Por último, las mismas Conferencias de San Vicente destinaban á la obra alguna cantidad, especialmente por las Pascuas, de lo que resultó que, á excepción de los primeros años, no tuvo mi madre que hacer gasto algùno. Así solía decir en broma: «En mi casa ha entrado la bendición de Dios. Todo el mundo se queja de que los negocios van tan mal, y el mío va más floreciente cuando peor van los tiempos». (1)

Para mostrarse reconocida á los generosos donantes y conservar su buen recuerdo, desarrolló en alta escala el sistema de los obsequios en días señalados ó grandes fiestas.

Con tal objeto necesitaba tener grandes provisiones de toda clase de cosas; pero tampoco éstas faltaron nunca. Los socorridos, para mostrarle, según sus fuerzas, el afecto y la gratitud que les inspiraba, le traían abundantemente todo lo necesario. Los niños, sobre todo, se esforza-

---

(1) Hay que advertir que ésta, como todas las demás obras de beneficencia, no puede ser realizada en todas partes en la misma forma, sino que la ejecución debe variar según las circunstancias locales. Para las grandes ciudades resulta más conveniente una fundación como la de la «Brockenhaus» de Berlín. Véase el artículo que la describe en el «Barmherzigen Samaritan». I, Viena, 1901, 71 y sigs.

ban por llenar el almacen, y venían cargados de conchas, caracoles, plumas de gallo, pato ó aves de rapiña; de musgos de todas clases, piñas, hayucos, mimbres, hierbas secas, etc., y se volvían locos de alegría cuando sus hallazgos eran recibidos con muestras de aprobación. Un día llegó un chiquitín jadeante, arrastrando un inmenso pedrusco. Con trabajo pudo decir, al preguntarle que para qué cargaba con aquel peso, que lo traía al «almacén». Excuso decir que el chicuelo, además de oir las debidas instrucciones para lo sucesivo y grandes alabanzas por su trabajo, se ganó una buena golosina en premio de sus sudores.

Todas aquellas cosas y el resultado artístico de su aplicación, tenían, además, un objeto comercial, pues eran enviadas á las tiendas de Munich y alcanzaban buenos precios; el producto de la venta volvía á emplearse en material nuevo. Así recuerdo que una alfombra muy bonita y elegante produjo lo suficiente para comprar una pieza de hilo de 60 varas, que sirvió para hacer camisas á las niñas pobres para el día de la primera comunión. Los trabajos mejor pagados y solicitados por el comercio eran las chucherías de pluma para mesas de despacho.

10. De este modo logró Tabita satisfacer todas las exigencias de su nueva instalación. Era objeto de su especial preferencia el adorno de los templos. Sólo con lo que trabajó en ornamentos y objetos sagrados habría habido lo suficiente para ocupar toda una vida de personas menos hábiles y activas que ella.

Pero con esto no sufría menoscabo el mundo; las hermanas del hospital recibían á veces enfermos que apenas llevaban un trapo sano con que cubrirse, y enviaban entonces á pedir á mi madre que les mandaba inmediatamente cuanto necesitaban. Los estudiantes pobres de los seminarios también eran provistos de lo necesario y asimismo se abastecían las Conferencias de San Vicente: los pobres, todos, acudían á Tabita. Un día llamaron á la puerta y entró un pequeñuelo preguntando:—«¿Vive aquí el sastre Weiss?»—«Sí,—respondió mi madre sonriendo:—¿qué

quieres? ¿Quién eres? ¿Dónde vives?»—El chicuelo contestó satisfactoriamente, y Tabita le dijo:—«Ya sé, ya he oído hablar de vosotros al señor Capellán: ¿qué deseas, dí?»—«Un pantalón».—«Pues ven y te tomaremos la medida; pero has de saber que ahora hay mucho que hacer en la sastrería, por lo que tendrás que esperar tres semanas para estrenarlo».—El pequeño contestó muy gozoso»:—«Eso no importa; con tal que esté para entonces, ya esperaré gustoso».—Y salió, satisfechísimo del sastre Weiss.

Las asociaciones y conventos pobres de fuera también eran surtidos generosamente por Tabita, quien sentía especial inclinación por la Asociación de Sión y la Hermandad de Aprendices de Munich. Para las misiones de Ultramar también salían grandes remesas de toda suerte de objetos. Un buen caballero de Landshut se había encargado de todo lo referente á exportación, y cuando había calamidades públicas, inundaciones, incendios, etc., salían inmediatamente dos ó tres cajones con ropas y remedios para el punto de la catástrofe, que se hallaba, á veces, á grandísima distancia.

Tabita, por otra parte, poseía un olfato exquisito para descubrir la miseria oculta y vergonzante. Mientras compraba en la tienda, sabía sonsacar del modo más natural del mundo las condiciones y circunstancias de los habitantes necesitados de tal ó cual piso, y el mismo día conocía el medio más á propósito para socorrerlos. Cerca de su casa llegaron una vez unos obreros de fuera á ejecutar una obra de importancia, y al cabo de unos cuantos días ya había averiguado Tabita el pesar ó la necesidad de sus hogares y se había cuidado de remediarlos.

Inspiraban á la viuda un interés especial los jornaleros ambulantes, á quienes no sólo surtía de ropa, sino que les daba de comer convenientemente, pero sin entregarles un cuarto. Una vez entró un joven artesano que iba de paso en busca de ocupación. Después de haber comido, limpió cuidadosamente la cuchara y dijo: «¡Dios se lo pague á V.! En mi vida comí tan á gusto ni tan bien».

Tabita sonrió, y los que siguieron hiciéronle olvidar la observación del joven. Al cabo de un año volvió éste muy transformado, y traía un cestillo que entregó á mi madre diciendo:—«V. no se acordará ya de mí, pues hace tiempo que pasé por aquí; entonces me recibió y me atendió V. tan bien, que en todas mis correrías he ido pensando: ¿Qué haría yo para obsequiar á tan buena señora? Al llegar á Eichstätt se me ocurrió visitar á la Madre superiora del convento y pedirle una botellita del aceite milagroso de Walpurgis. Y en cuanto le dije para quién era me dió tres frascos en esta cestilla. Tómelos V».

El obsequio fué bien recibido, y los jornaleros, con tal rasgo, ganaron mucho más en la estimación de la viuda.

Tabita no encontraba gran dificultad en la repartición de víveres á los pobres, su vocación decidida; porque materialmente le llenaban la casa de comestibles. No había fiesta, ni aniversario, ni día memorable en su vida en que no llovieran envíos de toda especie de manjares; pues nadie ignoraba adónde iban á parar. Así reunía provisiones y vinos para sus enfermos é invitados, sin que se viera precisada á aflojar continuamente la propia bolsa. Una señora de la vecindad, soltera y acomodada, solía enviarle con frecuencia la comida para ella y su ayudanta, pues decía:—«Vosotras seguramente que ni os habréis ocupado de vuestros estómagos».

11. En Tabita resultaba un hecho la frase de San Agustín: «El amor siempre tiene que dar». Á veces ella misma no se daba cuenta de dónde salían tantas cosas, pero ello es que allí las había en abundancia prodigiosa, y nunca para el recreo de sí misma, sino para todos los que las necesitaban.

Tampoco se preocupó nunca en si las cosas seguirían siempre del mismo modo: daba lo que tenía y todo seguía su curso naturalmente.

En efecto, la naturalidad era cualidad distintiva en ella, pues todo lo hacía como si así debiera ser y no hiciera nada de más. Es imposible figurarse un ser más sencillo, mo-

desto, natural é ingenuo. Sus obras surgían de su propio ser sin violencia ni espavientós, hasta el punto de que uno mismo acababa por encontrarlas lo más naturales del mundo. Ella misma no creyó hacer jamás nada extraordinario: el observador que hubiera estudiado el modo de ser de Tabita, no podía ver en ella sino la encarnación de aquellas memorables palabras: «Y cuando lo hayáis hecho todo, decid: Somos sirvientes inútiles que sólo hemos hecho lo que debíamos hacer».

12. En esta actividad constante había pasado Tabita cinco lustros de su vida, cuando la muerte le arrebató á su hija adoptiva, la fiel y hábil auxiliar de su obra. Entonces ya contaba mi madre ochenta años cumplidos, había trabajado bastante y sonó para ella la hora del descanso.

Buenos y sabios amigos se cuidaron de que las señoras y señoritas sin cuya cooperación no hubiera logrado Tabita realizar su labor magna, se unieran constituyendo una Asociación, y mi madre, una vez que vió asegurada la existencia de su empresa, entregó á la nueva sociedad todos sus tesoros, sacrificio grande para ella, y se retiró. Aun le dolió más la separación de su amada catedral y del solemne culto de Freising, pero comprendió que Dios exigía también este último sacrificio y se resignó ofreciéndoselo como le había ofrecido los de toda su vida.

Para no abandonarla al cuidado de personas extrañas, que, sin embargo, hubieran deseado no separarse nunca de ella, la recibió su hijo menor en el seno de su familia, y allí, rodeada de un enjambre de nietecillos, contemplada y querida por los suyos y venerada y admirada por todos, vivió dos años, ocupándose, de cuando en cuando, en algunos quehaceres de la casa: pero pensando sólo en prepararse para la muerte, de cuya proximidad hablaba continuamente, aunque nadie creía en ella.

Llegó, sin embargo, el día 22 de enero de 1898, día en que Tabita murió como había vivido, tal como había sido su deseo y como se lo habían profetizado: bien provista de todos los auxilios espirituales, callada, silenciosa y rápida-

mente, sin haber causado á nadie molestia ni trastornos de importancia.

Como pertenecía á las terciarias de la orden de Santo Domingo, tenía entre las manos el rosario que no se había separado de ella. Le dijeron dos veces la jaculatoria: «Reina del Santísimo Rosario, rogad por nosotros». Á la primera vez sonrió Tabita dulcemente, y á la segunda ya gozaba del descanso eterno.

FIN

ÍNDICE

PÁGS.

Prólogo. . . 7

CAPÍTULO PRIMERO

EL ARTE DE ELEGIR UN FIN PARA LA VIDA

1. Al autor de nuestra existencia. 13
2. Estado y misión de la época actual. 13
3. Necesidad apremiante de la época. 16
4. La duda y la fe. 17
5. Las ideas claras, el camino seguro. 19
6. La piedra de toque del verdadero idealismo. 24
7. Hombres ideales. 28
8. Algunas preguntas á la conciencia de los defensores de la «moral independiente».. 30
9. El testimonio de la conciencia. 34
10. El telescopio inservible. 36
11. Dónde se halla la verdad. 36
12. Religión y moralidad. 37
13. Discusión de la cuestión más importante. 38
14. El buscar á Dios es el medio de aprender el arte de vivir. . 42
15. La piedra de toque del cielo. 44
16. El más grande de los hombres. 44
17. A tu estrella sigue fiel. 45
18. Si Cristo volviera. 46

CAPÍTULO II

EL ARTE DE VIVIR UNA VIDA NUEVA

1. Seguridad verdadera y falsa. 49
2. «Felix culpa». 49
3 Necesidad de la purificación moral. 49
4. Vuelta rápida. 51
5. No mires con demasiada ligereza las faltas pequeñas. . . 51
6. No hay progreso sin retroceso. 52
7. No hay reforma posible sin reforma de uno mismo. . . . 53
8. Obstáculos que se oponen á la penitencia y al cambio de modo de pensar. 54
9. El gran malhechor. 54

PÁGS.

10. Mundo grande y mundo chico. 55
11. Payasadas graves. 56
12. La lucha contra la locura. 56
13. Armonía y discordancia. 57
14. Las cadenas más peligrosas. 58
15. Ahorra las lágrimas. 58
16. Arrepentimiento verdadero ó falso. 59
17. Dignos frutos de penitencia. 59
18. Regreso. 60
19. Fin suficiente para vivir. 60
20. El arte de la penitencia. 61
21. ¿Cómo ha podido ocurrir esto? 64
22. De purificación en purificación. 64
23. La línea divisoria entre los hombres. 65
24. Nunca sola. 66
25. Señales de progreso. 66

CAPÍTULO III

EL ARTE DE VIVIR DIGNAMENTE

1. Diferentes empresas de la vida. 68
2. ¿Quién vive en realidad? 69
3. La vida es una semilla. 70
4. Valor de la vida. 70
5. La vida es una cáscara erizada de púas. 70
6. La ciencia y la vida. 70
7. La sabiduría ante el juez. 71
8. Verdadero camino que conduce á la glorificación de uno mismo. 71
9. Lo beneficiosa que resulta una tarea difícil. 72
10. El mayor crimen. 73
11. Solitario. 73
12. No cedo mi honor á nadie. 74
13. Camino para llegar á ser y á hacer alguna cosa. 74
14. Pasos grandes y pasos pequeños. 75
15. Ó comedia ó espectáculo. 76
16. Una misión que no consiente excepciones. 77
17. Filosofía de la vida. 79
18. Palabras de vida. 82

CAPÍTULO IV

EL ARTE DE VIVIR CON SALUD

1. Pensamientos de un filántropo sobre los médicos y la medicina. 85
2. Causas de la neurastenia de la época. 87

PÁGS.

3. La prudencia de la carne es la muerte. 88
4. Nuestro modo de vivir. 88
5. Los hombres que «saben vivir». 89
6. Higiene popular. 90
7. El librito del voluntario. 94
8. La sal de la vida. 95
9. La nación grande. 95
10. Una ojeada al gallinero. 97
11. La visión del festín. 98
12. Pensamientos de un filántropo sobre la situación social. . . 99
13. Palabra caída en desuso, pero de gran utilidad. 101
14. El arte de vivir sano. 107
15. Salud y sabiduría. 109
16. Curación de la molicie. 109
17. Remedios contra la muerte. 110
18. El arte de dormir y madrugar. 111
19. El taumaturgo. 115
20. Aceite al fuego. 115
21. Hércules entre el vicio y la virtud. 115
22. Condición primordial para la verdadera idealidad. . . . 117

CAPÍTULO V

EL ARTE DE LLEVAR UNA VIDA CULTA

1. Finalidad y consecuencias de la cultura moderna. . . . 119
2. El arte de pensar. 125
3. El arte de leer. 128
4. El arte del estilo. 130
5. El arte de hablar. 134
6. El arte de callar. 139
7. El arte de tener voluntad. 140
8. El arte de la variedad y extensión de conocimientos. . . . 143
9. La educación de los genios. 147

CAPÍTULO VI

EL ARTE DE VIVIR CON CARÁCTER

1. Necesidad del carácter. 151
2. El arte de formar el carácter. 153
3. ¡Firme y tieso como un huso! 161
4. Un hombre. 162
5. El poder de la voluntad firme. 162

PÁGS.

6. La educación de la voluntad. 163
7. Basta querer, sólo querer. 168
8. El corazón tiene sus razones. 168
9. La gente amable. 169
10. La causa de que haya tan pocos hombres. 170
11. La educación para conseguir la independencia personal. . . 170
12. Virtudes viriles. 173
13. No cedas tu derecho. 177
14. Visajes. 178
15. Secreteo. 178
16. Adulación. 179
17. Jurar la espada. 180
18. No quiero mella en mi espada. 181
19. Nada de alianzas con el enemigo. 181
20. No retrocedas jamás. 182
21. Demasiado y demasiado poco. 183
22. El pobre derecho. 183
23. Valor de negros. 184
24. Valor entero y valor á medias. 184
25. ¡Los listos, los listos! 184
26. Hombres pequeños, almas grandes. 185
27. Caballeros del espíritu. 185

CAPÍTULO VII

EL ARTE DE VIVIR INTERIORMENTE

1. Nueces hueras, espigas llenas. 186
2. El arte de cultivar la voz. 188
3. La vida interior. 191
4. La vivienda del cuerpo y la morada del alma. 193
5. No te malgastes 194
6. Capital de reserva. 195
7. El arte del verdadero sosiego. 196
8. Nada de aletargarse. 198
9. Muñecos y palmas. 198
10. La raíz del vivir y del obrar. 199
11. Un reloj que anda bien. 202
12. La estatua de Nabucodonosor. 203
13. El manantial de fuerza y de bendición. 204
14. Hombres superficiales y hombres profundos. 211
15. Cuando me fijé en tus ojos. 218
16. La hermana de caridad. 218
17. ¡Mira, cristiano, el espíritu de Dios! 219

CAPÍTULO VIII

EL ARTE DE VIVIR NATURALMENTE

PÁGS.

1. La peor de las epidemias. 221
2. Vivir según la naturaleza. 221
3. El cultivo del estilo cristiano. 223
4. No exageréis.. 226
5. Base del hombre completo. 226
6. El camino recto. 228
7. Debemos cumplir toda justicia. 229
8. Buena crianza y mala crianza. 231
9. La sencillez de las máximas de vida cristianas. 232
10. La filosofía de mi madre referente á la vida. 233
11. La afición á las rarezas. 235
12. Condición para el éxito. 236

CAPÍTULO IX

EL ARTE DE VIVIR SOBRENATURALMENTE

1. Necesidad de lo sobrenatural. 241
2. La nave y el corazón. 244
3. Peligro y salvación. 244
4. La utilidad de lo sobrenatural. 244
5. El arte de hacer oro. 247
6. Cuídate de tener un hogar propio. 247
7. Preparad el camino del Señor. 248
8. ¿Por qué estáis ociosos y mirando al cielo? 249
9. La fidelidad á la gracia divina. 250
10. Buscad primero el reino de Dios y su justicia. 251
11. En el trono reducido del corazón. 251
12. Efectos de la piedad. 252
13. La única explicación. 254
14. Una gran virtud menospreciada. 254
15. La actitud y el paso del cristiano.. 256
16. La mejor norma de vida. 256
17. La piedad sirve para todo. 257
18. La dirección conveniente. 260
19. La verdadera oración. 260
20. Debilidad de Dios. 260
21. Deprecación. 261
22. La chispa divina. 261
23. Por qué no hemos de llegar á santos. 262
24. Lo que hace santo. 262
25. La pérdida de lo sobrenatural. 262

CAPÍTULO X

EL ARTE DE VIVIR ACTIVAMENTE

PÁGS.

1. Con el sudor de tu frente ganarás el pan. 268
2. El hombre debe estar agobiado. 268
3. La bendición de la violencia. 270
4. Cómo se encuentra tiempo para trabajar. 270
5. Quién tiene tiempo. 272
6. El arte de administrar el tiempo. 272
7. Ya irá saliendo. 278
8. La divisa de mi escudo. 278
9. «Ne sutor ultra crepidam». 278
10. El canto primaveral de un obrero. 278
11. Conciencia del deber y presunción. 279
12. No quiero obras pequeñas, sino obras grandes. 279
13. Unos cuantos secretos del trabajo, que cuestan poco y que valen mucho. 281
14. Caminos estériles y caminos fértiles. 284
15. El vasallo de Dios. 287
16. Semilla de la esperanza. 287
17. Por una causa perdida. 287
18. Obrar y ser útil. 288
19. Gloria póstuma. 288
20. Lo que hagáis al más humilde de los míos me lo habréis hecho á mí. 288

CAPÍTULO XI

EL ARTE DE VIVIR ARTÍSTICAMENTE

1. Pan casero y manjares. 291
2. Misión artística del cristiano. 292
3. La suerte de la belleza. 296
4. El espejo. 296
5. Piedra de toque para la finura en el vivir. 296
6. Nobleza de príncipe, nobleza de rey, nobleza divina. . . . 299
7. Enseñanza cristiana del arte. 299
8. El jardincito. 303
9. Artista y obra de arte á la vez. 305
10. La madre del amor hermoso. 309
11. El arte de la vida. 312
12. Todo un hombre 318
13. El salto del caballo. 318
14. Caminos confusos, círculo hermoso. 319
15. La obra maestra de la vida cristiana. 320

CAPÍTULO XII

EL ARTE DE VIVIR CON FORTALEZA

PÁGS.

1. Los más quejumbrosos. 325
2. Escándalo sobre escándalo. 326
3. ¡Sálvese quien pueda! 329
4. A un descontento. 331
5. A una desilusionada prematura. 331
6. El beneficio de las limitaciones. 331
7. También es sacrificio. 332
8. Toda tu cólera, todas tus quejas. 332
9. Querer sufrir. 332
10. La circulación eterna. 333
11. Enemistad. 334
12. La ingratitud duele mucho. 335
13. En la red de las calumnias. 335
14. ¡Calumniado!. 336
15. «Outcast». 336
16. Desterrado, proscripto. 337
17. Pan escaso y poca agua. 337
18. Sal y pan. 338
19. No tuvo enemigos.. 338
20. Virtudes viriles y virtudes femeninas. 338
21. La nobleza del sufrimiento mudo. 341
22. La única salida. 341
23. Las cosas son así. 342
24. No ahogues la llama. 342
25. El verdadero dolor de corazón. 342
26. La purificación más profunda y dolorosa. 342
27. Desangrarse interiormente. 344
28. El silencio en el sufrir. 344
29. Consuelo en la lucha. 345
30. Mejor en manos de Dios que en las del mundo. 345
31. Confianza del injuriado. 346
32. La utilidad de los castigos divinos. 346
33. La bendición de las pruebas. 347
34. La alegría en la tribulación. 351
35. Hay que saber dejarse injuriar. 351
36. La copa de hiel del Señor. 352
37. En el banquillo de los pobres pecadores. 352
38. La escuela de la más profunda sabiduría. 352
39. El mayor peligro. 353
40. En una de aquellas horas de que no escapa nadie. 354
41. La caza salvaje. 354
42. El desterrado ante la cruz del bosque. 355

CAPÍTULO XIII

EL ARTE DE VIVIR EN SOCIEDAD

PÁGS.

1. En dónde se conoce antes á los hombres. 357
2. Resultado de mis excursiones á través del mundo de los humanos 358
3. Modo de obrar humano. 359
4. En presencia de las debilidades humanas. 359
5. Especie de orgullo disculpable. 360
6. Entre avispas. 361
7. Prometeo y el buitre 363
8. Entre los dientes de los calumniadores. 363
9. El juicio que importa. 363
10. Trabajo destruído. 363
11. Una de las palabras más feas. 364
12. Amigo imparcial de la verdad y la justicia.. 365
13. Censura mortal y censura justificada. 365
14. El arte de formar un juicio. 365
15. El arte de la imparcialidad. 366
16. Criticón de profesión. 368
17. Censor por amor á la censura. 368
18. El mejor remedio contra la crítica. 369
19. Si eres hombre y quieres seguir siéndolo. 369
20. En el tormento moral. 370
21. Enseñanza para uno de los combates más difíciles de la vida. . 371
22. El mal vecino 372
23. El cuidado de los enfermos.. 372
24. Censor y censurado. 373
25. Sonrojo saludable. 373
26. ¿Por qué está enfadado conmigo? 373
27. Diferencias de opinión.. 373
28. Los verdaderos reformadores. 374
29. El barómetro del señor Urián. 375
30. Cómo educó el señor Urián á su mujer. 376
31. Cómo educó el señor Urián á su hija. 377
32. Camino fácil para mejorar el mundo. 378
33. El sino de la verdad. 378
34. Unos cuantos pensamientos que deben acompañar al que alterna con los hombres. 380
35. No entretengas á nadie con promesas.. 382
36. El arte de alternar con los hombres. 383

CAPÍTULO XIV

EL ARTE DE VIVIR EN EL MUNDO

PÁGS.

1. El arte de salir adelante. 387
2. Triple posición ante el mundo. 390
3. Remedios contra la neurastenia. 392
4. La oposición al bien. 393
5. Aprovechamiento de la censura. 394
6. El único medio de poner en claro las malas interpretaciones. . 394
7. Una vez se acierta, otra se yerra. 395
8. Declaración auténtica. 395
9. El valor del juicio del mundo. 395
10. El destino del hombre. 396
11. Prueba dolorosa. 396
12. En la corriente de la disolución general. 397
13. Los que condenan el mundo. 397
14. Receta para los criticones y los quejumbrosos. 398
15. Todas las cosas tienen su lado bueno. 398
16. La amistad del mundo. 399
17. Hay que saber andar solo. 399
18. Reflexión. 399
19. Una palabreja de gran peso 400
20. Los verdaderos amigos de la libertad. 400
21. La ofensiva contra el mundo. 401
22. El justo medio entre el afán por el mundo y la fuga de él. . 402
23. De la escuela de párvulos á la escuela divina. 406
24. El arte de conseguir una influencia duradera. 406
25. El arte de censurar y de castigar. 407
26. Palabras de trueno y de fuego. 408
27. Lo mejor de la humanidad me pertenece. 410
28. Conocimiento del mundo. 411

CAPÍTULO XV

EL ARTE DE VIVIR CON EL TIEMPO

1. El arte de comprender la época. 412
2. Historiador, filósofo, cristiano. 416
3. Propulsor, y, más tarde, freno. 416
4. A los apóstoles del espíritu moderno. 417
5. La verdadera renovación del mundo. 417
6. El arte de ser superior al mundo. 419
7. Trabajo inútil. 422

PÁGS.

8. El arte de crear novedades. . . . 423
9. Lo viejo y lo nuevo. 425
10. Lo viejo no envejece. 426
11. La gran circulación. 426
12. ¿Progreso ó retroceso? 426
13. El ejército más adecuado. . . . 426
14. Los viejos á los jóvenes. . . . 431
15. Pasado y presente. 431
16. La Edad Media. 434
17. Virtud activa y pasiva. 435
18. El siglo del estrépito. 436
19. El mejor tiempo. 437
20. ¡Pueblo, reconoce la hora! . . . 439
21. El rayo. 440

CAPÍTULO XVI

EL ARTE DE VIVIR CON LA NATURALEZA

1. La canción de un paseante. 441
2. Espera nupcial. 441
3. Viaje de Navidad. 441
4. Esplendores del invierno. 442
5. Primavera prematura. 444
6. Agua del glaciar. 444
7. Goces maternales de un soltero. 445
8. La alondra contra del viento. 446
9. Canto del pájaro. 446
10. Junto al camino abierto. 446
11. Nubes de una noche de verano. 446
12. La tormenta. 447
13. Puesta de sol en los Alpes. 448
14. El curso de las nubes. 448
15. Después de los días nublados. 448
16. La niebla fugitiva. 449
17. Campiña otoñal. 449
18. El sermón de la montaña. 449
19. Armonía divina. 450
20. Luz terrena y luz celestial. 450
21. Tempranito á orillas del lago. 451
22. El toque de llamada. 451
23. ¡Qué celestial! 452
24. Al caer la noche. 453
25. Las fogatas de guardia. 454
26. En noche silenciosa. 454
27. Arte y naturaleza. 455

CAPÍTULO XVII

EL ARTE DE VIVIR FELIZ

PÁGS.

1. Prejuicios sobre la felicidad. 456
2. La mejor parte. 459
3. Ya llegará tu tiempo. 459
4. Nostalgia de descanso y de patria. 459
5. Ha hecho su suerte. 460
6. El beneficio que encierra la violencia exterior. 460
7. El arte de llegar á ser feliz 462
8. El camino de la suerte. 467
9. La felicidad. 467
10. Sentencias para los buscadores de la felicidad. 467
11. Libertad del cristiano 471
12. Dios y todo. 472

CAPÍTULO XVIII

EL ARTE DE VIVIR PARA LA ETERNIDAD

1. En el cementerio de la vida.. 473
2. Necesidad del juicio de Dios. 474
3. Liquidación. 474
4. El infierno. 476
5. La gran maestra «Muerte». 477
6. La más augusta majestad. 480
7. Aquende y allende. 481
8. La vida perdida. 484
9. Canto del cristiano moribundo á su bandera. 484
10. Junto al lecho de muerte de mi madre. 485
11. El traje nupcial. 486
12. Campanas del cielo. 487
13. Los veinticuatro ancianos. 487
14. Canto de victoria de los transfigurados. 488
15. La montaña de Dios. 489

SUPLEMENTO

Tabita: una vida artística en pequeño (Publicada por vez primera en el *Alten und Neuen Welt*, 1897-1898). 491

VICARIATO GENERAL

DE LA

DIÓCESIS DE BARCELONA

Por lo que á Nos toca, concedemos nuestro permiso para publicarse el libro titulado: *El arte de vivir*, escrito en alemán por el R. P. ALBERTO M.ª WEISS, de la Orden de Predicadores, y traducido al castellano por D. PELAYO VIZUETE, mediante que de nuestra orden ha sido examinado y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y á la sana moral. Imprímase esta licencia al principio ó final del libro y entréguense dos ejemplares del mismo, rubricados por el Censor, en la Curia de nuestro Vicariato.

Barcelona 27 de Marzo de 1908.

El Vicario General,
RICARDO, Obispo de Eudoxia.

Por mandado de Su Señoría,
LIC. JOSÉ M.ª DE ROS, *Pbro.*,
Scrio., *Can.*

Herederos de Juan Gili, Editores, Cortes, 581
BARCELONA

EXTRACTO DEL CATÁLOGO

R. P. ALBERTO MARÍA WEISS
de la Orden de Predicadores

APOLOGÍA DEL CRISTIANISMO

Obra escrita en alemán y traducida por distinguidos literatos

Esta obra es un verdadero monumento literario levantado por el sabio cuanto piadoso dominico R. P. Weiss al genio del Cristianismo. Así lo ha reconocido el mundo católico contemporáneo como lo prueba el hecho de haberse traducido á los más cultos idiomas europeos, circunstancia que le permite recorrer en triunfo todos los pueblos civilizados de la tierra. Nuestra traducción, confiada á personas competentísimas en cada uno de los cinco grupos de materias que abarca la obra, se ha hecho de conformidad con la última edición alemana revisada y aumentada por el mismo autor.

Consta de cinco partes divididas en diez voluminosos tomos en 4.º

1.ª **El Hombre Completo,** considerado en su naturaleza íntima y en sus destinos, *Manual de Etica.*—2.ª **Humanidad y Humanismo,** ó el hombre en su desenvolvimiento fuera del Cristianismo, *Filosofía é Historia de la cultura del mal.*—3.ª El hombre bajo la influencia del Cristianismo, **Naturaleza y Sobrenaturaleza,** *Espíritu y vida del Cristianismo.*—4.ª El hombre como parte del todo social, **La Cuestión Social y el Orden Social,** *Manual de sociología.*—5.ª El hombre aspirando á la perfección cristiana, **La Perfección,** *doctrina de la más elevada empresa moral del hombre.*

— PRECIO CON PAGO AL CONTADO —

Cada parte en rústica. . .	**Ptas.**	**12.**
Cada parte encuadernada.. .	»	**16.**
La obra completa en rústica. .	»	**60.**
La obra completa encuadernada	»	**80.**

La obra completa se remitirá franca de porte y certificada á nuestros suscritores de España. Los de América y Extranjero debe-

rán añadir **ptas. 2** por cada parte, ó **ptas. 10** por la obra completa, para gastos de envío.

Para facilitar la adquisición de esta monumental obra, hemos establecido un sistema de **venta á plazos, sólo para España,** bajo las siguientes **Condiciones:**

Los suscritores á plazos podrán adquirir la obra completa por el precio de **66 pesetas en rústica y 88 encuadernada,** satisfaciendo su importe en 6 plazos mensuales ó bimensuales, si la desean en rústica, ó en 8 plazos mensuales ó bimensuales, si la prefieren encuadernada.

A toda persona que solicite la suscrición á plazos se le enviarán previamente 6 letras de 11 pesetas cada una (si desea la obra en rústica), ú 8 letras de igual importe (si la prefiere encuadernada). Dichas letras serán aceptadas por el suscritor y devueltas á los Editores, indicando al propio tiempo si los pagos han de ser mensuales ó bimensuales.

Los Editores, luego de recibidas las letras aceptadas, enviarán al suscritor la obra completa, libre de todo gasto, y pondrán en circulación á su debido tiempo las letras aceptadas *que deberán pagar los suscritores, sin ulterior aviso, en las fechas indicadas en ellas.*

El aumento de precio sobre el coste al contado responde á los gastos de los giros.

MONS. BOUGAUD, Obispo de Laval

EL CRISTIANISMO

Y

LOS TIEMPOS PRESENTES

TRADUCCIÓN DE LA NOVENA EDICIÓN FRANCESA

POR EL

Dr. D. Emilio A. Villelga Rodríguez, Pbro.

Catedrático de Apologética y de Elocuencia Sagrada
en la Universidad Pontificia Compostelana

Hace más de veinte años que esta obra incomparable del que fué dignísimo obispo de Laval Mons. Bougaud, es apreciada y admirada por todas las personas que á sus acendrados sentimientos católicos unen un exquisito gusto literario. En efecto, es tal la magia de estilo con que está escrita, con arte tan maravilloso pone de re-

lieve las magnificencias del Catolicismo, la adorable figura del Redentor, la divina eficacia de su doctrina, la grandeza incomparable de su Iglesia santa, la sencillez y sublimidad de la vida cristiana, que hoy sus páginas inspiradas se leen con la misma delectación que en los días en que sorprendió al mundo con su maravillosa aparición.

Partes de que consta la obra: 1.ª **Religión é Irreligión.**—2.ª **Jesucristo.**—3.ª **Los dogmas del Credo.**—4.ª **La Iglesia.** —5.ª **La vida cristiana.**

La obra consta de 5 voluminosos tomos en 4.º del mismo tamaño y tipo de letra de la célebre **APOLOGIA DEL CRISTIANISMO,** del R. P. Weiss.

Como las 5 partes ó tomos de la obra constituyen un todo único, **no se admiten suscriciones por tomos sueltos, ni éstos se venden separadamente.**

El precio total de la obra es de

Ptas. 30.— en rústica.

Encuadernada **Ptas. 40.**—

R. P. ALBERTO MARÍA WEISS

de la Orden de Predicadores

EL PELIGRO RELIGIOSO

TRADUCCIÓN DE LA TERCERA EDICIÓN ALEMANA

publicada en 1904 por B. Herder, de Friburgo,

POR EL DOCTOR

Modesto Hernández Villaescusa

Rector que fué de la Universidad de Oñate

EL PELIGRO RELIGIOSO es el libro del día. Es un grito de alarma, grito de angustia, pero también de aliento y de esperanza, lanzado desde el foco principal de ese moderno peligro, de ese *modernismo religioso,* por el gran campeón de la verdad católica, por el insigne autor de la **Apología del Cristianismo,** que tan admirablemente conoce los males y remedios de nuestra época. Nuestro inmortal Pontífice Pío X acaba de condenar ese movimiento antirreligioso, y los católicos todos deben conocerlo, cerrarle el paso y aprestarse á la defensa de la fe cristiana. La causa fundamental de esa espantosa miseria religiosa es la falta de fe. Si la fe ilumina las almas, rápido y glorioso será el triunfo. «El peligro es grande, pero los medios de salvación son fáciles y seguros.

Cuanto mayor sea el peligro, más viva debe ser la fe, más íntima la adhesión á la Iglesia, más viriles los esfuerzos para imitar al Salvador. Si la magnitud del peligro nos induce á fortalecernos en estos tres puntos, ó, para decirlo todo de una vez, en la religiosidad, la religión se salvará, y los males de la época, lejos de ser una desdicha para nosotros, se nos ofrecerán como una bendición de Dios y como un fuerte impulso para la anhelada renovación de la religión y del reino de Dios en la tierra».

Tal es el grito de esperanza que lanza el autor como término y fin de su trabajo.

La obra forma un voluminoso tomo en 4.° del mismo tamaño y tipo de letra que los volúmenes de la **APOLOGIA DEL CRISTIANISMO**, del mismo autor, y los de **EL CRISTIANISMO Y LOS TIEMPOS PRESENTES**, de Mons. Bougaud.

Del propio modo que para estas dos obras, hemos hecho para **EL PELIGRO RELIGIOSO** una encuadernación especial, tirada en magnífica plancha de exquisito gusto artístico, en oro y colores, sobre tela inglesa de superior calidad, con los cortes rojos pulidos.

El precio de **EL PELIGRO RELIGIOSO** es el mismo que el de los tomos de la **APOLOGIA** y de **EL CRISTIANISMO** antes citados, ó sea:

Ptas. 6. en rústica

Encuadernada **Ptas. 8.**—

La obra se remite por dicho precio, franca de porte y certificada, á todos los puntos de España. Para América y extranjero deberá añadirse al precio indicado **1 peseta,** á fin de atender al aumento de gastos que ocasiona el envío.

COLECCIÓN DE AUTORES CATÓLICOS

Varios Prelados de España se han dignado bendecir y recomendar á su clero esta COLECCIÓN DE AUTORES CATOLICOS, que se compone de las obras más notables que aparecen en el mundo católico, cuidadosamente elegidas, por lo que consigue el fin que nos propusimos al comenzar esta *Colección;* es decir, se adapta á todas las inteligencias: al sabio y al ignorante, al teólogo y á las personas sencillas; sirve, sobre todo, de poderosa ayuda para los que han de ejercer las elevadas funciones del ministerio sacerdotal, por la abundancia de asuntos predicables que en ella se contienen; es muy útil á los profesores y seminaristas, á las personas piadosas y á los propagandistas católicos.

VOLUMEN I — **Ernesto Hello**

FISONOMIAS DE SANTOS, traducción del francés por JUAN MARAGALL.—Magnífico tomo en 8.° mayor (2.ª edición).—En rústica. ... ... **Ptas. 3.—**

VOLUMEN II — **Madame Swetchine**

OBRAS ESCOGIDAS, traducción del francés por E. M.—Magnífico tomo en 8.° mayor.—En rústica. ... ... **Ptas. 3'50**

VOLUMEN III — R. P. Arturo Devine, Pasionista

LOS MANDAMIENTOS EXPLICADOS, según la doctrina y las enseñanzas de la Iglesia Católica, traducción directa del inglés por J. GILI MONTBLANCH.—Magnífico tomo en 8.º mayor.—En rústica. ... ... Ptas. 5'50

VOLUMEN IV — Princesa Carolina Ywanowska de Sayn Wittgenstein

LA VIDA CRISTIANA, en medio del mundo y en nuestro siglo; lecturas prácticas coleccionadas, revisadas y publicadas por Enrique Lasserre.—Versión castellana de la 12.ª edición francesa por GUSTAVO GILI Y ROIG.—2.ª edición notablemente corregida.—Magnífico tomo en 8.º mayor.—En rústica. ... ... Ptas. 3'50

VOLUMEN V — R. P. Arturo Devine, Pasionista

EL CREDO EXPLICADO, ó exposición de la doctrina católica según los credos de la fe y constituciones y definiciones de la Iglesia, traducción directa del inglés por ENRIQUE MASSAGUER.—Magnífico tomo en 8.º mayor.—En rústica. Ptas. 5'50

VOLUMEN VI — Monseñor Bongaud, Obispo de Laval

LOS DOGMAS DEL CREDO, traducción del francés por el DR. D. EMILIO A. VILLELGA RODRÍGUEZ, Catedrático de Apologética en la Universidad Pontificia de Compostela.—Magnífico tomo en 8.º mayor.—En rústica... ... ... Ptas. 5.—

VOLUMEN VII — R. P. Arturo Devine, Pasionista

LOS SACRAMENTOS EXPLICADOS, según la doctrina y las enseñanzas de la Iglesia Católica, traducción directa del inglés por J. GILI MONTBLANCH.—Magnífico tomo en 8.º mayor.—En rústica. ... ... Ptas. 5'50

NOTA.—Todos los tomos de esta *Colección* se venden también ricamente encuadernados en tela inglesa, monogramas dorados, cortes rojos pulidos.—Precio de la encuadernación. ... ... Ptas. 1.—

NUEVAS PUBLICACIONES

LA SANTA MISA, ó su liturgia traducida y puesta al alcance de los fieles, por el R. P. ANTOLÍN P. VILLANUEVA, O. S. B.—Un elegante tomito en tamaño prolongado, encuadernado en tela inglesa, rótulos en oro, cortes rojos... ... Ptas. 1.—

MANUAL LITURGICO DEL FELIGRÉS ó Devocionario que contiene traducidos los Evangelios y oraciones de la Misa, con las principales preces usadas en las ceremonias y oficios de la Iglesia, arreglado por el R. P. ANTOLÍN P. VILLANUEVA, O. S. B.—Un tomo en tamaño prolongado, de 343 páginas, ilustrado con varios grabados.

Elegantemente encuadernado en tela, rótulos dorados y cortes rojos... ... Ptas. 1'50
En igual encuadernación, con cortes dorados y estuche... ... ... » 2.—
En chagrín verdadero, monogramas y cortes dorados y estuche. ... ... » 6.—

ESPEJO DEL ALMA RELIGIOSA ó Guía espiritual, del V. LUDOVICO BLOSIO, O. S. B.; nueva edición preparada por el R. P. D. HERMENEGILDO NEBREDA, de la misma Orden.

Un elegante tomito, encuadernado en tela inglesa, rótulos en oro, cortes rojos Ptas. 1.—

JOYEL ESPIRITUAL adornado de revelaciones divinas como de excelentes piedras preciosas, compuesta por el V. LUDOVICO BLOSIO, O. S. B.; traducción del R. P. GREGORIO DE ALFARO (1597). Sacada de nuevo á la luz por el R. P. HERMENEGILDO NEBREDA, de la misma Orden.—Un elegante tomito, encuadernado en tela inglesa, rótulos en oro, cortes rojos... ... ... Ptas. 1.—

EN PRENSA

LA CIENCIA PRACTICA DE LA VIDA

por el R. P. Weiss

SEMBLANZAS POLÍTICAS DEL SIGLO XIX

por Alfredo Opisso

MANUAL DEL CRISTIANO DEVOTO DE MARÍA

por el R. P. Fr. Luis Carrión González

QUINCE MINUTOS á los pies de la Virgen del Carmen

3.ª EDICIÓN

por el R. P. Ludovico de los S. S. Corazones

Colección «Los Santos»

VOLUMEN I

VIDA DE SAN JUAN BAUTISTA

por J. M. Riqué y Estivill

LA VIDA ESPIRITUAL

por el R. P. Andrés M.ª Meynard O. P.

Traducción del R. P. Raimundo Castaño O. P.

DOS VOLUMENES

Biblioteca de «La mujer cristiana»

VOLUMEN I

EL LIBRO DE LA ESPOSA

por Pablo Combes

Traducción de María de Echarri

OBSERVACIONES

Todo pedido debe venir acompañado de su importe en letra de fácil cobro, libranza del Giro Mutuo ó sellos de correo (certificando en este último caso la carta), sin cuyo requisito no podremos servirlo.

Los gastos y riesgos de envío son á cargo del comprador.